- DESPEDIDAS -
Secretos
de la
Luna Llena
IRIA G. PARENTE & SELENE M. PASCUAL

Este cuento está a punto de acabar.

La guerra está en su punto más crítico, ya nadie puede escapar de ella. Dos princesas tienen el destino de Faesia en sus manos. ¿Cuál será su elección final?

Iria G. Parente & Selene M. Pascual

# Despedidas

## Secretos de la luna llena - 3

**ePub r1.0**
**Titivillus** 17.07.2023

Título original: *Despedidas*
Iria G. Parente & Selene M. Pascual, 2018

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

A quienes sueñan con un mundo mejor.
A quienes luchan por hacerlo posible.
Vuestras batallas merecen la pena.

# Prólogo

Mab de Lothaire dejó de creer en cuentos el día en que su hermanastra desapareció de su torre. Ese fue el momento en el que se dio cuenta de que, a veces,

las cosas no salen como uno había planeado.

Ese fue el momento en el que todo se vino abajo.

Primero vino la noticia de la boda: Aldhara se iba a casar con un humano, el rey del país vecino. Mab no creía entenderlo, quizá porque aún era muy joven. ¿Cómo había llegado su preciada hermana hasta Anderia? Nadie en palacio lo sabía.

Después llegó la tormenta. Su madre se olvidó de ella. Su padre no la acompañaba ya en sus juegos. La dejaron sola. El castillo se convirtió en un lugar oscuro, triste y lleno de odio. Aunque la luz entraba por las ventanas, parecía que siempre había sombras en los rincones. Siempre hacía frío. Los sirvientes sentían miedo. Cuando reía, el único sonido que le respondía era el de su propia voz, cavernosa y lejana como un recuerdo.

Fue durante ese terrible invierno que solo afectaba al castillo que Mab entendió que todos la consideraban una niña. Y a las niñas no se les cuenta nada. A las niñas no se les explican palabras como «guerra» o «muerte», porque no pueden entenderlas. O, al menos, los adultos no creen que puedan. Pero ella no era tonta, pese a lo que la gente de su alrededor pensase. Ella no era una niña normal, sino una princesa, y algún día se convertiría en la reina de aquel hermoso gran país. Algún día, quizá no muy lejano, se sentaría en el trono y llevaría una corona como la de su padre, y por eso debía ser fuerte y valiente.

Por eso debía aprender, con o sin la ayuda de sus padres.

Empezó a rondar a los sirvientes. Iba a las cocinas, con la excusa de tener hambre, y se quedaba quieta y callada hasta que se olvidaban de que estaba allí. Hasta que empezaban a hablar y a contar secretos que, de otra manera, jamás hubiese descubierto. Su primera lección fue que debía tener ojos y oídos en todas partes.

Su segundo paso fue trabar amistad con la hija de la dama de compañía de su madre, una niña de su edad llamada Eveque. Se aseguró de ganarse su lealtad. Se aseguró de que solo tuviera para ella sonrisas y halagos, e información con la que pudiera hacer algo. Ella no escuchaba nunca tras las paredes, porque ese comportamiento no era digno de una princesa, pero gracias a su nueva amiga, supo dónde encontrar a aquel tipo de gente. Con su aspecto inocente y encantador, y su conversación aparentemente vana, se ganaba la confianza de cualquiera. Llegó a la conclusión de que cuanto menos amenazante parecía, cuanto más bonita y alegre, más fácil era ganarse el favor de los que estaban a su alrededor. Aprendió, por tanto, que lo mejor era llevar una máscara a todas partes, con cuidado de que no se vieran sus bordes. Con cuidado de estar siempre atenta para ver las de los demás.

Así, Mab aprendió lentamente cómo funcionaba el mundo. Y,

todavía más importante, cómo conseguir que lo hiciese justo como ella deseaba.

Mientras ella hacía sus descubrimientos, su hermana murió. Su madre murió. Más tarde, recordaría ese tiempo como una niebla sobre los ojos o un sueño del que no te llegas a desprender del todo al despertar. Su padre se fue a la guerra. Se quedó sola en un castillo lleno de muñecos y vacío de sentido. Tal vez por eso dejó que el orden en palacio siguiera su curso. La corte de nobles que su madre había prohibido en uno de sus ataques de locura nunca volvió, pero los criados se afanaban cada día como si esperasen su regreso en cualquier momento. La princesa, aún tan pequeña a sus ojos, era mimada por todos, quizá por la lástima que le tenían al verla sentada en la silla de su padre, rodeada de asientos vacíos, cuando cenaba en el gran y frío salón. Cuando se encerraba en la biblioteca durante todo el día nadie le reprochaba nada. A veces alguien subía las escaleras para asegurarse de que no necesitaba nada: nunca la encontraron leyendo novelas o cuentos, sino libros más grandes que ella que hablaban de Historia o Política, de otras lenguas o magia ancestral. Por las noches dormía con su mejor amiga en una cama en la que podrían haberse perdido. A veces salía a cabalgar o practicaba esgrima, lo que el reino observaba con curiosidad, casi conteniendo la respiración para ver hacia donde se dirigía el futuro de aquella niña tan peculiar.

Y, a medida que pasaba el tiempo, a medida que ella crecía, el pueblo miraba y murmuraba, entre el orgullo y la pena porque Mab de Lothaire hubiera crecido sola mientras en la frontera rugía la guerra.

Cuando Elgath, su padre, murió en el frente, la muchacha tenía solo dieciséis años, pero no derramó ni una sola lágrima cuando le llevaron el cuerpo destrozado. No había llorado por su hermana, no había llorado por su madre, así que decidió que no lo haría por aquel hombre que apenas conocía, de labios blancos y rostro amoratado. ¿Por qué lo presentaban ante ella con las ropas aún manchadas de sangre y rotas allí donde las puñaladas y las flechas habían sido certeras? Su carne parecía un trapo remendado y las alas, en su espalda, no eran más que un par de pétalos mustios.

Para el día en que lo enterraron, la futura reina se vistió de rojo, el mismo color que sus ojos, y aseguró a todos que no dejaría que ningún regente tuviese poder sobre ella.

Todos habían estado equivocados.

Nadie había sabido ver al verdadero enemigo, siempre oculto tras las montañas. Siempre observando, siempre trazando sus caminos, jugando con sus destinos, riéndose de ellos.

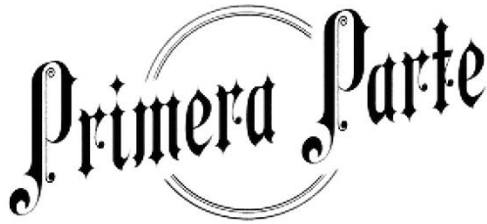
Salvo ella.

Mab había aprendido de su madre una sola cosa: rezar a las deidades era una pérdida de tiempo. Porque existían, eran egoístas y solo miraban por sus propios intereses. Y aunque habría entendido que simplemente fuera así, que se dedicasen a sus propios asuntos e ignorasen a los mortales que no hicieron nada por ellas en su guerra contra los dioses, no podía dejar de pensar que habían sido las estrellas las que habían apartado a Aldhara de su lado. Las que la habían guiado hasta los brazos de Davet. Las que habían cumplido, así, la promesa de destrucción que le habían hecho a su madre. No pensaron que Aldhara pudiera ser inocente y la castigaron por los pecados de la mujer que la alumbró.

Anderia solo era una minúscula victoria en su plan: el verdadero anhelo era mucho más alto. Uno mucho más importante.

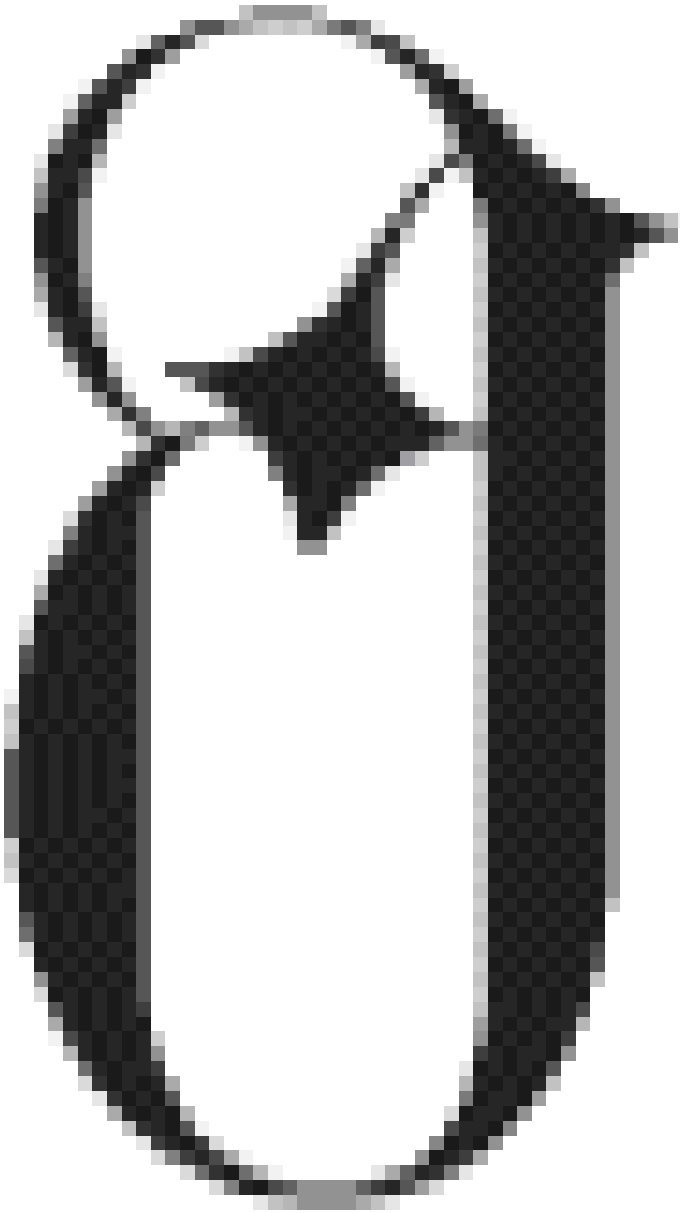
Destruiría a Davet, sí, pero solo porque así apagaría, uno a uno, todos los astros del firmamento.

El único cuento que ella quería era el silencio que queda tras la batalla.




# ANDERIA

Fay



jalá existieran los fantasmas. Si así fuera, Algar quizá seguiría entre nosotros de alguna manera. Quizá, entonces, podría decirnos qué hacer. Porque con su muerte, todo lo que esperábamos, todo lo que habíamos planeado, todo lo que habíamos decidido… desaparece.

Y ahora estamos ante un futuro impredecible, con más miedos de los que podemos enfrentar justo delante de nosotros, exigiéndonos que los miremos a la cara y que decidamos qué hacer.

Pero yo no sé qué hacer. Yo solo quiero volver a huir, como otras veces, y esconderme debajo de las sábanas como cuando era pequeña

y creía que los monstruos saldrían de cualquier arcón para devorarme.

Por eso no me he atrevido ni siquiera a ir al funeral de Algar. Me he quedado muy quieta en mi habitación, escondida bajo mi capa, con la capucha puesta. Pese a que no hay nadie a mi alrededor. Pese a que se supone que nadie puede hacerme daño. Pero yo creo que en cualquier momento alguien va a hacerlo. Alguna sombra surgirá justo delante de mí, extenderá sus dedos, abrirá sus fauces y me devorará. O quizá tome un cuerpo más parecido al mío y utilice un puñal, justo como hicieron con Algar.

La única solución que se me ha ocurrido a todo esto, la única manera de librarme del miedo, de sacarlo fuera de mí, es volcarlo sobre el papel. Debo escribir a mi prima. Decirle lo que ha pasado. Ella sabrá qué hacer. Tiene que estar al tanto para su encuentro con mis padres y mi hermano en Veridian. Porque esto lo cambia todo. Porque ahora, con Svent anunciado como legítimo heredero y Algar muerto… él tendrá que subir al trono. Y eso no es lo que se esperaba de él. Eso no es lo que tenía que pasar. No sé tampoco qué papel jugar en todo esto…

Dos golpes inesperados en la puerta hacen que la pluma se me caiga de entre los dedos. Me quedo paralizada por un segundo demasiado largo.

—¿Fay? ¿Estás ahí?

La voz de Svent suena débil, a susurro sin fuerzas, y pese a eso me tranquiliza que solo sea él quien esté al otro lado.

—Adelante.

Me giro en mi asiento para observar al muchacho que entra en mis aposentos. Su tez está más pálida incluso de lo que acostumbra. Sus ojos, más hundidos y huidizos que nunca. Su expresión, cansada y perdida. Sé, con solo mirarlo, que no soy la única que tiene miedo. Él tiene que estar aterrado. Él no ha pedido nada de esto. Creo que en las últimas semanas incluso había desarrollado cierto respeto, puede que hasta cariño, hacia lord Algar. Y ahora, sin embargo, viene de su funeral.

Nos miramos compartiendo un silencio y varios miedos. El chasquido de la puerta al volver a cerrarse es lo único que rompe la quietud. No se acerca a mí, sino que se queda en la entrada, apoyado contra la madera. Por un momento, yo tampoco me atrevo a moverme.

—¿Cómo estás…?

Svent no responde de inmediato. Su mirada se distrae en el suelo, en la nada, antes de que cabecee.

—Bien —concluye. Sus pasos despiertan para moverse por el

cuarto. Se deja caer sentado en mi cama como si le pesara todo el cuerpo—. Sintiéndome afortunado de estar vivo. De que lo estemos ambos. —Sus ojos se alzan para encontrarse conmigo—. Ese puñal podría haber abierto cualquier otra garganta, en vez de la de Algar.

Aunque mis extremidades parecen tardar en responderme, me pongo en pie para ir a hacerle compañía. Mis dedos tocan los suyos cuando tomo asiento a su lado.

—¿Crees que pueden ir a por ti?

—No. No a por mí —responde, entrelazando nuestras manos. Es un gesto un poco más firme de lo que había esperado—. Yo no soy nadie. No soy una amenaza, como sí lo era Algar. Pero… Pero podrían haber ido a por ti, Fay. Tú sí eres importante. Eres muy valiosa.

La manera en que me mira, con un terror escondido en el fondo de sus iris escarlatas, hace que me estremezca.

—Yo solo soy valiosa viva. A nadie le sirve que yo me muera, ¿no crees? Supongo que eso no ha cambiado. Pero tú eres el… futuro rey.

—Un futuro rey que solo quiere escapar. Un futuro rey que no sabe cómo va a gobernar. Seré un gran enemigo para Mab, sin duda. —Su sarcasmo es doloroso, sobre todo hacia él mismo. Su suspiro está lleno de agonía antes de que se pase la mano libre por su rostro—. Fay, esto no iba a ser así. No estoy preparado. Soy… un impostor.

No sé qué añadir al respecto. No ha dicho ninguna mentira. No es el verdadero príncipe de Anderia. No está preparado para reinar. Esto no iba a ser así.

Pero así ha terminado siendo. Y creo que no podemos quedarnos quietos, paralizados por la nueva situación, aunque nada me gustaría más. Muchas cosas no iban a ser como finalmente han ocurrido. Yo iba a desposarme con Seaben de Lothaire, pero no lo hice. Mi prima no tenía que haberse casado con él, pero lo hizo. Cuando toda su situación cambió en un segundo, no se quedó quieta. Asumió el cambio y siguió adelante.

Nos toca hacer lo mismo.

Aprieto un poco más la mano de Svent. Con la otra, lo obligo a dejar caer su mano y mirarme.

—Eres la esperanza de Anderia ahora. Ese era tu papel y ese sigue siendo. Ahora, parece el momento en el que más te van a necesitar. Algar era lo que les daba fe en el futuro, pero ahora solo quedas tú, y ya no importa si eres hijo de Celeste o no. Eso solo lo sabemos tú y yo.

—Y Mab. Y la feérica que cuidaba de Celeste. Y tu prima y su esposo. Y sus aliados. —Su expresión es consternada, perdida—. ¿De verdad me ves y piensas en mí como un príncipe? ¿Cómo un rey? ¿A quién voy a engañar?

—Yo soy una princesa. Todavía puedo enseñarte algunas cosas. —Intento sonreír, aunque cueste—. No he sido nada más durante toda mi vida, al fin y al cabo.

Un silencio. Es como si los ojos de Svent quisieran ver más allá de los míos. No sé cuánto tiempo pasa hasta que él coge aire, hasta que toma una resolución.

—Fay. Ahora, más que nunca, te necesito a mi lado. No puedo hacer esto solo.

—No pensaba marcharme a ningún lado. Voy a estar contigo. Esto no cambia…

—No —me corta—. No me has entendido. Yo… Yo no sé cómo reinar. No puedo aprenderlo en los días que me queden hasta la coronación, tampoco. Esperan cosas de mí que no sé… que no *puedo* darles. Pero tú sabes cómo funciona un país. Siempre has vivido en un palacio. La política ha estado a tu alrededor en todo momento. Sabes… lo necesario.

No creo comprender adónde quiere llegar.

—Como he dicho, te enseñaré lo que pueda…

—Lo que te estoy pidiendo, Fay… —Toma aire. Casi se atraganta con sus siguientes palabras, al tiempo que parece hacerse más pequeño, casi desaparecer—. Es que reines conmigo.

No sé cómo reaccionar. Al principio es como si sus palabras no tuvieran ningún tipo de sentido, como si las hubiera dicho en un común que yo todavía no puedo comprender, de palabras especialmente complicadas.

Hasta que, por la vergüenza que cubre su expresión y el nerviosismo que gobierna en sus ojos, todo adquiere sentido y soy consciente de que he entendido perfectamente, aunque preferiría no hacerlo.

—¿Qué estás diciendo, Svent?

—Sé que no soy nadie para pedirte esto. Que yo mismo, hace unos días, creía que el compromiso era una locura. Y sigo pensándolo. Sé que es injusto para ti, y que lo más sensato es que me digas que no. Pero no sé qué hacer. No tengo nada que ofrecer a los que me miran esperando que haga grandes cosas. Lo único bueno que tengo a mi alcance… eres tú. Supongo que tengo la esperanza de que un giro radical cambie las cosas. Y nadie en Lothaire sabe que estás aquí, aún. Si nos adelantamos a Mab quizá ganemos tiempo. Quizá podamos hacer algo…

—Esto… esto no iba a ser así. No íbamos a casarnos de verdad… —Me doy cuenta de lo hipócrita que es que hace solo unos minutos estuviera pensando que hay que asumir que las cosas cambian y no

siempre salen como se planean y ahora eso sea lo único que se me ocurre decir a mi favor—. ¿No serviría comprometernos y nada más, como habíamos acordado? Eso bastaría.

A-además,

tendríamos que esperar a que mi prima llegase a Veridian, para anunciar la boda, y…

—No tendríamos por qué anunciarlo. No hasta la coronación. Podría ser una ceremonia privada, y que ese día puedan coronarnos a los dos, para que tengas tanto derecho a tomar decisiones como yo. —Svent baja la vista. Sé lo complicado que tiene que resultarle estar diciéndome esto. Apenas puedo creerme que lo esté haciendo, de hecho—. Sé que es… precipitado. Y estás en tu derecho a decir que no. Pero me… gustaría que te casaras conmigo, Fay.

No sé qué decir. Las mejillas me arden por la vergüenza y el corazón me late más rápido de lo que de lo que jamás habría creído posible. De alguna manera, la idea de casarme con Svent no es tan horrible como en su día me pareció la de casarme con Seaben de Lothaire. Cuando me mira, de frente, su mano en la mía, intento imaginar lo que sería. Pienso en lo que se supone que implica una boda. Una vida juntos. Y eso me parece bien…

Pero no creo que deba ser así. Y no ahora. No… No quiero esto. Puedo fingir comprometerme. Y puedo… puedo casarme, en algún momento. Creo que quiero hacerlo. Una bonita boda, con un bonito vestido, con las personas que nos quieren cerca. Me gustaría una gran fiesta. Poder ser feliz de verdad, sin miedos. Una celebración que pueda estar llena de alegría sincera, como las de los cuentos. ¿Sigo siendo una niña por pensar eso? ¿Por querer un final feliz? ¿Existen siquiera?

—Lo siento, Svent, pero… no creo que debamos.

Es un susurro. Me cuesta más de lo que pensé que lo haría y atreverme a mirarlo también requiere de todo mi esfuerzo. Él parece genuinamente sorprendido, como si jamás se hubiera planteado el rechazo, pero también avergonzado cuando baja la cabeza.

—Claro. Lo entiendo. Solo tenía que ser una farsa, al fin y al cabo.

—¡No es eso! —Trago saliva—. Lo que… Lo que hay entre nosotros no es una farsa. De verdad. No lo es. Fui yo quien dijo que debíamos hacer algo, que podíamos fingir, pero no lo habría hecho si no quisiera estar contigo, a tu lado, tanto como pudiera. Es solo que… creo que debemos ser precavidos, Svent. Y no creo… No: no *quiero* que sea así. No quiero otra obligación: tú me lo dijiste. Hui de una boda. No quiero, de repente, sentirme arrastrada a otra, sin planearlo. Aunque no me importaría casarme algún día contigo, no estoy segura de que

esta sea la manera. Esto… Esto ni siquiera parece algo que tú harías.

Svent titubea. Se queda muy callado, mirándome, y yo comienzo a ponerme nerviosa porque creo que se enfadará. Creo que pensará que lo estoy abandonando cuando más me necesita, pero no es así. Solo quiero seguir el plan. Solo quiero que los dos estemos seguros de nuestros movimientos. No solo por el resto de cosas que dependen del cuidado con el que actuemos, sino también porque no quiero que un día despertemos en una cama compartida y nos preguntemos qué hemos hecho. La idea es suficiente para que tiemble de miedo.

El muchacho frente a mí parece tener una extraña pelea consigo mismo antes de bajar la vista con un cabeceo, como si estuviera muy confuso de repente. Mi mano aprieta un poco más la de él para que entienda que sigo aquí, justo a su lado.

—Tienes razón —susurra entonces—. Perdóname, Fay. No sé… No sé en qué estaba pensando. Supongo que me ha podido el pánico.

Dejo escapar un suspiro de alivio.

—Está bien. Encontraremos soluciones. Y estaré cerca de ti. No voy a marcharme a ningún lado.

Mis brazos se alzan para rodearlo. Svent, sumiso, se deja caer contra mi pecho.

En la quietud, me dedico a contar nuestros latidos para recordarme que, pase lo que pase, seguimos vivos, y eso significa que todavía hay mucho que podemos hacer.

prieto las palmas de las manos contra mis párpados, esperando que el dolor

remita, pero sigue golpeándome toda la cabeza: en la frente, en las sienes, bajo los huesos. Tengo los músculos en tensión de intentar ignorarlo y el estómago contraído. Al principio la oscuridad me ayudaba: daba algo de descanso a mi vista y parecía que suavizaba las punzadas para convertirlas solamente en una molestia que podía ignorar. Ahora, sin embargo, ya ni eso me calma. Por entre las pesadas cortinas de terciopelo solo entra un leve rayo de luz, pero eso es suficiente para que me duela detrás de los ojos.

¿Qué me está pasando? Ha sido desde que he salido del cuarto de Fay. Algo que dijo me golpeó con demasiada fuerza. Quizá fue su tono de voz. Supongo que jamás debí proponerle… Ni siquiera voy a pensarlo. ¿Qué me hizo creer que era una buena idea? Tiene razón: no fue propio de mí.

—¿Svent?

La voz suena demasiado alta para mi gusto, y es aún peor el chasquido de la puerta al cerrarse, que parece resonar entre las paredes de mi dormitorio con un eco que sé que me imagino. Por suerte la espesa alfombra en la que me siento se encarga de ahogar los pasos de Ciel.

—¿Qué haces aquí sentado a oscuras?

Trago saliva, esperando que desaparezca de mi boca el sabor de la náusea que me ronda desde hace un buen rato. Al alzar la vista la cabeza me da vueltas. Distingo la forma de Ciel en la penumbra, aunque no puedo diferenciar su expresión. El suelo parece moverse bajo mi cuerpo, incluso cuando yo no me he movido.

—¿Qué haces aquí? —Mi voz sale pastosa. Un poco brusca, casi a la defensiva, aunque no tengo nada que ocultar. No hay ninguna razón para que no quiera verlo aquí—. ¿Cómo estás? —añado, con la sensación de que esa debería de haber sido mi primera pregunta.

Hay un ligero cambio en su postura que no sé cómo interpretar. Su padre ha muerto. Quizá esa pregunta esté fuera de lugar. Durante el entierro, al fin y al cabo, no dijo ni una sola palabra. No lloró, tampoco. En realidad parecía lejos. No sé si eso significa que lo hubiera dado todo por estar en cualquier otra parte o que estaba tan entumecido que prefirió evadirse.

No conozco a Ciel tan bien como creía. Al menos, desde que me traicionó al contarle a Algar que escondíamos a Fay en el orfanato.

No. Eso es agua pasada. Me pidió perdón. Me miró a los ojos, como creo que está haciendo ahora, y me dijo que era mi aliado.

—Aún puedo verlo —susurra. Él lo encontró, en el suelo, cubierto de sangre, blanco y helado bajo la luz del amanecer—. Es horrible. Hace unos días estaba rebosante de vida, y ahora…

Calla, una vez se le rompe la voz. Creo que puedo entender su dolor. El mero hecho de perder a alguien de mi familia, a Itsvan o Naim o incluso a Fay, me llena de un terror irracional. Y creo que si me pasara me quedaría muy muy vacío…

—Lord Algar era un gran hombre. No se merecía…

—Nadie se merece algo así —me interrumpe. Se acuclilla ante mí —. Pero pasa todos los días. Tú no lo has visto, claro, pero en la frontera la sangre siempre está fluyendo. Puede que una mañana simplemente no despiertes. Mi padre, sin embargo, no creo que esperase que algo así fuese a sucederle entre las paredes del castillo. Supongo que esta es la confirmación de que no queda ya ningún lugar seguro en el reino.

¿Lo es? A veces me lo parece, sí. O quizá no lo ha sido ya desde hace tiempo y nos hemos negado a admitirlo… El viejo orfanato me parecía un espacio seguro, pero quizá es el último que conoceré.

Quiero levantarme, pero no encuentro las fuerzas.

—Parar la guerra podría estar en nuestra mano. Solo necesitamos más tiempo. Y hombres capaces.

Quizá haya alguna otra opción. Ahora que el rey ha muerto, ¿sería posible firmar un tratado de paz? Le doy una segunda oportunidad a esa idea, pero sé de antemano cuál es la respuesta: el país está demasiado herido. Familias enteras han quedado destrozadas. Es demasiado tarde. Y Mab nunca aceptará un acuerdo que nos beneficie. Lo destruirá todo o se destruirá a sí misma, pero nunca se rendirá.

—Chryses debería volver a la frontera.

El susurro de Ciel me llena de dudas. Todos en el castillo adoran ver que el soldado ha conseguido que Celeste reaccione. Y sus consejos me vendrían muy bien. Pero es probablemente el hombre con más experiencia en la lucha de todos los que conozco. Y está claro que ha estado el suficiente tiempo entre las tropas de los feéricos como para conocer todos sus movimientos. Ha pasado, también, mucho tiempo junto al supuesto Seaben de Lothaire. Entonces, ¿qué no habrá aprendido sobre el liderazgo en el ejército?

—Yo no puedo volver al frente —me dice. La mano de mi amigo está sobre mi rodilla—. No con todo tan reciente…

Abro la boca, pero vuelvo a cerrarla casi al momento.

—Lo entiendo. Y creo… —No—. *Estoy seguro* de que Chryses será un líder imbatible. En cuanto las tropas vean lo que puede hacer y todo lo que sabe, lo seguirán sin pensarlo dos veces.

Juraría que Ciel está sonriendo. Pero si lo hace, es un espejismo que no dura más allá de lo que tardo en parpadear.

—Creo que es la mejor decisión. Y… sé que no soy mi padre. Pero

si puedo ayudarte en algo…

—No te preocupes. No ahora. Creo que será mejor que descansemos ambos. Ha sido un día muy duro y tú tienes que estar agotado.

Lo único que quiero, en realidad, es estar solo. Aunque la cabeza ya no me duele apenas, como si la conversación con él me hubiera distraído de mi sufrimiento, lo cierto es que realmente me siento cansado, como si hubiera recorrido a caballo el reino de un lado a otro.

Pero Ciel no se mueve. Solo sigue delante de mí, acuclillado, mirándome. Con sus dedos todavía sobre mi pierna y la expresión en penumbra.

—¿No vas a contarme qué ha pasado con Fay?

Me tenso. Puede que me viera entrar o salir de su cuarto, porque no recuerdo haberle dicho nada al respecto. Me llevo la mano a la sien, porque de pronto ya no me siento tan bien. Las punzadas, de hecho, acompañan a mis palabras cuando hablo:

—No hay nada que decir.

—¿Habéis discutido?

—Le he pedido que se case conmigo.

No sé en qué momento he decidido contárselo. No iba a hacerlo. Pero, por otro lado, no hay razón alguna para que me lo guarde para mí, ¿no es cierto? Sobre todo teniendo en cuenta que es mi amigo y solo quiere ayudarme. Solo se preocupa por mí y mi bienestar.

¿Y no es, además, el hijo de Algar? Por mucho que me sintiese algo inseguro al principio, por mucho que rechazase algunas de sus maneras de actuar, Algar ha sido en estos últimos días un pilar fundamental del reino.

Y quizá su hijo sea un digno heredero de su puesto. Quizá pueda susurrarme lo que tengo que hacer. Lo que tengo que decir. Él ha estado antes mil veces entre estas paredes. Estoy seguro de que nada de esto se le hará tan grande.

Quizá él pueda darme una respuesta a todas las dudas que me corroen por dentro.

Pero aun así…

—No debería haber dicho eso. No es el momento. Tu padre…

—Mi padre estaría muy orgulloso de verme servir al nuevo rey.

—No me llames así —murmuro, súbitamente abrumado por el título. Solo soy un farsante. *Nadie* debería llamarme así—. Me alegro de que estés aquí, pero… esto no tiene nada que ver contigo.

Ciel sonríe. Esta vez no me lo imagino.

—Todas tus decisiones ahora tienen que ver con el reino, Svent.

Cada cosa que hagas nos afectará. ¿Qué ha dicho Fay? ¿Ha aceptado?

Negar con la cabeza es una tortura. La realidad se tambalea a mi alrededor.

—En realidad no sé qué me llevó a preguntárselo. Dijo que era una locura y… tiene razón. —Aunque también dijo que quizás en el futuro…—. No fue una buena idea. Supongo que me dejé llevar por el miedo.

Aunque no ha sido propio de mí. Yo siempre he mantenido la cabeza fría, y ahora no sé qué me pasa…

—¿Por qué no? En realidad, Svent, es lo más lógico. ¿No has dicho que querías acabar con la guerra? Veridian tendrá que respaldarte si te casas con su princesa.

—Veridian ya lo hará si creen que me he comprometido con ella. Y pronto lo haremos. No es necesario…

—¿No lo es? —me interrumpe—. Un matrimonio nos traería un vínculo mucho más fuerte con los elfos. ¿Y no sería para el pueblo una alegría ver que no toda Faesia está en nuestra contra? Y no solo eso, sino que el rey tiene una reina a su lado. Una reina que le dará herederos para perpetuar la familia real…

¿Herederos? Nadie ha hablado de herederos.

—*Yo* no soy parte de la familia real. Solo me he quedado aquí como… una medida temporal. En algún momento el verdadero príncipe reclamará su lugar.

Un sonido sale de sus labios. Una risa, me doy cuenta, suave. No sé qué pasa por su cabeza. ¿Qué es tan gracioso?

—El verdadero príncipe solo lo es en su cabeza. A ojos de todos, tú eres lo más real que Anderia ha tenido en años. Algo a lo que aferrarse. Un símbolo. ¿Qué más da que seas un impostor? —Doy un respingo al recordar una conversación con Algar que resuena en mi cabeza como si hubiese ocurrido hace unas horas: «Eres un símbolo, Svent». Ciel y su padre realmente se parecen en su forma de pensar—. Siempre has sabido sobrevivir. Tú e Itsvan y Naim. ¿No es esto lo mismo? Interpretar un papel para seguir adelante. ¿Tan difícil es? Hay gente que ha hecho cosas mucho peores para proteger a sus familias… Tú solo tienes que fingir ser alguien que no eres.

Frunzo el ceño, pero no soy capaz de encontrar las palabras para gritarle que todo es una mentira que, en algún momento, volverá para perseguirme.

—Créete un rey y podrás empezar a serlo.

Casi siento ganas de sonreír. El mundo real no funciona así. Puede que en los cuentos los sastres y los campesinos se conviertan en aquello en lo que sueñan, pero a mí me han enseñado a tener los pies

en el suelo.

—Yo nunca he querido serlo.

Me intento poner en pie, pero él coge mis manos. Hinca una rodilla en el suelo, de hecho, y se inclina un poco hacia delante, hacia mí. Tengo la sensación de que intenta mirar en mis ojos, a pesar de la penumbra.

—Puede que ya no tengas más opciones.

Su voz es un susurro. Un hilo quedo, de ninguna manera amenazador. Tampoco triste ni alegre. Es solo la constatación de un hecho que ambos sabemos. Al fin y al cabo, si dejo ahora el castillo puede que nadie venga a por mí. Puedo desaparecer, llevándome a los míos lejos, ahora que Algar no está. Pero, de alguna manera, ya me une al puesto algo más que una simple obligación. Ahora me siento responsable. Ahora, aunque crea no estar a la altura, soy ese símbolo del que tanto Algar como Ciel han hablado.

Un símbolo patético para un reino desesperado que, quizá, apura su destrucción.

—Supongo que tienes razón —capitulo.

—Y un rey necesita a una reina digna —insiste.

—¿Tú también piensas usar a Fay para tu beneficio?

—Para el de Anderia. Pero en nada para lo que ella no se haya ofrecido. Dijo que estaba dispuesta a ayudar. Esto no es más que… un intento de mejorar las cosas. Ella lo entenderá, porque también sabe lo que es sufrir la guerra, ¿no? Y sabe que en tiempos desesperados hay que hacer sacrificios…

No. Me prometí participar en esto siempre y cuando ella pudiera estar a salvo y ya se ha visto comprometida de demasiadas formas. Pero… Ciel me sigue mirando y yo titubeo, inseguro. Pero es cierto que dijo que deseaba ayudar. Y ahora, más que nunca… No. Me dijo que no. Una boda ahora sería peligrosa. La situación podría volverse en nuestra contra en cualquier momento. Y sería la historia de Aldhara otra vez. El peligro de que se vuelvan contra Anderia…

Mis pensamientos empiezan a caminar en círculos. Son un caos. Una punzada tras otra en mi mente. Todo está mal. Y no es solo por Ciel. Algo me oprime el cráneo, como una mano invisible. Algo me oprime el pecho…

Cierro los ojos. Me echo hacia atrás. Apoyo la espalda contra la estructura del lecho y me llevo las manos a la cara. Mi amigo me permite el gesto.

—No quiero hacerle daño —gimo—. No quiero ponerla en peligro. Ella solo se ha… visto arrastrada. —Las palabras que escapan de mis labios me dejan un poco más liviano—. Ojalá pudiéramos acabar con

todo esto. Ojalá llegase la paz al fin. Ojalá las cosas no tuviesen que ser así…

Un silencio se hace entre nosotros. Largo. Pensativo. Siento que se pone en pie. No sé si algo ha cambiado. No sé por qué ha venido a verme, en realidad, pero creo que se marchará del cuarto con más de mí de lo que yo puedo ver. De lo que puedo suponer.

—¿Sabes, Svent? Deberías volver a preguntarle, en unos días. Deberías dejar que se lo piense. Quizá hasta yo pueda hablar con ella. Al fin y al cabo, no ha tenido tiempo de verlo con perspectiva y yo podría darle una visión nueva. No en vano voy a ser tu mano derecha.

Alzo la vista a su rostro, confuso. ¿Mano derecha? Eso ha dicho. Eso he dicho, en algún punto. ¿O lo he pensado? He tenido que pronunciarlo, como mínimo, o él no estaría diciéndolo.

Mano derecha… Sí, Ciel será un buen sustituto para Algar. Un buen consejero para un rey. Y ese es, precisamente, mi lugar. Llevaré la corona con confianza y seré el símbolo que todos necesitan. Uno a la altura. La fe y la esperanza en tiempos de guerra para un reino que crece cada día y se hace más fuerte. Para un país que solo desea vivir. Que ya lo está haciendo.

Los pasos sobre la alfombra se alejan antes de que pueda decir nada. El dolor deja paso a los sueños.

Fay

l arrullo de la paloma entre mis manos me hace sonreír. Es un sonido que trae un poco de calma a mi corazón, que todavía se siente pesado por todo lo sucedido. Engancho, con cuidado, la misiva dirigida a mi prima en una de sus patas. Confío en que llegará a tiempo. En cuanto le ordene su rumbo, partirá y avisará a…

El arrullo de la paloma entre mis manos me hace sonreír. Es un sonido que trae un poco de calma a mi corazón, que todavía se siente pesado por todo lo sucedido. Desengancho, con cuidado, la misiva que alguien ha puesto en una de sus patas. Noticias de fuera, supongo.

Luego las leeré. No tienen que ser muy importantes. Será mi prima, una vez más, diciéndome que ya está cerca de Veridian. Quizá ya haya llegado incluso. Pronto verá a Ailbhe. Ya la he avisado de la muerte de Algar. ¿O no? Sí, sí, claro que lo he hecho.

Y de mi matrimonio con Svent.

Me tambaleo, parpadeando. ¿Matrimonio con Svent? No, eso no. No voy a casarme con Svent, así que no he podido avisarla de nada semejante a eso.

Aunque quizá no estaría mal casarme.

De hecho, casarme estaría muy bien.

¿He rechazado a Svent? ¿Por qué he hecho eso? ¿En qué estaba pensando? Me necesita. Por una vez puedo marcar la diferencia y estoy… ¿Qué estoy haciendo exactamente? ¿Huyendo de otra boda? ¿No he aprendido nada, acaso? Tengo que hacer lo que sea necesario. Si es una boda, sea.

Y yo quiero a Svent, al fin y al cabo. Aunque no se lo he dicho, aunque no me lo digo demasiado a mí misma tampoco, así es. Le quiero. Y esto es una bonita historia de amor. Y como tal, debería terminar en una bonita boda.

Así que, ¿por qué no?

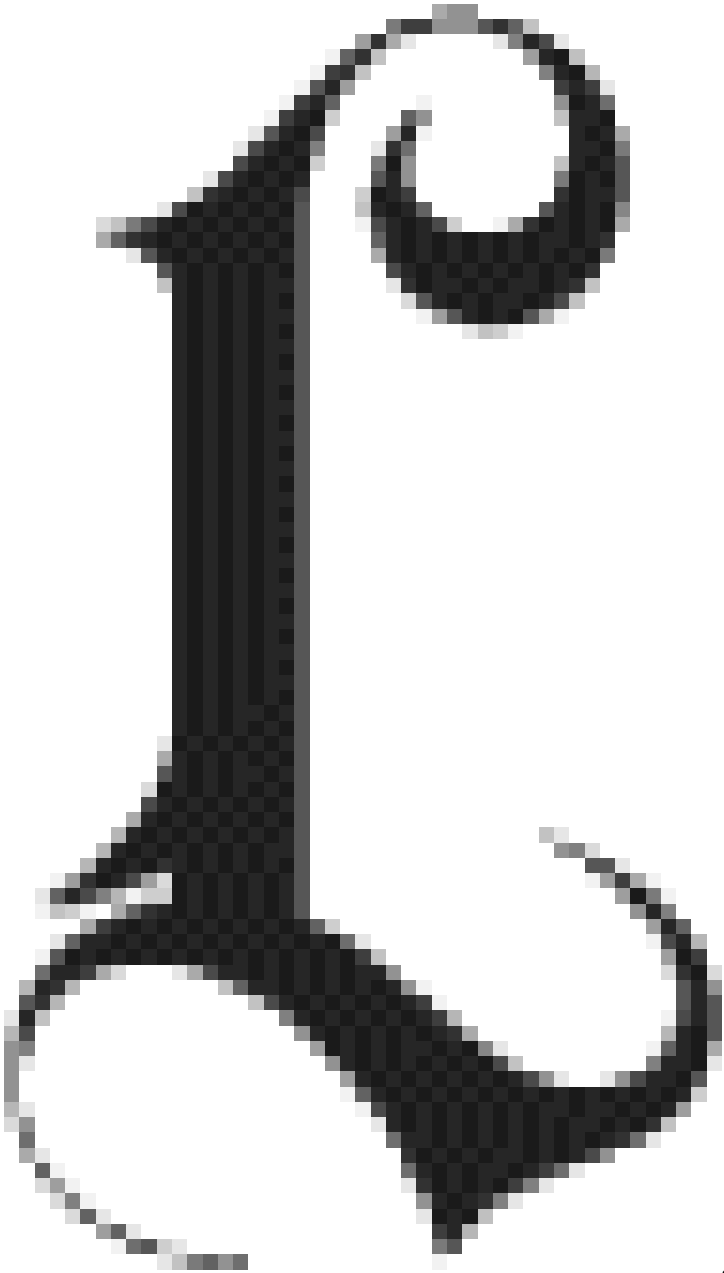
Qué tonta he sido. Qué tonta. No estoy demostrándole que estoy a su lado aunque él ha hecho eso mismo conmigo desde el principio. Él se arriesgó al darme asilo en el monasterio. Me salvó la vida. Le debo esto.

Tenemos que casarnos. Desde luego que tenemos que casarnos.

El arrullo de la paloma entre mis manos me devuelve a mis pensamientos. Parpadeo. ¿Qué hace aquí? Abro mis palmas para que eche a volar. Me quedo con un papel en la mano, pero no es para mí. Es para Ciel. Tengo que darle la carta a Ciel.

Y después, casarme con Svent.

Svent



a puerta del despacho se abre con tanta violencia que se habría golpeado contra la pared si la mano de Itsvan no hubiera decidido detenerla. Sus ojos recorren la estancia y se posan en los míos y, tras un segundo, sobre Ciel, que le sonríe pacíficamente. Aunque estaba inclinado sobre la mesa, ahora se endereza, recibiéndolo con la solemnidad de un soldado a su capitán.

—Itsvan —dice, con cuidado. Ambos podemos ver el enfado del

recién llegado—. Estamos trabajando.

Mi amigo entrecierra los ojos.

—Por la gloria de Anderia, seguro. ¿Crees que podría hablar con nuestro rey *a solas* o también tendré que pedir primero una cita?

El ceño de Ciel se frunce. Su rostro tranquilo se contorsiona durante un momento. Pero antes de que diga nada, de que pueda molestarse, pongo una mano en su brazo y le hago un gesto con la cabeza. No hace falta nada más para que relaje los hombros y decida aceptar mi sugerencia: sin más palabras, sale del despacho y nos deja solos a un furibundo Itsvan y a mí.

Mi amigo está tan impaciente que casi se lanza sobre mí en cuanto Ciel cruza el umbral.

—¿Es que te has vuelto loco?

En dos zancadas se pone delante de la mesa a la que me siento, rodeado de papeles y plumas y tomos más gordos y caros de los que nunca tuvimos en la biblioteca de nuestro taller de escribas.

—No sé de qué estás hablando.

—Fay me lo ha contado todo. —Raramente suena tan serio—. ¿Qué significa que os vais a casar?

Significa que anoche, en el momento menos pensado, ella apareció en mi puerta envuelta en su capa y me dijo que teníamos que hablar. Que quizá se había apresurado al rechazar mi propuesta. Que cree que mi idea, después de todo, no es tan descabellada. Al fin y al cabo, es para ayudar a Anderia. Es para que podamos llegar a la paz, por inalcanzable que parezca ahora. Pero sabía que Itsvan vendría a hacer preguntas y a cuestionar mi decisión. Ciel me advirtió que no lo entendería, por supuesto. Ciel, que sabe mucho más de política de lo que Itsvan conocerá nunca, me ha asegurado que es lo mejor que podemos hacer. Una seguridad a la que aferrarnos que ni siquiera Mab podrá quitarnos.

—Si a mí me pasa algo —argumento—, por lo menos quedará ella.

—¿Te has golpeado la cabeza? ¿Qué crees que te va a pasar?

Me levanto. No me gusta que me mire desde arriba.

—Soy un símbolo para el reino. Mab podría atacarme para destruir la fe de los nuestros. —Mi razonamiento sonaba mucho más fuerte cuando era Ciel quien lo pronunciaba—. Ella mató a Algar para hacerse con el control, quizá esperando poder manejarme a su antojo. Pero vamos a atacar con más fuerza y, cuando se dé cuenta de que no podrá utilizarme para sus planes, es probable que venga a por mí.

Itsvan me observa como si no me reconociera. De hecho, se aparta un paso de la mesa.

—¿Qué estás diciendo? Si quisieran sacarte de en medio, ya lo

habrían hecho. ¡Han tenido oportunidades de sobra! No me puedo creer que *tú*, de todas las personas, no hayas pensado bien en lo que significa una boda con Fay de Veridian. No has pensado en las consecuencias que podría tener *para ella*. ¿O es que no te das cuenta de que todo el mundo la creerá sospechosa cuando escuchen que el heredero se ha casado con ella justo después de la muerte del regente? ¡El pueblo pensará que todo ha sido una artimaña para poner a otra raza en el trono!

Me quedo en blanco. Podría parecer que todo lo que él dice tiene sentido, pero yo sé que no es cierto. No tiene razón. De hecho, ¿cómo no puede darse cuenta de que quiero lo mejor para todos? Para Fay y para Naim y para él… Y para Anderia, por supuesto. Mi país es lo primero. Nunca se me ocurriría poner por delante a unos pocos, por muy amigos míos que sean, antes que la felicidad de todo un reino. ¿Cómo de egoísta sería eso? Ningún rey en la historia ha hecho un disparate semejante. Ninguno, al menos, que haya llevado a su país a la paz y la prosperidad.

—Eres tú el que no está pensando. ¿Qué crees que pasará si encuentran alguna vez a Fay sin su capucha? ¿No será eso mismo? Además, ella lleva años estudiando los conflictos políticos. Sabe mucho más de todo eso que yo. ¿No merece acaso un puesto en el que pueda demostrar su valía? Me ha dicho que le interesaba ayudar: esta es su ocasión.

Itsvan aprieta los labios. Lentamente, como si temiera asustarme con más de sus movimientos bruscos, da la vuelta a la mesa y se acerca. Lo hace para que nada se interponga entre nosotros, o quizá con la intención de ver en mis ojos como lo hace Ciel. Por alguna razón, el gesto me parece súbitamente fuera de lugar. Doy un paso atrás y él se detiene, con una expresión de animal herido en el rostro. Como si lo hubiera golpeado o dañado de alguna manera.

—Escúchame, Svent. No sé… qué te ha dicho Ciel o qué crees que estás haciendo, pero no me parece que realmente quieras seguir adelante con esto. A Fay la iba a proteger el falso compromiso, ¿recuerdas? —Sus cejas se unen cuando frunce el ceño—. Lo que realmente necesitamos es preocuparnos de quién ha asesinado a Algar. Y cuando entendamos lo ocurrido… Además, ¿desde cuándo deseas casarte con tantas fuerzas?

No es una cuestión de lo que yo *desee*. Es lo que tengo que hacer.

—Porque necesito a alguien a mi lado, alguien que sepa cómo manejar un reino. Y porque soy el último que puede hacerse cargo de este puesto. El único que puede llevar la corona.

—¡Dásela a Chryses! Estoy seguro de que él la llevará en nombre

de Celeste, pese lo que pese.

—A Chryses lo he mandado esta mañana a la frontera.

No parecía muy dispuesto a ir, pero se lo he pedido. Le he dicho que Ciel no podía volver, por el momento. Le he dicho que necesitábamos a alguien con poder para dirigir a los hombres. Le he dicho que era la manera de mantener a Celeste a salvo, también.

Le he mentido y le he insistido en que solo serían unos días, y él no se ha atrevido a negarse.

La noticia no parece agradar a Itsvan. Lo veo en su expresión, que habla de que cree que sin Chryses estaremos perdidos.

—¿De verdad has enviado fuera a un aliado cuando puede haber un asesino suelto? Tuvo que ser alguien cercano a Algar, ¿eres consciente de ello? —Sacude la cabeza—. Alguien que podría seguir aquí, entre nosotros. Un *traidor*.

«¿Cuál es el castigo para los traidores, Svent?».

Me llevo una mano a la boca. La náusea vuelve al tiempo que lo hace un recuerdo que no sabía que almacenaba. Una voz que suena como la de Ciel, pero que no puede serlo. Nunca hemos hablado de que hubiera traidores entre nosotros. Estoy seguro. Pero al mismo tiempo…

Itsvan me coge por los hombros y me zarandea con suavidad. Hay preocupación en su rostro. Nunca traición. Itsvan, al fin y al cabo, lleva a mi lado más tiempo del que puedo contar. Es casi como un hermano. Lo más parecido a uno que tengo.

Apoyo mi mano en su antebrazo. Abro la boca, pero de pronto ya no sé qué iba a decirle. Me siento perdido, mareado. El suelo baila bajo mis pies. Es un sentimiento de indefensión, de sentirme expuesto, de estar a punto de caer, como si alguien me hubiera estado sujetando hasta este momento y de pronto me hubiera soltado.

Por suerte, es solo un instante, un solo latido, lo que tardo en volver a ser yo. En apartarme del muchacho enfrente de mí.

—Ha sido Mab —le aseguro—. No hay traidores entre nosotros. Estás viendo sombras donde no las hay.

Itsvan cuadra los hombros y alza la barbilla, aunque noto que aprieta los dientes.

—Haz lo que quieras. Si no vas a escucharme, yo mismo investigaré qué está pasando aquí.

Me dejo caer en la silla. Él se da la vuelta, furioso, airado, y se apresura hacia la salida.

—Itsvan.

Se para justo cuando su mano acaba de tocar el pomo de la puerta. No se da la vuelta. No me mira. Pero sé que me escucha.

—Los mensajeros ya han salido. Mañana todo el reino sabrá que su rey contraerá matrimonio con la princesa de Veridian, como señal de nuevos tiempos que traerán la paz para todos y la unidad y la concordia entre nuestros países. Cuando me coronen, también la coronarán a ella.

Él no dice nada, pero sé perfectamente lo que está pensando: «Tú no eres el rey».

El portazo que da resuena en mi cabeza cuando se marcha.

# VERIDIAN

# Eirene

olver a Veridian es volver atrás en el tiempo.

Es una sensación extraña, porque no hace tanto que abandoné estas tierras. Cuando lo hice, fue en la comitiva que acompañaba a mi prima a su boda. Pensaba volver pronto, aunque fuera solo para terminar de coger mis cosas y despedirme de Ailbhe. En mis aposentos de palacio deben de seguir la mayor parte de mis libros de aventura, un par de arcos viejos, muñecas que guardo con cariño de algún momento en el que Fay y yo jugamos con ellas. Todo eso, si nadie se ha deshecho de ello, se ha mantenido estático en un cuarto abandonado, esperando por una dueña que, ahora, jamás volverá.

Estar de vuelta me hace darme cuenta de lo poco que añoraba este lugar.

Tengo más recuerdos aquí que en Nryan. Toda una vida. Y sin embargo, no consigo sentir este reino como un hogar, ni como nada que se le parezca. El sonido de las calles parece irreal, tan suave. La actitud altanera de quienes pasean por ellas es un reflejo de una perfección que tiene que ser imposible. Lo brillante que parece todo, lo impoluto, solo puede ser artificial. Veridian es, de alguna manera, semejante a Lothaire, con su apariencia feliz en todo momento, tan falsa. Solo que en este lugar la gente ni siquiera parece feliz. Es como si todo quisiera estar muy por encima de las emociones, de la vida en general. Todo está pensado al detalle, desde la arquitectura al comportamiento de sus ciudadanos.

Nada es espontáneo. Nada es salvaje.

No podría ser más distinto de Nryan. No podría ser más distinto a mí.

—No te pega nada haber vivido aquí tantos años.

Aunque es Seaben quien tiene acceso a mis pensamientos la mayor parte del tiempo, es Drake quien parece leerme la mente en este momento. Me cuesta un poco apartar la mirada de la ventana para observarlo. El sol está cayendo y el castillo, no tan lejano, se convierte en una miríada de reflejos anaranjados. Crecí en esas torres que, con presuntuosidad —como todo en Veridian—, intentan arañar el cielo, pero no parece que fuera yo de verdad quien recorrió sus pasillos. Ahora, al mirarlo desde lejos, recuerdo por qué hui en su momento. Lo que no soy capaz de rememorar es por qué Ailbhe me convenció para volver.

Supongo que por él. Por Fay. Porque ya por aquel entonces había entendido que tener un hogar iba más sobre personas que sobre espacios.

Cuando por fin consigo desprenderme de los recuerdos es cuando puedo de verdad girarme para mirar a mi amigo. Él, sentado en la cama, tiene su laúd entre las manos. Creo que al principio estaba tocando, pero no sé cuándo dejó de hacerlo.

Estoy a punto de responderle que tiene razón, que este lugar no dice nada de mí, cuando la puerta de la habitación se abre. Seaben entra en ese momento con la carta que estábamos esperando desde que llegamos a esta posada para resguardarnos. El mensajero que mandamos, pagándole bastante más de lo que cualquiera le habría pagado, ha debido de conseguir hacer llegar la breve misiva en la que le decía a mi primo que estaba aquí y que se reuniese con nosotros. Soy consciente de lo sospechoso que le debió de parecer. De lo increíble.

Al fin y al cabo, a ojos de toda Faesia, Eirene de Nryan está

muerta.

Por eso metí algo más en el sobre. Un detalle. Algo pequeño, pero importante para mí. Mi colgante. El que heredé de mi madre. Confío en que eso fuera suficiente para convencer a mi primo de que no le escribía una farsante.

Pero si ha funcionado o no, eso solo lo sabremos con su respuesta.

Por eso Drake y yo observamos a Seaben conteniendo un poco la respiración. Mi marido extiende la carta hacia mí. No la ha abierto, como si considerara que, pese a estar juntos en esto, es algo que solo puedo hacer yo.

Con cuidado, la abro. Unas breves líneas. Un lugar. Una hora.

Vuelvo a respirar. Cuando alzo la mirada, trato de sonreír a mis acompañantes.

—Esta noche nos encontraremos con el príncipe de Veridian.

Cuando Ailbhe, Fay y yo éramos pequeños, teníamos un refugio. Aunque no creo que se pueda llamar así, porque los refugios por lo general son lugares bastante escondidos, y el nuestro no lo estaba. Supongo que Ailbhe y Fay, incluso en sus momentos más rebeldes, seguían siendo lo suficientemente sensatos o moderados como para no alejarse por completo de su mundo de cristal, aunque había días en que yo habría agradecido tener un espacio así, alejado *de verdad* de la vida en palacio.

No me extraña que sea allí donde nos cite Ailbhe.

También creo que es evidente. Y que habla de la inteligencia de mi primo. No en vano, en su nota no ponía un lugar concreto. Solo un breve «bajo el arcoíris». Supongo que eso no tendría sentido para cualquier otra persona, sobre todo en una cita a medianoche. Pero lo tiene para mí.

Por supuesto, no hay ningún arcoíris cuando llegamos allí. Es solo un quiosco, demasiado cercano al palacio para mi comodidad, pero lo suficientemente apartado para que estuviera más vacío de gente que cualquier otro. El arcoíris se formaba siempre al atardecer, cuando el sol se reflejaba en los paneles de cristal del techo. Nos encantaba jugar bajo aquellas luces cambiantes.

Ahora por esos cristales solo se cuela la luz de la luna, y bajo ella, dos figuras.

Cuando nos escuchan llegar, una de ellas, la más querida para mí, se gira. Su incredulidad dura un segundo. Está a punto de dar un paso hacia delante, de lanzarse sobre mí, lo sé. Yo lo animo a ello con mi sonrisa. Pero si se detiene no es por decisión propia, sino por el

murmullo precavido de la persona que lo acompaña.

Gadien siempre fue el mejor escolta del príncipe de Veridian. No es de extrañar que, con el tiempo, terminara ocupando también el puesto de capitán de la guardia.

—¿Eirene? —murmura Ailbhe entonces, con cuidado. Sus ojos se fijan en las siluetas que me siguen. Primero en Drake. Después en Seaben—. Eres tú, ¿verdad?

—La última vez que nos vimos en este lugar, Fay se puso a llorar desconsolada porque no quería casarse con Seaben de Lothaire —recuerdo, con cierta sorna—. Considero cuanto menos irónico que ella no esté aquí, pero sí la mujer que se ha casado con él, después de todo.

Ailbhe sonríe entonces. El rostro de mi primo se ilumina bajo los reflejos blancos del lugar y se apresura a alcanzarme, alejándose de su guardia. Sus brazos son tan cálidos como los recordaba cuando me rodea con ellos.

—Estás viva —dice, como quien descubre una verdad imposible. Sus manos cogen mi rostro para poder observarme con atención, quizá queriendo probar incluso que mi carne es real—. Estás aquí de verdad. Cuando llegó tu carta pensé… pensé que era una trampa. Que alguien había robado tu colgante. No pensé que nadie fuera a venir aquí, siquiera. Pero tú… estabas… se dijo que…

—¿Creíste de verdad que *yo* sería tan fácil de matar? Por favor, no podía permitir algo así. La vida en Veridian ya es lo suficientemente aburrida como para que *encima* viváis sin mí para darle gracia de vez en cuando.

La carcajada de mi primo es el sonido más alegre que le he escuchado nunca. También es igual de dulce que siempre.

—Toda la razón. —Con su caballerosidad habitual, toma mis manos y deja un beso en los nudillos antes de levantar la vista a las sombras detrás de mí—. Supongo que puedo adivinar quién es al menos uno de tus acompañantes.

Seaben sabe que habla de él. Con calma, avanza poniéndose a mi lado.

—Alteza Ailbhe. Es un honor conoceros.

—No sé si he de decir lo mismo, príncipe Seaben. Lo cierto es que se cuentan tantas historias de vos últimamente que ya no sé si sois alguien a quien guardar respeto o a quien temer. Aunque supongo que si mi prima os trae con ella, ha de ser lo primero.

—Lo único que me parece temible a mí es lo aburrido que va a ser esto como les dejes hablar a ellos dos de esa manera, Ei.

Seaben deja los ojos en blanco, pero yo tengo que sonreír ante las

palabras de Drake, que también avanza. Supongo que los protocolos y los modales exquisitos le gustan a él tan poco como a mí. Ailbhe alza las cejas para fijarse en el trovador.

—¿Y vos sois…?

—Drake, hermanastro de Inair de Astrea —le presento—. Pero no te dirijas a él como si fuera príncipe. En Veridian sois demasiado estirados y a él esas cosas le dan urticaria.

Drake, de hecho, finge rascarse el brazo.

—Ya me estoy encontrando mal…

Pese a todo, a Ailbhe se le escapa una sonrisa. Se gira a medias para llamar la atención de Gadien, que solo entonces se acerca a nosotros.

—Permitid que os presente yo también. Él es Gadien, mi escolta personal y capitán de la guardia de Veridian. Al pensar que pudiese ser una trampa no podía arriesgarme a venir solo.

—Y apuesto a que, aunque hubieras querido hacerlo, Gadien no te lo habría permitido —adivino yo—. ¿No es así, Gadien?

El acompañante de mi primo se permite una sonrisa.

—Bien lo sabéis, *lady* Eirene. —La reverencia que hace ante mí es impoluta—. Celebro que estéis sana y salva, princesa.

—¿Tu escolta nunca me llamará por mi nombre y nada más, pese a conocerme de toda la vida, Ailbhe?

Ailbhe vuelve a reír, de buen humor.

—Demasiado estirados, tú lo has dicho.

Supongo que hay batallas perdidas de antemano. Y aunque poder volver a hablar así con mi primo me llena de alegría, sé que no estamos aquí solo para tener un bonito reencuentro. Por eso cojo aire, fijándome en él. Cuando se da cuenta, la sonrisa también se pierde un poco en su boca.

—Tenemos mucho de qué hablar, primo. Las cosas han cambiado considerablemente.

—Lo sé. Se han contado muchas historias que supongo que no tienen nada que ver con la realidad, empezando por la de tu muerte.

Asiento. Con un ademán, mi primo nos indica que nos sentemos en los bancos que bordean todo el quiosco, porque intuye que las historias que le traigo no son cuentos breves. Hablar de todo lo que ha pasado, sin embargo, resulta ya casi natural. Quizá porque precisamente parece un cuento, algo que de alguna manera no hemos vivido. Después de tanto, siento que quien se casó con Seaben aquella vez para sustituir a una novia fugada fue otra Eirene. Que también fue otra la que descubrió a una princesa encerrada en una torre. Tampoco fui yo quien se paseó entre los rebeldes de una nación herida de

muerte ni a quien la reina de las hadas apuñaló con una sonrisa en los labios. Es más sencillo así. Es más simple cuando pienso que todo eso le ocurrió a una protagonista ficticia.

Ailbhe no me interrumpe en ningún momento. De vez en cuando cruza miradas con Gadien u observa a mis acompañantes en las partes del relato que protagonizan ellos. También es más sencillo pensar que no son del todo *ellos*. Que Seaben nunca fue un niño robado de su cuna. Que Drake no tuvo que matar a un tirano.

—Fuimos a Anderia. Fay me dijo que sabías que ella estaba allí.

Mi primo suspira.

—En un monasterio…

—Ya no está en un monasterio. Supongo que o no la dejaron escribir o prefirió no hacerlo por precaución, cuando la situación cambió. Pero ahora está en palacio.

El rostro de mi primo cambia de repente. La serenidad que había mostrado hasta ahora se quiebra un poco.

—¿En el palacio de Anderia?

—Supongo que han llegado aquí las noticias de que hay un nuevo heredero. —Ailbhe le dedica una mirada a Seaben. Soy consciente de las ganas que tiene él de apartar la mirada, de lo que le duele no poder afirmar con orgullo que es esa persona—. No él. Han… Han nombrado heredero a uno de los jóvenes con los que vivía Fay en el monasterio. Es en realidad el hijo de Mab. *El de verdad*. Pero nadie lo sabe.

—El chico de ojos rojos…

—Svent —confirmo—. Fay va a prometerse con él.

Mi voz suena tan cauta como categórica. Entonces, esta vez por completo, la expresión de mi primo se descompone.

—¿Cómo has dicho?

—Está decidido. Por supuesto, no me invento nada, pero Fay me dio una carta para ti, si quieres leerlo de su propia mano, y…

—¿Es que se ha vuelto loca? ¡No puede casarse con el heredero de los humanos, sea o no el verdadero!

—No va a *casarse* —trato de tranquilizarlo—. Solo se prometerán. No habrá boda de verdad. Pero eso ayudaría a la situación general: Anderia y Veridian tendrían una alianza formal a través de ella. Pacificaría las cosas: los humanos estarían relacionados con una de las razas mágicas y…

—¿Pacificar las cosas? —Las palabras de mi primo casi resultan un ataque. Me tenso de inmediato, mientras él se pone en pie de golpe. La mano de Seaben corre a cubrir la mía, pero yo no lo miro: solo tengo ojos para mi familiar, que parece incrédulo—. Si mi hermana hace

algo semejante convertirá a Veridian en enemigo de Lothaire.

«¿Cree que Lothaire no es *ya* su enemigo?». La voz de Seaben en mi cabeza parecería una burla si no sonara tan fría, tan amarga.

—Lothaire ya es el enemigo, Ailbhe.

—No: *Mab* es la enemiga, de algunos. El que fue su príncipe debería estar de acuerdo conmigo.

Todos nos sorprendemos cuando Ailbhe encara a Seaben, que alza la barbilla. En realidad, siento un poco de vergüenza, porque mi primo tiene razón. Lothaire no es culpable de todo lo que sí es culpable su reina.

—Os lo concedo —murmura Seaben—. Pero mientras sea Mab quien gobierne en Lothaire, sus súbditos seguirán luchando por ella como han hecho hasta ahora.

—Si ese es el problema, volved y reclamad vuestro lugar. Nadie sabe que no sois el príncipe, ¿no es cierto?

—Ailbhe, eso…

—Eso provocaría un conflicto civil, por supuesto —me interrumpe él—. El príncipe contra la reina. Pero al menos indicaría la decencia de no seguir metiendo a otros reinos en *vuestro* conflicto.

Me quedo helada. Creo que todos lo hacemos. Incluso Seaben, que siempre parece estar preparado para todo, al principio se queda muy quieto. Siento a Drake comenzar una maldición, indignándose más rápido que cualquiera de nosotros, pero entonces es mi esposo quien se pone en pie. Suelta mi mano, aunque yo desearía más que nada que no lo hiciera.

—Sois un iluso si pensáis de verdad que este conflicto es solo *nuestro*. Nosotros no estamos involucrando a todos los reinos: Mab lo hizo, desde el principio. *Ella* ha mantenido una guerra contra Anderia todos estos años. *Ella* raptó a la princesa de Astrea para favorecer un golpe de Estado a manos de un dictador. *Ella* se ha encargado de que en Nryan gobierne alguien que siempre pueda favorecer sus deseos. *Ella* robó al hijo de la princesa de Anderia para hacerlo pasar por suyo y dejar al país sin un heredero. *Ella*, si creéis que no se fijó en vuestro país también, alteza, fue quien decidió que utilizaría a vuestra princesa para formalizar una alianza con vuestro reino y aprovechar para poder rodear a Anderia y ganar la guerra de una vez por todas. ¿Tenéis el valor, pues, de decirnos que *nosotros* involucramos a otros reinos en un conflicto *solo nuestro*? Pensad lo que queráis de mí, alteza, pero vuestra prima casi pierde la vida luchando por la libertad de un reino en el que ni siquiera había estado antes. Al menos mostrad *vos* la decencia de no tildarla de egoísta.

Bajo la luz de la luna, Ailbhe parece quedarse un poco más pálido,

aunque eso en ningún momento evita que su barbilla siga alzada, con el orgullo propio de un príncipe de los elfos de Veridian. Sus ojos y los de Seaben parecen luchar, hablar más allá de las palabras, seguir discutiendo sin voz. Gadien parece haberse acercado un paso más y yo tengo que ponerme en pie cuando veo que, con precaución, posa sus dedos sobre la espada que cuelga de su cinto. Drake también se levanta. Veo cómo intercambia su peso de un pie a otro, incómodo. De pronto, el ambiente tranquilo del principio ha desaparecido y ante nosotros solo queda esta tensión palpable que me impide respirar.

—Primo —le llamo, con cuidado. Él me mira. Sus labios siguen fruncidos, pero al menos su postura se relaja un poco al escuchar mi voz—. Tienes razón en una cosa. *Mab* es la enemiga. Pero no es solo enemiga nuestra. A Mab no le importa nadie más que ella, y su poder y su influencia y sus deseos van mucho más allá de sus fronteras. No queremos guerras. Solo queremos derrotarla.

—*Ya hay* guerras, Eirene. Al menos una. Y si Fay se promete con el actual príncipe de Anderia, la involucraréis de lleno en ella. Y con Fay, involucraréis también a Veridian. Es *su reino*, por más que parezca haberlo abandonado. Lothaire podría cargar contra nosotros.

—¡Podemos evitar que eso ocurra si somos más rápidos que ella! —protesto—. Si todos nos unimos en su contra no tendrá más remedio que abandonar. No tenemos por qué luchar con armas, sino con unión. ¡Su pueblo mismo se daría cuenta de que no merece la pena seguirla! ¡Sería tan sencillo como expandir el mensaje de que si Mab no reina se acabarían los conflictos! Y para eso, que Fay, una elfa, una de las razas a las que los humanos han temido tanto tiempo, se prometa con el príncipe de los humanos, es el mejor símbolo posible. Será decirles claramente que Mab impone las diferencias, que en realidad no las hay.

Sé que, al menos eso, Ailbhe puede comprenderlo. Sus puños se cierran y sus ojos rehúyen los míos. Está asustado. Lo entiendo. Sé que teme las consecuencias de posicionarse contra Lothaire, no para él, sino para su reino. Siempre ha sido demasiado consciente de este. Más que nadie. La posibilidad de un conflicto que afecte a las vidas de su pueblo es una que mi primo nunca querría tener que calcular.

Pero no tiene por qué ocurrir así, ¿verdad? No tenemos por qué luchar más. Yo *no quiero* luchar más. No creo que nadie quiera. Todavía me tiemblan las manos por las vidas que quité en Astrea. Seaben sigue teniendo pesadillas llenas de fantasmas. Drake ya ha visto morir a demasiada de su gente.

Hay otras maneras de luchar. Tiene que haberlas.

—Si Fay hace algo así —susurra entonces Ailbhe—, mis padres

sabrán dónde está. Y querrán recuperarla. Creerán que la han engañado.

—No ha sido así, y por eso te informamos, Ailbhe. Debes decírselo a tus padres y convencerles de que esto es lo sensato y de que *nadie* ha obligado a nada a mi prima. Fay decidió por sí misma. —Entre mis ropas, busco su nota y se la doy—. No llegarán al matrimonio siquiera. Pero, por si sirve de algo, ella además quiere a ese muchacho. Lo quiere de verdad.

Con dudas, los dedos de mi primo terminan por aceptar la nota y guardarla. Parece confuso. Sé que es mucho para él.

Y aparece saberlo también su guardia, que se adelanta un paso más. Mi primo lo observa como si quisiera preguntarle su opinión. Como si no se sintiera capaz de tomar una decisión sin saber lo que él piensa.

—Alteza, ha sido un día largo —razona Gadien—. Y sin duda la conversación aquí mantenida no es asunto que pensar a la ligera ni bajo impulsos. A la luz de la mañana quizá veáis esto desde una nueva perspectiva.

Ailbhe cabecea, de acuerdo con su compañero. Cuando me mira, creo que parece triste, desagradado por tener que enfrentarse a mí. Por que nuestro encuentro no sea solo dulce, quizá como él habría querido al recuperarme de entre los muertos.

—El compromiso no se podrá hacer público hasta que tomemos una decisión.

Asiento, de acuerdo.

—Es lo más conveniente.

—Y si la respuesta por nuestra parte es negativa… quizá Fay tenga que desligarse por completo de nuestra familia. Harías bien en informarla de ello también.

Trago saliva.

—¿Vais a desheredarla?

—No me gustaría, Eirene. Pero si quiere seguir adelante con esa unión, fingida o real, puede que tengamos que evitar que lo haga en nombre de Veridian. —Abro la boca para protestar, pero mi primo alza la mano—. Es solo una advertencia de lo que puede suceder si nuestra respuesta es «no». Pero como Gadien ha dicho, esta no es una decisión que se pueda tomar a la ligera. Volveremos a vernos aquí en dos días, a la misma hora. Entonces te comunicaré mi decisión.

No dudo en asentir.

—Dos días entonces.

—Mis señores —murmura Ailbhe a modo de despedida hacia Seaben y Drake. No hay inclinaciones de ningún tipo—. Prima.

Cuando se acerca a mí y me rodea con sus brazos, yo no puedo rechazarlo. Le estrecho con fuerza. Sigue siendo mi primo, al fin y al cabo. Tengo que sonreír cuando deja un beso tierno en mi mejilla.

—Era más fácil cuando simplemente te escapabas. Al menos no armabas revueltas por las esquinas.

—Supongo que siempre fui demasiado rebelde.

—Y supongo que nadie podía esperar que dejaras de serlo.

Volvemos a sonreír.

Gadien hace sendas reverencias ante todos y después acompaña a mi primo hacia su montura.

Los vemos marchar y entre nosotros solo quedan preguntas y un gran silencio.

El colgante de Eirene lanza destellos al aire cada vez que caza un rayo de sol. Anoche

no recordé devolvérselo y ella no me lo pidió, así que ahora guardo la cadena entre mis dedos, de la misma forma que mantengo cerca la carta de mi hermana. Espero que estos dos objetos sirvan, de alguna manera, para tenerlas más cerca de mis pensamientos y, de ese modo, ayudarme a conservar el sentido para tomar las decisiones que esperan enfrente de mí.

Porque la que tengo delante es una misión difícil.

Los pasos son quedos sobre el suelo blanco, embaldosado, del pabellón. Por segundo día consecutivo me encuentro «debajo del arcoíris», incluso si hacía meses que no pasaba por aquí. Desde antes de que mi hermana y mi prima partieran, de hecho. ¿Por qué he venido hoy, entonces? Sin mis compañeras de juegos el lugar se queda vacío, pero necesitaba alejarme de palacio. Necesitaba un lugar propio para pensar, y ese parece el único que puedo pensar en llamar «mío».

Los pasos se detienen a poca distancia de mí. Gadien tiene los labios apretados cuando alzo la vista. Nunca ha sabido disfrazar su preocupación por mí.

Nunca le ha hecho falta, tampoco.

—¿Cómo me has encontrado?

—Llevo bastante tiempo buscándote. Este ni siquiera ha sido el primer lugar al que he venido, en realidad.

La idea de haber tenido a mi escolta tras mi pista no me hace tanta gracia como otros días. Sé que no me he portado especialmente bien con él: anoche volvimos a casa sin dirigirnos la palabra y, cuando él intentó entablar conversación conmigo, en los establos, le dije que estaba demasiado cansado y me marché. Y aunque Gadien se toma muy en serio su trabajo y normalmente se convierte en mi sombra allá a donde vaya, también sabe cuándo darme espacio. Debió de considerar que ayer era uno de esos momentos.

—Lo siento. Debería haberte avisado.

Mi guarda se sienta junto a mí, tan cerca que nuestros hombros casi se tocan.

—Pensé que si te hubieras marchado a Anderia a por Fay habrías tenido el detalle de avisarme, como la última vez, así que no estaba *excesivamente* preocupado.

Gadien esboza la más leve de las sonrisas, que muere en sus labios antes de que me la pueda contagiar. Como muere la conversación, en realidad. El silencio se posa entre nosotros como los haces de luz que pasan a través de los cristales. Las cosas que no decimos se derriten en el calor del pabellón. Me fijo en los bancos vacíos, en los tiestos de cerámica manchados de polvo y tierra que alguien, hace mucho, dejó abandonados. Eirene y yo los usábamos para crear fortalezas y

murallas tras las que ocultarnos de enemigos invisibles.

Suspiro. Añoro nuestra infancia, cuando no teníamos que tomar decisiones ni enfrentarnos al mundo real. Cuando podíamos encerrarnos aquí a crear nuestro propio mundo. Aquí la guerra no podía alcanzarnos.

Aquí podíamos ser quienes quisiéramos ser.

—Yo nunca huiría —susurro. Pero creo que no se lo digo a él, sino a mí. Para intentar convencerme, quizá. Porque lo cierto es que nunca había sentido más deseos de hacerlo.

—Lo sé. —Se humedece los labios, con un titubeo que me anuncia que no me va a gustar lo que va a decir a continuación—: ¿Ya sabes qué vas a hacer?

Echo la cabeza hacia atrás, apoyándola en la pared de cristal a mi espalda. Mis ojos vuelan a las copas de los árboles que rodean el quiosco. A la luz entre las ramas. A los reflejos de colores en el suelo.

—No. —Cierro los ojos, intentando encontrar en la oscuridad las respuestas que no encuentro en la luz—. No sé qué hacer, Gadien, y no creo que vaya a averiguarlo de la noche a la mañana. Le pedí dos días a mi prima pero ¿cómo voy a decidir en dos días junto a qué bando posicionarme? ¿Mando mi país a la ruina o doy la espalda a mi familia? A Eirene —aprieto su colgante entre los dedos—, a mi hermana…

Mi otra mano busca la carta que he dejado junto a mí. Las palabras de Fay fueron escritas con prisa, creo, pero también quiero pensar que mi hermana ha dejado una parte de ella en cada una. El problema es que ya no sé si la reconozco. Pensé que ella no tenía secretos para mí, pero ya no sé qué es lo siguiente que va a hacer. No la creí capaz de rebelarse contra nuestros padres. Ni de vivir entre humanos. Ni siquiera de aprender su idioma o de hacerse amiga de ellos. De aceptar entrar en su castillo…

Ya no conozco a la muchacha con la que crecí.

—Sé que al final decidirás lo correcto.

Los dedos de Gadien sobre los míos, cálidos. ¿Está mal si le digo que no quiero escuchar esas palabras de sus labios? ¿Que no quiero que él también tenga fe ciega en mí? Todo el mundo me toma por el perfecto príncipe, pero a veces no me siento a la altura de las expectativas. Por mucho que me esfuerzo no logro ser suficiente…

Llevan toda mi vida preparándome para ser rey y, sin embargo, no me siento tan capacitado como para tomar las decisiones que esperan de mí.

—¿Y si no lo hago? ¿Y si me dejo llevar demasiado por mis sentimientos? O a lo mejor intento alejarme tanto de ellos que pierdo

toda humanidad. —Aparto mi mano de la suya y me cubro la cara—. ¿Hay siquiera una respuesta correcta?

»¿Qué harías tú? ¿Sacrificarías a tu pueblo a costa de otro país? ¿Protegerías a tu familia incluso si sabes que más vidas se perderían?

Hay un silencio sin respuesta. Y después, muy bajito, mi nombre saliendo de sus labios.

—Ailbhe.

Lo dice con tanta suavidad que tengo que mirarlo. Suena casi a hechizo. No está sonriendo. Sus ojos, de hecho, se han entornado. Yo aguardo, casi sin respiración, a que diga algo más. Porque en su expresión no hay dudas, nunca las hay, y eso siempre me ha fascinado.

—No creo que deba ser yo el que te ofrezca una respuesta, porque sé que no la tengo. Pero… plantéate si quieres que tu país realmente se mantenga al margen. Veridian ha guardado silencio durante mucho tiempo, pero el silencio también es ponerse del lado de alguien. ¿Crees que puedes simplemente quedarte al margen? Entonces tal vez estés condicionando la guerra.

Tengo que darle la razón, claro. Siempre he creído que Lothaire tiene todas las de ganar en la batalla contra Anderia. Si no nos posicionamos de parte de los humanos, por tanto, estamos dejando que todo siga su curso. No cabe duda de que somos observadores, pero no por ello somos neutrales.

—El deber de un rey es proteger a su pueblo.

—El deber de un rey es hacer lo mejor para su pueblo —me corrige él—. Pero no creo que deba hacerlo a costa de sí mismo.

Una caricia en la mejilla. Yo sonrío, con algo de amargura. Es irónico que él, precisamente él, me diga eso. Gadien sabe mejor que nadie los sacrificios que el príncipe de Veridian tiene que hacer. Gadien sabe mejor que nadie cuándo puedo permitirme ser Ailbhe y cuándo soy su alteza real. Las cosas que puedo y no puedo hacer delante de los demás. Alguna vez, al fin y al cabo, hemos tenido esta conversación. Alguna vez nos hemos permitido hablar, en voz baja, de la necesidad de quitarnos las máscaras. De ser nosotros mismos. Esas, al menos, eran sus palabras. Las mías le recordaban que un heredero de Veridian está obligado a casarse. Tiene que dar hijos a la corona. Tiene que… sacrificarse.

Hay muchas cosas, aunque me cueste decirlo, que Gadien no puede entender porque no vive dentro de mis ropas. Porque no lleva mi corona.

Sin embargo, cuando se me acerca, es difícil echarle en cara que no pueda ver mis conflictos. Mis debates por ser o no ser yo mismo. Y

cuando sus labios llegan, normalmente, siempre sé que saldré perdiendo si discuto sus argumentos. Ese es su poder: el de hacerme creer que es posible convertir una utopía en realidad. Esa en la que somos nosotros mismos, sin disfraces, sin vergüenza. Esa en la que nos deshacemos de la falsa perfección que nos rodea.

Incluso si una parte de mí sabe que ese es un sueño que nunca cobrará forma.

Por la noche, después de la cena, cuando el sol ya se ha puesto, encuentro a Gadien en las caballerizas, ocupándose de su propio caballo. Siempre lo hace cuando puede, en lugar de dejar a los mozos de cuadras que cuiden de él. Considera que es su trabajo porque es su montura, y nadie le lleva la contraria, incluso cuando algunas personas consideran que es una actitud bastante extravagante.

Cuando yo llego, está cepillando a su corcel. Las lámparas están encendidas con un brillo dorado, mágico, que proyecta la sombra de mi escolta por las paredes, convirtiéndolos a él y a su caballo en gigantes.

—Sé que le hablo al aire, pero tenemos gente que haría eso por ti.

—¿Dejarías tú que alguien firmara por ti los papeles que se acumulan en el despacho real?

Se me escapa una pequeña sonrisa. Aunque no se ha dado la vuelta, sabía que había entrado incluso antes de que hablase. Es algo propio de él.

—¿Ahora comparas tus obligaciones con las de tu príncipe?

Gadien gira la cabeza apenas. Está sonriendo también.

—Me gusta pensar que le hago un servicio al reino manteniendo con vida al heredero, sí.

Casi me echo a reír. Sus cejas se alzan y se sacude las manos, sacándose de entre la ropa una manzana pequeña para dársela a su aseada montura, que la devora sin contemplaciones. Oigo que le susurra algunas palabras de aprecio antes de acariciar su cuello y luego venir hasta mí.

—No hay muchas amenazas en Veridian —le recuerdo.

—Lo que quizá se deba a que estoy yo. —Un beso rápido—. ¿Cómo ha ido la tarde de meditación? —Pregunta, con cautela—. ¿Has llegado a alguna conclusión?

A la luz de que no era capaz de pensar con claridad, decidí encerrarme en la biblioteca a plantear mi estrategia. Necesitaba ordenar mis ideas y centrarme, también, en qué les diré mañana a mis padres. Al fin y al cabo, de ellos depende la disposición final, si bien

sé que tendrán en cuenta mi opinión. Y creo que podría, de hecho, convencerlos de casi cualquier cosa.

Incluyendo la necesidad de hacer caso a mi prima y apoyar a Fay en su decisión.

—Quiero… ayudarlas. Y no solo por ellas. No solo por… los humanos, de alguna forma, también… quiero hacerlo por Veridian. Porque tenías razón: el reino necesita que velen por sus intereses, no solo por su protección. Y quiero que las cosas cambien. Creo… Quiero pensar que un cambio es lo que necesita Faesia ahora. Para que un mundo mejor sea posible.

Veo que mis palabras lo emocionan más de lo que admitirá. Lo descubro en el brillo de sus ojos. En la forma en la que sus dedos encuentran los míos.

—Estoy seguro de que has tomado la decisión correcta.

Asiento, intentando convencerme con sus palabras de que así es.

—Supongo que Fay lo vio mucho más claro que yo cuando nos encontramos la última vez. Me dijo que estaba siendo egoísta. Sus palabras me dolieron, pensé que eran el argumento de una muchacha ignorante, pero… tiene razón. Hemos pasado demasiado tiempo acomodados en esta paz fingida y yo soy el último en darse cuenta. —Cojo aire, sin creerme mis palabras y, al mismo tiempo, dándome cuenta de que son reales—. Hasta ella está luchando, Gadien. A su manera, mi hermana pequeña también está participando en la guerra.

Esa hermana que ya no conozco… junto a la prima con la que ambos nos criamos. Y junto a centenares de desconocidos que, de una manera u otra, luchan. Puede que Fay no haya cogido una espada entre sus manos en la vida, pero ella también forma parte de la batalla, que está claro que no siempre se desarrolla en el frente.

A lo mejor soy el último en darme cuenta de todo esto. O, al menos, eso parece decirme la sonrisa de mi compañero.

—Creo que todos hemos subestimado a la princesa de Veridian.

—Y yo el primero, ¿no es cierto?

Gadien prefiere callar. Solo sonríe, un poco más ampliamente, con una clara disculpa en la mirada por pensar que, efectivamente, soy el peor hermano del mundo. O quizá lo piense yo. El pensamiento se me escabulle entre los dedos cuando su otra mano roza la mía.

—Pensé que no querías correr el riesgo.

Trago saliva. Es cierto. Pero a la vez…

—Tú me has enseñado que hay riesgos que merecen la pena.

Nuestras palmas encontrándose. Mi cuerpo moviéndose hacia el suyo, como atraído por una magia especialmente fuerte. Pero Gadien no se mueve. Sus hombros se tensan. Sus ojos no se entornan. Ni

siquiera me mira, sino que presta atención a algo más allá de mi hombro. Sus manos dejan las mías con brusquedad y acuden a la empuñadura de su espalda.

—¿Quién va?

Mi rostro pierde todo calor y color. ¿Hay alguien espiándonos? Me enderezo y me giro, pero para mí solo hay sombras. Mis sentidos no han captado nada. De hecho, confío en Gadien ciegamente: si hubiera habido alguien en el establo con él, nunca se habría dirigido a mí de manera tan informal desde el principio.

Durante unos segundos que me quitan el aliento, no pasa nada. Todo sigue quieto, a excepción de los caballos en sus puestos. Puede que haya algún ratón corriendo por el altillo lleno de heno. Mi corazón mismo parece callar durante un instante.

Y entonces, con el rabillo del ojo, pese a que ambos estamos quietos, una sombra se mueve. Aunque ya tenía forma antes, de pronto su silueta se vuelve definida bajo nuestras miradas y sale de su escondite. Sus pasos hacen crujir la paja que cubre el suelo y que los mozos se han olvidado de limpiar. Su vestido, que casi llega al suelo, parece una bruma del color de la sangre seca y el carbón. La seda y la gasa parecen estar de más en este rincón demasiado rústico. Aunque este no parece sitio para una dama, su nariz no se arruga con el olor que flota en el aire. Ni siquiera hace una mueca. En realidad, su expresión la forma una sonrisa pacífica, que parece querer decirle a Gadien que su espada no será necesaria en este encuentro.

Yo mismo estoy a punto de decirle que la deje, que no hay ninguna razón para amenazar a una mujer, cuando mis ojos se posan sobre los suyos.

Son del rojo de la sangre recién derramada.

—Mab.

Su nombre sale de mis labios sin quererlo. Como una maldición. Doy un paso atrás, inconscientemente. Gadien desenvaina su espada sin miramientos, con un sonido que suena a amenaza.

—Decidle que baje el arma, príncipe. No soy vuestra enemiga.

Trago saliva. Su voz es suave, cadenciosa como un hechizo. ¿Es esta la mujer por la que sigue viva la guerra? ¿Es esta la mujer que robó a Seaben de Anderia de su cuna y dejó atrás a su propio hijo? La feérica que destruye naciones por un deseo. La que mueve los hilos de más países que el suyo… ¿Cómo? Parece frágil. Parece inofensiva, excepto por sus ojos. Por el brillo rojo que nace en su espalda cuando sus alas de mariposa se estiran como si acabaran de salir de un capullo.

—¿Cómo puedo saber yo eso? Venís hasta Veridian y os coláis en

los terrenos de mi palacio. Me espiáis.

Siento que se me acelera el pulso. No solo eso, sino que también descubre mi secreto. Y no dudo que lo usará contra mí si puede. Pero ¿cuánto daño puede hacerme? Apuñaló a mi prima. Vender mi relación con Gadien no sería lo peor que puede hacer. Y, sin embargo, ¿mataría a sangre fría a alguien que ni siquiera conoce? ¿A un príncipe de Veridian y a su escolta? Porque por mucho que me disguste, dudo que tengamos alguna oportunidad contra ella.

Aunque si quisiera matarme, ¿por qué aparecer ante mí en vez de aprovecharse de un momento en el que fuera más vulnerable?

Gadien me cubre con su cuerpo. Noto sus músculos tensos como la cuerda de un arco a punto de ser disparado.

—No os espiaba. Os buscaba. Pero resulta que… estabais ocupado. ¿Es culpa mía si desvelo secretos, o de quien me da el poder para usarlos en su contra?

—Si usáis mis secretos en mi contra, sois tan culpable vos como lo soy yo, majestad.

El título me pesa en la boca, pero esta mujer, me guste o no, es la reina de un país. La misma reina a la que estaba diciendo que Veridian tendría que enfrentarse. ¿Ha escuchado también eso? Parece muy tranquila, si así es…

—Entonces lo usaré solo para que me escuchéis, ya que parece que tengo vuestra atención. ¿Haréis eso, príncipe Ailbhe? Tengo entendido que sois un muchacho razonable.

Frunzo el ceño, sin entender. Gadien no parece querer perderla de vista, con su cuerpo preparado para el ataque, pero su cabeza se vuelve apenas, para mirarme. No sé qué espera encontrar en mí. Desde luego, no es una decisión. Sé que Mab intentará engatusarme si la dejo. Pero no puedo enfrentarme a ella directamente, tampoco.

—Sé que apuñalasteis a mi prima. —Ella ni siquiera parpadea.

—No esperaba lo contrario. Pero solo sabéis una parte de la historia. Yo vengo a traeros la otra. ¿No es lo mejor, cuando se quiere tomar una decisión? Tener toda la información…

Sé que no puedo fiarme. Sé que va a intentar llevarme a su terreno de todas las maneras posibles. Sé que no debo caer en su juego.

Pero, desafiando a lo que cualquiera pensaría que es el sentido común, rozo el brazo de Gadien y le hago bajar la espada. No quiero ver más sangre derramada.

—Hablad.

ilbhe de

Veridian me recuerda a mí hace mucho, mucho tiempo. Me recuerda a mi deseo de agradar a mis padres, cuando todavía vivían. A mi deseo de no estar sola.

Su máscara, la misma sin la que yo lo he encontrado, no es más que un intento desesperado de encajar. De ser lo que otros desean de él.

Yo hace mucho que me cansé de ella y la tiré dentro de un arcón.

A la luz dorada de las lámparas que cuelgan por las caballerizas, el príncipe de los elfos se sienta en un viejo y destartalado taburete, indicando que va a escucharme. Cuando me presenté ante él no esperaba que fuese a decidir seguirme la corriente, por mucho que hubiera escuchado de su disgusto por la sangre y la violencia o de su deseo por apartar a su país de la guerra. No sabía si era un cobarde o simplemente un soñador. Si realmente pensaba que podría permanecer al margen eternamente o solo quería ganar tiempo.

Ahora, nuestra breve conversación hasta el momento me ha dejado ver sus verdaderos pensamientos. No necesito ni siquiera colarme en su mente. Es un muchacho tan transparente como el agua cristalina que corre por los ríos de este reino.

Pero aunque sus corrientes no se hayan teñido con la sangre derramada de quienes han ido a la guerra, eso no significa que Veridian esté completamente limpia. En todos los castillos, aunque sean de cristal, la suciedad se guarda en las sombras y bajo las alfombras. Aquí, como en toda Faesia, habrá conspiradores y corros de nobles descontentos hablando a espaldas de los reyes y su príncipe. Y aquí, más que en otros lugares, las apariencias son importantes para esconder el horror de todo lo que hay debajo. No en vano su príncipe oculta sus deseos. No en vano huye con su amante a los rincones y a este sucio establo: descubrirse parece un pecado imperdonable para alguien del que se espera un matrimonio con una mujer que le dé herederos al reino.

Me pregunto qué tiene que pasar para que decida deshacerse de esas convenciones, como lo hice yo.

De frente ante él, al principio no digo nada. Observo a mi alrededor, esperando. La paciencia siempre ha sido una de mis virtudes. Para ver caer a tus enemigos, al fin y al cabo, a veces tienes que esperar a que alcancen la cumbre primero. A que piensen que son invencibles. Y yo no he esperado décadas enteras para perder ahora la templanza. Para cometer un error y echar por tierra todo lo que he conseguido levantar a mi alrededor. Me he creado una leyenda, al fin y al cabo.

Y tengo que estar a la altura de ella.

Ailbhe también parece un chico paciente. Se dedica a mirarme, a esperar. Eso me gusta. Un buen rey tiene que esperar a ver qué pieza mueve su contrincante, tarde lo que tarde, y tratar de averiguar su estrategia en cada uno de sus turnos.

Es una pena que Seaben nunca llegara a aprender esa lección por lo que parece.

—Puedo escucharos, pero yo no soy el rey. Quizá estéis perdiendo el tiempo no dirigiéndoos directamente a mis padres.

Su comentario es precavido. Un tanteo.

—Ah, pero creo que vos y yo, príncipe, tenemos muchas más cosas en común de lo que vuestros padres pudieran entender. O saber.

Él sonríe, con cierta incredulidad. Por supuesto, nunca admitirá que un trazo de su personalidad pudiera parecerse al de Mab de Lothaire. Nadie quiere parecerse a las brujas de los cuentos si puede evitarlo.

—¿En qué creéis *vos* que nos parecemos, majestad?

Extiendo mi sonrisa.

—Creo que ninguno hemos tenido una relación con nuestros padres demasiado estrecha, para empezar. Por unas causas u… otras.

Mis ojos caen sobre su guardián, que espera cerca de él, con los brazos a la espalda y los ojos acerados clavados en mí, siguiendo cada uno de mis movimientos. Pero no es especialmente… amenazador. El chico puede ser fuerte y rápido, pero dudo que supusiera un problema controlarlo como una marioneta si fuera necesario.

No puedo evitar preguntarme qué haría el príncipe en ese caso. Si su amante lo atacase por estar bajo mi control, ¿dejaría que lo atravesase su espada o lo mataría con sus propias manos…?

—No metáis a Gadien en esto —me increpa el príncipe.

Yo sacudo la cabeza.

—No es mi intención. Pero soy consciente de lo ilógico que puede ser a veces el corazón, ¿sabéis? De que… puede ser una carga, incluso. La juventud hace que a veces sintamos todo con mucha más intensidad. El amor, el odio, la tristeza, la rabia…

—¿Las ansias de venganza? No parece que en vuestro caso hayan ido a menos, mi reina. —Quizá porque hay ultrajes que no se olvidan —. ¿Consideráis que todo lo que está ocurriendo es culpa de nuestra juventud? —continúa—. Una princesa que se fuga, otra que decide ocupar su lugar. Incluso la rebelión de un supuesto hijo… No. Sabéis que no se trata de eso. Pero os están quitando cosas, majestad; vuestros planes, sean los que sean, se están rompiendo. Astrea ya no es vuestra, el príncipe Seaben jamás volverá a Lothaire…

—Tenéis razón.

Ailbhe de Veridian se queda petrificado ante mi asentimiento. Incluso su campeón lo hace. Inclino suavemente la cabeza.

—A lo mejor el corazón ilógico es el mío. Porque lo cierto es que, pese a todo, cometí un error en mis cálculos, lord Ailbhe. Quizá no me creáis, pero lo cierto es que he llegado a querer a Seaben como si fuera mi verdadero hijo. Puede que incluso más de lo que quería a mi heredera. —Él abre la boca, pero yo alzo la mano. Por supuesto que no puede entenderlo—. Lo habría hecho rey, me creáis o no. Si me hubiera seguido hasta el final, cuando ya no hubiera nada para mí, se lo habría dado todo a él.

Nunca le hubiera contado la verdad, es cierto. A ojos de todos, incluso de él mismo, habría sido mi hijo. ¿Y qué tiene de malo? ¿Acaso no lo crie yo? ¿Acaso no se lo di todo? ¿Acaso no le habría dado todo…?

—¿Y habría quedado para él algo sobre lo que gobernar, acaso?

—Creéis que quiero destruir, pero nada más lejos: mis planes son para crear un mundo mejor. —Él, ahora sí, no sabe qué contestar a eso —. Todos piensan que mi interés pasa por devastar Anderia, pero nadie parece haberse parado a pensar qué ganaría yo con un reino completamente muerto.

—Porque lo que hacéis no tiene sentido. Acabaréis con todos los humanos con vuestra absurda guerra.

—¿Absurda? Todos parecéis pensar eso, pero en realidad nadie ha tenido interés en decirme que parase. Los astrenses ayudaron a los humanos sin pensarlo, cuando pudieron. Los elfos preferisteis quedaros al margen. Pero no por ello el conflicto deja de existir: darle la espalda a quienes luchan también es una manera de posicionarse, diciendole a los combatientes que no os importa lo que hagamos.

Al menos el príncipe tiene la decencia de parecer avergonzado. Casi molesto. Intercambia una mirada con su caballero y luego aparta la vista.

—¿Cómo podéis lanzar la culpa sobre Veridian cuando vos habéis mantenido la guerra ardiendo?

—Y nunca me escucharéis negarlo. Pero el gobierno de Anderia ha cambiado con la muerte de Davet y espero poder alcanzar la paz con ellos ahora. Con el nuevo príncipe… y con vuestra hermana.

Hay un claro descontento en la expresión del príncipe. Lo veo levantarse. Mencionar a su hermana ha removido algo dentro de él y yo no puedo evitar acordarme de mi propia hermanastra, encerrada en una torre primero y condenada después. O puede que condenada desde el principio, desde que abrió los ojos al mundo por primera vez. Puede que incluso desde antes, desde que fue concebida como un

pecado. Como un engendro, decían, aunque a mí siempre me pareció la muchacha más hermosa.

Aunque casi he olvidado tu cara, Aldhara…

—No osaréis…

—La princesa Fay está a salvo. Tenéis mi palabra de que estas manos nunca la tocarán.

—Otras se ensuciarán en vuestro nombre.

—Mi batalla no es contra los humanos, príncipe Ailbhe. Os lo he dicho ya. —En sus ojos hay recelo, pero yo le muestro las palmas abiertas de mis manos. Casi parece sorprendido de ver en ellas que, efectivamente, no hay sangre. La única persona a la que he herido personalmente es a Eirene de Nryan. La única que ha puesto a prueba mi paciencia. La única a la que he deseado verdaderamente destruir—. Si hago esto es para cambiar el mundo. Para crear ese mundo que sé que vos también añoráis. Un mundo sin máscaras. Un mundo sin artificios. Uno en el que podáis ser vos mismo. Decidme, ¿acaso no os gustaría eso?

Él titubea. Sé que se debate entre decir que sí y preguntarme cuál es la trampa. Pero… no la hay. No hay engaño: ese es el mundo que quiero crear. Uno en el que nadie ni nada esté predestinado. Uno en el que Dioses y Estrellas no se rían de nosotros. Solo quiero saber que nadie volverá a pasar por lo que Aldhara pasó.

Quiero venganza. Y para ello he tenido que ser, durante todos estos años, más astuta que nadie. Más cruel que nadie.

Pero si lo consigo, habrá valido la pena.

—No me estáis diciendo todo. No me creo que vaya a ser tan sencillo. Que vaya a… acabar así. Con una firma de paz y la felicidad de Faesia.

—Si fuera así no os estaría pidiendo ayuda, lord Ailbhe. No tendría en cuenta la opinión de Veridian. Hay una campaña detrás de esto: nosotros contra quienes hacen las normas.

—Las normas las hacemos nosotros. Mis padres, como reyes. El pueblo, cuando está descontento.

Sé que no puede ser tan inocente.

—Supongo que, entonces, vuestra prima no os lo ha contado *todo*.

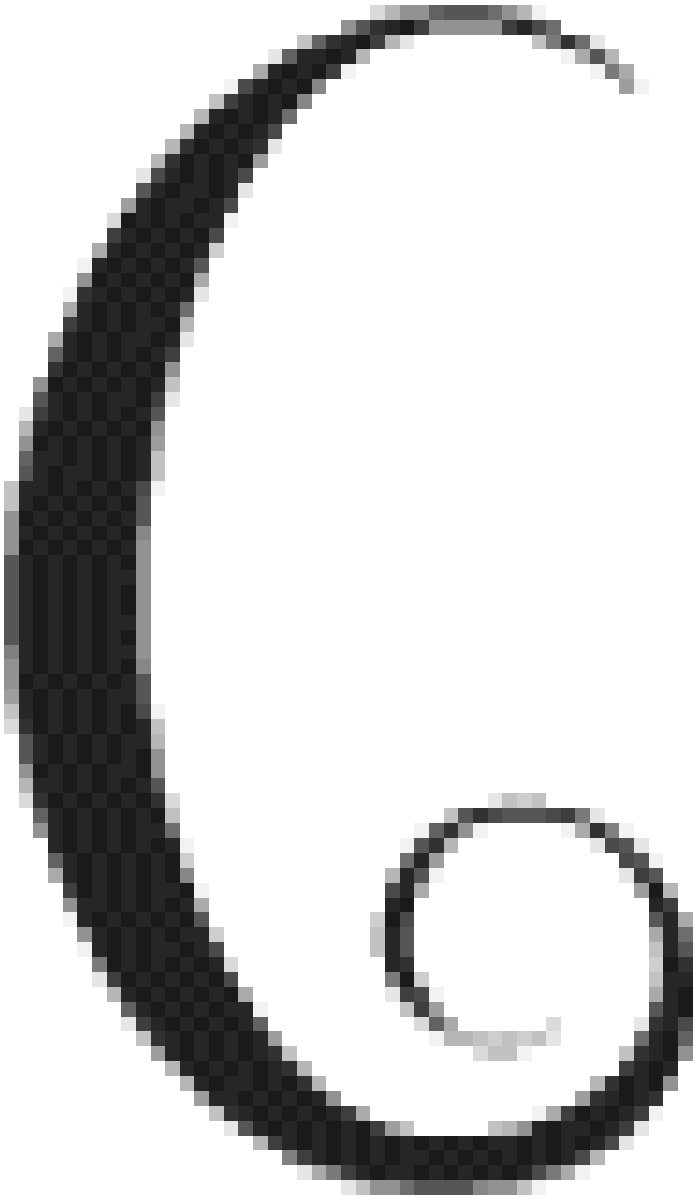
Su confusión es evidente. Incluso la de su soldado, que no ha movido un músculo durante toda nuestra conversación. Sonrío. Esperaba que Eirene de Nryan hubiera dejado un frente abierto, por cobardía o en un intento de proteger a su primo.

Y yo voy a aprovecharme de ello.

—Dejadme que os cuente una historia, lord Ailbhe. Una que quizá ya conozcáis, pero que ahora os mostraré con otra luz y que empieza

con una batalla entre dioses y estrellas…

Eirene

 omo la última vez, Ailbhe ya está en el quiosco cuando nosotros llegamos. Lo encontramos dando vueltas, aunque se detiene en cuanto nos escucha llegar. Como una sombra nocturna más, Gadien se mantiene quieto en uno de los extremos.

Ailbhe y yo nos miramos, durante un segundo demasiado largo, antes de que él clave la mirada en el suelo. No me gusta que lo haga, quizá porque la mirada de Ailbhe siempre ha sido limpia y franca y directa. Nunca ha bajado los ojos ante nada ni nadie, siempre seguro de que sus palabras y acciones eran las más honrosas, las mejores.

—Hoy han llegado noticias a palacio —me informa, sin siquiera un saludo previo.

Eso nos tensa a todos. No es lo que esperábamos escuchar. Seaben, a mi lado, frunce el ceño y piensa cuántas noticias podrían afectar de alguna manera a Veridian y en cuántas de ellas podría tener algo que ver Mab de Lothaire. Drake solo parece confuso.

—Noticias —repito—. ¿De qué tipo?

—Noticias sobre Anderia.

Seaben se tensa todavía más. Mis dedos van a los suyos, aunque no sé si busco darle apoyo a él o a mí misma. Yo también temo las noticias que puedan llegar. Ailbhe me mira, con precaución, y después se humedece los labios.

—El nuevo príncipe de Anderia ha anunciado su próximo matrimonio con la princesa de Veridian. Ocurrirá en unos días. En la misma ceremonia se coronará a ambos como reyes.

Me quedo blanca. También muda. Las palabras de mi primo, que me sigue observando, no tienen sentido para mí. Lo observo, con los ojos muy abiertos, y niego. La mente de Seaben me resulta demasiado abrumadora, intentando entender, igual que yo, las palabras que hemos escuchado.

—¿De qué estás hablando?

Es Drake quien habla. Su voz parece la de un niño incrédulo ante una historia muy mal elaborada. Yo trato de sonreír. De reírme. Claro que Drake no se cree esas palabras. Yo tampoco. Yo sé que eso no es lo que está pasando.

—Fay no va a casarse con nadie. Te lo dije. Es una farsa. Y desde luego, no va a ser coronada. Algar mantiene la regencia y…

—Lord Algar ha muerto —murmura Ailbhe con voz tenue—. He de suponer que en el tiempo que pasó desde que partisteis de Anderia hasta que llegasteis aquí. Se le ha enterrado ya. La coronación del heredero es inminente por ello.

Me siento demasiado mareada como para responder. La comida que he ingerido durante el día da un vuelco en mi estómago y siento el sabor amargo de un vómito a punto de sucederse. Es como si oliese el cadáver. Algar, ¿muerto? ¿Desde hace días? Es imposible. Es una broma. Una de mal gusto. Una que no entiendo por qué Ailbhe nos está haciendo.

Svent ni siquiera es el verdadero príncipe.

Seaben lo es.

Es él, precisamente, quien responde:

—¿Quién ha traído la noticia? Tiene que ser falsa. Ese muchacho ni siquiera quería gobernar. Pasó toda su vida como escriba. Es solo…

Ailbhe extiende la mano hacia Gadien. Su escolta, silencioso, extiende un pergamino hasta su príncipe que él se encarga de dejar en manos de mi esposo. Ni siquiera se atreve a dármelo a mí. Siento su mirada preocupada sobre mi expresión, pero yo solo puedo mirar a Seaben, a la manera en que él roba con precipitación el documento de las manos de mi primo y sus ojos leen las palabras que hay escritas. La unión entre nuestras mentes me permite saber lo que dice el anuncio al mismo tiempo que lo averigua él.

Es cierto. El pliego tiene el sello real de Anderia y anuncia un futuro enlace.

—El documento ha llegado esta mañana proveniente de una de las aves mensajeras de nuestros puestos fronterizos. —Ailbhe toma aire—. La noticia, por supuesto, levantó la alarma en cuanto llegó a sus oídos, por la princesa.

Aldhara.

—¡Fay no está…!

—Ahí contra su voluntad. Lo sé. Gracias a tu información, he hablado con padre y madre y he podido evitar una catástrofe.

La sorpresa sustituye al mareo. Sin aire, miro a mi primo, que mantiene la expresión contenida, menos dulce de lo que es habitual en él, pero calmado después de todo.

—¿Has… intercedido por Fay?

—Es mi hermana, Eirene. No iba a dejarla sola. También es mi responsabilidad, porque la dejé volver a aquel monasterio en vez de traerla aquí conmigo y alejarla de todo. —Ailbhe toma aire—. Pero ahora eso ya está hecho, como el compromiso anunciado, y tú tenías razón: Fay unida con los humanos puede ser un buen símbolo.

Me siento todavía demasiado confusa como para alegrarme por la colaboración. Las cosas no están pasando como las habíamos planeado exactamente. ¿Algar muerto? ¿Cómo? No parecía enfermo, definitivamente. Mi prima *no accedió* a casarse. Y de haber tenido que cambiar la situación, me habría advertido. Estoy segura. Nos habría informado para contar con esto. Para saber cómo actuar.

—Pero ella…

—Tú dijiste que quería a ese muchacho, ¿verdad? Entonces, ¿por qué no iba a casarse realmente con él? Quizá cambiaran de opinión. Quizá, ante la muerte de Algar, no les quedara más opción. Ese muchacho tenía que subir al trono de cualquier manera y ha debido de ser lo suficientemente sensato como para no querer hacerlo solo.

Me llevo una mano a la cabeza. Eso tiene sentido, y aún así…

—¿Cómo murió?

Todos nos giramos hacia Seaben, cuya voz ha sonado más filosa de

lo habitual. Sus ojos están clavados en mi primo. Quiero decirle que no le mire así. Que él no es un enemigo. Que ha salvado a Veridian de repetir la historia, de otra guerra. O quizá simplemente haya salvado a Fay. ¿Qué habría hecho el reino si mi primo no hubiera convencido a los reyes de apoyar la decisión de mi prima? ¿Se habrían unido a Lothaire por la ofensa de otra princesa robada, o tan solo habrían abandonado a la princesa a su suerte, desheredándola y dejando claro a todo el mundo que ella ya no tenía nada que ver con Veridian?

—¿Disculpad? —murmura Ailbhe.

—Lord Algar. ¿Cómo murió?

—Lo desconozco. Tampoco creo que importe. El hecho es que ha muerto, y la situación que ha quedado tras él es lo suficientemente inestable como para ser más preocupante que las razones de su muerte.

—Sin duda —masculla mi esposo. Sus párpados se entrecierran—. Una situación inestable resultante de una muerte inesperada. No es en absoluto sospechoso, ¿verdad, alteza?

Sé lo que piensa. Sé que cree que su muerte no ha podido ser casualidad. Ni natural.

Pero ¿por qué querría Mab a Svent en el trono de Anderia? Svent no va a hacerle caso. Svent no está de su lado, por más que sea su hijo…

Aunque si Anderia corona a un rey, por ilegítimo que sea… Miro a Seaben, que aprieta los puños. ¿Eso es todo? ¿Quiere asegurarse de que Seaben no pueda ocupar el lugar que le pertenece por derecho sanguíneo? ¿El que ya le arrebató al robarlo de su cuna?

¿Es porque sabe que Svent no está preparado para reinar?

Los labios de Ailbhe se fruncen.

—Reconozco que los hechos son sorpresivos. Pero nada puede hacerse ya con ello, ¿no es cierto? Excepto decidir cómo actuaremos los involucrados a partir de ahora. Y Veridian, con la boda de mi hermana, es ahora uno de ellos.

—¿Y ya sabéis cómo actuaréis? —pregunta Drake.

Yo también me lo pregunto. Mi primo parece muy tranquilo para una situación que hay que medir con cuidado. Él cabecea.

—Veridian apoyará públicamente el matrimonio. Se dirá que ha sido una decisión de Estado. Una manera de acabar por fin con los conflictos de Faesia.

—¿Con los conflictos…? Lothaire es quien tiene el conflicto.

—A Lothaire se le propondrá la paz.

¿Proponerle a Lothaire *la paz*? No conocen a la reina de Lothaire. Ella es quien ha alimentado hasta ahora la guerra. No será tan fácil. Y

si lo fuera…

—Mab no se contentará con la paz —gruñe Seaben—. Anderia está herida y ahora su dirigente no está preparado para un conflicto armado. Lothaire está a solo un paso de ganar. Querrá la rendición.

—Puede que Anderia esté herida. Pero nos tendrá de aliados. Si Mab elige seguir luchando, será contra dos naciones entonces, ya no solo una. No lo hará.

—¿Por qué estás tan seguro? No conoces a Mab, no sabes…

—La decisión está tomada, Eirene. Viniste a mí esperando apoyo y esta es mi manera de darlo. —Ailbhe suspira—. Arriesgo a mi país a una guerra si Mab no accede a la paz.

—¡Y si accede, su imagen quedará limpia!

Entonces el rostro de mi primo cambia. Sus ojos, tan idénticos a los de su hermana, se tornan un poco más fríos.

—¿Eso es lo que te asusta, Eirene? ¿Que Mab deje de ser la enemiga de todo el mundo? ¿Que se la vea como alguien racional, capaz de aceptar la rendición? ¿Veníais por la paz o solo os interesa hacerla desaparecer del mapa? —Sus ojos, entonces, se vuelven hacia Seaben—. ¿Queréis calma para todos los reinos, o en realidad queréis un trono? El de Anderia parece que ya no podrá ser, pero quizá el de Lothaire todavía podría ser vuestro si la reina es derrocada, ¿no es cierto? Al fin y al cabo, a efectos prácticos, ¿quién sabe que no sois el heredero?

Hago una mueca. Esas acusaciones son injustas. No estamos haciendo todo esto por tronos. Es por justicia. Mab ha hecho mucho daño, no solo a nosotros. Puede que *planee* seguir haciendo daño, más allá de nuestras fronteras… Su historia, la que supe gracias a Fay en Anderia, todavía no se me ha ido de la cabeza.

—Voy a pasar por alto vuestro insulto, príncipe Ailbhe —repone Seaben, alzando la barbilla tanto como mi primo—. Lo que planteáis es perdonar a una criminal. A una mujer que ha robado, manipulado, puesto dirigentes en otros reinos, mandado asesinar y atentado contra la vida de vuestra propia prima.

Ailbhe se humedece los labios, pero entonces se fija en mí.

—Si ese es el precio por la paz, ¿no debería ser la paz lo que primase, por encima de la venganza?

Quiero decir que no. Que ni siquiera es venganza. Que los villanos pagan por sus delitos, y así es como debe ser.

Pero si el precio a cambio es la paz, entonces, ¿qué vale más? ¿El castigo o la calma?

Cojo aire, entrecortadamente. Tengo que apartar la mirada al suelo, porque no me siento capaz de enfrentar a mi primo. Recuerdo

la gente que maté en Astrea. No quiero volver a hacer eso. No quiero volver a matar a nadie. No quiero más guerras.

¿Eso pasa por darle la oportunidad de la absolución a Mab?

Si así es, ¿estoy dispuesta?

—En cualquier caso, esto ha sido lo acordado. Es todo lo que puedo hacer por vosotros. Si todo sale bien, la guerra entre Anderia y Lothaire cesará pronto.

—¿Y si no lo hace? —replica Drake. Su voz también suena llena de frustración—. ¿Y si Mab decide seguir luchando? Entonces Veridian entrará en el conflicto, como temíais hace solo dos días. ¿Hoy esa perspectiva os parece razonable? ¿Solo por…, qué? ¿Esperanza? ¿Fe?

—Puede que ambas —responde Ailbhe, con un filo en su voz—. Quizá sean cosas que vosotros necesitáis recuperar.

La risa que me sale no es calculada. Creo que sorprende a todo el mundo, porque se giran para mirarme. Es un sonido amargo y, cuando alzo la mirada para observar a Ailbhe, todavía me baila una sonrisa en la boca. Demasiado agria. Demasiado irónica.

—¿Qué esperanza quieres que tenga mientras tú defiendes que la única manera de conseguir paz es absolver a quien provoca tanto daño, Ailbhe? ¿Qué fe puede quedarme mientras nos olvidamos por completo de la justicia? Si Mab acepta la paz, lo cual ni siquiera es una seguridad, y ningún castigo cae sobre ella, ¿qué evitará que otro se levante en su lugar, intente otras conquistas, atente contra todo, y, cuando se vea obligado, sencillamente alce la bandera blanca para que el mundo olvide y perdone lo que ha hecho, incluso cuando seguramente no sentirá ni arrepentimiento?

Mi primo se desestabiliza un poco. Veo sus labios entreabrirse y es entonces él quien tiene que apartar la mirada al suelo.

—Por favor, Ailbhe —susurro—. Si proponéis la paz, que no sea con ella. Proponedle la paz a Lothaire, pero no mientras Mab esté en su trono. Echadla de allí. Si prometéis calma entonces, su propio pueblo quizá le dé la espalda. Quizá la entreguen. Quizá tenga que huir. Cualquier cosa, pero no le ofrezcáis la paz *a ella*.

Ailbhe aprieta los puños. Por supuesto, eso lo hará más complicado. Por supuesto, Mab se negará por completo. Por supuesto, eso podría hacer que se considerara a Veridian enemigo de Lothaire. Y él quiere proteger a su pueblo. Él quiere que todo sea sencillo. Rápido. Eficaz.

Y ponerse públicamente contra Mab de Lothaire no es nada de eso.

Ponerse públicamente contra Mab de Lothaire solo da problemas, como nosotros ya hemos podido confirmar.

Me acerco un paso más a él. Mi mano cubre la suya y Ailbhe

entonces me mira. Hay una batalla tras sus ojos.

—Piénsalo. O espérame. Voy a ir a Nryan. Intentaré recuperar mi lugar, porque yo no puedo perdonar. Si soy reina, podremos hacer una manifestación conjunta. Astrea también se unirá. —Miro a Drake, que asiente, serio, y después vuelvo a girarme hacia mi primo, con la voz llena de promesas que deseo desesperadamente poder cumplir—. Seremos todos los reinos contra una sola persona. No tendrá escapatoria, Ailbhe. Pagará. Habrá justicia. No más guerras. Y paz, para todo el mundo. Incluso para los que ya no están.

Mi primo calla por unos segundos que me parecen demasiado largos. No sé a qué intento apelar en él. Si a la persona bondadosa que sé que es, si al ánimo de justicia o si a todos los años que hemos compartido juntos.

—Nunca quisiste ser reina —susurra entonces—. Y ahora vas, como un fantasma, a buscar una corona.

—Nunca quise ser reina —le concedo—. Pero es para lo que nací. Nadie puede negarme mi lugar. Nadie tiene el derecho.

—Tu padre gobierna allí. No sabes cómo son las cosas. Para Nryan eres una desconocida. No puedes creer de verdad que será tan fácil: la inocente siempre fue Fay, no tú.

Sus palabras me hacen un poco de daño, pero intento no hacerlo ver.

—Haré lo que haga falta.

—¿Por el trono?

—Por la justicia. Mataron a mi madre, Ailbhe. No lo perdonaré. No dejaré que mi reino continúe en unas manos manchadas de sangre.

—¿Y si no es tan fácil? ¿Y si las manos manchadas de sangre terminan siendo las tuyas? ¿Y si tienes que mandar a tu pueblo a luchar por ti?

No. Otro Astrea no. No voy a dejar que pase algo así. Todavía no sé qué haré. Ni cómo. Pero no permitiré que mi pueblo se mate entre hermanos. Aún así, Ailbhe ve el horror que me provoca la mera posibilidad y suspira. Sus labios tocan mi frente. Su mano en la mía deja sobre mi palma el reconfortante peso de mi medallón, que él ha tenido estos días. Siento el gesto como una despedida.

—Recuerda las vidas que dependerán de lo que decidas. Yo no lo olvido ni un solo segundo.

Trato de no temblar bajo el peso de la responsabilidad. Bajo la certeza de que estoy haciendo equilibrismo sobre una cuerda muy pero que muy fina, y que si resbalo puedo no ser la única que se precipite hacia el vacío. Supongo que eso es lo que hace que él actúe así. Él prefiere la tierra firme, la seguridad, incluso cuando es injusta,

si eso significa que no pondrá en peligro a nadie.

Me separo de él, dando un par de pasos atrás. Supongo que esto es lo último que voy a obtener de mi primo. Al menos, hemos evitado el caos.

Por el momento.

—Estaremos en contacto. Prométeme eso. Que me informarás de lo que esté ocurriendo. También escribiré a Fay, para saber exactamente qué ha cambiado.

Ailbhe asiente, sereno.

—Te lo prometo. Te mantendré informada.

Dejo un beso en su mejilla. Mis ojos se topan con Gadien, detrás de mi primo. Él, sin embargo, y eso me sorprende, no mira al frente como siempre, con su postura intachable. Sus hombros están caídos y sus ojos clavados en el suelo. Cuando es consciente de mi mirada, ni siquiera dice nada. Me aparta la vista rápido y solo agacha más la cabeza, en señal de respeto.

Vuelvo con Drake y Seaben. Mi esposo me tiende la mano y yo entrelazo nuestros dedos con rapidez, agradeciendo el apoyo que me brinda. Su mirada, sin embargo, está fija en mi primo.

—Pensad bien lo que haréis, alteza. Ningún buen rey desea ser recordado como alguien injusto.

—Por suerte, lord Seaben, yo todavía no soy rey.

Ninguno decimos nada más. Mi primo y yo compartimos una última mirada y nos retiramos.

La noche me parece más oscura que de costumbre.

er alejarse a mi prima, derrotada, con los hombros caídos, es una de las cosas más difíciles que he hecho nunca, pero me contengo para no ir corriendo tras ella. En vez de eso, observo su silueta y la de sus compañeros fundirse con la noche.

Quiero creer que he hecho lo correcto. Que he elegido la respuesta que salvará a todos. La que ofrecerá la paz a Faesia. ¿He sido demasiado blando? ¿Soy aquello en lo que no quería convertirme, el soñador que espera que todo se arregle por arte de magia? Suspiro, cansado, y me masajeo el puente de la nariz. He hecho lo que debía. No ha sido una decisión fácil, pero esto acabará con la guerra. Esto protegerá a Fay. Esto…

Me giro hacia Gadien, pero él lleva todo el encuentro en completo silencio, desaprobando mis palabras con sus labios apretados y la

mirada fija en el suelo.

—Sé que piensas que estoy cometiendo un error —murmuro, sin moverme del sitio—. Pero necesito que me apoyes en esto. Necesito saber que estás de mi lado.

Gadien suspira. Agarra la empuñadura de su espada, aunque está relajado. Me parece, sin embargo, de que está temblando.

—Estamos en el mismo bando, Ailbhe, pero ¿no te das cuenta de lo que has hecho?

—Ofrecer la posibilidad de un tratado de paz que nos beneficiará a todos. Salvar a mi hermana del desastre. Hacer posible una Faesia un poco más unida.

—¿A costa de qué?

—¡A costa de evitar una guerra!

—O quizá de empezar otra. —Se acerca, un par de pasos—. Ailbhe, no me fío de esa mujer. Y tu prima tiene parte de razón. El fin no justifica los medios, pero la reina de Lothaire se escuda en ellos para hacer y deshacer a su antojo.

—Esas son acusaciones muy desafortunadas.

Ambos nos volvemos. El destello rojo de las alas de Mab delata su presencia inmediatamente. Supuse que no dejaría pasar la oportunidad de acudir a este encuentro, aunque fuera entre las sombras. Esperaba, sin embargo, que se entrometiera en algún momento. No pude evitar mantenerme tenso y alerta ante la idea de que pudiera irrumpir mientras yo intentaba razonar con Eirene. Pero es evidente que ese hubiera sido un error que no podíamos permitirnos.

—Majestad. Como acordamos, he anunciado que ayudaremos a Anderia y apoyaremos la propuesta de paz. Espero que vos también cumpláis vuestra parte.

Su sonrisa se despereza lentamente en su rostro.

—Yo siempre cumplo mis partes en los tratos, príncipe Ailbhe. ¿O es que no confiáis en mi palabra?

Mi respuesta se me queda atascada en la garganta, así que solo le dedico una inclinación de cabeza.

# MARIONETAS

veces, después de una pesadilla especialmente intensa o de una noche de dar vueltas

en la cama, abro los ojos y hay un segundo en el que creo que estoy en casa. No en el palacio, sino en mi verdadero hogar, donde crecí. El humilde monasterio en el bosque siempre me hizo sentir más a salvo que todas las murallas del mundo. Y añoro a mis compañeros de juego y de trabajo, los que nos quedamos incluso cuando el resto se fueron, los que seguimos atados a la tierra y la piedra entre la que compartimos secretos y soledad. Mis amigos. Mi familia…

Pero, Svent, esos días se han acabado. Se acabó la miseria, la incertidumbre, los largos días de invierno en la pobreza. Este es tu lugar ahora. Este es tu *hogar*. Puedes crear una familia de cero, sentado en un trono. La infancia ya no tiene importancia. Los recuerdos son un estorbo. Ahora serás *rey*.

Rey. La palabra resuena en mi cabeza con una voz nueva. Con un regusto amargo en el cielo de la boca. Donde otros aceptarían sin pensar el poder que se les ofrece, yo tengo la sensación de que me pesa tanto que me arrastra hacia el suelo.

Me levanto, aturdido, cansado como si no hubiera cerrado los ojos, para descubrir que el sol apenas empieza a asomar en el horizonte. Me gustaría poder descansar un poco más, pero en lugar de eso me visto. Encuentro algo reconfortante en levantarme tan pronto. Una reminiscencia de mi vida anterior, quizá.

Además, es a esta hora del día cuando más fácil me resulta pensar. O quizá *no pensar*. Al fin y al cabo, recorrer los pasillos desiertos del castillo y los pequeños jardines me recuerda a mis paseos por los bosques que rodeaban mi hogar. Los árboles pueden haber sido sustituidos por pilares de piedra, pero el sentimiento de poder perderme entre ellos es el mismo. Y casi espero encontrarme una figura sentada en la base de alguno de ellos, tan perdida como yo, esperando a ser descubierta. No rescatada, pero quizá sí… a la que pueda señalarle un nuevo destino.

Aunque soy yo el que necesita esas señales más que nadie…

Mis pasos hoy, sin embargo, no me llevan al pequeño jardín, sino hasta la puerta de madera que aísla una de las más altas torres del resto del castillo. Reconozco el lugar y, de hecho, algo me anima a extender la mano. La puerta está entornada y abre con un chirrido que me pone la carne de gallina. El ruido de las bisagras se hace eco por el corredor. Contengo la respiración pero, cuando nadie aparece, decido entrar. Hay una escalera de caracol en la que nunca había puesto un pie y un leve olor a cerrado, como si la humedad se hubiera colado en el interior de la torre pese a las anchas paredes de piedra.

Más que la curiosidad, lo que me mueve es una leve preocupación. Porque la puerta no debería haber estado abierta y porque oigo voces

que guían mi ascenso. A ellas pronto se une mi respiración agitada: los escalones se suceden, irregulares y peligrosos, desgastados por años de pisadas humanas.

*Humanas*, repite esa molesta voz en mi cabeza. Desde hace un tiempo, por mucho que intente evitarlo, la palabra tiene un nuevo significado en el que nunca me había fijado. Uno que, contra mi voluntad, me excluye y me martiriza.

—¿Y qué pasó entonces? —La voz es femenina. Alguna vez la he escuchado, claro, pero nunca desde tan cerca. Me detengo en lo alto de las escaleras y, sin asomarme dentro del cuarto, me apoyo contra la pared.

No debería estar aquí.

—Entonces el viejo consejero descubrió que aquel era el príncipe del que había escuchado hablar en el lecho de muerte del rey, porque la marca de nacimiento era idéntica a la que le había descrito. ¡Tenía que ser él! ¡Lo había encontrado, y allí, en el pueblo, viviendo entre los más pobres! Un escriba, ni más ni menos, que no tenía noción alguna de lo que era llevar una corona o dirigir un país.

Una risita femenina. Yo entorno los ojos, contrariado. La voz de Itsvan es clara y feliz, como los días en nuestro refugio, contando una verdad como si fuera un cuento. O quizá contando una historia que se parece sospechosamente a la realidad. Había muchos cuentos antes, cuando Naim era más joven y le tiraba de la manga incesantemente y lo seguía a todos lados. Incluso cuando sabía leer y escribir, el más joven de los tres sentía devoción por cada palabra que saliera de la boca de Itsvan. O quizá no fuera exactamente lo que contaba, sino cómo lo contaba.

Creo que puedo entenderlo. Me puedo imaginar a la princesa Celeste en el borde de su asiento, esperando saber el desenlace.

Yo también lo estoy esperando. ¿Cómo terminará su historia? Supongo que el escriba ocupará el trono y se casará con una princesa y vivirá feliz para siempre jamás. Pese a no saber nada del mundo dentro de un castillo, aprenderá y será el más sabio de los gobernantes, porque ha conocido al pueblo desde siempre y sabe entenderlo como nadie.

Así acaban los cuentos de verdad. He leído las suficientes historias para saber que ese es el final apropiado: el poder es restaurado y el orden social vuelve a su equilibrio inicial. La felicidad es alcanzada y…

—El consejero llamó al príncipe ante él y le dijo quién era. Le dijo la verdad que se le había ocultado durante tanto tiempo y le pidió perdón por todo lo que había pasado.

Un silencio. Yo mismo contengo la respiración.

—¿Y el príncipe gobernó?

—No. —La respuesta de Itsvan es algo cortante—. Por supuesto que no. ¡Os he dicho que el príncipe no sabía nada sobre ser un príncipe! Así que se negó. Pese a que el consejero le aseguró que no había otra manera, que debía ocupar su puesto… ¡Incluso lo amenazó! Pero el escriba le dijo que nada de lo que le dijera iba a hacerlo cambiar de idea. ¿Cómo de injusto era que le quitasen su vida por *segunda* vez? Había nacido en una familia de la que lo habían apartado. No volverían a hacer lo mismo ahora que había creado otra. Y no, que no se atreviera el viejo a decirle que esa no era su familia: la sangre nunca es imprescindible para crear una. Es algo que no tiene nada que ver…

Trago saliva. El estómago me pesa como si hubieran puesto piedras dentro. Así que eso es lo que él piensa que debería haber pasado. A lo mejor imagina que no me resistí. Que no intenté volver. Que no *quiero* volver. Que quiero olvidarme de esa vida o renegar de ella, aunque nada está más lejos de la realidad.

Quiero asomarme dentro y gritarle que no es nada de eso. Que deje de culparme por algo a lo que otros (Algar, Ciel, el difunto rey Davet) me han arrastrado.

Pero en vez de eso me quedo muy quieto, paralizado como el cobarde que soy, con la espalda apoyada en la pared y los ojos fijos en el suelo.

—Creo que es un príncipe muy valiente. Me gustaría conocerlo.

—Solo es un cuento, alteza. Nunca he oído hablar de un príncipe que rechazase su lugar en un castillo.

Lamentablemente.

—A lo mejor podría haber encontrado la forma de aunar sus dos vidas. A lo mejor podría haber llevado a su familia al castillo y gobernar entre los que quería.

Eso, Itsvan. ¿Por qué esta eso mal? Seguirían juntos. *Seguimos* juntos. ¿No es eso suficiente para ti?

—Pero su familia no quiere un palacio. Su familia solo quiere que todo siga igual que siempre. —Hay frustración en su voz—. Su familia siempre ha estado a su lado y ahora tiene que verlo cambiar. ¡El escriba y el príncipe no son la misma persona!

Aprieto los labios, pero mis pies se mueven antes de que haya tomado la decisión. No me asomo al cuarto, sino que bajo las escaleras en silencio. Prefiero pensar que no estoy escapando, que lo que verdaderamente hago es alejarme de la princesa Celeste para no molestarla, pues soy consciente de que mis ojos serían suficiente para

hacerla gritar.

Cuando llego a la entrada de la torre, sin embargo, no sé hacia dónde ir. El paseo por el castillo dormido no me parece ya tan atractivo y no sé, de hecho, si quiero ver despertar el día. Me siento incómodo en mi piel, demasiado consciente de todos mis defectos, de todos mis errores. Así que, simplemente, me dejo caer sentado en los escalones y hundo la cabeza entre las palmas de mis manos. Las decisiones que he tomado en los últimos días me parecen ahora ridículas. ¿En qué estaba pensado? Tan pronto como me paro a analizarlas me siento como si alguien hubiera tomado posesión de mi cuerpo. Como si no hubiera sido yo quien accedió al matrimonio o a ser coronado o… a nada.

¿Puede ser que realmente el escriba y el príncipe sean personas diferentes, y el segundo haya tomado el control?

No. Qué tontería. Eso no es lógico y yo, ¿no me jactaba siempre de que al menos tenía eso?

—¿Svent? ¿Se puede saber qué estás haciendo ahí?

No he escuchado las pisadas. Me doy la vuelta y me levanto, pero lejos de enfrentarme a Itsvan, me siento pequeño a su lado, insignificante. Y no solo porque nos separen un par de escalones y tenga que alzar el rostro para mirarlo a los ojos. Él tiene una expresión extraña, una mueca entre el enfado y la vergüenza.

—Eso mismo podría preguntarte yo.

Mi amigo aparta los ojos.

—Chryses no está aquí porque tú y Ciel lo habéis mandado a la frontera, así que a veces subo a ver a la princesa. —Pasa por mi lado, fingiendo que no me presta atención—. Solo necesita a alguien que la trate como a una persona normal y que le preste un poco de atención. La tratan de loca, pero solo está perdida y necesita compañía.

Atraviesa la puerta sin mirar atrás y yo lo sigo, cerrando a mis espaldas. En cuanto lo hago, el chasquido de la cerradura me deja claro que no se abrirá sin una llave. La verdadera heredera al trono de Anderia lleva demasiados años encerrada, por lo que parece, como si fuera un peligro.

—Itsvan.

Él ha seguido caminando y yo tengo que apresurarme tras él para cogerlo del brazo.

—Itsvan, para. —Me hace caso, pero solo porque no creo que quiera llegar tan lejos como para empujarme o soltarse por la fuerza —. He escuchado lo que le has contado. Una parte, al menos. Y me duele que pienses que…

—Solo era un cuento.

Frunzo el ceño. Quizá, en realidad, lo que más me duele es que pueda mirarme a la cara y mentirme.

—No lo era. —Lo suelto. Doy un paso atrás—. Sé que estos días quizá he estado muy ocupado y… Lo cierto es que me siento muy cansado. El papel que me han dado no es fácil de interpretar.

Itsvan alza las cejas con obvia incredulidad.

—¿Te estás escuchando? Porque yo creo que no eres plenamente consciente de lo que estás diciendo. O a lo mejor soy yo el que no entiende nada. Porque no sé qué haces siguiendo las indicaciones de Ciel como si fueras su perrito faldero. No sé qué se te pasa por la cabeza para darle la espalda a todo lo que creíamos cuando éramos tres huérfanos en el monasterio. ¿O has decidido olvidarte de todo eso?

Me estremezco. No me he dado cuenta hasta ahora de que estoy apretando los puños, así que intento relajar mis manos.

—Para empezar, Ciel no es solo el más preparado de nosotros, sino que siempre ha sido nuestro amigo. Solo quiere…

—¡Te vendió! ¡Vendió a Fay! ¿Has olvidado eso ya? La entregó a su padre para que pudiera chantajearte con su presencia.

Sus palabras son como un golpe. Lo había olvidado. No. Lo había perdonado. Lo he perdonado. La línea entre una cosa y la otra a veces es muy fina.

—Porque era lo mejor para el reino.

—Y tú ahora pones el reino por encima de todo lo demás, claro.

—Pronto seré el *rey*. —Qué palabra tan extraña de mis labios.

Itsvan da un paso hacia delante. Tiene la cara roja de enfado, lo que no es muy frecuente en él. Siempre con su buen humor, siempre con una broma en los labios. La imagen no parece real.

—¿Y quién gobernará realmente? ¿Ciel o tú?

Sacudo la cabeza. Yo, claro. Ciel solo se encargará de mantenerse junto a mí para ayudarme. Para hacerme más fácil la existencia. ¿Por qué no puede comprenderlo? Ciel también es su amigo.

—Si tanto te molesta todo lo que hago, no sé por qué sigues aquí, Itsvan —digo. Y no sé de dónde salen las palabras, pero cuando me doy cuenta ya es demasiado tarde—. Si tanto echas de menos el orfanato, a lo mejor deberías volver a él.

Dolor. Su rostro se contorsiona en una mueca que me asegura que el daño ya está hecho, lo haya querido o no. Sus ojos parece brillar, pero no es con otra emoción que la que nace de entender que yo podría estar aquí sin él.

Pero ¿quiero estar aquí sin él? Es mi mejor amigo. Mi hermano. Es una parte de mí sin la que no puedo vivir. Si una vez tuve alas, como

indican las cicatrices en mi espalda, no lo recuerdo. Entonces, supongo que no hay pérdida. Pero si Itsvan desapareciera, la herida sería irreparable, lo sé.

—A lo mejor —me concede, con veneno en la lengua y odio en el rostro—. Pero el problema es que no quiero volver sin ti. Porque es obvio que soy un idiota, Svent. Que por mucho que me apalees voy a quedarme aquí porque estoy preocupado por ti y *quiero* protegerte. —Aprieta los dientes, un instante, como si estuviese soportando una mano fisgando en una herida abierta—. Aunque me enfurece que después de tantos años no hayas comprendido, todavía, que haría cualquier cosa por ti.

Me quedo sin palabras, con su mirada sincera en la mía. Con la horrible certeza de que he estado a punto de estropearlo todo y arrepintiéndome de cada palabra pronunciada.

—Yo…

No sé qué decir. No sé cómo actuar. Me siento desarmado y todavía más insignificante. Miserable.

Itsvan va a decir algo. Lo sé porque abre la boca, porque da otro paso hacia mí, porque extiende su mano hacia mi brazo. Pero entonces mira por encima de mi hombro. Su mano cae sin haber agarrado más que aire y sus ojos evaden los míos.

—Ya hablaremos.

Se gira y se marcha, dejándome plantado, con los labios aún entreabiertos.

Si me giro es solo por curiosidad, por saber qué lo ha hecho huir, aunque lo único que quiero, en realidad, es echar a correr tras Itsvan. Asegurarle que sigo siendo el mismo. Pedirle que volvamos al principio y nos olvidemos de todo lo que ha pasado.

—Svent, ¿dónde estabas? Te he estado buscando.

Ciel viene hacia mí, con una sonrisa y un pergamino enrollado en las manos. Yo lo cojo con una mano temblorosa cuando me lo tiende. Tiene el lacre roto.

—¿Qué es? —No sé si puedo prestar atención ahora a una carta y, si él la ha leído, prefiero que me lo cuente. Aunque probablemente viniera dirigida a mí, y no sé hasta qué punto me gusta que curiosee en…

¿Qué digo? Él sabe más que yo de política. Todo lo que haga es por mi bien.

El pensamiento es suficiente para que destense los hombros.

—Es una carta de Veridian. La ha traído una de sus aves. Parece que no solo toleran el enlace, sino que lo respaldan.

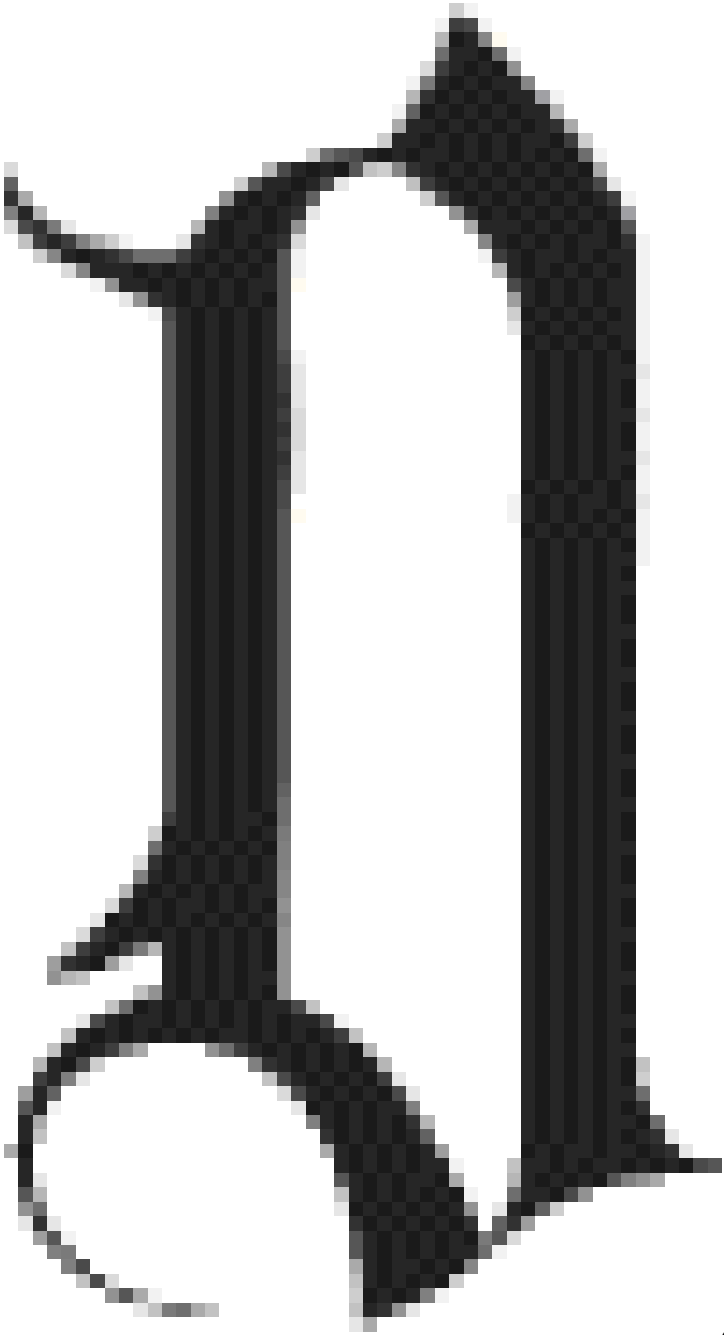
Intento sonreír, pero no me sale muy bien. Mi mente está en otra

parte, pero Ciel no está dispuesto a dejar pasar el tema. Su mano cae sobre mi hombro y siento la presión de sus dedos en un gesto de apoyo.

—Pronto serás rey.

*Rey*. La palabra suena mucho mejor en mi cabeza que cuando la pronuncio yo.

Fay



e todas las personas del palacio, con la que más sencillo me resulta estar, sobre todo durante los últimos días, es con Naim. Él no hace ruido nunca, y es silencio lo que necesito. Tranquilidad, aunque sea fingida.

Porque sé que no hay tranquilidad fuera de estas paredes.

Sé que más allá de mi refugio, todo el mundo espera ver a Fay de

Veridian, la prometida de Svent de Anderia, la futura reina del país. Y no todas esas personas que ansían verme lo hacen con alegría. Ahora todo el mundo sabe que estoy aquí y hay quienes ya están predispuestos a odiarme, igual que odiaban a mi raza. Porque hay algo de mágico corriendo por mis venas, porque estamos más cerca de los feéricos que de los humanos. Porque siempre les dimos la espalda en un conflicto en el que quizá podríamos haberles ayudado.

Por eso, hay otros que celebran la unión como si esta fuera, por fin, la ayuda que esperaban. El símbolo de paz que pretendíamos se ha extendido como un murmullo, llenando de esperanza muchos hogares. Algunos hablan del final de las diferencias. Ya se narran cuentos sobre cómo Svent y yo nos enamoramos, a cada cual más lejano de una realidad en la que ni siquiera hemos pronunciado esos sentimientos.

Quiero a Svent, aunque no se lo haya dicho. Pero no quiero todo esto.

Cada vez que pienso en ello, sin embargo, una voz me recuerda que lo que me hace pensar de semejante modo son solo los nervios. La inseguridad. La inquietud, incluso. ¿Qué podría hacerme más feliz que ser la princesa protagonista de un montón de cuentos con final feliz? ¿Que una boda real, con alguien a quien amar sinceramente? Es todo lo que yo había deseado desde pequeña.

Y ahora, además, al fin me convertiré en *reina*. Como supe que pasaría desde que me prometieron con Seaben de Lothaire.

¿Cómo podría no querer todo esto? Si incluso mi familia lo apoya. Por supuesto, ¿cómo no iba a apoyarlo? Escribí a Eirene para advertirla de lo que pasaría. Ella debe de haber ayudado a ello. Incluso mi prima ha debido de ser consciente de que casarme, y no solo prometerme, es un plan perfecto. El mejor.

Solo tengo miedo. Eso es normal. Puedo tenerlo. Pero no puedo dejarme vencer por él.

Naim para de peinarme, sonriendo desde el espejo que tenemos frente a nosotros. Miro mi reflejo. Sus manos han trenzado mi cabello jugando con él y ha dejado sobre los mechones un montón de flores recogidas en el jardín.

—¿Tienes ganas de ver la boda? —le pregunto, intentando animarme. Intentando que su candidez, la manera en la que supongo que él verá el enlace, pura y al margen de todo lo demás que pueda suponer, me anime a tomar a mí misma esa perspectiva.

Sin embargo, la sonrisa tiembla en la boca de mi amigo. Su expresión se torna más insegura de lo que la había visto nunca. Sus manos se concentran y arreglar un par de flores y, para mi sorpresa, solo se encoge de hombros.

—¿Naim?

El muchacho me mira entre sus largas pestañas. Sus manos se alejan de mis cabellos entonces y yo me fijo en ellas, siguiendo todos y cada uno de los gestos que hacen a continuación.

*Me gustaría más ver una boda feliz*.

Me tenso un poco.

—Pero será una boda feliz.

Naim frunce los labios. No lo he visto jamás verdaderamente molesto, pero creo que podría decir que ahora lo está. Casi parece considerar que le estoy mintiendo. La manera en que se mueven entonces sus manos es todavía más rápida.

*Ni Svent ni tú parecéis felices*.

Abro la boca para decirle que eso no es verdad. Que claro que lo estamos. Es solo que esto es más importante que *solo una boda*, que tenemos muchas cosas que pensar y debemos actuar con mucho cuidado. Que Svent está inquieto porque él jamás quiso nada semejante a una corona y tiene mucho trabajo con Ciel. Que yo estoy preocupada por la gente descontenta por mi presencia en el reino. Él es pequeño y no lo entiende. Es inocente. Pero claro que soy feliz. Yo sé lo que es una boda infeliz: casi me condenan a una. Hui de ella. Esta boda sí me hace feliz.

Claro que me hace feliz.

Pero, por algún motivo, no siento que pueda decirle nada. La muda, esta vez, termino siendo yo.

El único momento lleno de silencio y tranquilidad es la noche. Desde que se anunció el compromiso, evito salir del cuarto durante el día, pero cuando el sol se esconde el mundo entero parece cambiar. Es entonces cuando puedo respirar aire de verdad. Siempre escondida bajo mi capa, todavía, aunque se suponía que tendría que sentirme más segura para andar sin ella dado que ahora soy públicamente una protegida de la corona, descubro que en el jardín puedo tener un agradable refugio. Las flores me reconfortan. Me recuerdan a los alrededores del palacio de Veridian —aunque los jardines de Anderia no puedan estar a su altura— o a los paseos por los alrededores del monasterio. Es algo más que piedra y murmullos, y supongo que eso es suficiente.

Esta noche, que el sueño no va a alcanzarme por mucho que lo intente, el aroma de las rosas abiertas quizá calme un poco mi ansiedad. Aunque las flores, quizá, también me recuerden las que tendré que llevar en mi boda. En el cabello. Entre las manos. Los

pétalos que se lanzarán cuando salgamos de la catedral.

Mañana.

La palabra se ha repetido durante todo el día como una plegaria. Por el vestido. Por los últimos detalles. Por las instrucciones de lo que tendremos que hacer Svent y yo, paso por paso.

*Mañana*.

No hace tanto, en una noche similar a esta, aunque en un palacio muy diferente al que me da cobijo ahora, esa palabra me pareció una condena demasiado grande. Recuerdo con qué precipitación cogí mis cosas en Lothaire. Cómo me amparé en las sombras, con el corazón latiéndome más rápido de lo que me había latido nunca. Recuerdo también el aire en mi cara cuando azucé a mi montura con tanta fuerza que quizá incluso llegara a hacerle daño. Aquel día sí tenía miedo. Aquel día, y los siguientes, cuando creí morir, conocí lo que era el verdadero terror.

Las murallas del castillo me miran como gigantes ante mí. Parecen querer retarme a repetir aquello. A traspasarlas, si es que puedo. A correr todo lo que me den las piernas.

¿Lo harás otra vez, Fay?

¿Vas a volver a huir?

Un sonido de hojas al ser pisadas hace que aparte la mirada de los muros, sobresaltada. Estoy a punto de gritar que no voy a huir, como si alguien me estuviera buscando, temiendo eso mismo, y yo tuviera que excusarme de inmediato. Es un pensamiento absurdo.

Sobre todo porque la figura que se esconde entre las flores no podría capturar a nadie jamás.

Parpadeo. Celeste de Anderia se queda muy muy quieta cuando sabe que la he descubierto.

Una ráfaga de aire repentinamente frío hace que se encoja sobre sí misma. Que la capucha bajo la que ella también trataba de esconderse vuele y caiga hacia atrás, sus cabellos convirtiéndose en un halo juguetón alrededor de su cara. El sonido de disgusto que hace es similar al de una niña que pierde una muñeca y está a punto de echarse a llorar.

Nunca había estado frente a ella. No de verdad. A veces la he visto a lo lejos, en sus paseos con Chryses, pero nunca nos han presentado, aunque yo quería conocerla. Yo quería hablar con ella. Aspiraba, quizá, a ser su amiga. Sé lo solitario que puede ser un castillo sin nadie con quien recorrerlo. Sé lo triste que puede ser que nadie te tome en cuenta de verdad y sentir que no importas. Eso fue lo que hizo, precisamente, que Lyra me pareciera una persona agradable en Lothaire. En un momento en el que yo me sentía apartada, ella

apareció y me hizo pensar que se me brindaba una mano amiga.

Por supuesto, ahora sé que aquella amistad fue solo algo fingido, creado para manipularme, para ponerme en contra de mi prima, y yo no deseo traicionar a la que debería ser la reina de Anderia.

Sin embargo, nunca he podido ofrecerle nada. Ciel considera que no es conveniente que me junte con ella. Que podría desestabilizarla, como los ojos de Svent. Aunque, ¿por qué lo haría? Claro que si Ciel lo dice, debe tener razón, como de costumbre…

—¿Alteza?

*Lady* Celeste parece hacer un mohín cuando escucha mi voz. Es una mueca más bien infantil, casi enfurruñada. Con cierta precaución, me observa, y creo que se prepara para echar a correr. La mirada que lanza hacia los muros me pone en tensión.

—¿Dónde ibais, alteza?

Ella me vuelve a mirar. Está calculando si hablar o no hacerlo. Si debe fiarse de la figura embozada que tiene en frente o todo lo contrario.

Quizá por eso dejo caer mi capucha, con cuidado. Para que vea que solo soy una muchacha, como ella. Una princesa. De las que no hacen mucho ruido, ni saben pelear, ni pueden infligirle ningún daño. Soy consciente de lo delicada que parezco. Quizá por eso la princesa Celeste siempre me ha despertado cierta simpatía: creo que somos semejantes. Ella también parece una flor demasiado frágil intentando resistir toda una tempestad.

Quizá por eso, también, ella parece relajarse al verme. Quiero pensar que no soy la única que cree que podemos tener algo en común.

—¿Quién sois? —me pregunta—. ¿Una dama nueva?

Sonrío un poco. Creo que hace tiempo haber sido confundida con una dama de compañía me habría parecido ofensivo, pero ahora me parecería un buen papel. De hecho, hace que recuerde a Sylvana y la eche de menos. A Eirene, que era princesa, pero durante mucho tiempo fue más mi compañera en el palacio que cualquier otra cosa. Supongo que ser dama podía haber estado bien. Mejor que princesa. Mejor que reina.

—Sí —miento—. Mi nombre es Fay, para serviros, alteza.

Hago una reverencia perfecta ante la legítima heredera de los humanos. Siento que es lo menos que le debo, porque mañana, cuando me desposen con Svent, le robaré su lugar. ¿Está eso bien? ¿Tiene algún sentido? Claro, ella no puede gobernar. Está loca.

Pero a mí no me parece que ante mí haya una mujer perturbada, en realidad. Quizá una muchacha que parece más pequeña, más

inocente, de lo que refleja su aspecto. Pero Sylvana parecía mayor de lo que decía su cuerpo y eso no la hacía menos capaz. Es cierto: Celeste de Anderia se quedó atrapada en un lugar lejano, veinte años atrás, y ha olvidado cualquier cosa que pasara en ese lapso de tiempo. Pero por lo demás… ¿Qué hay de malo en ella?

¿No es mejor Celeste que Svent? ¿Que yo misma?

Me arrepiento de inmediato de mi pensamiento. No, por supuesto que no. Eso nunca. Eso es absurdo.

La princesa se acerca a mí con curiosidad. Yo espero que mis cabellos sueltos y las sombras de la noche no descubran nada de mí que pueda asustarla. Parece intrigada, pero más lo estoy yo por saber qué hace aquí. ¿Ha huido de sus habitaciones? Creía que estaba siempre vigilada…

—¿Dónde ibais, alteza? —vuelvo a preguntar, con delicadeza—. Deberíais estar durmiendo.

Celeste hace un mohín.

—Oh, no, no. Tengo que ir a buscar a Chryses.

Me pongo en tensión. Chryses está en la frontera. Definitivamente, nada cerca. Y aunque estuviera cerca, no sería un lugar al que ella debiera ir.

—¿A Chryses, princesa?

—Siempre nos vemos por la noche. Porque creen que no me escapo, ¿sabes? Nadie me ve hacerlo. Nadie *espera* que escape. —Deja escapar una risita de niña traviesa—. Por eso es tan fácil, en realidad.

Me parece irónico que me explique eso precisamente a mí. Supongo que tenemos aún más cosas en común de las que yo había pensado en un primer momento.

—Pero no podéis salir, alteza —razono con ella—. Tenéis que volver a vuestro cuarto.

—No, no, hace muchos días que no veo a Chryses, así que tengo que ir a buscarlo, como siempre. Si él no viene a mí, yo voy a él. Siempre es así. Tenemos un lugar y…

—Chryses volverá pronto. Todavía no tenéis que encontraros con él. Ha pedido que lo esperéis, alteza. ¿Qué ocurrirá si él viene cuando vos habéis ido a buscarlo?

—¡Nos cruzaremos en el camino!

—A no ser que él tome otro. ¿Sabéis exactamente qué camino coge él, acaso? Puede que ni siquiera utilice siempre el mismo…

Eso hace que titubee. Ceñuda, vuelve a mirar a las murallas. Veo su deseo de cruzarlas corriendo. Me pregunto por dónde escapará, exactamente, porque el gran portón está bien cerrado. Pero si ella salía a menudo por las noches, tiene que haber algún lugar. Alguna

salida. Quizá algún pasadizo. Y tiene que estar cerca, porque ella ha venido hasta aquí, y muy segura.

Sea como sea, me acerco a ella para tomar su brazo con seguridad.

—Vamos, alteza. Volvamos dentro. Chryses se disgustaría si supiera que esperáis al raso por él. Supongo que lo último que queréis es disgustarlo.

Celeste de Anderia me observa con sus grandes ojos oscuros. Titubea, pero asiente un poco con la cabeza.

—Es verdad, Chryses me dijo que volvería y que lo esperase. Creo que me he puesto nerviosa. —Hace un mohín, preocupada—. Espero que no piense que no confío en él. Pero…

—¿Pero?

—Pero no podía dejar de pensar que no iba a volver. Como si alguna vez no hubiera vuelto. Qué tontería, ¿verdad? Chryses y yo siempre nos reencontramos.

Creo que se me cae la expresión. Que la pena se me descubre. Hubo un tiempo en el que Celeste pensó realmente que Chryses no volvería, y él no pudo hacerlo durante más de veinte años. Los separaron. A ella le quitaron la cordura y a su bebé y a él su forma humana y su libertad.

Pero, al final, supongo que Celeste no ha mentido. Chryses y ella volvieron a estar juntos. Su beso rompió el hechizo. El de él, al menos. El de ella… supongo que no todo podía ser magia y sanar con un beso de amor.

Celeste me observa con su mirada infantil, impropia de una mujer que tiene más del doble de mi edad.

—¿He dicho algo? —pregunta, cándida.

Tengo que sacudir la cabeza con fuerza para negar. Hay otra ráfaga de viento que mueve esta vez mis cabellos también y me refresca el rostro.

La exclamación que lanza entonces Celeste hace que me sobresalte y la mire. Sus ojos parecen haberse hecho más grandes y antes de que pueda hacer nada su mano llega a mi cara. No, no a mi cara. A mi mejilla y, al instante, a mis cabellos.

Cuando pone el mechón tras mi oreja, me doy cuenta de lo que ha visto.

—¡Eres una elfa!

Me tenso de inmediato. En un acto reflejo doy un paso hacia atrás y vuelvo a colocar mi pelo para cubrir lo que he aprendido a considerar un secreto. Me pongo nerviosa. Me preparo para el desastre.

Pero Celeste, ante mí, solo parece sorprendida de que me esconda.

—Las elfas debéis tener mucho miedo siempre, ¿verdad? —pregunta, con una inocencia que me descoloca—. Pero yo no tengo miedo de vosotras. Sois buenas. Aunque siempre estáis asustadas, también ayudáis a la gente.

Al principio no sé qué responder. Me pregunto, incluso, si Eirene llegó a hablar con Celeste en algún momento mientras estuvo aquí, pero no creo que pasara nada semejante.

—¿Conocéis a más elfas?

—Una vez conocí a una. —Celeste sonríe, aunque después hay un leve momento de duda en su expresión—. No fue hace mucho… No, sí, fue hace mucho. *Parece* que fue hace mucho. Yo había conseguido salir a ir a buscar a Chryses. Como hoy. Porque él no volvía… Él no volvía, y yo quería que volviese. Yo quería encontrarlo. Solo quería…

Celeste empieza a inquietarse. Se remueve, incómoda, y temo que esto fuese lo que Ciel dijo que pasaría. Pero no puedo comprender qué está sucediendo. ¿Celeste de Anderia conoció a una elfa? ¿Un día huyendo de palacio? No puede haber sido hace poco. No puede haber sido últimamente. Fue hace *poco* en su pensamiento. Y ese poco significa, en realidad, al menos veinte años de distancia.

—Alteza, tranquilizaos, no tenéis por qué explicarme…

Pero Celeste ya no me oye. Tiene la mirada perdida y la respiración se le acelera un poco. Su mano va a su vientre.

—Solo quería que volviera. Por mí. Por el bebé.

Su mano baja a su tripa entonces. Sé exactamente qué busca, porque su aliento se agita más al no encontrarlo.

—El bebé. Yo iba a tener un bebé. Como ella. La elfa me preguntó por el bebé cuando me encontró. Porque se veía que iba a tener uno. «Tienes que cuidarlo», me dijo. Pero ¿dónde está mi bebé? ¿Dónde está mi tripa?

Trago saliva, sin saber qué decir ni qué hacer. Mis brazos tratan de proteger a la princesa cuando la rodean. Nada de lo que dice tiene sentido para mí, excepto el hecho de que, por alguna razón, recuerda haber estado embarazada en algún momento.

—Alteza, debemos volver dentro. Debéis descansar…

—No, no, no. *Mi bebé*. Iba a tener un bebé. Era de Chryses. Él no lo sabía. Él no *lo sabe*. La elfa me dijo que ella también iba a tener uno. Que el padre tampoco lo sabía. Había huido, como yo para ver a Chryses. Me dijo que me guardaría el secreto pero que tenía que volver a casa. Me acompañó, pero estaba asustada. Estaba muy asustada. Yo también. Porque Chryses no volvía. Chryses no vuelve. Y ahora, ¿y mi bebé? No tiene sentido. La elfa tocó mi tripa. Daba pataditas. El bebé daba pataditas. Estaba ahí. Estaba *aquí*. Pero no

está. ¿Dónde está mi bebé?

Intento pensar en cómo reconfortarla. No sé quién la ayudó, si es que realmente una elfa lo hizo en algún momento. O quizá sea tan solo uno de sus recuerdos imaginados o desvirtuados. No sé tampoco qué decirle sobre su hijo. ¿Por qué nadie le cuenta la verdad? ¿Sería lo peor que le podría pasar? Quizá sí. O quizá no. Quizá apartarla de lo que sucedió, intentar que no recuerde, que su mente nunca recupere lo perdido de verdad, que nunca asuma el dolor, sea solo una manera de poner un parche que no cura la herida de debajo, solo la tapa.

Abro la boca. Estoy a punto de decirle a Celeste que a su hijo se lo quitaron. Que nació, y ella lo quería, pero no le dejaron mantenerlo consigo. Estoy a punto de decirle todo lo que sé a esa mujer tan frágil y nerviosa, que se toca un vientre que en algún momento estuvo hinchado.

Pero entonces ella se calma.

Lo hace de repente. Se queda en medio de un gemido más. Es demasiado repentino. Es inesperado. Como si de pronto se olvidara incluso del hilo en el que andaban sus pensamientos.

—¿Qué hacéis aquí a estas horas, altezas?

Levanto la vista. Ciel está ahí, frente a nosotras. No parece exactamente enfadado. Claro que no. Él solo quiere ayudarnos. Celeste se queda muy tranquila en su presencia. Sus hombros se relajan. Los míos también.

Menos mal que Ciel está aquí.

—Creo que ambas queríamos tomar el aire —susurro.

—Oh, puedo comprenderlo. Los nervios son grandes antes de fechas importantes, ¿verdad? Pero es necesario descansar… Id, alteza. Yo me encargaré de la princesa Celeste.

Es verdad. Mañana me caso. Tengo que estar a la altura. Ser la novia más hermosa, la más feliz, la más tranquila.

Suelto el brazo de Celeste. O lo intento. Por un segundo, ella me agarra con fuerza. Sus ojos buscan los míos. Hay algo que grita en los suyos, pero también una gran confusión.

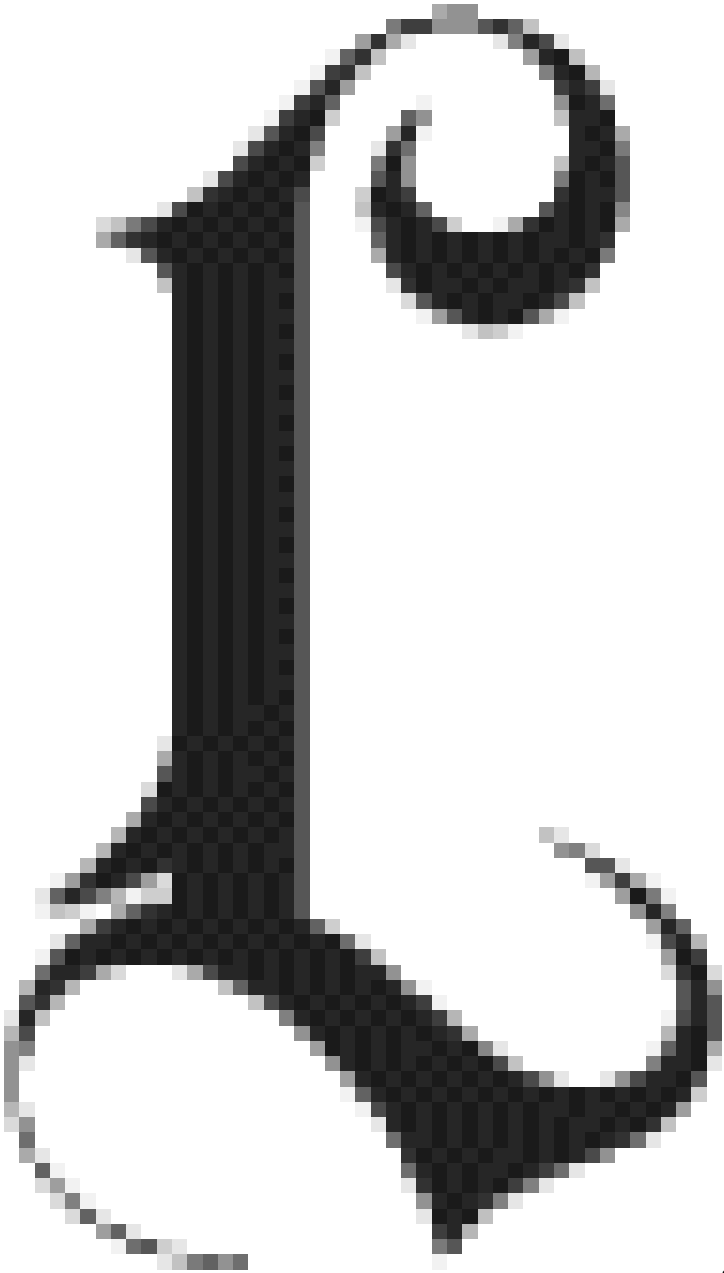
Solo es un segundo. Después, me suelta, aunque el gesto parece lejano.

Algo de mí, dentro, se siente incómodo ante la idea de apartarme de la princesa.

Pero sé que eso es una tontería. Que con Ciel estará bien. Como siempre. Como todos.

Me retiro a dormir. Mañana es el día más importante de mi vida.

Svent



a habitación que durante tanto tiempo ocupó el rey Davet, la misma en la que murió, está tal y como recuerdo: oscura, casi siniestra, con un olor perpetuo a descomposición en el aire, como si su cuerpo siguiera sobre la cama. O puede, en realidad, que la atmósfera que rodea el cuarto sea solo una impresión mía, una reminiscencia de la primera vez que entré aquí, cuando el cadáver del monarca aún estaba envuelto en sábanas en esa cama.

Una cama en la que yo mismo dormiré esta noche.

La idea me hace estremecer. Ese hombre pidió que coronasen a su nieto y, en cambio, yo voy a ocupar su lugar. Si creyese en fantasmas, sé que estaría condenado. Por osar usurpar el trono de forma consciente. Por atreverme a desposar a una elfa en su catedral. Por ganarme la atención de todos, por sentarme en su trono, por yacer en su lecho… Algo en mi mente se rebela ante la idea de llevar la ceremonia a cabo. Las mismas dudas que me han perseguido los últimos días, si bien siempre he tenido el juicio suficiente para acallarlas, vuelven con renovadas fuerzas ahora que estoy en este cuarto, en este santuario, en el que la línea sucesoria de la familia real de Anderia ha soñado durante décadas. Pero mis miedos, mis ideas, no tienen fundamento. Me lo tengo que recordar. Yo tomé esta decisión. Yo pedí a Fay su mano.

No puedo echarme atrás ahora. No con todo el mundo observando. No cuando puede suponer la diferencia para tanta gente. El reino…

«Y tú ahora pones el reino por encima de todo lo demás, claro».

La acusación de Itsvan en mi cabeza sigue siendo tan cruel como la primera vez que me lo dijo, pero lo que al principio me pareció su deseo de hacerme daño ahora tiene un haz de tristeza a su alrededor. Por eso quiero pedirle perdón. De hecho, he intentado encontrarme con él, pero casi parece que Ciel supiera de mis intenciones y no estuviera de acuerdo, porque no me ha dejado ni a sol ni a sombra para que pueda ir a hablar con mi amigo. Supongo, sin embargo, que esas también son impresiones mías. Mi mano derecha solamente desea lo mejor para el reino. Es diligente y amable y parece estar atento a todo. Si no me deja solo es porque sabe que hay muchas cosas que hacer. Porque se preocupa por mí.

—Alteza.

Doy un respingo que casi me pone en pie. La voz suave de uno de los pajes que siempre corretea por palacio me ha sobresaltado, pero él se inclina ante mí con todo el respeto y me sonríe pacíficamente.

—Disculpadme por importunaros —murmura, con humildad. Él también piensa que soy el legítimo heredero. Que me debe pleitesía. ¿Qué pensaría si supiera que mis orígenes son otros? La línea sucesoria de Lothaire. Un orfanato abandonado en el medio del bosque—. Lord Ciel requiere de vuestra presencia en la biblioteca. Es importante.

Frunzo el ceño. Ciel no me mandaría volver si no fuera absolutamente necesario.

—¿Os ha dicho qué ha pasado?

El muchacho niega con la cabeza. En cualquier otro momento, su

aire pacífico me hubiera tranquilizado. Ahora, su ignorancia sobre el asunto solo me pone más nervioso.

Me pone, de hecho, en lo peor.

Cuando entro en la biblioteca, Ciel no está solo. Ni contento. Tiene los ojos entrecerrados y los labios apretados y parece haber estado discutiendo. Frente a él está Itsvan y, para mi sorpresa, Chryses, que se da la vuelta al verme entrar. Sus pasos son ligeros sobre la alfombra en la que yo, en comparación, parece que tenga los pies atrapados. Se acerca a mí. Yo lo miro con algo de confusión.

—¿No deberías estar en la frontera?

—Sí, eso es precisamente lo que yo he dicho —apostilla Ciel antes de que el hombre tenga tiempo de contestarme.

—He venido en cuanto me he enterado. ¿Qué significa eso de que os casaréis *de verdad*? Eso no fue lo que se le dijo a Eirene y Seaben.

Su voz es suave, así que no sé si me imagino el filo que me parece que tiene. Quizá crea que estoy usurpando el trono que debería ser de su hijo. Pero Algar le advirtió que nunca le aceptarían. No le dio ningún tipo de certeza sobre que en un futuro pudiese llevar la corona.

Además, yo no deseo ser *rey*.

Es solo una obligación. Una carga que he aceptado sobre mis hombros porque el reino me necesita. Es algo que solo puedo hacer yo.

«Y tú ahora pones el reino por encima de todo lo demás, claro».

Siento la más leve punzada en la cabeza. El más leve tirón. Hay algo…

—Las cosas han cambiado. Ambos queremos hacerlo. Con la muerte de Algar, esto ayudará a la gente a tener fe. Somos… símbolos. —Esas fueron las palabras del Señor de Edra, ¿no es cierto? Ese ha sido mi papel desde el principio—. ¿O crees que ha afectado de manera negativa a las tropas o a los ciudadanos?

Chryses titubea.

—No, pero creo que esto es un error. Os estáis precipitando. Casaros con la idea de que sois símbolos…

—Los príncipes se aman —interviene Ciel—. No hay nada de malo en que decidan acelerar las cosas por el pueblo.

Por el pueblo… Algo se revuelve en mi estómago. Siento el rostro frío y la espalda empapada en sudor. Tengo que dar un paso atrás. Tengo que apoyarme en la puerta. Siento un cosquilleo en la nuca, como si unos dedos invisibles me acariciasen. No soy capaz de

levantar la vista de la alfombra. El patrón que han bordado en ella da vueltas ante mis ojos.

—¿Svent? —La voz de Itsvan suena algo alarmada. Lo escucho correr hacia mí. Su mano se posa en mi frente. Está cálida, probablemente templada, pero yo la siento como si ardiera en contacto con mi piel—. ¡Svent!

Me zarandea un poco. Creo que me coge por los hombros, pero yo estoy a punto de caerme. Hay algo en mi cabeza que quiere salir. O que quiere entrar. Alguien maldice. Acercan una silla. Una sombra viene hacia mí. O puede que yo me mueva hacia ella. Hay luz en el cuarto, una simple vela sobre la mesa. Tengo algo en la mano. Algo peligroso y ajeno a mí, más pesado que una pluma, que deja escapar un destello rojo…

El dolor es tan fuerte esta vez que amenaza con partirme la cabeza en dos.

Y tan pronto como llega, se hace la calma. Un silencio absoluto, dentro y fuera de mi mente. De pensamientos. De recuerdos. Solo un instante.

Estoy bien. Todo está bien.

—¿Svent?

Alzo la vista, desorientado, entre el mareo y el sueño, entre la náusea y la sensación de tener una piedra dentro del estómago. Los ojos de Ciel están fijos en mí. Parpadeo. Me enderezo. Es como si alguien, de pronto, hubiera cerrado una puerta y hubiera dejado fuera una tormenta que ni siquiera sabía que se acercaba.

¿Qué acaba de pasar?

—¿Estás bien? —La preocupación viene de Itsvan, que está pálido como un fantasma—. ¿Qué ha pasado?

Una pausa. ¿Me lo pregunta a mí? Me llevo una mano a la cabeza.

—Me he mareado —digo—. Creo que… Llevo algunas noches sin dormir. Creo que me ha podido la presión.

No sé muy bien de dónde vienen esas palabras. Anoche, ¿conseguí dormir o me mantuve en duermevela? Tengo un leve ataque de pánico cuando no consigo recordarlo, pero ¿no lo acabo de decir? ¿Por qué iba a mentir?

—¿Estabas nervioso por la boda?

¿Sí? Supongo. Asiento.

—No se lo digáis a Fay.

¿Me he ruborizado? ¿Por qué lo he hecho? Miro a los tres hombres a mi alrededor. Ciel me tiende una copa llena de vino que acepto sin pensar. Itsvan parece muerto de preocupación. Chryses solo me mira, con sus penetrantes ojos claros, los brazos cruzados sobre el pecho. No

me cree. O eso parece, aunque, a decir verdad, ¿por qué no iba a hacerlo? ¿Y con qué derecho me ha cuestionado, como si fuera un criminal? Me ha desafiado, incluso, porque le ordené que su puesto estaba en la frontera.

Aunque él es más rey que yo, ¿no? Es el padre del auténtico príncipe. Yo solo soy un sustituto. Ni siquiera debería aceptar que me traten como el heredero.

—Faltan unas horas para la ceremonia. —La voz de Ciel rompe el hilo de mis pensamientos—. Te acompañaré a tu cuarto, para que descanses.

—No puede *casarse* así. —Farfulla Itsvan, volviéndose hacia él.

—No podemos cancelar la boda ahora, Itsvan. —El caballero parece impasible—. ¿Sabes lo que eso haría en la moral de la gente? Pensarán que todo vuelve a ir mal. Pensarán que están en peligro. O, peor, que su príncipe lo está. —Se gira hacia Chryses—. ¿No es así?

El guerrero no contesta de inmediato, pero su silencio es casi más significativo que cualquier palabra que pueda pronunciar.

—Sería un desastre. Y todos los cuentos y habladurías que podrían crear después de cancelarlo serían especialmente devastadores. Veridian quedaría también en entredicho. Puede que incluso Mab decidiese tomar ventaja de ello.

Un nudo se forma en mi estómago. Nunca me había parado a pensar lo que pasaría si este plan fallaba, quizá porque estaba demasiado concentrado en lo que pasaría al llevarlo a cabo.

—Entonces creo que está claro lo que tenemos que hacer. —Ciel me ayuda a levantar con cuidado e Itsvan da un paso hacia delante—. Puedo yo —añade, con un tono cortante que definitivamente no me imagino.

Al ver que yo no protesto, Itsvan no insiste. Solo se queda plantado junto a Chryses, a quien oigo murmurar algo antes de que la puerta se cierre detrás de mí. No me da tiempo a entender de qué habla, sin embargo, y cuando me quiero dar cuenta ya caminamos por el pasillo. Ciel tiene una mano en mi brazo y yo me siento como un preso a quien dirigen hacia el cadalso, pero estoy demasiado cansado como para protestar.

Cuando llegamos a mi cuarto, me acuesto en la cama sin pensar. El colchón, que siempre me ha parecido demasiado blando, amenaza con tragarme, como todos los muebles del castillo: demasiado lujosos, demasiado grandes para mí. Por primera vez, sin embargo, dejaría que me hiciera desaparecer si pudiera. Quiero cerrar los ojos y olvidarme de todo, pero Ciel sigue en el cuarto, mirándome.

—¿Qué ocurre?

—Chryses está aquí porque tu amigo le avisó. Le escribió una carta.

Parpadeo. «Mi amigo». No «Itsvan». No «*nuestro* amigo». Y su tono, definitivamente, ha cambiado.

—Itsvan solo estaba preocupado. —«Haría cualquier cosa por ti»—. Ha creído que la boda es un error y ha actuado en consecuencia. Itsvan no sabe nada de política. No entiende lo importante que es lo que estamos haciendo.

—Va a estropearlo todo.

Frunzo la nariz.

—No va a meterse en la ceremonia, si eso es lo que te preocupa.

No. Claro que no se trata de eso. Me lo dicen sus ojos.

—Tenemos que encargarnos de él. Te está confundiendo. Está metiendo ideas en tu cabeza, no sé cómo.

Sacudo la cabeza, confuso. Casi consigue que suene como si la amistad, los lazos que nos unen, fuera algo que lamentar.

—Itsvan no es nuestro *enemigo*.

Ciel suspira con afectación.

—¿No ves lo que acaba de pasar, Svent? ¿No eres consciente de lo que esos dos hombres han hecho en el despacho? Te han cuestionado. Consideran que no estás… capacitado.

Entorno los ojos. Sí. Me lo ha parecido. Pensé que eran mis amigos. Lo son. Estaba convencido…

—¿Qué estás insinuando?

—Que su comportamiento roza no solo la insolencia, sino que algunos lo llamarían incluso «traición», Svent.

Un recuerdo que llega de ninguna parte. Ciel, ante mí, en este mismo cuarto, mirándome a los ojos, como ahora. Una noche borrosa, en la que me dijo que era mi aliado. En la que me prometió que Anderia saldría victoriosa de la guerra.

—Y ya sabes cuál es el destino de los traidores.

unca llegué a ponerme el vestido de novia que cosieron para mí en Veridian. Aquel era una verdadera maravilla, hecho de las telas más delicadas y caras

que podía haber en mi reino. Su pedrería podría haber competido en belleza contra un cielo estrellado e incluso haber ganado la batalla. En comparación, el que ahora visto es sobrio y apagado, de un blanco impoluto pero sin ningún tipo de adorno en especial. Naim no ha querido dejarlo así, y por eso él se ha encargado de decorar mi cabello con flores. En este momento, deja una corona de ellas sobre mi cabeza y yo le dedico una sonrisa agradecida. Él, pese a que sé que no va a disfrutar especialmente de la boda, también sonríe. Creo que en el fondo le emociona. Que quizá no le disguste todo tanto como el otro día dijo.

Quizá lo haya pensado mejor.

Antes de que pueda preguntárselo, sin embargo, dos toques en la puerta me hacen alzar la vista. Ni siquiera he dado el paso cuando Itsvan se asoma. Parpadeo, aunque si su presencia me sorprende, más lo hace la de Chryses, que lo sigue.

—Chryses —murmuro—. ¿No estabas…?

—En la frontera, sí. También fue lo primero que Svent ha preguntado al verme, por lo que supongo que realmente esperabais que no me enterase de esta unión vuestra si pensabais que no vendría al saberlo.

Titubeo, confusa. No, claro que no. Nunca pensé en ocultárselo… No. Nunca pensé en Chryses, en realidad. Frunzo un poco el ceño al darme cuenta. ¿Por qué no pensé en él? Deberíamos haberlo informado al mismo tiempo que a mi prima. Que a cualquiera. Antes de los mensajeros. Él estaba al tanto de un plan que finalmente no iba a cumplirse. Claro que debía enterarse.

Pero no le informamos. ¿Por qué no le informamos? ¿Por qué ni siquiera se me ocurrió?

—Yo… No es eso, solo…

—Yo le escribí —añade Itsvan. Se acerca a Naim y le hace un gesto con la cabeza, después de revolver un poco sus cabellos. Naim duda, pero sale de la habitación mirándonos con intriga—. Svent y tú no estáis atendiendo a la lógica y alguien tenía que hacerlo.

—Svent y yo sí que…

—Parece que Veridian acepta el compromiso —interviene Chryses. Sus ojos están fijos en los míos y yo me estremezco un poco. No parece que la noticia le haga feliz—. Sorprendente, ¿no creéis?

Quizá.

—Eirene debió de interceder…

—¿Informasteis a Eirene?

Frunzo el ceño, ofendida.

—¡Claro que la informé! Le envié carta. Se lo conté todo y…

—¿Y ella respondió?

Dejo los ojos en blanco.

—Eirene jamás dejaría un asunto así sin responder…

—¿Y podría leer su respuesta, si no es indiscreción, alteza?

Al principio me siento incrédula por la petición. Estoy a punto, de hecho, de mostrarme indignada porque de repente mi correspondencia privada sea algo que alguien pueda revisar. Itsvan debe de ver cómo me cambia la cara, porque se acerca a mí con más precaución.

—Son asuntos de Estado, al final, de lo que hablabais en esas misivas, ¿verdad? Nada personal…

Bueno, eso es cierto. O no. No recuerdo muy bien lo que Eirene me escribió en su última carta. Que estaba de acuerdo, claro. Que tuviésemos cuidado, supongo. ¿Decía algo más?

Qué raro. No hace tanto que llegó esa nota, para tener tan borroso su contenido…

Suspiro y hago un ademán hacia el tocador. Mi vestido es demasiado pesado, demasiado largo, y yo no tengo ganas de discutir. Si lo que quiere Chryses es asegurarse de que mi prima no tiene ningún tipo de problema, o quizá saber noticias de Seaben, adelante. Cuanto antes lean, antes me permitirán quedarme a solas y terminar de prepararme para el día más importante de mi vida.

—En el primer cajón están todas las cartas.

Chryses e Itsvan comparten una mirada que no comprendo antes de dirigirse hacia allí. Frunzo el ceño, observándolos.

—Sois conscientes de que esto es absurdo ahora, ¿verdad…?

No responden. Escucho el cajón abrirse y yo decido concentrarme en mi propia figura frente al espejo. En el vestido. En la corona de flores…

—Fay, aquí no hay ninguna carta de Eirene.

Frunzo el ceño. Cuando me giro hacia ellos, ambos me están mirando. Chryses solo tiene una misiva entre los dedos, que mueve.

—Este es el mensaje de Veridian. Sellado y firmado por tus padres. Desde luego, sí, parece que apoyan el enlace. Pero no hay rastro ninguno de las palabras de Eirene.

—Buscad mejor. Las dos cartas llegaron el mismo momento, lo recuerdo perfectamente. Las leí. Las guardé ahí. Ambas.

Lo hice, ¿verdad? Claro. ¿Cómo no iba a hacerlo? ¿Por qué dudo, siquiera? Una vez más, Itsvan y Chryses se miran. Y después vuelven a fijarse en mí. Yo siento algo de vergüenza y una inquietud creciente en mi pecho. Tomo mis faldas para acercarme a donde están y apartarlos. Mis manos buscan en el cajón. La dejé aquí. La leí. Ciel me dio la carta, junto con la noticia de Veridian. Las guardé ambas. En

este cajón. Estoy segura de que fue en este cajón…

Pero Itsvan y Chryses tienen razón. No hay ninguna carta más.

¿La he perdido? Ha debido de traspapelarse. Pero recuerdo haberla guardado en ese lugar… ¿Lo recuerdo? No sé. Quizá. Al menos tengo la sensación de que eso fue lo que hice. Después de leerla… ¿Qué ponía en la carta? ¿Cómo empezaba? «Fay». No, eso no. «¿Querida prima?». Tampoco… No sé… No recuerdo… O sí recuerdo… O…

Me siento un poco mareada, de pronto. Creo que palidezco. Que hay algo que no encaja. Me giro hacia Itsvan y Chryses, confusa. Chryses. Hay algo con Chryses… Algo importante. Algo que debería decirle. Algo que ha pasado recientemente…

—Fay —me llama Itsvan, con cuidado. Sus manos van a las mías. El apretón ligero que da en ellas me parece cálido y agradable, pero al mismo tiempo me llena de angustia. No puedo comprenderlo—. ¿Recuerdas *de verdad* haber hablado con tu prima sobre esto?

Sí. Claro. Le envié una carta. Aunque ¿cuándo fue eso? No sé. ¿Y su respuesta? ¿Por qué no puedo recordar su respuesta…?

—Yo…

—Alteza, ¿alguna vez os han enseñado a proteger vuestra mente?

La pregunta es tan inesperada que hace que me tambalee. Itsvan me sostiene antes de que pueda dejar de sentir el suelo bajo mis pies. Intento centrarme en Chryses, en su rostro serio y grave.

—¿Por qué preguntas algo así?

—Respondedme. Es obvio que Svent no ha recibido ningún tipo de aprendizaje al respecto, pero vos quizá lo hicisteis. Sois una princesa, al fin y al cabo. De alguna manera debíais poder proteger vuestros secretos.

Balbuceo. Sí, por supuesto. Eran solo recomendaciones, pequeñas cosas que se podían hacer para hacer una mente más inaccesible. Pensamientos focalizados en algo irrelevante. Funcionar, de alguna manera, en dos niveles. Crear murallas, aunque nunca entendí exactamente *cómo*, más allá de la simple voluntad de no querer permitir pasar a nadie. No tenía por qué hacerlo siempre, pero cuando se acercaba la boda con Seaben de Lothaire se me dijo que las hadas solían adentrarse de manera sibilina en las cabezas de la gente. Que si notaba algo, me pusiera en guardia. Era una cuestión de orgullo. A mis padres no les importaba de verdad lo que se pudiera ver en mi mente, pero consideraban un insulto que alguien pudiera atacar mis pensamientos.

—S-sé algo. Pero no entiendo por qué…

—¿Habéis estado en guardia últimamente?

—Yo…

—¿Hay cosas que no recordáis bien? ¿Sucesos que os parecen rellenados? ¿Por qué decidisteis aceptar el matrimonio con Svent?

Me mareo. Todo empieza a girar demasiado rápido cuando intento recordar. Cuando intento conseguir las respuestas adecuadas a sus preguntas. Porque era lo correcto. Porque lo quiero. Porque es lo que podíamos hacer. Porque teníamos que hacerlo. Tenemos que hacerlo…

Itsvan me sostiene con fuerza. Aunque me duele la cabeza. Aunque de pronto hay muchos vacíos que no me parecen del todo lógicos. Hay una conversación fluyendo en los límites de mi mente, con una voz femenina. Unos ojos oscuros que me miran con súplica. Hay un aleteo de paloma y fragmentos de recuerdos escribiendo y leyendo cartas que no terminan de parecer míos. Es extraño. Como si hubiera figuras borrosas…

—Fay. —Itsvan toma mi cara. La siento helada. Lo enfoco con dificultad—. Alguien os está manipulando. Hay un traidor entre nosotros. No habéis estado actuando como vosotros mismos. Nada de lo que está pasando es natural. Tenéis que despertar. Tenéis que salir de ahí.

Su mirada es tan suplicante como otra que he visto hace poco. ¿Como cuál?

Como la de Celeste.

Celeste de Anderia.

Anoche estuve hablando con Celeste de Anderia. Y entonces apareció Ciel. Y volví a mi cuarto.

Dejo escapar un jadeo. ¿Por qué lo había olvidado? ¿Cómo? Pasó anoche mismo. Hace horas. No puedo… No es lógico que yo…

Miro a Chryses, pálida.

—Celeste…

Toda la serenidad del soldado se pierde en ese momento. Su calma desaparece de su rostro para ponerse en alerta. Da un paso hacia delante, hacia mí.

—¿Celeste? ¿Qué ocurre con ella?

—Ella no… —Niego, con la cabeza—. No está loca. No de verdad. Ella puede recordar. Recuerda cosas. Es como si estuvieran muy muy en el fondo… Pero recuerda cosas. Su percepción está dañada pero todo sigue ahí. Todo el tiempo sin ti. Recuerda… Recuerda haberse quedado embarazada, también.

Hay un silencio. Uno tenso, lleno de posibilidades. Ni siquiera sé por qué he dicho esto ahora. ¿Es por el miedo a volver a olvidarlo? Porque lo había olvidado. O parecía que lo había olvidado. Como Celeste parecía haber olvidado cualquier cosa posterior a la noche en que le quitaron a Chryses. Como pareció olvidar todo más adelante,

también, cuando le quitaron a su bebé…

Itsvan toma aire. Parece observarnos a los dos y luego tragar saliva.

—La feérica que cuidó tantos años a Celeste. Quizá… Quizá Celeste no perdiera la cordura. Quizá se la rompieran poco a poco.

—Y quizá sigue en el castillo.

Me estremezco. No, pero nadie nos está manipulando a Svent y a mí… Eso no… Nosotros… Nosotros vamos a casarnos porque… Porque…

¿Por qué, además de por Ciel? Porque él dijo que era lo sensato. Porque él nos ha estado apoyando. Porque velaba por nosotros.

Porque nos ha tendido una trampa.

Darme cuenta trae consigo la ansiedad. La búsqueda repentina y desesperada de recuerdos que poder llamar míos. De seguridades que considerar propias. Pero todo está en mi cabeza hecho un lío, como si no pudiera diferenciar entre ficción y realidad, entre creado y pensado, entre mentira y verdad.

—Fay. —La voz de Itsvan vuelve a rescatarme. Me cuesta respirar. No entiendo nada. ¿Esto está pasando de verdad? ¿Es la realidad realmente?—. Fay, escúchame. Sabes que todo esto tiene sentido, ¿verdad? Tienes que mantener la guardia alta. Proteger tu cabeza. Puedes negarte a la boda, cuando te pregunten. Puedes…

—No.

Mi voz es solo un hilo, una tonalidad quebradiza. Mi amigo parece incrédulo cuando abre mucho los ojos. Mira alrededor, como si pensara que quien me ha estado moviendo como un títere siguiera haciéndolo en las sombras.

Pero esa palabra ha sido mía. Débil, pero mía. Quizá absurda, pero mía.

Mía de verdad.

—No puedo negarme. No ahora. —Susurro—. Mi reino apoya el enlace. Mi reino ha *anunciado* el enlace. Si de repente no me caso, volverá a ser el caos. Si no me caso, será otra traición. No puedo no casarme ahora.

Ya hui una vez, sin importarme nada más que yo misma. Ni mi reino, ni la situación inestable que dejaría detrás. He aprendido. Puede que esto no sea lo que yo quiero. Pero sé lo que *tengo* que hacer.

No voy a escapar.

Itsvan parece incrédulo. Y frustrado. Y asustado. Mira a Chryses, que ha apretado los labios, y luego a mí.

—Entonces, ¿qué vamos a hacer?

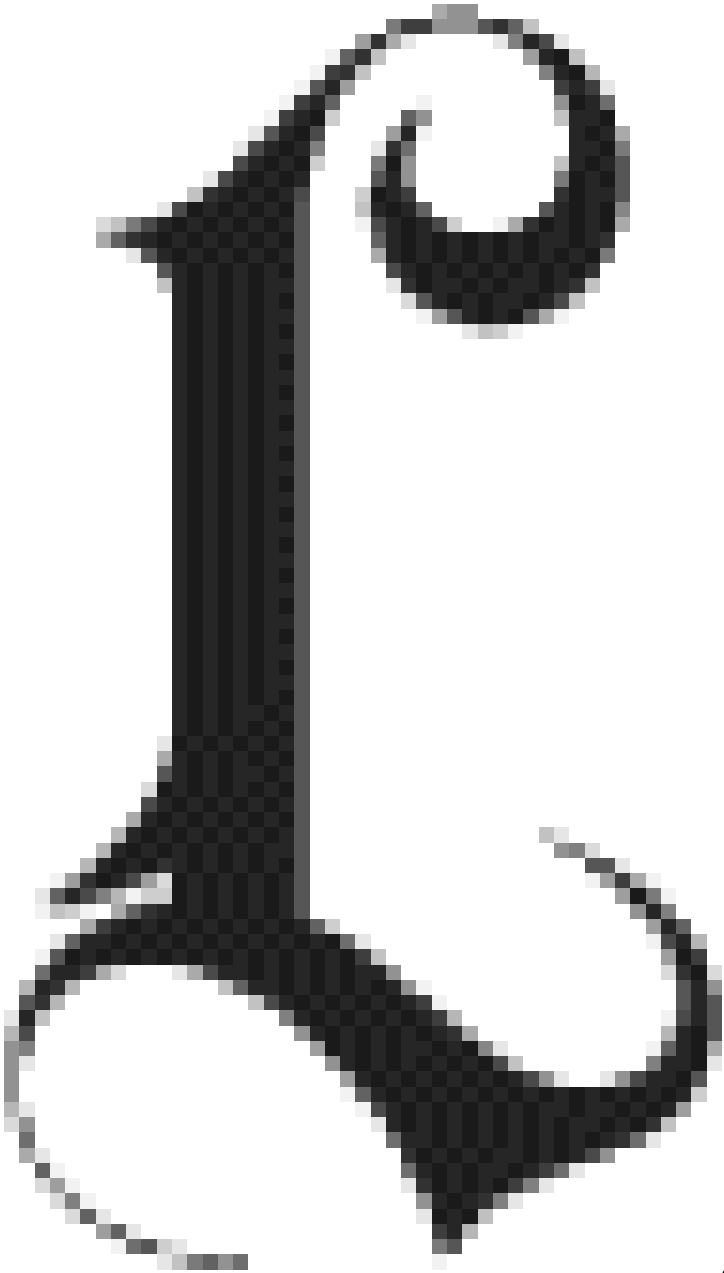
La pregunta me parece demasiado complicada. La cabeza va a estallarme. Aprieto los párpados con fuerza, los dientes. Intento buscar algo *de verdad*, una seguridad que pueda ayudarme ahora. Algo que me haga libre de esta red en la que una araña me ha ido envolviendo poco a poco para devorarme.

La única conclusión a la que llego es que Ciel (¿Ciel? No es Ciel. No puede ser Ciel de verdad) cree que sigue teniéndonos en sus manos. Y esa es, exactamente, la única opción que nos queda.

—Seguir adelante con la boda. —Cojo aire, con precipitación—. Seguir adelante con todo. Que se confíe. Que crea que su juego ha salido bien.

Con suerte, la araña se enredará en su propia trampa cuando vaya a comernos a todos.

Svent



a gran catedral se llena de tantos susurros que hasta las estatuas de las columnas parecen hablar las unas con las otras. No escucho mi nombre, pero sí mi título, que se repite una y otra vez. Las miradas, por supuesto, caen sobre mí y sobre Fay, que descansa su mano en la mía. Ante nosotros, el sacerdote habla con voz clara, tratando de hacerse oír por encima del murmurado caos de voces. Mi prometida mantiene los ojos en el frente, con la barbilla alzada y una aparente solemnidad. Sin embargo,

sé que no es real: sé distinguir perfectamente cuándo quiere evadirse, lejos, y no presta atención a lo que sucede a su alrededor. ¿Es porque toda la atención está sobre nosotros y pueden verla perfectamente, después de tantas semanas escondida? ¿O es simplemente porque la abruma la situación, la ceremonia, este nuevo giro de los acontecimientos?

Sea como sea, aprieto su mano suavemente en la mía, para recordarle que estoy a su lado.

Ella da un respingo, como si despertase, y se vuelve hacia mí. Su sonrisa casi parece contrariada. No se fija mucho en mí, de hecho. Cuando gira el rostro de nuevo, una flor se desliza de sus cabellos y cae al suelo.

Fay solo despega los labios durante todo el tiempo que permanecemos de pie ante el sacerdote para decir que acepta mi alma como su compañera.

Y con eso, nuestros destinos quedan unidos para siempre.

Lo que se revuelve en mi pecho no es felicidad.

o me siento en la primera fila de los bancos. De hecho, me siento lo más lejos posible de Ciel, que ni siquiera me dirige una mirada. Aunque no es como si necesitase mirarme para entrar en mi cabeza, según me ha dicho

Chryses. Es más eficaz así, para establecer un vínculo, pero que depende de la habilidad del feérico. En este caso, suponemos, su poder es bastante grande, cuando es obvio que lleva teniendo a Svent y Fay bajo su control, y posiblemente a Celeste, durante varios días, al menos. Hemos llegado a la conclusión de que mató a Algar para que no se interpusiera en sus planes.

Trago saliva.

Y a Ciel, claro. Porque la persona que está ahí, en su piel, interpretando su papel, no es nuestro amigo. Le ha robado la identidad por completo, su nombre y su físico, pero Chryses me ha advertido que es un hechizo. Que no es posible controlar a alguien a través de otra persona. Que tiene que ser esa mujer, la sirvienta de Mab, la que ha estado delante de nuestros ojos todo este tiempo. Ella ha manipulado la mente de Fay, que no quería casarse, para que aceptase la petición de Svent. Ella ha estado cambiado a Svent, de alguna forma, retorciendo sus pensamientos. Poniéndolo en contra del mundo. Haciendo de él una persona a la que me cuesta reconocer. Ese muchacho que está a los pies del altar, junto a la princesa de Veridian, no es el chico con el que crecí. Puede que su voz sea la misma, cuando dice sus votos con solemnidad. Puede que su cuerpo, ahora vestido con un traje soberbio, digno del rey en el que se convertirá cuando ascienda los peldaños del altar para sentarse en su trono de oro, sea el mismo. Pero su moral, sus ideales, han cambiado demasiado.

Los aplausos estallan a nuestro alrededor. Los vítores. Una lluvia de pétalos. El príncipe y la princesa se giran hacia el público y muestran sus rostros. No se besan. Fay, de hecho, lo mira todo con ojos nublados, como si estuviera a punto de llorar entre las felicitaciones. Las voces lo llenan todo hasta que el templo entero parece que se derrumbará con el jolgorio.

Yo no abro la boca. Naim, a mi lado, se revuelve incómodo. No le he querido decir nada, pero soy consciente de que sabe que algo va mal. Quiero protegerle, pero no quiero que piense que creo que no está preparado para la verdad. Como yo, como Svent, Naim ha tenido una vida dura. Al contrario que nosotros, que llegamos a tener alrededor a otros niños, él solo nos tiene a nosotros.

Suspiro y miro por encima de mi hombro. Me cuesta encontrarlo, porque algunas personas se han puesto de pie para intentar ver mejor a los novios, pero Chryses no pasaría desapercibido en ningún lugar: sus cabellos del color de la plata llaman la atención, además de su altura. Además, él es uno de los que no vitorean, como yo: mantiene los brazos cruzados sobre el pecho y el ceño fruncido, probablemente pensando en toda la gente que está siendo engañada, incluyendo a

Svent. ¿Creerá de verdad el príncipe que hace esto por el bien del pueblo? ¿Cómo es que no puede ver que está siendo *utilizado*? ¿Y para qué, exactamente? Quizá Chryses lo entienda mejor que yo, pero no veo ningún beneficio para Mab en esta boda, sobre todo teniendo en cuenta que los reyes de Veridian no solo aceptan la unión, sino que la respaldan. Y ¿será Lothaire tan atrevida de ir abiertamente contra no uno, sino dos países? No se atreverá. Tendrá que rendirse, si no quiere que la frontera se convierta en una masacre para los suyos. Tendrá que deponer las armas y firmar su derrota o la paz de Faesia…

Y Mab no se supone que quiera la paz, ¿verdad?

Vuelvo la vista al frente y contengo la respiración. De la mano, Svent —algo tiene que quedar de Svent, ahí dentro, en alguna parte— y Fay suben las escaleras. Los dos tronos dorados, adornados con cojines de terciopelo, los acogen cuando se sientan. Ella cruza las manos sobre el regazo, en un gesto de humildad. Svent, por su parte, extiende las manos al frente y recoge los símbolos de su poder, como han debido de enseñarle: la espada y el cetro. Ambos parecen pesados y, de hecho, los brazos de Svent tiemblan, pero no permite que se le caigan. Sobre su cabeza dejan una corona, todo oro y piedras preciosas. Sobre la de Fay abandonan una igual, después de quitarle el adorno de flores blancas que llevaba. El oro casi parece prender en llamas por el color de su pelo.

Hay un susurro de ropas que rompe el silencio que súbitamente se había hecho en la catedral. Como una ola, las filas de gente en los bancos se levantan de sus asientos y luego se arrodillan ante sus nuevos soberanos. Yo dudo, durante un largo instante en el que no me atrevo a moverme, hasta que noto el tirón de Naim, que ha cogido mi manga y me arrastra con él, hacia el suelo. Aun así, no bajo la cabeza. Y me da la sensación, de hecho, de que Svent llega a verme. Nuestras miradas se cruzan, estoy seguro. Nos observamos a los ojos por lo que me parece una eternidad.

No soy capaz de reconocerlo.

Normalmente, una boda implicaría un gran banquete. Sobre todo cuando es una boda real. Pero estamos en tiempos de guerra, la muerte del antiguo rey es demasiado reciente y la tristeza por el asesinato de Algar todavía sigue en el ambiente. Así que el banquete se transforma en una comida modesta, en una mesa pequeña donde solo se ha admitido a los nobles más importantes. Ciel, por supuesto, está invitado. Hay hombres y mujeres que ni Svent ni Fay conocen, de ricos ropajes, que los adulan e intentan congraciarse con ellos. Héroes

de guerra y estrategas que dirigen a las tropas desde sus grandes casas. Personas que, probablemente, han sufrido la guerra en sus carnes solo por la falta de lujos y porque han menguado sus ingresos.

Naim y yo comemos en mi cuarto porque no hemos sido invitados. Nadie lo ha dicho, pero supongo que no estamos a la altura. Supongo que *solo* somos los compañeros de infancia de Svent. Dejo escapar un gruñido, intentando que no me moleste la situación, pero es difícil cuando sé que hay una persona detrás de todo esto intentando romper esta familia. Si fuera mi amigo quien quisiera que me fuera dolería más, pero también sería más definitivo: aceptaría que es lo que él desea y me marcharía, sin más. Volvería al orfanato abandonado y seguiría con mi vida, de la manera que fuera necesaria.

Alzo la mano para coger mi pelota de tela, con la que he estado jugando, pero otra se me adelanta. Naim me roba mi juguete al vuelo y frunce los labios cuando lo miro, como si fuera él el que tiene derecho a estar enfadado. Supongo que un poco: no se puede decir que le haya estado haciendo demasiado caso.

Me hace un gesto para que hable. Sin rodeos. En conjunto con su expresión, queda bastante claro que está cansado de esta actitud. De hecho, estruja la pelota entre sus dedos cuando yo extiendo el brazo y la esconde tras su espalda.

—Estoy preocupado —claudico—. Creo que está claro que Svent y Fay se han estado comportando de manera extraña. Y la verdad es que me gustaría saber qué se les pasa por la cabeza o…, al menos, poder estar cerca de ellos. Por si pasara algo.

Él asiente, de acuerdo, y me hace un ademán para que siga. Yo me encojo de hombros.

—Supongo que también me gustaría estar con ellos porque sí. Me siento de más en este sitio. —Creo que es la primera vez que digo eso en voz alta, aunque llevo pensándolo ya semanas. *Creo* que sienta bien poder expresar mis pensamientos—. Y entiendo que Svent tenga muchas cosas que hacer en su nuevo papel, pero… lo echo de menos.

Acabo mi comentario en voz tan baja que Naim se tiene que inclinar para escucharme y, cuando lo hace, su cara cambia de la molestia a la tristeza. Extiende la mano, para ponerla sobre mi brazo, pero yo me aparto. La idea de que me compadezca, de que sienta pena de mí, no me agrada. Preferiría que sintiese lo mismo que yo. Preferiría que se quedase con su frustración o simplemente no entendiera de qué estoy hablando.

Me pongo en pie y respiro hondo. Naim no me devuelve mi pelota ni yo se la pido. En lugar de eso, le doy la espalda y le hago un gesto con la mano.

—Será mejor que me vaya a dar una vuelta. Nos vemos luego.

Me marcho, sin más, sin darle opción a que me siga. Creo que se llega a levantar de la silla, pero yo me apresuro hacia la puerta y cierro tras de mí. Me apoyo un momento contra la madera. No sé qué hacer.

Quisiera ayudar, pero sé que estoy con las manos atadas. Yo no sé nada de magia ni de control mental. No puedo acercarme al supuesto Ciel. Pero el caso es que el otro día, cuando nos vimos tras mi visita a la princesa Celeste, no me pareció que mi amigo estuviera siendo manejado por nadie. A lo mejor se limita a esos momentos en los que «Ciel» está cerca. A lo mejor hay un alcance máximo para su poder. A lo mejor no está controlándolo todo el tiempo. Entorno los ojos. ¿Y si hasta los seres feéricos pudieran ser engañados? ¿Y si sacar a Svent de su estupor estuviera dentro de mis posibilidades? Chryses me advirtió que no intentara nada. Que hice bien al escribirle. Que buscaría fisuras en el control que ejerce esa mujer sobre mi amigo y me avisaría de las medidas a tomar. Pero no me parece suficiente. Fay dice que debemos dejar que el enemigo se confíe, pero eso me parece favorecer que gane terreno. Cada día que pasa es un día que nos arrastran a cualesquiera que sean los enrevesados planes de la reina de Lothaire. Quizá cuando al fin veamos claro lo que pretende ya sea demasiado tarde para evitarlo. Y entonces, ¿qué? Puede que nos estemos condenando.

Puede que me esté condenando al separarme de la puerta y enfilar por el pasillo, consciente de que es una terrible idea. Consciente de que no hay forma en la que, si Chryses —o incluso Fay— se entera, no me vaya a llamar estúpido y temerario. Pero ya he decidido que no puedo quedarme quieto.

Me asomo al salón. Las puertas permanecen abiertas para el constante goteo de criados que entran y salen con bandejas y escanciadores. No hay música para amenizar la velada, como en las historias que cuentan las grandes gestas, pero sí suficiente ruido: risas y voces y los sonidos normales de una cena lo suficientemente grande como para que yo la considere multitudinaria.

El pelo de Fay es lo primero que reconozco, rojo como un estandarte. Pero a su lado no está la cabellera blanca de Svent, sino que, de hecho, la silla permanece vacía. Ella está obviamente incómoda, por lo que me indica su sonrisa, algo forzada, y la forma en la que sus ojos recorren la sala con cierta ansiedad. Ciel está sentado al lado de la silla vacía y habla con soltura con la mujer a su lado, una noble especialmente risueña, probablemente por el vino que le ha subido el color a las mejillas. No puedo evitar preguntarme si ese Ciel

tendrá los recuerdos del verdadero. ¿Puede hacer eso? ¿Ha robado tanto de su identidad? ¿Lo ha sustituido a todos los efectos…? Trago saliva, pero decido no pensar demasiado en ello y me alejo del salón. Tengo que encontrar a Svent. Tengo que…

Tengo que contárselo todo.

Aprieto el paso. Estoy a punto de echar a correr. ¿Dónde puede estar? Probablemente haya salido a respirar, pero ¿dejaría a Fay sola? Titubeo. No creo que esté en su cuarto. Tampoco es, de todas formas, que pase mucho tiempo allí. La primera semana me dijo que era demasiado grande, que los muebles se lo comían, que se le caerían encima en cualquier momento. Y que, pese a todo, a la vez sentía que… se ahogaba. Que aunque el espacio fuera inmenso, el aire le oprimía el cuerpo.

Mis pasos me llevan, en cambio, hacia la biblioteca. Svent siempre se ha refugiado entre libros, desde que éramos pequeños. No siempre para leerlos: a veces simplemente se sentaba en el gran almacén junto al orfanato y se quedaba allí, supongo que reconfortado por el orden, o porque el papel y la tinta eran algo que comprendía mucho mejor que a cualquier persona. Por eso ahora me dirijo al mismo sitio en el que ha pasado la mayor parte de su tiempo las últimas semanas. Su refugio.

Cuando entro, él no levanta la vista. Permanece callado, con la cara hundida entre las manos y los codos hincados en las rodillas. Está sentado de espaldas a mí, pero tiene que haberme oído entrar.

—¿Svent?

La más leve de las tensiones en sus hombros. En su espalda. Mis pies se mueven solos, hacia delante, y van hasta él.

—¿Svent? ¿Qué pasa? ¿Estás bien?

—No quiero.

Me detengo en seco.

—¿Qué?

—No quiero hacerlo.

No entiendo de qué está hablando. Siento que hay algo que me estoy perdiendo, como si estuviéramos retomando una conversación que ya hubiéramos tenido. O como si estuviera hablando con otra persona. ¿No será que piensa que ha sido otro el que ha entrado? Miro alrededor, como si esperase ver a alguien saliendo de entre las sombras, pero estamos completamente solos.

—Svent, soy Itsvan.

Mi amigo levanta el rostro. Tiene los ojos enrojecidos, como si hubiera estado llorando. No se sorprende de verme, pero su mirada se fija en un punto más allá de mi hombro, en la puerta entreabierta, casi

esperando que alguien aparezca detrás de mí. Yo mismo siento algo de miedo.

—Márchate.

Eso sí puedo comprenderlo.

—No. Escúchame. Están pasando cosas que no sabes y quiero explicártelo todo.

Svent se estremece. A lo mejor sí que ya lo sabe, después de todo. Puede que Fay se lo haya contado, aunque fue la primera en preocuparse de lo que podría pasar si Ciel, después de todo, estaba controlando a Svent demasiado profundamente.

—No: *márchate*. Vete de aquí para siempre. No vuelvas a pisar este castillo.

Los ojos bajos, el semblante triste. No es él el que habla, ¿verdad? Siento un peso en el corazón. Un temor a que realmente no quiera volver a verme.

—Svent, estás… No eres tú mismo. No voy a marcharme a ningún lado. Te lo dije y te lo repito: yo…

—¿Te rebelas ante tu rey? —La pregunta me haría soltar una carcajada si no fuera porque me está mirando con una rabia que no sé de dónde sale—. Eso es lo que has hecho desde el principio, ¿verdad?

Abro la boca, sorprendido, queriendo preguntarle de qué habla, pero entonces la puerta gira sobre sus goznes con un chirrido de ultratumba. Ciel está bajo el dintel, con una expresión de satisfacción que me da escalofríos. La biblioteca se vuelve súbitamente pequeña cuando la única salida no solo se cierra, sino que queda bloqueada.

—¿Qué otra cosa podrías esperar de un traidor? —dice, con una voz helada que *definitivamente* nunca había oído del hijo de Algar.

El miedo me hace un nudo en el estómago.

—Yo no soy el traidor aquí. —Me vuelvo hacia Svent. ¿Hay alguna posibilidad de vencer el control mental de un feérico solo con palabras?—. Yo siempre he estado de tu parte. De la de mi amigo. —Le muestro mis palmas, demostrándole que estoy desarmado. Que lo único que puedo ofrecerle, de hecho, es eso mismo—. ¿O es que no recuerdas que no creíamos en reyes o en guerras? Vivíamos en nuestro mundo, Svent, y éramos felices pese a todo, porque nos teníamos los unos a los otros. ¿No quieres volver a eso?

Confusión. Lo veo en su rostro. No sabe cómo reaccionar, porque sé que su impulso natural sería quedarse callado, no sonreír.

—Ahora Svent es otra persona. Una dispuesta a renunciar a todo por lo que debe hacerse. Al contrario que tú.

Frunzo el ceño. Es cierto. Yo no pondría el deber por delante. Y, de todas formas, ¿qué es el deber? ¿Por qué me debo al reino más que a

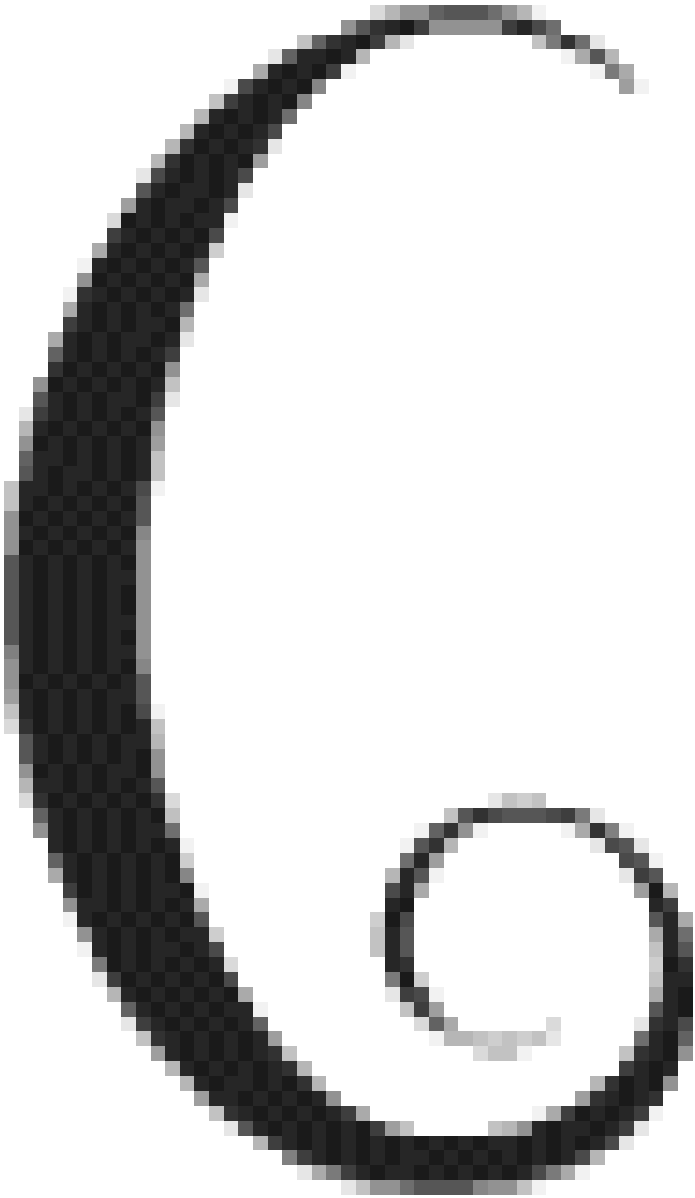
mi familia o a mis amigos? ¿Por qué me debo a un rey y no al hermano con el que pensé que pasaría toda la vida?

«Porque son la misma persona. Porque Svent siempre ha tenido razón. ¿Por qué iba a ser ahora diferente? Debería seguir sus órdenes sin cuestionármelas. Debería marcharme, si él cree que soy un traidor. Me está dando una oportunidad. Es eso o…».

¡*No*! Ignoro esa voz que sé que no es mía. Esos pensamientos que llegan de ninguna parte, pero que nunca se me cruzarían por la cabeza. Me revuelvo con todo mi ser y para su sorpresa y la mía, me doy la vuelta y me lanzo sobre Ciel. Pese a que se golpea la cabeza contra la puerta y deja escapar un quejido, el golpe no es tan fuerte como yo hubiera querido: no hay sangre y, aunque consigo atontarlo un momento, su empujón es tan firme, cuando llega, que me doy cuenta de que voy a perder. Que puede que esta persona tenga más control sobre la mente que yo, pero yo tampoco tengo la suficiente fuerza bruta como para vencer en un combate. Sobre todo cuando la espada suspira fuera de su vaina. Cuando sus ojos, acerados, se entornan.

Y sé, de pronto, que voy a morir.

Svent



uando la espada de Ciel emite un brillo mortífero a la luz de las velas que iluminan la biblioteca, yo sé que tengo que hacer algo, pero mi mente no me informa de qué. Solo puedo pensar en el dolor sordo tras los ojos, en sincronía con los latidos de mi corazón. Solo puedo pensar que uno de ellos es un traidor y a los traidores se los ejecuta. Que no hay lugar en este reino para intrigas. Que la guerra, al fin y al cabo, también se puede perder desde dentro.

El peso de la daga que me dio Ciel esta mañana no me reconforta, cuando la saco de mi bota. Es un gesto que hago sin planteármelo,

porque eso es lo que se supone que tengo que hacer si alguien atenta contra mi vida.

Y todos los traidores intentarán matarme.

—Mira a lo que nos obliga, Svent. Tu mejor amigo… Quizá no está dispuesto a todo por ti, después de todo.

Hay una expresión de dolor en los ojos de Itsvan. Un gesto que me informa de que el hecho de que alguien utilice sus propias palabras le causa un sufrimiento más hondo que cualquier herida que le puedan infligir. Porque esas palabras eran solo nuestras, supongo, y ahora Ciel se las ha apropiado.

Ciel se ha apropiado de muchas cosas, en realidad…

—Svent, por favor, despierta.

¿Despertar? Miro a Itsvan, sin entender, los dedos apretándose más alrededor de la empuñadura.

—Svent no sabe de qué estás hablando. Creo que solo se plantea si hacer los honores, en realidad.

Eso es. No debo caer en sus trucos. No debo escuchar más de lo necesario. Todas las respuestas están en mi mente. En el peso del arma en mi palma. Este puñal, que ya he usado antes. Que se ha manchado antes de sangre.

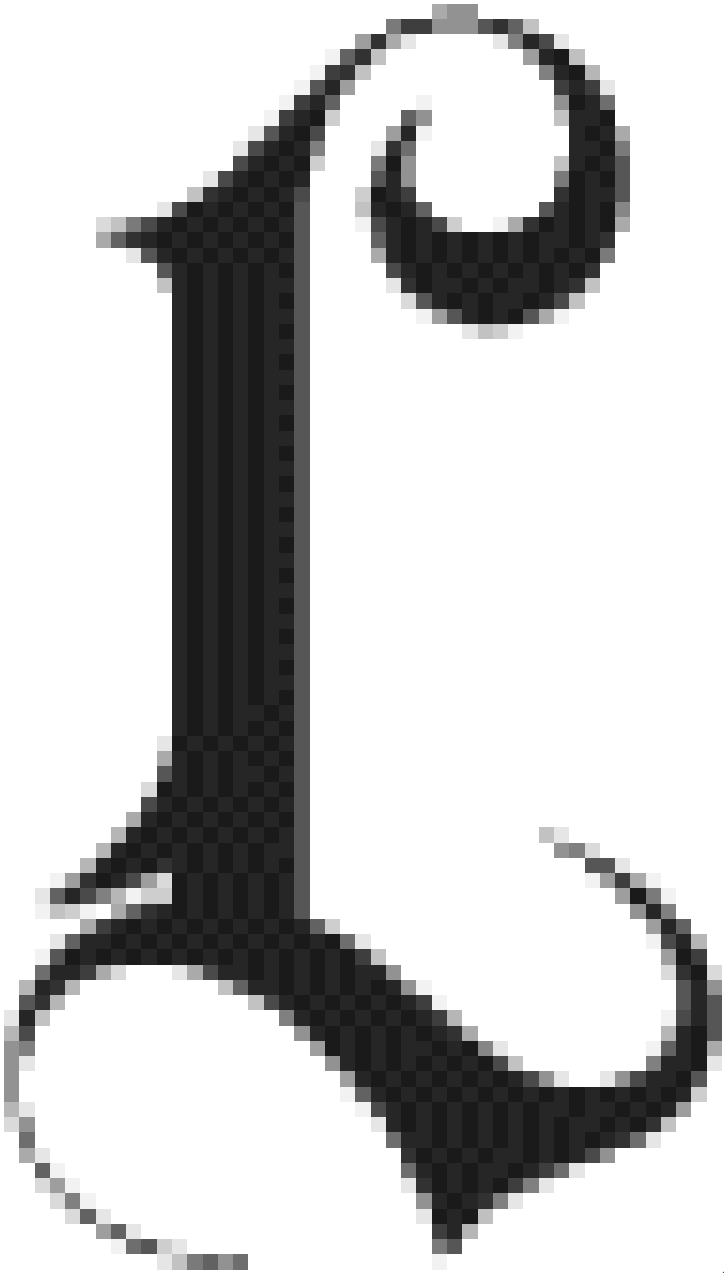
¿Cuándo? No puedo recordar. ¿No habrá sido un sueño? Uno más de esos en los que una sombra se retuerce y cae al suelo, a mis pies, con los ojos abiertos.

El dolor en mi cabeza se incrementa hasta que todo deja de tener sentido. Hasta que la vista se me nubla y solo veo rojo. Un mundo sin formas, sin personas.

Es ahora o nunca.

Así que cuando la punta de mi puñal encuentra carne, lo hundo en su cuerpo hasta llegar al corazón.

Itsvan



os ojos de Ciel se entornan y de sus labios sale un gemido, un quejido apenas perceptible. Su mirada sigue sobre mí, sorprendida. La espada cae al suelo con un tintineo y el silencio se hace en la estancia, por encima de los alocados latidos de mi corazón. Creo que incluso dejo de respirar, mientras veo, en trance, cómo el cuerpo ante mí cae al suelo y da con sus huesos contra la fría piedra.

La sangre empapa su ropa alrededor de la herida abierta por un

puñal.

Alzo la vista. Svent se tambalea mientras da unos inseguros pasos atrás. Se golpea contra una de las estanterías, de hecho, pero la pesada madera no nota el golpe, mientras que temo que su cuerpo se hará añicos.

—¿Svent?

Algo entra en mi mente. Lentamente, como si empezase a ser realmente consciente de lo que está pasado, pero una parte de mí se rebelara contra la idea. ¿Me ha salvado? No lo entiendo. Pensé que estaba tan atado a Ciel, a ese cuerpo que ahora yace a mis pies, con la sangre penetrando en la piedra, que estaba empezando a perder la cordura. Pero… me ha salvado. Me ha escuchado, desde donde estuviera.

—Lo he…

Un sollozo se le queda atascado en la garganta. Se mira las manos, sorprendido, y, al ver la sangre en ella, se las limpia frenéticamente en la ropa. No para de frotárselas, de hecho, hasta que yo consigo saltar sobre el cadáver de Ciel —no es Ciel, no sé cuándo dejó de serlo— y alcanzo a mi amigo. Lo cojo por las muñecas, intentando que detenga sus movimientos, y noto cómo tiembla. Sus ojos están rojos, al borde de las lágrimas, y su expresión es una máscara de terror. De asco.

Sé que ya no está siendo controlado, que vuelve a ser él mismo, porque nunca lo había visto tan perdido.

Trago saliva. La única idea que se me ocurre es abrazarlo. Demostrarle que no está solo. Que nunca lo ha estado.

Él solo se agarra a mí, como un náufrago a la deriva que se aferra a los restos de su barco. A la vida.

Con la cara contra mi hombro, se echa a llorar.

lgo se rompe

en mi cabeza.

No, no es exactamente una ruptura. Ni siquiera una brecha. El cambio que hay en algún punto de mi mente es, más bien, como algo que ha estado apretado y vuelve lentamente a su lugar; como si me hubiera terminado acostumbrando a no tener silencio y ese silencio acabase de regresar.

Es un silencio inquietante. Una calma que solo trae tormenta.

Todo lo que hay a mi alrededor deja de importar de repente. El salón lleno de gente parece vaciarse. Me encuentro, de hecho, un poco desestabilizada, como si los últimos sucesos no tuvieran sentido. No lo tienen. Pero ahí están. El anillo en mi mano. Un montón de personas jurándome como su reina.

*Reina*.

La realidad vuelve tras ese momento de pausa con más brusquedad que nunca. Como un monstruo salido de debajo de la mesa, me coge de los tobillos, tira de mí hacia abajo, me tapa la boca y me impide gritar. El estómago se me cierra si es que en algún momento estuvo abierto. Sabía que había sido manipulada, sabía que me estaban usando, pero eso parecía una seguridad más sutil, más acallada, hasta ahora. Ahora se convierte en una bofetada, en ganas de vomitar en el fondo de la garganta.

Durante días no he sido yo.

Hay, de repente, mil hechos en mi cabeza, y ni siquiera sé cuáles son de verdad y cuáles inventados. No sé qué parte de mí es real, y si alguna realidad va a pasarme desapercibida como simple ficción.

Y sobre todo, no sé por qué pasa esto *ahora*.

Me pongo en pie. El salón da vueltas a mi alrededor. Se tambalea. Yo misma lo hago. Hay unas manos que tratan de mantenerme en pie, pero yo me alejo de ellas de inmediato. Chryses me observa, justo ante mí, sorprendido por mi reacción.

—¿Fay?

La manera en la que pronuncia mi nombre es tentativa. Como si dudara de que soy yo.

Pero soy yo.

¿Soy yo?

Cojo aire con precipitación. Tengo que encontrar a Svent. Tengo que saber si a él también le pasa lo mismo. Si él, de repente, también siente que falta algo en su mente. Un susurro. Una cadencia de hilo musical en una velada, ambiental y nada más. Tengo que saber si él también siente esta pérdida y esta incomprensión y este caos y…

Por eso me separo de Chryses con precipitación. No me importa lo que diga el resto del salón. Creo que he oído algún insulto hacia mí.

Creo que también he oído voces esperanzadas. No lo sé. No sé si he oído algo de verdad, si alguien ha hablado de mí o solo creo que lo han hecho. No sé si eso es cierto.

Siento los pasos de Chryses tras de mí, pero no me importa. El vestido se me enreda en las piernas, pero no me importa. Me falta la respiración mientras subo las escaleras, pero no me importa. Todo sigue dando vueltas, pero no me importa.

Lo que importa es el momento en que los encuentro. A los tres. A Itsvan, a Svent… y al cadáver.

La arcada viene en cuanto veo el charco de sangre debajo del cuerpo. El mareo se hace definitivo y yo tengo que encogerme sobre mí misma mientras el líquido amargo en el que se ha convertido la poca cena que he podido probar corre fuera de mi boca.

El cuerpo tiene puestas las ropas de Ciel. Pero no tiene ya el rostro de Ciel. Una mujer adulta me mira desde el suelo con dos ojos azules que se han apagado para siempre.

La misma mujer que durante mucho tiempo mantuvo a Celeste de Anderia bien vigilada. La misma de la que pensábamos que nos habíamos librado.

Supongo que no. Supongo que, aun cuando pensábamos que estábamos ganando, aun cuando comenzábamos a creer que todo saldría bien, que podíamos *realmente* hacer algo, no hemos sido suficientemente buenos para ello. Ni suficientemente listos. Ni suficientemente precavidos. Ni suficientemente fuertes.

No hemos sido suficiente.

Solo hemos sido marionetas.

Cuando Svent consigue mirarme, con sus ojos llenos de lágrimas, mientras yo todavía me apoyo contra la puerta, sé que no soy la única que está confundida. Recuerdo, de pronto, que ahora él es *mi esposo*, por una unión que no ha sido nuestra de verdad, y vuelvo a sentir ganas de vomitar.

Ambos estamos perdidos, y encontrarnos a nosotros mismos va a ser lo más complicado que hemos hecho jamás.

i reina?

Aparto la vista de la ventana, tras la que Lothaire duerme bajo un manto de oscuridad, y me vuelvo. Lyra está en la puerta, bajo el dintel, con una mano apoyada en el marco, como si necesitase ayuda para sostenerse. Es un gesto frágil, como su apariencia, aunque sé que

bajo esa fachada se oculta una voluntad férrea y al menos tan leal hacia mí como la de su madre.

—Pasa, querida.

La muchacha cierra la puerta a su espalda y avanza por el cuarto. Creo que cuenta los pasos bajo su respiración, pero no titubea. Conoce los pasillos y las habitaciones del castillo mejor que nadie y, aunque hubo un tiempo en el que necesitó ayuda para moverse por ellos, ahora no es así. El servicio se encarga de que nada esté fuera de su sitio y eso es suficiente para que su sentido de la orientación no falle. Eso, por supuesto, cuando baja de su torre.

Lyra se detiene a una distancia prudencial y extiende la mano, casi con cautela, y yo me apresuro a tomar sus dedos entre los míos. Sé, de pronto, que estoy desnuda ante ella, ante su poder, con la mente abierta y lista para que todos mis secretos queden al descubierto, pero no me importa. En lugar de molestarme, me siento con tranquilidad. Ella se arrodilla, percibiendo todo lo que nos rodea a través de mis ojos. Es una sensación extraña, pero no por ello desagradable. Dejo una mano sobre su cabeza y ella apoya la mejilla contra la falda de mi vestido. Soy consciente de que soy poco menos que una madre para ella, sobre todo porque Eveque siempre está tan lejos. Ella es poco menos que una hija para mí. Quizás incluso más de lo que lo fue Coral. A veces, en el pasado, deseé que la relación entre ella y Seaben floreciera, incluso si la princesa de Veridian estaba destinada a ser su esposa y unir ambas coronas.

—¿Os volveréis a marchar? —pregunta, con suavidad. Casi con temor. Soy consciente de que pasa el mayor de su tiempo sola en un castillo enorme y casi deshabitado. Sé que echa de menos la vida como era antes. Quizá incluso su infancia, junto a su hermano, a Seaben, a Coral. Esa vida debía de parecerle mucho más sencilla. Mucho más alegre.

La pregunta la respondo sin hablar. Trazos de los bosques que rodean la frontera con Anderia están en mi mente. El castillo, que nunca he visto en persona, pero que Eveque se ha encargado de hacerme ver abriendo su mente para mí.

Lyra lo comprende al instante.

—Firmaréis la paz.

—Para poder ganar la verdadera guerra.

La dama se muerde el labio, titubeando.

—No habéis visto al muchacho en mucho tiempo.

Con «el muchacho» sé perfectamente a quién se refiere. Aquí no nos referimos a él como mi verdadero heredero, igual que jamás hemos dejado de pensar en Seaben como el príncipe de Lothaire. Ese

chico, al fin y al cabo, vino al mundo con una sola misión, que fue la de servir a mis propósitos. Y lo está haciendo, incluso sin saberlo.

—Ni es mi intención volver a verlo, si todo sale como espero, Lyra. No te preocupes por eso.

—¿Y Seaben?

No respondo. Mi mente se centra, de hecho, en la última vez que lo vi, en la noche de Veridian, junto a la princesa de Nryan y el trovador. Me duele que ese haya sido el camino que ha decidido tomar.

—Quizá lo recuperemos. Con el tiempo.

Aparto mi mano. De eso no estoy tan segura, pero no quiero que ella lo vea. No quiero, de hecho, que me recuerde la mentira que sale de mis labios. Que estoy convencida, en realidad, de que no entrará en razón, a pesar de que no desearía otra cosa.

La próxima vez que nos veamos, él no tendrá piedad y yo no tendré más remedio que aceptar su enfrentamiento, si lo que quiere es luchar.

Y eso es algo que hace mucho que no entraba en mis planes…

Nos quedamos en silencio. Lyra parece rendirse a no hacerme más preguntas. Yo tardo más de lo esperado en reaccionar:

—Te quedarás al cargo un poco más, mientras yo voy a Anderia —termino por decir—. Pero no tardaré mucho: el chico está bajo la influencia de Eveque y se rendirá sin oponer resistencia. Probablemente, llegados a este punto, claudicará sean cuales sean mis peticiones.

Lyra asiente y yo me levanto. Estoy a punto de tenderle la mano para ayudarla cuando ocurre. El más punzante de los pinchazos. Como si algo me traspasase la cabeza. Como si el fuego de la chimenea se hubiera apagado en la estancia y, de pronto, el frío y la oscuridad se hubiesen hecho. El golpe es tan inesperado que pierdo el equilibrio y caigo sentada, falta de aliento. Mis dedos se crispan alrededor de los reposabrazos de la silla.

¿Qué ha sido eso? Nunca lo había sentido. Nunca me había pasado nada ni vagamente similar.

—¿Majestad?

Lyra alza los dedos con la intención de tocarme, pero yo me aparto con brusquedad para evitarlo. Me levanto, esta vez sin caer de nuevo, y me alejo de ella. El corazón me ha empezado a latir con una fuerza abrumadora y el suelo parece bailar bajo mis pies. Mi respiración se vuelve superficial.

—Mi reina, ¿qué…?

No escucho ni una sola palabra más. La puerta se cierra tras de mí y se hace un silencio sepulcral. El corredor está helado y oscuro,

completamente desierto excepto por las sombras, que me rodean. Las siento como un abrazo. Así fue entonces, hace muchos años, cuando todos me abandonaron. Cuando mi madre saltó de la torre y mi padre se fue y ya nunca volvió. Cuando me quedé sola, demasiado joven, demasiado triste. Eveque fue la única que se quedó a mi lado. La única que me abrazó. La única que me dio la mano cuando tuve miedo.

Y de pronto, lo sé. No sé cómo. No sé por qué. Mis ojos se centran en el oscuro pasillo, casi esperando una señal de que me equivoco. Esperando verla aparecer, caminando hacia mí, blanca y sonriente como antaño, con sus vestidos vaporosos y sus alas a la espalda. Convertida de nuevo en la muchacha a la que se lo confiaba todo, quizá. Convertida en la única amante y amiga a la que realmente he amado.

Pero no va a aparecer.

Mi mente ha intentado avisarme de que la vida de Eveque se ha apagado.

Con las lágrimas en las mejillas, el resto de mi ser lo entiende también.

e pesa el cuerpo, cada músculo, y no puedo moverme. Los párpados mismos son dos losas que se niegan a abrirse. Siento la boca pastosa, seca, y un dolor punzante en la nuca. Me froto los ojos, intentando deshacerme de las legañas y el picor en ellos, como si hubiera pasado la noche en vela leyendo. Solo que no lo he hecho. Sé que he dormido porque la

luz se cuela por el hueco que hay entre las pesadas cortinas, pero no recuerdo haberme tumbado ni haber decidido descansar. No creí, en realidad, que pudiera haber algo así para mí.

No estoy seguro de haberlo hecho, o el cuerpo no me dolería como lo hace.

Intento incorporarme. La habitación está sumida en la penumbra y en un silencio sepulcral que me reconforta. Mi cabeza también está callada, libre de la voz, del control. Y, al mismo tiempo, ¿lo estará alguna vez? ¿Cómo sé que soy yo? Supongo que por la sensación liviana en mis pensamientos. Una garantía demasiado débil, después de todo lo ocurrido. Quizá nunca vuelva a ser *yo*. Quizá esa mujer siga ahí, en algún lugar, incluso si su cuerpo ha muerto. Tal vez perdure en mi memoria, como lo hace la sangre en mis manos…

Me miro los dedos. Parecen limpios, del color de siempre, pero no puedo evitar pensar que están sucias. De hecho, me levanto y me tambaleo hasta la jofaina que hay en una esquina, resintiéndome a cada uno de mis pasos. El agua está tibia, aunque debieron dejarla aquí cuando todavía estaba hirviendo y yo dormía, ajeno a todo. Era mucho mejor así. Me froto los dedos, pero en el agua no aparecen más que restos de jabón y burbujas, no sangre. Ha debido de penetrar hondo, entonces. Hasta los huesos.

Ya nunca estaré limpio.

Hay un leve chapoteo y el ahogado golpe del oro contra la porcelana. Cuando la superficie del agua se queda quieta, veo el anillo en el fondo de la palangana, mirándome como un ojo redondo. Incriminador.

Doy un paso atrás. No voy a permitir que esos pensamientos lleguen a mí. Los bloqueo, no sé exactamente cómo, y me alejo un poco más del lavamanos, sin recoger la joya. Los dedos me gotean sobre la alfombra, pero no soy consciente de ello hasta que me cae agua sobre el pie y decido secarme en mi camisa de dormir, con la piel todavía pegajosa del jabón.

La puerta se abre con un chasquido quedo que, en el silencio del cuarto, casi parece una bofetada a mis oídos. Me giro, alerta, pero solo me encuentro a Itsvan, con los ojos muy abiertos, sorprendido de verme despierto y, probablemente, en pie.

Me gustaría poder devolverle la sonrisa que me dedica.

—¿Cómo estás? ¿Quieres algo?

Niego con la cabeza. Creo que he empezado a temblar, así que cruzo los brazos sobre el pecho, para que él no lo note. Es un intento ridículo, sobre todo teniendo en cuenta todo por lo que hemos pasado. No es como si Itsvan fuera un desconocido. No es como si tuviera que

ponerme a la defensiva con él o incluso apartarme, pero lo cierto es que en este momento no puedo pensar en otra cosa.

—Sé que ayer no querías hablar. —La voz de Itsvan es suave. Precavida. No sabe cómo voy a reaccionar. Puede que yo tampoco—. Y sé que está todo muy reciente y para ti es difícil. Pero… necesito saber que estás bien. Necesito saber…

No digo nada, al principio. Me dejo caer sentado en el borde de la cama y miro el dobladillo de mi camisa de dormir. Hace unas lunas nunca habría llevado algo tan suave y ligero para meterme en cama. La vida era mucho más simple entonces. Parecía que valía más la pena. Puede que no tuviera un objetivo definido, algo grande que hacer, pero tampoco era necesario. El día a día era suficiente desafío. Estaba *cómodo* en aquella vida.

Ahora solo deseo volver a ella. Huir de aquí, de todo, de todos, y no echar nunca la vista atrás. Pero…

—Claro que no estoy bien. —Un nudo en la garganta—. No sabes lo que es, Itsvan. No sabes… lo que supone no saber dónde empiezas tú y dónde los pensamientos que otra persona ha puesto ahí. —¿Debería estar diciéndole esto? No lo va a entender. Pero no puedo dejar de hablar. No ahora, que he empezado—. ¡Me pidió que te matara! —Doy otro paso atrás—. Y una parte de mi mente, por alguna razón, creía que era lógico. Creía que…

—Está bien. —Su susurro viene acompañado de un paso tentativo, pero yo niego firmemente con la cabeza y él entiende que no puedo consentir que se acerque. No quiero a nadie alrededor. No quiero a nadie a mi lado, para poder hacerle daño. Así todos estaremos a salvo. Así, si mi cabeza vuelve a no ser mía, todo irá como debe—. Svent, reaccionaste. Me salvaste.

A costa de que el cuchillo podría haberse hundido en *su* carne. Creo que no es consciente de todo el daño que podría haberle hecho. De que el cuerpo tirado en el suelo de la biblioteca, con la sangre filtrándose en la piedra, podría haber sido el suyo y no el de esa mujer. Podría haber sido el de cualquiera: el de Fay, el de Naim, el de Ciel mismo. Fue el de Algar, de mi mano, con el mismo cuchillo, en su propia habitación.

Soy un *asesino*.

La certeza, con esas palabras, es demoledora. Aunque fuera contra mi voluntad, la mano que sujetaba el puñal era mía. Y había un resto de mis pensamientos en ese momento, ¿verdad? Esa mujer, Eveque, no era todo lo que había en mi cabeza. Tengo consciencia de haber sido yo mismo, al menos en parte. ¿Puede un feérico manipularte para ser una persona completamente contraria a lo que eres? Si la respuesta es

no, ¿significa eso que había dentro de mí una predisposición a que yo matara a Algar?

Me estremezco al pensarlo. No *quiero* pensarlo. Al fin y al cabo, también hizo que me casara con Fay. Me hizo alejarme de todos.

Me tenía completamente controlado.

¿Tan débil soy?

—Lo siento, Itsvan. Déjame solo.

—Svent, escucha…

—Márchate, *por favor*.

Las palabras parecen golpearlo. Veo el dolor en sus ojos y recuerdo unas palabras parecidas, salidas de mis labios con rabia. Sin embargo, ni siquiera puedo asegurar que fuera un intento de salvarle de lo que se avecinaba. Podría haber sido simplemente una forma de salvarme a mí, inconscientemente. De evitar el trauma. Al fin y al cabo, no estaba seguro de poder luchar contra ello.

Aprieto los labios y le doy la espalda a la puerta.

Itsvan se va sin despedirse.

*Querida Fay*:

*Soy consciente de todo el año que te he hecho. De todo el daño que nos ha hecho, a los dos, esta situación. Quizá por eso no me he sentido con fuerzas para ir a tu cuarto. Para despedirme en persona. Puedes llamarme cobarde si quieres. Estoy seguro de que lo soy. Siempre lo he sido, desde que decidí quedarme solo con Itsvan y Naim en el orfanato, cuando los demás se marcharon. Estaba cómodo en mi posición. Era un espacio seguro, algo a lo que aferrarme incluso cuando el resto del mundo estaba decidido a cambiar*.

*A lo mejor el mundo ha cambiado demasiado. Supongo que ya no soy la misma persona que te encontró perdida en la nieve. Supongo que tú, a tu vez, no eres la misma muchacha que se despertó de su convalecencia con miedo de los humanos. Y lo siento. Siento que te vieras involucrada en esto, porque no lo merecías. Siento que hayas acabado con ese anillo en tu mano, porque sé que nunca lo deseaste. Aquí te dejo el mío: destrúyelo o tíralo, si lo deseas, o guárdalo. Es todo tuyo, como tuya es la decisión. Nunca debió ser de otra manera*.

*No hay mucho más que pueda decirte. No ahora, al menos. Ya no sé quién soy, aunque espero que tú no tengas tantos problemas en reencontrarte contigo misma. Márchate,*

*vuelve con tu hermano y tus padres. Escapa del horror que hay entre estas paredes, de los recuerdos amargos. Quizá el príncipe Ailbhe tenía razón y este no es lugar para ti. Desde luego, no lo es para mí.*

*Perdóname. O no lo hagas, si crees que no me lo merezco. Ódiame, si así es más fácil, pero tengo que irme. Si no lo hice antes fue por ti, pero ahora sé que hay demasiadas posibilidades de que te siga haciendo daño si me quedo. No te he merecido nunca. No he estado a la altura.*

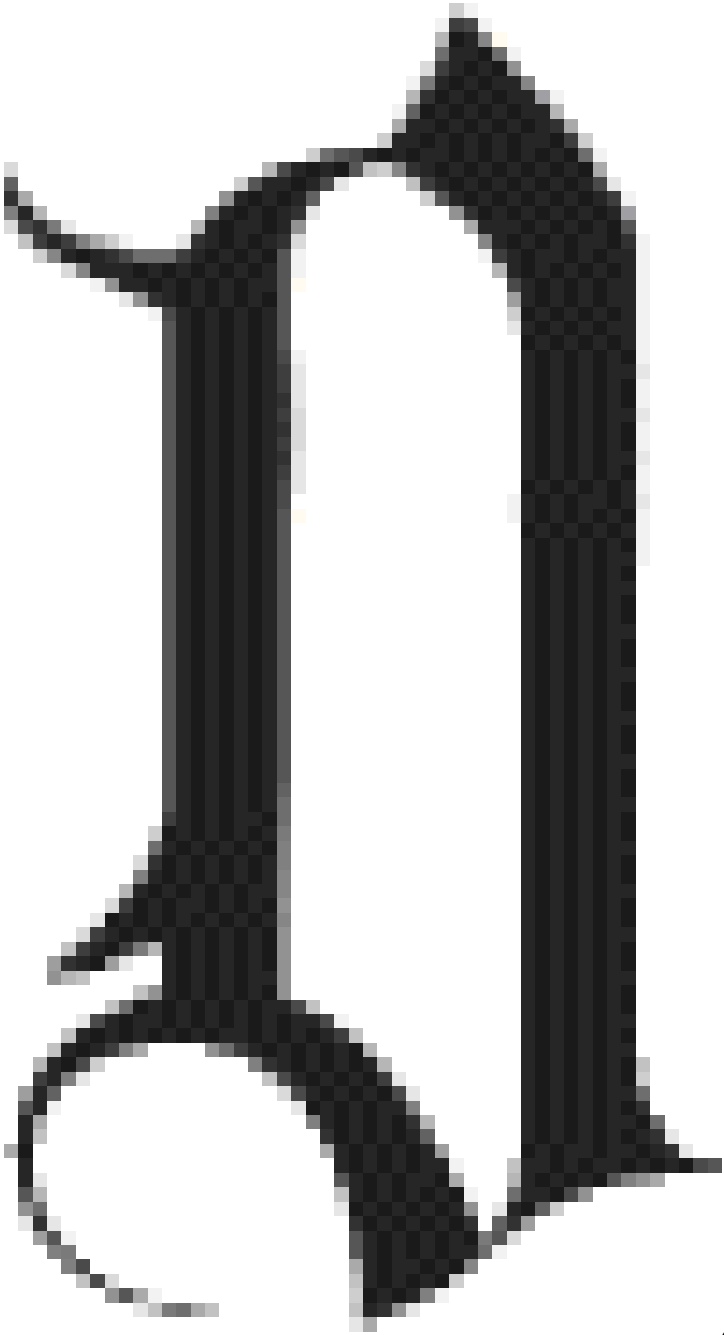
*Lo siento,*

*Svent*

Observo en silencio la breve carta y la doblo. No me molesto en lacrarla, pero escribo su nombre por fuera y dejo sobre ella la alianza de oro. He dejado también una carta para Itsvan y Naim. Les he pedido que se queden aquí. Que la cuiden. Que hagan todo aquello que yo no he sabido hacer. Que se encarguen de que vuelva a casa, de que esté a salvo, de que todo esto se quede, en su cabeza, solamente como un mal sueño.

En medio de la noche, como un ladrón, me despido del castillo de Anderia y me marcho.

Fay



e alguna manera es como si no fuera yo quien lee la carta. Aunque Itsvan la deja entre mis dedos y son mis ojos los que repasan las letras elegantes y estiradas, de alguien más que acostumbrado a la pluma, siento la acción como ajena. El dolor que dejan tras de sí es propio, pero, por lo demás, la sensación es como de habitar otro cuerpo. Como si alguien

volviera a coger las riendas de mi cabeza y me guiara, en vez de tener que actuar yo misma.

Solo leo la carta una vez. Pero no sé cuánto tiempo me quedo con el papel en la mano, mirando la firma. Mi mirada permanece demasiados segundos en el nombre de Svent, como si de todas las palabras esa fuera la más importante.

—Fay, tenemos que ir a buscarlo.

Levanto la vista. Itsvan y Naim están inquietos, nerviosos y tristes. Puedo entenderlos, por supuesto. Esperan algo de mí. Una reacción, pero no creo que vayan a encontrar la que esperan. Ni siquiera sé *qué* esperan. Supongo que la desesperación que ellos sienten. Supongo que las mismas ganas de echarme a llorar que hacen brillar los ojos de Naim. O la rabia que contiene Itsvan. No sé qué les ha dicho Svent a ellos en la carta que les ha dejado, separada de la mía, pero sé que Itsvan especialmente debe considerar un absurdo que los haya dejado atrás.

Lo es. Es un absurdo. Svent ha querido alejarse de todo el mundo, pero no podemos consentir que eso pase. Ahora más que nunca necesita a su familia.

Y yo nunca debí formar parte de ella.

—Id.

Itsvan tiene un segundo de confusión. Su rostro, al menos, se transforma, y sus ojos se entrecierran. Naim, a su lado, coge aire y le aprieta el brazo.

—No, no me has entendido. *Tenemos*. Todos. Tú también. Coge tus cosas, saldremos sin que nos vean, seguro que…

—No.

Es una palabra sencilla. Demasiado, quizá, para todo lo que puede encerrar a veces.

—¿Qué piensas hacer? ¿Te marchas? ¿Tú también vas a elegir huir, Fay? Se supone que éramos una familia, somos…

—No estoy huyendo, Itsvan —susurro—. Yo me quedo aquí.

Tanto él como Naim enmudecen de asombro. Ni siquiera puedo sentir satisfacción por ello. No tengo fuerzas, tampoco, para sonreír y decirles que no se preocupen por mí. Naim, con angustia, da un paso hacia delante, hacia mí, pero yo levanto la mano y le enseño la palma para que se quede donde está.

—¿De qué estás hablando…?

—Vosotros nunca debisteis veros implicados en nada de esto —murmuro—. Si yo no hubiera aparecido jamás, vosotros ahora seguiríais en el monasterio, sin problemas, preocupándoos solo de vuestras vidas como debía haber sido siempre.

—¡Eso es absurdo! ¡No puedes saber lo que habría pasado! ¡Y no tienes la culpa! La única culpable…

—Da igual quién sea la culpable —corto a Itsvan, que tiene los ojos muy abiertos y parece incrédulo. Mis pasos se alejan también de él. Mis manos dejan la carta de Svent sobre la mesa con la máxima delicadeza. Justo al lado de su alianza, de la que no me atrevo a deshacerme—. Tienes razón, no puedo saber lo que habría pasado. Pero sé que Svent accedió a ser el príncipe —falso o verdadero, qué más da ya eso— de este reino porque Ciel me delató y consideró que era la única manera de protegerme. Sé que fui yo quien le convenció de que podríamos hacer algo. Ser de ayuda. Ser útiles.

—Querías mejorar las cosas, Fay, no es justo que ahora tú te…

—Sí —accedo. Me giro, para volver a mirar a mis amigos. Trato de sonreír. No sé cómo de bien o mal me sale—. Sí, quería mejorar las cosas. Pero solo ha habido daño. Y consecuencias. Y no voy a huir de esas consecuencias, Itsvan. No más. No quiero eso. Y Svent, de todos modos, no quiere verme.

Él parece incrédulo.

—Pero ¿estás loca? ¡Cualquier idiota vería que Svent te…!

—No lo digas, por favor.

Calla de golpe. Es como si se diera cuenta de que eso no es algo que le corresponda a él decir. O como si se diera cuenta de que eso es lo último que me falta para romperme del todo. No quiero esas palabras. No quiero saber qué sentía Svent por mí, ni recordar lo que yo siento por él. Si lo hago, todo dolerá todavía más. Si lo hago, recordaré también que todo eso está roto. Que alguien se ha metido de por medio, ha usado nuestros sentimientos y ha convertido nuestra relación en algo que ya no es nuestro. De los últimos días, ¿eran nuestros besos nuestros, siquiera? Si no hay consciencia de lo que haces, si alguien te presiona para ello, ¿cómo puedes decir que tus actos son tuyos?

Al menos nunca nos dijimos que nos queríamos. Eveque no nos pudo obligar a eso. Quizá consideró que no hacía falta, que era obvio, que con saberlo nosotros y actuar exprimiendo esos sentimientos sería suficiente. Al menos nos permitió guardarnos eso para cuando *nosotros*, y nadie más, quisiéramos hacerlo.

Es lo único que nos habría dejado. Si Itsvan no hubiera ido tras Svent, si hubiera esperado una noche más, habríamos compartido cama en una noche de bodas. Y aquello tampoco habría sido nuestro.

Intento no pensarlo. Entiendo a Svent. Entiendo por qué se ha alejado. No lo culpo.

—Ahora mismo yo a Svent solo le recordaría todo lo que ha

ocurrido. No vamos a saber cómo mirarnos a la cara, Itsvan, y no necesita eso. Necesita estar lejos, pero mientras que él cree que es *lejos de todos*, yo sé que vosotros le haréis bien. Yo no puedo ayudarlo ahora. No sé cómo. Ni creo que pueda.

Trato desesperadamente de que mis palabras suenen serenas. Tranquilas. A la racionalidad que me lleva a ellas. Pero por mucho que lo intento, no consigo quitarles la tristeza que me provocan.

—¿Y qué piensas hacer? —me rebate el chico. Se suelta de Naim, solo para venir hasta mí y cogerme de los hombros—. Fay, lo que os han hecho es horrible, pero tenéis que enfrentarlo. *Enfrentaros*. Podéis superar esto.

—Quizá —le concedo—. Pero llevará tiempo y él necesita estar lejos de este lugar. Y alguien tiene que quedarse en el castillo.

—¡Este no es tu sitio, no tienes que…!

—Ahora es mi sitio, Itsvan. Soy Fay de Veridian, sí. Pero ahora, también, soy Fay de Anderia.

La corona que me pusieron en la ceremonia está justo encima de la mesa. Al lado, también, de la alianza. Ambos la miramos. Naim se acerca rápidamente a ella y, en un gesto de rabia que nunca le había visto, la toma. Se acerca a la ventana, pero yo adivino antes lo que va a hacer y me separo de Itsvan para agarrarlo e impedirlo. Justo cuando Naim alza el brazo para lanzar la joya lejos de aquí, lejos de nosotros, lejos de mí, yo lo sujeto y lo evito. Él me mira con ojos suplicantes. *No te hagas esto*.

Trato de sonreír de nuevo. Mis manos atrapan la corona con cuidado, quitándosela de las manos con delicadeza.

—Mi reino anunció que apoyaba este matrimonio. Veridian está implicado. No puedo desaparecer. No otra vez. No cometeré los mismos errores de nuevo. Además, mi prima cuenta conmigo. Desde aquí podré ser de ayuda.

—Fay, esto es absurdo, no puedes…

—Puedo —susurro—. Y *debo*. Anderia acaba de ganar un rey y una reina y la esperanza que eso les otorga. Cuando me quedé aquí lo hice porque la postura de mi hermano me pareció egoísta: porque, pudiendo ayudar a Anderia, elegía no hacerlo. Anderia no puede saber que su rey ya no está solo días después de ganarlo. A todos los efectos, todo continuará con normalidad. Yo me encargaré de ello.

—¡Esto no es justo para ti!

—Esto no es justo para nadie.

Itsvan hace una mueca porque sabe que es cierto. Se remueve, inquieto, y yo sé qué le atormenta. Mis manos se alzan hacia su cara, para sostenerla y obligarlo a mirarme.

—Buscad a Svent. Sabes dónde lo encontraréis. Solo puede haber ido a un sitio, ¿verdad? Quedaos con él, el tiempo que haga falta. Os diga lo que os diga, no le dejéis solo. No merece estar solo. No podrá perdonarse jamás si se queda solo.

—Nos dijo que nos quedáramos contigo…

—Y yo os digo que no lo hagáis. No podéis hacernos caso a los dos, ¿verdad?

—Fay…

Me separo de él. Tengo que parpadear un par de veces, tengo que alzar la barbilla.

—Si no aceptáis peticiones, aceptaréis órdenes, Itsvan. Ahora estoy en posición de darlas.

Una vez más, consigo sorprender a Itsvan. Su expresión es de desconcierto al principio y de frustración después. Hay un gran silencio mientras nos miramos y él comprueba que, no importa lo que diga, no me voy a mover de aquí. Todavía puedo hacer algo con esta situación. Todavía puedo ponerme en contacto con Ailbhe y saber *de verdad* cómo ha ocurrido todo en Veridian para que mis padres terminasen favoreciendo un matrimonio entre el príncipe de Anderia y su hija.

Svent y yo tenemos que tomar caminos diferentes. Yo tuve mi momento de huir. Este es el suyo.

Al final, el muchacho se adelanta hacia mí. Me sorprende cuando sus brazos me rodean. Me entran ganas de llorar, pero me obligo a contenerlas. No puedo derrumbarme ahora. No quiero que sea eso lo que vean Itsvan y Naim antes de dejarme. Los conozco: verán la fisura, se colarán por ella, y se sentirán culpables por abandonarme o no se rendirán hasta que me vaya con ellos.

—Eres la mujer más valiente que he conocido nunca, princesa.

Tengo que apretar los párpados. Tengo que esconder la cara contra su hombro.

—Cuida de él.

—Cuida de ti.

Asiento. Itsvan se separa de mí con ojos tristes, acariciando mi rostro. Ni siquiera él puede encontrar una broma para este momento.

Un pisotón en el suelo nos hace dar un respingo a ambos.

Naim nos mira, con los ojos rojos de lágrimas contenidas y una expresión de rabia que yo, al menos, nunca le había visto. Sus puños están cerrados; su mandíbula, apretada.

—Naim… —comienzo.

Él, sin embargo, me interrumpe sacudiendo la cabeza. Se acerca a mí y toma mi brazo. No es a mí a quien mira, sin embargo, sino a

Itsvan. Una lágrima se descuelga de sus pestañas.

Itsvan lo observa con los labios entreabiertos. Se entienden sin necesidad de señas. Al final, los labios del mayor de ambos se curvan en una sonrisa agridulce. Sus dedos, tiernos, revuelven los cabellos del pequeño.

—Se queda contigo —me informa.

—No, Naim, escucha…

—Así —me corta Itsvan— los dos obedeceremos a uno de vosotros.

Naim sorbe por la nariz. Se me rompe el corazón al verlo, al oírlo, pero su cabeza no se inclina en ningún momento. Sus manos, de hecho, no dejan de rodear mi brazo, incluso cuando mira a Itsvan con ojos brillantes, sin poder detener las lágrimas que se le desbordan. No imagino lo complicado que tiene que ser para él. Naim lleva toda su vida con Svent e Itsvan. Desde que era apenas un bebé. Pero no quiere dejarme sola, pese a eso.

Yo también tengo que contener las ganas de llorar. Quiero protestar, pero al mismo tiempo me siento tan agradecida que no puedo hacerlo. Y de todos modos, siento que no podría convencerlo de nada. Naim, tan inocente todo el tiempo, tan silencioso y cándido, puede tener la firmeza de un soldado en primera línea de batalla.

Me obligo a apartar la vista del abrazo que comparten mis acompañantes. No me siento digna. No siento que sea justo que se separen por mí.

Al final, hasta Itsvan tiene que parpadear cuando se aparta.

—Volveremos a vernos. Pronto, estoy seguro.

Yo no lo estoy tanto, pero tengo que sonreír para que no piense lo contrario. Para no arrebatarle sus esperanzas de que Svent solo necesita unos días, que estará bien rápido, que todo se va a arreglar.

Tras una última mirada, nos da la espalda para acercarse a la puerta.

—Itsvan.

Mi amigo se gira con la mano en el pomo. Creo que todavía le queda un resquicio de fe en que entraré en lo que a él le parece razón y lo acompañaré.

—Dile que no lo culpo de nada.

Itsvan aprieta los labios. De nuevo, su mirada es triste. Pero asiente. Me concede al menos eso.

Como Svent, Itsvan se marcha del castillo de Anderia.

—¿Estáis segura de esto?

Tomo aire. Chryses al menos será un buen aliado en este lugar. Lo

voy a necesitar, cuando la gente comience a hablar. No soy tan ilusa como para pensar que no habrá rumores acerca de un rey que nunca se deja ver. Puede haber gente que termine descubriendo que ya no hay ningún humano con corona en este lugar. Puede que entonces se piense, también, que yo he tenido algo que ver en su desaparición. Qué conveniente, una elfa subiendo al trono y el verdadero rey sin dar señales de vida.

A esas conclusiones no debe llegar nadie. Debemos andar con cuidado. No habrá audiencias. A todos los efectos, el rey ha decidido adoptar una postura resguardada en su biblioteca, donde solo acepta a su esposa y a sus consejeros más fieles. Al fin y al cabo, es Svent el Escriba, y en los libros encuentra la sabiduría necesaria para guiar a su pueblo. No necesita nada más.

El cuento adecuado siempre puede sostener las ideas adecuadas. Espero que lo haga por el tiempo suficiente.

Observo el trono ante mí. El de la reina, que ha estado desocupado durante muchísimos años. Aldhara apenas pudo sentarse en él. La madre de Celeste no duró mucho tiempo más. Celeste nunca lo ha ocupado.

Cuando tomo asiento, Chryses me está mirando, con la expresión seria y contenida como de costumbre. No sé qué piensa. Quiero creer que me apoya. Que sabe que esta es la única manera de evitar más caos para todo el mundo.

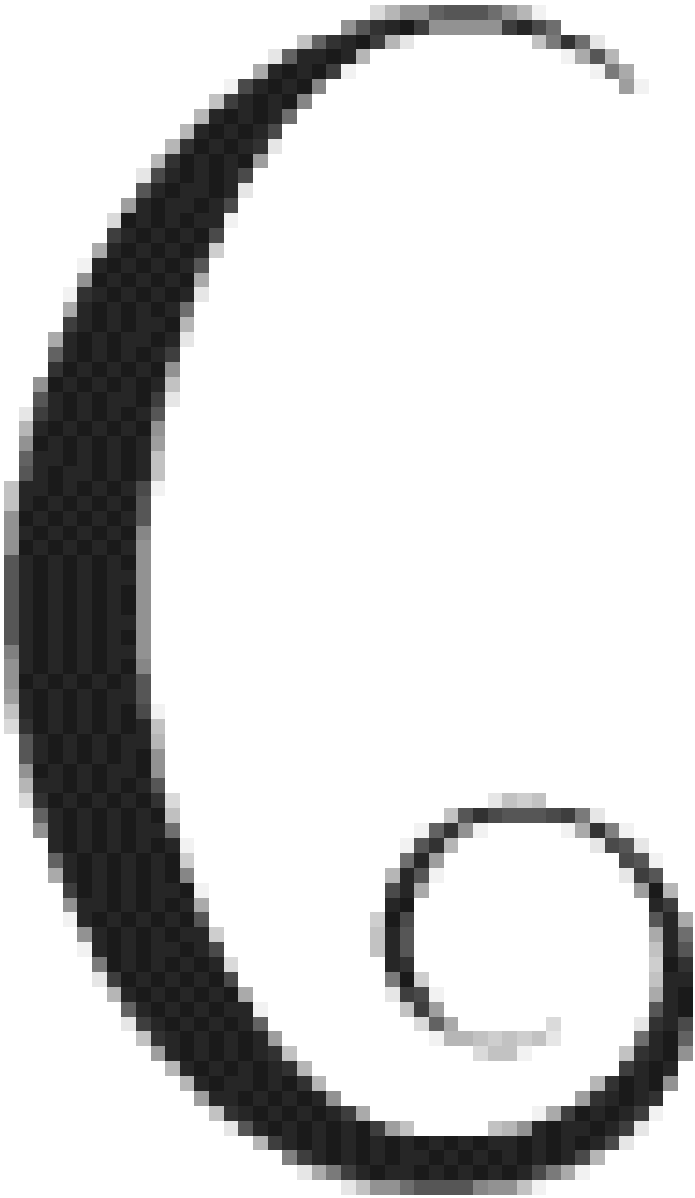
Su pregunta todavía está en mi cabeza. Se repite como un eco.

¿Estoy segura?

—Más me vale estarlo, Chryses —declaro, al final—. Las reinas no dudan.

# Nryan

Seaben



omo siempre, lo que pone más obstáculos para que nos movamos libremente de un lugar a otro son mis ojos, así que Drake decide usar un poco de su magia y volvérmelos castaños, de tal modo que nadie que no me haya visto nunca pueda reconocerme. Es el trovador también el que nos consigue un pasaje en un barco que atracará en las costas de Nryan, utilizando, a medias, su encanto y su poder como embajador de la reina de Astrea. El pago por un camarote estrecho y poco adecuado para una travesía de varios días sale de su bolsa, así que decidimos no quejarnos, incluso si en el destartalado camastro solo hay sitio para

uno y el capitán nos advierte que no debemos salir a cubierta a molestar.

Durante dos días, obedecemos. A veces hablamos, pero la mayor parte del tiempo nos quedamos en silencio o escuchando las notas erráticas que Drake arranca de su laúd. Por supuesto, también compartimos nuestros pensamientos. Eirene y yo hablamos sin palabras y ella me confiesa así sus miedos y sus esperanzas, su nerviosismo y sus deseos de volver a casa. Ha estado tanto tiempo sin pisar Nryan que no sabe qué esperar. No sabe cómo la recibirán y, desde luego, no sabe cuál será la reacción de su padre: ¿Sabrá Ibran la verdad? ¿Mab le habrá avisado de que Eirene vive? Si es así, ¿nos esperará Ibran con la intención de apresar a su hija y devolverme a mí a las manos de Mab? Pero yo no le pertenezco. Ahora que sé la verdad, jamás volvería con ella.

Eirene, sentada a mi lado, lee las preguntas que se apelotonan en mi cabeza y se inclina para besar mi hombro por encima de la ropa, en un gesto tierno. Yo le paso el brazo alrededor de la cintura.

—Es mejor dejar las hipótesis. Podría pasar cualquier cosa —susurra.

Suspiro y asiento. Estamos solos en el cuarto: Drake ha exclamado que se muere del aburrimiento y, tras colgarse el laúd del brazo, se ha marchado a robar comida a la cocina. Nos ha prometido algo de pan y pescado, pero solo si no lo atrapan y le hacen pelar vegetales para la cena de toda la tripulación.

En realidad sospecho que se ha marchado para darnos un momento a solas, pero si él no lo dice con esas palabras, yo tampoco le daré las gracias.

—Debería ser yo quien intentase calmarte. Sé que la situación no es fácil para ti. —Alzo la mano, para acariciar sus cabellos. Su pelo se desliza suave entre mis dedos, demasiado corto, y cae como una aureola alrededor de su cabeza—. Sé… Bueno, supongo que lo sé todo, ¿no?

A Eirene le cuesta un poco sonreír. No puedo sentir el nudo en su pecho, pero soy consciente de que está ahí.

—A lo mejor Ailbhe tiene razón. —Entorna los ojos, sin mirarme —. A lo mejor estoy siendo egoísta. ¿Hasta dónde estoy dispuesta a llegar por ver la corona fuera de la cabeza de mi padre? ¿Y si lo está haciendo *bien*?

—Pensé que había hecho cerrar vuestra escuela de magia, por ejemplo. No suena a que eso sea de buen rey. ¿Lo hizo solo porque él nació sin don de ningún tipo? Pues eso suena a pataleta de niño que quiere frustrar los sueños de los demás porque no puede cumplir los

suyos.

Ella baja la vista. La veo titubear y luego alcanzar mi mano. Sus dedos son cálidos entre los míos.

—Quizá lo que más me asusta es que no sé qué esperar. No tengo ni una pista sobre la situación en mi país porque no he mantenido el contacto con nadie. Soy una… extraña, a todos los respectos. Si alguien me espera, lo hará por quién fue mi madre, Seaben.

No sé qué responder a eso. Lo cierto es que sé muy poco sobre la Eirene más joven, la que vivía en Nryan. Durante nuestras conversaciones de los últimos tiempos he sabido algo más de la princesa exiliada que creció junto a sus primos y bajo la mirada exigente de sus tíos. Pero la muchacha que corría por los bosques de su reino y que vivía los últimos días de la vida de su madre es un auténtico misterio para mí. Solo sé lo que me contó hace lo que parecen siglos, frente a un tablero de ajedrez.

—¿No has conservado a ningún amigo? Sé que eras muy pequeña cuando te fuiste, pero al menos ya debías de saber escribir. ¿No tenías a nadie con quien jugar?

Mi esposa suspira.

—Pasaba la mayor parte del tiempo con mi madre y mi madrina. No había muchos niños en palacio. —Duda y se corrige—: Había una niña. Si tuve una amiga, fue ella. Era la hija de una pareja de la guardia de mi madre, pero perdimos el contacto.

—¿Y no fuiste a verla cuando volviste?

Eirene piensa en días solitarios que no lo eran tanto, viviendo sola en casa de su madrina, aprendiendo a cazar y caminando entre casas y árboles sin ninguna identidad en concreto. Creo que los años han hecho que idealice esas lunas entre los suyos, sin ataduras, siendo justo quien quería ser. Pero eso, por supuesto, no me parece bien decírselo. Y ella, si se da cuenta de qué me pasa por la mente, no me lo reprocha.

—Ella me conocía. Y yo no quería ser Eirene por aquel entonces. —Me mira de reojo—. Y aunque fuera de Nryan, además, Astrid tenía… bastante apego por las reglas. Supongo que llegué a pensar que, si me dejaba ver, se lo diría a su madre.

—Algún día tendrás que explicarme ese apego que tienes por la gente que cumple las normas, cuando tú raramente lo haces.

Las comisuras de sus labios se alzan. Su expresión es algo pícara.

—Supongo que ya entonces me atraía la idea de llevar a la gente buena por el mal camino.

No puedo evitar una ligera risa al imaginarme a una pequeña Eirene cometiendo travesuras y arrastrando consigo a todo el mundo a

su alrededor. Como la de ahora, creo que esa princesa, con su rebeldía y su fuerte personalidad, atraería a las personas y los problemas por igual. Me hubiera gustado conocerla. Me gustaría conocer a todas las Eirenes que ha habido y pueda haber en el futuro.

Me inclino hacia ella. La princesa, sin embargo, pone una mano sobre mi pecho para detenerme. Nos quedamos a un suspiro, con los ojos entornados y las respiraciones compartiendo el mismo espacio.

—Tus ojos —me advierte.

El hechizo. Lo había olvidado.

—Drake lo rehará —suspiro. Llevo dos días sin poder besarla—. Si pregunta, le diré que ha sido tu… mala influencia.

Su risa suena en el camarote, fresca y feliz. Genuinamente despreocupada. La echaba de menos. Nos hemos preocupado tanto por todo lo que nos rodea últimamente que nos hemos olvidado de nosotros mismos y, a veces, aunque no lo diga, temo que nos perdamos. Temo que la presión sea demasiada, incluso después de todo lo que hemos pasado, y descubramos una mañana que nos estamos alejando y que nuestras prioridades han cambiado.

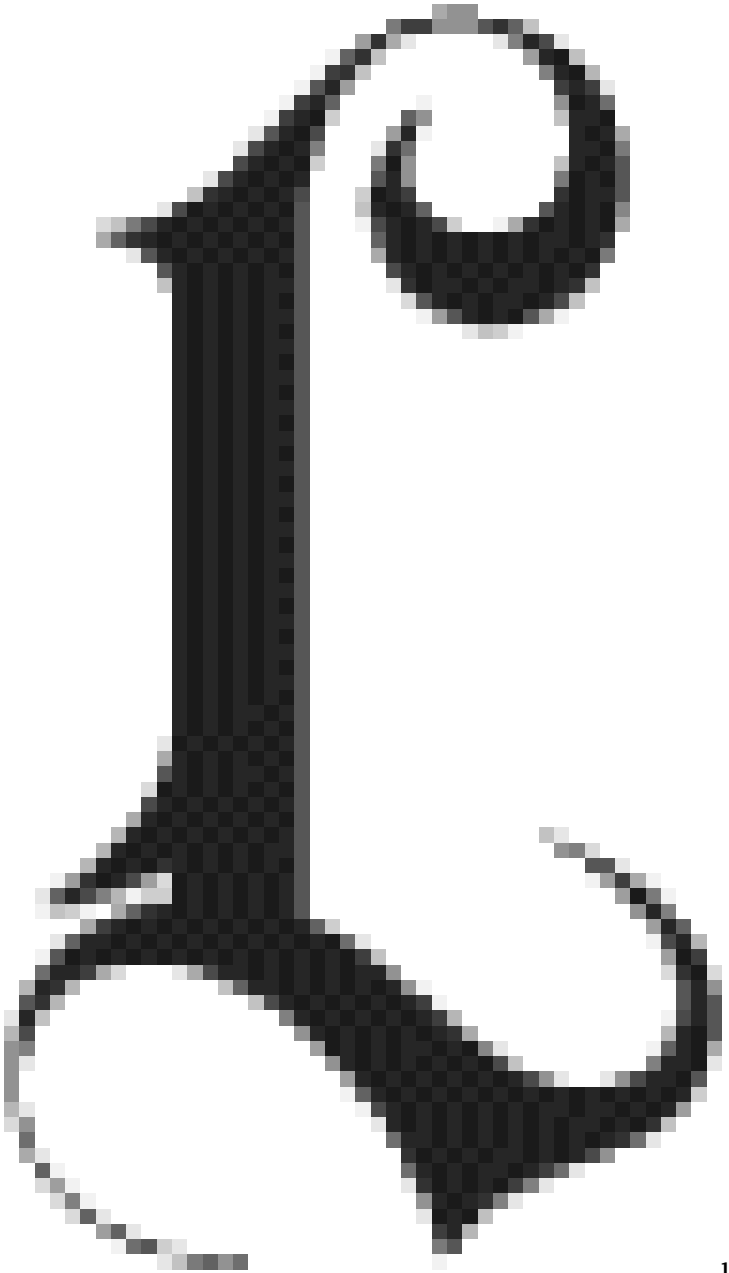
—Te quiero —susurra. Un recordatorio. Una respuesta a mis miedos.

La mano sobre mi pecho se cierra alrededor de mi camisa. Yo sonrío un poco. Cierro los ojos. Sus labios se sienten tiernos y dulces contra los míos. En ellos, sin importar dónde estemos, encuentro mi hogar.

«Te quiero», murmuro en mi mente.

Y aunque no pueda borrar todas sus dudas, aunque no pueda conseguir que todo vaya bien, mis palabras cubren su incertidumbre y dan cobijo a su esperanza.

Eirene



legar a Nryan es poner los pies sobre un sueño. Uno pasado, casi desdibujado, olvidado en algún recoveco de la memoria. El tiempo que pude pasar en Finnië, la región con el puerto más importante de Nryan, no fue demasiado ni cuando era pequeña ni cuando regresé. Apenas tengo recuerdos de este lugar, de hecho. Solo uno, y es difuso. Fue cuando mi madre comenzó a empeorar, poco antes de su muerte. Yo por aquel entonces no quería alejarme demasiado de su cuarto, pero creo que la

reina no quería ver así a su hija, preocupada todo el tiempo por ella. A lo mejor sabía ya lo que le esperaba. Quizá era consciente de lo que estaban haciendo con ella. Supongo que por eso le pidió a mi madrina que me alejara del castillo unos días.

Fue entonces cuando ella me trajo a ver los barcos, y me contó historias de aventureras que se subían a uno para no volver jamás. En sus narraciones hablaba de parajes más allá del mar, más allá de Faesia incluso. Aquella vez me pareció que a ella le habría gustado coger uno de esos barcos. Creo que habría adorado poder cogerme a mí de una mano, a mi madre de la otra, y alejarnos para siempre de Nryan para crear una nueva historia. Una propia, más feliz de la que nos tocaba.

Quizá habría estado bien. Pero aquella vez, al final, tan solo volvimos al castillo, y todo siguió su curso. La siguiente vez que vi este lugar, este puerto, fue cuando mi padre me desterró de mi país bajo excusas aparentemente amables y lógicas.

En aquel momento apenas pude fijarme en nada. Solo podía pensar, una y otra vez, que mi madre acababa de morir. El entierro había sido para mí como un sueño, algo irreal que no parecía haber vivido de verdad. Recuerdo la mano de mi madrina apretando la mía muy fuerte. Creo que ella me obligó a caminar, porque de lo contrario no habría podido dar ni un paso por mí misma. No lo sé, no lo recuerdo, como tampoco recuerdo bien el momento en el que se me dijo que iría a Veridian, ni el camino hacia Finnië. Creí que mi madrina me acompañaría hasta aquí, al menos, pero no apareció por ninguna parte y el viaje lo tuve que hacer sola. Recuerdo ver los árboles pasar mientras mi carruaje avanzaba, sin ser consciente de que tardaría muchísimos años en volver a ver aquellos bosques.

Sin ser consciente, en realidad, de nada.

La mano de Seaben me devuelve a la realidad apretándose entorno a la mía. Creo que tiene miedo de que vuelva a aquel estado en el que mi cuerpo no era mío, sino que solo obedecía y seguía en pie por inercia. Trato de sonreír, apartar su preocupación, pero sé que no engañaría a nadie. El corazón ha empezado a palpitarme con fuerza desde que hemos puesto los pies en suelo nryano y no piensa detenerse. Respirar es algo mucho más complicado. Temo caer en cualquier momento. Las gentes a mi alrededor, que llenan el lugar con un acento que yo hace mucho que perdí, se me antojan demasiado grandes y yo demasiado pequeña en comparación. Los colores son demasiado vivos, los olores demasiado fuertes, y yo siento que todo va a devorarme.

Siento que este lugar podrá conmigo en cuanto dé un paso más.

—Ei, ¿te encuentras bien?

Drake también suena preocupado. Mi aspecto debe de ser terrible. Me obliga a parar, de hecho, y yo no soy capaz de negarme. Siento náuseas. Seaben y él comparten una mirada.

—Deberíamos descansar —sugiere mi esposo, tratando de sonar sereno—. La travesía ha sido complicada y…

No tiene nada que ver con la travesía y él lo sabe. Esto tiene que ver con que soy débil. Con que la idea del regreso no se había hecho real hasta ahora y en el momento en el que ha ocurrido ha traído consigo el pánico. Estoy de vuelta para reclamar un lugar que quizá ya no me pertenece. Nadie me espera. Esta nación no es como Astrea, herida de muerte. Esta nación no es como Lothaire, envuelta en una guerra. No es Anderia, aparentemente sin herederos y necesitada de uno desesperadamente.

En Nryan todo está bien.

Yo traigo el conflicto.

Yo *soy* el conflicto.

¿Con qué derecho?

—Eirene.

Seaben vuelve a apretar mi mano. Soy consciente de que ve en mi cabeza y por eso intento echarlo de ella. Mis dedos huyen de los suyos. Drake dice algo, a su vez, pero yo doy un paso atrás. Tengo que alejarme de ambos. Tengo que alejarme.

—Lo siento.

—Eirene, está bien, no…

—Necesito estar sola.

No les doy tiempo a atraparme. Aunque veo la sorpresa y la inquietud en la expresión de Drake y la preocupación más triste en el rostro de Seaben, no puedo enfrentarlos ahora. No mientras todo me da vueltas. No mientras ni siquiera tengo respuesta a *qué hago aquí*, ni un plan, ni una seguridad más allá de un deseo de venganza.

Por eso me pierdo entre la gente, echando a correr. El puerto está lleno de personas, no solo de mi raza, sino de todas. Gentes de Faesia y probablemente de más allá, como me contaba mi madrina. No parece gente preocupada. No parece gente dolida, ni sufriendo especialmente. Y me doy cuenta de que una parte de mí esperaba, de manera egoísta, encontrar justo eso. Sufrimiento en un pueblo. Así, quizá, podría hacer pasar mis propios deseos por un bien mayor. Por un ansia de heroína de cuento, de libertadora, de alguien que viene a poner fin a una gran injusticia, preocupada por su gente.

Soy una farsa.

Me quedo sin aire. Me mareo. Me fallan las rodillas y caigo.

Unas manos, sin embargo, me atrapan antes de que pueda hacerlo. Unos dedos tiernos agarran mi brazo mientras otro me sostiene la espalda. Ante mí hay una muchacha, una que parece humana, demasiado normal, que me mira con el ceño fruncido.

—¿Te encuentras bien?

Su acento no solo no parece de Nryan, sino que no tiene nada que ver con nada que haya escuchado en Faesia. Su fae suena un poco extraño, con las consonantes muy marcadas y algunas vocales sonando de manera ligeramente diferente a lo que deberían. Pero la entiendo, y por eso trato de asentir. Aunque no sea cierto. Aunque sienta el sudor frío perlándome la frente, corriendo por mi espalda.

La joven titubea y al final opta por no creerme, porque mira hacia atrás. Cuando miro tras su espalda veo que hay otra joven con una caja en brazos que nos mira, con el ceño ligeramente fruncido. Tiene los cabellos largos y claros y unos grandes ojos ambarinos. Tampoco parece de aquí.

—Ve adelantándote, Kay. Diles que volveré enseguida al puesto.

La otra joven me mira intrigada, pero en ningún momento se le ocurre llevarle la contraria a la que parece ser su jefa.

—Estoy bien… —mascullo.

—Bien mareada, desde luego. Necesitas sentarte. ¿Eres de aquí? Pareces un poco perdida para ser una elfa en su reino.

Dudo que sepa hasta qué punto son apropiadas sus palabras. Es cierto. Estoy perdida. Y este es *mi* reino, pero no lo es en realidad. Yo ni siquiera lo quería de vuelta hasta hace no tanto.

Farsante. *Farsante*.

No te importa este lugar más que a Ibran.

No te importa tu reino más que a Mab el suyo.

Estás aquí por *tu venganza*, de la misma manera que Lothaire inició una guerra por la suya, tantos años atrás.

Me encojo sobre mí misma. Las tripas dan su vuelta definitiva y el poco almuerzo que había podido tomar hasta el momento escapa de mi cuerpo tras una arcada que me rasga la garganta. La mujer que me ayuda no me suelta, sin embargo, sino que me mantiene en pie, bien agarrada. El sabor a bilis me marea todavía más, quizá por eso ni siquiera soy consciente de en qué momento me hace moverme y me ayuda a tomar asiento en una caja cercana. Supongo que estamos cerca del mercado que se hace en el puerto, con sus productos provenientes de todos los lugares. O casi todos. Por supuesto, nada debe de llegar aquí proveniente de Anderia…

Una botellita aparece en mi campo de visión. Mi acompañante la pone bajo mi nariz. Huele bien, dulce, sobre todo en comparación con

el desagradable regusto del vómito.

—Ten. Calmará las náuseas.

Le quiero decir que me deje sola, pero, al mismo tiempo, temo desmayarme. Al menos a esta mujer no le tengo que dar explicaciones de nada ni espera nada de mí. No me conoce, y quizá eso hace un poco más sencillo aceptar su ayuda. No creo que viva en Nryan, ni siquiera debe de ser de Faesia, así que ¿cómo va a saber ante quién se encuentra? Puedo ser solo una joven mareada. Puedo ser *nadie*.

Hacía mucho que no sentía esa desesperación absoluta por borrarme el nombre y todo lo que hay detrás. Pensé que había asumido quién era. Qué era. Pensé que había dejado de escapar.

Pero quizá solo sea tan buena farsante que me convencí también a mí misma de esas mentiras. Seaben y Drake están aquí, acompañándome en algo que no tiene sentido. Envié en avanzadilla a Sylvana, Rayne y Hayes, para nada…

—Entonces, no eres de aquí, ¿verdad? —adivina la muchacha, mientras bebo el líquido que me brinda. Siento ganas de reír.

—Sí que lo soy —consigo decir, pero mi voz suena amarga—. Pero me fui hace mucho tiempo y llevaba años sin pisar este suelo.

Ella asiente, como si eso lo explicase todo. Lo que dejo de poción se lo guarda en un zurrón que carga al hombro y del que ha debido de sacarla. Se ha sentado a mi lado.

—¿Y volver ha traído recuerdos complicados, quizá?

—Quizá.

—Yo abandoné el hogar en el que viví durante mucho tiempo hace años. Creo que cuando vuelva también será difícil. Extraño, al menos.

Miro a la muchacha de reojo, fijándome un poco más en ella. Es mayor que yo, aunque no sabría decir cuánto. Quizá cinco o seis años, no más. Para hablar de algo que cree que le será complicado no parece afectada. Su rostro está sereno mientras me pasa un pañuelo que saca también de su bolsa. Supongo que la sudoración no era solo una impresión mía. Me paso la tela por el cuello, donde siento la piel húmeda y helada.

—Si te marchaste hace mucho tiempo quizá no deberías volver, sobre todo si será difícil. Quizá no haya nada para ti allí. ¿Para qué regresar, entonces?

Ella me observa, pensativa. Parece paladear mis palabras.

—Porque me esperan allí.

—Ah, ¿sí? —Sé que sueno mordaz. Sé que esta desconocida no tiene culpa de ninguno de mis miedos, de esta ansiedad—. Si te marchaste hace tanto tiempo, ¿cómo puedes estar segura? Cuando llegues quizás encuentres que ese lugar ha seguido adelante sin ti, y tú

sin él, y quizá no deberías haber regresado jamás. Quizá volver no tenga sentido. Quizá solo te haga daño.

—De modo que eso es lo que te ha pasado a ti —resuelve. No parece molesta de verdad por mi mal tono—. Has vuelto y el paso del tiempo ha sido más grande que todo lo demás.

No es solo el paso del tiempo. Es el paso *de todo*. De los años, sí, pero de las circunstancias también. En este lugar la gente cree que estoy muerta. Las banderas todavía ondean a media asta por la pérdida de su princesa. Se hizo un funeral en mi nombre. Pero la vida en Nryan sigue. Si hubiera muerto de verdad, no habría pasado absolutamente nada. Porque nada debe pasar. Porque no significo nada en este lugar. Porque mi tiempo, si tuve alguno, pasó. Porque no soy necesaria. Porque Ibran ya ocupa bien su puesto. Porque…

—¿Por qué has vuelto?

Miro a la muchacha, con los ojos entornados.

—¿Qué?

—Tu razón para volver. Si te marchaste hace tanto tiempo, ¿por qué has vuelto?

—¿Por qué debería decírtelo?

—Oh, no tienes por qué decírmelo a mí. Ni siquiera sé tu nombre. Pero quizá deberías decírtelo a ti. Si no es un buen motivo puedes dar media vuelta y volver a marcharte. Cuando yo vuelva, lo haré sabiendo mis motivos. Y son buenos motivos: por eso, incluso si el regreso es difícil, sabré también que me merece la pena. ¿Y a ti, te merece la pena estar aquí?

Mi primer impulso es enfadarme. Estoy a punto de espetarle que no tiene ni idea de nada, que no todo es tan sencillo. Pero después me doy cuenta de que lo que hablarían serían mis ganas de lanzar toda esta agonía sobre alguien. Porque, en realidad, tiene razón.

Volver, tratar de recuperar un lugar que ya no siento ni merecido ni mío, ¿vale la pena?

Esa es la única pregunta que importa.

—¡Ei!

—¡Eirene!

Levanto la cabeza de golpe. Seaben y Drake me buscan. La muchacha ladea la cabeza, observándome al ver que respondo a ese nombre.

—¿Eirene? Qué casualidad. Como la princesa.

Me tenso un poco. No creo que ella pueda descubrirme, pero la miro de soslayo.

—No pareces ser de aquí para saber cómo se llama la princesa.

—Soy mercader. Conozco mucho de los reinos en los que hago

negocios. Y sobre esa muchacha hay un montón de historias.

—No es para menos. Su pueblo no sabe nada de ella *de verdad*, así que ante eso solo queda inventar. —Chasqueo la lengua—. Esa muchacha no pisaba esta isla desde que era una niña.

La mercader frunce el ceño hasta que sus cejas casi se tocan. Temo que pueda unir las casualidades en nuestra conversación.

—Ni la pisará. Murió. O eso dicen. En realidad, me parece una pena.

—¿Por qué? Nadie la conocía. Nadie aquí la echará en falta.

—Puede —acepta ella. Me duele más de lo que quiero admitir. Más de lo que quiero mostrar—. Pero, al mismo tiempo, no puedo evitar preguntarme qué habría hecho. En todo el tiempo que llevo visitando Faesia por mis negocios, Nryan ha sido el único lugar que se ha mantenido casi inalterable. Supongo que me intriga saber si su regreso habría cambiado las cosas.

—¿Y por qué lo habría hecho?

La muchacha se queda pensativa.

—Porque no todo el mundo está contento con el rey.

Doy un respingo, levantando la vista hacia la muchacha, que enarca más las cejas al ver mi reacción. Antes de que pueda decirle nada más, sin embargo, me encuentran. Los pensamientos de Seaben llegan hasta los míos antes que cualquier otra cosa, llenos de preocupación. La voz de Drake me alcanza inmediatamente después.

La joven se pone en pie, viendo que se acercan a mí. Antes de que nos alcancen, sin embargo, todavía me mira una última vez.

—Hace poco escuché que en realidad no estaba muerta. Se descubren muchas cosas cuando la gente cree que no la escuchas o no la entiendes. Sería una historia interesante si fuera cierto. Me pregunto qué pasaría entonces.

Tengo la impresión de que lo sabe. De que entiende que está ante la princesa. Aunque no sea de este lugar. Aunque solo comparto un nombre, y no soy la única Eirene que hay en esta isla. Eirene es un nombre relativamente popular en este país.

De todos modos, si conoce la verdad no le importa demasiado más allá de la curiosidad. Con calma, echa a andar, pero se detiene para sacar de nuevo la botellita que me tendió antes y me la lanza. Consigo atraparla pese a la sorpresa.

—Quédatela. Es buena contra los ataques de pánico. Por lo general te cobraría por ella, pero haré una excepción.

No puedo decir nada más. Ni siquiera me da tiempo a darle las gracias, porque la muchacha alza una mano a modo de despedida y se aleja, acomodándose la bolsa al hombro. Seaben y Drake me dan

alcance en ese momento. Al menos no siento la mente de Seaben demasiado cerca de la mía, supongo que me da esa distancia que necesito. Drake se queda mirando a la muchacha que se aleja antes de girarse hacia mí.

—Ei…

Me cuesta un poco volver la vista a ellos. Me siento más tranquila gracias a la poción, pero también un poco amodorrada, como si los sentidos se me hubieran embotado.

—Perdón —susurro.

—No pidas perdón. Esto no es fácil para ti —comprende Seaben—. Es normal estar asustada.

—Pero no tienes nada que temer, estamos aquí. No vamos a dejarte sola con esta situación.

Asiento, apenas. Esta situación… Las preguntas demasiado certeras de la mercader me siguen dando vueltas en la cabeza. ¿Por qué vuelvo? ¿Merece la pena? Es lo único que tengo que contestar. Lo único que debo responderme.

¿Por la venganza?

¿Por la justicia?

Una merece la pena. La otra, no.

¿Por cuál de las dos estoy haciendo esto?

Recuerdo mi encuentro con Ailbhe en Veridian y sus preguntas. Mi conversación con Fay en Anderia, y cómo ella misma quiso hacer algo. Recuerdo, en realidad, todo lo que he visto hasta ahora, todo lo que sé. Reconozco la ira dentro de mí, palpitando a fuego lento, demasiado encendida. Sí, no puedo negarme más que quiero venganza. Que no soy tan buena. Que no todo es solo por la paz.

Pero eso tampoco significa que todo sea por mí misma.

Trato de tomar una bocanada de aire que me llene los pulmones de calma. De la resolución que, por un momento, se me ha escapado entre los dedos.

Sé quién soy. Sé qué es lo correcto. Sé qué es lo que debo hacer.

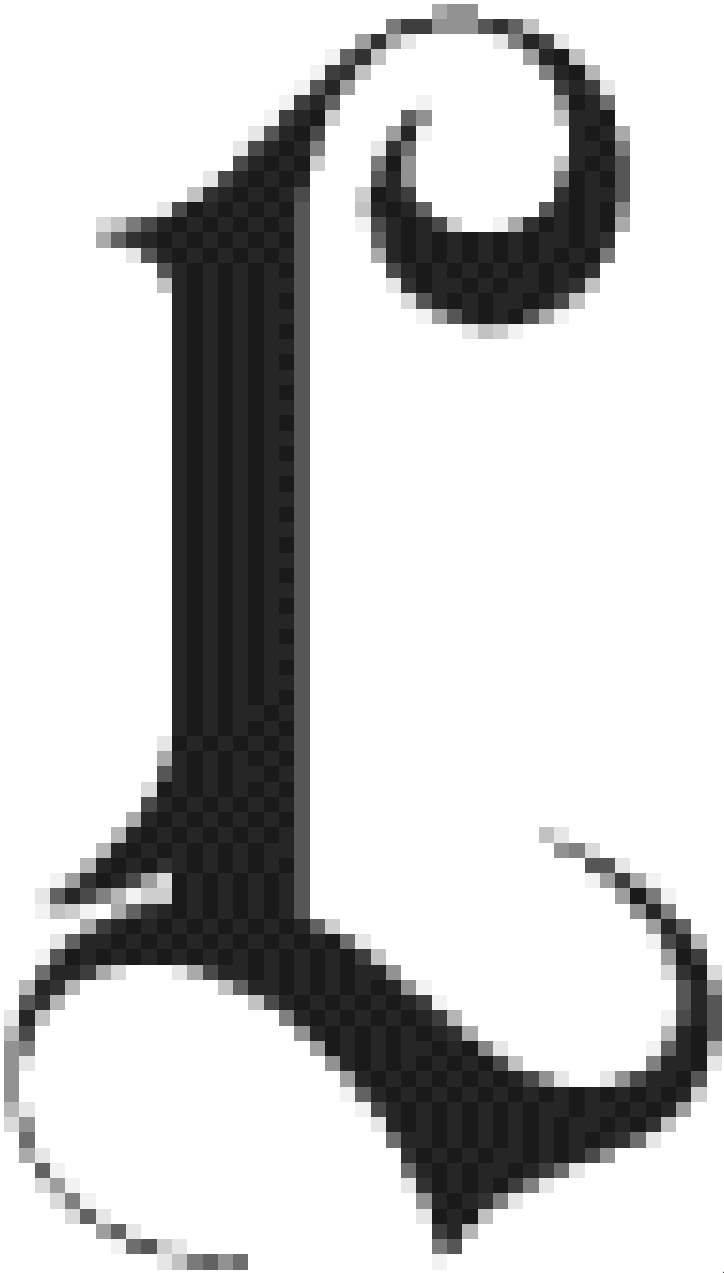
Lo contrario a esto es perdonar a Mab. A Ibran. A todas las personas que han hecho demasiado daño.

Por venganza o por justicia, no estoy dispuesta.

Me pongo en pie. Mi marido y mi amigo me miran, tensos, quizá esperando que se me doblen las rodillas y caiga de nuevo.

—Encontremos a Sylvana y a los demás. Tenemos que saber si tengo aliados.

Drake



os bosques de Nryan me hacen pensar en cuentos y aventuras, en princesas perdidas y árboles que se desperezan y tratan de comunicarse con el murmullo de sus ramas al moverse con el aire. Los caminos que tomamos no están muy transitados, y eso llena la situación de más magia si cabe, como si cualquier cosa estuviese a punto de ocurrir. Como si pudiésemos aparecer en cualquier otro lugar si nos escabullimos entre dos troncos que formen un arco, o como si fuéramos a encontrar la

guarida de una criatura mítica oculta entre sus raíces.

Quiero cantar sobre ello, rasgar tus cuerdas y crear una melodía que trate de imitar la risa cantarina de los riachuelos y la brisa jugando entre las hojas verdes.

Pese a la distracción de los colores vivos y las plantas que nunca he visto —Moira adoraría poder hacer este camino y recolectar todas las muestras que pudiese—, de los sonidos de los animales huyendo del retumbar de los cascos de nuestros caballos en la tierra húmeda, lo cierto es que una parte de mi mente no puede relajarse. Estoy preocupado por Eirene, para empezar, que se ha sumido en un silencio del que resulta difícil sacarla. No me malinterpretes, claro que sé que es complicado para ella. También lo fue para nosotros en Astrea y, en su caso, ha estado muchos más años separada de su gente. En su caso puede que no tenga que enfrentarse a una guerra entre hermanos o ver a parte de la población escondida bajo tierra, pero el sentimiento de estar perdida debe de ser abrumador. ¿Notará que el tiempo ha pasado por estos bosques o seguirán tal y como los recuerda? La llegada a Finnië parece haber sido un choque para ella, pero ¿qué esperaba, exactamente? ¿Qué es lo que pensó que pasaría?

Me frustra un poco no saber qué le pasa por la cabeza. No poder ayudarla. Me gustaría, como Seaben, tener el poder de hablar sin palabras con ella, de reconfortarla cuando le haga falta, de saber con precisión qué es lo que necesita escuchar…

Como si ella misma entendiera mis dudas, mi silencio, Eirene acaba acercándose a mí cuando ya llevamos horas en el camino sin conversación. Aunque salimos de Finnië ayer, hemos tenido que parar para pasar la noche en una posada y hemos retomado el viaje al amanecer. La princesa nos ha asegurado que llegaremos entrada la tarde a la capital del reino, en cuyas afueras encontraremos la cabaña que una vez perteneció a su madrina. Se supone que allí están Rayne y Sylvana y Hayes, esperando ya por nosotros.

—¿Sabes? Mi madrina solía contarme historias sobre los bosques de Nryan —dice Eirene, a mi lado. Cabalga a mi lado y sonríe un poco, creo que en un intento de demostrarme que todo está bien. Que su crisis de ayer, en el puerto, es ya solo un mal sueño. Sé que no dirá si está mal ni lo dejará ver hasta que no le quede otra opción, hasta que no pueda ocultar que se está desmoronando de nuevo, como puede ser que esté haciendo en este momento por dentro—. Creo que te hubiera caído bien: le encantaban los cuentos y las leyendas.

No puedo evitar sonreír.

—Ah, así que de ahí nació tu gusto por escuchar a los trovadores callejeros.

Aunque esperaba que ella se riese y se metiese conmigo, en realidad solo asiente:

—Podría decirse que sí. —Un silencio. Una duda—. Si todo sigue igual, en su cabaña hay un baúl con su diario y muchas hojas sueltas en las que escribió sus cuentos. Si los lees y te gustan, a lo mejor podrías… contarlos. Mantenerlos vivos, de alguna manera.

Su sonrisa se va apagando poco a poco. La tristeza impregna sus palabras. De pronto, quisiera hacerle un montón de preguntas, pero no sé cuál es la acertada.

—¿Qué pasó con ella?

—Nunca la volví a ver. —Sus ojos rosados puestos en el frente, inamovibles. No insensibles, pero sí un poco más fríos—. No estaba allí para despedirme el día en que me exiliaron a Veridian. Tampoco estaba cuando volví y me refugié en su cabaña. No sé si se fue o… No sé. Simplemente desapareció.

—La gente no desaparece *sin más*.

—Quería muchísimo a mi madre —dice—. A lo mejor no pudo soportar cuando ella…

Calla. No suena a una explicación demasiado factible, en realidad, y debe de saberlo. Pero supongo que intenta suplir el vacío como puede, como yo lo hice con Rayne. Es más fácil así.

—¿Y por qué no cogiste sus cuentos y su diario, si tanto te gustaban? ¿No te hubiera gustado tener algo de ella? ¿Algo que te recordara…?

—¿Con qué derecho? Los dejó en su casa. No me los dio a mí. Si me los hubiera llevado conmigo hubiera sido un robo, Drake.

Creo que lo entiendo. No me parece que sea una forma de renegar de ella, sino de conservar todo tal cual estaba. Como si quisiera que todo siguiera igual cuando su madrina volviese. Porque si lo dejaba todo tal cual estaba, *tenía* que volver. ¿No es algo parecido a lo que yo mismo hice? Pero yo te cargué a mi espalda con la intención de demostrar que eras una parte de mí, que nadie tenía derecho a volver y arrebatarte de mis brazos. Lo que para Eirene ha sido una necesidad de preservar lo que conoció, para mí fue un deseo de demostrar que lo había superado por completo, que nada podía hacerme daño.

—Seguro que son cuentos maravillosos —susurro—. ¿Tú eras la protagonista?

Ella sacude la cabeza. El pelo le ha crecido bastante desde que se lo cortó y el viento lo hace volar alrededor de su rostro.

—No. Aunque sé que tenía uno sobre una princesa que estaba basada en mi madre. Los que mejor recuerdo eran aquellos en los que hablaba de lugares secretos, con objetos o eventos mágicos. Como te

he dicho, le gustaban los bosques. Y la escuela de magia.

Recuerdo que de la escuela me ha hablado antes. Un día, todavía en Lothaire, cuando discutíamos sobre cuál de nuestros reinos era mejor y vertíamos en nuestras palabras el cariño y los recuerdos que atesorábamos sobre ellos. En ese momento éramos dos exiliados sin posibilidad de volver, anhelando poner de nuevo los pies sobre la tierra que nos había visto nacer.

Muchas cosas han cambiado desde entonces. Ahora la voz de Eirene, cuando habla de su isla, tiene un poso de tristeza.

—La que flota sobre las nubes —apostillo.

La que me aseguró que se volvería a usar una vez fuese reina.

—Le encantaba ese lugar —murmura, como si fuese un secreto—. Había un pequeño jardín en un patio interno, con un árbol enorme, con ramas tan gruesas como para aguantar el peso de una persona sin doblarse. Me dijo que un día, cuando creciera, me llevaría allí y nos subiríamos hasta lo más alto para ver juntas las estrellas. Y entonces, me contaría la historia de cada una de ellas.

Contengo la respiración. Hay una fuerza poderosa en ese recuerdo. Un deseo de verlo hecho realidad, de querer aferrarse a todo lo que eso significa. Y, a la vez, tengo la sensación de que dejó morir la esperanza de ver cumplida esa promesa hace mucho.

Durante el silencio que sigue solo se escucha nuestro avance. El caballo de Seaben deja escapar un relincho bajo. Ha estado tan callado —escuchando, imagino—, que casi me había olvidado de que seguía con nosotros.

—¿Nunca lo viste por ti misma? El árbol. O la escuela.

—Nunca entré. Era demasiado pequeña y sabía que mi padre no me quería cerca de nada que pudiese inclinarme hacia la magia.

No puedo evitar preguntarme si Eirene tendrá un don latente para los hechizos y las pociones que puede haber sido reprimido. Si hubiera nacido en Astrea —la Astrea de mi infancia, al menos—, hubiera podido ser lo que quisiera, independientemente de la familia en la que hubiera nacido. Pero aquí, supongo, eso debe de ser diferente.

—¿Y no te gustaría subir a la escuela, ahora? Aunque esté cerrada, debe de ser toda una visión.

Eirene no responde, pero no me hace falta saber lo que piensa: debe de preguntarse si tiene sentido. Porque el mundo en el que vivió ya no existe o, al menos, no las personas con las que le hubiera gustado disfrutarlo.

Quiero decir que nos tiene a nosotros. Que nos podemos sentar a su lado en las ramas del árbol. Que nos inventaremos historias de todas y cada una de las estrellas si es necesario.

En su lugar, decido guardar silencio.

La cabaña de Deniel, como se llamaba la madrina de Eirene, ha visto tiempos mejores. Estoy seguro de que cuando se construyó, nadie esperaba que el musgo creciera sobre el tejado de madera hasta el punto de que algunas flores silvestres han nacido entre las tablas. En algún momento tuvo una chimenea de piedra, pero el clima y el tiempo debieron de echarla abajo. Las paredes exteriores no están mucho mejor: algunas zonas están cubiertas de hiedra, que se ha ido abriendo camino hacia el cielo apoyándose en sus muros. La puerta, en comparación con el resto, parece nueva, recién barnizada. Alguien la ha dejado abierta y el más delicioso de los olores llega hasta nosotros. Mi estómago ruge en repuesta, hambriento. Por suerte, nadie parece darse cuenta.

Alguien se asoma tras una cortina: una cara que reconozco y una mata de cabellos pelirrojos. Lleva una amplia sonrisa. Una figura aparece en la puerta. Sylvana se recoge las faldas para bajar el par de peldaños que la separan de nosotros y envuelve a Eirene en un abrazo en cuanto la elfa apoya los pies en el suelo. Rayne también se acerca aunque, por suerte, no me abraza: se queda a una distancia prudente mientras ato mi montura a un árbol y luego te ajusto contra mi espalda. Tu peso en mi hombro es más reconfortante que nunca. Alzo la mano, pero me siento estúpido en cuanto lo hago. No puedo evitar pensar en que no se despidió de mí en Astrea. En que, una vez más, parece que no hubiera nada más que nos uniera que la sangre que corre por nuestras venas.

Y la sangre nunca ha sido suficiente para atarme a nadie.

—¿Cómo ha ido el viaje?

Ni un saludo. Sigue marcando claramente la distancia entre nosotros, pero me está mirando. Dudo que pudiera darse una escena más tensa.

—Me temo que no tenemos buenas noticias —dice Eirene, apretando los labios. Sus ojos se encuentran con los de su aya—. Las cosas no han ido exactamente como las planeamos.

Seaben le pone una mano en el hombro y Eirene busca sus dedos. La escucho suspirar con cierta derrota.

—Vamos dentro —ofrece Sylv—. Comeremos algo y descansaréis. Debéis de estar agotados.

Nadie la contradice. La seguimos hasta la cabaña, donde el olor a comida es todo en lo que puedo pensar durante un momento. Hayes está junto al fuego, removiendo el guiso que se cuece en una amplia

olla. Nos sonríe y hace una inclinación de cabeza hacia Eirene, siempre tan formal.

—¿Nos esperabais?

—En realidad no, pero suponíamos que no podíais tardar mucho más. De hecho, hace varios días ya que teníamos la esperanza de que aparecieseis en cualquier momento. Al fin y al cabo, se podría decir que nuestro trabajo ya está hecho. No nos quedaba más que aguardar vuestra llegada.

Seaben, Eirene y yo nos miramos. Por supuesto. Deberíamos haber sabido que eran las personas más eficientes a las que enviar como avanzadilla. Al fin y al cabo, Eirene escuchó en el puerto que alguna gente pensaba que la princesa seguía viva.

Al parecer, eso fue cosa de mi padre:

—Considero que tengo un don para el arte de los rumores —nos dice, antes de llevarse un buen trozo de pan a la boca, después de que le hayamos comentado lo que hemos escuchado—. Puede parecer fácil, pero la información se acaba desvirtuando con el tiempo si no sabes qué palabras utilizar.

—No puedes estar hablando en serio. —Frunzo el ceño—. No creo que sea algo de lo que sentirte orgulloso.

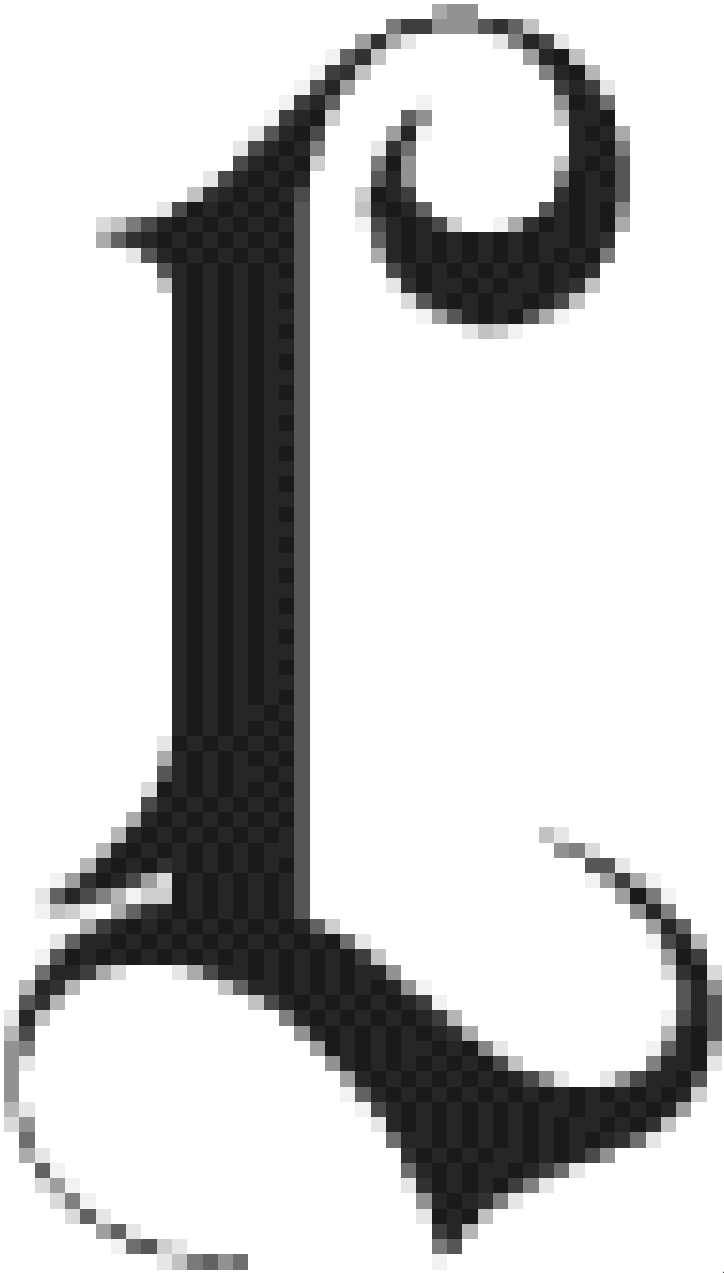
—En este caso, sí.

Sylvana y Eirene nos miran como si no tuviéramos remedio. Parecen decidir que no merece la pena intervenir. La princesa se vuelve hacia su compañera. No me pasa desapercibido que no ha probado bocado aún.

—¿Y qué puedes contarme sobre la gente que no está contenta con Ibran? ¿Es verdad que podríamos conseguir aliados?

—Más de los que piensas. —Es Hayes quien habla, con su tono serio pero suave. Resulta difícil no creerlo—. De hecho, Eirene, han estado siempre ahí para ti. Incluso desde antes de que tu madre muriese.

Eirene



os Elfos de las Sombras?

Drake hace la pregunta como si esperase un gran cuento detrás de esas palabras. Yo me echo hacia atrás, pensativa. Al menos, no estoy tan desvinculada de mi reino para no saber a quiénes se refieren. De hecho, casi considero irónico que, de todas las regiones y de todos los pueblos que tiene Nryan, sean ellos precisamente quienes salgan a colación. Hace no tanto estaba hablando de una de ellas.

Seaben ve mis pensamientos.

—¿Tu amiga?

No tengo claro que Astrid me considere amiga, después de tanto tiempo sin saber nada la una de la otra. Más bien debo de ser poco más que un recuerdo de infancia, como lo es ella para mí. La recuerdo bajita, siempre persiguiéndome con su expresión más bien seria, obediente, instruida y continuamente preocupada por mí. Nunca me llamaba Eirene, siempre «princesa» o «alteza», pero, de alguna manera, era cercana pese a ello. Contaba un par de años más que yo y creo que haber tenido una hermana mayor no habría sido muy distinto a su presencia.

—Creí que, ellos más que nadie, se mantendrían al margen —reflexiono.

—¿Por qué?

Me giro hacia Drake, esbozando una pequeña sonrisa. Supongo que el puesto de embajador no le puede venir mejor: si hay alguien que se esforzaría siempre en conocer hasta la última de las historias de un lugar, es él.

—Los elfos del Bosque de las Sombras son uno de los grupos más independientes de Nryan. Aunque responden ante el reino, lo cierto es que es casi como si no formaran parte del mismo. Funcionan tan bien autonomamente que solo responden a las cuestiones nacionales en casos muy particulares. No necesitan a nadie más. Su región está apartada y no dejan que nadie les diga cómo gestionarla. Aun así, que yo sepa, son leales a la corona. En la guardia de mi madre, cuando yo era pequeña, había varias personas procedentes de allí. Son muy buenos guerreros, porque viven en lo más profundo de los bosques del sur; dicen que no es un lugar muy seguro.

—Y realmente no lo es. Ahora todavía menos —agrega Hayes. Me fijo en él, intrigada—. Todo lo que decís es cierto, alteza, incluida la lealtad que sienten hacia la corona. Pero esa lealtad solo era una justa respuesta a la protección que daba la reina a sus intereses, en especial a su forma de gobierno casi independiente. Me temo que eso no es así con Ibran. No es una sorpresa para nadie, pero el usurpador disfruta más del absolutismo.

Hago una mueca de disgusto.

—¿Mi padre está limitando la autonomía de las regiones de Nryan?

—Eso me temo. Ha puesto a muchos hombres de su confianza, bien pagados, comprados, como dirigentes de las zonas más importantes y grandes. A ojos de todos, sigue habiendo parlamentarismo en el reino, pero es una gran mentira. Los dirigentes de cada región hacen lo que Ibran quiere y considera; ya no se vela por los intereses del pueblo,

solo por los de este falso rey.

—Y los de las Sombras…

—Se negaron en redondo. Siempre habían elegido a sus dirigentes, no iban a permitir que nadie pusiera a cualquiera en su lugar. Llevan varios años ya en pie de guerra; viven casi aislados, se han convertido en poco más que parias y marginados. Sus terrenos están constantemente protegidos porque el rey trata de ir diezmándolos poco a poco. Intercepta cargamentos y acusa a quienes consigue capturar de traición a la corona. Pero vos lo habéis dicho: son buenos guerreros. No son fáciles de tumbar, y los acercamientos de Ibran para rendir la región son sutiles. Supongo que no los considera lo suficientemente importantes, después de todo. Pero ese puede ser su error.

—Y creéis que apoyarán a Eirene.

Las palabras de Seaben suenan seguras, y a mí me gustaría sentir al menos una pizca de esa confianza que él muestra. Hayes asiente, y él también parece convencido. Su mirada se fija en la mía con una entereza que envidio profundamente.

—Si prometierais devolver el gobierno a términos que respetasen de verdad la autonomía y multiculturalidad de las distintas regiones de vuestro reino, alteza, los tendríais de vuestro lado de inmediato. Y no solo a ellos, estoy convencido. Las políticas actuales molestan. Van contra todo lo que se ha protegido durante generaciones en estas tierras. El diálogo. La colaboración entre personas diferentes. La libertad. Áine ardería de rabia si viera en qué ha convertido ese usurpador su preciado reino.

No me pasa desapercibida la manera en la que al elfo se le escapa el nombre de mi madre. No solo el hecho de que no hable de *vuestra madre*, o *Su Majestad*, sino cómo aprieta los puños por un momento al pensar en lo que mi madre sentiría si estuviera aquí. ¿Qué relación tenían exactamente? Recuerdo cómo salió de la estancia después de hablar de la suerte que corrió mi madre. Lo afectado que pareció…

Habrá tiempo para eso. Ahora, sin embargo, todas las miradas están fijas en mí, evaluándome, esperando mi decisión. Por supuesto que quiero respetar las decisiones de mis antepasados. Por supuesto que quiero preservar el gobierno en el que creía mi madre. Por supuesto que quiero quitarle el poder a Ibran.

Aprieto los puños.

—¿Habéis hablado con ellos? ¿Saben que estoy viva?

Es Sylvana quien interviene entonces:

—Es un terreno de lo más protegido, como te ha dicho Hayes. No dudo que los rumores hayan llegado hasta ellos, pero traspasar sus

barreras es peligroso. La mayoría de intrusos son capturados. No queríamos arriesgarnos a que algo pasara antes de que llegarais.

Asiento con un ligero cabeceo. Me parece sensato por su parte, y de hecho tengo la seguridad de que fue ella quien decidió ser precavida. No parece del estilo de Rayne guardar cuidado y Hayes, aunque por lo general es calmado y sereno, hoy me parece ansioso y sus palabras hacia mi padre están cargadas del tipo de desprecio capaz de cegar a las personas. No puedo culparlo por ello.

Seaben y Drake me están mirando, con la respiración contenida. Yo alzo la barbilla entonces. Me pongo en pie.

—Al Bosque de las Sombras pues.

Seaben

irene decide que no debemos perder más tiempo y nos marchamos enseguida, aunque soy consciente de que no le vendría mal un poco de descanso. Si bien parece recuperada del ataque de ayer, no puedo evitar pensar en el remolino de pensamientos en su mente en ese momento, en su rostro sin color, en mi propia preocupación. Durante todo el camino desde el puerto hasta la cabaña, siguió atormentándose con la idea de que quizá no tiene ningún derecho a irrumpir en el reino con la idea de destronar a su padre. Aún ahora soy consciente de que esas ideas sobre su egoísmo no se han alejado del todo, aunque la conversación

sobre que hay gente descontenta es obvio que la ha animado. La escucho reflexionar sobre el camino hacia el Bosque y sus habitantes, de hecho, y recordar días más felices en los que conoció a diestros guerreros pertenecientes a esa tribu.

—¿Por qué se llama Bosque de las Sombras? Suena como si allí nunca se hiciese de día.

Dejo los ojos en blanco. Drake sonríe a Eirene como si hubiera dicho algo especialmente ingenioso.

—Por lo que tengo entendido, apenas llega la luz al suelo. Las copas de los árboles son especialmente frondosas y hace bastante frío en invierno, pese a que esté al sur.

—¿Nunca has estado allí?

Eirene hace una mueca. Es un gesto que destila un poco más de esa amargura que ahora parece impregnarla.

—Era muy joven cuando me marché, Drake. En realidad, hay muchos lugares de este reino que no conozco.

Nuestros ojos se encuentran y yo abro la boca para decirle que está bien, que es normal, pero ella baja la vista al instante. Siento su vergüenza como una ola cálida que pega contra mi propia mente.

«Tú no tuviste la culpa de eso», le recuerdo.

Ha tenido que percibir mis pensamientos, pero Eirene no responde. Su intento de alejarse un poco de mi mente es claro, así que me aparto, ofreciéndole su espacio, pero dejando la puerta entre nuestras cabezas entreabierta, dándole la oportunidad de que se asome a la mía cuando lo necesite.

—De hecho, el Bosque se llama así por sus habitantes y no al revés —apunta Hayes. Cabalga un poco por detrás de Eirene, aunque todos nos giramos al escucharlo—. Los Elfos de las Sombras se entrenan desde muy jóvenes para ser buenos luchadores y también para dominar un tipo de magia que los ayuda a controlar la oscuridad.

—¿La oscuridad? —pregunta Drake. Tiene los ojos entornados, evidenciando que no entiende a qué se refiere.

—Pueden hacer algunos trucos jugando con sus sombras —interviene Rayne.

—Yo no los llamaría «*trucos*». —Ahora sí, Eirene sonríe, aunque me llama la atención su forma de hacerlo. Es obvio que ha visto la magia de ese pueblo y puede asegurar que lo que hacen no es poca cosa—. Crean ilusiones usando la luz y las sombras, de ahí su nombre. Y dicen que algunos incluso pueden hacer corpóreas las sombras. Creo que, en parte, se aprovechan de los rumores sobre lo que pueden y no pueden hacer y los usan a su favor: cuando sus enemigos no son conscientes del alcance de su poder es cuando son más fuertes, al fin y al cabo.

Asiento, mirando al frente. Es por eso que Mab es tan peligrosa: no se sabe cuáles son los límites de su poder. Ahora sabemos que es una consecuencia de su ascendencia, pero aún quedan demasiadas incógnitas. Aunque más que no saber el límite de su poder, lo que realmente me preocupa es no saber qué es lo que va a hacer a continuación. ¿Cuál va a ser su próximo movimiento? ¿Estará demasiado ocupada con Anderia para perseguirnos? ¿Sabe siquiera que estamos en Nryan? De alguna forma, a eso me respondo yo mismo: lo sabe.

E Ibran, estoy seguro, también.

El Bosque de las Sombras no está tan lejos como Finië, pero el viaje se hace pesado y cansado, en parte porque no hemos tenido un instante de descanso desde que salimos de Astrea hace ya casi una luna. Nos hemos mantenido en tensión desde entonces, y empiezo a notar cómo mi cuerpo se rebela ante la idea de seguir a ese ritmo. De hecho, cuando desmontamos, con la luz del atardecer colándose entre los árboles, siento mis piernas a punto de ceder. Respiro hondo y aprieto los dientes, pero siento como si alguien reduciera mis huesos a polvo con cada paso que doy.

Nuestro destino está justo delante de nosotros. La linde de la foresta parece un muro de troncos retorcidos y ramas que se juntan las unas con las otras como si se dieran las manos. Es una visión amenazante, sobre todo porque parece un área impenetrable a caballo. Lo que podemos ver tras la barrera de árboles es justo lo que se nos prometió: penumbra y silencio y un aura de magia que no me parece reconfortante como pudieran ser los hechizos de los astrenses. Hay algo casi terrorífico en este lugar, pero imagino que esa es, precisamente, la intención de sus habitantes: si pueden evitar que otros entren en su territorio, es obvio que lo van a hacer.

—¿Cómo vamos a seguir? —murmura Rayne—. A caballo no, por lo que parece.

—Quien sabe buscar puede encontrar caminos —asegura Hayes—. Pero no hoy. Está oscureciendo y no creo que debamos tentar a la suerte. Deberíamos hacer noche aquí.

Su comentario va acompañado de un gesto de su mano que todos comprendemos. La linde es mejor lugar para descansar que adentrarnos en un territorio en el que ninguno de nosotros ha estado antes.

Montamos un pequeño campamento que, de alguna manera, me recuerda a mis días en la frontera: la hoguera alrededor de la que nos

sentamos, la conversación apagada, la larga espera… Al menos nosotros, aquí y ahora, no tenemos la certidumbre de que corremos peligro. No hay un ejército al otro lado de la línea invisible que nosotros mismos hemos pintado en el mapa. Ahora, de alguna forma, todo es un poco más fácil y, paradójicamente, mucho más difícil a la vez.

Estamos jugando a algo peligroso, a algo para lo que ni siquiera sé si estamos realmente preparados.

Tras una cena que Eirene y Rayne cazan para nosotros y que, pese a sus esfuerzos, resulta frugal —no parece haber muchas criaturas alrededor del bosque, como si quisieran evitarlo—, Drake acuna a su laúd entre las manos y empieza a tocar. Rayne, para nuestra sorpresa, empieza a cantar con voz dulce, queda. Me parece que lo hace para Sylvana, que ha apoyado la cabeza en su hombro, pero los demás también escuchamos. Es una canción en un idioma que no conocemos, armonioso, tan sereno que no hay mucho que pueda hacer para no cerrar los ojos. ¿Es una nana? No entiendo mucho de música, pero la melodía me transporta a un lugar lejano, seguro. A un hogar, si es que me queda alguno más allá de este momento. De esta gente.

Eirene aprieta sus brazos a mi alrededor. Cuando abro los párpados, me está mirando, de hecho, y su rostro a la luz del fuego parece un poco más adulto, más serio, más cansado. Las sombras nadan entre sus cabellos, en la curva de su mejilla, en la forma de su boca, y yo me inclino sin pensar para dejar en sus labios un beso que me sabe a noche y al humo de la hoguera.

—Siento tenerte tan preocupado.

Su susurro se mezcla con la voz de Rayne.

—Siento no poder ayudarte, Eirene. Me siento muy… frustrado.

—Lo sé.

La más leve de las sonrisas. Claro que lo sabe. Lo conoce absolutamente todo sobre mí ahora.

Un silencio. Rayne ha dejado de cantar. Drake ya no toca. El fuego chisporrotea.

—Escucha, Seaben, creo que esto tengo que hacerlo sola. Que… tengo que enfrentarme a todo lo que me atormenta.

Cojo aire. Asiento. Lo entiendo. Porque sé que esta es una cuenta pendiente, suya y de nadie más. Porque sé que está preocupada por mí, porque esto me pueda salpicar de alguna manera. Así que no insisto. No voy a discutir. Tiene que enfrentarse a sus miedos, a sus deberes como princesa.

Sé, también, que me pedirá ayuda si la necesita. Que nunca más va a dudar de eso. Al fin y al cabo, seguimos juntos en esto.

Alzo la mano, con la intención de acariciar su cara y jugar con los mechones cortos de su cabello. Pero escucho el silencio artificial que se ha hecho en el claro y me detengo. Eirene, de hecho, hace lo mismo.

Nos volvemos hacia la hoguera a tiempo de ver una sombra pasar por delante, como una mancha de tinta negra contra el pergamino.

Las llamas se apagan.

Se hace la oscuridad.

Eirene

El primer impulso de todo el mundo cuando llega la negrura es alarmarse. Las conversaciones que estaban dándose se cortan con exclamaciones, las posturas relajadas se convierten en cuerpos llenos de tensión. Escucho armas desenfundarse, un par de maldiciones, confusión y desconfianza.

—¡Silencio!

Con mi voz llega la quietud. Si no podemos ver nada, al menos nos queda escuchar. Todavía hay algo de la luz de la luna colándose entre las copas de los árboles. Son apenas pequeños halos que crean

penumbra, pero suficiente. Pronto tenemos ayuda: la piel de Sylvana, de pronto, se convierte en algo resplandeciente que trata de luchar contra la oscuridad. Verla hace que me quede muda de asombro, aunque ella finge no darse cuenta de que todas las miradas están puestas sobre su cuerpo.

Rayne y Drake no tardan en hacer cada uno un truco para dar luz a la escena. Sin embargo, acaban de crear esferas de luz cuando un siseo suena a nuestras espaldas. Nos quedamos quietos. Contenemos la respiración.

Otro siseo. Susurros. Pasos a la carrera.

Algunas sombras parecen saltar.

Y de pronto, un gruñido.

Todos nos giramos hacia el sonido con precipitación. Dos ojos brillantes nos miran desde la oscuridad.

Una gran bestia oscura sale de entre los árboles. Es semejante a un oso, pero diría que incluso más grande. Sus garras parecen amasar el suelo, adaptándose a su lugar. Tenemos un asomo de sus dientes cuando nos los enseña con otro gruñido. Creo que no soy la única que, por un segundo, tiembla. Tampoco soy la única que da un par de pasos atrás. Seaben me obliga a retroceder tras ponerse delante de mí y desenvainar. Yo echo mi mano hacia atrás, buscando mi arco y mis flechas, pero lo he dejado en el suelo, y ahora me siento estúpida y desarmada. Busco mi arma con la mirada todo lo rápido que puedo, tratando de ubicarla, tratando de calcular cómo llegar lo más rápido posible hasta ella sin hacer movimientos demasiado bruscos…

Y entonces, mientras todos retrocedemos, una figura se adelanta.

Hayes camina con calma hacia la bestia.

—¡Hayes!

El hombre no escucha mi advertencia. O si lo hace, le da igual. El animal aprieta los dientes. Bufa. El gruñido que lanza despierta un escalofrío que corre por todo mi cuerpo. Pero Hayes, ese elfo que sirvió a mi madre pero que no deja de ser todo un misterio para mí, no se amedrenta. Continúa avanzando, justo hacia él.

—¡Hayes, detente!

Esta vez me mira, pero solo de soslayo. Ni siquiera reduce el ritmo de sus pasos. No se plantea parar de verdad. Sus ojos y los míos solo se encuentran un segundo antes de que él vuelva a fijarse en el animal. Antes de que este se eche, también, hacia él, con un sonido todavía más fuerte que hace que todos nos encojamos.

Excepto Hayes. Está a menos de un metro de la bestia y ni se inmuta.

Sigue hacia delante.

Y entonces, con tranquilidad, alza la mano. La bestia no retrocede, pero no se deja tocar, echando la cabeza hacia atrás. Vuelve a enseñarle los dientes. Vuelve a hacer ese sonido atronador.

Pero no le hace nada. Aunque enseña los dientes, no se lanza a por Hayes.

—Tus bestias cada vez parecen más reales, Cressida. Felicidades. Si hubieras usado otra, quizá habrías conseguido engañarme, después de tanto tiempo.

Las palabras, en élfico, parecen fluir y llenar el ambiente. Es solo un segundo antes de que los siseos vuelvan. De que los pasos regresen. De que haya un montón de susurros a nuestro alrededor.

Y de pronto, no estamos solos.

Un montón de figuras embozadas, que parecen más sombras de forma antropomórfica que personas reales, nos rodean. Ni siquiera podría decir de dónde han salido o cómo. Hace un segundo no estaban y ahora…

Cuando vuelvo a girarme hacia Hayes, de pronto ante él ya no hay ninguna bestia.

Solo otra figura, como las demás, que se quita la capucha y se fija en la persona que tiene delante. Es una mujer adulta, con cabellos rizados que parecen enmarañados y rebeldes, y un rostro tan oscuro como la propia negrura que lo rodea todo aquí. Sus ojos también son negros.

La reconozco. La recuerdo. Es solo una imagen muy difusa en los recuerdos de una mente infantil, pero está ahí.

Ella no se fija en mí. Al contrario, solo mira al hombre frente a ella.

—Pensaba que las sombras no podían sorprenderme —murmura. Y entonces, de la más inesperada de las maneras, una sonrisa que tiene algo de reto—. Supongo que aquellas que vienen del pasado son la única excepción. Ha pasado mucho tiempo, Hayes de Loren.

Me fijo en Hayes, que no le devuelve la sonrisa. ¿De Loren? Es una de las regiones de Nryan. Una de las más fieles, de hecho, a la corona. Durante siglos, sus jefes estuvieron entre los consejeros. Hasta que uno, al parecer, traicionó a la corona y fue juzgado con el mayor de los castigos, una excepcionalidad que siempre trataba de evitarse en una sociedad que procuraba ser lo más justa posible.

La pena de muerte.

Trago saliva. ¿Hayes es ese traidor?

—No soy la única sombra del pasado que viene a verte hoy, Cressida.

Cuando Hayes se gira hacia mí, la mujer lo hace también. Su

expresión, por un momento, se trastoca.

—Áine —exclama. Y solo un segundo después, cuando se da cuenta de la imposibilidad de ese nombre, de que hay sombras que no volverán a aparecer jamás, entrecierra los párpados—. No. Eirene…

El paso que doy hacia delante es el más complicado que he dado nunca.

Los murmullos que despierta a mi alrededor hablan de una princesa que se dio por muerta pero nunca murió.

Cressida Saren siempre fue una mujer seria. La recuerdo, aunque no demasiado, como una sombra que siempre estaba cerca de mí y de mi madrina, velándome desde muy cerca y muy lejos a la vez. Subía a menudo a la torre en la que siempre descansaba mi madre y su voz, al contrario que la de Deniel, no era dada a contar cuentos sino a describir la realidad. Mientras que mi madrina inventaba historias, de la boca de Cressida Saren solo salía historia, con mayúsculas. Cressida hablaba siempre de hechos, no de narraciones llenas de originalidad e imaginación o metáforas.

Su hija, Astrid, era exactamente igual.

Supongo que, puestos a reencontrarnos con alguien de mi pasado, una persona con aprecio por los hechos y la realidad es la más apropiada. También supongo que el hecho de que no sea una absoluta desconocida es conveniente a nuestra causa.

A *mi* causa.

Y aun así, eso no nos hace dignos de confianza a ojos de todo un pueblo. Por eso, aunque conseguimos adentrarnos en los terrenos del Bosque de las Sombras, lo hacemos bajo la vigilancia constante de los elfos que habitan este lugar. Escucho todavía murmullos recelosos; otros, tan solo pensativos; los menos, sencillamente curiosos. Seaben, en tensión, se pregunta si Cressida es de fiar y yo le ofrezco de mi mente los pocos recuerdos que guardo de ella. Su porte no ha cambiado en absoluto. La recuerdo igual de serena que ahora, mientras encabeza la marcha, altiva y segura de sí misma. En otros tiempos, en vez de las ropas oscuras que ahora viste, lucía con orgullo el uniforme de la guardia real y todo el mundo respetaba su posición de capitana.

Supongo que, a la muerte de mi madre, debió de dejar aquello y volver al bosque que la vio nacer.

Aunque parecía imposible, la oscuridad se va haciendo mayor con cada paso que damos. A ninguno de nuestros guías parece importarle, supongo que están preparados para estas condiciones. Sé que sus

sentidos son más agudos de lo normal, pero pronto nosotros estamos tropezando. Hayes intercambia unas palabras con Cressida, al frente de la comitiva, y solo entonces ella parece reparar en que nuestras capacidades no son las mismas y permite a los hechiceros del grupo usar su magia para iluminar nuestro camino. Es justo en ese momento, cuando se gira para hablar con ellos, que se fija en mí otra vez.

Pero no dice nada. Solo me mira, largamente, y sigue hacia delante.

«¿Crees que confía en ti?», me pregunta Seaben.

Niego con la cabeza. No lo sé. Y, por lo visto, no lo sabré hasta que nos sentemos a hablar.

Ni siquiera sé qué voy a decirle.

El resto del camino trato de responder a eso mismo. Idear un discurso, plantearme al menos *qué* decir. No tengo tanto tiempo como necesitaría. Más pronto de lo que yo querría, Cressida detiene sus pasos y todos alzamos la vista para descubrir el centro de un poblado escondido entre los árboles más retorcidos del bosque. Las casas no parecen sino eso: hogares surgidos de manera natural, como huecos en la floresta, nacidos del encuentro de unas ramas con otras o entre raíces. Todo parece demasiado silencioso y, al mismo tiempo, está lleno de sonidos. Parece muerto y, sin embargo, lleno de vida. Creo que hay más murmullos que antes. Creo que nos miran desde rincones en los que no percibo nada.

Y entonces, mientras miro a mi alrededor, intentando encontrar a más gente, intentando saber si estamos seguros o si todo esto es una trampa de la que no vamos a poder huir jamás, me doy cuenta de que las personas que nos rodean se han multiplicado. De nuevo, como si sencillamente hubieran aparecido por arte de magia, en menos de un parpadeo.

Es más, cuando me giro para volver a mirar al frente, a Cressida, ella está justo delante de mí. Y a su lado, otra mujer, una más joven. A ella no consigo reconocerla, pero de alguna manera sé quién es. Me lo dice la semejanza de sus rasgos con los de la mujer que nos ha guiado hasta aquí. Me lo dice su misma expresión seria, que ya era algo que tenía incluso cuando solo era una niña. Ha crecido, desde luego. La última vez que la vi tenía solo ocho años y ya no parece haber nada de aquella niña en la persona que ahora hay frente a mí.

Pero sé que es ella. No puede ser otra.

—Astrid.

Su manera de responder a su nombre es solo un ladeo de cabeza. El resto no cambia en absoluto. Ni su expresión contenida, ni sus brazos cruzados, ni la mirada vigilante que comparte de soslayo con su

madre.

Vuelvo a mirar alrededor. De nuevo, hay muchísimas más personas de las que había hace un minuto. Me estremezco. No sé de dónde salen ni cómo, pero todas ellas me observan atentamente. Todas ellas esperan algo de mí.

—Eirene de Nryan —llama entonces Cressida, con esa voz de realidades, no de ficciones—. Habéis hecho esperar mucho a vuestro reino.

Se me seca la garganta. No puedo tomármelo como una acusación. Ni siquiera creo que pretenda serlo. Es solo uno de los hechos de Cressida.

—Lo sé.

—Y ahora, ¿con qué intención regresáis? ¿Con ánimo de recuperarlo o de dejarlo morir?

Respiro hondo. Seaben está apretando mi mano, pero le dije que tenía que hacer esto sola. Por eso, aunque me cuesta abandonar la seguridad que me ofrece, suelto sus dedos y avanzo.

Doy un paso al frente. Hacia ella.

Hacia mi pasado y, al mismo tiempo, mi futuro.

Soy consciente de que hay mil ojos, visibles e invisibles, puestos sobre mí.

—He vuelto para reinar.

i madre nos contaba mil historias, pero entre ellas no había ninguna de terror. Por el contrario, en casa nunca me sentía amenazado por sombras o fantasmas o monstruos debajo de mi cama. Aunque reconozco que alguna vez le metí el miedo en el cuerpo a Inair con leyendas sobre criaturas dispuestas a secuestrar a quienes incumplían las normas.

Esas historias nacieron más de una inocente crueldad que de una imitación de algo que yo hubiera sufrido cuando era más joven.

Pero estoy seguro de que mis historias de miedo de la infancia hubieran ocurrido en un lugar como este. No sé si por la gente o por las sombras. Por la forma en la que la negrura fluye como el propio aire, quizá, o por el hecho de que los elfos que habitan este poblado no parecen hacer ruido. Las conversaciones son susurros, y sus pasos en los estrechos caminos no parecen escucharse. Quizá tengan miedo del eco, o tal vez la penumbra les lleve a esta quietud casi fantasmagórica, como yo mismo asocio la noche a los murmullos a media voz antes de dormir. O incluso puede que sea su naturaleza, algo que tenga que ver con esas habilidades para la lucha que Eirene ha mencionado que poseen.

Observo a mi alrededor. Todo el mundo parece ignorarnos, pero no sé si podemos fiarnos de eso, siquiera. Quizá sus sombras estén atentas a nosotros. Quizá, de hecho, se aferren a las nuestras si intentamos escapar y nos mantengan prisioneros aquí…

Un escalofrío me baja por la espalda, contando mis vértebras con dedos invisibles.

Me gustaría haberme quedado dentro de la cabaña, con Eirene, en vez de dejarla sola con la jefa de la tribu, su hija y Hayes. ¿Por qué él sí puede acompañar a la princesa? Ni siquiera entiendo muy bien por qué está metido en esto…

—Estará bien.

La voz de Seaben es más suave que de costumbre, como si no quisiera despertar a alguien. Tal vez, si gritamos, el bosque se agite y reviva, porque parece aletargado, sin el sonido de los animales ni la luz del sol.

—A ella no van a hacerle nada. —Rayne está a mi otro lado, con una esfera de luz que casi parece líquida por la forma en la que él juega a moverla entre sus dedos. Sylvana observa el movimiento con el ceño fruncido, como si sintiese la tentación de quitársela para que se estuviese quieto—. Es una elfa y, más importante, su princesa. Yo me preocuparía más por los desconocidos, ya sean humanos o hechiceros.

Hay algo que casi suena a broma de sus labios. Por supuesto, mi padre ha decidido que no va a cambiar su forma de hablar ni va a bajar la voz, así que sus palabras suenan altas y claras, lanzadas sin miedo hacia el techo tejido de ramas y hojas.

—¿Eres realmente consciente de que vosotros también sois hechiceros? —siseo.

Rayne sonríe, pero no responde. Su compañera deja los ojos en

blanco. Finalmente, con un movimiento tan fluido que apenas puedo seguirlo, toma la esfera entre los dedos de Rayne y me la lanza. Yo la atrapo torpemente, casi dejándola caer por lo sorprendente del gesto. Por su parte, la amiga de Eirene coge a mi padre de la mano y tira de él, con suavidad.

—Vamos a investigar un poco este lugar.

Es obvio que lo conoce bien. La reacción de él, al fin y al cabo, es una gran sonrisa de aventurero. Y seguirla sin una sola protesta, por supuesto, como si no hubiera plan más apetecible que explorar un rincón oscuro de un bosque junto a ella.

Yo abro la boca para decirles que no lo hagan, pero entonces me doy cuenta de que ya se están alejando. Veo sus siluetas juntar las cabezas en un susurro. Por supuesto que la idea de quedarse quieto no es atractiva, pero somos invitados aquí, y solo porque Eirene y Hayes conocen a esta gente.

—A veces parece que estén deseando meterse en problemas.

Miro a Seaben de reojo. Él tiene la vista fija en sus formas, que se besan en este momento, pero no añade nada más. Imagino que para él las personas que se alejan ahora de nosotros deben de ser todo un misterio. Uno posiblemente desagradable, dado el gusto del príncipe a tenerlo todo bajo control.

—Y algún día los matarán por ello —gruño—. Sobre todo a Rayne, que tiene un obvio problema con pensar las cosas dos veces antes de hacerlas, por absurdas que sean. Pero espero que ese día no sea hoy.

La más leve sonrisa. Ese tipo de gestos, aunque sean sutiles, me dejan ver que Seaben de Anderia es un hombre mucho más relajado que el muchacho serio y belicoso que conocí hace lo que parece una eternidad.

—Creo que solo intentaba asustarte, cuando dijo lo de los elfos. Parecen bastante pacíficos, en realidad. Según lo que Eirene me ha contado sobre ellos, y lo que Hayes ha mencionado de camino, solo quieren que los dejen vivir su vida.

—¿No es eso lo que queremos todos?

Los ojos escarlatas se posan sobre los míos. En ocasiones olvido de dónde viene y, entonces, la maldición que pesa sobre su cabeza se hace visible simplemente al poner su atención en mí.

A veces me pregunto cómo será estar maldito. Qué consecuencias puede traerle, aparte de cambiar el color de sus irises. ¿Será inmune a los ojos de las estrellas? Quizá le aguarde un final tan maldito como su vida hasta ahora. Tal vez su maldición haya pasado ya. A lo mejor es el recuerdo de Mab cada vez que alguien se dirige a él. Cada vez que ve su reflejo.

—Espero que ellos tengan más suerte que nosotros, entonces —declara—. Al menos hay más probabilidades de que encuentren la paz en breve.

—¿Crees entonces que Eirene va a poder ayudarlos?

Hay algo casi cándido en él cuando ladea suavemente la cabeza.

—¿Por qué no iba a poder?

—Porque aún no es la reina. Y porque probablemente su padre no vaya a dejar el trono sin luchar. Lleva muchos años aquí, al fin y al cabo. Tiene aliados poderosos.

Tiene a Mab de su parte. Aunque eso no me atrevo a decirlo en voz alta, sé que ambos lo pensamos. Con demasiada nitidez, la imagen de Eirene desangrándose sobre un colchón en los subterráneos de Astrea viene a mi cabeza. Ella es la extranjera, pese a haber nacido aquí. Ella es la heredera, sí, pero también la exiliada.

La princesa que murió defendiendo un reino que no era el suyo.

—Eirene también los tiene. —La voz de Seaben es un hilo—. Los tendrá. Si una región está descontenta, hay posibilidades de que mucha más gente lo esté.

Aprieto los labios. Me siento un poco mal por no tener esa fe ciega en ella, pero no creo que vaya a ser tan fácil destronar a Ibran de Nryan. Creo que Eirene necesitará algo más que unos aliados, por mucha magia que estos puedan tener. Al fin y al cabo, ese hombre no es un usurpador como lo era Aviel: matarlo sería contraproducente y probablemente le traería más problemas que soluciones.

Y si el Tirano de Astrea tenía aliados pese a su crueldad, ¿qué se puede hacer contra un hombre que está en su puesto de forma legítima…?

—La mayoría de sus potenciales aliados piensan que está muerta —razono.

Seaben sacude la cabeza.

—No por mucho tiempo. Los rumores ya han empezado a circular. Pronto todo el mundo sospechará que su princesa no solo está viva, sino que, además, está ya en la isla. —Sus ojos se alzan para fijarse en las tupidas copas de los árboles. Hay una casa hacia donde él mira y, pese a lo extraño del paraje, un hogar sigue siendo un hogar y, en este caso, me parece ver la figura pequeña de un niño o una niña y una luz que se mueve delante de la ventana, como una luciérnaga extraviada.

—Creo que pones demasiada confianza en unas palabras susurradas que podrían distorsionarse en cualquier momento. Hasta yo sé lo peligroso que es eso.

Las cejas morenas de Seaben se arquean cuando se alzan.

—¿Eso piensa el hombre que vive de contar cuentos y juntar

palabras para sus canciones? ¿No crees en el poder que dan las habladurías, Drake? Te aseguro que pueden dar fuerza y esperanza a quienes no la tienen y hacer temer incluso al hombre más valiente.

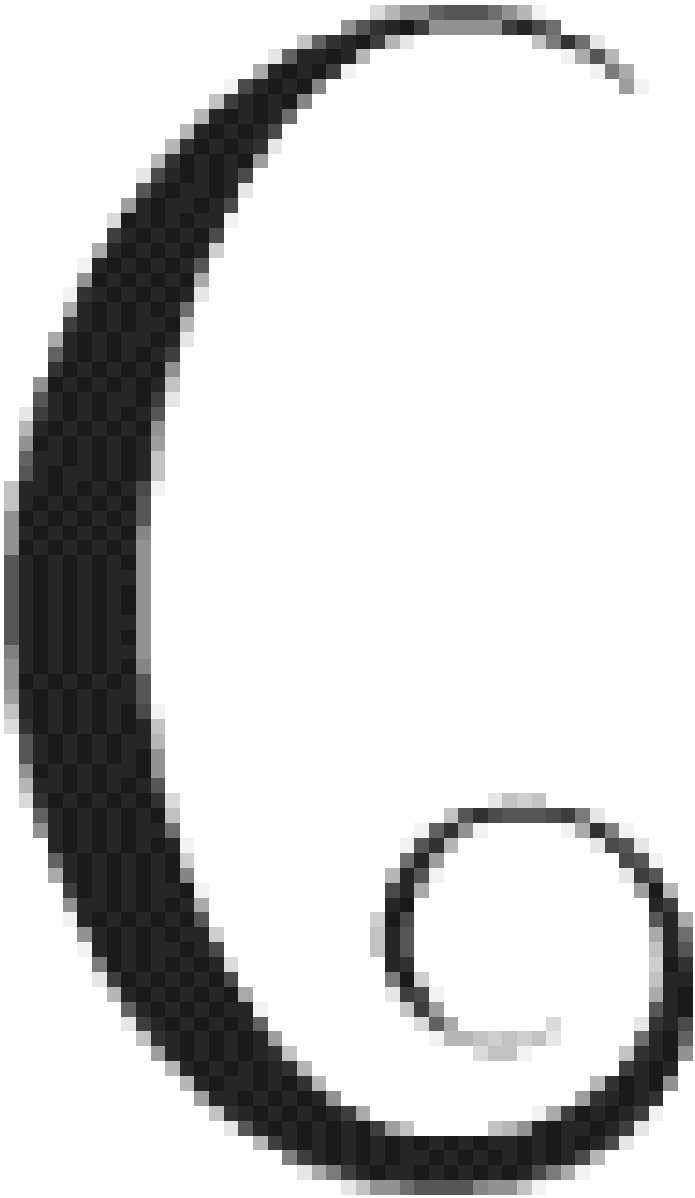
—Sé que no puedes esperar que las historias permanezcan inmutables. Que habrá quienes las cambien y las tergiversen. Y si llegan a oídos de Ibran, sería muy estúpido si no aprovechase esa transformación de alguna manera para volverlas a su favor.

El príncipe sigue sin mirarme. Parece, sin embargo, paladear algo. Una palabra, acaso, o el propio silencio que corre entre nosotros durante unos segundos.

—Estoy seguro de que hay muchas cosas que, pese a todo, Ibran no espera de Eirene. Y esa es una baza indispensable para ella: que la infravalore solo puede significar que ella le demostrará lo equivocado que está. A veces creo que incluso nosotros no la conocemos del todo. Y que tiene mil formas de sorprendernos que aún no nos ha descubierto.

No replico. Si algo me ha enseñado Eirene, al fin y al cabo, es que nada de lo que haga puede dejarnos indiferentes.

Eirene



uando me exiliaron era demasiado pequeña para pensar en las consecuencias de mi marcha. Era una niña, así que todavía no pensaba en nada más que en mí misma y en mi entorno. No era consciente, tampoco, de lo que suponía ser princesa. Solo sabía que mi madre había muerto y que mi vida había cambiado de un momento a otro. Cuando regresé, más mayor, lo hice como una huida hacia delante. De nuevo, mirar de verdad alrededor, pensar en *qué significaba yo* en todo aquel escenario que para mí solo suponía un gran recuerdo y la oportunidad de una vida *propia* no estuvo entre mis opciones.

Supongo que, visto en perspectiva, fui bastante egoísta. Cada vez que pensaba solo en *mi libertad*, en huir de las responsabilidades, no miraba más allá de mí. Qué hipócrita por mi parte haber culpado a Fay por hacerlo solo una vez en su vida. Puede que su decisión de no casarse cambiara el destino de todos nosotros, pero yo no fui distinta a ella durante más de veinte años. Lo que ella hizo solo en una ocasión, yo lo hice toda una vida.

Igual que mi vida cambió cuando Fay se marchó de Lothaire, la vida de muchas personas cambió cuando yo me marché de Nryan. Cuando le di la espalda, incluso cuando pude regresar.

Cressida y Astrid dejaron la guardia real. Más bien, mi padre las echó de allí. Cressida se opuso a mi exilio. Como amiga de mi madre, sabía que aquello no habría sido lo que ella habría querido. Consideró, también, que el lugar de la princesa debía ser *su* reino, no uno ajeno. Supongo que fue la primera que vio los planes de mi padre de hacerse con el poder. De mantenerme lejos, para que poco a poco todo el mundo se acostumbrase a él y se olvidase de mi madre y de mí. Supongo que Ibran supo ver que ella no se dejaría amedrentar. Y no podía tener a una capitana de la guardia en su contra. Así que, sencillamente, la despidió. La relegó de su puesto y puso al mando a alguien que sí era de su confianza y que se encargó de que Cressida abandonase la guardia. Su hija la siguió: ella estaba en el palacio como dama de compañía para una princesa que ya no existía, al fin y al cabo. Astrid no fue la única que acompañó a Cressida: gran parte de los elfos de las Sombras que servían en palacio depusieron armas y se retiraron a su hogar. No servirían a un rey que apartaba a la princesa y relegaba injustamente a una de las suyas.

Después, los cambios fueron pequeños, muy poco a poco. De esa manera acostumbras a la gente a perder derechos. Si ocurre de repente, como en Astrea, con un golpe de Estado, todo el mundo sabrá qué está pasando. Habrá adeptos a la causa, por supuesto, pero también fuerzas rebeldes desde el primer momento. En cambio, cuando el poder es legítimo y actúa de manera sutil arrebatando libertades poco a poco, habrá quien no sea consciente. O peor aún: que cuando todo el mundo sea consciente, sea demasiado tarde. Así, mi padre comenzó por subir un poco los impuestos. Muy poco. Una cantidad ridícula. Solo porque era necesario para proteger la nación de los aires de guerra que venían del otro lado del océano. Benefició de forma clara a nuestros productos y limitó ligeramente el comercio con otros países. Solo porque, en caso de crisis, Nryan debía ser autosuficiente. Después, redujo por completo las conexiones con Lothaire, Anderia y Astrea, aunque casualmente nada les ocurría a los

contrabandistas que comercializaban con Lothaire. Solo porque, era obvio, no era inteligente colaborar con reinos en conflicto, pero si los negocios ocurrían al margen de su reinado… La escuela de magia cerró, bajo la excusa de que no se considerase a los elfos una *raza mágica*, un *potencial peligro*, y la guerra nunca llegase a nuestras costas. Lentamente, las elecciones de los jefes de las distintas regiones fueron manipuladas para que siempre salieran escogidos aquellos que a Ibran le venían bien.

Ahora, los impuestos son el triple de altos que cuando me exiliaron, resultado de pequeñas subidas puntuales, cada año una ridícula cantidad más. El comercio con Veridian es el único que se mantiene intocable, así como el comercio con barcos que vienen de mucho más allá de Faesia, y cuyos recursos tratan de explotar al máximo. La magia es algo que las nuevas generaciones aprenden casi en secreto. Antes, los jefes se elegían cada dos años, ahora es cada seis en la mayoría de regiones, y es muy complicado relegar a uno de su puesto.

Para quienes vienen de fuera, nada ha cambiado en Nryan. Para quienes han crecido durante el gobierno de Ibran, todo es normal y siempre ha sido así. En el caso de quienes recuerdan otros tiempos, hay varias posibilidades: o no estaban de acuerdo con aquellos tiempos, o creen que todo lo que se hace ahora es por su bien o están cansados de este nuevo gobierno y quieren acabar con él.

El Bosque de las Sombras lleva muchos años en el último grupo. Pero no hay muchos más. Pequeños círculos en algunas regiones, o personas que comentan por lo bajo sus ideas contrarias o echan de menos el gobierno anterior. Nadie se encara directamente con el rey, aparte de ellos. Nadie, definitivamente, tiene el poder para cambiar las cosas por ahora. Los pocos que quisieron luchar por algo más justo perdieron gran parte de sus esperanzas cuando se celebró la ceremonia por mi muerte. Ibran lo sabía. Había quien me esperaba como una vuelta a otros tiempos, como un cambio, y la noticia de mi fallecimiento fue un duro golpe para esas personas.

Pero aunque estoy viva, no sé si puedo cumplir las expectativas que esas personas han puesto sobre mí. No me esperan a mí de verdad. Esperan que yo sea como mi madre. La esperan a ella. Es la vuelta de *su* gobierno la que anhelan. Pero yo no soy Áine. Yo no estaré a su altura. Mi madre sí está muerta.

Por eso en algún momento mi mente acaba muy lejos de todas las explicaciones políticas que Cressida me da. Como si mi cabeza no pudiera asimilar nada más, me bloqueo y todo se convierte en silencio mientras me doy cuenta de que no sé cómo voy a afrontar todo esto.

He venido a recuperar un trono, pero dejé esta nación desamparada durante años. No me lo merezco más que Ibran. He venido a recuperar un trono, pero no sé nada de gobernar en realidad, y no sé nada de lo que este reino necesita.

Ibran no es bueno para Nryan, pero ¿acaso yo sí lo soy?

—Alteza, ¿os encontráis bien?

La mano de Hayes resulta fría contra mi piel y me sobresalto. Lo observo, casi sin aire. Todos me están mirando. Él, Cressida y Astrid. Todos esperan algo de mí. La que fue mi amiga de la infancia no ha dicho ni una palabra en todo este tiempo, pero siento sus ojos fijos en mí con la misma insistencia que mostraba cuando era pequeña.

Me obligo a reaccionar. A coger aire. A asentir.

—Creo que me he mareado un poco.

—Es mucho que asimilar —acepta Cressida—. Si necesitáis descansar…

Niego. No puedo permitir que me vean débil. No los únicos aliados que tengo ahora mismo. Nadie seguirá a una heredera frágil.

—Hay algo que quiero saber. —Hago un ademán—. Parecéis conoceros muy bien.

Hayes se pone ligeramente tenso cuando lo miro a él y a Cressida. Su espalda se yergue, y su rostro se torna incluso más inexpresivo que antes. Cressida solo está sorprendida.

—Compartimos algunos días durante el reinado de vuestra madre, alteza —comenta el elfo, quitándole importancia.

Cressida levanta las cejas. Hay algo más, lo sé. Llevo sabiendo desde el principio que este elfo tuvo más relación con mi reino y con mi madre de lo que cuenta.

—Le habéis llamado Hayes de Loren antes, ¿no es cierto, Cressida? Hay una historia de traición ahí. —Mis ojos vuelven a fijarse en Hayes —. ¿Traicionasteis a mi madre?

El rostro del hombre entonces cambia. Al principio parece incrédulo y después inmensamente molesto. Hay una sombra que oscurece su expresión.

—Yo *jamás* habría traicionado a Áine.

A *Áine*, de nuevo. Pese a lo diplomático que es, no *Su Majestad*, no *la reina*. Y parece sincero. Pero yo no le conocí jamás. Si sé que en su momento hubo un Loren que traicionó a la corona es porque aquella historia ya corría cuando yo era solo una niña. Cressida lo conoce, pero yo no lo he visto jamás…

—Si me disculpáis, yo sí estoy agotado. Creo que deberíamos seguir la conversación en otro momento.

Estoy a punto de protestar cuando él hace una reverencia perfecta

y, sin dejarme opción a réplica, sale de la estancia. Frunzo el ceño, girándome hacia Cressida. Astrid ha apartado la mirada al techo, como si de pronto fuera apasionante. Su madre no ha cambiado su expresión, mira la puerta cerrada que ha dejado atrás el antiguo consejero.

—¿Qué historia hay detrás de Hayes de Loren? —exijo saber.

—Más de la que él mismo sabe, probablemente, alteza.

—¿Qué significa eso?

Ella niega con la cabeza.

—A su debido tiempo. Pero Hayes de Loren no es un traidor, si es que desconfiáis de él y por eso preguntabais. Él, vuestra madrina y yo misma éramos las personas que más querían a Áine de Nryan. Ninguno de nosotros le habría hecho ningún mal jamás y todos le fuimos leales hasta el final, cada cual en la medida que pudo.

No parece mentira. Y aunque lo fuera, hay una mención en sus palabras que hace que Hayes importe, de pronto, un poco menos.

—Mi madrina. ¿Qué fue de ella? ¿Sabéis dónde está? Ni siquiera se despidió de mí el día que me exiliaron.

Cressida titubea, pero niega con la cabeza. Astrid ha bajado la vista.

—Después de que muriese vuestra madre, ella prometió quedar a vuestro cargo. La última vez que la vi, ella juraba sobre la tumba de vuestra madre que nada os pasaría y que Ibran pagaría por el sufrimiento que le había infligido a nuestra Áine. Al día siguiente…

Hay una pausa. Astrid aprieta los labios. Ella también conoció a Deniel. Nos recuerdo a ambas escuchando sus historias. La recuerdo a ella, particularmente, poniendo quejas a todo lo que a sus ojos racionales era absolutamente imposible, mientras yo tan solo quería creerme todos los cuentos que salieran de aquellos labios.

De alguna manera, sé lo que va a decir Cressida. Sé que no me va a gustar. Quizá siempre he sabido lo que pasó con mi madrina; por qué no evitó que me alejaran de ella y de mi país; por qué nunca más supe nada de ella. Pero no quería aceptarlo.

—Se anunció que os marcharíais. Creemos que debió de protestar. Que debió de… intentar evitarlo, con todas sus fuerzas.

Aparto la vista a mis manos, que aprieto fuertemente encima de mis piernas. Quiero decirle que no diga nada más, que lo entiendo, pero al mismo tiempo siento que le debo a Deniel escuchar qué pasó con ella. Siento, también, que nunca estaré a la altura si no soy consciente de todo lo que ocurrió.

—Encontré su cadáver en el río el día después de que os marcharais.

Es Astrid quien lo dice. Su voz es apenas un susurro quedo, un soplo de viento. No quiero imaginarla con ocho años, viendo una tez demasiado pálida, unos ojos sin vida, un rostro reconocible y al mismo tiempo irreconocible…

Solo asiento. No soy capaz de hacer nada más.

Drake

e me antoja que la reunión de Eirene con las dos elfas se alarga durante horas, así que, finalmente, yo mismo decido dar un paseo por este lugar. Le pregunto a Seaben si quiere unirse, pero él solamente niega con la cabeza y dice que esperará por la princesa el tiempo que haga falta. Incluso me ofrezco a dejar tras de mí una esfera de luz que alumbre, pero él también decide dejar pasar eso. Supongo que intentará adaptar sus ojos a la penumbra, en algún tipo de entrenamiento para convertirse en un mejor guerrero. La verdad, con su serenidad y su voz suave y con todo el entrenamiento que debe de llevar a las espaldas como soldado y como príncipe, creo que podría llegar a

sentirse bastante integrado en este lugar, si se diera la oportunidad, ¿no crees?

Camino durante un rato, contigo a la espalda, puede que intentando encontrar a Rayne y Sylvana. Sé que hubo un tiempo en que viajaron por parte de Faesia, así que no puedo evitar preguntarme si alguna vez estuvieron aquí también. Pese al rechazo que me causa la situación con mi padre y que sé que no soy la persona favorita de Sylvana, no puedo evitar sentirme atraído por todos esos cuentos que tienen que haber vivido en su propia piel.

Una sombra apresurada cruza el pequeño poblado y llama mi atención. Su presencia hace que me retraiga, queriendo ocultarme en la penumbra, y la luz en mi mano se apaga como si estuviese en sincronía con mis pensamientos. Me doy cuenta, sin embargo, de que sé de quién se trata. Si bien no he pasado mucho tiempo con él, he podido fijarme en la forma que tiene de caminar, tan ligera que es como si no pisara las briznas de hierba, o en su silueta espigada, esbelta pero aparentemente irrompible.

—¿Hayes?

Pronuncio su nombre, pero él no parece escucharme. De hecho, continúa andando, ajeno a mi presencia. Se dirige hacia el bosque.

Titubeo. Ajusto la correa entorno a mí. Doy un paso hacia delante. Tú, desde mi espalda, dejas escapar una nota. Un sonido apremiante. Que vaya. Que lo siga. Eirene confió en él para que estuviera aquí. De hecho, debería estar con ella. Miro atrás, a mi espalda, como si esperase encontrármela viniendo hacia mí también, pero todo está sumido en ese silencio que me parece tan artificial.

Mis pies lo están siguiendo antes de que me dé cuenta de lo que estoy haciendo. Tras su rastro, me interno entre la tupida barrera de árboles que parecen proteger al pueblo. Intento ser sigiloso, cuidando donde piso pese a que apenas puedo ver dónde pongo los pies. Mis músculos se ponen en tensión y mis sentidos, privados de luz, pasan a buscar otras señales de que voy por buen camino. En la quietud, cada sonido parece hacerse eco en mi cabeza. Cada rama rozando mi cuerpo es un motivo para estremecerme.

Finalmente, lo veo. No todo el bosque es igual de impenetrable y, de hecho, en un claro parece colarse un haz de luz de luna. Allí está Hayes, bañándose en el rayo argénteo, de pie en medio de la calma. Se ha quedado muy quieto, como esperando. Abre y cierra las manos, y en ese simple gesto parece haber más frustración y rabia contenida que en nada que le haya visto decir o hacer antes.

¿Me acerco? No debe de querer compañía, pero me da la sensación de que sí aguarda por algo. Por alguien. Y, si bien soy consciente de

que no debería espiar, no puedo evitar, finalmente, quedarme tan quieto como él y dejar que pase el tiempo, preguntándome qué es lo que va a ocurrir. Tras bordear el claro por detrás del muro de anchos troncos, encuentro un tocón sobre el que sentarme e intento acallar los latidos de mi corazón. Me siento como un chiquillo que está haciendo algo por lo que sabe que va a ser castigado. Como un ladrón preparado para un golpe.

—¿Estabas esperando por mí?

Una voz de mujer casi hace que me caiga de mi asiento. Durante un instante de confusión creo que es Eirene, pero luego me doy cuenta de que ha sonado demasiado suave pero, a la vez, autoritaria. Me inclino hacia delante, sintiendo tu peso reconfortante contra mi espalda, y me fijo en cómo las sombras se abren mágicamente para dejar paso a una figura alta y oscura.

—Tenía la esperanza de que vendrías a buscarme, aunque no podía estar seguro.

Hayes se vuelve hacia ella. No parece sorprendido de su presencia, aunque estoy seguro de que no puede haberla escuchado llegar. Yo, al menos, no lo he hecho. Parece que haya emergido de la propia tierra. Cuando avanza sus movimientos son tan ligeros que parece etérea, no mucho más tangible que su poder sobre la oscuridad.

—Supongo que me gustaría saber por qué has vuelto. Cuando te di su mensaje te avisé de que tendría que ser para siempre.

Frunzo el ceño, intrigado. No debería estar escuchando esta conversación. Sé que ni siquiera voy a entenderla completamente. Pero aun así, no me muevo. Si lo hiciera me delataría, y entonces sí que estaría perdido. Al fin y al cabo, soy un invitado aquí. Ni siquiera debería haber salido de la seguridad del poblado. Supongo que puedo aparecer, despistado, y decir que me he perdido. Supongo que podría hacer mucho ruido y esperar que no crean que alguien tan escandaloso sea una amenaza para sus secretos…

En lugar de eso, me sorprendo conteniendo la respiración.

—No estaba entre mis planes volver a Nryan. Un amigo tenía cuentas pendientes en Astrea y… —Hayes sacude la cabeza. Yo me pregunto hasta dónde ha sido arrastrado por seguir a Rayne durante estos años—. Entonces me encontré con la princesa y supe que Áine…

Un suspiro.

—Tratamos de salvarla.

—Podríais haberlo matado a él —la corta Hayes.

Un silencio tan denso que podría palparse.

—Haces que suene muy fácil, pero tú no estabas aquí. —El tono de la elfa es neutro, pero yo creo que quiere herirlo, como él ha hecho

con ella—. No sabes lo asustadas que estábamos. ¿Sabes todo lo que podrían haberle hecho a ella por culpa nuestra? Nos tenían amenazadas. Un paso en falso, Hayes, y Áine habría sufrido las consecuencias. Deniel estaba muerta de preocupación. Yo tampoco sabía qué hacer. Me sentía… muy impotente.

Y, por la forma en la que escupe esas palabras, la impotencia no es un sentimiento al que Cressida esté acostumbrada.

El elfo deja caer los hombros. Hay un aura de derrota a su alrededor.

Una nube oculta la luna, pero para entonces mis ojos están más acostumbrados a la penumbra y sus siluetas siguen recortándose contra la foresta.

—Todo hubiera sido diferente si…

—Pensar en las posibilidades no nos va a ayudar, Hayes. La quería, pero Áine está muerta. Deniel está muerta. Pero nosotros estamos vivos. Su hija lo está. Ibran…

—Ibran debe morir.

—No. Ibran debe sufrir. Incluso si no hay veneno lo suficientemente lento para él, merece, al menos, pasar por todo lo que pasó nuestra reina.

Trago saliva. No me sorprende que pidan venganza, pero sí que parezcan desearla incluso más que Eirene. Ella nunca ha hablado en términos tan agresivos. Supongo que tiene que ver con el hecho de que ellos conocieron a Áine de Nryan cuando era más joven. Cuando estaba sana. La princesa, en cambio, ha vivido siempre con la imagen de su madre enferma. Consumiéndose en una cama, por lo que me ha contado. En ocasiones ni siquiera le dejaban verla…

—Eirene quiere arrebatarle el reino. Dime que la ayudaréis. Dime que estaréis de parte de la legítima heredera.

—Depende de lo que tenga que ofrecernos.

Doy un respingo, al igual que lo hace Hayes.

—¿Qué quieres decir?

—Que la venganza, por mucho que la ansíe, no ayudará a mi pueblo. Además, yo no soy la única que decide. Las cosas no funcionan así aquí. No lo han hecho nunca. Nos pondremos de parte de la hija de Áine si ella nos promete la independencia que Ibran nos ha quitado. Puedo asegurarle que mi gente se pondrá de su parte si lo hace, pero no puedo obligar a nadie a votar para respaldarla. Mi pueblo elegirá libremente, como llevamos haciendo durante más tiempo que la monarquía puede recordar.

—Eso…

—¿Actuarías tú de una forma diferente, si todavía tuvieras poder?

¿Llevarías tú a tu gente a una posible guerra civil por *tu* sed de venganza?

—Por *su* bien —responde él. Pero no parece convencido. Sabe que realmente no lo haría. De hecho, sus hombros caen y parece más pequeño, como si se fuera a disolver de un momento a otro. Como si esperase que el gran monstruo que Cressida invocó para ahuyentarnos de su pueblo se lo tragase.

—Ambos sabemos que no. Tú nunca fuiste así. Y no puedes haber cambiado tanto. Tú eres de esas personas que permanecen prácticamente iguales por mucho que pase el tiempo. Que se aferran con fuerza a sus convicciones y que mantienen siempre una pequeña esperanza. Incluso si alguna vez pensaste que te la habían robado toda. Lo supe en cuanto te vi marchar y volví a sentir exactamente lo mismo al encontrarte hoy.

—Quieres decir que soy un iluso. Un estúpido que todavía espera encontrar algo bueno en el mundo, cuando es obvio que todo ha cambiado. Ya no reconozco Nryan, Cressida.

—No has vuelto por Nryan: has vuelto por tu reina. Por la anterior. Por la que quieres que la suceda.

—No estás negando nada de lo que he dicho: piensas que soy un soñador. Que pierdo el tiempo.

—Pienso que eres un soñador —confirma ella—, pero quizá eso no sea completamente malo, si era uno de los motivos por los que Áine te amaba.

¿*Amaba*? La palabra me golpea con tanta fuerza que me quita el aire de los pulmones. ¿La madre de Eirene *amaba* a Hayes? ¿Y él la correspondía? Desde luego, eso parece. Al menos, por la forma en la que habla de ella…

Y, además, ¿todo esto sucedió antes o después de que ella se casara con Ibran?

—Solo sé que no es un insulto porque tú nunca dudarías de ella. —Hayes titubea un segundo—. ¿Y qué ocurre con Eirene?

—No creo que sea una soñadora. —El más leve atisbo de humor—. Creo que todavía es un poco inocente, pero podría ser la reina que estamos buscando.

—No me refería a eso y lo sabes. ¿Qué pasó con ella? Parece que Áine y ella estaban muy unidas, pero ¿por qué la mandó Ibran lejos? ¿Pensó que no la podría controlar?

Cressida no responde de inmediato, aunque no me parece que se mueva. Me gustaría poder leer su expresión, pero está demasiado oscuro.

Me gustaría que Eirene estuviera aquí para escuchar esta

conversación.

—Ibran jamás ha sido un hombre paciente. Eirene nunca estuvo entre sus planes.

Hayes se revuelve, incómodo.

—¿Cómo…? Áine jamás hubiera permitido que él le pusiese un dedo encima. ¿Fue por la fuerza? ¿Quería un heredero?

Me estremezco. Siento ganas de echar a correr en dirección al poblado. De olvidarme de toda esta conversación. Una náusea me sube desde la boca del estómago.

—A Ibran nunca le interesó Áine. Pensé que eso había quedado claro.

—No Áine. Pero un hijo legítimo de la reina…

—Áine ya estaba embarazada cuando te condenaron a muerte, Hayes —lo interrumpe ella—. Cuando te ayudé a escapar, la reina ya sabía que iba a tener un hijo.

No es necesario que diga nada más. Lo que no dice pende entre ellos, en el aire. Todas las implicaciones de su revelación caen sobre Hayes. Sobre mí.

«*Una hija tuya*».

Seaben

irene está sumida en una quietud extraña en ella, tensa y triste. Aunque está sentada sobre el sobrio lecho, con la manta cubriéndola hasta la cintura, permanece despierta, con los ojos entornados y la vista perdida. Su cabeza es un enjambre de dudas y preguntas, de recuerdos dolorosos y arrepentimiento. Apenas me atrevo a asomarme a su mente: parece un lugar súbitamente peligroso, donde, si no tengo cuidado, sé que puedo perderme.

Cuando paso mi brazo por sus hombros, ella se deja apoyar contra mi pecho sin protestas, pero no se abraza a mí ni se aferra a mi ropa,

como haría normalmente. Apoyo mi mentón entre sus cabellos y me esfuerzo por buscar las palabras adecuadas.

—¿Sabes durante cuánto tiempo pensé que me había abandonado? —Su voz es un susurro roto, pero a Eirene apenas le quedan lágrimas. Su sufrimiento ha tomado, en cambio, la forma de un nudo en su garganta que le hace sonar ronca, menos ella que nunca.

—No podías saberlo.

Su frustración y su ira llegan hasta mí como si una marea hubiera inundado mi mente. Es casi doloroso. El mismo dolor que ella siente ahora.

—Era una niña estúpida. Tendría que haberme dado cuenta de ello cuando me escapé de Veridian. Cuando volví a Nryan y estuve viviendo en su cabaña. Pero era más sencillo creer… Estaba enfadada con ella, por haberme abandonado, y era más fácil concentrarme en todo mi resentimiento…

—No puedes culparte. No fuiste tú quien… le hizo daño.

Eso sabe que es cierto. Noto que me atiende porque la frustración pasa a un segundo plano. En su lugar queda el enfado. El peso en el estómago. Ansias de sangre, de venganza, que jamás había sentido con tanta fuerza. ¿Es esto algo parecido a lo que sintió cuando se enteró de la suerte que había sufrido su madre?

Ibran la dejó sola. Se deshizo de aquellas personas que habrían podido ligarla a su isla y después la mandó lejos, a donde no pudieran seguirla. A donde nadie podría reclamarla, porque todo era por su bien.

—Acabaré con él —susurra ella—. Haré que suplique perdón, por todo lo que ha hecho. Por las vidas arrebatadas. Y no me importará que sea mi padre. No me importará absolutamente nada…

No me atrevo a pedirle que se calme. Tiene derecho a estar enfadada. ¿No lo he estado yo, después de tantos secretos? ¿No he querido acaso hacer daño a Mab? ¿Romper con mi vida anterior? Yo mejor que nadie sé lo que es sentirse tan abrumado por los propios pensamientos y sentimientos como ella está ahora. Lo que es no saber reaccionar porque todo lo que pasa a tu alrededor es más grande que tú…

—Encontraremos la forma de hacérselo pagar —susurro—. Te lo prometo.

Ahora sí, ella parece reaccionar. Sus dedos se enredan en mi camisa y yo beso lo alto de su cabeza. Su temblor se vuelve un mal sueño, un estremecimiento apenas perceptible que acaba por calmarse.

«Me lo quitó todo», dicen sus pensamientos en mi propia mente. «Me quería sola y temerosa y olvidada por todos».

—Pero no lo consiguió. —Mi respuesta es en voz alta porque quiero que escuche mis palabras y las haga tan suyas como pueda—. No estás sola. Nunca lo has estado. Tienes a tus primos, a tus amigos, a gente que lo daría todo por ti.

—No quiero a nadie que lo dé todo por mí, Seaben. No quiero que nadie más sufra por mi causa. Solo…

Calla. El resto de sus palabras se dicen en silencio, en un pensamiento trémulo y cargado de un terror casi irracional: «Solo quiero protegeros. Por todas las personas que he tenido que dejar ir».

Su mirada desciende. Rehúye la mía y se posa sobre su regazo. Yo me aparto un poco, dejándole espacio y deseando poder darle el aire que noto que le ha quitado esa última confidencia. Acaricio su mejilla, pero ella permanece inmóvil, incapaz de reaccionar.

—Eirene…

Quiero preguntarle qué puedo hacer por ella, pero finalmente decido guardar silencio, roto por unos golpes en la puerta. Esta se abre incluso antes de que pueda levantarme a ver quién es y Drake entra trastabillando en el dormitorio, con el laúd en brazos. Tiene las mejillas rojas y le falta el aliento, como si hubiera corrido. De hecho, se echa hacia delante y resopla, antes de toser un par de veces. A la luz del par de velas que iluminan nuestro cuarto, su frente parece empapada en sudor.

—¿Drake? ¿Qué pasa?

Eirene ha abierto mucho los ojos y, de hecho, se desliza fuera de la cama para ir hasta él. Aunque el trovador ha cerrado la puerta a sus espaldas, ella se asoma fuera, como si esperase encontrar a alguien en el pasillo, a la carrera tras él. El corredor, sin embargo, por lo que yo puedo ver, está completamente vacío.

—¿Dónde estabas? —Frunzo el ceño y alcanzo una jarra con agua que han dejado para nosotros en la estancia. Sirvo un poco en una copa y se la tiendo. Él se deja caer en el borde del colchón y se bebe el contenido de un trago—. Pensé que estabas recorriendo el poblado. No me digas que te has metido en problemas.

La mirada que Drake me lanza está a medio camino entre el fastidio y el reproche. Esa expresión, sin embargo, dura solo un momento: al instante siguiente, como si se diera cuenta de algo, se pone serio y baja los ojos. Extiende la copa hacia mí y yo se la lleno de nuevo.

—He… escuchado una conversación que quizá no debería haber escuchado —dice, con la boca pequeña.

No se me escapa el hecho de que mira de reojo a Eirene.

—¿De qué se trata? ¿Es sobre mí? ¿Sobre la ayuda que me van a

prestar?

Para lo locuaz que es habitualmente, el astrense parece tener un nudo en la lengua en estos momentos. Ni siquiera parece saber qué contestar a esas preguntas. Por primera vez, me gustaría tener acceso a su mente para saber qué ideas guarda en ella.

—Supongo que también hablaron de eso —titubea—. Pero creo que podrás arreglarlo: solo quieren volver a los tiempos donde podían elegir por sí mismos y llevar sus propios asuntos sin tener que responder siempre ante el rey.

Siento que Eirene se relaja un poco. Creo que eso era lo que pretendía desde un principio, al fin y al cabo. Para ella, es lo más sensato: las políticas de su madre funcionaban, así que lo más lógico es intentar replicarlas.

—¿Quiénes hablaban? ¿Eran elfos del pueblo?

—Eran Hayes y Cressida.

El trovador se revuelve incómodo. Apoya su laúd en la cama y se termina el agua, que no se vierte encima de milagro, porque la mano que sostiene la copa no tiene el pulso firme.

Mi esposa se acerca, con los brazos cruzados bajo el pecho.

—¿Qué ocurre, Drake? ¿Qué has escuchado?

—No sé cómo decirlo, en realidad.

Me mira. En sus ojos me parece ver un grito de ayuda pero, sobre todo, nerviosismo. Sabe que ya es demasiado tarde para quedarse callado. Y haber dicho eso último no ayuda especialmente a su causa. Eirene está cada vez más tensa; empiezo a sentir un ataque de pánico asomando en la mente de mi compañera.

—Será mejor que hables —le aconsejo.

Él no responde de inmediato. Toma aire, muy hondo, varias veces, y fija los ojos en su propio regazo.

—No debí haber escuchado. Fue un error.

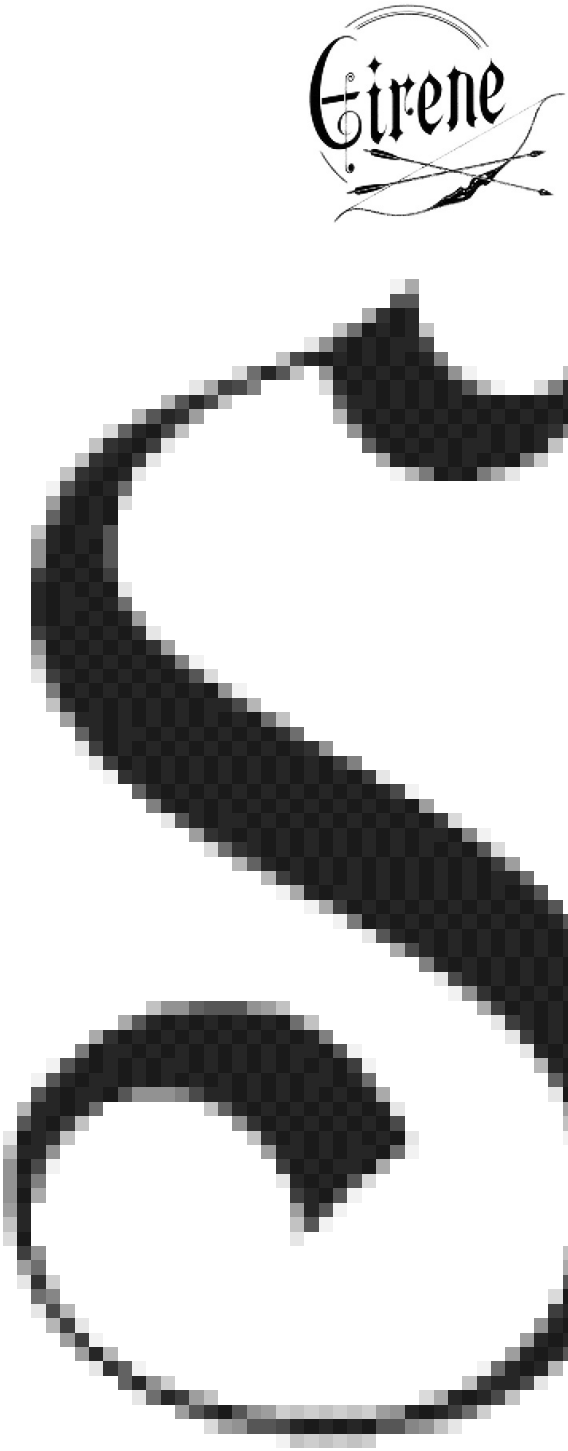
No me lo creo. Pero no se lo echo en cara.

—Drake…

—Es sobre tu madre, Eirene. Y sobre Hayes. No sé por qué no te lo han dicho aún, pero es algo que tienes que saber, porque creo que lo cambia todo.

Eirene y yo nos miramos. Compartimos un segundo cargado de significado. De miedos y preguntas que tenemos que afrontar.

Y escuchamos lo que Drake tiene que decirnos.




eaben intenta detenerme antes de que salga como un torbellino de la habitación. Su

brazo sostiene el mío. Drake se pone en pie también, alarmado.

—Eirene —la voz del príncipe trata de llamar a mi calma—. Eirene, tranquila.

—¿*Tranquila*?

Lo miro con incredulidad. El corazón me golpea con fuerza contra el pecho. La cabeza me da vueltas. Mi respiración parece algo imposible de apaciguar. De hecho, no siento que nunca más vaya a ser normal. Me falta el aire. Me falta todo. Mi corazón no bombea lo suficientemente rápido. Va muy lento, todo va muy lento, y yo demasiado rápida. El mundo a mi alrededor y yo no seguimos el mismo compás, y es horrible, horrible, horrible.

—Eirene —Drake trata de acercarse a mí también—. Necesitas respirar.

Niego con la cabeza. No necesito *respirar*. Necesito que el mundo vuelva a su ritmo. Necesito que todo vuelva a la normalidad. Necesito cosas que no voy a tener, porque todo es demasiado diferente, porque mi vida es una mentira, porque soy una egoísta, porque no tengo manera de solucionar todo lo que ha pasado hasta ahora ni sé qué hacer ni…

Trato de sacudirme, de soltarme de Seaben, pero él no me deja. Su otra mano me sostiene también, por los hombros.

—Eirene, sé lo que sientes.

No, no lo sabe. No *puede*.

—¿No puedo? —repite Seaben en alto. De pronto, parece un poco molesto, y yo me doy cuenta de lo errado de mi pensamiento—. Al menos tú sigues siendo la princesa de Nryan, Eirene, aunque tu padre no sea quien creías. A otros ni siquiera nos quedó la certeza de de dónde veníamos.

—Al menos tú seguías siendo príncipe *de algo* —espeto yo. No estoy siendo justa. Pero no puedo parar. No puedo parar, porque yo no he pedido nada de esto. Durante toda mi vida yo solo quería ser normal, con una vida normal, sin coronas, sin intrigas, sin guerras, sin nada—. ¿Crees que Ibran no usará esto? ¿Crees que no me intentará desacreditarme en cuanto pueda bajo la premisa de que soy una *bastarda*?

Seaben se queda un segundo en silencio, quieto, quizá asumiendo que tengo razón o sencillamente frustrado por mi manera de eliminar todo lo que él ha vivido, de considerarlo menos relevante cuando sé, sé, que no lo es. Pero estoy ardiendo, llevo todo el día ardiendo, y ahora todo se va a quemar a mi alrededor.

Su instante de duda es todo lo que necesito para soltarme de él, con brusquedad. Demasiada brusquedad. La sangre está fluyendo por

todo mi cuerpo, caliente, abrasándome, llegando a mi cabeza y embotándola. El mundo da un vuelco. Se tumba.

—¡Eirene!

No sé cuál de los dos grita, si Drake o Seaben. Quizá los dos.

Pero no puedo más, y quien se quema soy yo, y me convierto en cenizas, y me deshago.

Caigo al suelo.

Cuando despierto, el fuego ha desaparecido y yo me siento fría en comparación. Mi velocidad y la del mundo vuelven a estar acompasadas, aunque todo parece un poco inestable todavía durante los segundos en los que tardo en ubicarme. El techo de la habitación está encima de mí, quieto. Hay un tacto suave en mi mano y yo trato de devolverlo moviendo ligeramente los dedos. Cuando giro la cabeza, Seaben está ahí, mirándome, con los labios apretados. Una caricia cae sobre mi rostro, repasa mi mejilla, aparta mis cabellos.

—¿Cómo te encuentras?

Como si me hubiera caído un edificio encima. Pero la sensación de fatiga es mucho mejor a estar ardiendo.

—¿Me desmayé?

—Estás bajo mucha presión, Eirene. No puedes más. Y no puedes seguir exigiéndote tanto a ti misma. Vas a romperte. Llevo días temiendo el momento en el que pase.

No sé qué responder a eso. Supongo que tiene razón. Supongo que soy demasiado débil.

—No es cuestión de debilidad —me amonesta él, en respuesta a mis pensamientos—. Es lo normal cuando una sola persona trata de cargarse el peso del mundo entero a sus espaldas. Llevas haciéndolo demasiado tiempo. Hasta ahora, al menos, nos habías dejado a los demás ayudarte, pero consideras que la situación en Nryan es algo que tienes que solucionar *tú sola*, y no puedes, Eirene. No puedes.

Pero esto realmente es algo que solucionar sola. Es mi reino. Es…

—Veridian no era tu reino, pero te casaste conmigo para evitar un desastre con él. Astrea no era tu reino, y luchaste en su guerra. Anderia no era tu reino, y no dejaste que yo enfrentara solo la situación allí. Y ahora los demás no vamos a dejarte sola con tu problema, por más que trates de apartarnos. No si el resultado es este. A veces la fortaleza también reside en dejar que te ayuden: tú me enseñaste eso. No voy a dejar que lo olvides ahora.

La mirada de Seaben es tan seria, tan inflexible, que sé que aunque lo intentara no podría protestar. También soy consciente de lo

preocupado que está por mí. De lo preocupado por mí que lleva estando días, desde que salimos de Anderia. Quizá desde antes. Incluso cuando él ya tiene mucho de lo que preocuparse. Incluso cuando está desligado de todo y todos, cuando Anderia ha coronado a un rey que no es él de manera inesperada, cuando Lothaire ya jamás será su hogar…

Los ojos se me anegan en lágrimas.

—He sido muy injusta contigo.

Seaben suspira. Su expresión seria cede, solo un segundo. Él también está cansado. Él tampoco ha pedido nada de esto. Para él todo habría sido mucho más sencillo si las cosas se hubieran mantenido como Mab había marcado desde un principio. Una esposa callada y decidida de antemano, una guerra que capitanear de cuando en cuando sin hacer demasiadas preguntas, un reino que gobernar. Se inclina sobre mí y yo cierro los párpados cuando sus labios tocan mi frente.

—Está bien.

—Lo siento mucho.

—Lo sé. No te culpo.

—No quería… Estaba nerviosa y no controlaba lo que decía. No estaba pensando y…

—Lo sé, Eirene. Lo sé.

Sus manos acunan mi rostro. Sus ojos rojos me disculpan y yo siento que no me lo merezco. Cuando su boca toca la mía, en un beso tierno, suspiro y trato de pensar que puede hacer una magia capaz de quitarme toda esta ansiedad que está cogida a mi estómago y a mi corazón. Pero supongo que hay cosas que ni los besos ni la luz de la luna llena pueden romper: soy yo quien tiene que lidiar con esta sensación que amenaza con poder conmigo.

Hay un par de toques en la puerta que nos hacen separarnos. Yo me incorporo con cuidado, temiendo que el mundo vuelva a dar un giro que haga que me caiga de nuevo. La mano de Seaben sigue en la mía, manteniéndome anclada a la realidad.

Cuando Drake se asoma, parece aliviado de verme despierta. Sonríe un poco, aunque después se fija en Seaben.

—¿Los hago pasar?

Seaben me mira, dudando. En su cabeza puedo ver a quiénes se refiere Drake. Mi esposo duda de que esté lo suficientemente bien para enfrentarlos y yo titubeo.

—A él —susurro—. Y me gustaría estar a solas.

—¿Estás segura?

—Creo que es una conversación solo nuestra. Él tampoco lo sabía,

¿verdad?

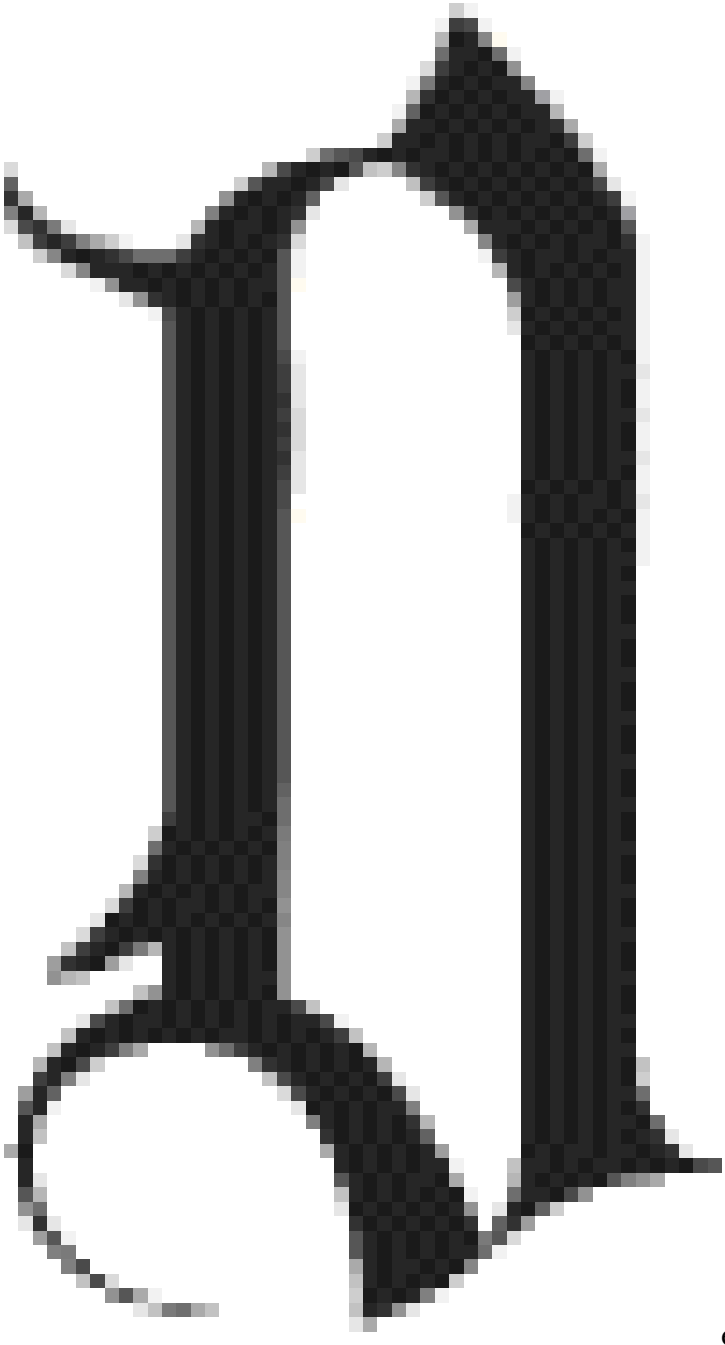
Seaben sabe que tiene razón. Se pone en pie entonces y otro beso toca mi frente.

—Estaré muy cerca.

No dice nada más, dejándome mi espacio. Mientras sale, casi choca con el elfo que está entrando. Comparten una mirada, pero ni una sola palabra.

Cuando la puerta se cierra, me quedo a solas con un desconocido que nunca debió serlo.

Seaben



ejar a Eirene a solas con ese elfo es una de las cosas más duras que he hecho en mi vida, porque sé lo importante que es este momento para ella y lo inestable que está su mente. Aun así, ella me lo ha pedido, así que salgo y cierro a mis espaldas, quedándome frente a frente con un incómodo Drake y una altiva Cressida, que me mira con el ceño

fruncido y parece dispuesta a entrar en liza conmigo en cualquier momento. Desde que llegamos, aunque no se lo he mencionado a Eirene, la mujer me mira con cierta desconfianza, como si no entendiese muy bien qué es lo que estoy haciendo aquí. Es una mirada a la que estoy acostumbrado, que he asociado toda mi vida con el color de mis ojos, con la marca inequívoca de con quién estoy relacionado. Es una mirada de temor y cautela, que intenta amedrentarme y recordarme que no hay sitio aquí para mí.

Pero mi lugar está junto a Eirene y no pienso abandonarla a menos que ella así lo desee.

—Me gustaría que alguien me diese una explicación de lo que está ocurriendo.

Su voz puede ser suave, pero hay una clara amenaza en ella. Drake me mira, pero finalmente da un paso al frente.

—Estaba en el bosque —confiesa—. Os escuché hablar a ti y a Hayes. Lo… escuché todo. Y se lo he dicho a Eirene.

Los dedos de Cressida se estiran sobre la empuñadura de la espada que cuelga de su cinturón. La funda es negra como la noche, como si quisiera camuflarse entre las sombras, y aunque no he visto el filo, algo me dice que es tan oscura como toda ella, también.

—¿Con qué derecho?

—¿Con qué derecho le habéis ocultado algo así a Eirene? —Mi voz contiene más rabia de la esperada, aunque estaba seguro de poder mantenerla a raya.

La elfa se gira hacia mí. Sus ojos me atraviesan, sin disimulo esta vez, y yo tengo que esforzarme por permanecer inmutable.

—¿Con qué derecho me puedes recriminar tú nada, Seaben de Lothaire? Esta no es tu lucha.

—Eirene y yo compartimos objetivos. Si su deseo es recuperar el trono, yo voy a estar a su lado.

—¿Está tu lealtad con ella, acaso?

La pregunta me toma por sorpresa, quizá porque nunca nadie antes me la había hecho en ese tono. Porque no esperaba que surgiese de sus labios en este momento. La hace con genuino interés, pero también con cierta burla. Como si dudase de dónde están realmente mis lealtades. Mi compromiso. Me obligo a respirar y me recuerdo que ella, por supuesto, no sabe nada de lo que su princesa y yo hemos pasado. No sabe el largo camino que hemos recorrido juntos ni todos los obstáculos que hemos vencido. De pronto, al recordarlo, me parece que el día que fingimos que nos amábamos delante de la corte de Lothaire es parte de una historia muy antigua, casi un cuento escuchado en mi infancia.

Claro que mi lealtad está con ella. No hay ningún sitio mejor en el que pudiera depositarla.

—¿Consideras que soy un peligro para Eirene? ¿Que deseo traicionarla?

—Ya hemos tenido un rey avaricioso, que hizo daño a la legítima reina para sentarse en su trono.

—Seaben jamás haría eso.

Doy un respingo y me vuelvo hacia Drake. No habría esperado escuchar eso de sus labios jamás. Pero ahora, ante mí, el trovador cuadra los hombros y mira a Cressida a los ojos, con una decisión loable. ¿Realmente acaba de defenderme? Hace dos lunas, habría hundido un cuchillo en mi corazón si hubiera tenido la oportunidad.

—Yo también pensé que le haría daño, al principio —concede—. Suponía que Seaben de Lothaire tenía que ser como su madre y llevar la guerra y el caos allá a donde fuese. Pero durante las últimas semanas, he entendido que no es así. Que es un hombre realmente amable. Que piensa en los demás y actúa más por el bien de otros que por el suyo propio. Y sé, también, que haría cualquier cosa que estuviese en su mano por hacer feliz a Eirene.

Cressida no parece saber qué responder a eso, aunque yo, tampoco. Al final, sin embargo, consigo reponerme.

—Y no deseo el trono de Nryan.

—Nunca gobernarás a su lado.

—Hay otro reino que aguarda por mí.

No añado que ese reino no es Lothaire.

—Entonces cada uno estará en un lugar. Tendréis que separaros.

¿Cree que no lo sé? Intento que sus palabras no me afecten, pero no es la primera vez que me planteo esa cuestión. Que sé que llegará, algún día, el momento de separarnos. Por lunas, espero, y no por estaciones enteras.

Pero ¿cuántas veces hemos visto nuestros planes frustrados? Soy perfectamente consciente de que no podemos pensar ya tan a largo plazo. Que cada vez que nos ilusionamos por algo, que creemos que algo está encauzado, nuestras ilusiones se rompen en mil pedazos. Es por eso que ya apenas nos atrevemos a soñar. Que nos obligamos a vivir al día, en vez de malgastar el tiempo creando suposiciones.

—Lo afrontaremos cuando llegue. Pero no tienes nada que temer: no robaré a Eirene nada que sea suyo.

—Eso dijo Ibran. —Cressida no está dispuesta a darse por vencida —. Y luego se lo arrebató todo a Áine. Se lo arrebató todo a Eirene, también, y nadie pudo hacer nada para protegerla.

—Porque sabía que no era su hija.

Es una suposición, más que una seguridad, pero al ver que a ella le cambia la expresión tengo la certeza de que eso mismo es lo que ha sucedido. Ibran siempre supo que la hija de Áine no era suya también. Que había habido un amante, a quien acusó de traición. Que había personas que lo sabían.

—¿Por qué no se lo dijisteis? —El susurro de Drake casi es temeroso.

—¿A una niña pequeña? Nunca lo habría entendido. Se habría rebelado contra Ibran y lo habría enfurecido. Se habría condenado. Eirene siempre fue una niña impetuosa. Se habría metido en problemas y ninguna de nosotras hubiera podido salvarla. Además, si Aine no se lo dijo, ¿con qué derecho íbamos a hacerlo nosotras?

—Podríais haberle escrito a Veridian. Podríais haberle dicho la verdad cuando creció.

Estoy más de acuerdo con la elfa que con el astrense. Eirene, en ocasiones, hace las cosas sin pensar. No me cabe duda de que habría intentado salir de Veridian y venir hasta Nryan para pedir explicaciones. ¿Y a quién? O a Cressida o a Ibran, porque a ella no le quedaba nada más. Nadie más.

—¿Y qué habría pasado entonces? Hayes no estaba aquí. Ibran hubiera montado en cólera. ¿Y de qué le hubiera servido? Saber que era ilegítima no habría ayudado a su causa. No la ayuda *ahora*, de hecho.

Es cierto. No sé qué hará ahora Eirene con esta información, pero estoy seguro de que se echará su peso sobre los hombros, al igual que con todo lo demás. Probablemente incluso llegue a creer que es una desventaja, aunque nadie puede negar que nació de Áine, y el reino había sido muchos años un matriarcado antes de que Ibran se alzase como regente. Siguiendo esa lógica, debería ser suficiente con que sea la hija de la reina. Incluso si su padre es otro hombre…

—¿Y de qué iba a ayudarla vivir en las sombras? —protesta Drake.

—Le daría más confianza para ocupar su lugar.

—¡Habría acabado enterándose por Ibran, si él quisiese usar esa baza contra ella!

—Las cosas no funcionan así, Cressida —interrumpo a Drake—. No es preferible vivir en la ignorancia. No es preferible vivir una mentira. Te lo dice alguien que lo ha hecho durante toda su vida. En ocasiones, saber la verdad no cambia nada. Pero, en otras, puede significarlo absolutamente todo. En el caso de Eirene, lo hace. Y ya no solo porque sea legítima o no, porque pueda ponerle más difícil ser reina o no. Se trata del hecho de que esta información da un nuevo significado a toda su existencia. A que la exiliaran. A que la mandaran lejos. Incluso

a la muerte de su madre y de su madrina. Durante años, Eirene ha tenido que rellenar los huecos con la información que tenía, pero estaba equivocada: pensó que su propio padre la odiaba, pensó que intentaba apartarla del reino, pensó que nada de lo que hiciera sería suficiente. Esto lo cambia todo, incluso si no puedes entenderlo.

La mujer no separa los labios. Drake, a mi lado, aprieta los puños y mira al suelo. Él también conoce las dudas de Eirene. Él también sabe de sus miedos. De sus esperanzas. De cómo esta nueva situación puede transformar su forma de pensar respecto al trono y a su reino.

—Áine me dijo que la protegiera. Me dijo que cuidara de ella.

—Tal vez la reina se equivocó. A lo mejor esa no fue la mejor manera de asegurarse que su hija estaría bien.

Cressida no responde y sé que esas no han sido las palabras más justas. No sé cómo era Áine, pero todo el mundo a su alrededor parecía quererla. Puede, sin embargo, que al final el miedo pudiese con ella. Que la arrastrase a tomar decisiones equivocadas. Que pensara que tenía la culpa de algo y no había forma de enmendar sus errores.

Nos hundimos en el silencio. Drake pone una mano sobre mi hombro y aprieta, con suavidad, dándome un poco de aliento. Yo no me muevo.

La reina Áine sería la única que podría explicarnos por qué hizo lo que hizo. Por qué se condenó y condenó a los que estaban a su alrededor. Y su voz, nos guste o no, ya nunca la escucharemos.

Hay un silencio grande, denso, cuando Hayes entra en la estancia. Creo que no necesita que le diga que lo sé. Es perfectamente consciente, como yo lo soy de que él tampoco ha descubierto la verdad hace tanto. Los dos nos miramos por un tiempo largo, intentando encontrar unas palabras que tratan de huir de nosotros. ¿Se supone que debo sentirme más ligada a este hombre ahora que sé que *él* es mi padre, y no Ibran? ¿Debería sentirme aliviada por que Ibran no tenga, en realidad,

ninguna relación conmigo? Ninguna de las dos cosas ocurre. En los cuentos, quizá habría sentido una alegría infinita al reencontrarme con un padre perdido y arrebatado. Pero lo cierto es que, para mí, la persona que se ha quedado quieta en el centro de mi cuarto no es más que un desconocido. No hay mayor calidez ni emoción. Solo el agradecimiento que ya le profesaba, porque me salvó la vida una vez y porque siempre se ha mostrado leal conmigo.

Aparte de eso, solo queda la curiosidad.

—¿Por qué?

No creo que mi pregunta sea la mejor. No creo que yo misma sepa qué estoy preguntando exactamente. ¿Por qué no se me dijo? Él tampoco lo sabía. ¿Por qué no estuvo con mi madre hasta el final? Quizá. ¿Por qué se le acusó de traición? Es otra posibilidad. Hay demasiadas preguntas, y no me veo capaz de formularlas todas.

Hayes respira hondo. Lo veo dudar sobre qué paso dar a continuación. Finalmente, su mano agarra una silla que acerca a mi lecho, aunque la deja a una distancia prudencial. Más que sentarse, se derrumba sobre ella.

—Áine no me lo dijo. Tenéis que creerme: jamás me habló de una hija. Cuando os conocí en Astrea…

—Hayes.

Él calla, mirándome, en tensión. Veo lo triste que está. Lo lleno de rabia. ¿Soy yo más importante para él de lo que él lo es para mí? ¿Significo algo más que una princesa para él, de pronto? ¿Es capaz de verme como *su hija*, aunque a mí me cueste pensar en él como *mi padre*?

—Tutéame, por favor. No disfruto demasiado de que se me trate de manera distante, pero dadas las circunstancias creo que además es… extremadamente extraño que lo sigas haciendo.

Trato de sonar más ligera de lo que me siento. Él parece un poco turbado ante la petición, pero asiente, bajando la cabeza. Sus manos se aprietan y se retuercen.

—Cuando te conocí en Astrea apenas sabía cómo reaccionar. Estuve alejado de Faesia demasiado tiempo. Nunca fui consciente de que Nryan tuviera una princesa, y para mí era impensable que así fuera. Ni siquiera estaba aquí cuando…

—Cuando mi madre murió.

Su mandíbula se tensa. Esa expresión que ha estado ahí desde la primera vez que mencioné a mi madre en su presencia vuelve a apoderarse de su cara. Eso sí me une a él: lo mucho que le duele. Creo que debió de quererla sinceramente.

—Supe que había fallecido cuando regresé a Faesia. Supe, también,

que Ibran gobernaba en su trono. Pensarlo hacía que ardiese de rabia. La corona de Nryan *nunca* debió ser suya. Jamás debió estar cerca siquiera de la corona. Cerca de Áine…

—¿Cómo fue?

—¿Cómo fue qué?

—Vuestra relación. Desde el principio… hasta el final.

Hayes me observa, cogido por sorpresa. Pero ¿acaso no era obvio que iba a preguntarle al respecto? Quiero saberlo. Me *merezco* saber cómo surgí de verdad. ¿Por qué mi madre nunca le dijo que estaba embarazada? ¿Por qué fue él acusado de traición? No tengo respuestas para nada, y las necesito.

El hombre parece cohibido. O quizá solo tenga miedo de recordar. Tarda tanto en volver a abrir la boca que llego a creer que no lo hará jamás. Pero entonces, como un milagro, con los ojos fijos en sus manos, las palabras surgen:

—Yo la quise siempre.

Supongo que esa es una buena manera de comenzar una historia de amor.

Hayes

iempre supe que no debía quererla. Pero la quería. Era difícil no querer a tu madre, en realidad. Ella nunca era consciente de lo que despertaba en los demás, pero siempre era tan agradable, tan lúcida y divertida, y al mismo tiempo tan incorruptible, que su presencia hechizaba a todo el mundo. Por supuesto, no todo el mundo se enamoraba de ella, como hice yo, pero sí que era una persona querida.

»La vi crecer. Pude hacerlo gracias al puesto de mi padre, consejero en el gabinete de tu abuela. Como tú, era más rebelde de lo que le habría convenido. A menudo le gustaba retar a la guardia, con la que yo solía entrenarme, y a mí me fascinaba cada vez que

aparecía. Por aquel entonces, Deniel ya era su amiga: había sido su dama desde el principio de los tiempos. Yo a ella no le gustaba demasiado. Siempre me decía que me mantuviera lejos, que no la mirase demasiado, que no fuese un descarado y que recordase que Áine debía ser mi reina, y yo su servidor, y nada más. Cressida ya pertenecía a la guardia, aunque tardaría muchos años en convertirse en capitana. Las tres eran inseparables. Cressida también me advirtió, en realidad. Supongo que realmente mi admiración por la princesa fue siempre demasiado evidente. A excepción de para Áine: como te he dicho, ella nunca era consciente de lo que despertaba en los demás. Quizá era demasiado inocente. Quizá, sencillamente, no le importaba. Siempre, desde el primer día que la conocí hasta el último, trató tan solo de vivir sin hacer daño a nadie. A veces parecía que el mundo a su alrededor no podía afectarle; otras, que le afectaba demasiado. Pero nada ni nadie podía evitar que Áine de Nryan hiciera exactamente lo que se le antojaba, lo que ella consideraba que debía hacerse, y quizá era eso lo que me intimidaba y al mismo tiempo encandilaba de ella. Yo era, por aquel entonces, un joven estúpido, demasiado prendado por una persona que me parecía inalcanzable. No me atrevía a decírselo, pero tampoco era capaz de alejarme. Trataba, de hecho, de estar todo lo cerca de ella que pudiera. Fingía olvidarme cosas en palacio. Me hacía el encontradizo con ella. Aunque siempre le rendía reverencias, nunca era capaz de apartar por completo la mirada al suelo. O quizá sí fuera capaz, pero sabía que a ella le gustaba que no lo hiciera. Éramos muy jóvenes. Apenas habíamos dejado de ser niños. Nos gustaba jugar a aquello: a ser un poco más descarados de lo que nos convendría, a insinuarnos y a retarnos, pero nunca hablar de si sentíamos algo por el otro.

»Esto ya debes de saberlo, pero cuando su madre falleció, Áine todavía no había cumplido la mayoría de edad y por tanto no se la consideraba válida para ocupar su lugar en el trono. El consejo se quedó al cargo. Áine habría querido tomar su responsabilidad de inmediato, pero se lo impidieron. Se dijo que no estaba preparada. La muerte de la anterior reina había sido inesperada y era cierto, a Áine todavía le quedaban muchas cosas por aprender. Ella insistió, quería ocupar ya su lugar, no quería que nadie mandase sobre ella, no quería tampoco dar la espalda a su responsabilidad. Apenas le quedaban unos meses para cumplir los dieciséis. Si se lo hubieran permitido, quizá todo habría sido diferente. Porque entonces alguien decidió que lo más sensato era que, al tiempo que ella subía al trono, debía hacerlo un rey. E Ibran fue el escogido.

»Creo que fuimos estúpidos, Eirene. Creo que si hubiéramos sido

un poco más valientes, si hubiéramos dejado los juegos de adolescentes para enfrentarnos a nuestros sentimientos, aquel matrimonio podría haberse evitado. Mi padre estaba en el consejo. Yo podría haber sido una opción a rey, aprovechando aquello. Podría… O quizá no, quizá nada habría sido distinto, pero ni un día he dejado de preguntarme en qué momento podríamos haber hecho algo distinto que lo hubiese cambiado completamente todo. Es estúpido, lo sé. Es dañino, porque el pasado no va a cambiar. Pero las personas que creemos que merecemos un castigo disfrutamos de infligirnos el máximo dolor posible.

»Fuera como fuese, ella se casó. El día de su cumpleaños. Aquel fue el momento también en el que subió al trono. Desde el momento en que el compromiso se anunció, yo me comporté como un perfecto imbécil. Creí que tenía que alejarme. Que así me protegía, porque ella, como siempre había tenido que saber, no podía ser para mí, y yo no podía ser para ella, y lo que había fantaseado eran solo eso, fantasías, y aceptarlo me molestaba. Deniel me increpó en una ocasión. Me dijo que no me la merecía si consideraba que solo podía estar a su lado en los términos que yo quisiera. Tenía razón. Tardé en darme cuenta. Te lo he dicho: apenas habíamos dejado de ser niños. Áine, sin embargo, tuvo que crecer mucho más rápido que un muchacho egoísta que solo pensaba en sus sentimientos.

»Áine nunca me echó en cara que me apartara. En realidad, Áine nunca me echó en cara nada. Creo que nunca le echó en cara nada a nadie. Ni siquiera culpó al Consejo por prometerla con aquel hombre. Con el tiempo supe que aquellas primeras semanas después de la boda fueron complicadas. Durante jornadas enteras, Áine se encerraba en su despacho y no salía de él hasta que la luna estaba alta en el cielo. Quería demostrarle a todo el mundo que se habían equivocado con ella: que había estado preparada para ocupar su lugar desde el primer momento. Que nunca había necesitado, tampoco, un marido: nunca permitía que él entrase en aquel lugar. Era su santuario. Sus libros, sus documentos, todo lo necesario para gobernar su reino estaba allí. Por supuesto, a Ibran no le gustaba aquello. Él quería tener algo más de poder. Su manera de hacerlo fue conseguir, poco a poco, la confianza de los consejeros. A ese hombre siempre se le ha dado bien el juego de máscaras, Eirene, aunque supongo que no te descubro nada.

»En cualquier caso, incluso cuando muchos de los consejeros mantenían a Ibran enterado de las decisiones de la reina, ella jamás le permitió el paso a la biblioteca. Quizá por eso fue allí mismo donde nos reencontramos, cuando yo decidí que tenía que dejar de ser un estúpido. Que quizás ella estaba casada, pero seguía siendo la mujer

apasionante que había conocido por tantos años, y quería creer que ella al menos me consideraba su amigo. Si así era, con mi distancia estaba fallando a su confianza. Así que un día llamé a su puerta y pregunté, atrevido, si podía ayudarla en algo. Como si ella necesitase mi ayuda. Como si tu madre, Eirene, no hubiera podido enfrentar el mundo entero con una sola pluma y un papel. A veces realmente creía que podía. Creí, durante mucho tiempo, que su reinado sería el más brillante que Nryan jamás hubiera conocido. Supongo que lo fue, mientras se lo permitieron…

»Áine no me necesitaba. No había nada que ella no pudiera haber hecho sin mí, y menos en aquella biblioteca. Pero en aquel momento levantó la cabeza de sus documentos y todavía recuerdo cómo me miró. Como si viera una aparición. Y de pronto, como si esa aparición la hiciera muy muy feliz. No me necesitaba, pero fingió que sí, y me permitió entrar en su biblioteca.

»Y aquel se convirtió en nuestro refugio.

»No sé cuánto tiempo duró aquello. Semanas, desde luego. Más de un mes, puede que dos. En aquel lugar fingíamos que Ibran no existía. Áine llegó a decirme una vez que, de todos modos, ella siempre se esforzaba por olvidarse de él. Que, era obvio, a él ella no le interesaba en absoluto, y era recíproco. Ibran nunca fingió otra cosa, tampoco. Todo el palacio sabía, sin ir más lejos, que dormían en habitaciones diferentes. Él estaba allí por el poder, y era de aquello de lo que Áine se esforzaba en mantenerlo alejado. En la biblioteca, por otro lado, ambos podíamos ser solo los dos jóvenes que habíamos sido hasta pocos meses antes. A mí me bastaba con aquello. Fui… Fui muy feliz durante aquel tiempo. La mayoría de los días, en aquel lugar solo estábamos ella y yo. En otras tantas ocasiones, Cressida y Deniel se unían a nosotros. Los consejeros entraban un rato y después volvían a salir. Nada más. Era un pequeño mundo en un gran castillo.

»Entonces mi padre murió. No fue un golpe inesperado: había estado enfermo durante muchos años, pero aguantó en su puesto hasta el último día, hasta que no pudo más. Yo debía sucederle. Pensé que, desde mi puesto como consejero, podría ayudar a Áine. Podría informarla mejor hasta qué punto Ibran trataba de entrometerse en su gobierno. Podría pararle los pies, cuanto fuera necesario, en sus tejemanejes con el resto de consejeros, si es que se daban. Aquello debía ser lo que pasaría. Nada más. Debí quedarme para siempre en ese lugar silencioso al lado de tu madre, solo como un apoyo, como una sombra, sin más relación. La condené, Eirene. Lo he sabido siempre.

»Pero un día ella puso su mano sobre la mía, en aquella biblioteca.

Me miró. Me dio las gracias por estar siempre cerca y apoyarla. Se acercó demasiado a mí. Y yo sabía… sabía que si no me apartaba algo horrible pasaría. Pero no quería quitar aquella mano. Ni dar ni un paso atrás. Ni dejar de mirarla. Ni mentirle diciéndole que solo era mi deber. Yo sabía que no podía dejar que me besara. Pero cuando se acercó a mí, en el fondo no quería otra cosa. Tenía que haberla rechazado, pero llevaba tanto tiempo deseando aquello que no encontré las fuerzas para ello. Intenté engañarme, al principio, pensando que solo sería un beso. Que después ambos nos daríamos cuenta de que todo era un error, nos alejaríamos y fingiríamos, de la manera en que cada cual pudiera, que no había sucedido.

»Pero no fue solo un beso. Nunca lo es.

»De nuevo: éramos jóvenes. E idiotas. Y creíamos que el amor lo podía todo. Que nuestro amor lo podía todo. Que nadie tenía por qué saberlo, si éramos discretos. Que podíamos vivir así, escondidos. Yo no había sido el único que había amado en secreto por todos aquellos años: ella también me había querido en silencio durante mucho tiempo. Y ahora que por fin lo sabíamos, no queríamos desaprovecharlo. Incluso si tenía que ser un secreto solo nuestro. Incluso si nadie más lo podía conocer jamás.

»A nuestro favor diré que… tuvimos razón durante unos meses. Mantuvimos el secreto durante siete lunas enteras. Deniel y Cressida lo sabían, pero solo ellas. Y entonces, una noche, tu madre… No quiero que pienses mal de ella. Era una mujer preocupada por su pueblo, Eirene. Realmente lo era. Pero ella sencillamente… estaba tan cansada. Todo lo que había sido siempre era la princesa. La reina, demasiado joven. No había tenido nunca una vida propia. Ni siquiera podía hacer pública la felicidad que sentía conmigo. Cada día, compartía espacio con un hombre que aborrecía y que la consideraba solo una herramienta o algo que tolerar para conseguir su corona. Ni siquiera había cumplido los diecisiete todavía, pero ya sabía que nunca sería libre.

»Y solo quiso serlo.

»Si lo pienso ahora… Creo que eso fue solo lo que me dijo. Creo que, en realidad, ella sabía que estaba embarazada cuando me propuso huir. Me dijo que dejásemos Nryan, y yo no entendía cómo ella podía proponer aquello, pero me convenció. Parecía tan desesperada. Tan agotada, Eirene. Y yo solo quería que fuera feliz. Creo que supo desde el principio que si se sabía que tenía un hijo, Ibran te haría daño. Creo que te eligió a ti por encima del reino.

»En cualquier caso, yo acepté. Escapamos en el primer barco del día siguiente, hacia Veridian. Ella, sin embargo, no quiso quedarse

allí. Tenía miedo de que nos encontraran, de que alguien buscase a la reina y que pudieran hallarla entre los suyos. A mí, por supuesto, me castigarían si nos encontraban juntos. Tampoco estaba dispuesta a correr ese riesgo. Así que decidimos adentrarnos en el bosque, buscando refugio en el Paso del Principio. Encontramos uno, muy cerca de la frontera con Anderia. Lo suficientemente apartado como para que nadie hiciera preguntas, para vivir solo nosotros, sin nadie más. Áine estaba nerviosa los primeros días. Estaba triste y frustrada, porque no quería dejar atrás su tierra. De alguna manera, yo siempre pensé que al final cambiaría de parecer. Que no arriesgaría todo su reino por mí y que, tarde o temprano, regresaríamos. Pero con el paso de los días, se fue tranquilizando. Y de pronto todo estaba bien. En aquel bosque las noticias no llegaban. En aquel bosque el resto del mundo no podía tocarnos.

»Pero un día, cuando ya llevábamos dos semanas asentados allí, una parte del resto del mundo consiguió tocarnos. Era una muchacha. Una muchacha que lloraba, corría y gritaba el nombre de alguien que buscaba desesperadamente. Cuando la descubrimos, de pronto, se derrumbó.

»Estaba muy débil.

»Y visiblemente embarazada.

»Áine jamás podría haberle dado la espalda. Si ya estaba embarazada, con más razón sintió aquel impulso irracional de ayudarla costara lo que costase. Aunque eso hiciera que alguien supiera dónde estábamos. No quisimos creer que nos descubriría de alguna manera. Era solo una muchacha. Una humana, sin embargo, que podía dar la alerta de que estábamos demasiado cerca de la frontera con Anderia y hacer que nos capturasen.

»Pero la muchacha no parecía temernos, en realidad. Creo que ella y tu madre se llevaron bien. Creo que se comprendieron, de alguna manera. Áine se la jugó por ayudarla. Por acompañarla de vuelta a Anderia, porque aquella muchacha estaba tan perdida…

»Supongo que tu expresión es porque lo entiendes. Porque sospechas quién era.

»Supongo que realmente Seaben y tú estabais destinados, de alguna extraña manera. Al fin y al cabo, ambos os conocisteis antes incluso de nacer.

i madre sabía que Celeste de Anderia iba a tener un heredero.

Aunque no me he atrevido a interrumpir el relato de Hayes hasta ahora, de pronto las palabras salen como una corriente de mi boca. Siento que me atraganto con ellas. De pronto, la única pregunta que no había podido responder todavía acerca de la historia de mi madre tiene una respuesta. ¿Por qué Mab la odiaba tanto? Porque, como yo, fue la única que podía haber desbaratado todos sus planes. La única

que sabía la verdad. La única que podía haberlo impedido todo.

Mi madre ayudó a Celeste de Anderia. Y, si lo hubiera seguido haciendo, todo habría sido distinto.

Pero, por supuesto, sé que eso no ocurrió.

Miro a Hayes, sin aliento. El elfo tiene la mirada llena de recuerdos, y sé que ahora es cuando vienen los verdaderamente tristes. Hasta este momento podía soñar que los personajes de su historia fueron solo dos amantes, y podía inventar un final feliz en el que ambos consiguieron vivir apartados. O en el que regresaron al reino del que habían huido, apartaron a aquel esposo impuesto y declararon su amor al mundo, criando juntos a la joven princesa que nacería de su unión.

—¿Qué pasó después?

No sé si quiero saberlo. Quizá me parezca más amable reinventar a esos dos enamorados como algo completamente ajeno a mí y quedarme en el final que a mí me parece justo para ellos. Hayes baja la vista. Sus manos se aprietan sobre sus rodillas.

—Vinieron. Tardaron unos días, pero, finalmente…, vinieron. Órdenes de Ibran, dijeron. Tu madre protestó. Dijo que ella era la reina. Que era a *ella* a la que se le debía obediencia. Pero Ibran había convencido a los soldados de que su reina no pensaba con claridad. Que estaba siendo manipulada.

—Por ti.

—Por mí. A ojos de todo el mundo yo era un traidor. Lo que se dijo es que la había secuestrado. Que la había llevado a Anderia para venderla a los humanos y dejar que la usaran en su guerra. Tratamos de luchar. Nunca había luchado con tanta fuerza, con tantas ganas, con tanta desesperación. Tu madre tampoco. —Hay un nudo en su garganta que le hace complicado continuar. Un brillo en unos ojos que creo que en cualquier momento se desbordará. Quizá porque eso está a punto de suceder, el hombre ante mí aprieta los párpados—. La última vez que vi a Áine, soldados de su propia tierra la cogían mientras ella suplicaba en mi nombre.

Y nunca más la volvió a ver. Allí se acabó todo para ellos.

Es demasiado cruel.

No hay palabras con las que pueda llenar el vacío que dejan atrás los recuerdos amargos. Hay una pena inmensa que me aprieta el corazón y no me deja pensar más que en los gritos que debió de haber aquella noche. En cómo debieron de revolverse ambos. Es peor imaginarlo que haberlo vivido porque las posibilidades, cómo mi mente completa y da vida a esa historia, son infinitas.

—¿Por qué mi madre nunca llegó a contarte que estaba

embarazada…?

Hayes niega con la cabeza, bajando la vista.

—Supongo que tenía miedo. Que estaba esperando a estar segura de que estábamos a salvo. O quizá esperaba algo. Una resolución al problema que no pasara por huir. Una manera de proteger todo lo que quería al mismo tiempo. A ti, a mí, a su reino.

—¿Y después de aquello…?

—Después nos llevaron de vuelta. —Hayes traga saliva, mirándome—. A mí para juzgarme. A ella para devolverla a su lugar, supongo. A aquel del que nunca debería haber salido. Y ella… Supongo que ella encontró justo lo que yo te he dicho: la manera de mantenernos a salvo a todos. A ti, a mí, a su reino.

»Me encarcelaron. Se me dijo que me ejecutarían. Y entonces, cuando ya lo daba todo por perdido, Cressida apareció. Me prometió que podía salvarme, pero que nunca más podría volver. Ella sabía que yo habría luchado lo que fuera necesario por Áine, pero si lo hubiera hecho habría sido contraproducente. Yo habría terminado muerto, y quizás ella sufriendo todavía más. No podía ganar. Cressida fue cruel. Dijo todo lo que hizo falta para convencerme de que debía alejarme. De que era la única manera de mantener a Áine a salvo y a mí con vida. Y yo… Yo lo hice. Hui, como un cobarde. Debí haberme quedado. No debí haber sido tan iluso como para pensar que solo con eso Áine estaría a salvo. Debí haberla protegido más, debí…

Hayes calla, sorprendido, cuando mi mano encuentra la suya. Su mirada está tan nublada como la mía cuando nos observamos. Trato a duras penas de contener las lágrimas, y supongo que él también. Debe de haber pasado mucho tiempo desde que habló de esto con nadie, y hacerlo ahora, conmigo…, con *su hija*… Pensar en ello resulta extraño todavía. Ajeno. Y aun así, después de escuchar su historia…

Supongo que, en cierto modo, me alegro. Me alegro de haber surgido de algo así. De un amor que lo intentó todo. De algo hermoso y no de una unión obligada y llena de odio. Al menos, sé que mi padre, el de verdad, quiso a mi madre más que a su propia vida. Es mucho mejor que pensar en Ibran, que acabó por destrozar todo lo que ella amaba. Que hizo tanto daño…

—Hicisteis todo lo que pudisteis. Ella. Tú. Cressida. Todo el mundo. No tenéis la culpa.

Si alguien tiene la culpa es el hombre que ahora ocupa la regencia. Y Mab, aliada con él. No tengo ninguna duda de cómo los encontraron en el Paso. Celeste debió de hablar con Eveque. Eveque debió de informar a Mab. Mab debió de considerar que no podía dejar ni un cabo suelto. Que había que mantener a mi madre atada en corto y

bajo control.

La culpa es de ellos. De nadie más.

Hayes aprieta los dientes, pero no dice nada. Su cabeza cae, y sus hombros tiemblan en un llanto silencioso.

Con un montón de dudas, con un montón de miedos, con un montón de inseguridades, abrazo a mi padre.

No le digo que voy a luchar por el final feliz que nos arrebataron.

Drake

i pudiera escribir solo una canción de todos los sucesos que he vivido en las últimas lunas, lo haría sobre la liberación de Astrea. Pero a la zaga, muy cerca, le seguiría este día: el día en el que Eirene de Nryan revivió de entre los muertos para su reino. El día en el que se subió a una plataforma, con el pueblo del Bosque de las Sombras a sus pies, y demostró que era la reina que habían estado esperando. La reina que les devolvería su autonomía y su libertad.

La reina, en definitiva, que la isla necesitaba.

Sé exactamente qué notas rasgaría de tus cuerdas. Puedo ver, en mi cabeza, los puntos exactos en los que tendría que apoyar mis dedos

para hacerte cantar sobre este momento, incluso si no estoy muy seguro de qué palabras usaría exactamente. ¿De qué forma podría describir la penumbra y el silencio en el poblado? ¿De qué forma podría hablar de los susurros, que casi parecen un cántico? ¿Cómo podría contarlo sin que parezca parte de una atmósfera opresora? No se puede entender el baile de las sombras en los rincones si no lo has visto, pero no es algo amenazante, sino una parte más de este mundo apartado del resto del reino.

—Ahí está.

La voz de Sylvana me aparta de mis pensamientos. Nos hemos puesto al final de todo, tras un mar de cabezas que se alzan para contemplar a su reina, que pisa fuerte sobre el estrado. La sigue Cressida, muy de cerca, que alza las manos.

El silencio, entonces, se vuelve casi ensordecedor, lleno de una expectación de la que nunca antes había sido testigo.

—Como sabéis —resulta extraño escuchar a Cressida alzando la voz, como si no hubiese concebido que pudiera emitir algo más que susurros—, la princesa Eirene ha vuelto. Está entre nosotros como una invitada, pero tiene algo que proponer a nuestro pueblo. Ha pedido que se la escuche y, después, que decidamos sobre sus peticiones.

A nadie se le escapa lo mucho que dicen sus palabras en ese breve discurso. Aunque se aparta, sin más, dejando sitio a Eirene, las implicaciones permanecen en el aire sobre nosotros, casi como una amenaza. «Recordad que normalmente nadie pide nuestro permiso». «Recordad que esta muchacha desciende de la encarnación de tiempos mejores».

«Recordad, porque en el momento en el que olvidemos cederemos a lo que nos está hiriendo. Al rey que quiere cambiar todo aquello que una vez fuimos».

Los pasos de Eirene sobre la madera son recibidos con reverencia. Yo siento que mi pecho se hincha de aire y orgullo, cuando inspiro. Cuando la veo brillar como una estrella ante su pueblo, con resolución y energía. Sus ojos rosados —parecen grises bajo la luz del día que no es tal en el Bosque— recorren la multitud como si quisiera guardarse en la mente cada rostro perteneciente a su pueblo. Incluso si solo lleva una camisa y unas calzas, con unas botas llenas de tierra y desgastadas por el viaje, lo cierto es que jamás ha parecido más majestuosa. Ni siquiera con un vestido de la tela más rica podría competir con lo que estamos viendo en este momento, porque no tiene nada que ver con la riqueza o sus ropajes: habla su porte, su expresión, sus gestos. La futura reina de Nryan está en la forma de sus labios cuando los aprieta, en la manera que tiene de entrecerrar los ojos, en la pose que

adopta para dirigirse a los presentes:

—¡Pueblo de las Sombras! —llama, aunque ya tenía la atención de todo el mundo—. Durante los últimos catorce años, Ibran ha llevado las riendas de la isla. Durante los últimos catorce años, habéis sido vigilados y se han negado los derechos que siempre habéis tenido en estas tierras. Soy consciente de ello. Soy consciente, también, de lo injusto que es que un derecho se vuelva un *privilegio*, y que todo lo que mi madre y mis antepasadas construyeron se vea ahora convertido en ruinas.

Un sonido de asentimiento. De conformidad.

—No deseo seguir viendo a mi reino vivir así. —La expresión de la princesa se endurece todavía más si cabe—. Es mi intención hacer que Ibran abandone la corona y devolver el poder al pueblo. Las gentes de Nryan siempre han tenido el control sobre sus poblados y quiero que eso vuelva a ser así. Quiero que toméis lo que ha sido legítimamente vuestro por más tiempo del que se puede recordar. Quiero que se os devuelva vuestra autonomía y vuestra voz, sin que tengáis que vivir apartados del resto del reino para ello. Deseo recuperar el derecho a decidir. La paz.

Se escucha un grito. Y luego otro. Durante un instante, después de tanto tiempo sin escuchar a más de una persona hablando en voz alta a la vez, creo que es algo malo. Que se lanzarán sobre ella y la echarán de aquí. Tardo un momento en comprenderlo. En percatarme de que el odio no tiene ese tono. En que la *vitorean*.

Aunque Eirene no cambia su expresión, sé que está tan sorprendida como yo. Lo noto en el leve temblor de su mano. En la forma en la que levanta un poco más el rostro. Son pequeños gestos que me dan las pistas para saber qué se le pasa por la cabeza.

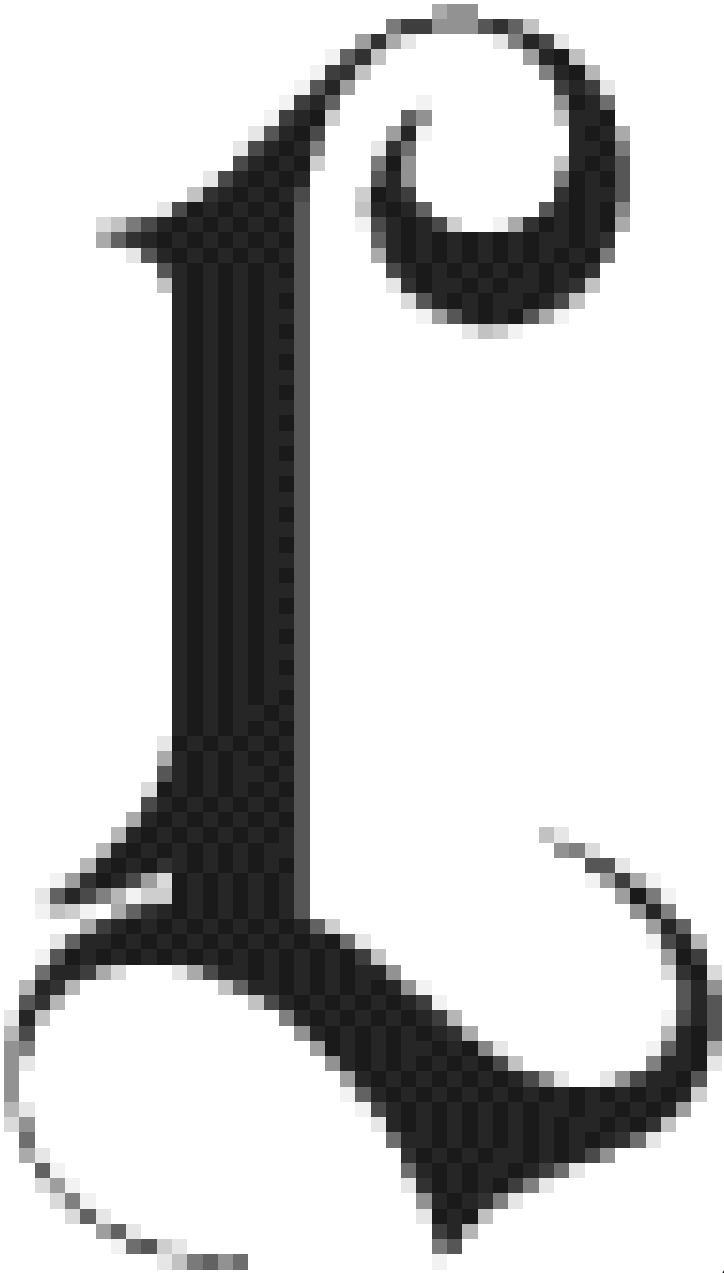
Eirene mira alrededor y, al menos, aquí, en este rincón en sombras de su isla, ya la han aceptado como reina.

El resto de batallas por ganar darán forma a su canción.

# Quinta Parte

## Reina del Ajedrez

Fay



a carta de mi hermano llegó a primera hora de la mañana, pero no he dejado de mirarla desde entonces. La paloma que ha traído su respuesta a mis preguntas revolotea de vez en cuando por la biblioteca, esperando el momento en el que tenga que volver a partir con una respuesta. Pero tengo que pensar con mucho cuidado lo que respondo. Porque no me creo ni una palabra de lo que Ailbhe me cuenta en su mensaje. Dice que Eirene le convenció de que aquello era lo más sensato, que las

noticias del anuncio del compromiso llegaron demasiado pronto y la única postura posible para evitar problemas en Veridian era aceptarlo. Pero no creo de verdad que Eirene le dijera eso. No creo que Eirene no estuviera sorprendida por el curso de los acontecimientos. Estoy segura, de hecho, de que intentó ponerse en contacto conmigo, pero Eveque debió impedir que sus cartas me llegasen. Por eso hace ya días que yo le envié una misiva que espero que le llegue, allá donde esté. Ailbhe me ha dicho que hace días enteros que nuestra prima partió de Veridian hacia Nryan, lo que significa que ya debe de haber llegado a su isla y ahora debe de estar intentando recuperar su sitio.

En eso yo no puedo ayudarla.

Yo solo puedo estar aquí, guardando el trono de Anderia, asegurándome de que nadie más le pone las manos encima. Solo puedo esforzarme por mantener una calma que es quebradiza, que cada día se desestabiliza un poco más. En su carta, mi hermano hablaba de conseguir un tratado de paz que acabaría con todos los conflictos. Siempre pensé que yo era la ilusa de los dos. La cándida, demasiado inocente. Supongo que las tornas han cambiado.

Supongo que yo ya no soy la que era.

No puedo serlo, o el resto de piezas de este juego del que formo parte me echarán del tablero. Sería muy sencillo. Todo el mundo debe de pensar eso. Yo misma lo había pensado hasta ahora. Yo misma *lo pienso* a veces. Lo sencillo que sería acabar conmigo.

Lo irrelevante que soy. Y, al mismo tiempo, lo relevante que debo ser. A las personas prescindibles se las desecha. Y yo no puedo permitirme ser prescindible. No mientras sea la única baza que le queda Anderia. No después de haber huido de aquella boda y haber iniciado una partida, con ello, que quizá nunca debió desarrollarse.

Pero ahora mismo solo puedo esperar. Solo puedo pensar, muy bien, cuál debe ser mi próximo movimiento. No. Quizá ni siquiera tenga que pensar en *mis* movimientos, sino en los de los demás. Así es como lo hace Mab, estoy segura. Así es como ella consigue adelantarse a todo. Conoce a las personas contra las que juega y adivina sus movimientos.

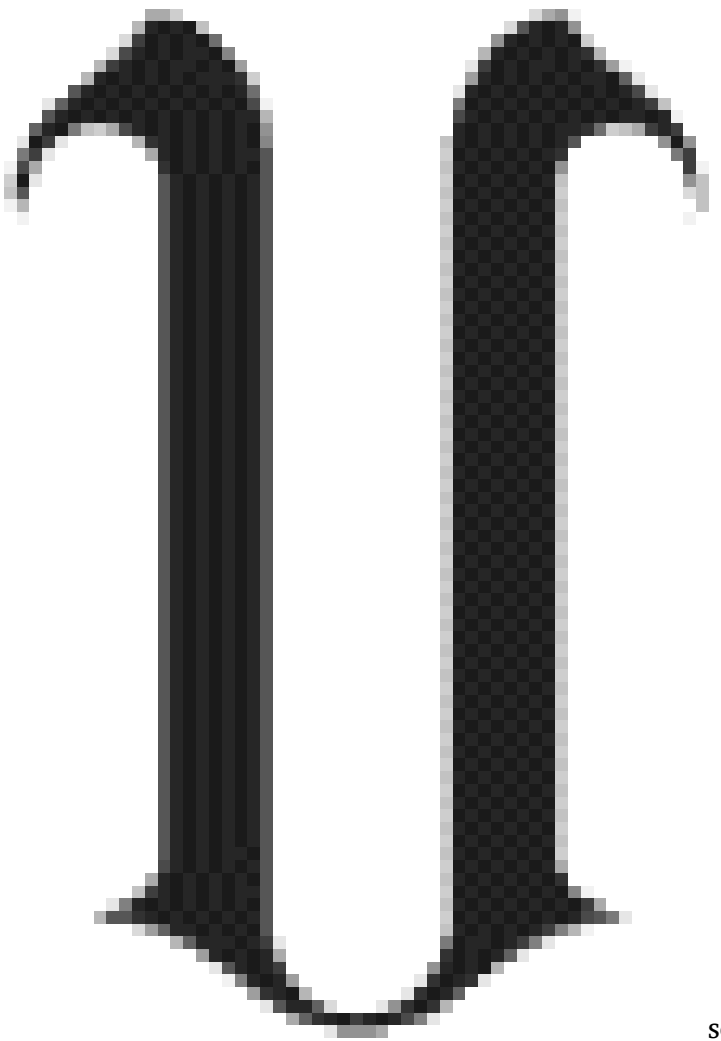
Y yo conozco realmente bien a Mab. La conozco de una manera que otras personas no pueden conocerla: a través de las palabras de su propia hermana. A través de las ideas de alguien a quien ella quiso y de alguien que la quiso de vuelta. Por supuesto, conozco a Mab a través del odio que le profesan un montón de personas más. Pero nadie se ha parado a pensar en que quizá la manera de conocerla de verdad sea a través del amor.

Por eso sé que vendrá.

Por eso espero, porque su amante murió entre estas paredes hace días, y ella terminará sabiéndolo y no lo perdonará, como no perdonó lo que ocurrió con su hermana. Con su madre. Con su padre. Con cada persona que amó alguna vez.

Mab de Lothaire ama de manera furiosa y pasional. De ahí brota, precisamente, toda su sed de venganza.

Sin decírselo a nadie, espero a que la reina de las hadas venga a reclamar justicia.



so los recuerdos de Eveque para orientarme por el castillo de Anderia, recorriendo los mismos corredores que ella, caminando con la

confianza de quien sabe que no puede permitirse un paso en falso. Los recuerdos de mi amante parecen ya lo único que me queda, lo único a lo que aferrarme, y los rescato de mi mente con la certeza de que es una forma de volver a tenerla a mi lado. De escuchar su voz cuando sé que nunca más saldrá una palabra de sus labios. De volver a sentir sus ideas en mi cabeza cuando soy consciente de que, a partir de ahora, en ella solo resonará mi voz.

Hacía años que no me sentía tan sola. Tan callada. Tan muerta.

Tan furiosa.

Me detengo. El corredor está oscuro y no hay ninguna diferencia perceptible entre las puertas que he pasado y la que ahora se alza frente a mí, pero yo sé que estoy en el lugar correcto. Que tras la entrada encontraré un amplio dormitorio, y en el lecho está la persona a la que quiero ver. Ha sido tan sencillo que resulta casi decepcionante: matar a un soldado, robar su uniforme y su forma, y fingir que este lugar es tan conocido para mí como la palma de mi mano. Nadie ha hecho preguntas. Por supuesto, nadie me esperaba.

Ajusto los dedos entorno a la empuñadura del puñal y doy un paso al frente. La puerta se abre prácticamente sin hacer ruido, girando sobre los goznes con una lentitud que no sirve más que para inflamar mi anticipación. Dentro, el dormitorio está en completa penumbra, iluminado por la luz de las estrellas, lejanas, y el brillo de una luna que en pocos días estará llena. Las únicas cortinas que se han corrido son las de la cama, pesadas, tras las que se encuentra el durmiente. El niño al que yo misma di a luz.

Cometí un gran error al usar esta pieza en el juego. Normalmente, no me arrepiento de muchas cosas, pero haberle dado un papel a ese niño es una de ellas. Se suponía que me serviría para mi cometido. Solamente tenía que dejarse manipular. Tenía que ser el peón perfecto y, quizá, si llegaba al otro lado del tablero, me encargaría de convertirlo en algo más. Como Seaben, que pensé que un día gobernaría Lothaire, quizá el niño podría hacer algo por Anderia, si era lo que quería. De todas formas, una vez mis planes se hubieran llevado a cabo, poco me importaría lo que ocurriera con este trozo de tierra o con cualquier otro. Faesia podría ser tragada por los mares y me daría igual, porque yo ya habría cumplido mi cometido.

He encauzado toda mi vida hacia un preciso momento, una victoria con la que he soñado mil veces.

Y lo cierto es que esperaba vivirla con Eveque.

Ahora, ella no está. No está para encargarse del niño ni está para encargarse de la princesa loca, así que bien puedo deshacerme de ellos. Y una vez sepa quién ha derramado la sangre de mi más leal

servidora, de la única persona que realmente necesitaba, acabaré con él. Acabaré con todo el castillo de Anderia, si eso me va a acercar a mi objetivo, ahora que el espíritu de Aldhara ya no protege este reino.

Entro en el cuarto y cierro a mi espalda sin ruido, aunque lo que más me gustaría es dar un portazo y hacerme visible. Quisiera que supiera lo que está pasando, lo que voy a hacerle. Deseo que vea mi cara antes de morir, cuando abra los ojos. Antes de que le abra la garganta y le quite la vida que yo misma le di. Que yo misma creé, como parte de un plan maestro. Quisiera decirle que solo tenía un objetivo y no lo cumplió. Que nunca lo quise. Que ni siquiera le puse un nombre, porque las herramientas no lo necesitan.

Quisiera…

Aparto las cortinas de un tirón y el filo del cuchillo destella cuando lo alzo, pero la cama está hecha y no hay nadie entre las sábanas. Nadie parece haber dormido esta noche aquí, pero aun así no puedo evitar coger una almohada. Desnudar el colchón de mantas. Estúpida, ¿no ves que no está aquí? No puede haberse hecho pequeño y desaparecer. No puede haberse desvanecido.

Una luz me ciega un instante. No es fuerte, pero es tan inesperada que planta mis pies al suelo y mis ojos la siguen como una polilla.

En un sofá, en un rincón que hasta hace un momento estaba en sombras, parece sentarse una llama. Los cabellos de la princesa de Veridian —no, de la *reina de Anderia*— parecen una hoguera aun más luminosa que el candil que ha apoyado en su regazo. Blanca como una estrella, la muchacha está mucho más mayor y demacrada de lo que la recordaba de su visita a Lothaire. Tiene una manta sobre las piernas, pero va envuelta en un vestido oscuro, pese a las horas, y no parece que estuviese durmiendo. De hecho, hay marcas de insomnio bajo sus ojos, oscuras, donde las sombras se han apoyado a descansar.

—Majestad. —Su voz es un susurro ronco. Se levanta, con lentitud, y me hace una reverencia casi perfecta, si no fuera porque todavía carga el candil y porque sus ojos, osados, no se despegan de los míos. No la recordaba así—. Qué inesperada sorpresa.

No. Claro que no lo es. Me esperaba. Sabe a qué he venido. Pero no podía estar segura de qué día lo haría, ¿verdad?

Me fijo en que va desarmada y, de todas formas, solo es una niña. Una elfa. No hay nada que pueda hacerme. Nos temía, a mí y a Seaben, y por eso huyó. No es más que una cobarde. Una irresponable.

Y ella también estaba bajo la custodia de Eveque. Me dijo que había sido tan fácil manipularla…

—¿Dónde está?

—El rey no está en palacio —repone, con una calma que tampoco

esperaba de ella—. Así que temo que habéis venido en vano.

—¿Dónde está? —repito. Aunque hago la pregunta en voz alta, mi mente es más rápida y actúa por inercia, asomándose a la de ella para ver en su interior. No espero resistencia, y por eso me sorprende ver que está preparada: sus ideas son caos, un grupo de pensamientos inconexos, recuerdos insustanciales y ruido que me confunden. Es una técnica infantil y tosca que no sería un problema contra alguien diestro en juegos mentales, pero es suficiente para desconcentrarme y despertar mi curiosidad.

¿Por qué está aquí esta niña? ¿Qué quiere?

—Si queréis hablar con quien gobierna el reino, quizá podríais dirigiros a mí. Ahora yo también soy reina. En un trono en el que jamás habría soñado sentarme, pero reina al fin y al cabo. ¿No nos convierte eso en iguales?

Su voz se ha vuelto melosa, dulce como el caramelo, pero no me cabe duda de que no espera que me confíe.

—¿Tenéis algo que decirme, acaso?

Fay de Veridian ladea suavemente la cabeza. La llama de la vela oscila y amenaza con apagarse.

—Quemamos el cuerpo de vuestra espía. Pensé que querríais saberlo.

Sus palabras me caen como un jarro de agua fría. Se me meten bajo la piel y me hielan los huesos. Siento que me quedo paralizada. Tardo en reaccionar mucho más de lo que me gustaría y, de hecho, cuando lo hago, me doy cuenta de que la princesa ha pasado por mi lado y se sitúa junto a la ventana. Ha dejado la vela sobre la repisa de la chimenea apagada y, al hacerlo, el fuego tiembla una vez más.

El aire se me queda atascado en la garganta. Los ojos, al ser consciente de todo lo que su comentario implica, se me anegan de lágrimas contra mi voluntad. Realmente se ha ido. Sus cenizas se las ha llevado el viento y ya no volverán, esparcidas por este reino que nunca quiso. Como el cuerpo de mi propia hermana, mancillado para siempre.

Una vez más, Anderia me deja sin aquello que más quiero.

No. No Anderia. Las estrellas están detrás de esto. Las estrellas, malditas todas…

—Realmente os importaba —susurra ella. De espaldas a mí, mirando al cielo titilante de diamantes. De un medallón argénteo, mágico e hinchado.

—Tú…

—No fui yo, si es lo que pensáis —repone, con soltura, ignorando el hecho de que la he tuteado—. O si es lo que os preocupa. En

realidad, toda la culpa la tenéis vos. ¿No os dais cuenta? Eveque, si es que realmente se llamaba así, os siguió hasta el final. Aun a riesgo de su vida.

—No fui yo quien la mató.

Fay de Veridian se gira. Su rostro es ilegible. ¿Cuándo ha crecido tanto? ¿Qué me he perdido? ¿Cómo se ha metido en *mi* juego sin que yo me diera cuenta?

—Vuestras ansias de poder lo han hecho —contesta—. Vuestro intento de controlarlo todo. Vuestra propia sangre…

Una mirada rápida al lecho vacío. Yo no me vuelvo. No me hace falta. Con las rodillas temblorosas bajo la falda de mi vestido, me quedo en el mismo sitio y trato de que no se note mi sorpresa. Mi odio. El modo en el que un puño se ha cerrado alrededor de mi corazón. El niño. El maldito niño. ¿Cómo se deshizo del control de Eveque? Doy un paso atrás, recibiendo el golpe un poco más tarde de lo esperado. Tengo que encontrarlo. Tengo que matarlo. Tengo que…

—A él también lo habéis condenado. A él, con vuestros tejemanejes, lo habéis arrastrado hasta el abismo. —Doy otro paso atrás, como si sus palabras me repeliesen, pero ella niega con la cabeza. Sé que no puede meterse en mi mente, pero de alguna manera es como si pudiera atravesarme con esos ojos dorados suyos—. No os esforcéis en buscarlo entre estas paredes: no lo encontraréis. Ha huido. Ha preferido marcharse a seguir en un lugar en el que ya no puede confiar ni siquiera en su propia sombra. ¿Es eso lo que le hicisteis a Celeste, también? ¿Jugasteis con ella hasta que se rompió? Solo que en su caso, probablemente, fue queriendo, mientras que Svent debía durar más, ¿verdad? Hasta que consiguieseis tener Anderia en vuestras manos, exactamente…

Siento que el control de la situación se me escapa entre los dedos. Sé, también, que tengo que recuperarlo antes de que esté completamente perdida. Durante estos años, así ha sido como he trazado mis planes: adelantándome a los demás, poniéndome en su lugar, conociendo sus puntos débiles. Pero supongo que he subestimado a esta muchacha. Creí que no era importante, que solo era un eslabón más de la cadena.

Me equivoqué.

Respiro hondo. El puñal sigue en mi mano, pero lo hago desaparecer entre los pliegues de mi ropa. No me va a hacer falta. Todavía tengo el control. Y ella no va a arrebatármelo.

—Así que se ha ido y tú has decidido quedarte al mando. Sin duda has cambiado mucho.

—Me han obligado a cambiar. Supongo que como a vos, ¿no es

cierto?

—¿A mí? —Intento que mi incredulidad no traspase a mi tono. ¿Qué puede saber ella de mí, al fin y al cabo?

—Cuando vuestra hermana murió. Eso debió de ser un gran cambio. Debisteis de sufrir mucho.

La mención a Aldhara me sorprende incluso más que la revelación sobre el destino de Eveque. Mi hermanastra no es un secreto, pero, al mismo tiempo, lo es. Porque nadie habla de ella, porque nadie se acuerda de ella. Porque sus ojos rojos fueron los primeros, pero pocos, muy pocos, los vieron. A veces yo misma pienso en Aldhara como una figura lejana, una princesa de cuento.

A veces me olvido de cómo era y siento que, si su rostro se pierde entre mis recuerdos, todo dejará de tener sentido.

—¿Qué sabes tú de eso?

—La verdad. Y eso me ha servido para saber qué esperar de vos. Eso me ha servido para que sepa qué es lo que queréis hacer. Vuestro plan.

Contengo la respiración. No. Claro que no puede saberlo. Tengo la certeza de que me está llevando hacia una trampa. Que quiere algo de mí. Que quiere que le cuente todo, para ayudar a Eirene de Nryan. No me olvido de que ella estuvo aquí. Que intentaron, juntas, que Veridian se pusiera en mi contra, después de todo lo que he tenido que hacer.

Trato de parecer despreocupada bajo su mirada penetrante. Sonrió, como si todo lo que me dice careciera de importancia, y mantengo las distancias. Agudizo el oído, también, pero no parece que nadie esté en el pasillo. No oigo soldados ni pasos. No parece que vaya a tenderme una emboscada y, de todas formas, ¿de qué le serviría eso? No tendría problemas en acabar con *humanos*. Les aterro. Sus estúpidas supersticiones y sus historias sobre mí los han hecho temerosos y estúpidos. Ni siquiera saben ya distinguir la realidad de una exagerada e intrincada ficción.

—Muy bien. ¿Cuál decís que es mi plan, alteza?

—*Majestad* —me corrige ella.

—Majestad —concedo. No hay mucha diferencia. He tenido a reyes besándome los pies. Un título no le dará a esta niña mi respeto.

—Sé que buscais venganza. Y sé, también, que vuestro objetivo son las estrellas. Sé que exiliaron a vuestra madre y le volvieron la espalda cuando más ayuda necesitaba. —Sus palabras certeras me traen dolorosos recuerdos del pasado que pensaba haber puesto a buen recaudo—. Sé que maldijeron la sangre de la que provenís. Y sé que creeis que las estrellas son las culpables. Que intentaréis destruirlas,

cuando tengáis los medios adecuados.

El silencio se hace en el cuarto. Una ráfaga fría de aire pasa, quizá habiéndose colado por los viejos muros. Siento un cosquilleo cuando una gota de sudor desciende por mi espalda. Sé que tengo la piel helada y el rostro más blanco que de costumbre. Me parece, de pronto, que estoy desnuda ante esta muchacha, mientras ella permanece oculta bajo capas y capas de disfraces.

Aun así, no permitiré que me vea débil. No le daré la satisfacción de creer que me conoce, porque no lo hace. No sabe nada.

—¿Y qué papel pretendes jugar tú en todo eso?

Fay de Veridian y Anderia no parpadea. Ni siquiera duda, como si esperase que en algún momento le fuese a hacer justo esa pregunta. No se pone nerviosa. No decide quedarse al margen:

—La de vuestra aliada.

Aguardo a que añada algo más. A que me diga qué quiere a cambio. A que confiese cuál es el trato que quiere sellar y cuál es su deseo de venganza. Nadie se enfrentaría a las estrellas sin razón. Nadie se pondría de mi parte simplemente porque simpatiza con mi causa. Sé que estoy sola, que siempre lo he estado. Y lo he asumido.

Fay de Veridian saca un pequeño libro del bolsillo de su vestido. Lo sopesa entre sus manos y lo observa. La veo humedecerse los labios y, por primera vez en nuestra conversación, duda. Sin embargo, su titubeo dura poco. Pronto está caminando hacia mí. Me tiende el volumen, desgastado por los años y por la lectura y suspira.

—Esta es mi señal de paz —dice, aunque yo no entiendo qué pretende. Aun así, con cierta desconfianza, acepto su presente—. El diario de Aldhara. La historia de vuestra hermana, tal y como ella la vivió.

Un escalofrío me recorre la columna. Mis dedos temblorosos abren el cuaderno y mis ojos, incluso en la penumbra, se reencuentran con la letra de mi hermanastra. Recuerdo la caligrafía pulcra. Recuerdo su trazo resuelto. Recuerdo su mano corriendo por el papel.

El corazón me palpita con fuerzas renovadas, pero no puedo permitir que la muchacha me vea así. No lo haré. Por eso cierro el tomo, aunque lo hago con infinito cuidado y acaricio las tapas mientras aprieto el objeto contra mi estómago. No me importa que el polvo se me quede pegado a los dedos. No me importa que esté áspero al tacto. No puedo esperar, en realidad, a estar sola para abrir el cuaderno. Para volver a sentir a Aldhara con vida.

—¿Qué es lo que quieres?

—La paz de Anderia. Que sus habitantes puedan elegir. Que los soldados vuelvan a sus casas y que las familias vuelvan a estar juntas.

He visto este reino. He vivido en él lo suficiente como para saber que se morirá si no hago nada. Así que si vuestro ejército abandona la frontera, os dejaré, a cambio, pasar a través de estos territorios para llegar más allá de las montañas.

El hogar de las estrellas.

Entorno los ojos.

—¿Qué más?

—Sé que hay gente que prefiere la lucha. Y que necesita el dinero. Así que, si lo deseáis, reclutad a hombres y mujeres para vuestra causa, siempre que su sueldo salga de las arcas de Lothaire. Además, me llevaréis con vos.

Doy otro paso hacia atrás, súbitamente desequilibrada por su petición. ¿Ella? ¿Venir conmigo y mi ejército a ver a las estrellas? Parece una broma de mal gusto. La miro con fijeza, sin saber qué pensar. Sería tan fácil como ver en su mente. Como ver si está ocultándome algo. Pero cuando me meto, cuando rozo sus pensamientos con los míos, solo descubro que es sincera: que está preocupada por su pueblo, que está preocupada por la guerra, que quiere asegurarse de que cumplo con mi parte del trato y que desea ver a las estrellas. Que no les importa su destino, en realidad, pero que quiere estar allí ocurra lo que ocurra…

—Y no haréis daño a Svent jamás. Os olvidaréis de él. Será como si nunca hubiera existido. No iréis tras él. No mandaréis a *nadie* tras él. Lo dejaréis vivir en paz. A cambio, podréis cumplis vuestra venganza con las estrellas. Me parece un trato justo.

Hago una mueca. Eveque merece su venganza también. Eveque, que siempre estuvo a mi lado. Que siempre cumplió mis órdenes. Que se mantuvo junto a mí los primeros años, cuando todos pensaban que solo era una chiquilla. Cuando nadie me tomaba en serio como reina. Cuando empecé a trazar mi plan. Cuando empecé a ganar aliados y enemigos.

Pero ese cabo suelto puede esperar. Eveque conocía mi misión y, si hubiera sabido que podía alcanzar mi objetivo tan fácilmente, me hubiera dicho que nunca dejase ir el momento.

—Está bien, *majestad*. Tenemos un trato.

# El castillo en el aire

a cambiado mucho.

Miro a Seaben, mientras sostengo todavía la carta entre mis manos. La paloma de mi prima nos despertó a ambos dando picotazos urgentes contra la ventana. «He tenido que buscarte por todos lados, no me hagas esperar», parecía decir. El animal aguarda ahora, pacientemente, dando saltitos en el alfeizar de la ventana, mientras yo releo una vez más las palabras de mi prima.

—La han usado. Le han… Le han hecho daño. Es mi culpa, yo la dejé allí. Yo le dije que podía implicarse, que…

—Eirene, no puedes seguir culpándote por cada cosa que pasa en este mundo. Ya hemos hablado de esto.

Parece fácil decirlo. Sé, en el fondo, que tiene razón. Que ya sostengo más responsabilidades encima de mis hombros de las que puedo soportar. Me estoy hundiendo cada vez más bajo su peso. Pero me duele imaginarme a Fay siendo una marioneta. Siendo, solo, un cuerpo vacío que las hadas han movido a su antojo. Me duele imaginármela sola, abandonada en un castillo que nunca ha sido suyo, asumiendo un lugar que no le pertenece. Al mismo tiempo, la envidio. ¿Con qué entereza ha conseguido hacer eso? ¿Con qué valor ha ocupado el trono de una nación tan herida como Anderia y se ha sobrepuesto a que hayan jugado con su cabeza? Svent no pudo hacerlo, y me parece comprensible. Pero ella no tenía que haberse quedado tampoco. Es demasiado arriesgado. Si la descubren, dará igual el bien que ella trate de hacer.

—Chryses está en el castillo —me recuerda Seaben—. No dejará que le pase nada a tu prima.

Asiento. Sé que eso es cierto. Por lealtad a ella, a mí o a mi esposo, o quizá solo por proteger a Celeste, eso no lo sé. Pensar en esta última, en Celeste, hace que sepa que tengo que contarle a Fay lo que he descubierto. No sé de qué manera va a ayudarla, pero quizá todavía pueda haber algún tipo de salvación para aquella mujer. Mi madre quiso ayudarla. Quiero creer que todavía se puede hacer algo. Que quizá haya que hacer todo lo contrario de lo que se ha hecho hasta ahora: no esconder los recuerdos, como hizo Eveque durante tanto tiempo, sino reavivarlos…

Mis pensamientos hacen que Seaben se sienta un poco incómodo. Lo siento alejarse un poco de mí, volver a tumbarse en el lecho en el que ambos nos habíamos incorporado. Todavía es temprano. Como si quisiera tapar lo único que sabe su verdadera madre de él, su antebrazo ha ido a cubrir sus ojos.

—Lo siento —susurro—. Sé que no te gusta pensar en ella.

—No me gusta pensar en todo lo que ha pasado, Eirene. En que ni siquiera sabe que existo de verdad. Y en que yo no puedo presentarme ante ella, más de veinte años más tarde, siendo su hijo. Quiero ayudarla. Pero no sé cómo. Ni si es posible. ¿Hasta qué punto puede aguantar una mente sin romperse por completo?

—Quizá más de lo que podamos imaginar. La cabeza de Fay ha aguantado.

—La del chico no parece haberlo hecho.

No digo nada al respecto. Me pregunto si eso es todo para mi prima y aquel muchacho, después de todo. Si él se habrá marchado para siempre y realmente… no volverá. Al contrario de lo normal en Fay, su carta no era emocional, sino que enunciaba todo como hechos acontecidos unos detrás de otros. Por lo tanto, no me ha permitido ver el dolor que le haya podido causar la separación. Dice que lo entiende, pero no me cabe duda de que, con compresión o sin ella, su marcha ha dejado una herida en su corazón.

Pienso que tengo suerte, de pronto. A mí nadie me ha abandonado.

Seaben quita su brazo para observarme desde abajo. No sé durante cuánto tiempo nos miramos antes de que yo me incline hacia él. Hasta que acepto, de verdad, que si mi prima ha sido valiente apartada de todo el mundo, a mí me toca serlo también cuando tengo a varias personas dispuestas a sostenerme cada vez que estoy cerca de caer. Incluso si todo el mundo me fallase de repente —y sé que no lo harán — el chico con el que comparto cama no me dejaría jamás. Nos hemos seguido el uno al otro en las peores condiciones. Es tranquilizador saber que él, incluso si le hubiera ocurrido lo mismo que a Svent, no me habría dejado. Y es una seguridad. Porque lo conozco. Porque conozco lo que tenemos. Porque juntos siempre hemos sido más fuertes.

Me inclino sobre su boca, sin palabras. Agradecida por tenerlo. Seaben me está esperando. Me había olvidado de lo que era besarlo de verdad. He estado tan pendiente de todo lo que sucede a mi alrededor, de todo lo que *debo* hacer, que me estaba olvidando de nosotros. Y no quiero.

Cuando nos quitamos la ropa, tratamos de quitarnos también los miedos con los que nos hemos estado vistiendo.

—¿Estás preparada?

Cressida me mira sin querer dudar de mí, pero sé que en el fondo lo hace. Sé que, en el fondo, se pregunta si seré capaz de gestionar la situación que tengo que encarar. O quizá de quien no se fíe sea de Ibran, después de todo.

—Nadie puede negarme la entrada a mi castillo —resuelvo, como toda respuesta.

La jefa del poblado de las Sombras asiente. Mira a su hija, justo a mi lado, callada como de costumbre. No he podido hablar con ella todavía. No tengo claro que quiera que hablemos, siquiera. Pero va a acompañarme. No sé si por lealtad hacia mí o hacia su madre, pero vendrá conmigo al palacio de Nryan, donde apareceré como renacida

de entre los muertos. La pena que el regente fingió sentir por mi fallecimiento, así como que todo el mundo cree que es mi legítimo puesto, son las bazas que tenemos que usar a mi favor. Si Ibran es listo, no se enfrentará a mí públicamente. No puede hacerlo, o todo el mundo descubriría que no es más que un usurpador.

—Protégela tanto o más que cuando erais niñas, Astrid. Y mantenme informada.

La joven asiente. No me dedica ni un solo vistazo. Solo ese rostro sereno, de expresión contenida e inflexible. He dicho que no era necesario, pero nadie ha querido hacerme caso en esto. Supongo que Cressida también se siente mucho más tranquila teniendo ojos en nuestro grupo de alguna forma, ya que ella tiene que quedarse a cargo de su gente. Y no debe haber ojos más confiables que los de su propia descendencia.

Antes de que suba al caballo, la mujer me sorprende tomando mi brazo y obligándome a detenerme. Creo que me abrazará, pero al mismo tiempo me parece un gesto improbable de una persona como ella y finalmente no lo hace. Solo sus dedos acaban por alcanzar los míos y apretarlos con suavidad.

—Tu madre estaría orgullosa de ti. No la decepciones.

Tomo aire, pero asiento.

Estar a su altura es lo único que he deseado durante toda mi vida.

ehacemos el camino para volver a la cabaña que fue de la madrina de Eirene.

Aunque nuestra meta es el palacio, decidimos pasar por allí para

descansar y, sobre todo, aunque nadie lo dice, para que Eirene pueda despedirse. Ahora que sabe lo que realmente le pasó a Deniel, es lógico que vea el sitio donde vivió con otros ojos y haga las paces por todos los años que ha pasado sin saber nada de ella. Aunque probablemente ya supiera, en el fondo de su corazón, lo que había pasado, es obvio que no ha sido hasta ahora que ha logrado aceptarlo. Que puede dejar ir a su madrina en paz.

Si bien eso no significa que no quiera venganza por los que han quedado atrás.

Eirene mira alrededor cuando entra como si la cabaña fuera un lugar nuevo. Como, si de hecho, todo tuviera ahora otro significado. Aunque hace mucho que ya no debe de oler a su madrina o que la construcción ni siquiera está como un día fue, ya que se notan los desperfectos causados por el tiempo, estoy seguro de que consigue encontrar en ella una sombra de lo que fue cuando era niña. La silenciosa muchacha que nos acompaña, Astrid, está justo detrás de ella y, aunque su rostro raramente cambia, como si su expresión fuera de piedra, lo cierto es que me parece descubrir algo de reconocimiento en sus ojos también. Un brillo que debe de ser de añoranza. De recuerdos que vuelven a vivir contra nuestra voluntad.

—¿Pasabais mucho tiempo aquí? —Mi voz suena extraña en el silencio que se ha instalado sobre ellas y me siento un poco como si hubiera cometido un sacrilegio. La sensación no disminuye cuando la nueva guardiana de Eirene pone toda su atención sobre mí.

Tengo que admitir que me impone un poco de respeto.

—Solía traernos aquí a veces —admite Eirene—. Cuando empezaba a hacer calor, sobre todo, se preocupaba en alejarnos de palacio, supongo que para que nos olvidáramos de todos los ojos que nos observaban. —Baja la voz—. Después, mi madre me pedía que le contara con mucho detalle todo lo que habíamos hecho. Creo que… era otra forma de vivir, para ella. Creo que le gustaba saber que yo podía escapar de palacio y ser simplemente… una niña.

Eirene suspira y se gira hacia su compañera, pero ella no la está observando ya. En realidad, Astrid se ha adelantado. Sus dedos recorren los respaldos de las sillas toscamente tallados y contempla la masa verde que se extiende más allá de la ventana, brillante.

—Deniel siempre se preocupó por Áine: era lo que más quería en este mundo. Así que no me cabe duda de que también lo hizo por ti.

—¿Y por qué vivía en una cabaña? —Rayne está apoyado contra el dintel de la puerta, dejando que su sombra se dibuje sobre el suelo de madera—. ¿No era la dama de compañía de la princesa? ¿Eso no implica que era noble?

—Deniel no se llevaba muy bien con sus padres —explica Hayes—. Y aunque pasaba la mayor parte de su tiempo en palacio, le gustaba demasiado el bosque. Le gustaba la tranquilidad que le daba y sentir la naturaleza pulsando a su alrededor. Decía que la inspiraba. Así que se compró este pequeño refugio y, en ocasiones, se retiraba aquí a escribir sus cuentos y sus historias.

Recuerdo que Eirene me mencionó que escribía. Que quería que yo contase sus cuentos. Que los mantuviera vivos de alguna manera.

Recorro con los ojos la pequeña habitación, con la esperanza de encontrar una estantería llena de libros, pero lo único que hay, en realidad, es un montón de tomos apilados en precario equilibrio en un rincón. Todos son bastante finos y, cuando Eirene se acerca y coge uno, me doy cuenta de que parecen ser todos cuadernos. Están compuestos de forma rudimentaria y en algunos se puede ver la mancha del tiempo: humedad en las hojas y algunas páginas que amenazan con desprenderse de la encuadernación. Me acerco a la princesa y ella me tiende el que está en la base de la pila, más ancho y gordo, y con las tapas de cuero adornadas con una elegante «E» capital engalanada con flores y ramas.

—Estos cuentos los escribió para mí —me asegura—. Tienes que tratarlos muy bien, pero si quieres leerlo…

Hay una esperanza en su voz, como si pensase que hacerlo podría traer a su madrina de vuelta a la vida. Yo no me atrevo a romper sus ilusiones, por supuesto, así que tomo el libro y lo sostengo con reverencia. No digo nada, pero le paso un brazo por los hombros y beso su cabeza.

Eirene se abraza a mí, pero no pronuncia palabra.

*Érase una vez que se era, en un reino muy lejano, una princesa que estaba muy enferma. Sus huesos eran de cristal y su cabello de paja, y la piel que la cubría era quebradiza como el pergamino. Cuando nació, sus padres, el rey y la reina, decidieron llamar a expertos de todo el mundo para que la visitasen y descubriesen si había algo que pudieran hacer. Las noticias, sin embargo, fueron poco reconfortantes: todos llegaron a la conclusión de que la princesita no sobreviviría más allá de su décimo cumpleaños, incluso si la mantenían toda su vida entre cojines y algodones*.

*Acongojados por las predicciones, los reyes se volvieron hacia hechiceros de tierras de más allá del mar y les prometieron todo el oro de sus arcas a cambio de mantener a la princesa con vida, ya que no había nada que atesorasen más que la existencia de aquella niña. Los hechiceros, que eran ávaros y demasiado listos, vieron en aquella petición una*

*oportunidad de hacerse más ricos y poderosos que nunca, así que les propusieron a los reyes otro trato: los monarcas dejarían sus coronas a los hechiceros y, a cambio, ellos prometerían que la princesa no moriría jamás. Los reyes, por supuesto, se negaron: ¿cómo sabían que los hechiceros cumplirían su palabra? ¿Qué pasaría con su hija? ¿Y a dónde iban a ir ellos? Tenían mil preguntas y ninguna respuesta, pero los hechiceros estaban dispuestos a ceder si al final conseguían el poder*:

*—Os construiremos un castillo —dijeron— que no pertenezca a ningún reino de estas tierras. Que no obedezca a las leyes de la magia o de la realidad. Allí viviréis, con la princesa, hasta el final de vuestras tranquilas vidas. Podréis disfrutar de ella, que será siempre joven, que estará siempre alegre. Si decís que es vuestro bien más preciado, no os importará ese destino, ¿no es cierto?*

*Los reyes terminaron por acceder. Les aseguraron a los hechiceros que los coronarían una vez el castillo estuviera construido, pero los poderosos magos no se hicieron de rogar: a la mañana siguiente, una gran mole de piedra se elevaba sobre el reino, entre las nubes: un castillo que no respondería a ninguna ley, a ninguna corona, a nada más que a los deseos de la princesa. Entre esos muros, crecería sana y salva y feliz, sin ser corrompida, sin ser rota y despedazada por el tiempo o por la sociedad.*

*Y los años pasaron. Los reyes dejaron sus tronos y no se preocuparon más de aquel reino y, si tuvieron alguna clase de remordimiento, jamás lo expresaron. Vivían felices de ver a su princesita crecer y soñar, y de convertirse en adulta sin tener que preocuparse por su salud. Sus huesos seguían siendo de cristal, pero si se caía, se recomponía al instante. Su piel todavía era quebradiza, pero cada noche se untaba una crema que la reparaba. Su pelo podía ser de paja, y a veces los pájaros le robaban ramitas para construir sus nidos, pero a ella no le importaba, porque si se lo engalanaba con las flores que crecían entre la piedra, se sentía más hermosa que ningún otro ser viviente. No conocía la maldad, no conocía la corrupción. Tampoco conocía la prudencia. Pero la princesa era feliz, y así fue hasta que un día se dio cuenta de que, aunque ella no envejecía, a sus padres, por alguna razón, les salían arrugas. Aunque viviesen en el palacio sin ley, los reyes habían conocido demasiado bien el mundo que había bajo sus pies. Habían pasado mucho tiempo en la tierra, y por eso el tiempo se había agarrado a ellos y ya no les iba a dejar en paz. Ellos sabían que algún día morirían de viejos.*

*Pero la princesa todavía no sabía lo que era la muerte.*

*Y la Muerte llegó, sigilosa, una noche, para llevarse a los dos reyes que ya no eran reyes. Su hija los encontró a la mañana siguiente, dormidos, y ya no los pudo despertar.*

*Todavía estaba arrodillada junto a la cama de sus padres cuando los*

*hechiceros subieron hasta el castillo y se presentaron ante ella. Le dijeron lo que había pasado —ella no llegó a comprender del todo, porque no había conocido el concepto de despedida— y le aseguraron que ellos cuidarían de ella y que nunca nada le faltaría. Pero a medida que pasaban los días, a medida que pasaban los años, se acabaron olvidando de ella. Se convirtió en el alimento de historias, de leyendas, pero los hechiceros pensaron que daba igual. Que mientras la mantuvieran viva no importaba qué pasara con ella.*

*Y así fue cómo la princesa se quedó sola. Los largos y amplios corredores nunca le habían parecido tan cavernosos. Al mirar por la ventana, estaba segura, el suelo nunca había parecido tan lejano. Y cuando la noche llegaba, en su dormitorio asomaban las estrellas, pero pese a que las mil luces siempre le habían parecido la mejor de las compañías, ahora las sentía frías y a una distancia insalvable.*

*La princesa empezó a languidecer, pero se quedó en su castillo. No podía bajar, no sabía cómo, y no era tan ilusa como para saltar. Sus padres le habían advertido lo que pasaría si salía de entre aquellas paredes. Lo que sus padres no habían tenido en cuenta, sin embargo, era que la promesa de los mortales siempre tiene una fecha de expiración.*

*Con el tiempo, los hechicoeros empezaron a morir. Y con ellos, su hechizo. No lo hizo de repente. El castillo no se cayó de las nubes de un día para otro. El tiempo no empezó a correr y redució a la princesita a polvo. Pero había piedras sueltas, de pronto. Las flores que habían crecido mágicamente entre las grietas de las paredes empezaron a marchitarse. Pronto lo único realmente vivo fueron los pájaros que hacían sus nidos en el tejado —del que las tejas se habían empezado a desprender— y el gran árbol que presidía el pequeño jardín interior. La hierba había muerto. Las flores ya no brotaban. Las fuentes se habían secado. Y la pequeña princesa, si bien seguía caminando y reconstruyéndose cada vez que se rompía, hacía mucho que había muerto en espíritu. Su rostro estaba cuarteado porque ya no se echaba las cremas en la piel. Su pelo era paja ensortijada. Sus vestidos, que siempre habían sido hermosos y habían aparecido como por arte de magia en su armario, empezaron a deshacerse entre sus dedos.*

*El castillo moría, como había muerto el mundo que lo había visto ser creado.*

*Al principio, ella no se dio cuenta de lo que pasaba, pero cuando lo hizo, decidió que tal vez daba igual. Que estaba bien si desaparecía. Los días estaban llenos de hastío. De dar vueltas alrededor del castillo. Las noches eran puro hielo en sus carnes y en el alma.*

*Un día, se sentó bajo el gran árbol y cerró los ojos. Y pensó en morir. Como habían muerto sus padres. Como los hechiceros le habían dicho que*

*haría todo el mundo excepto ella. Quizá la muerte no era realmente para siempre, pensó. A lo mejor podía volver a despertar cuando el mundo hubiese vuelto a cambiar. Cuando el castillo cayese a la tierra o alguien subiese de nuevo hasta ella. A lo mejor la gente volvería a recordarla.*

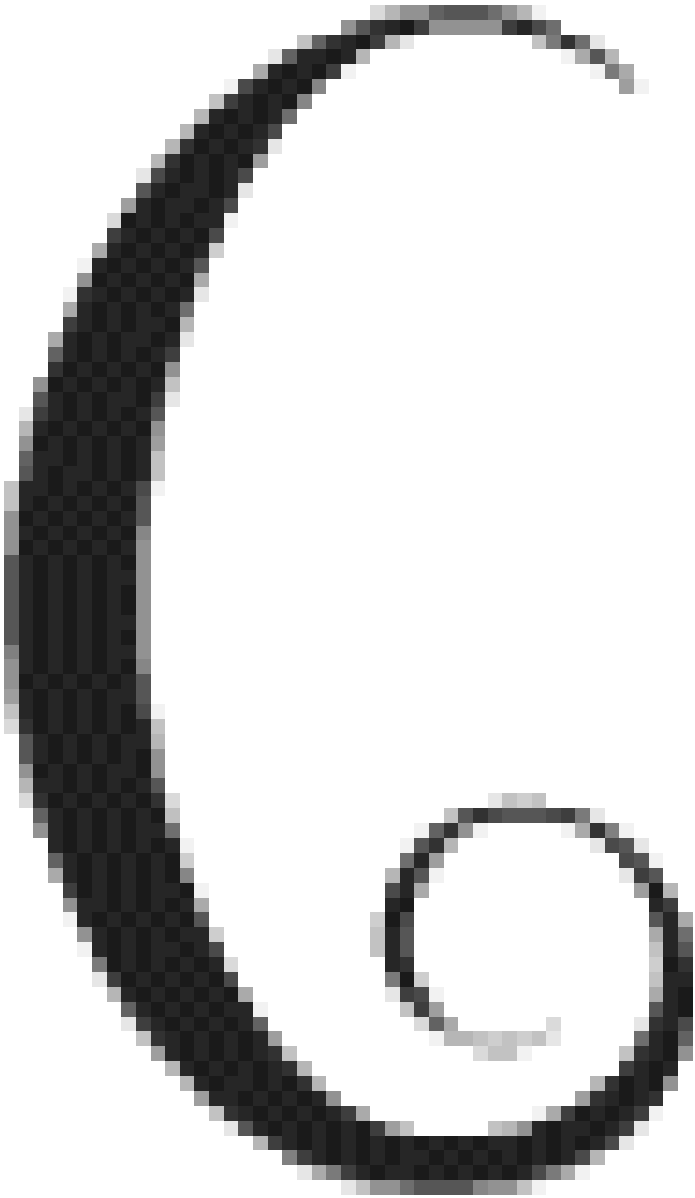
*A lo mejor, como en ese lugar no existían las leyes del tiempo, la realidad podía moldearse a sus deseos.*

*Tal vez la realidad escuchó su petición. Tal vez su sueño, como su vida, será eterno. Tal vez las estrellas, conscientes de su sufrimiento, lanzaron su magia para que no tuviera que seguir así. Sea como fuere, dicen que el palacio sigue ahí, entre las nubes. Dicen que nunca desaparecerá, porque hay algo eterno en sus muros, en el árbol que todavía florece cada primavera, que extendió sus ramas hacia la princesa, que la cubrió en un abrazo para que nunca jamás tuviese que volver a sentirse sola.*

*Dicen que la muchacha espera, cristal y pergamino y paja, con el tiempo detenido para mantenerla intacta.*

*Y quizá, algún día, volverá a abrir los ojos.*

Seaben



uando el trovador nos pidió hablar conmigo y con Eirene a solas no sabía qué esperar, pero ahora estoy definitivamente sin habla. Intercambio una mirada con mi esposa, que parece tan atónita como yo. Sus pensamientos se suceden en mi propia mente calculando las posibilidades y, sobre todo, las certezas.

—Eso que dices… —comienza.

—Tiene todo el sentido, Ei —la interrumpe él—. Tú misma me hablaste de la escuela que tu padre cerró. Me dijiste que se construyó en las nubes. Y que había un gran árbol en el patio interior. ¡Es el

mismo lugar que está describiendo tu madrina!

Sacudo la cabeza.

—Los artistas se inspiran en cosas que han visto o escuchado. No tiene por qué significar nada, Drake. ¿O vas a decirnos que todo lo que pones en tus cuentos o en tus canciones es totalmente original? ¿O que todo es verdad?

El trovador se pasa las manos por el cabello varias veces, despeinándose por completo los finos mechones.

—Tú no puedes entenderlo porque eres un maldito estratega, pero el arte no *solo* funciona así. —De alguna manera hace que me sienta insultado—. Es demasiado concreto. Es casi como si estuviera mandando una señal.

—¿Una señal de qué? —Eirene se adelanta y le pone una mano en el hombro—. Drake, creo que Seaben tiene razón. He leído esos cuentos antes, cuando viví aquí una temporada, y no me pareció que quisiera decirme nada. Y si quisiese hacerlo, ¿por qué no me dejó una carta? Hubiera sido mejor. Yo creo que empezó a escribir los cuentos para mí y no llegó a terminarlos. Que fue un regalo que nunca pudo darme. Pero no es ningún mensaje. Solo era su forma de decirme que me quería.

La frustración de Drake es casi palpable y, durante un instante, admito que siento verdadera pena por él. Sé que solo quiere ayudar. Que, de hecho, como yo, puede que llegue a sentirse un poco inútil en este momento, consciente de que nuestro papel es solo el de apoyar a Eirene, pero sin poder hacer algo material por su causa. Suspiro.

«A lo mejor podríamos considerar sus argumentos», pienso.

La elfa se gira hacia mí, sin ningún tipo de disimulo.

«¿En serio?».

«No veo qué daño puede hacer».

Contra todo pronóstico, Eirene no parece muy convencida. Veo perfectamente en qué está pensando: en realidad, cualquier cosa puede hacer daño. ¿No llevamos recibiendo golpes por todos lados desde que nos marchamos de Lothaire? E incluso antes…

—No sé cómo se entra a la escuela de magia. Está en el cielo. A menos que puedas llevarnos volando…

—Se supone que los que estudiaban allí conocían el hechizo para hacer aparecer las escaleras.

Damos un respingo y nos giramos. Estamos tan poco acostumbrados a la voz que ha hablado que por un momento pensamos que se trata de un desconocido. Mi mano se mueve por inercia y se cierra alrededor de la empuñadura de mi espada. Pero detrás de nosotros solo está Astrid, que nos mira con un extraño

interés en su expresión. Aunque todos nos hemos puesto a la defensiva, ella ni siquiera ha parpadeado. No puedo evitar preguntarme cómo será en la lucha, si su falta de expresión se transformará en cruel frialdad calculada o, por el contrario, en una pasión que la hará dedicarse en cuerpo y alma a la batalla.

—Astrid. —Eirene suspira y noto que se relaja a mi lado—. Nos has asustado.

—¿Significa eso que no se puede entrar si no se conoce el hechizo?

—La escuela es una fortaleza inexpugnable —asegura la elfa—. Excepto una noche de cada ciclo.

Drake se humedece los labios.

—Las noches de luna llena.

Astrid se encoge de hombros, pero no se mueve. Está apoyada en un árbol, con los brazos cruzados bajo el pecho. Eirene entorna los ojos y calcula cuánto queda para la luna llena. Un par de días, le recuerdo.

—¿A cuánto está?

—Camino de la capital, si damos un rodeo —nos responde Astrid, como si pudiese adivinar lo que nos pasa por la mente.

«¿Crees que deberíamos ir?».

Titubeo. El hecho de que me lo pregunte a mí me incomoda un poco, porque no sé qué responderle. No sé ni siquiera si tengo derecho a dar mi opinión al respecto. Sigue siendo una parte de su reino. Y no sabemos lo que nos espera. Pero…

«¿Quieres *tú* ir?», repongo. La réplica es un poco injusta, porque sé que está confundida.

—¿Hay algo más que debamos saber, Astrid?

Un segundo de silencio. Dos. Tres.

—Dicen que está encantada. Ya nadie se atreve a entrar. Algunos lo han intentado, pero se han asustado y han vuelto con cuentos de fantasmas. Eso, claro, cuando han vuelto. Algunos cuerpos aparecen en los alrededores, sin vida, a la mañana siguiente, pero eso es solo una consecuencia lógica: el miedo en un lugar como ese es más peligroso que cualquier espíritu.

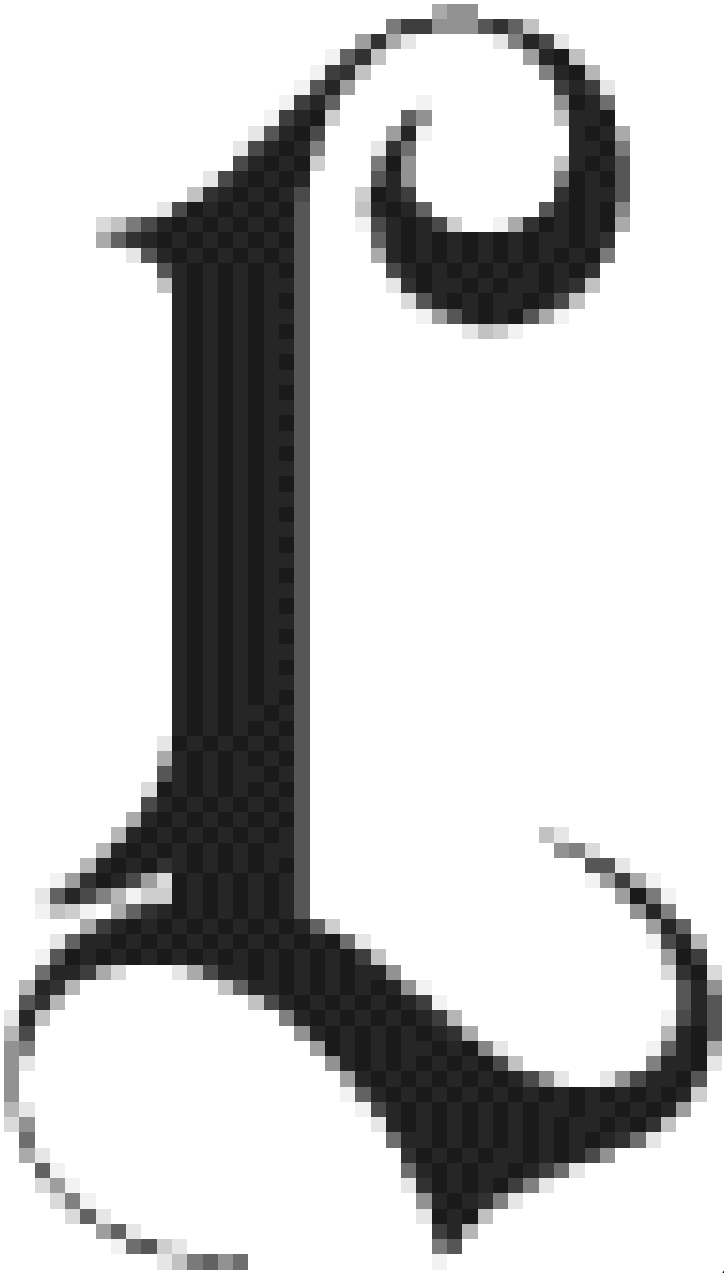
Trago saliva. Todos somos conscientes de lo que quiere decir: un paso en falso y, sin magia, tu cuerpo solo puede precipitarse en caída libre hacia el suelo.

«Quizá solo sea una pérdida de tiempo. Deberíamos ir directamente a palacio». Sé que los pensamientos de Eirene no responden al miedo, sino a la impaciencia por presentarse ante Ibran. Por reclamar su lugar.

«Es tu decisión».

La princesa titubea. Nos mira, uno por uno.
Finalmente, suspira.
—Está bien. Iremos a la escuela de magia.

Eirene



a escuela de magia, que un día debió de estar llena de luz y vida, es hoy bajo la luna llena una silueta oscura contra el cielo nocturno, en un paraje que hemos visto completamente verde cuando hemos llegado, al atardecer. El prado sobre el que se sitúa es enorme, tan grande como si el castillo, en algún momento, hubiera estado anclado en el suelo y, al echar a volar, hubiese dejado tras de sí un campo de flores silvestres, fragantes y familiares, y briznas de hierba que forman un

mar cuando la brisa las mueve simulando el oleaje.

Durante la espera hasta que la luna llena salga, nos quedamos contemplando el punto lejano de la escuela, lanzando su sombra sobre el descuidado campo. Drake se ha traido el libro de cuentos y parece entretenido en su lectura; mientras Astrid, paciente, simplemente espera, con los ojos fijos en el horizonte. Hayes, últimamente incluso más callado que de costumbre, pasea. Seaben y yo hablamos en nuestras cabezas, aunque pronto las palabras quedan olvidadas cuando el sol se esconde. Sylvana y Rayne nos dejaron ayer, obedeciendo mi petición de seguir esparciendo rumores, ahora más que nunca, así que ya no nos acompañan, pese a que Rayne parecía tan intrigado como su hijo por lo que pueda pasar hoy aquí, si es que puede pasar algo.

Cuando el sol al fin se oculta, todos estamos expectantes, incluso si no estamos seguros de qué va a pasar exactamente. Mi antigua amiga nos ha dicho que aparecerá una escalera de la nada con el primer rayo de luna, pero yo no puedo concebir que algo que no está simplemente aparezca. Nos ha advertido también que si no bajamos antes de que la luna se marche, nos quedaremos encerrados allí arriba hasta que los escalones regresen.

Lo ha dicho como si a alguien le hubiera pasado y temo que, si así ha sido, sin agua ni comida durante un mes entero, no haya tenido demasiadas oportunidades de contarlo.

Al aparecer la luna, en el horizonte, por encima de las lejanas montañas, siento como Drake, a mi lado, contiene la respiración. Seaben también se tensa, aunque sé que en su caso es por otro motivo: todavía espera que, de alguna forma, sus alas aparezcan, después de tantos años. Cuando los rayos empiezan a bañar la pradera, reflejos de plata se hacen visibles ante nosotros. Están lejos, en lo alto de un montículo que se alza sobre la llanura, pero brillan claramente, atrayéndonos hacia ellos. Son peldaños anchos y largos, no demasiado altos, pero que en conjunto nos prometen un duro ascenso. La escalera, además, no sube recta hacia las nubes, sino que gira sobre sí misma, en una ancha espiral que casi parece recorrer todo el campo.

A pesar de su hermosura, ninguno de los presentes duda de que tenemos que pisar con el máximo cuidado. Primero porque no hay balaustrada a la que agarrarnos y segundo porque, aunque el destello argénteo es claro bajo nuestros pies, cuando pisamos, como si fuésemos saltando sobre estrellas, más allá solo hay una oscuridad que amenaza con tragarnos. Drake intenta alejar a las sombras convocando orbes de luz, pero no son demasiado efectivos excepto para vernos los unos a los otros.

No sé si subimos durante minutos u horas, porque la concentración que nos obliga a mantener el camino es absoluta y el tiempo, como en el cuento, parece disolverse y no existir. Lo que sí sé es que mis piernas ceden al llegar arriba, cuando piso piedra de verdad y no solo aire cargado de magia. Estoy jadeante y temblorosa, y si Astrid no me tomase del brazo para sujetarme, estoy segura de que me desplomaría. A mi espalda, Drake deja escapar una exclamación de asombro. La voz de Seaben mismo llega hasta mi cabeza, sorprendida por lo que tenemos delante. Entonces, alzo la vista al imponente arco que, sin necesidad de puerta, flanquea la entrada a un patio de baldosas que brillan, blancas y oscuras, a la luz de la luna y las estrellas. Ramas marchitas de árboles muertos se mueven con la brisa fría que sopla en estas alturas. Montones de hojas secas, podridas, se amontonan entre las raíces que parecen haber intentado salirse de la tierra para escapar.

El hechicero se adelanta, pero no parece que estos sean los árboles de los que habló. Se mueve lentamente, como si fuera bajo el agua, con la curiosidad de quien quiere que su memoria recuerde para siempre un lugar preciado. Hayes es más resoluto.

—Es por aquí.

Cuando le explicamos lo que pretendíamos hacer, él nos dijo que, por supuesto, nos acompañaría. Aunque no estudió aquí —esta era una escuela para la gente corriente; los nobles, en sus privilegios, tenían maestros que les enseñaban en sus casas—, parece que estuvo alguna vez, cuando era más joven. Sus pasos, por tanto, son más acertados, aunque noto que está esforzándose por recordar y orientarse.

Con él como guía entramos en la escuela propiamente dicha. Recorremos de lado a lado un recibidor que en su momento debió de estar lleno de estudiantes que iban y venían despreocupados y profesores atareados. Pasamos por un corredor tan amplio que podemos caminar juntos los cinco a la misma altura sin tocarnos. La decoración está intacta, como si lo hubieran abandonado todo de la noche a la mañana, y Astrid debe de tener razón cuando dice que nadie se atreve a entrar, porque es obvio que ningún ladrón ha pasado por aquí. Vemos la sombra de los cuadros en las paredes, cubiertos por una capa tan gruesa de polvo que las imágenes parecen haber sido borradas, y maceteros que debieron contener grandes plantas. No huele a cerrado, pero sí a humedad, a lluvia y madera podrida.

Hayes nos lleva hasta un patio interior bordeado por columnas y yo sé que es el centro de la escuela. De hecho, el corazón de la misma, todavía latiendo. Todavía palpitando con su magia dormida tomando la forma de un árbol de hojas verdes enormes y ramas tan anchas que

podrían usarse como base para construir una casa en ellas.

Y apoyada contra él, con los pies enredados en sus raíces, una persona.

No. No una persona. Un haz de luna tomando forma. Una estrella, acaso, que mira de vuelta al cielo, a las suyas, como si se hubiera caído del firmamento y supiera que nunca más podrá regresar.

Mi arco, que llevaba entre las manos, cae al suelo. En la quietud, en ese segundo en el que todos nos hemos quedado sin aire, el sonido del golpe es ensordecedor.

La estrella aparta la vista del firmamento. Yo me quedo sin aire.

—No puede ser.

Ella, convertida en halo translúcido, en cuerpo incorpóreo, abre los labios y se endereza.

—Eirene, ¿eres tú?

Me estremezco. Quiero echar a correr, no sé si hacia ella o en dirección absolutamente contraria. Su voz es un susurro. Un viento. Un cantar. No es de este mundo. Quizá solo sea pura magia. Quizá no sea nada, porque no puede existir de verdad.

No puede ser real.

No es real.

Hayes, dos pasos por detrás de mí, murmura lo mismo. Piensa en una ilusión. En un castigo cruel. En cualquier cosa, excepto en que la persona que vemos pueda ser real.

—Hayes. —De nuevo ese viento. Vuelvo a temblar. Me pican los ojos. Estoy paralizada, pero ella avanza. Parece volar. Mueve sus piernas, pero no hay sonidos de pasos sobre el suelo. Parece desnuda, solo silueta, sin más—. ¿Es posible? ¿Habéis venido por fin los dos?

No es real. No es real. No es real.

Está muerta. Está muerta, y los fantasmas no existen.

Está muerta, y si los fantasmas existieran, no quiero que ella sea uno.

Está muerta, y si es un fantasma, lleva toda una vida esperándonos.

—Áine.

La voz de Hayes es la primera en traerla. En intentar aceptar su presencia. En querer *creer* que es verdad, y no solo una ilusión. Quiero girarme hacia él, quiero decirle que no puede caer en esta trampa. Quiero decirle que no sea estúpido, que por más que la eche de menos no podemos recuperarla. Ni él ni yo, jamás. Él la abandonó y yo la perdí.

Nada más.

Pero entonces, la estrella sonríe —suave, tierna—, y ladea la cabeza.

Y es su sonrisa.

—Ha pasado mucho tiempo.

Está frente a mí. Su mano se alza para tocar mi mejilla, pero no hay un roce real sobre mi piel. Solo una calidez que abriga todo mi cuerpo, que hace que las lágrimas terminen de correr hasta mi boca.

—Te has convertido en una mujer preciosa, Eirene.

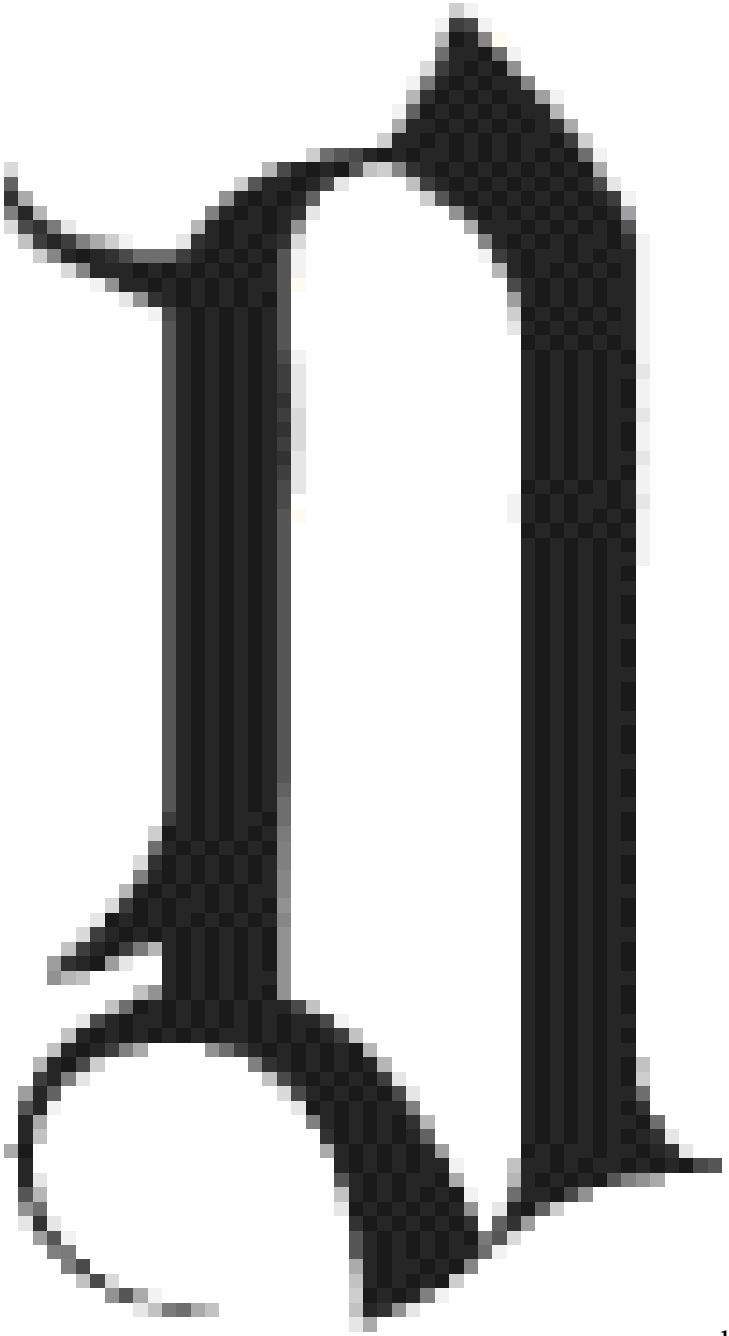
Me echo a llorar.

—Mamá.

Me echo hacia delante, para intentar atraparla.

Abrazo al aire. Y aún así, de alguna forma, vuelvo a tenerla conmigo.

Hayes



urante los últimos veinte años, a veces, levantaba la vista y me parecía verla ante mí. A veces la soñaba tan vívidamente que me despertaba agarrando el aire, fingiendo que era su mano. A veces me sentía tan solo que cerraba los ojos y me decía que ella estaba ahí, en alguna parte, y todavía pensaba en mí. Que todavía me recordaba. Que había rehecho

su vida, pero todavía quedaba un poco de mí en ella. Un recuerdo. Un silencio. Una palabra que le hiciese pensar en mí tanto como yo pensaba en ella, al otro lado del mundo.

Y entonces parpadeaba y ella había desaparecido. Entonces despertaba y ella no estaba allí. Entonces abría los ojos y Áine no era más que risas apagadas y un hogar perdido.

Ahora, con su esencia de luz de estrellas brillando ante mis ojos, vuelvo al pasado.

Ahora, con su espíritu ante mí y su voz resonando en mi mente, con su nombre en los labios y el corazón roto, soy más consciente que nunca de que hace ya muchos años que la perdí, y de que jamás podré recuperarla del todo.

Eirene

odo el mundo nos deja solas. Incluso Hayes, aunque creo que él espera que yo le devuelva el favor algo más adelante. Y yo sé que lo haré. Yo, al menos, vi acabar la vida de mi madre: él la perdió sin más de la noche a la mañana y tuvo que vivir con la culpa por dos décadas. Cuando lo vemos alejarse, de hecho, le hago la primera pregunta:

—¿Por qué no me lo dijiste?

Áine me mira, con culpabilidad en los ojos, si es que puede verse algo en esas cuencas de luz.

—Porque era más seguro para ti. Porque nadie debía saberlo. Porque él no podía volver. ¿Qué sentido habría tenido?

Habría sabido la verdad. Habría podido crecer sin la idea de que mi propio padre me odiaba. Pero de eso no puedo culparla. No quiero culparla de nada, no ahora, así que solo asiento, aunque me cuesta. Todavía no me atrevo a mirarla. Es demasiado extraño. Tiene la textura de un sueño y ya no me atrevo a acercarme y pretender que la puedo tocar.

—¿Llevas aquí desde…?

—Sí. Pero solo puedo aparecer en noches como esta.

La luna llena. La observo, en lo alto, majestuosa como de costumbre. Más brillante que cualquier otra cosa, demostrando que tiene el poder y que nadie puede arrebatárselo. Ninguno de los que la observamos desde abajo somos rivales.

—¿Cómo?

Mi madre se pone en pie, si es que puede llamarse así. Su cuerpo no debe tocar de verdad la materia a su alrededor, pero finge que sí, y cuando yo me he sentado en una de las ramas bajas del gran árbol ella ha fingido hacer lo mismo. Quizá eso la haga sentir más humana. Quizá la haga sentir menos muerta.

Trago saliva. Un espíritu. Solo es un espíritu.

—No podía más, Eirene. Sabía que iba a morir, tarde o temprano. Y yo, sencillamente, estaba cansada. Estaba muy, muy cansada.

Me estremezco, alzando la vista hacia ella. Trata de no mirarme, como si hablar de esto le doliese y no quisiera que me diera cuenta. O como si la avergonzase. Como si no creyera que debo saberlo y, al mismo tiempo, no pudiera negarme las respuestas. Sabe que eso no es justo.

—No sabes lo que era. Lo que fueron aquellos años. Lo que ese hombre me hacía. Te quitaron de mis brazos cuando apenas tenías unas horas, Eirene. Si un día me sentía con fuerzas para levantarme de la cama, al día siguiente me sentía mucho peor. No comía. No bebía. Y aun así, seguían envenenándome, poco a poco. Mediante el tacto de mis sábanas. Mediante olores que se colaban en el cuarto. Me lo quitaban todo: cualquier mínimo asomo de felicidad, Ibran lo cortaba de raíz. Si me dejaban verte era solo para recordarme el dolor que podían infligirte si a mí se me ocurría hacer cualquier cosa que resultara una molestia para Ibran. Evitar sus decisiones sobre el reino. Decir una sola palabra en su contra…

—¿Por qué? —Trago saliva, aunque las ganas de llorar han vuelto y no me siento capaz de retenerlas. No cuando recuerdo bien a la mujer que ella me describe, atada a una cama, demacrada, nunca

completa y feliz—. ¿Por qué te hicieron todo eso? ¿Por huir con Hayes?

Mi madre niega, bajando la vista.

—A Ibran le habría venido bien. Él solo quería el poder de la isla, de modo que, al principio, cuando descubrió mi marcha, estoy segura de que lo disfrutó. Pensaría que había ganado de manera muy fácil: que le había dejado Nryan en bandeja de plata. Durante el tiempo que estuve fuera, él tan solo tuvo que fingir ser un marido desolado por la desaparición y tomar las riendas. Pero…

—Pero descubriste el secreto de Celeste de Anderia.

Mi madre me mira, entreabriendo los labios. Después, con un titubeo, baja la vista y asiente.

—La princesa de Anderia era tan niña como yo. Igual de pequeña, igual de asustada. Cuando me llevaron de vuelta, cuando cogieron a Hayes, cuando descubrieron mi embarazo, yo estaba llena de rabia y tristeza. Rabia por haber sido tan tonta de haber dejado mi lugar por el miedo, Eirene: nunca debí huir con Hayes, por más que solo quisiera protegerte. Nunca tuve que darle a Ibran el poder de amedrentarme y creer, de verdad, que podía hacernos daño. Si yo le hubiera plantado cara, si yo no hubiera escondido mi relación y a ti, entonces quizá las cosas hubieran sido diferentes. Pero para entonces Ibran ya se había hecho, poco a poco, con grandes apoyos. Y yo solo deseaba una vida sencilla, con mi bebé y la persona que quería. Así que me pudo el miedo y escapé. Sin embargo, a la vuelta, pensé mucho en Celeste. Ella me había dicho que el padre de su hijo había desaparecido un día, pero que volvería a buscarla, estaba segura. Que la reina de las hadas los había apartado, pero que no podría hacerlo por siempre. Que ella se encargaría de impedírselo. Era tan niña como yo, pero me pareció que también era mucho más valiente, Eirene, porque el día que la conocí estaba dispuesta a buscar por cielo y tierra a aquel hombre, embarazada de más meses que yo, enferma y perdida. No parecía que se hubiera rendido. Ni que quisiera hacerlo.

»Y entonces, mientras a mí se me recluía en una habitación en Nryan, un día cometí el error de preguntar por el heredero de Anderia. Quería saber qué había sido, si niño o niña. Si la madre estaba bien. Si se sabía quién era el padre. Supongo que solo quería saber si al menos ella había tenido un final feliz. Pero cuando le pregunté todo aquello a Deniel, ella me miró como si no comprendiese en absoluto de qué estaba hablando. Me dijo que todo el mundo sabía que Celeste de Anderia estaba loca. Que Anderia no tenía herederos. Que el único príncipe que había nacido en los últimos tiempos había sido el de Mab de Lothaire. Por supuesto, le dije que aquello no podía

ser. Que yo misma había visto a Celeste embarazada. Que si no había nacido un heredero en Anderia es que algo le había pasado. Y aquella muchacha que yo conocí no estaba loca, solo desorientada, solo triste…

Quiero decirle que realmente hubo un niño. Quiero contarle la historia completa que con toda probabilidad no sabe. Pero no me sale la voz y, de todos modos, no quiero interrumpirla. Necesito saber cómo pasó todo. Ojalá no estuviéramos perdiendo esta oportunidad de reencontrarnos hablando de esto…

—¿Deniel te traicionó? ¿Contó lo que habías preguntado?

—Deniel *jamás* me habría traicionado. —La voz de mi madre es una advertencia. Me mira, con ojos por un segundo más brillantes, aunque no sé si de ofensa por sugerirlo o de tristeza por recordarla—. Nunca, en toda su vida. No sabes cuánto me quería. A niveles, incluso, en los que yo no podía corresponderla.

Siento que se me seca un poco la boca al entender las implicaciones de sus palabras, pero no digo nada. Tan solo puedo apartar la vista al suelo, arrepintiéndome de haberme atrevido a sugerir otra cosa que no fuera la más completa lealtad por parte de mi madrina.

—Pero yo no me quedé contenta con su respuesta —susurra entonces el espíritu, en silencio—. Y traté de contactar con Celeste. En la primera carta solo le preguntaba por su hijo, por qué había pasado con él. Si lo había perdido, si se encontraba bien, si tan solo no le dejaban decir que existía. Pero no respondió. Y yo mandé una segunda carta. Si no estaba bien, podía decírmelo. Podía confiar en mí. Le daría asilo en mi reino. Haría lo que hiciera falta por ella. Tú nacerías y podríamos criar a nuestros hijos juntas. Pero, de nuevo, no respondió. Y yo me inquietaba, Eirene, porque sabía que no era normal. Que tenía que recordarme, como yo la recordaba a ella, y mis palomas nunca regresaban sin entregar su mensaje al destinatario. Así que, de nuevo, cometí una imprudencia. Hasta el momento me habían dejado estar. Me tenían vigilada, pero poco más. Pero entonces, la tercera carta fue para Davet de Anderia. Pedí una audiencia con él. Le hablé de cerrar tratos. De reunirnos en su castillo, en términos pacíficos, pues Nryan nada tenía que ver con las batallas de Lothaire. Era mi excusa para verla.

No tengo que preguntar qué pasó entonces. Traspasó la línea. Mab vio demasiado cerca el peligro. Podía perdonar un par de cartas que no iban a ningún lado, pero mi madre se acercó *demasiado*. Iba a hacer algo. Y no pudo permitirlo.

—Mi propuesta a Davet nunca fue respondida. Y días después de

enviar aquella carta, todo se volvió más complicado.

Me estremezco. Entonces debió de comenzar el veneno. El enclaustramiento todavía más férreo. Las amenazas. Cuando nací, apartarme de su lado… ¿Hasta qué punto fueron órdenes de Mab? ¿Le dijo ella a Ibran todo lo que tenía que hacerle a mi madre, o sencillamente le diría que la atase en corto y él decidió cómo le drenaría la vida poco a poco? La esperanza. Las ganas de vivir…

Hay un silencio que dura una eternidad.

—¿Cómo estás aquí, mamá? ¿Cómo es posible?

—Porque Deniel me dio la oportunidad. Te lo he dicho, Eirene: estaba muy cansada. Muy, muy cansada. Sabía que iba a morir. Deniel también lo sabía. Durante años se esforzó en cuidarme y paliar los daños que Ibran me causaba, pero fue demasiado tiempo. Y yo ya me había roto por todos lados. Había perdido a Hayes. Nunca te tenía a ti. No había podido ayudar a Celeste de Anderia. Mi corona cada día me quedaba más grande. Ni siquiera podía levantarme de la cama. Nada tenía sentido. Y entonces Deniel me dijo que, si tan solo me dejaba ir, ella podía guardar mi espíritu. Que lo conservaría con ayuda de la magia de este lugar. Ella podía darme un refugio, y ambas seríamos libres, y tú podrías estar conmigo, aunque fuera solo una noche al mes.

Me encojo sobre mí misma. Su voz suena tan triste, tan amarga… O quizá sea yo quien le dé ese sentimiento, porque todo me parece demasiado cruel. Porque eso nunca llegó a pasar. Porque, de pronto, Deniel murió. Porque a mí me quitaron de en medio. Porque nunca entendí aquel cuento, no supe verlo. Deniel, con toda probabilidad, no tuvo tiempo de contármelo. No supo cómo. Y dejó aquella historia, por si acaso, solo para mí…

He tardado catorce años en volver a verla. Durante catorce años, mi madre ha estado aquí, apareciendo cada luna llena, esperando a personas que nunca venían.

Se me rompe el corazón en dos. La presencia de mi madre se acerca a mí. Sus dedos intentan coger mis lágrimas, pero no pueden. Si los espíritus lloran, ella lo hace.

—Lo siento, mamá. Lo siento muchísimo. Siento no haber podido hacer nada por ti, ni mientras vivías ni durante todos estos años. Siento no haber venido antes. No sabía… Nunca creí…

—Habría esperado mil siglos para poder verte solo una noche, mi niña.

Cuando el espíritu de mi madre se acerca a mí, ambas lloramos y fingimos que podemos sentir nuestro abrazo.

Seaben

i mano encaja en la de Eirene con la misma facilidad de siempre. Bajo los pequeños orbes de luz que vuelan a nuestro alrededor, por obra y gracia del hechicero, su rostro parece más serio y adulto que nunca. Como si los años hubieran caído sobre ella tras el encuentro con el fantasma de su madre.

—¿Cómo estás?

Podría verlo en su cabeza, cuya entrada está libre para mí, pero no quiero forzarla. Prefiero que me hable, si me quiere decir lo que siente, o simplemente que busque mi apoyo cuando crea que está preparada para ello. El suave apretón que da a mis dedos, sin embargo, es esperanzador. Sus ojos se apartan del horizonte, de la noche negra que se ve desde las alturas, y se vuelven hacia mí. Pronto tendremos que empezar a bajar, si no queremos quedarnos atrapados aquí o, peor, que el día asome mientras descendemos.

—No lo sé. Supongo que me siento… ¿afortunada? Soy consciente de que nadie tiene esta oportunidad. Pero a la vez es muy confuso, porque creí que la había perdido hace catorce años, Seaben. Pensé que jamás… —Calla, con los ojos entornados, y siento que se estremece. Que da un paso pequeño hacia mí—. Realmente lleva aquí catorce años. Esperando por… alguien. Completamente sola. No puedo imaginarme lo que es eso. Mi madrina esperaba volver a verla y nunca pudo hacerlo. No se despidieron…

Le paso un brazo por los hombros, para protegerla del frío, aunque está envuelta en mi capa. El dolor es un filo amargo en su voz y un brillo de lágrimas en su mirada. Si la reina Áine está aquí, nos ha explicado a los demás, es porque su madrina ató su espíritu a este lugar. Y mientras siga en pie, mientras se sostenga en el cielo, ella vivirá eternamente, con la magia que se ha quedado enredada en las paredes, en el suelo, en el gran árbol. Ahora es una con la escuela. Una con el reino que amó.

Como en el cuento, el tiempo no pasa por ella, pero su mundo ha cambiado demasiado y ahora está sola y ha sido olvidada por los suyos…

—Lo siento.

Eirene sacude la cabeza. Se le escapa un sollozo, pero veo su rostro seco.

—Todo es culpa de Ibran. De Ibran y de Mab. Ella solo quería ayudar a Celeste. Lo único que hizo fue compadecerse de ella.

No digo nada. Creo que no hace falta. Ambos comprendemos que si Áine hubiera logrado su objetivo, el rey Davet podría haberse dado cuenta de lo que estaba pasando. Podría haber echado a Eveque. Podría haber buscado a ese niño —a mí, aunque probablemente solo se habría encontrado con Svent— y anunciar a todos la existencia de un heredero. Habría sido una historia completamente diferente, porque puede, entonces, que la propia reina de Nryan estuviera viva ahora.

Puede que una alianza entre Anderia y Nryan hubiese marcado la

diferencia. Quizá ahora habría paz en el continente.

—Tu madre podría haberlo cambiado todo. Y Mab era consciente de ello. Creo que, en el fondo, la reina de las hadas la temía. Como teme y odia a todo aquel que no se comporte según sus planes. —Miro al horizonte, a la línea de estrellas que parecen más cercanas a nosotros—. Como a ti.

—A mí no me teme.

—¿Eso crees? Tú también te saliste de sus planes. Tú también has demostrado que quieres luchar.

Noto la ansiedad de Eirene burbujeándole en el pecho. Oprimiéndole las costillas. Dificultando su respiración.

—A ella la vencieron, Seaben. Le minaron el espíritu, hasta que no pudo más. Hasta que ella misma eligió que prefería rendirse, porque ya estaba muerta. —Nos miramos—. No quiero acabar como ella. Quiero liberar a mi pueblo. Quiero vivir para ver la paz.

Cojo una bocanada de aire frío.

—Lo harás. Tu destino será diferente, Eirene.

No sé si me cree. No sé si puede tener la fe necesaria para ello ahora. Pero tampoco me lleva la contraria y eso, al menos, es algo positivo.

Cuando el cielo comienza a clarear, el espíritu de su madre y Hayes regresan. Estoy dispuesto a dejar a Eirene sola de nuevo, porque no creo que deba asistir a la despedida que deberán compartir, tan extraña, tan imposible. Pero entonces los ojos de la difunta reina de Nryan se fijan en mí, y hay una sonrisa en su boca.

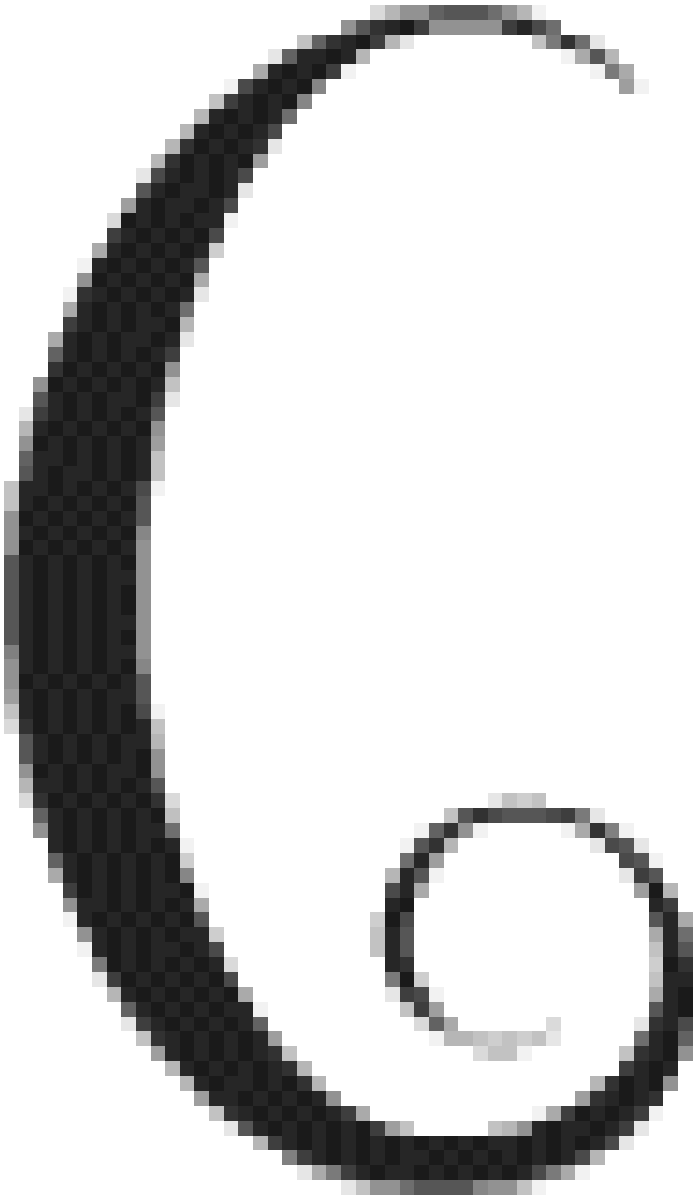
—Me alegro de que, de alguna manera, mi hija y el hijo de Celeste al final tuvieran un futuro. Es un placer conocerte, Seaben de Anderia.

No le digo que no me siento el hijo de la princesa Celeste. No le recuerdo que me crie en Lothaire y que, de hecho, durante años, ese fue el reino del que me sentí parte. No menciono que estoy dividido entre mis identidades, porque eso es algo que solo Eirene sabe, o que no creo que nunca llegue a sentirme de Anderia. No me siento capaz. No creo que importe. Al final, quizá lo único relevante es que Eirene y yo seguimos adelante.

Antes de que el sol salga, dejamos atrás la escuela de magia y, encerrada en ella, el espíritu de una reina que aguardará hasta la próxima luna llena.

# El tratado de paz

Chryses



ómo has podido?

Sé que mi voz toma la consistencia de un rugido más que de una voz humana. El golpe que doy sobre la mesa es violento, demasiado salvaje. Es como volver a estar dentro del lobo, furioso, mostrando los dientes en señal de amenaza. Pero la muchacha frente a mí, tan delicada que podría romperla bajo la fuerza de mis fauces, no reacciona. Aunque me mira, su rostro no cambia. No se asusta, no se encoge sobre sí misma en un impulso de protección. Parece cansada hasta para luchar, y yo no puedo evitar preguntarme en qué momento

exacto hemos llegado a esto.

Quién la ha convertido en esto.

Aunque, en realidad, esa es una pregunta que parece tener siempre, en mi cabeza, la misma respuesta.

—He tenido que hacerlo. Era lo más lógico, Chryses.

Fay de Veridian y Anderia se levanta de su asiento frente a mí, como si pensase que su altura fuese a estar de su parte en una discusión. No sale de detrás del escritorio, sin embargo. Tampoco me da la espalda. Solo parece preguntarme *con qué derecho* me atrevo a cuestionar las decisiones de la reina.

Sus ojos agotados y decididos, dorados, se vuelven rojos en mi cabeza durante un instante. ¿Puede ser que la esté controlando ella?

—¿Vas a ceder? ¿Después de tantos años de lucha? ¿Sabes lo que pensará el pueblo?

—El pueblo está cansado de luchar. Y yo también. Los soldados volverán a sus casas. Podemos reconstruir el reino. Eso es lo que todos quieren, en realidad. La guerra hace mucho que dejó de tener sentido.

—Esa mujer se sienta sobre los cadáveres de miles de hombres.

—Y serán muchos más los que la alcen del suelo si seguimos luchando eternamente.

No habla como ella. De eso, al menos, estoy seguro. Mab no se preocupa más que por sí misma. A ella le dan igual sus tropas. A ella le da igual que los humanos se mueran de hambre o que se rompan familias o que el río en la frontera se vuelva tan rojo que acabe contaminando el mundo con el mismo color de sus ojos. De sus alas.

—Podríamos haber ganado —digo. Y ella tiene que notar mi inseguridad. Porque lo cierto es que no lo sé. Nadie puede saberlo.

—O podríamos haber perdido. No tomaré ese riesgo. Ella ha jurado abandonar la frontera.

—¿Desde cuándo sus juramentos tienen valor?

¿Desde cuándo creemos a la reina de las hadas, cuando ha demostrado ser la criatura más traicionera? Siempre ha medido sus palabras en sus contratos para jugar con su significado. Para jugar con sus víctimas.

—No voy a seguir discutiendo contigo, Chryses. No voy a discutir, en realidad, con nadie. —Su voz no tiene inflexión alguna—. No olvides quién está al mando.

Aprieto los dientes hasta que los oigo rechinar. Hasta que siento que mi mandíbula podría alargarse para convertirse en la del animal. Aunque admito que la princesa llevó a cabo un acto loable al dar un paso al frente cuando todos desaparecieron de una u otra forma, no está siendo justa. Parece que haya olvidado que el suyo es un poder

prestado. Que solo está interpretando un papel por un tiempo. Que si el trono de Mab se alza sobre los cadáveres de todos aquellos que ha matado, de forma directa o indirecta, el trono de Anderia se sostiene precariamente sobre mentiras.

—A ojos de todos, el que está al mando es Svent.

Siento pronunciar su nombre en el segundo en el que sale de mis labios. Ante mí, la expresión de la princesa se ensombrece con la mención del muchacho. No hemos recibido nuevas de él, aunque la ausencia de ellas, en este caso, solo puede significar que Itsvan lo ha encontrado y que está bien. Las malas noticias siempre son las primeras en llegar, al fin y al cabo.

—Y él será quien firme el tratado.

De uno de los cajones de su escritorio recupera una pequeña botella. No hace falta que me explique lo que es: pretende que sea Svent quien esté presente para la firma, incluso si él no puede hacerlo. Adoptará su forma y se hará pasar por él, con todo lo que eso implica. Con la certeza de que añadirá una mentira más a todas esas sobre las que permanece erguida.

—¿Dónde has conseguido eso?

Ella solo aprieta los labios. De nuevo, la respuesta está ahí incluso antes de que la pronuncie. En cómo baja los ojos. En cómo sus dedos se aprietan alrededor de la poción.

—Mab me la ha enviado.

—¿Mab sabe que Svent no está?

Entorno los ojos. Pensé que se habrían carteado. Creí que habrían llegado a un acuerdo intercambiando misivas. Que quizá Fay había dicho que era una intermediaria. Pero lo que está insinuando, en realidad, es que ella le ha confesado uno de nuestros secretos más peligrosos.

—Tuve que decírselo.

—¿Tuviste que…?

—Lo estaba buscando.

Las implicaciones de su comentario me golpean con fuerza. Mab ha estado aquí. Mab ha estado aquí y Fay no solo la ha visto, sino que ha hablado con ella. La mujer que destrozó mi vida. La mujer que jugó con la mente de Celeste. La mujer que crio a mi hijo como si fuera suyo, que lo manipuló, que le escondió la verdad de su existencia.

La mujer que trata al resto de Faesia como las piezas de su particular divertimento.

Mi mano vuela a la empuñadura de mi espada. Es un acto reflejo, porque mi mente sabe perfectamente que no puede seguir aquí, pero Fay sigue el movimiento de mi brazo con sus ojos y, por primera vez,

da un respingo. Como si pensase que la fuese a atacar. Quizá debería hacerlo. Quizá debería acabar con esta locura yo mismo. Poner a Celeste en el trono en el que siempre debió estar. No importa que no sepa distinguir el presente del pasado. No importa que a veces no sea consciente de las cosas. Al menos sería sincera con todos. Al menos lucharía contra Mab hasta el final…

Pero el momento pasa y mi cuerpo se relaja. Respiro hondo y dejo caer la mano.

—¿En qué te estás convirtiendo, Fay?

Ella no responde. Pasa una eternidad sin moverse, de hecho, hasta que finalmente me da la espalda. Se acerca a la ventana, como si necesitase aire fresco. No sé cuántos días lleva sin salir de este palacio. Sin ver la luz del sol más allá de a través de esa ventana. Se ha volcado en cuerpo y alma en atender al reino. Y temo que se vaya a perder a sí misma.

—¿Qué pasa con Celeste? No puedes dejar que esa mujer entre aquí.

—No entrará aquí. El pacto se hará en terreno neutral para todos los integrantes. Firmaremos en el Paso.

—¿Y cómo vas a salvaguardar a todos de su poder? ¿Es que no has aprendido nada? No eres más que…

Una muchacha. Una muchacha perdida, con demasiadas responsabilidades sobre sus hombros de la noche a la mañana.

—*La reina*. Soy la reina, y deberías tenerlo en cuenta. Incluso si no soy *tu* señora, harías bien en recordarlo y dejar de cuestionar mis decisiones.

Tras eso, creo que queda claro que no tenemos mucho más que decirnos. Yo no la encaro, aunque sé que lo espera, sino que me doy la vuelta y echo a andar hacia la salida. Llego a poner la mano en el picaporte sin que ella me detenga. No sé qué hemos hecho. En qué la estamos convirtiendo. ¿He sido yo también culpable de esto? Lo he permitido, de alguna manera. Si hubiera actuado antes de la boda, si hubiera librado a Svent del control de la sirvienta de Mab, si hubiera acabado con su vida cuando tuve la oportunidad, ¿cómo habrían sido las cosas?

¿Cómo podría enmendar mis errores?

—Júrame que no te interpondrás en la firma del tratado.

Me detengo. La puerta ya está abierta. Tengo un pie dentro, en realidad, y otro fuera. No respondo.

—Si lo estropeas todo, Chryses, haré que te ejecuten.

Miro por encima de mi hombro. La luz se cuela a espaldas de Fay y la convierte en solo una silueta, pero su cabello parece en llamas.

Tiene el porte de una reina y, de pronto, al mirarla, al comprobar cómo me sostiene la mirada la princesita a la que iban a casar con Seaben, la princesita que temía al lobo y que se sentaba con su prima en el jardín del palacio de Lothaire, soy consciente: se está convirtiendo en aquello a lo que la hemos empujado. Se está convirtiendo en la persona que ha tenido que sacrificar hasta su identidad. A esa muchacha demasiado joven, demasiado inocente, que ya ha recibido demasiados golpes.

A esto la hemos empujado entre todos, sin saberlo. Sin recordar que estaba aquí, en un rincón del tablero, observando cómo se desenvolvían los acontecimientos. La hemos obligado a mover, a jugar, y ahora está enredada, como todos los demás, en una batalla de la que parece que solamente hay una forma de salir.

—¡Júramelo!

Es una orden, pero ella sabe que no es la reina ante la que respondo.

Me marcho sin darle una respuesta.

Fay

n el espejo, Svent pasa las manos por el traje ceremonial con el que un rey debe vestir en ocasiones importantes. Colores vivos, no sobrios, para remarcar la importancia del momento. Hilo de oro, que muestre el poder y la riqueza, incluso si tu pueblo se muere de hambre. Expresión calmada, que forma parte del uniforme. Ni una duda. Orgullo. Pero sin parecer demasiado duro. Ni tenso. Es una ocasión de paz. Es celebración, incluso si hay voces que protestan. Incluso si hay personas vengativas. A ellas no hay que escucharlas: lo importante es acabar con la guerra. Curar. Renacer.

Me fijo en el muchacho en el cristal. Los ojos rojos, como los de la reina con la que nos encontraremos hoy. ¿Alguien verá la semejanza? ¿Alguien lo relacionará? ¿Alguien creerá que todo es una trampa, que en realidad el rey de Anderia y la reina de Lothaire están relacionados y que nunca podrán escapar de la mano de las hadas?

Mis dedos se alzan hacia el cristal. El muchacho no tiene sonrisa, pero eso no es raro. Svent no sonreía habitualmente. Solo lo hacía con sus amigos, y no tendrá a ninguno cerca cuando tenga que poner la pluma sobre el papel y desarrollar su firma con ligereza. El tacto helado del espejo me recuerda un poco a cómo se sentía a veces su piel en el monasterio, donde hacía demasiado frío en el invierno en el que me encontró. Repaso su rostro. Qué raro volver a verlo, después de semanas…

Doy un paso hacia él. Abro la boca para llamarlo por su nombre. Para preguntarle si está bien, si su mente encuentra poco a poco la calma que le quitaron, si se sigue sintiendo perdido…

Dos golpes en la puerta me hacen volver la mirada de pronto. Naim entra. Solo él tiene permiso, por supuesto, pero se queda parado al verme frente al espejo. Yo me apresuro a bajar mi mano. A alzar la barbilla, aunque con él no haga falta. Doy un paso atrás y vuelvo a pasarme las manos por la ropa, dejándola impecable, sin una sola arruga.

Es la hora.

Svent de Anderia debe enfrentar a su pueblo y conseguir la paz.

El camino en carruaje hasta el Paso del Principio se me hace eterno. Durante toda la jornada, trato de aislarme de los sonidos que se despiertan a medida que avanzamos. Hay algunos de alegría, pero también abucheos a un rey que a los más guerrilleros les parece cobarde. Soy consciente de que esta decisión no va a agradar a todo el mundo. Como no agradó a Chryses. Como no agradará, sin duda, a Eirene, en cuanto las noticias le lleguen. Pensará que la he traicionado. Pensará que Fay de Veridian se ha vuelto loca.

No pasa nada. Sé que esta es la única manera de hacer las cosas. De solucionarlo todo.

Si me gano el odio y la decepción de las personas que me rodean, que sea al menos por el bien mayor. Aunque ellos no puedan comprenderlo.

Para cuando llegamos, el escenario que debemos ocupar es uno de esos que, con los años, quedan retratados en la historia. Los ruidos son aquí mayores que en cualquier punto del camino: personas de los tres

reinos crean una multitud que se amontona, controlada por algunos guardias de Veridian y Lothaire, a los que mis propios guardias no tardan en unirse. No tengo ninguna duda de que se pintarán cuadros de este momento. El pasaje quedará grabado en las crónicas como el fin de un enfrentamiento extendido por décadas y el inicio de una nueva era para Faesia.

Cuando salgo del carruaje, hay quienes contienen la respiración. No permito que eso me afecte. Tampoco el susurro de mi nombre —no, no mi nombre, sino el de Svent, aunque ¿hay diferencia ahora mismo?—, ni las murmuraciones sobre si el niño que parezco está seguro de lo que hace. Tampoco atiendo a los gritos que celebran una postura pacífica. No quiero atender a nada. Si me mantengo al margen, si nada consigue tocarme, puedo hacer esto y más.

Si consigo alejarme de toda esta escena, aunque la esté viviendo, ni siquiera los rostros de la familia real de Veridian conseguirán perturbarme.

Ellos están ahí, altivos como siempre. El rey, pero también la reina, y de hecho sus expresiones se truncan cuando ven que del carruaje no sale nadie más. Esperan a su hija. Quieren verla, con toda probabilidad. Asegurarse de que, después de tanto tiempo, está viva y bien. Pero su hija no está aquí. A su hija no pueden verla, al menos por el momento.

Ailbhe, a su lado, parece el más preocupado y turbado por la ausencia de su hermana. Puedo ver a Gadiel, tras todos ellos, intercambiar unas palabras con él, pero el príncipe solo sacude la cabeza.

—Majestad Svent —declara la reina, sin moverse ni un milímetro de la posición que ha adoptado al lado de la precaria mesa que alguien ha colocado en medio del claro en el que se nos ha citado—. Un honor conoceros al fin, nuero.

Agacho la cabeza. Es fácil moverse como un hombre. Solo tienes que fingir que estás por encima de todo. No tienes que preocuparte de ser demasiado perfecta, de tu postura, de vestidos incómodos. El mundo se adapta a ti, en vez de tú al mundo.

—Majestades. Vuestra hija os envía recuerdos. La situación, sin embargo, ha sido demasiado para ella: ha considerado más seguro quedarse guardando nuestro hogar. A él, sin embargo, estáis invitados cuando deseéis. Somos familia, al fin y al cabo.

El rey frunce el ceño. Su expresión es fría, altiva, como si estuviese por encima de este intercambio de cortesías. Si no pide más explicaciones, sin embargo, es porque es sencillo creer que Fay de Veridian ha sido una cobarde que ha considerado que, incluso en un

día tan importante como este, era mejor esconderse.

Es exactamente lo que hizo hace no tanto. En otro día importante, huyó.

—Tiempo habrá para reuniones, desde luego: tras el tratado, seremos muchos quienes podremos viajar de reino en reino sin miedos.

Hasta ahora había tratado de ignorarla, pero Mab de Lothaire sabe siempre cómo hacerse notar. Ella va sola, sin nadie. Sin guardias pegados a su espalda. Sin familia, porque no le queda ninguna. He estado pensando últimamente que quizá ella y yo no somos tan diferentes. Todo el mundo la abandonó, de una forma u otra, pero ella haría lo que fuera por las personas que amó una vez. Cualquier cosa. Incluso lo más inmoral. Incluso lo imposible.

Las dos nos miramos. Ella sí me ve a mí, de la misma manera en que yo puedo verla a ella de una forma que nadie más parece haber podido.

—Majestad —la saludo—. Espero que vuestras palabras sean ciertas y tras esto nunca nadie tenga que lamentar la existencia de fronteras.

—Ese es mi deseo también. —Alzo una ceja que deja claro que echo algo en falta. Ella casi parece sonreírse mientras paladea—. Majestad.

Nadie agacha la cabeza ante el resto de los presentes. Por orgullo o por mostrarnos férreos en nuestras posiciones, nadie se inclinaría ante sus iguales.

—Como se acordó, las condiciones han sido redactadas por nuestra nación, como mediadores más objetivos en este conflicto —asevera el rey de Veridian. Su mano hace un ademán hacia su heredero—. Nuestro hijo procederá a leerlas para asegurar que nada se firma que no se haya pactado de antemano.

—Sea. —Mab y yo hablamos a la vez.

Ailbhe da dos pasos al frente. Me observa, con fijeza, durante un segundo demasiado largo. Sostenerle la mirada es la primera cosa complicada, pero lo consigo. Supongo que él no se cree de manera tan sencilla que su hermana sea una cobarde, porque ante él eligió quedarse en un reino en guerra. O quizá tan solo piense en Svent. En que lo infravaloró. En que le ofreció dinero, calderilla para él, por recuperar a su hermana, y ahora ese muchacho es *rey*. Puede incluso que piense que ese rey es falso. Que en mis ropas debería haber otro muchacho de ojos rojos…

Sea como sea, al final baja la vista. Sus dedos despliegan los rollos de pergamino. Su voz, limpia y clara, comienza a leer las condiciones

de paz. Se habla del reparto de recursos, en el que Lothaire está obligada a ceder, porque es quien cuenta con más y quien más ha conseguido minar los del enemigo. Cualquier prisionero de guerra será automáticamente liberado. A los refugiados que hubiesen huido a Veridian u otros lugares se les dará la opción de ser repatriados, sin importar las condiciones en las que salieron. Aquellos que proclamen discursos ideológicos que animen a mantener conflictos entre las naciones serán castigados duramente según la ley propia de cada reino.

Ailbhe habla durante casi una hora entera. Todos los asistentes a ese momento guardan un silencio reverencial.

Cuando acaba, todos los soberanos firmamos con la misma pluma.

Con el último rayo de sol, muere en Faesia una era y comienza otra.

Itsvan

vent?

Empujo la puerta del pequeño almacén donde antiguamente trabajábamos. Al hacerlo, como siempre, una nube de polvo me recibe. La luz del atardecer se cuela, anaranjada, por las ventanas. El polvo, habiendo echado a volar con cada pisada que doy, flota en el aire. Los tomos, siempre tan quietos, permanecen en pilas en el suelo o en las torcidas estanterías, que amenazan con partirse cualquier día y enterrarnos bajo una avalancha de libros.

Encuentro a Svent en las mesas del fondo, bien cerca de las ventanas, inclinado sobre un pergamino. En realidad no sé qué hace escribiendo todo el día, si ya no podemos trabajar como escribas: todo

el mundo piensa que está en palacio. De hecho, en este momento, todo el mundo piensa que está volviendo a palacio después de la firma del tratado de paz en el Paso. Yo mismo lo vi allí, de pie, escuchando al príncipe Ailbhe de Veridian leer las cláusulas. Yo mismo lo vi firmar el documento que ha sellado, por fin, la paz entre Anderia y Lothaire.

Pero sé que no era él.

El verdadero Svent ha vuelto al orfanato abandonado en el que se crio. El verdadero Svent apenas habla y, desde luego, no me parece que esté preparado para enfrentarse a una multitud por una decisión que él no ha tomado.

—Svent.

Apoyo mi mano en su hombro. Siento una leve tensión en sus músculos, como cada vez que cruzo esa muralla que ha puesto a su alrededor. Aunque normalmente no era muy dado a los gestos afectuosos, darse cuenta de que ha estado bajo el control de otras personas lo ha puesto en alerta perpetua.

Suspiro y aparto la mano. Doy un par de pasos atrás, para respetar su espacio, y acabo apoyándome en una de las estanterías. No puedo ver su cara, solo su silueta inclinada sobre la mesa, pero decido que es suficiente. Que podré ver los cambios en su postura mientras hablo. Porque aunque mi amigo no haya sido nunca especialmente expresivo, lo cierto es que es fácil de leer, una vez sabes seguir las pistas.

—Veo que no te has movido en toda la tarde. —A pesar de que salí hace horas—. Así que quizá quieras escuchar las noticias. Supongo que mañana mismo habrá como veinte relatos diferentes de lo que pasó, pero el mío es de primera mano, así que puedes fiarte. Podría incluso describirte cómo iba vestida la reina de Veridian. ¿Sabes que con solo una de las joyas que llevaba podríamos alimentar a un pueblo pequeño durante una semana? Se nota que el reino tiene dinero de sobra…

Callo. Sé que me está escuchando porque su mano ha dejado de pasearse por la página, aunque ni siquiera ha alzado la cabeza. Permanece quieto, con los ojos en la caja de escritura, fingiendo que atiende a las letras que ha escrito, si bien yo sé que tiene la vista perdida en la hoja y atesora cada una de mis palabras.

—También estaba ella. —La tensión en su espalda. Un estremecimiento—. No me acerqué, claro. No me pareció que fuera la ocasión. Además, no iba como ella misma. Se ha… disfrazado de ti, supongo que con una poción.

Creo que se va a girar. Que lo hará en cualquier momento. Que me mirará y pedirá explicaciones. Pero un latido pasa. Y otro. Y otro más. Los cuento sin que nada ocurra, con la esperanza de que reaccione,

aunque esta muere pronto.

—No daría el pego para alguien que te conociera, pero por suerte somos pocos los que podemos presumir de eso. Es decir, no caminaba para nada como tú. No se movía como tú o hacía tus gestos. Si fuera una imitación mía quizá fuera más acertada, porque sabemos que yo tengo mucho más porte que tú.

La pared de silencio sigue ante mí. Él se esconde tras ella y yo empiezo a perder la paciencia. Aprieto los dedos alrededor de mi pelota de tela, que he sacado de la manga de mi camisa. Quiero zarandearlo. Quiero hacerlo reaccionar.

Quiero recuperar a mi amigo.

—Al menos sí hablaba tan poco como tú. En eso, ha hecho una interpretación magnífica.

Svent se gira en su taburete. Lo hace muy despacio, pero incluso así me sorprendo. Sus ojos se encuentran con los míos y, a la luz del atardecer, con el sol detrás y media cara en sombras, parecen negros en lugar de rojos.

—Déjame solo, Itsvan.

Dejo caer los hombros. No me atrevo a contestar. No quiero obligarlo a soportar mi presencia, pero me gustaría que me buscase en algún momento. Que me diese las gracias por estar aquí, aunque no es, ni mucho menos, lo que deseo. Me gustaría que supiera que puede contar conmigo. Que no mentía, en el castillo, cuando le decía que haría cualquier cosa por él. Pero en los últimos días me pregunto si sigue siendo el mismo al que le dije esas palabras.

Y me asusta pensar que jamás voy a recuperarlo.

# JUEGOS DE PODER

ryan puede haber cambiado mucho en el tiempo en el que no he vivido aquí, pero su castillo, en el corazón de la isla, sigue tal y como lo recuerdo. Mis antepasadas lo mandaron construir como una auténtica declaración de intenciones y, de hecho, todavía no he conocido un lugar en Faesia que se le pueda comparar. En primer lugar porque no hay muralla que

separe el espacio del castillo del resto del mundo, lo que siempre me han explicado que se hizo con ánimo de no poner barreras entre el pueblo y la familia real. Hasta la entrada, por tanto, se llega por un paseo de piedra sobre una extensión verde, llena de hierba y flores. Desde el castillo, de todas formas, podría verse a cualquier intruso que intentase alcanzar las grandes puertas de entrada.

Drake y Seaben miran ahora con atención al camino, maravillados por las barandas talladas con flores y ramas de piedra, en las que se enredan pajarillos y pequeños animales: de pequeñas, Astrid y yo siempre descubríamos algún detalle nuevo que no habíamos visto antes, y a veces jugábamos a contar las flores abiertas al sol o los pequeños capullos que nunca llegarían a desplegar sus pétalos. Mi madrina solía decir que cada día nuestros cálculos darían una respuesta diferente, porque la piedra estaba viva e iba cambiando y, de noche, cuando nadie las veía, había flores que se escondían. Mirándolas ahora, a la luz del día, con más años a mi espalda, sus palabras todavía me parecen posibles. Si no estuviera tan inquieta, tan nerviosa, probablemente pasaría mis dedos por la baranda y empezaría a contar, desde el principio.

—Es una obra de arte.

Aunque creo que Drake se refiere al paseo, cuando me giro lo descubro contemplando más allá, al castillo que se alza, majestuoso, con esperanzas de engancharse a las nubes. Si la escuela de magia nos pareció enorme, desafiando todas las leyes posibles al mantenerse en el aire, el palacio parece tan etéreo que podría echar a volar en cualquier momento si no fuera por las enredaderas en su fachada, que abren sus flores blancas al sol. El mismo color que tiene la piedra con la que está hecho el edificio, aunque tan exquisitamente dispuesta que parece arena moldeada en una playa. Las columnas me son familiares, sujetando los arcos que forman las ventanas. Desde allí, desde las más altas, me parecía que podía ver el mundo entero, cuando todavía no entendía que, en realidad, mi universo era demadiaso limitado. Las torres parece que se vayan a romper en cualquier momento, tan delicadas en apariencia. Él no puede verlas, pero en la parte de atrás, mi lugar favorito, hay amplias balconadas de cuyos techos penden fragantes flores de glicina. Yo me quedaba durante horas observando el baile de las abejas desde los bancos llenos de cojines que daban al jardín trasero, lleno de tal estallido de colores por la vegetación que parecía que un arcoíris se hubiera posado en nuestra isla.

Pese a la marea de recuerdos, hay algo que me llama la atención. Algo diferente a lo que recordaba: en el paseo, cada cierta distancia, se construyeron portones de piedra que, en realidad, nunca son

cerrados. Incluso ahora permanecen abiertos, pero hay parejas de guardias apostados en cada entrada, vigilantes y con las lanzas preparadas, dejando claro que nadie será bien recibido, contrariamente a lo que pasaba cuando era niña.

Me detengo en seco antes de continuar. Tengo que coger aire. Obligarme a recordar que nadie puede negarme la entrada al castillo. Puede que yo no sea hija legítima de la persona que ahora tiene la corona, pero él *ni siquiera* nació en este reino. Solo está ahí por un compromiso obligado con la reina. Solo está ahí porque él, de hecho, mató a la reina.

No soy hija de Ibran, pero sigo siendo la hija de Áine de Nryan.

Siento una presencia ponerse justo a mi lado. Creo que será Seaben, pero cuando miro a mi izquierda encuentro el rostro serio de Astrid. Ella, como la sombra que es, se mantiene imperturbable y mirando al frente. Su mano parece relajada sobre el pomo de su espada, pero yo sé que está alerta, como de costumbre.

—¿Crees que saldrá bien?

Astrid me mira de reojo. No hemos hablado. Sigue siendo extraño pensar en ella como la niña con la que compartí juegos hace tanto tiempo.

—Creo que haréis que salga bien. No conozco quien sois ahora, alteza, pero sí quien fuisteis, y recuerdo que siempre os salíais con la vuestra.

En aquellos días salirme con la mía era visitar a mi madre más veces de las que se permitían. O colarme en las cocinas para conseguir algún dulce. Como mucho, escaparme a la ciudad cuando otros pensaban que jugaba en el jardín. Nada que se parezca a recuperar un trono, a ganar el respeto de personas que sirven a un usurpador.

Y aun así, las palabras de Astrid aligeran un poco mi corazón.

Me dan fuerzas para adelantarme.

Cuando a los guardias les digo que Eirene de Nryan ha vuelto, la incredulidad del principio deja paso a la sospecha. Pero no permito que me vean dudar. No les daré explicaciones a dos soldados. Se las daré a mi padre, con quien debo verme de inmediato.

Nos permiten pasar. Con cada paso que doy, me preparo para volver a enfrentarme a Ibran de Veridian. No le dejaré llamarse *de Nryan* nunca más.

El salón del trono reverencia a la naturaleza tanto como el resto de nuestra isla. La luz se cuela por el amplio ventanal que hay justo detrás de las siluetas de los grandes tronos de roble. La hiedra crece

por ellos y se enreda entorno a los posabrazos, al respaldo, a todos lados. Alrededor de la estancia, la vegetación palpita y nos observa, como un tapiz glorioso que adorna las paredes de piedra. A veces, cuando era pequeña, me parecía que las hojas que se desperezan al sol estaban más vivas que cualquiera de los demás habitantes de palacio.

Al principio estamos solos. Nos hacen esperar aquí, vigilados, desconfiados. Porque la princesa murió. Porque podríamos ser solo farsantes. Porque Seaben de Lothaire está en paradedo desconocido, no con su esposa. Porque los elfos del pueblo de las sombras no son bien recibidos en este lugar, por estar contra la Corona, pero me he negado a dejar fuera a Astrid. Los guardias tienen sus lanzas y arcos a punto, cubriendo la única entrada, la única salida. Trato de no prestarles atención. Trato de centrarme, tan solo, en el trono en el que nunca llegué a ver sentada a mi madre. Yo jugaba a menudo a tomar asiento allí y fingir ser ella. Astrid era mi más fiel servidora, a quien enviaba a aventuras más allá del mar para que me trajera los tesoros más exóticos; claro que era una reina un poco inusual, porque al final también acompañaba a mi amiga en sus misiones.

Cuando las grandes puertas que dan acceso a la sala vuelven a abrirse, todos nos giramos. Mi cuerpo, a la defensiva, se tensa y se prepara para el encuentro. Es como si recordase de repente la última vez que vi a ese hombre y tuviera que protegerse. En aquella ocasión, me golpeó hasta que yo apenas pude tenerme en pie. Siento que los moratones que sanaron después de aquello podrían volver a aparecerme en la piel en cualquier momento.

Pero Ibran finge mejor que yo no recordar nada de eso.

Amparado por varios guardias, su expresión de sorpresa e incredulidad está controlada a la perfección. Yo tengo que apretar los dientes para no gritarle. Para no acusarle, delante de todo el mundo, de traidor y asesino. Pero es mi palabra contra la suya, y no soy tan inocente como para pensar que, a estas alturas, eso será suficiente.

—¿Eirene?

Siento que Seaben se echará encima de él, incluso con la capacidad de control que tiene sobre sí mismo. Oigo como lo insulta, cómo piensa que es un hipócrita, pero ya sabíamos que esto sería exactamente lo que pasaría. Tiene que fingir alegría por recuperar a su hija de entre los muertos, pese a que con toda probabilidad preferiría que Mab me hubiese matado en Astrea.

Pero no es Seaben quien impide que ese hombre me toque. Pese a que se acerca a mí y yo consigo mantenerme impertérrita, cuando alza las manos para tocarme, una sombra, y nunca mejor dicho, se pone entre su cuerpo y el mío, impidiéndoselo.

Todos miramos a Astrid con sorpresa. Ella no agacha la cabeza ante el regente. Solo lo observa, con ese rostro sin expresión. Y por un segundo, un único segundo, la cara de Ibran se altera. Sus ojos brillan, peligrosos, bajo unos párpados que se entrecierran. Antes de que pase nada, sin embargo, dos guardias se apresuran a alejar a mi padre e interponerse ellos ante el rápido movimiento de mi guardiana, dispuestos a entrar en conflicto cuando haga falta.

—Esto no será necesario —dice Ibran entonces, recuperando por completo su compostura. Su voz es pacífica como sé que nunca lo ha sido—. Si esta muchacha es mi hija, es obvio que ha pasado por mucho para llegar hasta aquí y ha debido de rodearse de gente precavida… ¿Es eso, Eirene, hija mía, si es que realmente eres ella?

Pongo una mano sobre el hombro de Astrid. Ella me observa, de soslayo, pero cuando yo asiento, agacha la cabeza y da un paso atrás.

—Padre —susurro, enfrentándolo. El regente disfruta del momento en el que le sonrío, aunque me cuesta todas mis fuerzas—. Ha pasado mucho tiempo, comprendería que no reconocierais a vuestra hija nada más verla. Sobre todo después del… lamentable anuncio de mi muerte. Pero no morí en Astrea. Estoy aquí. He vuelto por fin a mi hogar.

—No sabes lo feliz que me haría que eso fuera cierto, pero… —Su actuación es excelente: supongo que lleva preparándose mucho tiempo para este momento. Sabía que vendría. Sabía que intentaría arrebatarle su poder—. ¿Cómo podemos estar seguros? Mi hija murió en un país de hechiceros. Quizá uno haya cambiado su forma y se presente aquí como lo que más anhelaríamos…

Los guardias atienden a la conversación. Serios, me observan con cuidado, analizando cada pequeña cosa de mí. Intentando averiguar, acaso, si hay un disfraz que se romperá de inmediato. Respiro hondo. Me obligo a pensar. Me obligo a reaccionar.

—Hay un hechicero, de hecho, aquí conmigo —replico, al final—. Alguien que podrá relataros cómo *no morí*, en absoluto, en la liberación de su tierra. Pero supongo que queréis pruebas más palpables, padre, y lo entiendo. El regreso de una heredera no es algo que tomarse a broma. Al fin y al cabo, un farsante podría hacerse con el trono.

La más leve arruga en su ceño. Mis palabras traslucen mis intenciones, como un comentario sutil, pero finjo no darme cuenta mientras me giro hacia Drake. Él no sabe esconder su disgusto tan bien como yo, aunque no sé si es consciente de la expresión asqueada de su cara.

—Drake, ¿serías tan amable de cambiar mi aspecto, por favor?

—¿Cambiar tu…?

—Al que prefieras.

Drake titubea, inseguro, pero, tras un asentimiento, la magia fluye cuando me toca la frente. Mi aspecto cambia, no sé cuánto, no sé muy bien cómo. Pero lo hace lo suficiente, porque siento a los guardias conteniendo la respiración. Cuando me giro hacia el regente, él no ha bajado la barbilla.

—En realidad, esto solo demuestra que tenéis la magia necesaria para cambiar de apariencia. Nada a favor, sin duda, de la confianza…

—Oh, por supuesto. Pero ya conocisteis a mi esposo en vuestra visita a Lothaire, ¿no es cierto, padre? Seaben.

Él ve en mi cabeza lo que quiero hacer. Lo sé porque alza una ceja, pero adivino el asomo de una sonrisa en sus labios cuando avanza hacia mí.

—Querida.

Nos miramos, solo un segundo. Después, él se inclina hacia mí y yo alzo el rostro. La magia, tan pronto como vino, se marcha. El hechizo se deshace y mi aspecto regresa a su forma real. Cuando me vuelvo a girar hacia el regente, él tiene la mandíbula tensa y yo sonrío.

—Nos queremos sinceramente. Lo necesario para romper todos los hechizos del mundo, como habéis visto, y dejar tan solo entre nosotros la más absoluta verdad. Como mi aspecto, por ejemplo…

Los guardias, lo quiera ese hombre o no, se relajan. Lo siento en sus posturas, en sus expresiones, en las miradas que comparten. Algunos parecen felices de recuperar a su princesa y eso me da ánimos. Los ojos del regente, por el contrario, son acerados. Sin embargo, la sonrisa no tarda en aparecer en su boca.

—Parece que hoy el mundo está de celebración: Nryan recupera a su princesa el mismo día que el tratado de paz que unirá de nuevo a las naciones de Faesia se hace efectivo.

El gesto que estaba tratando de mantener en mi boca se congela un poco. ¿Tratado de paz? ¿Qué tratado de paz? ¿Ailbhe finalmente lo ha hecho? Pero no podría haberlo hecho sin Anderia. Y *Fay* está al cargo de Anderia ahora. Y ella jamás habría accedido. Jamás habría perdonado a Mab. Y menos después de lo que le hicieron a su mente y a la de Svent…

Los brazos de Ibran, de pronto, están alrededor de un cuerpo que se queda inerte. Siento su susurro en mi oído, peligroso.

—Bienvenida a Nryan, Eirene.

Seaben

to la pequeña

nota con un poco de cuerda y la levanto, para que todos puedan verlo. He escrito un escueto mensaje para Chryses preguntándole por los últimos acontecimientos, porque necesitamos información y ya no estamos seguros de hasta qué punto es Fay fiable. ¿Está de nuevo bajo la influencia de Mab? No tendría sentido, si no fuera así, que haya decidido firmar ese tratado. ¿Y cómo ha podido hacerlo, de todas formas? Se supone que el rey, el que tiene el poder de decisión, es Svent. No puede simplemente… presentarse en una reunión de ese calibre y actuar en su nombre. La gente sospecharía.

Y la reina de las hadas no es tonta.

—¿Estás segura de que esto funcionará?

Drake no parece muy seguro de lo que vamos a hacer cuando me acerco a Astrid. La elfa lo mira sin expresión en el rostro y el astrense se revuelve en sus ropas como si quisiera apartarse de ella varios pasos más.

—¿Crees que no sé lo que estoy haciendo, hechicero?

Drake nos mira a Eirene y a mí. Yo niego con la cabeza y él, que había abierto la boca, la cierra de inmediato, casi abochornado.

—Por supuesto que no. Estoy seguro de que una urraca es tan buena ave mensajera como cualquier otra. Pero tampoco estaría mal ser… convencionales. Ir a lo seguro.

Astrid no responde, aunque la urraca que se apoya en el brazo de la muchacha mira a nuestro compañero agresivamente y acomoda sus garras. La elfa ata el pergamino a una de sus patas y la lleva hasta la ventana. Parece susurrarle, bajito, algo. Supongo que le habla de la persona a la que tiene que encontrar, o quizá del lugar al que se supone que tiene que ir. Sea como sea, es un intercambio corto. Cuando nos queremos dar cuenta, ha alzado el brazo y el ave se aleja, su plumaje blanco y negro perdiéndose contra un cielo que empieza a tachonarse de estrellas.

Astrid se da la vuelta hacia nosotros.

—¿Y ahora?

Eirene, a mi lado, parece agotada. Sé que solo desea meterse bajo las mantas y dormir, pero también soy consciente de que la tensión en su cuerpo amenaza con hacer de esta una noche de insomnio para ella. Le paso un brazo por los hombros, en un mudo gesto de apoyo. Sabe que pienso en que ha estado magnífica. En que ha plantado cara a Ibran con una entereza digna de una *reina*. La idea hace que sonría levemente. Ver ese gesto en sus labios es casi una victoria.

—Voy a pedirle a Ibran hablar con el Consejo Real. Quiero verlos, quiero presentarme ante ellos y, sobre todo, quiero descubrir dónde están sus lealtades.

—Con el regente —dice Astrid con sequedad—. No necesitais reuniros con ellos para descubrirlo: os lo dirá cualquiera. Probablemente Ibran los ha comprado. Si no estuvieran de acuerdo con sus ideas no estarían ahí, como no lo está mi madre.

Eirene no parece sorprendida. Yo frunzo el ceño, pero decido no meterme.

—Quiero pensar que el hecho de que yo haya vuelto podría cambiar las cosas. Al menos, darles más opciones. Quiero pensar que, de hecho, hay gente que le sigue la corriente, precisamente, porque no había más opciones. Porque estar en el Consejo aceptando las leyes del rey es mejor que no estar en el Consejo y dejar a tu pueblo al margen de las decisiones que se toman. —Mira a Astrid, que no parece contenta con su comentario—. El Bosque de las Sombras es un enclave privilegiado: tenéis completo control sobre él y sobre quien entra o sale. Es casi como una ciudad amurallada. En otras zonas no tienen las mismas oportunidades.

Los brazos de la aludida se cruzan para alzar una muralla entre ella y nosotros.

—No estoy de acuerdo. ¿Crees que agachar la cabeza es un acto de rebelión? Si todas las regiones le diesen la espalda al regente, no tendría más remedio que aceptar que sus ciudadanos son realmente los que importan.

—Quizá no un acto de rebelión, pero podría ser un acto de supervivencia. —La voz de Drake es tan amarga que hasta Astrid parece sorprendida durante un instante—. No sabes lo que es vivir bajo una tiranía violenta, aunque vuestro rey os controle. No sabes lo que es ver morir a todo el mundo a tu alrededor por alzar la voz. No sabes *realmente* lo que es el terror. Que la gente tenga que escapar de sus casas y esconderse, sin ver la luz del sol, durante *años*.

Los ojos del trovador son acerados. El odio impregna sus palabras y Eirene y yo no necesitamos ver en su cabeza para entender que habla del tiempo en la oscuridad, en las mazmorras del castillo de su padrastro pero, sobre todo, de los años de incertidumbre, de muertes sin sentido. Drake no puede culpar a los que se quedaron atrás y fingieron ser súbditos del Tirano porque lo hicieron para defender a sus familias. Porque estaban heridos, también, y tristes y de luto por sus seres queridos. Porque tuvieron que esperar para ver de nuevo a sus hijos, a sus padres, a sus hermanos, a sus amigos.

Creo que la elfa de las Sombras lo entiende, incluso si no sabe toda la historia. Por primera vez, Astrid da un paso atrás. No responde. Ella descubrió el cadáver de Deniel en el agua. Ella, de la mano de su madre, probablemente sin entender del todo lo que pasaba, tuvo que

huir de palacio. Pero el bastión en el Bosque la ha protegido desde entonces. Aunque, ¿no ha vivido en la oscuridad ella también, de alguna forma? Se han apartado del mundo. Imagino que han tenido problemas. Imagino, de hecho, que habría momentos en los que quisieron rendirse. De algún modo, su situación es comparable a lo que vivió la familia de Drake en los subterráneos.

—Habéis vivido opresiones diferentes —dice Eirene, no sin cierta razón—. No creo que esté bien compararlas para ver qué pueblo ha sufrido más. Lo único de lo que estoy segura es que ambas situaciones han sido horribles y no deberían repetirse. Y yo, en la medida de lo que pueda, pretendo que Nryan se convierta en un lugar más justo. Lo que pasa en primer lugar por quitar a Ibran del trono.

Drake aprieta los labios.

—¿Y cómo vas a hacer eso? No nos has contado tu plan. ¿Cómo piensas hacer que te coronen, exactamente? No parece que ese hombre tenga muchas ganas de dejar paso a una nueva generación, si puede evitarlo.

¿Cree que no nos hemos dado cuenta?

—Probablemente intente desacreditar a Eirene ante el Consejo —murmuro. Mi esposa está de acuerdo—. Usará cualquier excusa que tenga a mano, como ya ha hecho cuando hemos llegado. Si no llega a actuar tan rápido, no hubiera dudado en encerrarnos a todos en las mazmorras.

—¿Creéis que utilizará la carta de la ilegitimidad? —ataja el trovador, sin rodeos.

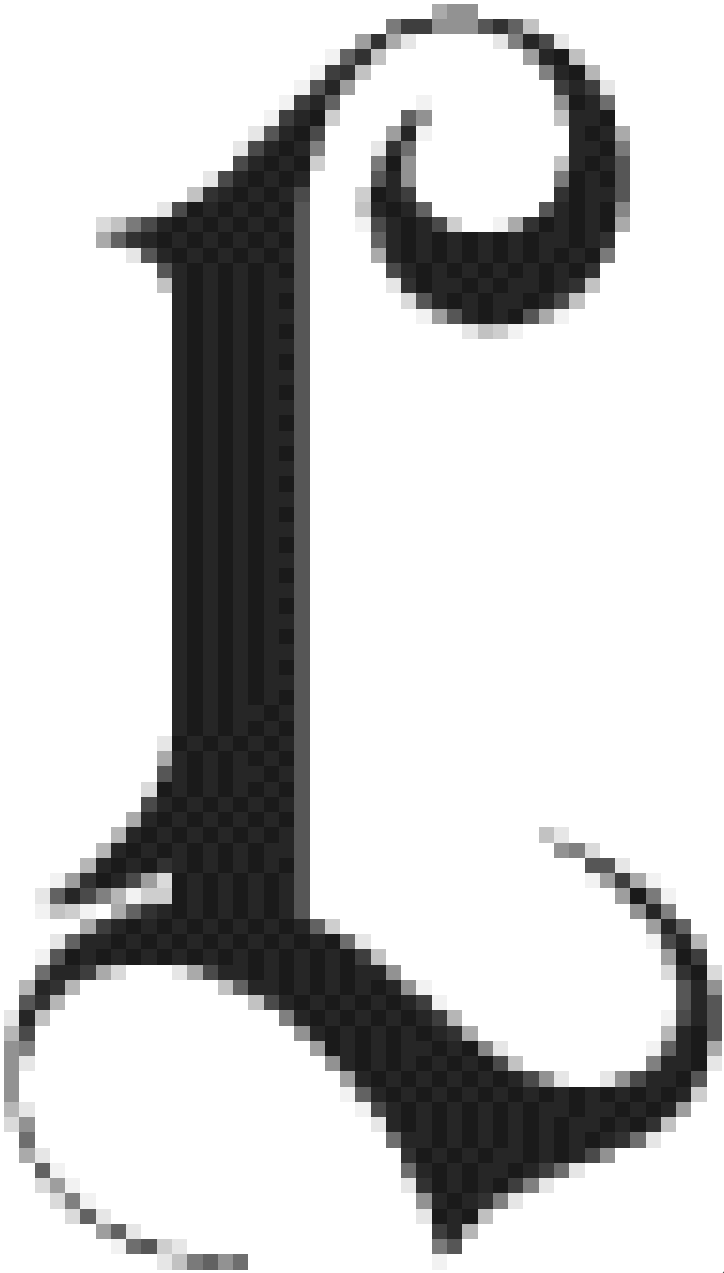
—Sí. Pero estaré preparada. No pienso dejar que se salga con la suya.

Sé que Drake y Astrid tienen confianza en Eirene. Yo también.

De lo que no se dan cuenta es que no llega a responder a la pregunta sobre su coronación.

Porque en realidad, desde hace un tiempo, Eirene tiene sus propios planes para el futuro.

Eirene



os jardines de palacio son otro bosque. Uno lleno de árboles retorcidos entre los que perderse, caminos de piedra y lagunas que aparecen y desaparecen entre la maleza. Eso hace que los jardines sean, por tanto, el mejor lugar del mundo para jugar al escondite. O quizá el peor, porque, precisamente por la cantidad de posibles recovecos, puede llegar a ser imposible encontrar a alguien.

Hoy me resulta un poco extraño tomar estos caminos sin pensar en

cuál sería el mejor lugar en el que ocultarme, solo mirando alrededor, escuchando los sonidos de la naturaleza vibrando cerca de mí. Recuerdo no solo divertirme en este lugar, sino también empezar a practicar con un arco pequeño y resguardarme bajo las grandes hojas de algunos árboles para escuchar a Deniel contar cuentos. Otras veces tan solo me perdía sola, aislándome un poco del mundo. Aquello ocurría sobre todo los días que mi madre parecía más frágil que nunca, casi rota, capaz de desaparecer en cualquier instante…

Hoy tan solo necesito pensar. No en mi madre. Solo en aquello que voy a decirle al Consejo. Apenas he dormido, así que en cuanto ha comenzado a clarear me he levantado, dejando a Seaben dormido en la cama, y he salido a respirar aire fresco. La noche fue sorprendentemente tranquila. Ibran no apareció a cenar con todo el mundo, y supongo que él también está preparando sus próximos movimientos. No soy tan ilusa como para creer que todo será sencillo. Igual que yo estoy calculando qué pasos debo dar a continuación, así lo estará haciendo él también… O Mab, quizá. Él, después de todo, siempre ha sido solo una marioneta.

Los primeros rayos de sol comienzan a colarse entre las hojas. Yo aspiro el olor a alba y rocío, llenándome los pulmones. Necesito estar tranquila. *Debo* estar tranquila. Pero al mismo tiempo, siento todos mis sentidos alerta, advirtiéndome de que algo horrible podría pasar en cualquier momento. Que algo horrible pasará, de hecho. No puedo fiarme de nadie. Necesito estar preparada…

Un sonido. Es una rama rompiéndose, justo detrás de mí, y yo me giro de golpe. Suspiro aliviada cuando descubro a Astrid. No parece sorprendida por haber sido descubierta. De hecho, levanta el pie de la ramita que ha pisado con deliberada tranquilidad.

Quería que supiera que estaba aquí. De lo contrario, yo jamás lo habría adivinado. Siempre fue la mejor escondiéndose.

—Astrid, ¿qué haces aquí?

—Lo cierto es que llevo aquí una hora ya, alteza. Desde que salisteis de vuestro cuarto.

De alguna manera, no consigo estar tan sorprendida como debería. Alzo una ceja.

—Sabes que no deberías acosarme, ¿verdad?

—No lo hago.

—¿Cómo llamas entonces a seguirme sin que me dé cuenta todo el tiempo?

Astrid solo parpadea una vez, como si no se pudiera creer que esa fuera una pregunta seria.

—Precaución.

La manera en que responde, como si fuera una obviedad, me deja sin palabras por un segundo.

—No necesitas estar vigilándome todo el rato.

—Yo creo que sí.

—¿Por qué?

—Porque podéis correr peligro.

—Puedo defenderme sola.

—O no.

—O *sí*.

Astrid levanta la barbilla.

—O sí, pero no tenéis que defenderos sola cuando me tenéis a mí.

Suspiro, sabiendo que esta es una batalla perdida. Le doy la espalda, emprendiendo mi marcha de nuevo, caminando, aunque no sé ni siquiera hacia dónde. Sus pasos no suenan tras de mí, pero sé que me sigue.

—¿Por qué has decidido mostrarte? Sé que podrías haberme seguido todo el tiempo sin que yo me diera cuenta.

—Creo que no necesitáis estar sola.

—Si he salido de palacio es precisamente porque quería estar sola…

—No he hablado en ningún momento de lo que queréis, alteza.

A mi pesar, se me escapa una pequeña sonrisa. Cuando éramos pequeñas, Astrid era igual de insistente y tozuda, lo que muchas veces derivaba en discusiones por ver quién era más terca. La miro por encima del hombro. Ni siquiera hay en su expresión satisfacción por su respuesta, solo me devuelve la mirada con esos ojos oscuros, francos y sin disfraces.

—Ayer me dijiste que no sabías quién era yo *ahora*, pero al mismo tiempo actúas como si me conocieras muy bien, decidiendo qué necesito o qué no.

Astrid se encoge de hombros.

—Creo que las personas pueden cambiar hasta un límite, alteza.

—Ese me parece un pensamiento inocente. Las personas pueden convertirse en algo completamente diferente a lo que fueron una vez. El mundo nos cambia, todo el tiempo. Tú puedes haber cambiado.

—¿Os parece que lo he hecho?

—No demasiado.

—Entonces, ¿por qué debería parecerme a mí que *vos* habéis cambiado tanto como para no reconoceros en absoluto?

Me detengo. Su pregunta se queda un segundo de más en mis pensamientos antes de que me dé la vuelta para poder encararla.

—¿Crees que sigue habiendo algo en mí de la Eirene que conociste,

Astrid?

La muchacha me mira. Para lo respetuosa que es, no duda en enfrentar sus ojos con los míos.

—Sí.

—Yo lo dudo.

—Por supuesto que lo hacéis.

—¿Y bien? ¿Me dirás cómo sigo siendo igual?

—Si no hubiera algo de quien fuisteis en un pasado, princesa, ¿por qué volveríais a pasear por los mismos lugares que visitabais antaño cuando estabais llena de miedos, exactamente igual que ahora?

Me quedo callada. Astrid y yo nos miramos por un momento demasiado largo en el que ni siquiera parpadeamos. Al final, soy yo quien aparta la vista.

—A veces tengo miedo de perderme para siempre. De un día levantarme y no reconocer nada de lo que he sido antes. De haber cambiado *por completo*.

Astrid asiente. Sin embargo, no dice nada. No me consuela. No me asegura que no vaya a pasar. No creo que sea el tipo de persona que elimina posibilidades por completo ni que hace promesas vacías. Pero al menos sé que piensa que no ha pasado *todavía*. De lo contrario, no se habría acercado a mí. No me seguiría, como hace tanto tiempo…

—¿Por qué me estás ayudando?

—Porque mi madre me lo ha ordenado.

Hago un mohín. No es agradable pensar que eres solo eso. Una orden. Una misión. Una carga.

Otro silencio.

—Y porque seguís siendo un poco aquella niña.

Astrid se da media vuelta. Esta vez es ella la que echa a andar, aunque hacia el castillo, creo que indicándome que deberíamos volver. Yo la observo, con los labios entreabiertos, sorprendida. Antes de que me dé cuenta, estoy trastabillando al seguirla.

—Aquella niña te dejó sola.

Se detiene. No se gira para mirarme.

—No me quedé *sola*. Tenía a mi madre. A mi pueblo. La niña, en cambio, sí que se marchó completamente sola.

Y de pronto lo entiendo. Comprendo por qué me está protegiendo.

Cree que me abandonó. Mi madre murió, y ella más tarde encontró el cadáver de Deniel, y sabía que me enviaron en un barco sin más. No me siguió. Nunca lo hizo. Pero ¿cómo iba a hacerlo? Era una niña. Su lugar estaba aquí.

—Astrid… —comienzo.

—Debéis prepararos para la reunión —me corta ella—. ¿Estáis

lista?

Me callo. Astrid tampoco ha cambiado tanto. Aunque aquella niña siempre decía lo que pensaba, nunca hablaba de lo que sentía. Yo tampoco creo poder obligarla a ello.

—Lo cierto es que me falta algo.

Astrid se gira entonces, confusa. Me observa con el ceño fruncido, preparada para calcular cómo conseguir lo que necesito o actuar de la manera que haga falta. Resolutiva, como de costumbre.

Se me escapa una sonrisa mientras me acerco hacia ella. La sorpresa llega a su expresión por primera vez cuando pongo una mano en su hombro.

—Una amiga. Si no te importa, podrías serlo tú, Astrid. Como antes.

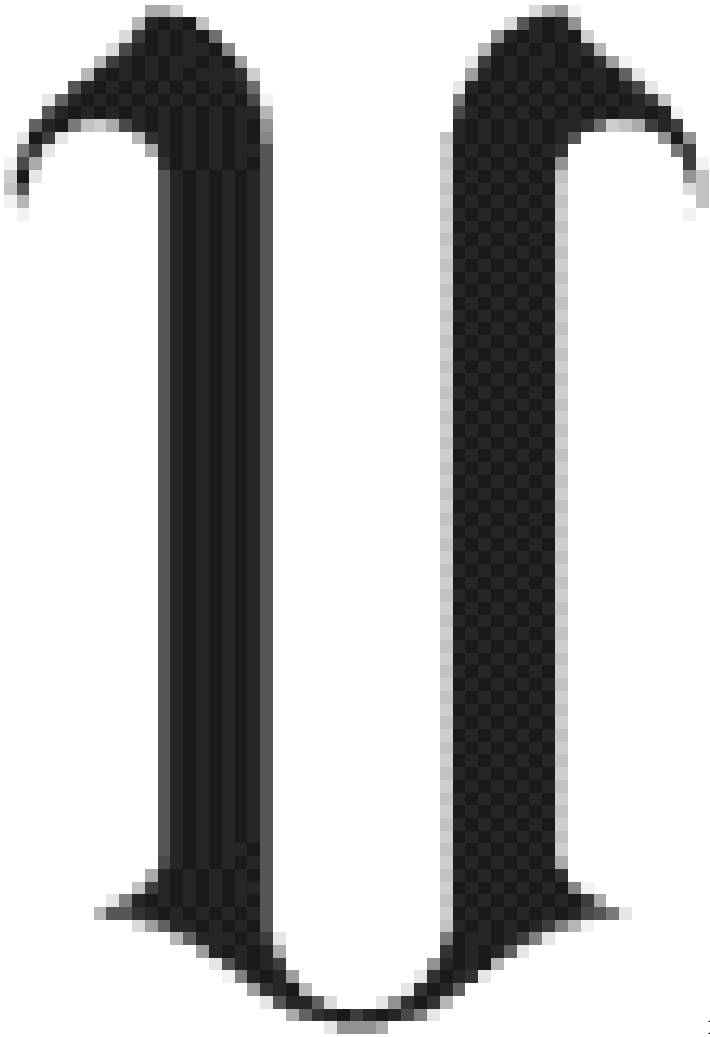
Los párpados de la muchacha frente a mí no podrían abrirse más. Me observa como si hubiera dicho algo verdaderamente increíble, verdaderamente absurdo, pero al final, por primera vez, aparta la vista al suelo.

—Podéis contar conmigo, alteza.

—Eirene. Entre amigas no hay títulos, ¿verdad?

Creo que hay un asomo de sonrisa en su boca. Podría imaginármelo. Podría ser un efecto de la luz y quizá eso resultaría más probable.

—Puedes contar conmigo, Eirene.



n tratado de paz entre Anderia y Lothaire?

Asiento antes de tragar un sorbo del vino que me han ofrecido. Estamos en una sala privada, en una discreta posada a las afueras de

la capital de Nryan. Sylvana frunce el ceño e intercambia una mirada con Rayne y yo sé perfectamente que también intercambian palabras. He visto ese mismo gesto en las caras de Seaben y Eirene en los últimos días y ya me estoy empezando a acostumbrar, pero eso no significa que vaya a dejar de sentirme excluido nunca. A mí también me gustaría tener ese vínculo invisible con alguien. Esa habilidad para hablar sin necesidad de mover los labios.

Si Hayes se da cuenta de lo que pasa entre ellos, finge no darse cuenta.

—No suena a algo que la princesa haría, por lo que me has contado de ella —comenta mi padre, a quien, en realidad, parece importarle bien poco.

De todas formas, como Sylvana está claramente preocupada, les cuento todo lo que sé: la posibilidad de que Fay esté siendo controlada y el contenido de la nota que Seaben le ha enviado a Chryses. Y, por supuesto, la alegría de Ibran con la noticia, que no puede significar nada bueno. Ya les he relatado nuestro primer encuentro con el rey. Mientras lo hacía, los ojos de Hayes no se despegaron de la mesa, pero su humor ha helado la habitación sin necesidad de cualquier muestra de furia.

El elfo, hasta donde yo sé, ha estado sondeando a los miembros del Consejo Real. Aunque lleva años lejos de Nryan, es obvio que todavía sabe dónde y cuándo hacer las preguntas e investigar. Conoce, también, a unos cuantos de los hombres que toman las decisiones. Mientras, Sylvana y Rayne han estado hablando en los mercados y en lugares públicos con gente escogida al azar. Dejan las palabras adecuadas en los oídos que quieran escucharlas y esperan a que germinen. Los rumores sobre que la princesa está viva y en palacio son una especie de mala hierba, extendiéndose por terreno fértil. A estas alturas, con su don de palabra, no me extrañaría que ya todo el reino estuviera contando historias sobre cómo la princesa ha revivido. De cómo quedó gravemente herida, pero aun así luchó por su vida igual que había luchado por la liberación de Astrea. Probablemente le hayan puesto como poco menos que una heroína nacional, pero yo no voy a quejarme: es cierto que la labor de Eirene fue importante, como fue la de todos los presentes. Es cierto, también, que de alguna manera se salvó de una forma casi mágica.

Gracias a Hayes, a su padre, aunque eso nadie lo vaya a saber.

Igual que nadie tendrá la oportunidad de escuchar que fue Mab la que estuvo a punto de matar a la heredera al trono de Nryan.

No puedo evitar preguntarme, de hecho, qué hará la reina de los feéricos ahora que ha firmado ese tratado. ¿Creerá la gente en su

bondad? ¿Creerán que se ha redimido? ¿Que realmente quiere la paz? ¿Ella, que solamente ha traído destrucción y tristeza a Faesia…?

Me niego a aceptarlo. Me niego a pensar que pueda haber tanta injusticia. Que alguien pueda justificar sus actos, cuando ha hecho tanto daño a todo el continente…

—No podemos hacer nada por ella desde aquí —dice Rayne, intentando ser la voz de la razón. Nunca pensé que intentaría interpretar ese papel—. Cuando Eirene consiga la corona, sin embargo, podríamos ir a verla, si quieres. Asegurarnos de que está bien.

Mi padre deja su mano sobre la de la hechicera y ella suspira. Aunque parece afligida, Sylvana no puede más que asentir. Imagino que le gustaría poder estar en dos lugares a la vez en este momento. Imagino que lo mismo le pasa a Eirene. Aunque no sé si ha considerado ya el hecho de que la revelación de Ibran no es su padre significa que no son primas, quiero creer que eso no impide que pueda sentirla parte de su familia y desear ayudarla.

—Fay es más fuerte de lo que parece —susurra ella—. Ha estado haciendo grandes cosas ella sola. Ha crecido muchísimo. No puedo creerme que sea la misma que se escapó en medio de la noche para no casarse con el príncipe de Lothaire.

Trago saliva.

—Las circunstancias duras requieren que nos endurezcamos. —Las palabras de Hayes suenan amargas—. Y a veces descubrimos que somos mucho más resistentes de lo que pensábamos. O de lo que nos gustaría.

No digo que eso es descorazonador. Entiendo que no se sienta especialmente feliz después de lo que pasó en la escuela. Por lo que sé, su encuentro con Áine fue un sueño hecho realidad, la oportunidad que no habría tenido de ninguna otra manera. Y, al mismo tiempo, ha tenido que ser una pesadilla. El amor de su vida fue asesinada, pero su fantasma sigue ligado a esta tierra, eternamente.

Es una historia demasiado triste como para crear cuentos o canciones sobre ella.

—Todo pasa —dice Rayne, sin dejarse afectar por el ánimo de su compañero—. Esa es la verdadera moraleja de las malas temporadas. De una forma u otra, todo acaba y cosas nuevas aparecen. Aventuras nuevas. —Aunque los platos de comida habían quedado olvidados sobre la mesa, de pronto él coge con los dedos un gajo de fruta que se lleva a la boca con parsimonia—. Y ahora deberíamos centrarnos en esta.

Pese a lo que me molesta, tengo que darle la razón. Eirene necesita

toda la ayuda que pueda encontrar en este momento, así que todos nos volvemos hacia Hayes.

—¿Crees que encontrará ayuda en el Consejo Real? —pregunta Sylvana.

El elfo no parece dudar, pero se queda callado durante un buen rato, mirándonos alternativamente, como si estuviese midiendo nuestro nivel de implicación.

—Creo que sí. Por lo que he escuchado, hay un par de miembros que conozco y que puedo asegurar que, en un momento del pasado, fueron leales a la causa de Áine. Aparte de esos, he escuchado que podría haber uno o dos que están dispuestos a apoyar a quien realmente se lo merezca, pero Eirene tendrá que luchar.

—No creo que eso sea un problema. Tendríais que haberla visto ayer, cuando se presentó ante Ibran. —Aunque, en realidad, eso ya se lo he contado a todos—. Estaba… radiante.

—Trovador…

El tono de Sylvana es de advertencia y yo me pongo colorado.

—No hablaba en *ese* sentido —mascullo—. Era simple reconocimiento.

Rayne me sonríe como si fuera mi cómplice en una travesura, pero yo decido que voy a ignorarlo, como siempre.

—No dudo de las capacidades de Eirene. —Hayes prefiere no meterse y yo lo agradezco—. Pero me preocupa lo que Ibran pueda hacer. Además, ni siquiera sé si los apoyos que pueda ganar serán lo suficientemente valientes como para alzar la voz contra él.

Hayes entrelaza los dedos sobre la mesa. Creo que se siente impotente y puedo entenderlo. Aunque nos cueste dar un paso a un lado, esta es la lucha de Eirene. Aunque seamos sus aliados, no nos corresponde hablar por ella. La apoyaremos en lo que necesite, pero en este momento solo podemos observar.

Me levanto. Hayes me tiende un papel en el que ha escrito los nombres del Consejo. Es una ficha bastante detallada, identificando el lugar del que vienen y con un par de líneas hablando de la afiliación de cada uno. De sus posibles respuestas, incluso, si Eirene fuese a presentarse ahora mismo ante ellos. Me la guardo en el cinturón, en una pequeña bolsa con mis monedas y el sello de Inair, que llevo conmigo pese a que aquí, en Nryan, ser embajador de los hechiceros signifique muy poco.

—Dile a Eirene que seguiré investigando. Haré lo que pueda desde mi posición, ella lo sabe, pero tampoco puedo dejar que las personas equivocadas me vean.

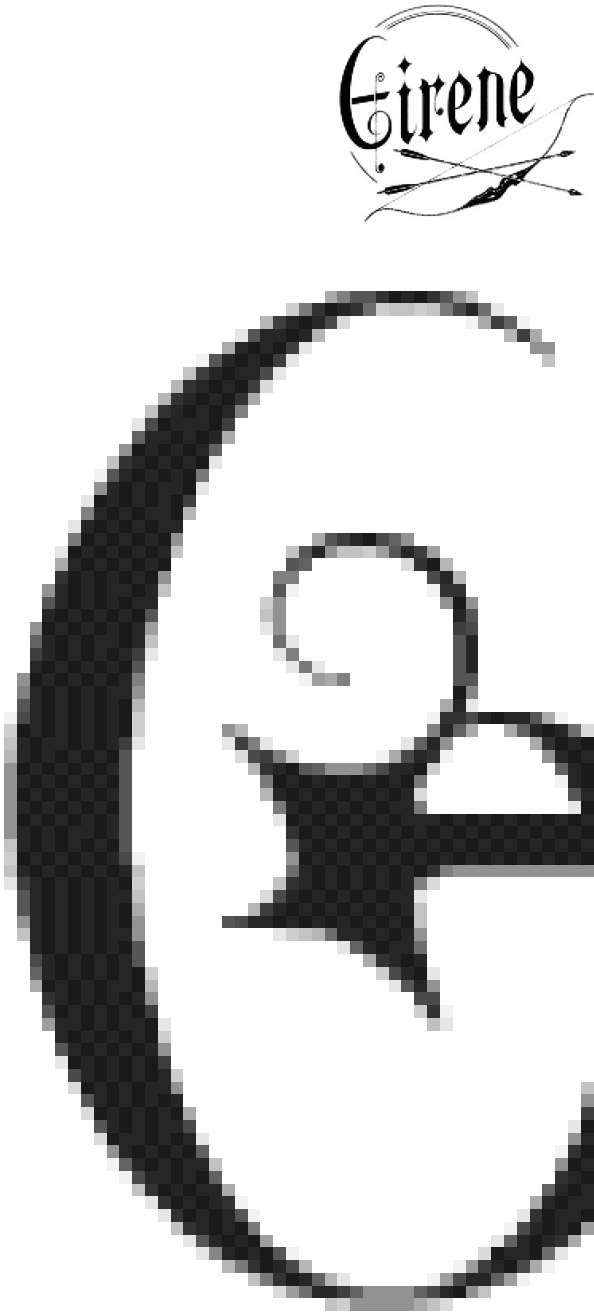
—Si Ibran se entera de que estás aquí, creo que esta vez no tendrás

escapatoria, amigo —dice Rayne. Ha pasado el brazo por encima de los hombros de Sylvana.

Hayes niega suavemente con la cabeza.

—Me preocupa más estropearlo todo para Eirene. Porque si Ibran se entera de que estoy aquí, quizá el que no tenga escapatoria sea él.

# Eirene



arvan, Brid, Silach, Cilean, Loren, Éibhir, Grania, Liadan, Finnië y el Bosque de las Sombras. Esas son las diez regiones que conforman Nryan. En otros tiempos, en el Consejo Real se unían todas ellas para legislar y decidir sobre todo el reino. Con un representante por región, elegidos cada

dos años por los propios ciudadanos de sus regiones, el gobierno siempre se aseguraba de tener en cuenta las necesidades de su pueblo y conocerlo de primera mano.

Hoy en el Consejo no hay diez personas. Solo seis, contando con el propio regente y representante de Garvan como capital. Ninguno de ellos elegido más que por el hombre que lleva la corona, con toda probabilidad. Todos, sin embargo, se ponen en pie con respeto en cuando me ven entrar, y agachan sus cabezas y sus miradas. Soy la princesa. Nadie puede quitármelo. Ni siquiera ellos, por más que sean las personas más poderosas de este reino. No me sorprende tanto como debiera descubrir que la mayoría son hombres, aunque hubo un tiempo en que este palacio estaba lleno de mujeres…

Me molesta. Ibran ha cambiado incluso eso.

—Celebramos vuestra vuelta, alteza.

—Y que os encontréis sana y salva.

—La noticia de la paz solo podía ser completa para nosotros con vuestro regreso.

Sonrío a todos los que hablan, aunque no confío demasiado en sus palabras. Según las indicaciones que me ha pasado Drake, venidas de Hayes, solo puedo arriesgarme a confiar de verdad en la jefa de Brid y el jefe de Grania, dos de las regiones más apartadas. Alora de Brid es una mujer adulta, con arrugas y pelo cano que demuestran que ya debe de pasar, como mínimo, el centenar de años. Lo que ella ha visto debe de ser infinito. Sin embargo, nada más parece indicar vejez en ella: su cuerpo es fuerte, de brazos musculados bajo su vestido y espalda ancha. Sus manos tienen marcas de quemaduras, probablemente por el trabajo incansable en las forjas de Brid, las más conocidas del reino y las que proveen de la mayoría de materiales forjados al resto de la isla, incluido el armamento. Pese a la dureza de su aspecto, tiene una sonrisa agradable y ella también me da la bienvenida. Por otro lado, el jefe de Grania es todo lo contrario: Rolan tiene aspecto todavía joven, sus manos son finas y delicadas, como el resto de su cuerpo, y no parece haber tenido jamás que desarrollar ninguna actividad de fuerza. Tampoco es de extrañar: su región es la cuna de los artistas, la de las personas que tan solo luchan con el poder de la música, las palabras y la danza. Deniel nació allí.

—Mis señores, mi señora —comienzo, bajando ligeramente la vista para que vean mi respeto hacia ellos—. Ha sido mucho tiempo desde que abandoné estas tierras. Con toda probabilidad, si alguna vez conocisteis a la niña que se marchó, no me reconoceréis en ella, igual que yo he llegado y redescubierto todo a mi alrededor. Es un honor para mí presentarme ante vosotros.

Hay expresiones de satisfacción. Otras, más precavidas. Y después, la de Ibran, que muestra su sonrisa cordial, pero en la que no puedo creer.

—Como dices, querida, ha pasado mucho tiempo desde que abandonaste este lugar. No desesperes: tardarás tiempo en reconocer Nryan, pero todo el mundo se volcará en ayudarte a ello. Por supuesto, no será cuestión de un día ni dos, pero no es como si el reino necesitara de tu conocimiento inmediato.

*El reino no te necesita*, quiere decir. Tomo aire. Bien, comenzamos rápido a dejar las cartas sobre la mesa. Ibran sabe lo que vengo a reclamar, por supuesto, y desde el primer momento va a intentar conservarlo.

—Lo cierto es que no estoy de acuerdo, padre. Creo que el reino necesita una persona al cargo que lo sepa todo.

Ibran parpadea.

—Nryan ya tiene una persona al cargo que lo sabe todo. No te presiones, hija.

Trato de sonreír.

—No he vuelto solo para aprender. No tengo dudas de que habéis servido… de manera conveniente —a sus intereses, al menos—, pero es obvio que hay nuevos tiempos en Faesia, y estos deben llegar también a nuestra isla. Son tiempos de cambio.

Hay un silencio. No digo que vengo a recuperar mi corona. No es tan sencillo. No es exactamente lo que quiero. Pero debo ir paso a paso en este camino o tropezaré. Hay un precipicio esperando que caiga por él.

—Habéis admitido que hace años que no pisáis estas tierras, alteza. Con el debido respeto: no estáis preparada para gobernar este reino si no lo conocéis perfectamente.

Ni siquiera tiene que decirlo Ibran. Uno de los suyos alza la voz. Giro mi cabeza hacia él. El jefe de Silach tiene una ceja alzada, observándome. Creo que me mide. Intento no pensar que se burla de mí. O que me infravalora, lo cual sí es probable.

—Tenía entendido que el Consejo estaba para ayudar a la Corona. Por supuesto, necesitaré de vuelta a un consejero por región, para minimizar el esfuerzo y trabajo de todos, pero no creo que eso suponga ningún problema. Siempre fue así, aunque aparentemente habéis decidido modificarlo y eliminar la presencia de algunas regiones en este lugar de consenso…

Sé quién está completamente del lado de Ibran cuando varios fruncen el ceño. El jefe de Silach, desde luego, pero también el de Loren. Por supuesto, no es sorprendente. Probablemente ese fue el

primer consejero que eligió Ibran sin consulta alguna o manipulando resultados, una vez se quitó de en medio a Hayes…

No puedo evitar fijarme en el único consejero que permanece inmutable. Finnië es una región importante. ¿De qué lado está su representante?

—¿Estáis cuestionando las decisiones del rey? —pregunta Martell de Loren.

—Del regente —corrijo yo—. Pero nada más lejos de la realidad. Solo señalo las diferencias con respecto a lo que conocí cuando viví aquí. Los hechos son los hechos.

—Lo cierto es que la pérdida de pluralidad en este Consejo en los últimos años ha sido una lástima, alteza.

Muchas veces hay palabras mucho más afiladas que armas, y es obvio que en Grania saben algo de ello. Rolan pronuncia las suyas con calma y voz suave, como si no estuviera lanzando dardos. Se gana mi simpatía de inmediato.

—Había regiones que no merecían tener ni voz ni voto aquí —protesta Garren de Silach.

—¿De veras? ¿Considera pues el Consejo que hay voces que deben ser más escuchadas que otras? —cuestiono, esta vez sí.

—No todo el Consejo —declara Alora de Brid, cruzando los brazos sobre su pecho y echándose atrás en su asiento.

—Suficiente.

La voz de Ibran se impone antes de que pueda iniciarse una discusión. Mis ojos van hacia él. Lo observo sin expresión, porque no quiero que vea que disfruto de demostrarle que aparentemente tengo apoyos. Quiero que piense que lo daba por hecho. Que era *obvio* que habría gente que me apoyaría, pese a que yo misma no he dejado de dudar al respecto.

El Consejo obedece a su petición —orden, más bien— y él me encara.

—¿Vuelves solo para tomar el poder? ¿Sin importarte si estás capacitada para ello? ¿Crees que ese es el pensamiento de una buena reina? Tu madre estaría decepcionada.

No te atrevas a hablar de ella, bastardo.

—Mi madre, de hecho, me comprendería: ella también quiso ocupar su lugar lo más rápido posible tras la muerte de mi abuela.

—Y el Consejo no se lo permitió —resuelve el jefe de Silach con prepotencia—. Era demasiado joven. Desconocía demasiadas cosas. Como vos.

—Y supongo que, como aquel Consejo con mi madre, este Consejo también me pondrá impedimentos.

—En este Consejo no se valora el ansia de poder, Eirene.

Ibran suena como un padre que amonesta a su chiquilla insconsciente. Mi calma amenaza con romperse, pero, a sus palabras, le sigue una carcajada sarcástica de Alora.

—Sería la primera vez en años que eso no sería así —ataja ella. Se pone en pie. Sus manos se colocan en la mesa y la sonrisa desaparece de su boca—. No hay ansias de poder en la princesa: es la legítima heredera. Está en su derecho de sentarse en el trono que le pertenece.

Observo a la mujer, agradecida, pero no tengo tiempo de decir nada:

—En realidad, hay algo que debería saberse con respecto a la… *legítima* heredera.

Me tenso. No puedo evitar hacerlo, incluso cuando sabía que este momento podía llegar. Incluso cuando me había *preparado* para ello. Trato de contener mi expresión cuando observo al regente, que paladea. Que me mira, creyendo que dirá algo que yo *no sé*. Si así fuera, ¿cómo me habría sentido al enterarme así? No soy tan inocente, además, para pensar que me habría dicho quién era entonces mi verdadero padre. O quizá lo hubiera hecho, solo para decirme que estaba muerto, como mi madre, y hacerme un poco más de daño…

—¿Majestad?

La confusión en el Consejo es evidente. Yo trato de quedarme tranquila.

—Lo cierto es que nunca he querido compartir esto y realmente creo que ha sido un error. Pero no quería que esta muchacha creciera con vergüenza alguna. No le deseaba ningún mal, por ello he callado hasta ahora y espero que podáis comprenderlo…

Hipócrita.

—¿De qué estáis hablando?

Ibran suspira, fingiéndose apesadumbrado.

—Eirene no es hija mía.

Hay un silencio. Una contención real, de caos que se agazapa un segundo preparándose para expandirse por todos lados. Es solo un instante, antes de que las palabras se disparen en todas direcciones. De nuevo, la única persona que no habla es el jefe de Finnië. Se mantiene en silencio, observando y nada más. Se ha echado ligeramente hacia delante, no obstante, interesado.

—¿De qué habláis, majestad?

—La antigua reina y yo no fuimos la pareja más pasional del mundo. Es sabido que cada cual tenía su cuarto y que vivíamos en una cordial distancia. Cuando se quedó embarazada, fue una… verdadera sorpresa.

—¿La princesa no es legítima?

—¡Entonces sus derechos al trono…!

—Sus derechos al trono, ¿qué? Es la hija de la reina Áine —ruge Alora.

Ibran me mira. Pero, aunque había una sonrisa en su boca, se le congela cuando ve que no me mantengo en silencio por estar afectada. Que le devuelvo la mirada con resolución y tranquilidad.

Se da cuenta de que yo *ya lo sabía*. Y con eso él no contaba. ¿Qué posibilidades había? ¿Quién podría habérmelo dicho, si todas las personas que él cree que lo sabían murieron? Solo que no todas murieron. Cressida lo sabía. Hayes nunca fue ejecutado.

—Lo cierto es que el regente tiene razón —acepto—. No soy su hija.

Hay otro momento de quietud. El jefe de Finnië alza una ceja. Los aliados de mi padre parecen relamerse.

—Pero soy la hija de Áine de Nryan, como bien ha señalado *lady* Alora. —Encaro a mi padre—. Soy hija de la persona a la que le pertenecía la corona de este reino *por derecho de nacimiento*. Vos, Ibran, sois el extranjero, el extraño, y el que no debería tener potestad sobre mi reino. Así que, con más razón, exijo ante el Consejo que se os relegue de vuestro puesto. Ya os habéis mantenido por demasiado tiempo en un trono que no os correspondía.

El rostro de Ibran se desencaja por un segundo. Me mira, y un instante después los ojos le brillan con rabia contenida. Se pregunta, seguramente, por qué no me ha desestabilizado. Por qué no me hago preguntas ni me duele la noticia. Por qué no me han afectado sus palabras tanto como la vez que fue a verme a Lothaire…

—¡Sois una bastarda! —escupe Garren de Silach—. ¡No tenéis derecho a…!

—¡Es la legítima princesa, hija de la reina Áine, y no la insultaréis en mi presencia, lord Garren! —protesta Alora.

—Sus derechos son incuestionables —resuelve Rolan de Grania.

—¡También los del rey! ¡El matrimonio con la antigua reina se los otorgó! —discute Martell de Loran.

—¿Por qué no se ha dicho hasta ahora?

Creo que a todo el mundo se sorprende. Se giran hacia el jefe de Finnië de pronto silenciados. Es un hombre con expresión serena y que se mesa la barba de manera distraída. Sus ojos no se apartan de mí. Creo recordar que su nombre es Godric. Su pregunta, por supuesto, es lícita.

—¿Disculpad? —dice Ibran entredientes—. Por proteger la dignidad de esta pequeña ingrata, como es evidente. No quería

manchar su nombre ni el de la reina. ¿Qué se habría dicho de la ilustre Áine si se hubiera sabido que era una…?

—Atreveos a continuar, majestad, y me veré obligada a cometer *traición* —ruge Alora, con un golpe en la mesa que hace que todo el mundo se sobresalte.

Godric de Finnië se pone en pie entonces.

—Pero todo este tiempo habéis mantenido el poder en calidad de regente, majestad, ¿no es cierto? Guardando el trono para la sucesora…

Ibran entorna los ojos.

—Era lo que había que hacer, sin ninguna duda. Para mantener la estabilidad en el reino. Nryan necesitaba saber que había una heredera y así se ha hecho.

—Y, sin embargo —comienzo yo, ladeando la cabeza—, cuando esa heredera vuelve y puede quitaros del poder, decidís usar esta baza escondida para impedírselo. ¿No se dijo aquí, hace tan solo un rato, que en este Consejo no se valoraba el ansia de poder?

Los ojos de Ibran llamean, pero tiene que respirar hondo. Sabe que esto se le va de las manos. Sabe que no puede permitirse perder apoyos.

—Si lo he dicho ahora es porque pareces decidida a tomar el poder mañana mismo si se te diera la oportunidad.

—Tomaré el poder *hoy mismo* si se me da la oportunidad.

—No estás preparada, legítima o no.

—Sugiero que se me deje intentarlo y lo comprobemos.

Sé que no va a hacerlo. Sé que se aferrará todo lo que pueda a su privilegio. Durante un largo minuto, luchamos con la mirada. Siento que se me clavan las uñas en las palmas de las manos de cerrar los puños con tanta rabia.

—Ambos tienen razón.

Volvemos a levantar la vista. Godric de Finnië sigue mesando su barba. Alora frunce el ceño, a su lado, porque no debe de considerar que *ambos* tengamos razón. Los jefes de Silach y Loren parecen poco menos que insultados.

—La princesa es legítima, porque por su línea de sangre es la heredera por más que no naciera dentro del matrimonio pactado. Pero su reclamo es demasiado precipitado, como sostiene el rey. No puedo creer en la capacidad de alguien que no ha pisado esta isla en catorce años.

Aprieto los dientes. Intento que no me duela. Me tengo que callar para no defenderme diciendo que sí que estuve aquí durante un tiempo, porque sé que no es suficiente. Soy *consciente* de que ese

hombre tiene razón, de la confianza que no merezco por haber abandonado tanto tiempo este sitio, y eso es lo peor.

O quizá lo peor sea la sonrisa que se extiende por los labios de Ibran.

—Ah, lord Godric, vos siempre tan sabio y sensato.

—Lo cual no significa, majestad, que su alteza no pueda estar preparada en algún momento. Con el tiempo y el estudio suficiente. Quizá no mañana. Pero quizá también más pronto de lo que imaginamos.

Aprieto los dientes. No, yo *no puedo* esperar. Ibran tiene que salir de este castillo *ya*. Cuanto antes. Jamás me dejará acceder al trono. Jamás me considerará lo suficientemente preparada. Y aunque lo hiciera, da lo mismo: la cuestión es que no quiero verle aquí. No quiero que pise por más tiempo este suelo, ni el de este castillo ni el de esta isla.

Él, por su parte, parece igual de frustrado que yo. Los dos queremos eliminarnos del juego cuanto antes.

—La princesa deberá mantenerse en el palacio. La prepararemos. Y cuando sea el momento, según su derecho, subirá al trono. No podéis impedirlo, majestad.

Ibran no puede negarse, por más que le disguste. Yo tampoco, por más que no sea lo que quiero.

Al final, el hombre toma aire.

—Como he dicho, vos siempre tan sabio, lord Godric. Tenéis toda la razón: espero que entiendan los presentes que solo me preocupa el bien de este reino, que saben que siento mío aunque no naciera entre sus bosques. Eirene: aunque no sea tu padre, te aprecio como si lo fuera. —Mentiroso. Mentiroso, mentiroso—. Será mejor que olvidemos esto y celebremos tu vuelta. La princesa, al fin y al cabo, está en casa.

No me gusta la forma en la que lo dice. No creo que ninguno de los dos quedemos contentos con esa resolución.

Pero, por ahora, no puedo hacer nada más.

ayes me mira con el ceño fruncido. Tiene líneas de disgusto asomando en la comisura de sus labios y los brazos cruzados sobre el pecho como si quisiera alzar una barrera. Como si quisiera protegerse del mundo entero.

—Es una trampa.

No es una pregunta. No es una suposición. Es una afirmación en toda regla, como si pudiese prever el futuro o, más bien, las intenciones de Ibran.

—Nosotros creemos que busca hacerse pasar por alguien que no es. Si parece que apoya a Eirene, nadie pensará en él como culpable si algo le pasa a ella. —Me froto la barbilla—. Porque es obvio que intentará apartarla del trono de una forma o de otra. Pero… no esta noche. En el banquete que se supone que ha preparado en su honor van a estar todos los miembros del Consejo Real y sus familias. Van a estar algunas familias nobles, también. No se atreverá a hacer nada.

El elfo sigue sin estar conforme. Me gustaría que Rayne y Sylvana también estuvieran aquí para poder ayudarme a convencerlo de que no tiene de qué temer. Rayne le quitaría importancia a todo, como hace siempre. Aun así, cuando eso pasa todo el mundo le hace caso. Porque parece haber algo en su voz que llama al sosiego y a la despreocupación, quizá. Porque es difícil pensar de forma diferente cuando siempre parece tan seguro y confía tanto en sí mismo.

Hayes saca de su garganta un sonido que muestra su desacuerdo.

—Quiero que me cambies de aspecto.

Alzo las cejas ante la petición. Lo dice como si simplemente se le hubiera ocurrido. Como si fuese el modo más lógico de afrontar la situación. No sé cómo responder a eso. Creo que él mismo sabe que podría negarme. Podría pedírselo a Rayne o a Sylvana. De hecho, creo que ellos harían el cambio con mucha más destreza.

—¿Qué?

—Voy a colarme en palacio. Quiero estar en el banquete y asegurarme de que nada pasa. Si mi corazonada está equivocada, mejor. Pero si Ibran pretende actuar esta noche…

Sacudo la cabeza, abrumado de pronto.

—Eso no tiene… Tendrán las entradas y salidas vigiladas. No será nada fácil.

—Deja que *yo* me preocupe por eso, hechicero.

No estoy de acuerdo. No sé si Eirene, de hecho, lo aprobará. Imagino que la idea de que su padre real se ponga en peligro por ella no le hará demasiada gracia.

—Si te cogen…

—Es mi decisión.

Deja caer los brazos y da un paso hacia mí. Parece un plan arriesgado. De hecho, parece un plan más típico de Rayne, que opina que las cosas hay que enfrentarlas de cara, que del elfo que yo pensaba que era reflexivo y lo suficientemente escrupuloso en sus estrategias como para hacerle la competencia a Seaben.

Me paso una mano por el pelo.

—Los sentimientos no son buenos consejeros en situaciones así. Sé que quieres cuidar de Eirene, pero…

Pero Ibran va a estar ahí, y si está cometiendo una locura ahora, no sé qué haría si el regente llega a hacer un movimiento en falso, incluso si no es peligroso.

—Se lo pediré a Rayne, si te empeñas en ponerme obstáculos. Pero esperaba no tener que perder el tiempo yendo a buscarlo por media ciudad.

Quiero protestar. Quiero decirle que sí, que vaya a buscar a mi padre. Con suerte estará con Sylvana y ella se encargará de quitarle la idea de la cabeza.

Pero soy un idiota y yo también quiero proteger a Eirene con todas mis fuerzas.

Suspiro.

La tensión no se va de mis hombros en el resto del día. No se va ni cuando vuelvo solo a palacio ni cuando me visto, con ropas prestadas, para el banquete. No ayuda que tenga que dejarte en el cuarto, sola y abandonada, porque Seaben me ha dicho que debería parecer un embajador y no un músico ambulante. No sé cómo lo ha conseguido, pero ha hecho resonar las palabras en mi cabeza como si fueran un insulto.

Aunque pienso que la preocupación desaparecerá cuando entre en el gran salón del banquete y me dé cuenta de que todo está en orden, lo cierto es que no lo hace. Admiro, como no podría ser de otra forma, lo exquisitamente decorado que está todo. Las flores abiertas en las mesas, con gotas de rocío que brillan como joyas a la luz del fuego que arde en las antorchas y en la lámpara sobre nuestras cabezas; las hojas verdes de hiedra que se enredan en las columnas, abrazándolas y sosteniéndolas; los colores del verano en los trajes de los invitados. Un aroma dulce flota en el aire, a fruta y canela y miel, y a mí se me hace la boca agua. La temperatura de la sala es agradable, fresca. Mis ojos buscan a mis compañeros y, sobre todo, a Hayes, pero no está por ninguna parte. Nada de sus nuevos ojos azules o de su cabello negro. He intentado alejarme todo lo posible en la tansformación de lo que es él, así que le he dado una cara completamente nueva: nariz respingona, frente ancha. Le he puesto hasta un hoyuelo en la barbilla. Creo que, a pesar de que se lo he descrito a Eirene y esté atenta, ni siquiera ella podría descubrirlo en la multitud, y dudo incluso de que lo hiciera si lo tuviera delante.

Como no lo encuentro, me vuelvo hacia la mesa principal. Voy a echar a andar hacia ella, hacia donde Eirene y Seaben ya están sentados, cuando alguien me toca con suavidad en el brazo.

—Embajador —me sonríe un hombre que jamás había visto. O puede que sí. Desde luego, él parece conocerme. Hace un gesto con la mano en dirección contraria a donde yo me dirigía—. Os acompañaré a vuestra mesa.

¿Mi mesa? Entorno los ojos, sin comprender, pero me sonríe con tanta cordialidad que no sé qué hacer. Miro a la princesa y al príncipe. ¿No voy a poder estar con ellos? Dudo. Eso no tiene nada de extraño, supongo. Aunque viniéramos juntos, aunque seamos todos invitados, no somos considerados de la misma forma. Así que, con un suspiro, les doy la espalda a mis amigos y sigo al elfo.

Aunque no tengo especial problema para conversar con desconocidos, siento un poco de alivio cuando aparta una silla para mí al lado de una Astrid que parece querer convertirse en una sombra. Sus ojos lo miran todo con desconfianza y, en realidad, a mí como al que más. Creo que ha quedado demostrado que no somos… almas afines.

—Lamento que no nos hayan sentado con Eirene y Seaben —digo, a modo de saludo.

Ella entorna sus ojos oscuros.

—Yo preferiría, en realidad, no tener que sentarme a cenar. Me gustaría estar sirviendo a la princesa.

Vaya sorpresa.

—Eirene no se sentiría muy cómoda si tú fueses su sombra. —Espero que ella sonría con la broma, pero no lo consigo del todo. Ni siquiera un poco, en realidad. Me pregunto si alguna vez lo hace.

—Eso ha dicho ella.

Astrid aparta la mirada a la mesa principal, con un claro anhelo de acercarse. Yo aprovecho para beber un sorbo de vino especiado —que me sabe demasiado dulce sobre la lengua— y me fijo en que, ya que viene vestida con prendas para la ocasión —que no se diferencian demasiado de su ropa de todos los días, excepto por la calidad de la tela y el color, un tono más claro—, se ha dejado su espada en su cuarto.

Me giro para asegurarme de que nadie nos está prestando atención. A mi otro lado tengo una silla vacía, porque no todo el mundo está todavía sentado: algunas personas, de hecho, se han acercado a la mesa de Eirene para ofrecer sus respetos. Junto a Astrid hay un viejo elfo que parece ocupado hablando con uno mucho más joven, pero que tiene sus mismos ojos verdes.

—Hayes estaba un poco preocupado de que fuera a pasar algo esta noche —murmuro por encima del borde de mi copa.

Mi compañera me mira como si no entendiera cuál es la cuestión a debatir.

—Es obvio que no trama nada bueno —responde, contra el cuello de su camisa. Sé perfectamente que se refiere a Ibran—. Pero es un cobarde. No creo que haga nada con sus propias manos. No delante de tanta gente.

Supongo que ahí está mi respuesta. No cree que sea un peligro. No hoy. Las preocupaciones de Hayes, después de todo, eran infundadas.

—Eso mismo pienso yo.

Le sonrío. Ella, por supuesto, no lo hace a cambio.

—De todas formas, si lo que te preocupa es que no esté preparada para lo improbable, puedes estar tranquilo.

Entre nuestros asientos, me enseña su mano. Al principio no sé exactamente a dónde mirar. Veo las líneas en su palma y poco más. Después, sin embargo, soy capaz de apreciar lo que se dibuja bajo la manga abullonada de su camisa. Lleva al menos un puñal atado al antebrazo. Y no me cabe duda de que no es el único que lleva encima.

De pronto, me arrepiento de haber dejado cualquier arma atrás.

Aunque no voy a necesitarla, ¿verdad…?

Seaben

irene parece sonreír con sinceridad a todo el mundo que se acerca a presentar sus respetos, pero yo, que tengo la perspectiva de lo que pasa por su cabeza, sé lo abrumada que en realidad se siente. Porque no conoce a ninguna de estas personas y, además, porque no sabe sus intenciones. Aun así, de alguna manera, consigue mantenerse imperturbable, con la barbilla alta y un halo a su alrededor digno de una reina. Todo en ella, en realidad, transmite una seguridad que me recuerda levemente a la que muestra siempre la reina de las hadas.

«Deja de mirarme así».

Se me escapa una sonrisa que escondo al agachar la cabeza.

«Llevo mirándote así desde hace mucho tiempo, Eirene. Pero es un detalle que te hayas dado cuenta hoy».

El más leve rubor aparece en sus mejillas, pero podría pasar por el sofoco que provoca en ella el gentío de la sala. Sus labios se curvan un poco más hacia arriba. Asiente al último de sus cortesanos. Está cansada, pero como está también demasiado preocupada por la situación, no puede dejar de estar alerta.

«Eres un adulador, Seaben de Anderia».

Hay algo extraño todavía en escuchar mi nombre seguido de ese título, así que prefiero no decir nada. En su lugar, apoyo mi mano sobre la suya. Ibran acaba de entrar y está caminando hacia la mesa. El sitio de honor, el de en medio, lo ocupa Eirene, como le ha indicado uno de los sirvientes. El regente, por tanto, acepta por primera vez su papel a la derecha de su hija, aunque dudo mucho que eso vaya a significar que cederá en otros asuntos.

Como si quisiera dejar claro que sigue siendo la persona al mando, nos sonríe con expresión complacida y hace un gesto con la mano a los sirvientes, que solamente entonces se ponen en marcha. Si la bebida ya había llenado las copas desde antes de que llegáramos, ahora los platos son servidos en las mesas. Comida de toda clase es colocada ante nosotros, con una presentación diseñada para encantar a la vista y al olfato incluso antes que al paladar.

A pesar de lo delicioso que parece todo, Eirene parece reacia a probar bocado. No la culpo. Ibran también se fija.

—¿Ocurre algo, Eirene? ¿No te gusta lo que han preparado en tu honor?

Como si quisiera burlarse de ella, sus dientes se hunden con deleite en un bocado especialmente tierno de faisán. Eirene le aparta la mirada.

—Lo disfrutaría más con mis amigos a mi lado. Son mis invitados, al fin y al cabo.

—Quizá, pero el banquete es en tu honor, así que la princesa debe presidir la mesa principal. Con su familia. Su padre a ojos del pueblo. Su esposo.

Sus ojos se encuentran con los míos, pero si piensa que puede amedrentarme es que no sabe nada de mí. Respondo a su gesto sin parpadear, entornando levemente los párpados. Yo tampoco he probado mi comida, pero no estoy especialmente hambriento. No, sobre todo, cuando sé que tengo que estar alerta.

—Creo que tenemos en diferente estima la idea de familia, entonces. Porque para nosotros, nuestros amigos son más cercanos que

una.

—Vuestra madre se sentiría especialmente dolida de escuchar eso.

Mis dedos se crispan sin quererlo sobre la mano de Eirene. Ella misma da un respingo, en guardia. Sabemos que no se refiere a Celeste. Él piensa —lo sabemos, Eirene lo escuchó— que el hijo de Celeste está escondido. Pero no imagina que ha estado siempre a la vista de todos. No sabe que soy yo.

—Os aseguro que la reina no sufre por mí.

—Estoy seguro de que sí. ¿Sabe que estáis en Nryan? Seguro que en cuanto le escribáis, querrá venir a veros. Ahora que ha firmado el tratado de paz con los humanos, estoy convencido de que también querrá estar en paz con su hijo. Debe de echaros mucho de menos.

Sabía que corría peligro al venir aquí. Sabía, de hecho, que él avisaría a Mab en cuanto lo considerase oportuno. Pero ¿realmente lo ha hecho? ¿Se ha atrevido? Si es así, no sé si tendremos mucho tiempo. ¿Qué pasará si decide venir hasta aquí? No estamos preparados para tener esos dos frentes abiertos. No creo que podamos plantarle cara, por mucho que me gustaría.

—Sabe que estoy apoyando a mi esposa allá donde ella me necesite —replico, con un filo en la voz que no trato de ocultar—. Del mismo modo que ella lo ha hecho cuando yo lo he necesitado. Quizá cuando ella esté donde desea estar podamos volver… a encontrarnos con la reina.

Si Ibran nota la amenaza en mi tono, no lo hace ver. De hecho, levanta su copa y me la muestra, en un claro gesto de brindis.

—Quizá deberíamos brindar, entonces, por los reencuentros. Los que hemos tenido estos días. —Sus ojos se posan en Eirene—. Y los que nos esperan en el futuro. Y por el de Eirene con su pueblo, esta noche.

Alzo mi copa. La princesa también lo hace. El sonido del metal contra el metal se pierde entre los murmullos de la gente. Entre las notas suaves de la música al final de la sala, donde un músico de Grania se desvive por convocar las melodías más hermosas.

Interrumpidas por los gritos de sorpresa cuando un grupo de hombres entra en la sala con las espadas en ristre manchadas de sangre.

o veo de dónde salen. No sé, ni siquiera, en qué momento han aparecido. Todo estaba en calma hasta hace un segundo.

Hasta que ha dejado de estarlo.

La mano de Astrid aprieta mi muñeca. Es un gesto rápido y demasiado violento que siento que me deja las puntas de sus dedos marcadas en la piel.

—Atento, hechicero —sisea, un instante antes de que se desate el caos.

Cuando se pone en pie y me suelta, yo tengo la empuñadura de una daga entre los dedos y el corazón a punto de salírseme por la boca.

Con el primer cuerpo que cae muerto al suelo, empieza la lucha.

Eirene

l caos llega con un gran estruendo. No sé de dónde vienen los hombres: salen de rincones de los que es imposible salir, entran por la puerta como si tuvieran acceso absoluto a todas las dependencias del castillo. Y no dudo de que lo tengan.

—¡Proteged a la princesa!

Que sea Ibran quien da la orden a los soldados me hace despertar del momento de bloqueo. Nos miramos solo un segundo, pero puedo adivinar que él ha contratado a los asesinos que han irrumpido en el gran salón y que hacen que cunda el pánico.

Quiere matarme. Pero, a ojos de todo el mundo, parecerá que hubo un ataque, que él trató de salvar mi vida, que todo fue un terrible atentado.

Aprieto los dientes, pero no puedo lanzarme sobre él como me gustaría, porque alguien se echa sobre mí antes. O lo intenta. Seaben para un filo con su propia espada, justo frente a mí, cubriéndome con su cuerpo.

«Tenemos que salir de aquí», me dice su voz en mi cabeza. Su grito, en cambio, es el de la rabia mientras empuja al atacante.

«No mates *a nadie*».

«¡Ellos no dudarán en matarte a ti, Eirene!».

«¡Sí, pero yo no seré como ellos!».

Seaben se gira hacia mí, con el ceño fruncido, mientras para otro golpe. Sus labios están apretados, pero sé que respetará mi decisión. No derramaré sangre. No en mi isla. No haré las cosas así. No haré las cosas como las hace quien ahora gobierna.

Es a él a quien busco con la mirada. Parece haber desaparecido y no dudo que habrá ido a ponerse a salvo, aunque a él con toda probabilidad nadie le hará daño. En la ojeada que lanzo alrededor veo a quienes luchan: personas embozadas de arriba abajo, con ropas raídas u oscuras, seguramente mercenarios, gente que habría sido contratada por mucho dinero para deshacerse de la princesa.

No, no solo de la princesa.

—¡Lord Rolan, tened cuidado!

El hombre me oye. Pero no a tiempo. Cuando se gira, la espada de un extraño atraviesa el cuerpo del jefe de Grania. Lo veo abrir mucho los ojos. Su boca se empapa de sangre. No sé si dice una última palabra. No sé si piensa en un último verso o una melodía.

Cuando la espada abandona su cuerpo y deja de sostenerlo, cae al suelo.

La náusea me sube por la garganta. El mundo a mi alrededor vuelve a girar demasiado rápido, o yo voy más lenta que él, o la respiración que necesito no es la misma que de costumbre, o el aire no llega bien a mis pulmones, o todo a la vez.

Vienen a por la princesa, y a por todos aquellos que se hayan posicionado como sus posibles aliados.

Seaben

irene se queda muy quieta cuando el cuerpo de uno de los hombres que forman parte del Consejo Real cae al suelo. La sangre parece más roja a la luz suave de las velas, y completamente fuera de lugar entre las elegantes mesas y los retazos de vegetación. Estos hombres y mujeres no son soldados. No han tenido que participar en una guerra. Hay muchos, probablemente, que ni siquiera habrán tenido entre sus manos un arma jamás.

Aprieto los dientes. ¿Es que Ibran está loco? Porque sabemos que él es el responsable. La mente de Eirene, de hecho, lo está gritando,

horrorizada.

«¡Reacciona!».

No llego a parar al hombre que se dirige hacia ella. Son demasiados para mí. Por suerte, una sombra se adelanta y Astrid aparece para proteger a su princesa. Sus ojos son más oscuros que nunca y sus filos, los que lleva en cada mano, cortos, gotean sangre. Se mueve como un animal ágil y despiadado, peligrosa como pocas criaturas que haya visto antes, y me alegro de tenerla de nuestro lado.

Cuando le doy la espalda a Eirene para ir a ayudar a aquellos que no saben defenderse, sé que la dejo en buenas manos.

o me gusta usar la magia en lugares tan concurridos.

La magia es un arte preciso y meticuloso, y requiere su espacio. Por eso tengo que elegir muy bien qué hechizos usar, para no herir a

la persona equivocada. Y mientras pienso, agradezco el cuchillo de Astrid en mi mano, que resulta un peso casi reconfortante.

—¡Atento, chico!

Doy un paso atrás, sorprendido, y me agacho justo a tiempo de evitar que me corten la cabeza. En el espacio que dejo sobre mí se cuela una espada que se clava sin miramientos en el hombro del hombre que pretendía apuñalarme por la espalda. Alzo la mano y, aprovechando su precaria estabilidad, lo hago caer con un golpe de aire. En su viaje hacia el suelo, el extraño embozado en negro se golpea la cabeza contra el borde de una silla y pierde el conocimiento.

Me incorporo y resoplo. Ante mí hay una elfa mayor que maneja su espada con la precisión de un asesino. Me alegra saber que había más gente armada y preparada. Creo, por lo que Eirene me dijo, que podría ser uno de los miembros del Consejo Real.

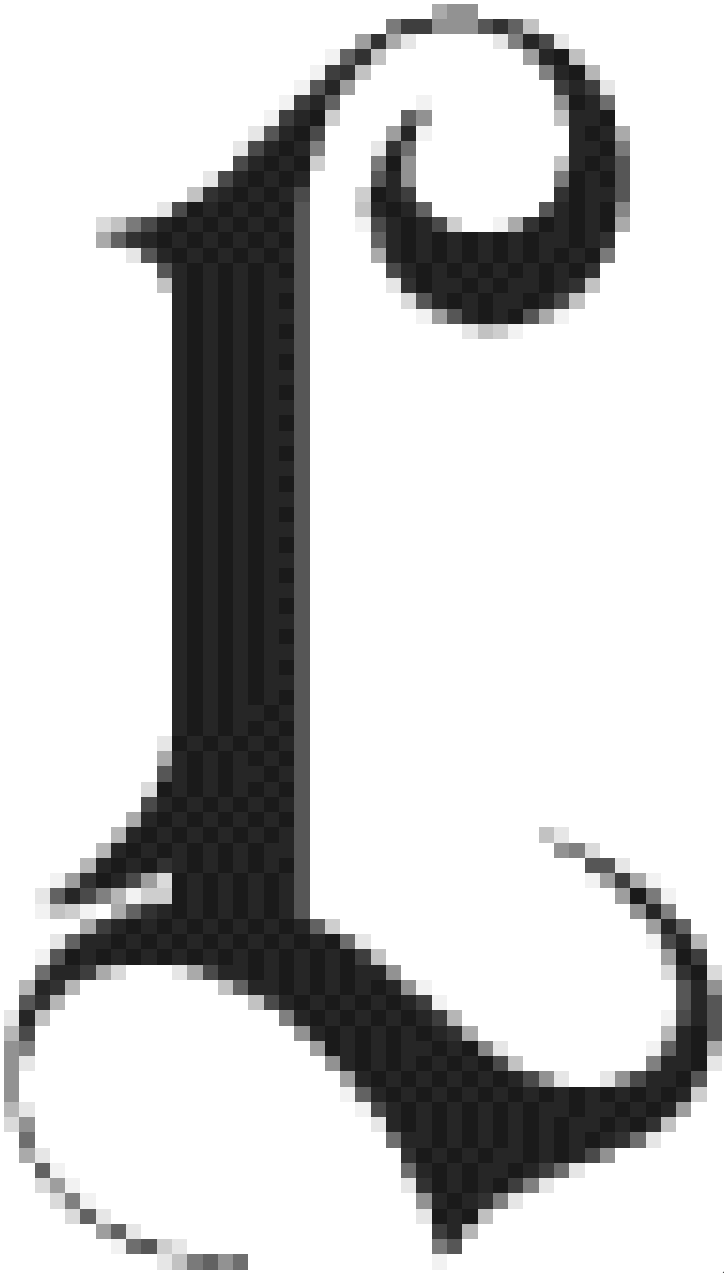
—Si no sabes usar eso —dice, refiriéndose al puñal de Astrid—. Será mejor que te apartes.

La mujer remarca sus palabras posando su mano en mi hombro y echándome hacia un lado con tanta brusquedad que casi me tira. Me mantengo en pie gracias a las estrellas y me enderezo a tiempo de verla enzarzarse en un combate con otro hombre que no es tan fácil de sorprender como el primero.

A mi alrededor sigue reinando el caos, pero me aseguro de que Eirene y Seaben están bien antes de girarme hacia un grupo que ha quedado acorralado en un lado de la sala. Tengo que ayudarlos a salir de aquí. Tengo que ponerme en movimiento.

Con el rabillo del ojo veo una silueta que se desliza por la puerta, con la espada en la mano y el arco al hombro. Y sé, sin duda alguna, que Hayes va a aprovechar la lucha para ir en busca del regente.

Eirene



o único que siempre tuve claro que quería evitar eran los enfrentamientos entre hermanos. Muertes innecesarias de personas de un mismo país, que ninguna culpa tenían de lo que hubiéramos hecho hasta entonces Ibran de Nryan, mi madre, o yo misma. No quería otra Astrea.

Y si bien no permitiré que este enfrentamiento se traduzca en una guerra, ya se ha cobrado al menos una vida. Dos cuando el sabio de Finnië también cae. Más, cuando algunos guardias que tratan de llegar

hasta mí para protegerme son atacados. No tengo ninguna duda de que lo intentan también con Alora de Brid, pero ella es más de armas tomar que cualquiera de nuestros asaltantes. Apenas le cuesta esfuerzo dejarles fuera de combate, como Astrid. Creo que a ella llego a gritarle también que no quiero muertes, pero si me escucha no me obedece: ante mí cae otro cuerpo cuando su filo le corta la garganta.

No quiero esto.

Aprieto los dientes. No quiero esto. Y sé quién es la única persona que puede pararlo. Sé, también, a quién están buscando los asesinos. A mí. A mis aliados, de los que solo quedan en pie la consejera y mis acompañantes.

Una alerta que me llega como un zumbido en mi cabeza me obliga a reaccionar. Seaben tiene a tres tipos rodeándole y aprieta los dientes. A pesar de que ha herido a dos de ellos, no parece que vayan a darse por vencidos. Él se está esforzando en cumplir la orden que le di. No quiere matarlos. No los matará, por mí.

—No te resistas, muchacho. A ti te espera un destino mejor que a la princesita.

Quieren llevárselo.

No es una suposición. Es una certeza: se lo llevarán, si no entramos en el juego al que nos han arrastrado con tantas ganas.

Como en Astrea, volvemos a ser ellos o nosotros.

Aprieto el puñal que Astrid ha dejado en mi mano.

Cuando me lanzo hacia uno de ellos, no me esperan. Cierro los ojos cuando el cuchillo se clava en el cuello, pero mis manos terminan manchadas igual aunque no vea la sangre.

Seaben

é lo mucho que le cuesta a Eirene clavar ese puñal. Sé que lo hace por salvarme y porque cree que, llegados a este punto, no hay otra solución. Pero también soy consciente de que eso no lo hace más fácil. Lo peor es que me asusta pensar que yo la haya arrastrado a esto. A la sangre. A la guerra.

Un escalofrío me recorre de arriba abajo cuando yo mismo hundo la espada en el muslo de uno y ataco la mente de otro de los asaltantes sin piedad. Al hacerlo, cierro mi cabeza a Eirene, porque no quiero que sienta nada de esto. No quiero que vea nada de esto.

—¡Eirene! —La cojo del brazo, pasando por encima de los cuerpos

en el suelo, y la zarandeo—. Tienes que salir de aquí.

Ella abre los ojos rosados y me mira, con un horror tan profundo que no puedo más que desear que estuviera en cualquier otro lugar. No merece estar viviendo esto. Ella quería recuperar el reino de forma pacífica. Quería recuperar el legado de su madre. Y ahora…

—No puedo irme. ¿Y si…?

—Estaré bien. Te lo prometo. Tengo mi espada. Y Drake está conmigo.

La empujo con suavidad. Ella trastabilla y está a punto de caer.

—Pero…

—Ve a buscar a Ibran. Déjale claro que no puede hacer lo que quiera. Que esta *también* es su lucha y que tenga el valor de afrontarla en vez de ocultarse como el cobarde que es.

Ella no dice nada. Se estremece y creo que se quebrará. Que se desvanecerá en el aire. Me mira, sin saber qué hacer y, aunque duda, finalmente se gira hacia la puerta. Se tambalea, pero avanza.

No me da tiempo a verla cruzar el umbral, pero quiero creer que estará bien.

Como esperaba, la sombra de Astrid se desliza a mi lado un segundo después.

Soy consciente de que me siguen. Astrid lo hace, al menos, pero también dos de los

hombres que me ven marchar, que evitan a los soldados y que desean impedir cueste lo que cueste que salga de aquí con vida. Mi amiga se detiene un momento.

—Yo me encargo de ellos —sisea, por debajo de su voz—. Ten cuidado.

Ni siquiera se me pasa por la cabeza protestar. Astrid entorna los ojos antes de lanzarse a por sus contrincantes y yo, sin respiración, continúo hacia delante. Pero no sé adónde ir. No sé *qué hacer*. No sé dónde está Ibran, pero aunque lo supiera, ¿qué haría con él?

Aunque sé la respuesta. Solo hay una respuesta.

Seaben no espera que hable con él. Sabe que hablar con él es inútil. Hoy quizá nos salvemos, pero esto volverá a pasar. Intentará matarnos de nuevo. Intentará devolver a Seaben a las manos de Mab. Puede que trate primero de hacer eso y luego a mí me deje en una cama, sufriendo por la misma supuesta enfermedad que atacó a mi madre. Me dejará languidecer lentamente y seguirá haciendo lo que se le antoje en este lugar…

Solo hay una manera de pararlo, ¿verdad?

Mi mano aprieta un poco más el puñal entre mis dedos. Echo de menos mi arco. Si tan solo pudiera disparar a distancia cuando lo encontrase. Si tan solo fuera así de sencillo…

Pero no es tan fácil. Ni siquiera sé dónde puede haberse escondido esa sabandija. Y sé que no estará solo. Sé que estará protegido, por guardias o por sus mercenarios. No sé qué prefiero. Delante de los guardias no podré ocuparme de él sin que se diga que la heredera acabó con la vida del regente. Delante de sus mercenarios, no soy tan estúpida para creer que tengo oportunidades.

No sé cómo voy a hacerlo. Ni cómo voy a encontrarlo. Pero sí sé que nada cambiará si no empiezo a moverme. Así que, aunque me cuesta todos mis esfuerzos, echo a correr. Los pasillos están desiertos, supongo que porque la mayoría de los guardias han ido al salón en cuanto supieron del ataque. Tardo un par de minutos hasta que encuentro a un guardia que vigila los corredores. Me cruzo con él y con su espada en alto, preparada tras haber escuchado mis pasos. Pero cuando ve que soy yo, parece relajarse. Es apenas un muchacho. Ni siquiera debe de tener mi edad. Está sudando de los nervios.

—¿Alteza? ¿Sois vos? ¡Debéis poneros a cubierto! Pronto acabará todo esto. No sabemos cómo se han colado, mi señora, ruego disculpéis…

—¿Por qué no estáis luchando con los demás?

El soldado palidece, mirándome, creyendo que considero su comportamiento una falta. En realidad, me parece bien que esté aquí.

A salvo. Es muy joven.

—Cubro el pasillo para dar la alarma si alguien se acerca. El regente debe ser protegido. Debéis ir con él, alteza.

Tomo aire.

—¿Dónde está? Estoy de acuerdo en que debemos estar unidos en un momento como este.

El hombre se gira hacia el final del pasillo.

—En los aposentos de la reina, mi señora. En la torre.

Solo pensar que ese hombre haya podido poner un pie en las habitaciones de mi madre, en el lugar en el que ella murió por *su* culpa, hace que la rabia me queme en el estómago y el miedo se desplace un poco. No respondo. Mi mano se aprieta en el puñal, pero el soldado no lo toma como una amenaza.

Cuando echo a andar, soy consciente de que el futuro de Nryan se decidirá en el mismo cuarto en el que mi vida ya se paró una vez.

Hayes

l castillo de Nryan es un laberinto. Nunca me lo ha parecido, pero esta noche me da la sensación de que los corredores se hacen eternos y las puertas se abren a lugares en los que nunca había estado. Me asomo a las estancias del rey y a la biblioteca, a la habitación que un día debió de ser de Eirene y en la que debe de dormir durante su visita. La carrera me deja sin respiración, pero lo que realmente me duele en el pecho son los recuerdos, que vuelven con una claridad tan asombrosa que amenazan con partirme en dos. Porque en la biblioteca estaba, parece que ayer, con Áine. Porque recuerdo cuántas veces me senté a su lado

o ante ella o juntamos nuestras manos sobre la mesa. De la habitación del rey guardo los peores recuerdos, de la temporada que me obligué a alejarme. En la habitación de Eirene, en el pasado, estaba en realidad la de Deniel, y allí me reuní muchas veces con ella y Cressida y Áine. Me fascinaba la facilidad con la que —por aquel entonces— la princesa se reía con sus amigas, la confianza, la intimidad con la que apoyaba la cabeza sobre el regazo de Deniel mientras su amiga le peinaba los cabellos con los dedos.

Cuántas veces tuve yo el deseo de hacer lo mismo…

Corro buscando a Ibran, por todo lo que nos arrebató. Por Áine y por Deniel. Por un reino en paz. Pero corro también porque quiero huir del dolor. Quiero que se detenga. Que, si hoy mi corazón deja de latir, lo haga con la certeza de que las vengué.

Incluso si soy consciente de que la venganza nunca arreglará nada. Nunca devolverá a ese fantasma solitario a la vida.

—¿Quién va?

Me detengo en seco, con los latidos en la garganta.

Mis ojos se fijan en el muchacho ante mí, tan joven que podría pasar por un chiquillo jugando a los disfraces. Un chiquillo solo en este enorme pasillo. Trato de recordar a dónde lleva este camino.

Jadeo.

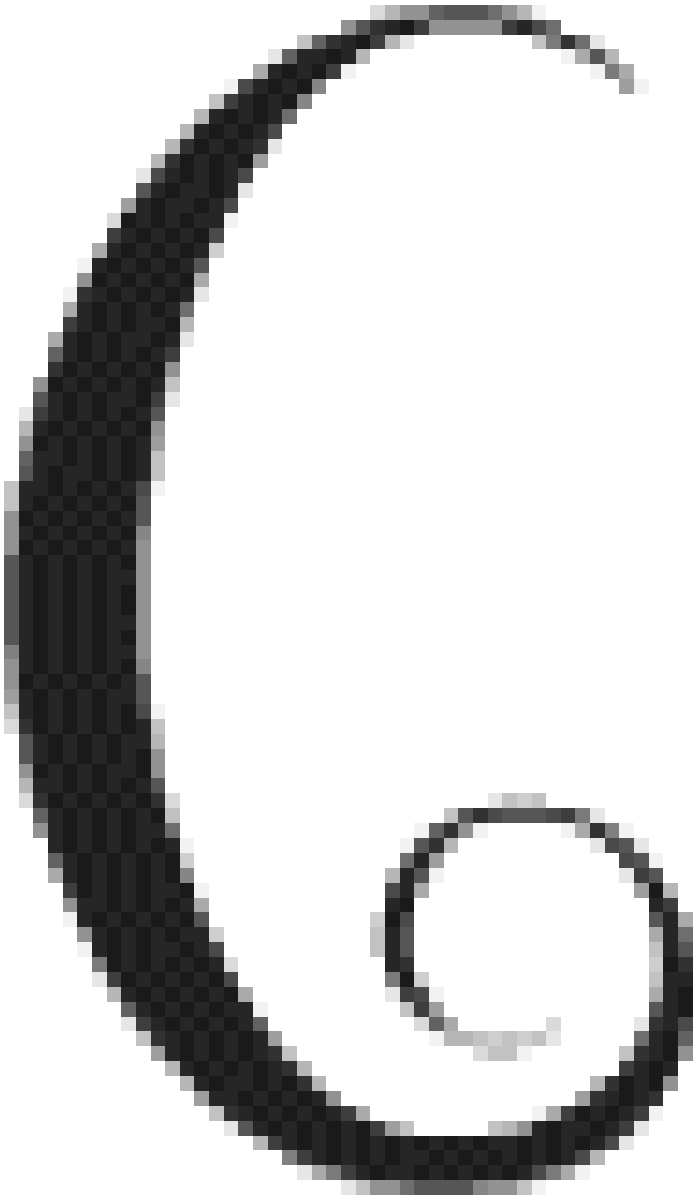
—¿Dónde está el regente?

El joven abre mucho los ojos. Coge su espada con las dos manos y clava los talones al suelo. No quiere hablar. Por supuesto, ya ha preguntado suficiente. Y de todas formas, ¿por qué iba a hacerlo? Cada segundo que pierde es un segundo de indecisión. Es un segundo que puedo usar para hacerlo dudar.

Pero yo no deseo hacerle daño. Él no tiene la culpa de servir a quién sirve. Él no sabe, ni siquiera, cómo era el mundo antes.

El clamor de nuestras espadas al encontrarse es atronador en el silencio inmenso del corredor.

Eirene



uando llego a la entrada de los aposentos de mi madre, me cuesta poner la mano sobre la madera. Temo que en el momento en el que lo haga me asalten más recuerdos de los que me puedo permitir. Más dolor, al recordar su figura translúcida bajo la luna llena, siempre anclada a la tierra, muerta, por culpa del hombre que ahora se esconde tras la puerta. Que ahora se *refugia* tras ella.

Trato de bloquearlo todo. De alejar el pasado. De alejarme de mí misma.

Cuando la puerta se abre, él está ahí.

No está solo, pero, por suerte para mí, solo son guardias quienes lo amparan. Levantan sus armas de inmediato, pero al ver que solo soy yo relajan sus posturas y bajan la mirada y la cabeza en señal de respeto. Ninguno de ellos parece darse cuenta de la expresión que cruza el rostro de su soberano, pero yo soy muy consciente. El hombre está junto al gran ventanal, ahora abierto, contra el que a veces se apoyaba mi madre para ver el mundo que ya nunca más pisaría, porque él y Mab de Lothaire se lo arrebataron.

Quizá matarlo vaya a costarme menos de lo que pensaba, después de todo.

—Salid.

La guardia parece confusa. Me miran, parpadeando, y después miran a su rey.

—No escuchéis a…

—*Salid* —exijo yo, de nuevo—. Os lo ordena la heredera. Cubrid la entrada. El regente y yo necesitamos estar a solas.

Hay un segundo de duda. Un momento en el que los presentes miran al rey y este vuelve a abrir la boca.

—*Ahora.*

No hay protestas entonces. Agachan la cabeza y yo me mantengo cerca de la puerta hasta que los tres hombres que acompañaban a Ibran desaparecen de los aposentos de mi madre. La persona en este cuarto no necesita protección, de todos modos. Los dos sabemos que ninguno de los intrusos del castillo le habría hecho nada. Los dos sabemos, de hecho, que si hay alguna amenaza para él, esa soy yo.

Pero no demostrará tenerme miedo. No puedo asegurar que sienta ni el más leve temor por mi culpa. Ni siquiera cuando acomodo el cuchillo en mi mano.

—Buen número, Ibran. Supongo que si unos bandidos matan a la heredera en un dramático atentado solo habrá que fingir lástima otra vez y todo se reanudará con desdichada pero efectiva tranquilidad.

El hombre paladea, mirándome con el rostro bien alzado. Su mano se posa en la empuñadura de su espada. No me pasa desapercibido que la lleva, pero me pregunto si se atreverá a usarla. ¿Se arriesgará a hacerlo así? ¿Cómo se lo explicaría después a los guardias?

¿Cómo se lo explicaré yo?

—Lamentablemente, parece que los mercenarios no son tan efectivos como antaño, ni siquiera cuando te esfuerzas en encontrar lo mejor del país. Malos tiempos, supongo. O quizá los objetivos se resisten demasiado. Pero ¿para qué? Deberías darte por vencida. Deberíais, tú y tu querido esposo. No podéis ganar, Eirene. No podéis parar a Mab. ¿Queríais acabar con la guerra de Faesia? Ya está hecho.

No podréis colgaros la heroica medalla de haberle puesto fin vosotros, pero se terminó.

Aprieto los dientes.

—Sabemos que esa paz no es real. Que es otra artimaña… Y debéis pagar, por todo lo que habéis hecho hasta ahora. No hay paz sin castigo para los culpables.

—Es curioso, que tú y tu prima tengáis ideas tan diferentes… Creo que ella se ofreció a firmar *encantada*.

—No sé que le habéis hecho a Fay, pero os juro que…

—¿Hacerle? —Ibran ladea la cabeza con inocencia—. No tengo noticias de que se le haya hecho nada. Aparentemente, la muchacha ha decidido seguir al bando adecuado. Es más lista que tú. Siempre lo sospeché: aunque ella te admirase tanto, era imposible que estuviera por debajo. Al fin y al cabo tú eres… tan poca cosa. ¿Qué piensas hacer con ese puñal, Eirene? Te tiembla la mano. ¿Vienes a matarme? ¿Crees de verdad que vas a poder hacerlo?

Cojo aire. Es cierto. Me tiembla la mano. Pero es de rabia, o eso me digo. De la más pura ira. No le creo cuando habla de Fay. Ella *jamás* me traicionaría así. Jamás nos traicionaría así *a todos*. No, además, después de lo que le hicieron…

—Mataste a mi madre. Mataste a mi madrina.

—Y mandé matar a tu padre, de hecho. El de verdad, quiero decir. Era un consejero, ¿sabes? Siempre miró de más a tu madre. Ellos, idiotas, pensaban que yo no sabía nada de lo que se traían entre manos, pero era tan obvios… Lo supe desde el primer momento. Áine era casi tan evidente como tú en todo lo que hacía. Tan… transparente, para sus miedos y para sus deseos…

Aprieto la mandíbula. El puño, alrededor del pomo de mi arma. Doy un paso hacia delante.

—Te sientes orgulloso, supongo.

—Oh, Eirene, yo no habría querido tener que llegar tan lejos. Iba a permitirle a Áine tener su aventurilla, incluso. Pero se pasó de rebelde. Como tú. ¿No hablabas hace un rato de la necesidad de castigar…?

—Ella no hizo *nada malo*. Jamás hizo daño a nadie.

—Supongo que es una cuestión de perspectiva. Definitivamente, sus acciones no eran buenas para los planes de Mab. Había que hacer algo. Una lástima. Ahora, Eirene, dime: ¿cómo quieres acabar tú? ¿Igual que ella? Te ofrezco hasta su cama. Podéis morir en el mismo lugar.

El grito de rabia surge de mis entrañas quemándome desde lo más profundo. Me desgarra, y siento que salgo de mi propia piel cuando me lanzo hacia él. Ya no pienso. Ya no me da pena. Da igual si esta

nueva era empieza con sangre, da igual si me convierto en lo mismo que las personas contra las que combato.

Quiero *venganza*.

Sin embargo, antes de que lo alcance, él me tira al suelo al repeler mi golpe. Mi arma se escurre de mis dedos. El mundo gira tras golpearme la cabeza, y vuelve a ser demasiado real cuando me coge del vestido. Su sonrisa de satisfacción es brillante. Parece que esté a punto de echarse a reír.

—Al final va a resultar más fácil que con tu madre, niña. Diremos que te caíste. O que te volviste loca y saltaste. Que no podías más. Que la guerra con Astrea te dejó secuelas irremediables. Algo inventaremos. ¿No te resulta apasionante cómo el pueblo cree lo que más le conviene, solo para no tener que pensar demasiado?

Me vuelve a golpear contra el suelo. Mi cabeza encuentra la piedra con demasiada violencia. Los bordes de mi mundo se vuelven difusos. Intento sacudirme, luchar, pero entonces llega un tercer golpe y siento que todo se va, que se aleja de mí. Un tirón y, de pronto, soy un fardo en sus brazos.

—Buen vuelo, Eirene.

Unos pasos. Intento luchar una vez más.

Y entonces, los brazos de Ibran me sueltan y yo caigo.

Hayes

l cuerpo de Ibran cae al suelo sobre el de Eirene. Lo veo quedarse quieto como una escultura derruida, con la flecha todavía sobresaliendo en su espalda y la mancha de sangre extendiéndose por sus ropas.

Me acerco. La respiración pesada de Eirene llena el cuarto. Un gemido, suave, me avisa de que puede estar herida, y yo me apresuro a quitarle el pesado cuerpo de encima. No tengo miramientos. La flecha se clava más hondo y él se estremece. Está tratando de enfocarme, con sus ojos abiertos que parecen llenar su cara cada vez más blanca. En su boca hay una mueca de sorpresa y dolor. Si su

sangre se hubiera derramado antes, cuando Áine todavía vivía, tal vez ella seguiría con nosotros. Yo me habría quedado con ella y Eirene habría crecido junto a sus padres. Nryan nunca habría pasado por estos años bajo el yugo de un regente injusto. Deniel nunca habría muerto de la manera en la que lo hizo y Cressida y Astrid se habrían quedado en el castillo, como parte de nuestra pequeña familia.

—¿Quién…?

Me siento decepcionado de que no me reconozca hasta que me doy cuenta de que estoy bajo el hechizo de Drake. Que para él hay un desconocido sobre su cuerpo, pero también lo habría para mí si me mirase al espejo.

—Ha pasado mucho tiempo, Ibran. —Sonrío, aunque no es tanto eso como una expresión de odio.

Quiero que lo último que sepa es que *yo* lo maté. Que he vuelto desde su pasado para devolverle al menos una pequeña parte del dolor que le causó a Áine.

—¿Quién…? —repite. Entorna los ojos y no sé si lo hace porque está intentando reconocerme o porque cada vez le cuesta más mantenerlos abiertos. Su mano busca algo por el suelo, desesperadamente, aferrándose a la idea de que todavía puede ganar. De que hay un arma cerca, quizá.

—No puedes verme tal cual soy: un hechizo cambia mi apariencia. Pero estoy seguro de que te acuerdas de mí, incluso si piensas que me hiciste ajusticiar hace mucho tiempo. —Me humedezco los labios—. He esperado *décadas* enteras lejos de mi hogar. Lejos de Áine. De *mi* hija.

De pronto, el reconocimiento. Sabe quién soy. Lo sé. El horror pasa como una sombra por su rostro. Se intenta levantar. Se intenta mover, pero yo apoyo un pie sobre su pecho. Al hacerlo, cargando parte de mi peso sobre él, la punta de la flecha asoma entre sus ropas.

Con un sonido como de arcada, de ahogamiento, Ibran trata de deshacerse de mí y, un segundo después, se queda quieto, con los ojos todavía abiertos y una palabra atascada en su garganta.

Eso es todo.

—Eirene.

Me vuelvo hacia la elfa en el suelo casi al instante, negándome a dedicarle ni un solo pensamiento más al antiguo regente de Nryan. Ella gime. Lucha por permanecer consciente, aunque sé que le está costando toda su energía. Me agacho a su lado y la ayudo a incorporarse. Ha debido de golpearse al caer, porque sangra copiosamente. Trago saliva, pero aprieto mi mano con suavidad contra la herida. Sé que no es grave. Que se recuperará. Aun así, tiene el

rostro pálido y le cuesta centrar la vista. Tiene los ojos llenos de lágrimas. No de tristeza, sino de miedo. Estoy seguro de que pensó que iba a morir. Que creyó que estaba sola. Que todo iba a acabar así…

—Hayes…

—Está bien. —Trago saliva—. Todo está bien ahora. Está muerto…

Se estremece entre mis brazos. Se revuelve, como si intentara levantarse, pero no la dejo. Me parece que vaya a desmayarse en cualquier momento.

—Hayes.

La voz viene de detrás, a tan solo un paso. Al mirar por encima de mi hombro veo a Astrid, con los cuchillos todavía manchados de sangre, que se apresura a esconder de mi vista. Tiene un corte en la mejilla que se limpia con el dorso de la mano.

—Vas a tener que irte ahora —me advierte—. No quieres que te encuentren aquí.

Sé que tiene razón. Eirene suspira y su cabeza se apoya contra mi brazo. Ha perdido el conocimiento, como pensaba, así que la dejo con cuidado en brazos de Astrid, una vez he besado su frente.

—¿Estás segura de…?

—Les diré que me encontré a los guardias así. Que alguien ha matado al regente y ha debido de pensar que la princesa también estaba muerta antes de marcharse. Que no he visto nada. Con el revuelo, nadie lo dudará. Ahora, márchate.

Me incorporo. Mis ojos vuelven al rostro de Ibran, ceniciento ahora que la Muerte se ha encargado de llevárselo. No creo que haya cielos estrellados para él. No después de lo que hizo. No cuando Áine no puede descansar en paz. Si ella no está en el firmamento, ¿por qué iba a estarlo alguien como él?

—Se lo merecía.

Cuando Astrid dice esas palabras me parece que está hablando su madre. Que está dando voz a sus pensamientos. Que son, en realidad, la misma persona. Pero cuando la miro, sentada en el suelo, con mi hija entre sus brazos, protegiéndola como si le fuera la vida en ello, sé que han cambiado muchas cosas en estos años. Que esta muchacha no ha vivido lo que vivió su madre. Que Cressida está más dolida, más amarga, y echa mucho más de menos el mundo que una vez probó. Ese mundo en el que su reina estaba viva y todo parecía más fácil y alegre.

No respondo a su comentario. Me giro hacia la puerta y salgo, con cuidado de no pisar a los soldados que Astrid ha dejado inconscientes para que tengamos vía libre.

No vuelvo la vista atrás porque no sé si queda en esa habitación

nada para mí.

Seaben

irene es la peor de las convalecientes.

No es algo que no supiera, pero en Astrea, aunque había estado tan grave, teníamos tan poco tiempo para descansar, que tuvo que salir de la cama en cuanto se encontró mejor. Aquí, ahora que todo está tranquilo y puede permitirse unos días de descanso mientras la herida en su cabeza cicatriza, lo único que quiere hacer es levantarse y seguir poniendo orden en el reino. Pero no hay nada que hacer. Le recuerdo que hay regiones que tienen que enterrar a sus líderes y pasarle los poderes a los siguientes y que ella no puede estar en todas partes a la

vez. Le hago ver que tiene que recuperarse sin forzar su cuerpo para poder presentarse delante del Consejo Real en cuanto se organice una reunión sin marearse.

Como nada de eso funciona, nunca abandono el cuarto sin que Drake o Astrid se queden a su lado guardando su cama e impidiendo que ponga un pie en el suelo sin permiso.

—Por enésima vez: estoy bien.

—Eso lo tienen que decidir quienes se están ocupando de ti, Eirene. —Los doctores de la corte de Nryan le han puesto emplastos y le han dado pociones que ella se ha tomado entre maldiciones, asegurándome que se siente como una niña de nuevo—. Y dicen que necesitas tranquilidad y reposo un par de días.

—¡Ya han pasado un par de días!

—Han estado aquí hace un par de horas, Eirene.

La princesa gruñe y se hunde entre los grandes almohadones. Yo no puedo evitar sonreír y besar su frente. Estoy feliz de que esté a salvo. Estoy feliz de que todos lo estemos, incluso si varios invitados al banquete no han tenido la misma suerte. Cinco de ellos murieron y al menos otros diez resultaron heridos. Cuando al fin aparecieron más refuerzos de la guardia y conseguimos reducir a los intrusos, di la voz de alarma de que la princesa y el regente debían de estar resguardados en algún lugar y teníamos que comprobar que estuvieran bien. Solamente tuvimos que seguir el rastro de guardias caídos: un soldado insconsciente en el pasillo y varios más derrotados en las escaleras que suben a la antigua habitación de la reina Áine. Encontramos a Eirene allí, entre los brazos de una preocupada Astrid que intentaba parar su hemorragia, con el cuerpo del regente muerto a su lado.

Nadie cuestionó la historia de la elfa de las Sombras. Nadie dudó de que los mercenarios hubieran intentado matar a la princesa y al rey y que creyeran haberlo conseguido. Nadie dudó de la brutalidad de sus actos y de que pudieran haber usado la magia para reducir al pequeño destacamento que los custodiaba.

Lo que muy pocos saben es que Ibran contrató a esos hombres. Eso no dejamos que llegue al pueblo, porque ya están lo suficientemente consternados. Y porque, aunque lo confesó uno de los hombres embozados en negro, decidimos que nadie más tiene que enterarse fuera de estas paredes. Incluso si intentaba matar a la princesa y a sus apoyos en el Consejo. Incluso si intentaba atraparme para llevarme de nuevo a Lothaire. A Mab.

Hoy, en estos momentos, se está enterrando al regente sin pompa, lejos de la tumba de Áine, donde no pueda hacer más daño a este reino o a sus verdaderos dirigentes.

Eirene suspira y acepta mi cariño como retribución por tener que quedarse encamada. Sus ojos van a las flores que se han abierto en un jarrón sobre el alfeizar de la ventana: un regalo de Sylvana, que ha estado aquí hace un rato y se reunirá con nosotros en cuanto Eirene se encuentre mejor. Su nueva misión será más sencilla que la anterior: tiene que ir a las regiones cuyos jefes ya no participan en el Consejo desde hace años y traerlos para que la princesa pueda hablar con ellos en la siguiente sesión. Por supuesto, mi esposa se ha negado a dejar ese trabajo en manos de cualquier mensajero. Ha insistido en que las cosas se harán bajo sus condiciones, porque llevan demasiado tiempo en manos de otra gente. Dice que, como mínimo, se merece tener un poco de control sobre las decisiones de los próximos días.

Hasta que llegue el momento de dejar de tomarlas.

—No estás de acuerdo conmigo.

Eirene ve a dónde se dirige el hilo de mis pensamientos y se vuelve hacia mí, frunciendo levemente el ceño.

—No importa lo que yo piense. No es mi pueblo ni es mi reino. Tampoco es mi decisión. Considero que has pensado mucho en ello y estás lo suficientemente segura como para saber si es lo correcto o no.

Por supuesto, esa clase de respuesta no la aplaca. Sus labios se aprietan y sé que piensa en lo injusto que estoy siendo al decir eso. Que quiere que le diga lo que pienso, sin rodeos. Que lo ponga en voz alta, en vez de guardármelo en la cabeza como si fuera un secreto.

—Seaben…

Suspiro.

—No sé, Eirene. Nunca he oído nada así. Pero si es realmente lo que quieres hacer…

—Que no se haya hecho antes no significa que no vaya a funcionar. Es de eso de lo que tienes miedo, ¿verdad?

¿Miedo? No es exactamente miedo. Supongo que es incertidumbre. Lo que me asusta de verdad es que ella se pueda arrepentir, aunque eso no se lo dejo ver en mi mente. No le dejo ver que no quiero que se culpe si algo malo pasa. Si todo falla. Aunque no podemos permitirnos que eso pase. No en este momento; no teniendo en cuenta que no vamos a tener segundas oportunidades.

—No vas a echarte atrás diga lo que diga, estoy seguro.

Eirene aparta los ojos. Casi parece culpable.

—Tampoco se trata de eso. Pero creo que es lo mejor para Nryan. Creo que… la muerte de Ibran es una de las mejores cosas que han podido pasarle al reino. Así, él no podrá interceder, tampoco. Creo que si hubiese intentado poner en práctica la idea con él todavía vivo, hubiera hecho lo indecible por sabotearla.

Nos miramos. Eirene parece un poco cansada. Lleva cansada desde que salimos de Lothaire. Puede que desde antes. Y sé que necesita sacarse este peso que se ha esforzado en cargar sobre sus hombros.

Tengo que sonreír.

—Lo sé. Y puede que tenga mis dudas. Puede que no sepa hacia donde va esto. Pero te aseguro, Eirene, que estoy muy orgulloso de ti.

Siempre lo he estado.

Y lo estaré decida lo que decida hacer.

*Seaben, Eirene*:

*Puedo aseguraros que la princesa Fay no está bajo el control de nadie y que todas las decisiones que ha tomado han sido por propia voluntad. Tenía la esperanza de que le escribierais: tal vez a Eirene la escuche como no lo ha hecho conmigo. Se niega a aceptar mis consejos y se sienta en el trono, a cargo del reino, sola. Ha tomado el aspecto de Svent para que nadie ponga en tela de juicio sus disposiciones. Desde el tratado, no he vuelto a ver su rostro*.

*El tratado de paz es claramente inválido, pero solo unos pocos lo sabemos. Mab ha quitado sus tropas de la frontera, pero la paz está llena de murmullos descontentos. Me temo que esto no es el final de todo*.

*Mab nunca dejará que esto sea el final de todo*.

*Cuidaos, yo trataré de cuidar a las personas aquí también. Al menos, a las que me lo permiten*.

*Chryses*

e has hecho llamar.

Me giro. Hayes está en la puerta. Lleva una capucha sobre la cabeza y supongo que no se atreve a entrar en este castillo de otra manera. Disfrazado o cubierto, por si alguien lo reconoce. Por si todavía queda al menos una persona que pueda señalarlo como traidor. Después de los sucesos de los últimos días, ¿qué pasaría si se supiera que él está en estas tierras? No soy tan ilusa para pensar que

nadie recelaría. Que nadie sugeriría que, en realidad, el ataque fue orquestado por él…

—Aquí te veías con mi madre, ¿verdad?

Hayes se quita la capucha, aprovechando que estamos a solas en la gran biblioteca. No parece que quiera mirar alrededor. Creo que teme que un montón de recuerdos vayan a saltar sobre él sin piedad. Recuerdos que le hacen demasiado daño.

—Supongo que el lugar para las bellas historias son las bibliotecas, después de todo —murmura.

—En realidad, yo creo que el lugar para las bellas historias son las plazas, las calles…, la gente. Todas las bellas historias merecen difundirse y conocerse. Todas merecen a alguien que las escuche.

Hayes no sabe qué decir a eso. Al fin y al cabo, su historia con mi madre siempre tuvo que ser secreta. Privada. Algo escondido que solo les perteneció a ellos, y que, a la larga, por prohibido, terminó convirtiéndose en algo de lo que jamás se habló. Ellos se merecían poder hablar con libertad de lo que sentían, yo me merecía haber conocido la verdad antes. Quizá muchas cosas hubieran sido distintas entonces.

—Voy a contar lo sucedido al Consejo. Desde el principio, Hayes. Y es mi deseo que el pueblo también conozca la verdad: con sus luces y sus sombras. Que ellos la juzguen. Todo reino tiene derecho a conocer su historia, y lo sucedido con mi madre, contigo, con Ibran, conmigo misma, es parte de la que tiene esta tierra. Me gustaría que estuvieras a mi lado cuando ocurra.

El elfo toma aire. Me mira, tomado por sorpresa, pero finalmente baja la vista. Con duda. Con miedo. Puedo comprender por qué.

—Si es tu deseo, Eirene, te apoyaré. Pero la verdad cambiará las cosas. También pueden usarla contra ti. La usarán, no me cabe duda, contra tu madre, porque no fue la perfecta reina que todo el mundo pensó siempre: huyó. Dejó este reino para marcharse conmigo, y habrá quien lo considere egoísta. Manchará su recuerdo: puede que nuestra historia fuera bella, hasta donde otros permitieron, para nosotros, pero no todo el mundo apoya el adulterio. Por no hablar que contar todo tal cual sucedió afecta también a lo que se sabrá de otros reinos. Celeste…

—Lo sé —resuelvo. He pensado mucho en ello—. Pero si hemos llegado a este punto es porque las historias siempre se han contado para favorecer a algunos. Así es como Mab ha ido cogiendo poco a poco su poder: con mentiras, manipulaciones, cambiando las cosas a su antojo. Es posible que seamos juzgados por la verdad. Pero también debe ser la verdad la que se extienda.

—La verdad se desvirtúa, Eirene. No todo el mundo creerá que *tu verdad* es *la verdad*.

—No, es cierto. Pero al menos las historias escondidas saldrán a la luz para que el resto del mundo haga lo que desee con ellas. Quizá la libertad pase porque todo el mundo decida en qué quiere creer y por qué quiere luchar. Así empezó todo esto, al fin y al cabo.

Hayes me mira. Hay un rastro de temor en sus ojos. Sabe, también, que puede que el Consejo le juzgue antes incluso de escuchar el relato al completo, porque a ojos de todos sigue siendo un traidor. Dado que fue la persona con la que la reina engañaba a su esposo, quizá para algunos no deje de serlo. Pero, al final, respira hondo, cuadra los hombros y asiente.

—Estaré contigo.

Se me escapa una sonrisa. Cuando me acerco a él, Hayes no espera mi mano en la suya. Lo veo sobresaltarse y mirar mis dedos apretándose contra su palma.

—Gracias, padre.

Se estremece. Yo misma siento la palabra extraña en los labios. Pero también es dulce y cálida y me habla de un retazo de familia que puedo permitirme tener.

Sus ojos húmedos me indican que él también está feliz antes de que me abrace.

El Consejo Real se pone en pie para recibir a la princesa. Nadie espera a Hayes. No todo el mundo lo reconoce. De hecho, pocos saben quién es. El jefe de Loren abre mucho los ojos, pero antes de que él pueda hablar yo alzo una mano para detenerlo. Por desgracia, el elegido de la región ha seguido siendo él: aunque exigí que se hicieran votaciones en absolutamente todos los lugares, eso no me ha librado de todos los que me hubiera gustado. Al menos, sí hay un nuevo jefe en Silach. No tengo ninguna duda de que a lord Garren no le habrá satisfecho volver al método tradicional, pero parece que su región no estaba contenta con sus formas y en la votación ni siquiera estuvo entre los más valorados.

Respecto al de Loren, no le queda otra que cerrar la boca. Hayes se mantiene solo un paso por detrás de mí. Cressida, elegida por el Bosque de las Sombras, debe de ser la única otra persona que sabe quién es él.

—Mis señoras, mis señores. Celebro ver esta sala tan llena de nuevo.

—Majestad —dicen la mayoría.

—*Alteza* —corrijo, con suavidad—. No he sido coronada todavía.

—Un mero trámite, alteza. Ya sois nuestra reina. —Alora parece hincharse de orgullo con sus palabras. No me cabe duda de que está feliz por la desaparición de Ibran del mapa político.

—No puede ser menos alguien que en pocos días ha vuelto a poner en marcha costumbres que parecían olvidadas para siempre —declara otra mujer, con una sonrisa pacífica. Creo que es la elegida de Cilean.

—Y puesto en marcha otras que nunca se habían llevado a cabo, ni siquiera con vuestra madre o la suya antes que ella —declara otra, más anciana—. ¿Estáis segura de que no deseáis el mando de Garvan, mi señora? Os excluisteis de la votación, pero la reina siempre ha sido quien ha tenido poder sobre la capital. Me siento honrada por la elección de mi gente, pero…

—*Lady* Ralena, ¿no es cierto? —Trato de sonreírle con la mayor tranquilidad—. Creo que toda región merece un jefe que la conozca bien. Agradezco el aprecio de Garvan por las tradiciones, pero yo he pasado mucho tiempo lejos de esta tierra. No conozco a sus gentes ni sus condiciones tan bien como seguro que lo hacéis vos. Celebro vuestro nombramiento porque es lo que el pueblo ha decretado.

La anciana parece un poco abrumada, pero agacha la cabeza con humildad.

—Lamentamos que vuestro regreso y esta vuelta a la unión y libertad de todas las regiones haya tenido que darse en circunstancias tan trágicas, mi señora. —El nuevo jefe de Grania se parece demasiado a Rolan, y no es para menos: es su hermano pequeño. Supongo que le duele la pérdida.

—¿Insinuáis que con el rey Ibran no se gozaba en Nryan de libertad? —escupe Martell de Loren.

—Oh, si lord Caro solo lo insinúa, yo no tengo ningún problema en *afirmarlo* —interviene Cressida, con una ceja alzada.

—Hacía al menos una década que Liadan no tenía representación en este Consejo —manifiesta la joven jefa de la región del norte. Creo recordar que su nombre es Leara.

—Cinco años llevaba Éibhir sin ser considerada en este lugar —protesta otro consejero—. Ibran comenzó a generar unas desigualdades que *jamás* se habían dado. Aparentemente su hija tiene más juicio.

—Ni siquiera es su hija —gruñe Martell. Algunos, supongo que aquellos a quienes las noticias desveladas en el anterior Consejo todavía no habían llegado, se muestran confusos.

—Es hija de *la reina Áine*, a cuyo recuerdo debes lealtad, miserable. —La voz de Cressida parece una advertencia.

—Suficiente.

Alzo la voz lo justo y necesario para que todos me miren. Respiro hondo. Tengo el respeto de esta gente. De la mayoría, al menos. Si algunos dudan de mi capacidad, no les importa, porque he probado mi intención de devolver un poder que se les había arrebatado mucho tiempo atrás. Como el difunto jefe de Finnië consideró en su momento, muchos creerán que solo es cuestión de tiempo que aprenda todo lo necesario.

Podría dejarlo así. Podría subir al trono y seguir con todo lo que se ha hecho hasta ahora.

Podría ser reina.

Pero he decidido que no será eso lo que ocurra.

—Os he reunido para anunciar mi primera decisión como dirigente. Como vos mismos habéis dicho, la coronación ahora sería un mero trámite, ya que soy la única que queda en la línea sucesoria y estoy en plenas facultades para reinar.

—Y por ello os servimos, alteza.

—Lo sé. Por eso sé que respetaréis mis decisiones. Mi *orden*. La primera y la última que daré.

El silencio entonces está lleno de confusión. Lleno de preguntas y miradas que se cruzan.

—¿Alteza?

—Es mi deseo que, desde este momento en adelante, el Consejo tome el poder de Nryan.

La primera expresión llena de sorpresa que veo es la de Cressida. Me mira con los ojos muy abiertos y después trata de mirar a Hayes, pero aunque él también se sorprendió al principio —como Seaben, como todos, supongo— ya ha aceptado y comprendido lo que deseo hacer.

—¿De qué estáis hablando? —pregunta el nuevo jefe de Finnië, un hombre mucho más joven que el anterior. Parece genuinamente incrédulo—. El Consejo no puede tomar decisiones, solo *ayudar* a que la corona las tome. Se necesita una reina.

—¿Se necesita? —reflexiona Caro de Grania, echándose hacia delante con interés.

—¿*Renunciáis* al trono? —pregunta Ralena.

—No solo eso: ¿pretendéis eliminar la monarquía? —apostilla Corina de Cilean.

—¡Ibran jamás habría permitido tal disparate! ¡Las estrellas siempre han arrojado su luz sobre una persona para gobernar! ¡Así debe ser! ¡Así es en todos los lugares de Faesia! Es ridículo.

—Que así se haya hecho siempre no quiere decir que los tiempos

no puedan cambiar —apoya Leara de Liadan, que parece interesada en mi propuesta.

—¿Podemos saber qué planteamiento os ha llevado a semejante conclusión, alteza? —pregunta, turbada, Alora de Brid.

El revuelo se calla cuando todos se giran hacia mí, interesados, intrigados o quizá solo queriendo reafirmar mi locura. Yo respiro hondo. No puedo dudar ahora. Esta es la decisión lógica. Sí, puede que dé miedo. Puede que me esté equivocando. Pero el mundo jamás cambiará si no nos esforzamos porque cambie. Si alguien no hace una locura que trate de mejorarlo todo.

Hasta ahora el poder ha residido solo en una persona. Y si algo he descubierto a estas alturas es que *una persona* es solo eso. Ni siquiera mi madre fue la reina perfecta. Una persona puede ser sabia. Puede ser buena. Pero también puede ser vil. Puede ser egoísta. Y una persona, al margen de su carácter, puede equivocarse. Puede fallar. Una persona no puede estar por encima de cientos de ellas. De miles de ellas.

Puede que esto sea un error. Mi error. Pero también puede ser un acierto.

Lo que tengo claro es que el único reino en el que esto puede funcionar, ahora mismo, es Nryan. Es un paso lógico. Es, en realidad, algo que ya debería haberse hecho hace tiempo. Pero quizá nadie quería renunciar al poder. Si yo, que en realidad nunca lo quise, he llegado a dudar, ¿qué no harían otras personas que sí querían esta posición? Si las personas a las que les estoy cediendo todo ese poder titubean porque algo así nunca ha ocurrido, ¿cómo no temerían otros antes de mí cambiar la tradición?

Ni siquiera Seaben está convencido de esto. Él no cree en algo que no sea la monarquía, porque es lo único que conoce. Porque creció en un reino en el que la corona era la ley para todo. Un lugar en el que ni siquiera había consejeros, porque Mab se apartó del mundo y se encargó de todo sola. A Seaben le enseñaron que ser *el rey* significa *serlo todo*, y que no puede ser de otra manera.

Tomo aire.

—Solo doy el paso adelante que quizá debería haberse dado hace ya tiempo. Esta es mi manera de verlo: mi madre fue solo una mujer. Ibran fue solo un hombre. Sus maneras de gobernar fueron distintas por *sus* propios deseos. No entraré en qué gobierno fue mejor para este reino: eso le corresponde a cada uno de los presentes juzgarlo. Ni siquiera creo que sea lo importante. Mi punto es que mientras la monarquía se mantenga, el pueblo no tendrá el poder de verdad en estas tierras. No a todos los niveles en los que podría tenerlo. En

realidad, ¿qué sentido tiene que vuestras regiones os elijan pero sea una persona que nadie elige, como yo, la que tenga la última decisión sobre todo aquello que concierne al reino? Estuve catorce años fuera de este lugar. No conozco mi isla. No creo, de verdad, estar capacitada para guiar esta tierra. Para ser más fuerte que mis propios intereses y más sacrificada, anteponiendo este lugar a todo lo que es importante para mí, a todos mis deseos. No puedo prometer eso. No creo, en realidad, que ninguna persona pueda hacerlo. Sin embargo, sí creo que el reino puede favorecerse de elegir a sus líderes y del diálogo de estos. Todos los presentes estáis aquí porque vuestros respectivos pueblos así lo han decidido. Porque conocéis mejor que nadie vuestras regiones, porque os preocupáis por ellas, porque *comprendéis* a vuestra gente. Es mi deseo que sea ese tipo de gente la que dirija el futuro de este reino. Que seáis vosotros quienes, en conjunto, hagáis de Nryan el mejor lugar del mundo. Uno que estará por encima de una simple ansia de poder. Uno en el que el poder esté en el pueblo y en las personas que ellos elijan, no en una corona otorgada a alguien que nace en la cuna adecuada o una persona que solo tiene la virtud de acceder al mejor de los matrimonios.

El silencio que sigue a mi discurso es tenso. Ni siquiera Martell de Loren protesta. Todos se quedan mudos o pensativos. Supongo que más de uno se pregunta si esto puede salir bien. Otros quizá piensen que es lo justo. No lo sé. Nadie dice nada, y quizá eso es lo que más miedo me da, pero no dejo que nadie lo vea.

Al final, es Leara de Liadan quien habla:

—Por más que seamos diez personas, no podéis creer que eso librará Nryan de gobernantes egoístas o ineptos. De la absoluta injusticia. Es obvio que ni siquiera todos los aquí presentes pensaremos igual.

—Por ello es mi deseo, también, que se establezcan ciertas normas. —Cuando levanto la mano, Hayes deja en mi mano el documento en el que él y yo hemos estado trabajando a fondo antes de esta reunión —. Todos los decretos deberán ser aceptados por al menos ocho de vosotros, tratando siempre de alcanzar la unanimidad, aunque ni siquiera yo soy tan soñadora como para creer que eso ocurrirá a menudo. Todos los miembros del Consejo debéis recordar que vuestro poder se lo debéis a la gente que confía en vosotros, y para ello deberéis recordar también que podrán acabar con ese poder. Cada año, sin excepción, con la primera luna llena de cada ciclo, volverá a haber votaciones en cada región. Nada que no se hiciera en el reinado de mi madre, por otro lado. Solo que ahora vuestra responsabilidad será mayor también.

—¿Cómo pretendéis que dirijamos nuestras regiones y todo Nryan al mismo tiempo? —cuestiona Alora—. No deseo abandonar mi región para vivir en este lugar. Eso me alejaría de mi gente.

—Estoy de acuerdo, y no es mi deseo que nadie abandone sus hogares. Al fin y al cabo, esto solo funcionará si cada jefe defiende y comparte el conocimiento de su territorio. Por ello, solo deberéis reuniros en este lugar una semana de cada luna, y en los momentos de crisis si los hubiera. Las competencias propias de cada región están en vuestros hombros, como estuvieron siempre. Confío en que siempre buscaréis lo mejor para las personas que os eligieron. Y que, si no es así, estas no cometarán el error de volver a elegiros. Todas mis sugerencias están en este pergamino, junto con las palabras que afirman que renuncio a todo derecho al trono y que es mi deseo que la corona de Nryan nunca vuelva a pertenecer a nadie, a no ser que el pueblo decidiera que no pueden vivir sin un dirigente sentado en el trono.

Dejo el documento sobre la mesa. Veo todos los ojos fijándose en él, pero nadie se anima a cogerlo, aunque sé que muchos lo desean.

—¿Sois consciente de que con esto perderéis toda capacidad de decisión sobre esta tierra? —pregunta Caro de Grania—. No dudo que os mueven los mejores deseos para esta isla, porque creéis que nos otorgará más libertad y felicidad, pero si no saliera bien, no podréis hacer nada para cambiarlo.

—Soy consciente —murmuro—. Que hable eso de las esperanzas que pongo sobre vosotros.

—Eirene. —Cressida se pone en pie—. Siempre ha habido una reina. ¿Estás segura de esto? Es tu derecho. Si todo esto se debe a que no te ves preparada por tu tiempo fuera, es nuestro deber ayudarte a…

—Mi deseo es ganarme el derecho a decidir sobre mi gente, Cressida, quizá algún día, si es lo que tiene que ocurrir. Nací en esta capital, y como tal, quizá alguien considere el próximo año que puedo ser la siguiente jefa de la región. O el siguiente. O el siguiente. Si es así, porque el pueblo *confía* en mí, será un honor desempeñar mi cargo. Hasta entonces, no quiero derechos que no he ganado.

—¿Hay alguna manera de haceros cambiar de parecer?

—Desde luego. Sería hipócrita por mi parte plantear este mundo, hablando de votaciones, de voces, de escuchar…, y no escucharos. Por ello, es mi deseo que votemos entre todos esta decisión. Que sea la primera de un tiempo nuevo, y sea cual sea el resultado yo lo respetaré. Si decidís que debo seguir como reina, será de nuevo un orgullo tomar el puesto. Si, por el contrario, creéis que mi idea puede

funcionar para dar paso a este nuevo sistema, sea también.

El siguiente silencio es incluso más largo que los anteriores. Al final, es Caro quien se pone en pie también.

—Me parece justo, alteza. Pero entonces, la decisión no ha de ser nuestra. Nuestras regiones nada saben de vuestra idea. Considero que lo más conveniente sería que todos partiésemos e informásemos a la gente. Si esto ha de ser por el bien del pueblo, escuchemos cada uno a los nuestros, y volvamos a votar con su voz.

Su propuesta es apoyada por varias personas. No por todas, porque hay quienes deciden permanecer en silencio, pero yo asiento.

—Sea. Pero entonces, permitid que pase a lo siguiente que he de hablar con vosotros. Hay una larga historia que necesito que todo Nryan conozca, y espero que vosotros podáis ser portavoces de la misma. Si el pueblo va a votar por su futuro, que lo haga sabiendo todo su pasado.

Los consejeros se miran, si cabe más confundidos que hasta ahora. Caro de Grania vuelve a tomar asiento.

Y yo comienzo a contar un cuento que empezó hace ya mucho, mucho tiempo.

# Donde viven las estrellas

Itsvan

e gustaría ganar un poco de dinero, chico?

Me detengo. O, al menos, no puedo avanzar cuando un muchacho más joven que yo y al menos una cabeza más alto se pone en mi camino. No hago el esfuerzo de enmascarar mi aburrimiento, ni tampoco que me pesa la cesta que llevo conmigo, cargada de provisiones. Me la cambio de brazo, sintiendo que el derecho se me empieza a dormir.

—Sí, pero estoy seguro de que no me gustará la forma de

conseguirlo.

Doy un paso a un lado, intentando rodearlo, pero él se mueve conmigo. Tiene la sonrisa más amplia y más irritante que he visto nunca.

—Seguro que estabas luchando en la frontera, ¿no?

Entorno los ojos, sin saber a dónde quiere ir a parar, pero acepto escucharlo. No tengo prisa. Svent no hará nada extraño. Al fin y al cabo, hemos vuelto a la rutina. En los últimos días, se anima a salir más del almacén. He conseguido que salga a pasear, siempre que no se vaya muy lejos —no podemos permitir que lo descubran— y que hable más. Cuando saco algunos temas de conversación, sin embargo, él se encierra en un silencio ofendido o simplemente sale del cuarto. Entre estos temas, por supuesto, está Fay o cualquiera de los días que pasamos en el castillo.

—Sí —miento—. He vuelto hace poco.

El chico se acerca a mí con una sonrisa aún más amplia y me pasa el brazo por los hombros. Como si fuéramos compañeros de toda la vida.

—Entonces, creo que tú y yo tenemos mucho de lo que hablar.

—Nunca creerías lo que me ha pasado —grito desde la cocina.

Dejo la cesta sobre la mesa y me asomo al salón, donde Svent tiene un libro sobre las piernas. No parece prestarle atención, sin embargo, sino que mira distraídamente por la ventana. Su rostro se vuelve hacia mí con lentitutd, como si estuviese despertando de un sueño especialmente profundo. Cuando lo hace, cuando se da cuenta de que yo soy el que está bajo el dintel de la puerta, cierra su lectura y se endereza.

—¿Qué ocurre ahora?

Aunque no he podido dejar de pensar en cómo se lo contaría durante todo el camino desde el pueblo, de pronto ya no me siento tan seguro. La cerveza que me ha pagado el chico deja de tener efecto sobre mi ánimo, que desciende un poco cuando interpreto su expresión. De alguna forma, sé que estaba pensando en ella. En los días en palacio. Lo veo en sus ojos, rojos más allá del iris. Lo veo en la tensión en sus hombros.

—Me han ofrecido alistarme.

Svent me mira con obvia confusión. Yo apoyo el hombro en el marco de la puerta.

—La guerra ha terminado —dice, con boca pequeña. Como si no acabase de creérselo.

Se supone que él firmó ese tratado, aunque él jamás se acercó al papel. Jamás leyó o aceptó sus cláusulas. De hecho, dudo que lo hubiera hecho, después de lo que pasó. Creo que ni siquiera entiende por qué Fay consideró que era lo correcto. ¿Porque Anderia ya ha sufrido demasiado? Eso no la ha librado de críticas. O a Svent, más bien, porque nadie sabe que fue ella. Hay gente que no está para nada de acuerdo en dejar que la reina de las hadas se libre de la derrota. Y hay gente, por supuesto, que no estará de acuerdo en que…

—No es para Anderia. Me han ofrecido ser soldado de Lothaire. La reina quiere empezar una campaña.

Svent se pone en pie. Su movimiento es súbito, pero lo que verdaderamente me hace dar un respingo es que el libro que sostiene en el regazo se estampa contra el suelo y él ni siquiera parece darse cuenta.

—¿Qué has dicho?

Titubeo. Esto ha sido una *muy* mala idea.

—Mab ha contratado a gente para que reclute a hombres y mujeres para su ejército. Les ofrece una paga más que considerable.

Un paso hacia mí. Durante los últimos días, Svent ha intentado mantener las distancias, pero ahora, de pronto, avanza hacia mí. Me sorprende cuando no solo me alcanza, sino que pone las manos sobre mis hombros.

—¿Y no te has preguntado para qué quiere la reina más gente en su ejército? ¿A humanos?

Creo que también es una de las primeras veces que me mira a los ojos desde que volvimos al orfanato, pero yo, contra todo pronóstico, no puedo aguantar su mirada. La aparto y doy un paso atrás, agobiado por su presencia.

—Claro que lo he preguntado. Al parecer, su intención es ir más allá de las montañas. El chico que intentó reclutarme me dijo que las tropas de Lothaire ya han entrado en Anderia. Algunas de Veridian se unirán también. Probablemente pasarán cerca de aquí en breve, si no lo están haciendo ya.

—¿Con permiso de quién?

—Con el del rey.

Sus manos se apartan de mi cuerpo. Svent entorna los ojos y me da la espalda al segundo siguiente. Sé que es para que no pueda ver en su expresión lo que piensa. Sé que es porque piensa que me será fácil leerlo, como a un libro, y tener un atisbo de su corazón. He descubierto que soy especialmente bueno para descifrar sus expresiones y sus silencios. Que llevo tanto tiempo sumergido en ellos que se han convertido en otro idioma que puedo entender, si viene de

él.

—Fay nunca… —su balbuceo se pierde antes de convertirse en un mensaje completo.

—No tengo los detalles —continúo, cuando se hace el silencio—. Sé que van a cruzar el país y… llegar al otro lado de las montañas. Por lo que me ha contado, he entendido que quieren explorar esas tierras. Se supone que se quieren traer riquezas de más allá de Faesia…

—Esas tierras están vacías —dice, de forma cortante, y se vuelve lo justo como para mirarme de reojo—. Todos los exploradores lo dicen. Ni siquiera hay recursos. No hay bosques. Solo un gran desierto.

Me encojo de hombros.

—Hay algo allí que Mab quiere.

Svent frunce el ceño y los labios. Durante un momento, su expresión lo hace parecer casi enfadado.

Y entonces su rostro cambia de nuevo. Se queda tan blanco como sus cabellos y se gira completamente hacia mí. Su mirada parece atravesarme aunque, de hecho, no es a mí a quien está prestando atención. Su mente está muy lejos. Sus manos tiemblan a sus costados.

—Claro que lo hay —murmura, más para él que para mí—. Solo hay una cosa que Mab *siempre* ha querido.

Svent pasa por mi lado y yo me sobresalto, porque no me lo esperaba. Lleva tantos días inactivo, en ese estado de letargo, que empezaba a acostumbrarme. No es que mi amigo fuese nunca especialmente resuelto, pero había llegado a un punto en el que era perfectamente cosnsciente de lo que iba a hacer a continuación.

Hasta ahora.

—¿Svent?

Él no me responde. Lo sigo por el pasillo, hasta su cuarto, y lo veo coger una capa del armario.

—¿Qué estás haciendo?

Su silencio empieza a hacerme sentir bastante incómodo. Me frustra no saber qué pasa por su cabeza. Así que, cuando comprendo que pretende salir, me planto ante la puerta de su cuarto, con los talones clavados al suelo y los brazos cruzados.

—Muévete.

—¿Qué vas a hacer?

—Voy a… —Calla. Mira sus manos. Ni siquiera él parece seguro de lo que pretendía—. Tengo que saber por qué está pasando eso.

—¿Al fin has despertado? ¿Ahora quieres *volver*?

Aprieta los labios. Culpabilidad. No debería sentirme tan satisfecho de verla asomar al fin.

—Yo… No quiero volver para siempre. Pero…

—No te has preocupado por ella hasta ahora. No te has preocupado por el reino hasta ahora. No te preocupaste por nadie más que por ti mismo al *escapar* en medio de la noche, Svent. ¿Cómo crees que se sentirá Fay? ¿Cómo crees que nos sentimos nosotros, cuando nos dimos cuenta de que ni siquiera te habías despedido, Svent?

Él calla, mirando la punta de sus botas.

*Idiota*.

Lo empujo. Aunque no lo pretendía, él no espera el golpe y se tambalea. Sus rodillas ceden. Cae de espaldas, de hecho, pero la sorpresa gana a cualquier dolor que pueda sentir.

—No vas a volver a encerrarte en el silencio. No voy a dejar que lo hagas. ¡Reacciona, maldita sea! No puedes hacer lo que te venga en gana. Te quedaste en palacio incluso cuando ya no hacía falta, llenándote la boca con palabras sobre hacer lo correcto. Poco te duraron.

Él me mira con esos ojos rojos muy abiertos. Como si entendiera, por primera vez en semanas, que realmente estoy aquí. Que lo he seguido porque no quería dejarlo solo. Que *siempre* estaré a su lado.

Porque soy un completo estúpido, por lo que parece.

—Yo… —tartamudea. Creo que intenta ponerse en pie, porque pone las manos sobre el suelo. Intenta incorporarse, pero las rodillas vuelven a fallarle a la hora de la verdad.

—Nunca has querido esto —concedo, sin ayudarlo a levantar—. Lo sé. Y soy consciente de que no has pasado por algo fácil. Estaba allí, ¿recuerdas? Pero, a la hora de la verdad, ni siquiera dejaste que te ayudáramos a curarte. Ni siquiera confiaste en *nosotros*. Te lo repito: ¿cómo crees que nos sentimos nosotros al darnos cuenta? ¿Cómo crees que me sentí yo los primeros días aquí, cuando te dedicabas a *tolerar* mi presencia? —Me gustaría no estar tan enfadado. Me gustaría que los ojos dejaran de picarme—. Yo, que llevo a tu lado más tiempo del que puedo recordar. Que creí que lo sabía todo sobre ti. Que me gustaría comprenderte, pero resulta que no puedo, porque *no me dejas*.

Golpeo el marco de la puerta. Un poco de polvo cae sobre mí al hacerlo. Svent da un respingo. No ha abierto la boca durante todo mi discurso, pero ha tenido la decencia de bajar la cabeza. De cerrar los ojos. Sus hombros han descendido.

Conozco sus gestos de rendición.

—Yo… —Comienza de nuevo—. Lo siento.

¿Lo siente? Bien, no esperaba que pidiera perdón después de semanas; pero, por alguna razón, eso no hace más que azuzar mi furia.

—No, no lo sientes. Si lo sintieses no me hubieras ignorado durante todos estos días. Si lo sintieses no estarías ahora intentando

volver a tu silencio y haciendo lo que te da la gana.

Se estremece.

—Tenía miedo. *Tengo* miedo —susurra, muy bajo, más para el suelo que para mí. Tengo que acercarme un paso para escucharlo con claridad. Acuclillarme ante él—. No sabes lo que es. Estoy… aterrado. ¿Cómo voy a confiar en vosotros cuando ni siquiera puedo confiar en mí? Cuando no sé dónde acabo yo y dónde empieza el… rastro que ha dejado en mí esa mujer.

—¡La persona que te controlaba está muerta, Svent! ¡Se acabó!

—¡No se va a acabar nunca si dejo que Mab me siga utilizando!

—¿Y crees que a ella le importa usarte a ti o a otro pobre miserable? —gruño—. ¿Crees que le importará que seas tú o Fay o…?

—Ella agradecerá estar sin mí.

Siento ganas de patearlo.

—¡Ella está enamorada de ti! Igual que tú lo estás de ella, idiota. Aunque no os lo hayais dicho, por alguna razón que no puedo comprender. Y quizá esta no haya sido la forma de hacer las cosas como ambos queríais, pero no tiene por qué ser un problema. Solo ha sido una ceremonia. Alguien ha dicho unas palabras bonitas sobre vuestras almas y ya está, el resto de vuestra vida es solo vuestra.

Siento tenerlo así, en el suelo, con sus miedos y sentimientos a flor de piel, pero al menos estoy consiguiendo que hable conmigo sinceramente por primera vez en mucho tiempo. Por primera vez en lunas, me da la sensación.

Echaba de menos al verdadero Svent. El que no entiende cómo funciona su propio corazón, pero está dispuesto a aprender sobre él. A escuchar, incluso cuando a veces finja que no lo hace.

Suspiro y le tiendo una mano. Él titubea, pero finalmente la acepta. Me incorporo y me lo llevo conmigo.

Me guardo sus dedos entre los míos, aun así, una vez de pie.

—Gracias —murmura, mirando a nuestra unión.

Sonrío. No puedo no hacerlo. *Eso* era lo que realmente deseaba escuchar. No una disculpa, sino una apreciación de lo que he hecho. De haber venido aquí. Tal vez incluso de obligarlo a caerse y ayudarlo a volver a levantarse.

—Me alegra que vayas a reflexionar. Y espero que intentes solucionar ciertas cosas.

Él asiente, tímidamente. Casi con miedo.

—¿Y bien? —Suelto su mano al fin, aunque reconozco mi propia reticencia—. ¿Cuál es el plan?

Eirene

sta vez enfrento al Consejo sola. Hayes, después de contar la historia, prefirió alejarse por un tiempo, y yo no puedo culparle por ello. A todas las personas que nos quedamos en palacio se nos mira con nuevos ojos después de hablar de la historia de mi madre tal y como sucedió, para bien o para mal.

Para bien o para mal, la perspectiva que tiene la gente de nosotros cambia. Para algunos, yo paso a ser solo una bastarda. Para otros, una superviviente. La leyenda de la reina justa y lamentablemente enferma que era mi madre la convierte en una mártir en algunas zonas; en

otras, tan solo en una persona con sus propios sentimientos; y, por supuesto, hay quienes la consideran una cobarde que le dio la espalda su tierra cuando se le presentó la oportunidad. Hayes es, también, o un sacrificado enamorado o alguien sin quien la reina habría estado mucho mejor. La única parte de la historia que he omitido es la muerte de Ibran, manteniendo la versión anterior. El único acto egoísta que me he permitido ha sido el de librar a mi padre de la pena por homicidio.

Supongo que eso es lo que pasa con todas las historias: cuando se difunden, nadie puede parar las opiniones que surgen.

Por supuesto, eso no solo nos afecta a nosotros. También a Celeste de Anderia. También a Mab.

También a Seaben.

La historia de los príncipes cambiados se ha extendido por Nryan de forma imparable, con todo lo que ello supone. Sé que él trata de mantenerse al margen de lo que se opina o de lo que debería de ser el futuro. Hay quienes piensan que jamás debería haber dicho la verdad. Hay quienes, por su lado, creen que debe volver a Anderia y reclamar su legítimo lugar. También los hay que opinan, como en su día consideró Algar, que allí nunca será aceptado y que el pueblo humano tiene motivos para rechazar a quien arrebató vidas de su ejército.

Lo único que valdrá, al final, es lo que Seaben decida hacer. Sé que le asusta el momento en que la historia traspase el océano, algo que ya debe de estar sucediendo. Hace ya una semana desde que hablé, hablé y hablé, y todos somos conscientes de que lo contado es una plaga que ya no se puede parar. Los jefes se comprometieron a reunir a sus regiones y reproducir mis palabras. Que todo llegue al resto de reinos es cuestión de tiempo. La gente se embarca. Hay cartas entre familias que viven lejos. Los comerciantes que pasan por este lugar después irán a otros, y las narraciones saltarán de una persona a otra, y a otra, y a otra…

En algún momento, en Anderia sabrán que en su trono se sienta un engaño. He advertido a mi prima, por supuesto. Le he dicho que debe marcharse de ahí. Que venga aquí, incluso, si es que necesita asilo; que solucionaremos lo que sea que haya pasado, lo que sea que la ha obligado los últimos días a tomar una forma que no es la suya, dirigiendo un país con el que nunca tuvo que estar relacionada. Lo que sea que ha sucedido para que, de alguna manera, haya perdonado a Mab de Lothaire.

Pero las noticias de mi prima no llegan, y a mí lo único que me mantiene aquí, alejada de ella, es esta reunión. No puedo marcharme hasta conocer la decisión del consejo. No puedo dejar Nryan hasta que

no esté todo atado.

—Mis señoras, mis señores. Supongo que tenéis noticias para mí.

Los diez consejeros de Nryan asienten frente a mí. Se han reunido antes que yo, a solas. Querían poner en común argumentos, y yo no he podido rechazar la petición. Doy por hecho que ya habrán hecho la votación entre ellos y me parece bien. Al fin y al cabo, así es como quiero que sea, ¿no es cierto? Si no tendré potestad para nada más, ¿por qué debería tenerla ahora?

Cuando tomo asiento, lo hago con calma. Es Cressida la primera en ponerse en pie.

—Eirene, el resto del Consejo ha tenido a bien denominarme portavoz para esta reunión. Los pueblos se han reunido en las pasadas jornadas, tu propuesta ha sido largamente debatida en grandes y pequeños círculos, y los aquí presentes hemos escuchado a cada una de nuestras regiones. Finalmente, se ha tomado una decisión, y celebro poder decir que ha resultado ser unánime.

Contengo la respiración. El corazón me martillea fuerte contra el pecho. Temo que todo el mundo presente en esta sala pueda oírlo, aunque me esfuerzo por dominar mi expresión. Ni siquiera sé cuál quiero que sea la respuesta. Quizá tenía que haber dejado las cosas como estaban. O quizá el hecho de que la respuesta sea unánime signifique que no he podido convencer a nadie…

—Os escucho.

—Creemos que vale la pena cambiar el gobierno.

Trago saliva. La corona que siempre me ha pesado sobre la cabeza, inexistente, fantasmagórica, incorpórea, de repente se cae al suelo y se rompe. No sé cómo sentirme al respecto, aunque la idea *fue mía*. Aunque sé que es lógico. Aunque lo he pensado lo suficiente como para saber que tiene mucho más sentido. Al menos, en este lugar.

Al pensarlo con más detenimiento, llego a la conclusión de que me siento tranquila. Liberada. He conseguido convencer a las diez personas frente a mí, representantes de diez pueblos diferentes, de que un nuevo mundo es posible. Un mundo que quizá no se haya intentado vislumbrar nunca, pero que con la colaboración de todos —porque este gobierno se basará, al fin y al cabo, en la unión—, puede ser brillante y hermoso.

—Sin embargo, hay un punto sobre el que se ha conversado largo y tendido en nuestras regiones. Ha sido motivo de conflicto y debate. El pueblo de Nryan cree en respetar el poder de cada región por separado y en la unión de todos nosotros para decidir sobre los asuntos comunes. No obstante, *lady* Alora ya remarcó en la anterior reunión su inquietud por lo que podría demandar de los presentes este

tipo de gobierno. Ofreciste una opción sensata al decir que solo tendríamos que dar una semana de nuestro tiempo cada luna, pero los pueblos, y nosotros mismos también, no estamos convencidos de ello. Con todo mi respeto, Eirene: vi trabajar a tu madre mucho tiempo. Todos los días se encerraba en la biblioteca y se volcaba por sacar el reino adelante.

—Al menos, por el tiempo que estuvo aquí —escucho mascullar a Martell. También soy consciente de la mirada de odio que le lanza Alora. Cressida, si escucha el insulto, no lo hace ver. Solo me sigue mirando.

—Creemos que, como yo ahora, necesitamos un portavoz. Alguien que sirva de cabeza visible para esta nueva etapa, Eirene. Una semana será insuficiente para que nos pongamos al día con los asuntos de todo el mes. Podemos hacernos cargo de legislar en esos momentos, de debatir, de sacar propuestas adelante y juzgar, incluso, a quienes quiebren las leyes; pero un país no se gestiona en siete días. Necesitamos a alguien que se encargue de administrar los asuntos de estado mientras no estamos reunidos.

Supongo que tiene sentido. Supongo que mi propuesta era, en algunos puntos, demasiado ilusa. Pero no quería hacer renunciar a nadie a su hogar.

—Podría hacerse una elección entre vosotros…

—No creemos que sea conveniente.

—Algunos *sí* lo creemos —interviene el jefe de Silach. Martell parece apoyarlo.

—Como veis, en este punto hay diferencia de opiniones —gruñe Alora—. Estamos quienes queremos preocuparnos del reino y quienes, evidentemente, arrastran los deseos de poder que tenía el gobierno anterior.

Hago una mueca. Desde luego, no me gustaría que mi propuesta sirviera para darle más poder a personas como Martell de Loren o, aparentemente, al nuevo jefe de Silach, que parece haber heredado cosas de su predecesor. Pero si el pueblo los eligiera, no quedaría más remedio que aceptarlos…

—Creemos que el representante debe ser neutral, Eirene —continúa—. No puede ser jefe de ninguna de las otras regiones. Tiene, de hecho, que poder mediar entre nosotros de manera imparcial.

—¿Abogáis por poner al frente a alguien completamente externo?

—Sí. Y creemos que, para esta primera ocasión, debes ser tú.

Me sobresalto. Abro mucho los ojos, mirándolos con incredulidad, pero todos —a excepción de Martell de Loren y Karel de Silach— parecen estar de acuerdo.

—Es lo más sensato. El pueblo también lo ha dicho, alteza. Incluso el de quienes están más en desacuerdo, por más que las votaciones en sus regiones fueran las más ajustadas. Vos propusisteis este cambio de gobierno. Vos creéis que una nueva Nryan es posible. El reino entero sabe todo lo que habéis luchado para llegar hasta aquí. Todo lo que, también, debéis solucionar. Vuestra lejanía en este caso es el ingrediente perfecto para vuestra imparcialidad, y no tendréis poder de verdad para *hacer* o *deshacer*. Y yo creo, Eirene, que puedes hacerlo. Creo que puedes hacer más de lo que tú misma consideras.

Tomo aire, turbada. Agradezco estar sentada. No contaba con esto. No contaba con formar parte del nuevo gobierno de Nryan de ninguna forma. Me llevo una mano a la cabeza.

—¿El pueblo ha decidido esto?

—Creen que eres la mejor imagen que puede tener esta isla, Eirene. Y la mayoría de los aquí presentes opinamos lo mismo. ¿Aceptarás el honor?

Trago saliva. Diez pares de ojos me observan y yo creo que todos ellos me verán temblar. Verán todas las grietas, verán todas mis inseguridades. ¿Puedo comprometerme, siquiera? Claro que quiero lo mejor para el futuro de Nryan. Claro que me siento honrada de que *mi gente* crea *en mí*. Se les ha dado la opción de elegir y han elegido. *Me han elegido*. Incluso si no es para darme los tres poderes que tendría con la corona, no quieren que desaparezca.

—¿Y si los decepciono?

—A nosotros pueden destituirnos, y a vos, también —declara Caro de Grania—. Con la primera luna llena del año, otras personas podrán postularse para ocupar vuestro lugar, igual que otras podrán hacerlo para ocupar los nuestros. De vos y de lo que hayáis hecho hasta entonces dependerá ser reelegida, si es que queréis seguir presentándoos. Si decepcionáis a la gente, no lo conseguiréis. Y eso será todo.

Tomo aire. Tiene sentido.

—Hay asuntos que debo cerrar todavía. He de viajar a Anderia pronto. Mi esposo…

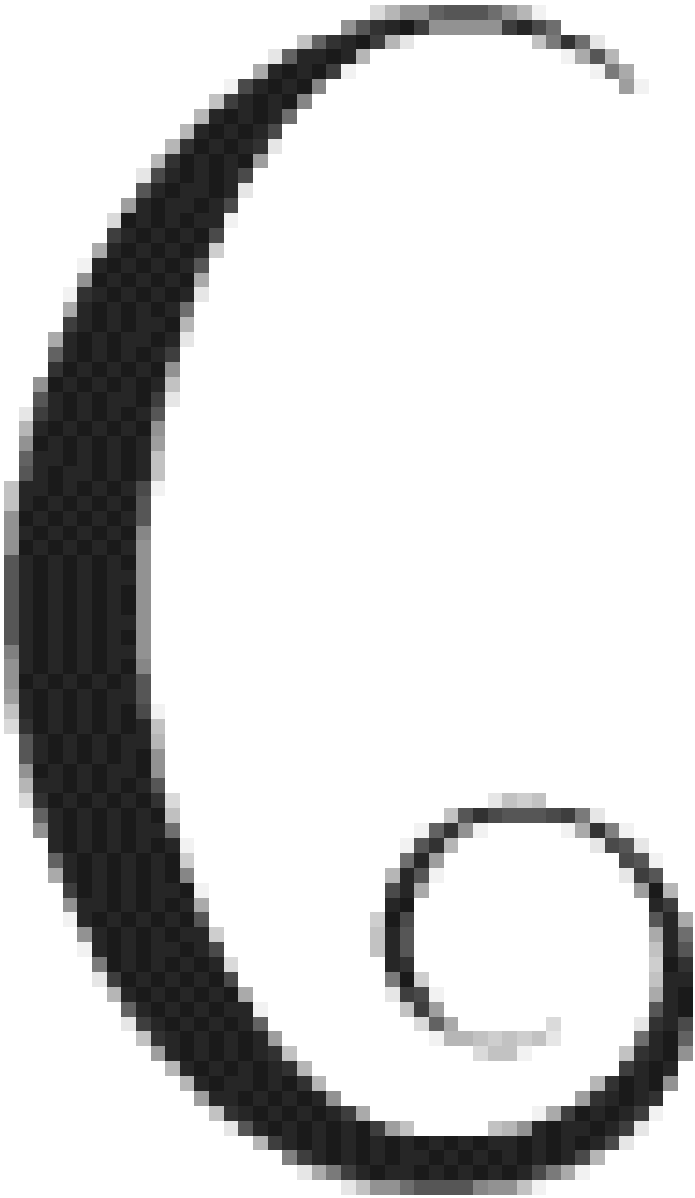
—Nryan no se quedará desprotegido —declara Alora de Brid, con su sonrisa confiada—. Nosotros estaremos aquí. Durante vuestras ausencias podréis designar a alguien que se quede al cargo de manera excepcional.

Un silencio. No hay nada más que pueda decir. La cabeza me da vueltas, el corazón va a salírseme del pecho.

Pero creo que me siento feliz. Cuando me inclino, quiero creer que lo hago ante todo Nryan.

—Entonces, será un honor para mí acatar los deseos de mi pueblo.

Fay



uando la encuentro, no hay más luz que la roja que emiten sus alas. La luna está escondida tras un cielo nublado, no queriendo ser testigo de los acontecimientos de esta noche. Juzgando, supongo, todas mis decisiones como equivocadas. Pero hace ya mucho que no me importa lo que nadie piense, ni siquiera la luna.

Me espera en el lugar acordado, en el campamento que han establecido más allá de palacio, orientados ya hacia el empedrado camino que traspasa las montañas. Desciendo del caballo con soltura. Mab de Lothaire se fija en mis ropas —las que deberían ser de Svent

—, pero finjo no darme cuenta. Al menos he recuperado mi rostro para presentarme ante ella.

—Confieso que estoy intrigada, majestad —dice con un murmullo que parece lleno de diversión. Yo trato de centrarme en eso, en cómo suena y en todas las cosas a las que me recuerda su voz. A la balada de una sirena. Al repiqueteo de la lluvia. Es hechizante. Me gusta imaginarme, a veces, que ese es su secreto de verdad: embruja a todos con las palabras que salen de su boca, y nadie puede hacer nada por evitarlo—. ¿Por qué queréis venir conmigo a ver a las estrellas? No estáis preparada para lo que veréis ello. No será un viaje de placer. Será una guerra.

—No deberíais juzgar tan a la ligera para qué estoy preparada o para qué no, majestad. ¿No os he sorprendido hasta ahora? Quizá quiera seguir haciéndolo.

—¿De veras? ¿Traéis armas? ¿Sabéis usarlas, siquiera? Moriréis, muchacha. Y casi os he cogido cariño en los últimos días. No quería que os embarcarais en esto sin saberlo. Quizá las estrellas os parezcan seres benevolentes por las leyendas, pero no tendrán piedad en cuanto entremos en su territorio. De todos los que hoy partimos, no volveremos muchos.

—Y, sin embargo, vos creéis en vuestras capacidades para regresar.

—Las tengo para ir más allá de las estrellas y volver. ¿Creéis que no? Quizá queráis seguirme solo para daros el gusto de verme caer. ¿Es eso?

Siento los dedos de la reina de las hadas tratando de atrapar mi pensamiento. Quizá solo me lo imagine, pero sigo concentrada en su rostro. En su sonrisa tranquila, pese a que sé que ella *nunca* baja la guardia. En los reflejos escarlatas sobre su rostro, como si nunca pudiera dejar de estar manchada del color de la sangre. Quizá no pueda de verdad. Quizá ha derramado demasiada, ansía demasiada, como para tener más colores en su vida.

—Me siento ofendida, majestad. Casi había considerado que podíamos ser amigas.

—No, no lo habéis hecho.

—Pero nos espera un largo viaje, ¿no es cierto? Finjamos lo contrario.

Mab de Lothaire me mira con los ojos entrecerrados. Sus labios se humedecen. Creo, por un instante, que desconfiará lo suficiente de mí. Me tomará en serio, pensará que no debe infravalorar lo que yo podría hacer, y me prohibirá ir con ella y sus tropas.

Me concentro en su belleza para no pensar en que si Mab tiene un defecto, el único por el que han fallado algunos de sus planes, es su

altanería. Para ella, el resto del mundo no está a su altura. No pueden pararla. Eso creyó de mi prima.

Eso cree de mí.

La reina avanza un par de pasos hacia mí. Su mano, cuando llega, toma mi barbilla para observar bien mi rostro. No digo nada. No hago nada. Respiro. Podría matarme ahora, antes incluso de que se me ocurriera intentar defenderme. Tiene razón. Soy débil. No puedo luchar. En una batalla, estaré indefensa y perdida y seguramente caiga.

—En Veridian vuestro culto pertenece a los dioses, ¿verdad? Debéis saber que cuando consiga conquistar a las estrellas, las usaré para ir contra ellos. Si hacéis esto por la victoria de ellos, sabed que también está en mis planes que caigan.

—Los dioses me son indiferentes, majestad. No creo que se hayan girado para verme ni una sola vez, si es que tienen algún poder sobre mi destino.

—Supongo que sugerís, entonces, que me rinda y acepte que vuestra curiosidad es más fuerte que vuestro deseo de supervivencia.

—En realidad, majestad, queréis rendiros y ver qué tengo que decir en esto.

—¿Vos creéis?

—Os puede la curiosidad, ¿no es cierto? De no ser así, ¿por qué no habéis entrado ya en mi cabeza? Vuestra fuerza es mayor que mis defensas. Pero pensáis que puedo seros útil ahí, o quizá tan solo queráis ver qué puedo llegar a ser en este juego. Quizá ni siquiera os importe tanto porque ¿qué soy yo, comparado con lo que seréis vos cuando lleguéis al lugar? Sabéis que no soy rival, así que ¿qué importa?

La sorpresa en el rostro de la reina solo dura un segundo. Después, hay una risa. Una que casi parece sincera, divertida.

—Sé que creéis que podréis hacer algo allí por la gente que queréis, *majestad*. No soy idiota. Y lo gritáis más de lo que podéis imaginaros. Así que permitidme que os dé un consejo antes de seguir adelante: preocupaos por vos. Sois la única persona en la que debéis pensar si queréis sobrevivir en este mundo. Nadie os agradecerá el esfuerzo por otra gente. Nadie os salvará tampoco. Quienes piensan en otros antes que en sí mismos son las personas que más sufren. Y quizá descubráis demasiado tarde que no merece la pena.

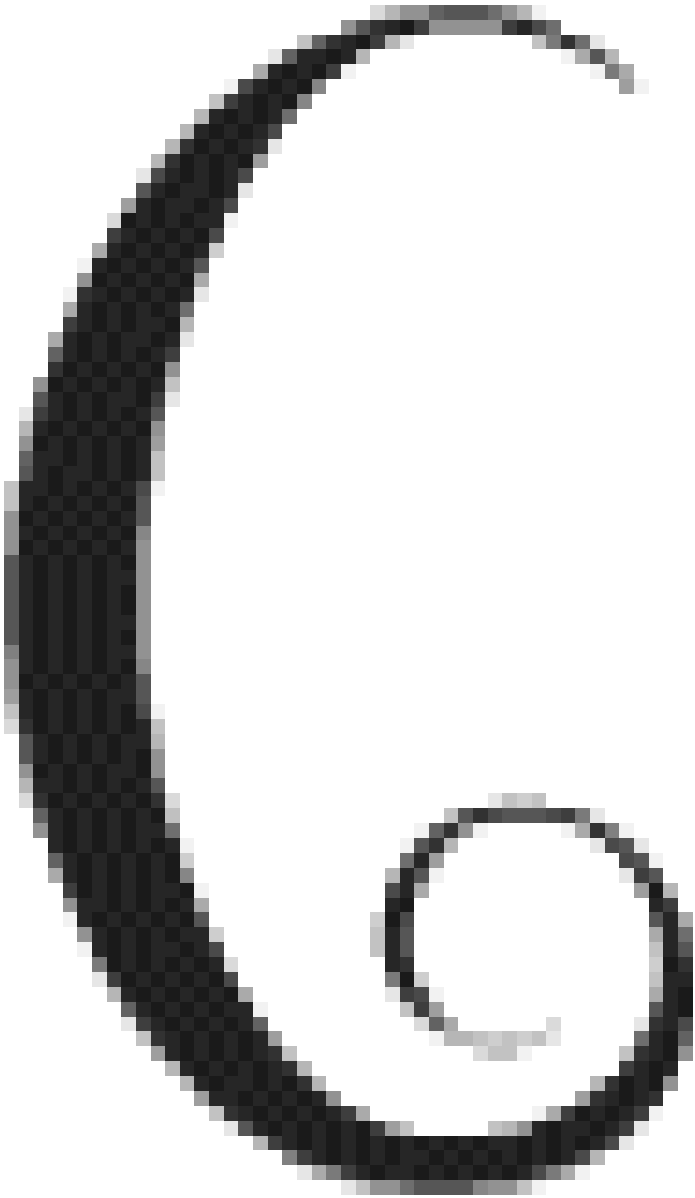
—Hermosas palabras, si no fueran tan hipócritas —susurro—. Viniendo de alguien capaz de enfrentarse a las estrellas por una familia rota, ¿cómo las puedo creer? Sois egoísta, Mab de Lothaire, porque toda vuestra vida habéis querido que el mundo se moviera en

base a vuestros deseos y vuestras venganzas. Sois cruel. Pero eso no significa que no penséis en nadie más que en vos misma.

Hay otro segundo de sorpresa. Los labios de la reina se aprietan. No sé si lo toma como un insulto. No sé qué piensa al respecto. Sus dedos se aprietan un poco más entorno a mi cara, sus uñas llegan a clavarse un poco en mi rostro, pero de pronto ya no están. El tacto desaparece y su presencia retrocede con un ligero revoloteo de sus alas.

—Descansad, majestad. Nos espera un largo viaje.

Svent



uando llegamos al palacio ella ya no está allí. Su habitación está vacía y es obvio que no ha dormido en su cama. Sobre la mesa de la biblioteca, donde ha debido de pasar tanto tiempo desde que yo me fui, hay una carta dirigida a Naim y firmada por ella donde le pide que vuelva a casa. Que abandone el palacio y regrese con nosotros, su familia. Donde le pide que nos cuide tan bien como la ha cuidado a ella y que se aferre a nosotros pase lo que pase y nunca nos deje ir.

Naim se abraza a Itsvan cuando la lee, como si quisiera cumplir su promesa, y entierra el rostro en su camisa, llorando amargamente.

Yo solo puedo dejarme caer sentado en una silla, completamente agotado. Hemos venido tan pronto como hemos podido, pero no teníamos caballos —los que teníamos cuando nos fuimos de palacio los vendimos para conseguir suministros— y tuvimos que caminar gran parte del camino. Algunos tramos pudimos pedir que nos llevasen en alguna carreta, acaso, pero hemos viajado durante toda la noche para poder llegar con la primera luz del alba.

Hemos tardado demasiado.

—¿Qué es lo que quiere, exactamente? —Chryses es el último en leer y dejar la carta sobre la mesa, ante mí—. ¿Qué pretende, yéndose con esa mujer?

—«Todo pronto volverá a estar bien» —murmura Itsvan, repitiendo la última línea de la carta de Fay. Sus ojos, aunque responde al caballero, están fijos sobre mí.

No sé lo que piensa. Me aprieto el puente de la nariz. No sé por qué ha escrito eso. Mi sospecha es que se ha marchado con Mab, pero ¿a qué? ¿A ganar la guerra contra las estrellas? ¿Cree de verdad que eso traería la paz? ¿Cree de verdad que entonces no irá contra los dioses? O que si después va tras ellos, ¿parará? ¿Cree que estos actos no la harán *creerse* una diosa, un ser superior, capaz de cualquier cosa? Me estremezco al pensarlo, al plantearme la idea de que pueda ganar más y más poder, hasta que sea invencible.

No. Ya cree que lo es, de lo contrario no se habría embarcado bajo ningún concepto en esta empresa inútil. En esta guerra que está matando a Faesia desde la raíz.

—Tenemos que detenerla. Tenemos que ir a buscarla.

Todos me miran como si me hubiese vuelto loco.

—¿Y qué sugieres? ¿Que vayamos nosotros mismos hasta el ejército que sigue a Mab y la traigamos de vuelta? —Itsvan parece incrédulo—. Sé que te dije cosas duras antes de venir aquí, pero no se supone que debamos *morir* por traerla de vuelta. Eso no va a ayudarla de ninguna manera.

Sacudo la cabeza.

—Si se ha ido *con* Mab, como sospecho, cabalgará a su lado. Claro que no podemos ir a buscarla sin más. —Me levanto, consciente de tres pares de ojos sobre mí, y doy la vuelta al escritorio—. Pero, Itsvan, me dijiste que estaban reclutando gente, ¿verdad? Si estamos entre las líneas de hombres, podríamos acercarnos y…

Itsvan mira a los demás antes de volverse hacia mí. Su expresión dice que me he vuelto completamente loco.

—¿Quieres… alistarte?

—Se me ocurren un par de razones por las que eso no es una buena

idea, muchacho —confirma Chryses. Como esperaba.

Estoy abriendo los cajones de la mesa, así que no alzo la cabeza.

—¿Como que Svent no tiene ni la menor idea de por qué extremo se coge una espada? Estoy de acuerdo.

Encuentro lo que busco y me incorporo.

—Eso da igual. No vamos a llegar tan lejos.

—Bueno, también está el hecho de que tu aspecto es un poco… reconocible.

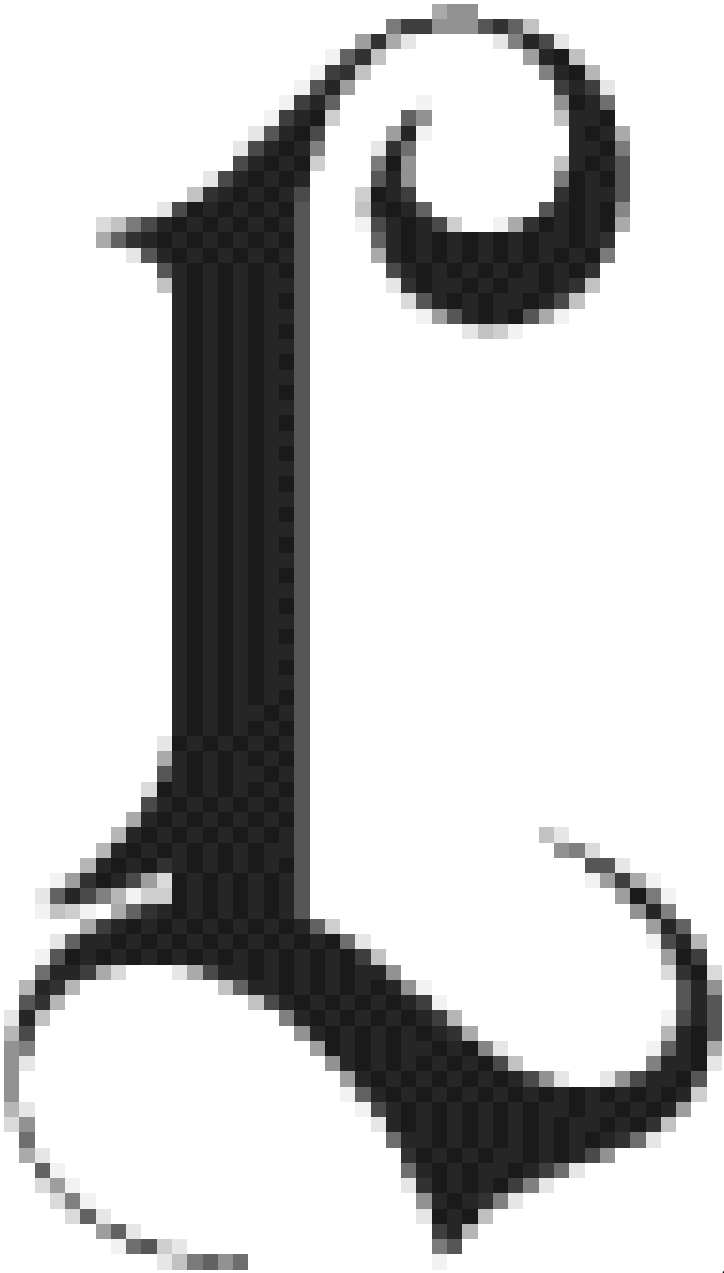
Dejo el pequeño frasco sobre la mesa, casi orgulloso de haberme adelantado a esa pega. O, al menos, lo estaría si no sintiese los nervios tirando de mi estómago hacia abajo.

—Creo que eso se puede arreglar con un poco de magia.

Todos observan la poción que Fay ha debido de utilizar para convertirse en mí. Estoy seguro de que podemos utilizarla para cambiar mi aspecto también.

No voy a volver a huir.

Seaben



a breve nota pasea de mano en mano por la sala en la que nos hemos reunido. Eirene, a mi lado, está muerta de preocupación. Drake parece mover los dedos en el aire, como si tocase una melodía que ninguno podemos oír. Creo que le relaja, porque las noticias nos han dejado tensos a todos. Rayne todavía está leyendo sobre el hombro de Sylvana, que se lleva una mano a los labios. Astrid, desde un rincón, parece querer camuflarse entre las sombras.

—¿Cómo hemos llegado a esto? —Es Hayes quien habla, en voz baja, como si no quisiera romper la quietud. Él ha estado lejos mucho tiempo. Si los avances de la guerra eran para él hace dos lunas algo totalmente desconocido, algo lejano que no ha llegado a tocarle, ahora la paz no es un destino mucho más claro.

Yo, al menos, no termino de creérmela.

—Mab nos ha llevado a esto —dice Rayne, con cierta sequedad. Como si ella fuera, de alguna manera, también la fuente de todas sus desgracias.

Rayne se echa hacia atrás en el banco que comparte con Sylvana y cruza los brazos. Ella me devuelve el escueto mensaje y yo vuelvo a pasar mis ojos por la apretada caligrafía de Chryses, un poco desigual. Con ella me explica que ha descubierto que Mab pretende atravesar Anderia con un ejército de diferentes países que está reuniendo. Y Fay se lo ha permitido. Le ha abierto sus fronteras y le dejará pasar, si no lo está haciendo ya.

—¿De verdad creéis que va a ir a donde viven las estrellas? —pregunta Drake. Hay un leve temblor en su voz, como si la idea le resultase del todo inconcebible, aunque todos en la sala sabemos que iba a ocurrir tarde o temprano. Que el objetivo final de Mab siempre fue ese.

—¿Qué iría a hacer más allá de las montañas si no? —cuestiona Eirene a su vez.

El trovador sacude la cabeza. Sé que quiere escribirle a su hermanastra, informarla de todo para que no se entere por otros medios que puedan distorsionar la información. Las historias que van de boca no son fiables. Pero también *tiene* que saber que hay ciertas cosas que no puede contarle a su hermana. Si le dice que nosotros iremos detrás de Mab, hacia las estrellas, Inair intentará persuadirnos de que no lo hagamos. Lowell, probablemente, creerá que tiene que venir en nuestra ayuda.

Y por todo lo que le debo a Lowell, por todo el tiempo que llevamos juntos, eso no puede pasar.

—¿Y de verdad esa mujer puede *vencer* a las estrellas?

A eso ninguno de los presentes podemos responder. Está claro que cree que puede hacerlo, pero yo no tengo muy claro que ese vaya a ser el resultado. Quizá no deberíamos preocuparnos. Quizá esto acabará con Mab de Lothaire desaparecida de la faz de Faesia. ¿Cómo, de todas formas, se supone que va a encontrarlas? Sylvana nos ha contado que Polaris y su ciudad se esconden bajo las arenas del desierto durante el día, pero si sabe que hay un ejército a las puertas de la ciudad, ¿acaso abriría las puertas? ¿Tiene Mab los suficientes

soldados como para asediar cada noche a una ciudad mágica que desaparece en cuanto el sol despunta en el horizonte?

¿Pueden los mortales hacerle frente a una criatura que puede destruirlos con un chasqueo de sus dedos?

—Lo que está claro es que está dispuesta a intentarlo —declaro—. Pero tenga posibilidades de conseguirlo o no, no debemos permitirlo. Está llevando a muchísima gente inocente, de tres reinos diferentes, hacia su muerte. Y ni siquiera les ha dicho hacia dónde se dirigen de verdad. Creen que van a buscar riquezas más allá del continente, y estoy seguro de que muchos anderienses desesperados se unirán con esa promesa.

—¿Cómo piensa hacer para que esos hombres luchen? —dice Astrid. Siempre me resulta extraño escucharla hablar—. No puedes esperar que tu ejército te siga a una batalla si no sabían que tenían que luchar.

—Probablemente les haya hablado de que hay peligros en el desierto —considera Rayne—. Y, además, quizá para cuando tengan que enfrentarse a las estrellas ya estén cegados por las promesas y, sobre todo, será tarde para escapar. —Se humedece los labios—. El desierto es enorme y completamente yermo. No hay muchos lugares donde esconderse o a los que huir.

Los soldados ni siquiera tienen por qué enterarse de a qué se están enfrentando, y estoy seguro de que la ciudad de las estrellas brillará como una joya en medio de la nada.

Eirene, a mi lado, se levanta. Sus pasos la llevan hasta la ventana, desde donde tiene una vista del jardín. Nos hemos quedado en el castillo, donde se supone que vivirá también el representante de Nryan.

Aunque el cargo la abruma un poco, más preocupada la tiene esta situación. Y una persona en especial…

—No tengo noticias de Fay desde su última carta, hace más de media luna —murmura—. Le he escrito. Le he pedido que me responda, que una nota rápida sería suficiente, pero nunca obtenemos respuesta. —Hace un ademán a Astrid—. Las urracas vuelven sin mensajes, y estoy empezando a pensar que algo terrible le tiene que estar pasando.

Sylvana ya está en pie y se ha acercado a Eirene.

—Chryses no ha dicho que le ocurra nada. Estoy segura de que Fay está bien. —Le apoya su mano en el brazo—. Si te vas a sentir más tranquila, sin embargo, quizá deberías escribirle a él para preguntar.

—O quizá deberías ir a verla.

Mi esposa se gira de pronto, sorprendida de escuchar mi consejo.

Aunque creo que no es ninguna locura, ella se niega rotundamente con un solo pensamiento que resuena en mi cabeza.

—Era mi plan, pero *no ahora*. Sé perfectamente qué vas a hacer tú.

No tengo ninguna duda.

—Iré a las montañas. O a donde haga falta para encontrar a Mab.

—¿Y pretendes que te deje solo?

Su tono dolido también me hace daño a mí.

«Es hora de enfrentarla», le recuerdo en el refugio que ofrecen nuestras mentes. Llevo mucho tiempo esperando este momento. Quiero decirle todo lo que me quema por dentro. Ya no quiero comprender, porque creo que lo he hecho hasta puntos insospechados. Que he podido llegar a sentir pena o admiración por ella. Lástima, porque soy consciente de que lo ha perdido todo. Respeto, por lo que ha construido, por cómo ha sabido mover los hilos del mundo ella sola.

Eso, sin embargo, no la disculpa por todo lo que ha hecho. Por todas las vidas que ha arrebatado o destruido. No voy a perdonarla. Lo sabe Mab y lo sabe Eirene. Lo saben los que están en esta habitación.

Y saben, también, que puede que la próxima vez que me encuentre con la reina feérica sea o ella o yo y que uno de los dos no despierte para volver a ver el sol.

—Voy a ir contigo —me advierte Eirene, con el rostro serio.

—No estaré solo.

Sus ojos no se apartan de los míos, así que no sé si llega a ver el gesto que hago hacia las personas que nos acompañan en la sala. No creo que realmente importe. Sé que ha tomado su decisión.

—Sabes perfectamente a lo que me refiero —dice, más bajo.

Aparto la mirada. No voy a discutir. No sobre esto. Es cierto que la quiero conmigo. A la vez, también daría cualquier cosa por mantenerla a salvo, en este castillo o en el de Anderia, si lo prefiere, lejos de los enfrentamientos.

—Puedes escribirle a Ailbhe —apunta Sylvana—. Él llegaría al castillo mucho antes que cualquiera de nosotros y podría velar por ella.

—Pero Ailbhe…

La hechicera niega con la cabeza.

—Sé que Ailbhe no siempre ha tomado las decisiones más adecuadas, pero quiere a su hermana con locura, como lo haces tú. Si se lo pides, irá a verla. Puede que él también esté preocupado, Eirene. Tal vez, espero, incluso por ti.

Mi esposa no parece tan convencida, pero cuando Sylvana coge sus manos, sé que no se negará a cualquier cosa que le pida. Veo que

aprieta sus dedos y se rinde, con un suspiro.

—Está bien.

Se intercambian un mudo agradecimiento y yo no puedo evitar sonreír.

—¿Y tenemos un plan?

La pregunta de Rayne es bastante legítima y yo asiento.

—Creo que lo más lógico es ir en barco hasta Anderia. Los puertos habrán vuelto a reabrir con el tratado y queda cerca de las montañas. Las cruzaremos. Podemos hablar con las estrellas y avisarlas. —Los miro a él y a Sylvana—. Si creéis que nos recibirán.

Por la expresión en su rostro, el padre de Drake parece dispuesto a dejar que se extingan las estrellas, pero prefiere no decir nada. Sylvana tampoco abre la boca, así que considero que están de acuerdo.

—Entiendo que la idea es adelantarnos al ejército, pero ¿y si las estrellas no nos hacen caso? —dice Drake, frunciendo el ceño.

Cojo aire.

—Entonces, estará todo en nuestras manos. Pase lo que pase.

Chryses

n cuando Svent e Itsvan parten del castillo, yo me encierro en la biblioteca a escribir. Es una carta, más que una nota, pero hay muchas cosas que tengo que decir, incluso si sé que Seaben no las entenderá todas. Incluso si, probablemente, vaya a odiarme por esto.

¿Estoy siendo egoísta? Probablemente. Pero, llegados a este punto, ¿no lo estamos siendo todos? El trono de Anderia, para empezar, está vacío: el falso rey se ha ido tras su reina y no queda nadie para tomar sus responsabilidades, si bien espero que alguien lo haga. O puede, incluso, que nadie se dé cuenta de nuestra falta: en los últimos

tiempos, el castillo ha sido poco menos que un bastión y solo unos pocos se han quedado para servir al rey. Fay trabajaba sin nadie a su alrededor, no quería sirvientes atendiéndola más que lo justo y los soldados que guardaban el castillo no debían entrar en las habitaciones. Los cuartos podrían estar libres, sin nadie habitándolos, y nadie notaría la diferencia.

O eso espero.

Doblo la carta y la lacro, con cuidado. El muchacho que seguía a Fay a todas partes, Naim, se encargará de entregársela a la próxima urraca que venga, bajo mi petición.

A mí, al fin y al cabo, solo me queda una cosa por hacer aquí.

Salgo de la biblioteca y me dirijo a la torre de Celeste, donde encuentro a la princesa sentada delante de la ventana, mirando ociosa al exterior. Hace días que he quitado la llave de la cerradura, pero ella no ha intentado nunca salir. No se suele arriesgar más allá de su cuarto, como si incluso la idea estuviera prohibida. Me pregunto si eso lo habrá aprendido de cuando Eveque vivía. De todos los años que pasó controlando y maltratando su mente.

Pero Celeste no está loca.

Fay me lo dijo. Me advirtió que simplemente no es consciente de cómo fluye el tiempo. Han mantenido su cabeza atada a momentos del pasado y ha perdido el rumbo, pero no es, ni mucho menos, completamente ajena a lo que pasa a su alrededor. Aunque haya vivido en esta habitación la mayor parte de su vida, ni siquiera está completamente desconectada del mundo. A veces habla de otras regiones, de política de hace años, de la guerra y de la paz.

—Celeste.

Su rostro se gira hacia mí y una sonrisa florece en sus labios. Para mí ese es el rostro más hermoso, con las arrugas en los bordes de sus ojos y el cabello despeinado cayéndole por el hombro. Con los ojos grandes y las mejillas un poco hundidas.

—Chrys.

Su voz es un canto de pajarillo que me anima a acercarme. A sentarme a su lado, en el suelo, sin comodidades, feliz simplemente de que mi pierna roce su falda.

Voy a echar esto de menos. Voy a echarla de menos.

Ella se inclina sobre mí y apoya su cabeza en mi hombro. Beso sus cabellos con reverencia y ella suspira. Huele al verano que está a punto de empezar, a frutas y agua de rosas.

¿Está mal que añore un tiempo que no hemos tenido todavía, Celeste?

—Tengo que irme un tiempo, querida —susurro—. Tengo algo que

hacer en el sur.

Ella se separa. Su cara denota incomprensión, y no la culpo por ello. Incluso para mí es un poco difícil de entender. ¿Por qué querría irme cuando ella está aquí? ¿Por qué voy a poner mi vida en peligro? Podría simplemente dejarlo pasar. Podría decidir que no merece la pena el riesgo. Dejar que el mundo siga su cauce, que otros se encarguen de Mab de Lothaire. Podría incluso decidir que ya he tenido suficiente; que no quiero volver a coger un arma en mi vida. Pero la espada en mi mano es algo que ha estado conmigo desde que tengo recuerdos. Soy consciente de que nunca volveré a mi casa, si alguna vez tuve alguna. Que Celeste se ha convertido en mi hogar desde hace mucho. El hogar que añoré como lobo, como esclavo.

El hogar del que, una vez más, me vuelvo a marchar.

Me pregunto si estaré condenado a esto, a no ser nunca plenamente feliz, a ver sombras que empañen los momentos dichosos. Si la reina realmente me ha arruinado para siempre, como pretendía.

¿Me llenará la venganza o me destruirá?

—¿Qué pasa en el sur?

No puedo decirle que Mab está en su reino. No puedo decirle que lo atraviesa con su ejército. Pero ¿puedo pretender que esto no está pasando? El reino está a salvo. Nadie va a hacerle daño a ella. Por lo tanto, la princesa no tiene por qué saberlo.

—Hay alguna gente que no está contenta.

—No me estarás mintiendo, ¿verdad? —Si alguna vez he tenido capacidad para mentir, sus ojos me desarman con la pureza que desprenden. Con su inocencia teñida de sospecha. Abro la boca, pero no sé qué decir, así que ella prosigue—: ¿No será que quieres ir de nuevo a la frontera?

Me relajo imperceptiblemente. Los músculos de mis hombros se destensan.

—La guerra ha terminado, Celeste —le recuerdo. Ya se lo he dicho antes.

Ella mira por la ventana de nuevo, pensativa. Parece prestar atención a los pájaros que vuelan libres. A las nubes que atraviesan el cielo.

—Es cierto. La guerra ha acabado. Pero nadie parece feliz por ello. —Me mira de reojo—. *Tú* no pareces feliz por ello, Chrys.

Trago saliva. Cuando extiendo mis manos hacia ella, Celeste me permite sostener sus dedos.

—Aún quedan muchos cabos que atar. No es fácil cerrar una herida así. Ni para el reino ni para mí, mi princesa. No es… sencillo simplemente olvidar. No para la mayoría de las personas. Y es difícil

sonreír cuando sabes que no todo está en su sitio.

La heredera de Anderia ladea la cabeza y entrecierra los ojos.

—Nadie pide que olvides. Olvidar no tiene por qué ser la solución.

—¿Pero?

—Pero eso no significa que no puedas perdonar.

Bajo la vista.

—Hay cosas que están por encima del perdón, Celeste. Hay cosas que simplemente no se pueden tolerar. —Las palabras me pesan como piedras sobre la lengua—. Y he decidido que esta es una de esas ocasiones. Que tengo que ir. Que tengo que…

Sus dedos bajo mi barbilla, suaves. La princesa nunca ha tomado nada entre sus manos que pudiera dañarlas. Nada que pudiera estropear su piel. Sin embargo, ha sufrido lo indecible. Y ahora me habla con una sabiduría que no esperaba encontrar en su inocencia. ¿Está despierta? ¿Está su mente encauzada?

¿Eres tú mi Celeste, la muchacha inconsciente que hablaba de paz y de mi salvación en la oscuridad del bosque?

—¿Tiene esto que ver con la reina?

Sí. No. Tiene que ver conmigo. Con el hijo que no recuerdas. Con tu mente. Con las sombras que siempre han acechado en este palacio. Con toda Faesia, que ha estado bajo su control. Con todo lo que podemos seguir perdiendo con un movimiento de su mano, cuando tira de los hilos acertados.

—Es… complicado. Todo parece tener que ver con ella.

—No todo. Lo que sentimos no se relaciona en absoluto con ella.

Sonrío. No es una sonrisa feliz, pero al menos es más de lo que he conseguido expresar durante toda la conversación. Agacho la cabeza para besar la punta de sus dedos y me permito cerrar un segundo los ojos: un momento para que mi mente descanse y se guarde la suavidad de su piel contra mis labios.

—Es cierto. Te amo, princesa.

Abro los ojos con la esperanza de verla arrebolarse, pero su mirada es franca y su sonrisa me desarma.

—Y yo a ti, Chryses.

La abrazo. Creo que se sorprende, porque deja escapar una exclamación contra mi oído. En realidad, el gesto es tan inesperado que hasta yo siento que la cabeza me da vueltas con la decisión. Pero quiero guardármela cerca. Quiero recordar su olor, su suavidad. Quiero recordar su cuerpo cálido, sus manos en mi espalda. La textura de su mejilla contra la mía. La forma en la que sus cabellos me hacen cosquillas en la nariz.

Quiero recordarla y, pase lo que pase cuando me enfrente a Mab,

creer que ella está conmigo.

oira calla y en la habitación se hace un silencio sepulcral. Lowell, de pie a mi lado, con una mano en el respaldo de mi silla, se ha puesto blanco. Toda la historia que ha escrito Drake en su carta parece uno de los cuentos que me contaba antes de ir a dormir, pero no se trata de eso.

Cada palabra, por increíble que parezca, es verdad.

Aunque cada palabra, por el ambiente cargado que deja al ser pronunciada, se me antoja parte de una intrincada pesadilla.

Enfrente de mí, mi madrastra se retuerce las manos, nerviosa. Puedo sentir el nudo que debe de aprisionarle el pecho, porque yo misma tengo uno en el mío que no me deja respirar.

—Todo eso es… una locura —dice al fin Briah, cuya expresión ha ido desencajándose a medida que la historia se iba desarrollando.

Es una locura, sin duda. Una más grande que nosotros, más grande que Astrea. Más grande que toda la magia.

Y no creo que podamos hacer nada. Vamos demasiado tarde para detener lo que ocurra. Nunca llegaríamos a tiempo, ni aunque saliésemos ahora mismo en un barco rumbo a Anderia.

—¿Qué vamos a hacer? —Mi prima deja las páginas de Drake sobre su regazo y se pasa las manos por la cara. Su voz está ronca, como si fuera a romper a llorar en cualquier momento.

—No podemos hacer nada. —Es la reina madre, la de los pies en la tierra, la que se encarga de que no guardemos esperanzas que no pueden florecer—. Astrea tiene suficiente de lo que encargarse. No tenemos soldados de sobra para mandar más allá de las montañas y tampoco podemos permitírnoslo. Hemos luchado nuestra propia guerra y ahora tendremos que… ser observadores.

Su lógica nos desinfla los pulmones como si hubiéramos soplado dientes de león para hacer volar sus semillas. Sabemos que tiene razón, pero la espera, la incertidumbre, siempre ha sido un enemigo de los astrenses. No nos gusta quedarnos de brazos cruzados. Mi padre lamentaba no poder ayudar a Anderia en la guerra de una forma más activa. Y ahora que se suponía que la paz había alcanzado el continente, que se avecinaban días más soleados, la culpa de que Astrea los vea sin el resto de Faesia me llena de inquietud.

¿Seguirá existiendo Faesia tal y como la conocemos, de hecho, si las estrellas caen del firmamento? ¿Será lo mismo, siquiera, si Mab muere por su luz?

Trago saliva. Lowell, que puede ver a través de mí como si fuera transparente, aprieta mi hombro con suavidad. Alzo la vista hacia él, pero sé que, aunque está conmigo, su cabeza está también en otro lado.

—No hará ninguna locura —susurro—. Drake no decía nada de ello en la carta.

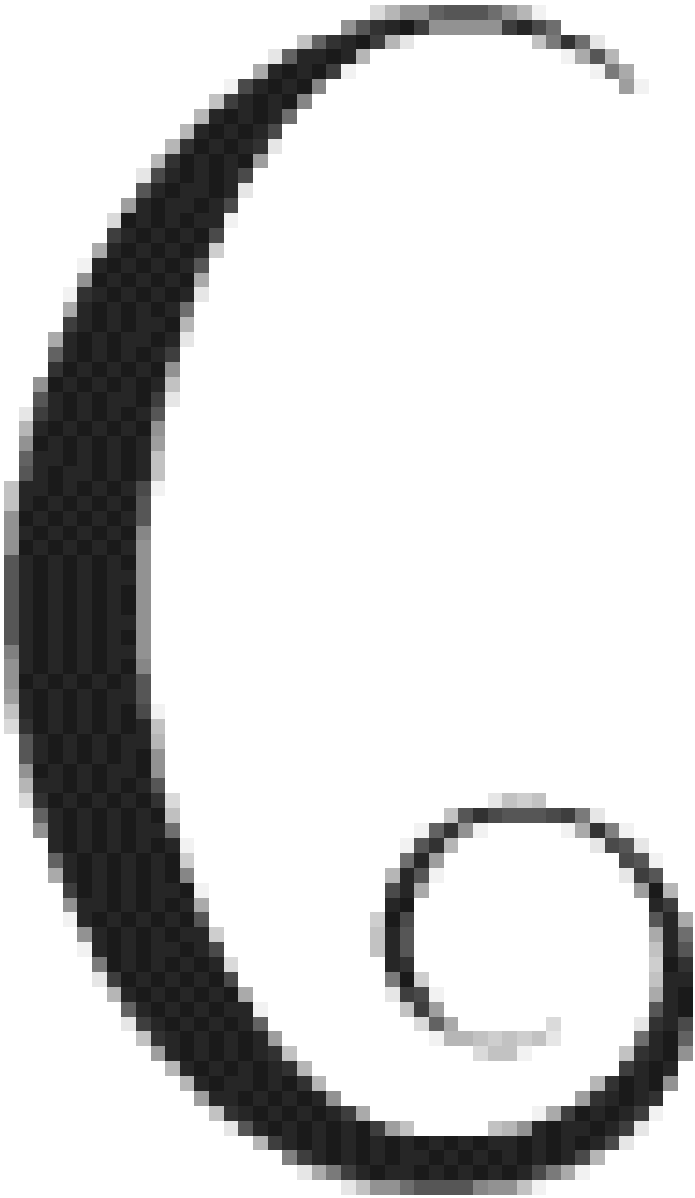
Mi caballero se vuelve hacia mí con una sonrisa tibia que me deja claro que piensa en lo inocente que soy. Que no conozco a Seaben de Lothaire —no, de Anderia— y que no puedo prever sus movimientos.

—Sí. Claro que lo hará. Irá directamente a la boca del lobo y no hay nada que pueda hacer para evitarlo. —Suspira. La sonrisa se le cae de los labios. Parece, de pronto, muy cansado—. Pero estará bien. Tiene que estarlo.

Busco su mano y entrelazo sus dedos con los míos.

No le digo a nadie que anoche soñé que la luz de la luna y las estrellas se había teñido del mismo rojo que las alas de la reina de las hadas.

Svent



onseguimos alistarnos en el ejército que va hacia el sur. Creo que lo hacen porque ven que aparecemos montados a caballo, aunque a mí me miran con recelo. Cuando digo que tengo dieciséis, el hombre que se encarga de anotar nuestros nombres y de darnos un par de monedas parece confundido: bajo la apariencia de Naim, al fin y al cabo, solo aparento catorce, si acaso. Por suerte, Itsvan derrocha encanto y le devuelve un par de monedas que el feérico no duda en aceptar. Eso es suficiente para que pase por alto cualquier irregularidad.

—Deberías haber elegido a una persona más… crecida —me

susurra Itsvan, pasándome un brazo por los hombros, en cuanto nos alejamos.

Intento escapar de su agarre.

—Era él o tú. Y me niego a ser tu gemelo.

Itsvan decide mantener el buen humor pese a la situación en la que estamos metidos hasta el cuello.

—Nunca en tu vida has tenido la oportunidad de ser tan atractivo y, aun así, la has dejado pasar. Luego no te quejes.

Inevitablemente, aunque no quiera, tengo que sonreír. Me dejo arrastrar por él entre los hombres. Hay muchísimos, más de los que esperaba, y parece que la desordenada fila de soldados se extienda durante kilómetros. Los hay de distintas razas y, sorprendentemente, están entremezclados. Aunque algunos humanos parecen negarse a juntarse con feéricos y algunos feéricos se apartan todo lo posible de los humanos, lo cierto es que me sorprende verlos caminar codo con codo, como si por fin tuvieran una razón para olvidar las riñas y los años de guerra. Como si tuvieran una misión por la que valiese la pena olvidar las rencillas. No puedo evitar pensar en lo triste que es que su compañerismo florezca de una futura batalla de la que ni siquiera están al tanto y, por un instante, siento burbujear en mi pecho las ganas de gritarles. De hacerles ver lo equivocados que están.

Finalmente, sin embargo, callo.

Itsvan habla en común con una soltura que hace que inmediatamente se gane la confianza de varios soldados de Lothaire y Veridian. Haciendo gala de su simpatía, empieza a hacerles preguntas sobre lo que han podido ver o escuchar en estos días. Intenta sonsacarles la información poco a poco, empezando con comentarios inocentes que les suelten la lengua: hablando del rey de Anderia, de su matrimonio con la princesa de Veridian, de lo hermosa que es ella… Alzo una ceja cuando lo dice, preguntándole con una mirada qué hace.

—¡Mi hermano pequeño se enamoró de ella en cuanto la vio! —exclama, revolviéndome el pelo. Yo empiezo a sentir un calor abrasador en las mejillas—. Dijo que tenía que ser, como mínimo, una estrella bajada del cielo.

—¡Itsvan! —siseo.

Los soldados se ríen y yo sé que no van a dejar que olvide esto mientras sigamos caminando a su lado.

—La princesa de Veridian es tan bonita como cuentan —concede uno de los elfos—. Quizá puedas verla de nuevo. Se ha unido a la campaña, por lo que dicen. Todavía no la hemos visto, porque cabalga con la reina Mab en las líneas del frente.

—¡A lo mejor puedes seducirla, chico! —Un golpe en mi espalda

me hace perder todo el aire de los pulmones y me hace trastabillar. Un soldado de Lothaire, con manos del tamaño de platos, se ha colocado a mi lado—. Dicen que el rey no es especialmente atractivo: si él ha podido conquistarla, es que todos tenemos una oportunidad.

Frunzo el ceño, pero decido que es mejor que no conteste a eso. De todas formas, la conversación vira pronto hacia otros temas. Yo dejo de prestarles atención, aunque Itsvan parece estar bastante metido ya en el grupo.

Sabía que Fay tenía que estar aquí, porque no había otro sitio al que pudiese ir, pero ahora tenemos la certeza.

Y vamos a sacarla de aquí.

No hay mucho que podamos hacer la primera noche. Cuando paramos, en la oscuridad, y se encienden fuegos bajo el manto de estrellas que parecen juzgarnos desde arriba, tenemos que quedarnos con los nuevos amigos de Itsvan. Él me dice que mañana nos los sacaremos de encima, que madrugaremos y nos colaremos en otro grupo. Iremos hacia delante, avanzando a caballo. Intentaremos posicionarnos lo más cerca posible de Fay.

La salvaremos.

Lo dice así. Habla de salvarla como si estuviera en apuros. Como si ella misma no hubiera decidido estar aquí, aunque no lleguemos a entender por qué. O quizá se refiera a que debemos salvarla de sus decisiones.

Pero ¿cómo de justo me parece eso en realidad?

Pasamos el día siguiente avanzando. Itsvan, a veces, habla con la gente y despliega sus encantos. Supongo que lo hace para que nadie sospeche de nuestros planes. Yo, en tanto, soy demasiado consciente de que estamos rodeados de feéricos. De que podrían entrar en mi mente. De que podrían ver lo que pienso. De que podrían obligarme a hacer algo que no deseo hacer una vez más. La tensión en mis hombros es tan constante que empiezan a dolerme los músculos. Cuando lo nota, Itsvan empieza a cabalgar tan cerca de mí que nuestras piernas se rozan. Se olvida de los demás y habla conmigo durante el resto de la tarde y yo estoy seguro de que lo hace porque desea apartar cualquier mal pensamiento de mi mente.

Funciona.

Cuando cae la noche, esperamos.

Se monta el campamento y cenamos y cuando todo el mundo duerme, en la hora en la que la luna está más alta, nos convertimos en sombras entre los cuerpos de los soldados dormidos y nos deslizamos

hasta la pequeña tienda en la que duerme Fay. No hemos preguntado directamente por ella, pero nos han dicho que la reina de Anderia cena con la reina Mab y después duerme cerca de ella, bajo su protección.

La puerta —si se le puede llamar así a la brecha en la tienda que sirve para entrar— está guardada por dos hombres que juegan a las cartas en el suelo, junto a una hoguera pequeña a unos buenos veinte pasos de distancia. Cuando los vemos no puedo evitar preguntarme cómo voy a poder pasar, pero Itsvan niega con la cabeza y me hace un gesto de que espere.

—Los distraeré —susurra en mi oído—. Tú ve a hablar con ella.

No dice nada más. Da un suave apretón a mi brazo y sale, de la oscuridad, saludando a los soldados en común como si los conociera de toda la vida. Les pregunta si tienen sitio para uno más. Ellos aceptan, dudosos, pero pronto están riendo con él. Supongo que cada persona tiene una pizca de magia y la de Itsvan es la de caerle bien a todo el mundo. La de embrujar con las palabras y ser irresistible.

Yo aprovecho que Itsvan empieza a contarles una historia improbable sobre una vez en la que le ganó todo su dinero a un elfo de Veridian y me cuelo entre las sombras. Casi me arrastro hasta la tienda de Fay, pasando sin respirar por el frente del pabellón y colándome dentro sin hacer ruido. No se me ocurre que la princesa podría gritar o alarmarse al ver entrar a un hombre en su improvisada habitación hasta que estoy dentro pero, por suerte, mi aspecto no es nada amenazador.

En la tienda todo está en silencio, sin embargo. La oscuridad es casi asfixiante, excepto por el círculo de luz cerca del suelo de una vela que no durará toda la noche. El cabello rojo de la princesa destella como una extensión del fuego.

—¿Fay?

Tengo la seguridad de que he escuchado el sonido de la tela contra la tela. Un suspiro.

—Fay, soy Svent.

Algo cambia en el aire. En la cadencia de su respiración. El bulto bajo la manta se mueve. No hay lujos para ella: solo un colchón en el suelo con un cojín de color carmesí sobre el que se enreda su pelo.

—¿Svent? —Su voz es rasposa, llena de sueño y cansancio. No creo que sea consciente de que estoy aquí de verdad. Suena más bien a sueño, a uno que le duele, por cómo pronuncia mi nombre. Siento que se me encoge un poco el corazón.

Hay una pausa, corta, y luego la veo sentarse sobre el lecho, alerta. Se vuelve hacia mí. Sus ojos dorados parecen más oscuros que nunca

en la penumbra, más abiertos de lo que los he visto jamás por la sorpresa.

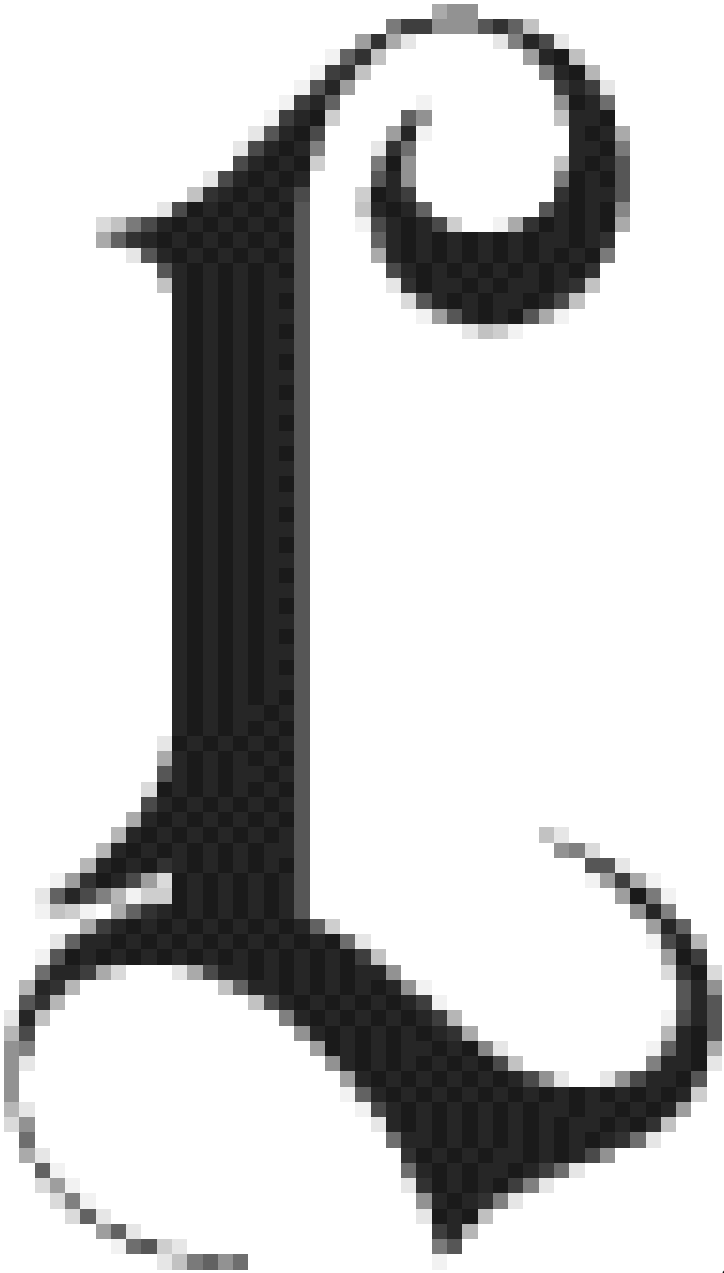
—¿Naim…? —Niego con la cabeza y ella sabe la verdad. Es capaz de verme a través de mi disfraz—. No. Svent. ¿Cómo…? ¿Qué haces aquí?

Me atrevo a acercarme un paso. Dos. Llevo otro rostro y las ropas de un soldado. Llevo, incluso, una espada al cinto. Pero creo que nunca en mi vida había estado tan seguro de que aquí, en este momento, soy yo y nadie más.

Nada más.

—He venido a evitar que cometas una locura.

Fay



a figura de Svent me parece una sombra que ha salido de mis sueños y ha aparecido ante mí. Parece Naim, pero Naim, al fin y al cabo, no habla. Nunca he oído su voz y ni siquiera puedo asegurar que suene de verdad como el muchacho frente a mí. El que se acerca a mí.

Pero cuando lo hace, yo retrocedo en mi lecho. Eso parece detener de golpe a Svent. Yo deseo que, tal y como sus pasos se quedan quietos, lo hagan también los latidos en mi pecho. No esperaba esto.

No esperaba volver a verlo, en realidad. Nunca más.

Nunca debimos habernos conocido.

—Márchate.

Svent hace un mohín, pero niega con la cabeza.

—No he venido hasta aquí para marcharme ahora. Sé que… no he hecho las cosas bien. Jamás debí huir. Jamás debí… dejar que te quedaras a cargo de todo. He sido un egoísta, pero quiero arreglar las cosas. No tienes que ir con Mab. No *debes* ir con Mab, Fay.

Da un paso hacia delante de nuevo. Yo no puedo evitar fijarme en cómo trata de romper la distancia entre nosotros. ¿Qué hace aquí? No puede estar aquí. Él estaba bien en el monasterio. Cuando me pongo en pie, me tiemblan un poco las piernas. Creo que caeré, pero me mantengo en pie. Por supuesto que me mantengo. Lo he hecho hasta ahora. Puede que antes tropezara todo el tiempo, pero ya no voy a volver a tocar el suelo con mis rodillas jamás. Ya está. Yo voy a solucionarlo todo.

—No te culpo —le digo, tras tomar aire. Enfrentándolo. Los ojos castaños de Naim no tienen nada que ver con los de Svent, pero la manera en que me mira es definitivamente la suya—. Está bien. Hiciste lo que creías que debías hacer. Y ahora tienes que volver. Mab sabe que mataste a Eveque y le hice jurar que no te tocaría, pero si te ve aquí no puedo confiar en que cumpla su palabra. Tienes que marcharte. No. *Tenéis* que marcharos. Itsvan jamás te habría permitido venir solo, ¿verdad? No me debes nada, Svent. Vuelve a casa. Todo está bien. Puedes estar tranquilo. Ve.

Svent hace un gesto con la cabeza, hacia la entrada.

—Itsvan ha distraído a los guardias. Jamás habría podido entrar aquí de otra forma. Pero… a lo mejor eso es lo que tú desearías, ¿no? —Aprieta los labios. Un paso más. Un poco más cerca—. Fay, no puedo estar tranquilo sabiendo lo que está pasando. No puedo estar tranquilo mientras tú te quedas aquí. ¿Qué es lo que pretendes, de todas formas? ¿Crees acaso que luchar contras las *estrellas* es la solución? Eso no tiene más sentido que intentar golpear al sol o beberse los mares. Lo sabes.

Él no lo entiende. No puede entenderlo. Niego con la cabeza.

—Yo no voy a luchar con nadie. Y tú tienes que olvidarte de mí y regresar a tu vida, la que existía antes de que yo apareciese. Creí que lo habías hecho ya. Así que *vuelve a hacerlo* y sal de aquí.

—¡No puedo! —El rey coronado de Anderia aprieta los puños y baja la cabeza, hasta que el cabello de Naim le cubre el rostro—. Fay, no puedo hacer como si *no existieras*. No puedo simplemente… olvidarte. ¿No ves que no funciona así? ¿Crees que habría venido

hasta aquí si no me importaras?

Me estremezco. Aunque creía poder sostenerle la mirada, termino bajando la vista a mis manos, que enredo sobre mi camisa de dormir. Necesito encontrar la manera de convencerlo. Necesito alejarlo de este lugar. Es lo que tengo que hacer, para luego poder arreglarlo todo.

Las siguientes palabras salen al exhalar la bocanada de aire que tengo que tomar para conseguir pronunciarlas.

—A lo mejor tú ya no me importas a mí.

Su dolor. Incluso sin mirarlo, puedo sentir el cambio en la atmósfera de la habitación. Lo oigo inspirar. Escudarse del golpe demasiado tarde.

El silencio se extiende por una eternidad y no entiendo a qué espera para darse la vuelta y salir. Para abandonar mi tienda y volver a casa. Pero sus pies parecen clavados al suelo.

—Entonces, no vuelvas conmigo, si no es lo que quieres. —Su voz suena dura, con un filo que no conocía que pudiera tener—. Pero al menos entra en razón. Salgamos de aquí. Vuelve a Veridian, con tus padres y con tu hermano. Pero no te quedes aquí. Aquí, Fay, no hay nada para ti más que sufrimiento. ¿Por qué querrías verte envuelta en esta guerra?

No lo miro. Temo haber podido engañar a Mab de Lothaire pero no conseguirlo con él.

—Eso es asunto mío. —Me humedezco los labios. Tomo aire. Si el primer golpe ha funcionado, quizá solo haga falta otro—. Si no te ha preocupado lo que ha pasado durante toda una luna en el castillo, ¿por qué te importa lo que me pase ahora aquí?

Ahora, por fin, un paso atrás. El primero de muchos, espero. El primero de todos los necesarios para salir de esta tienda, de este ejército, y volver a casa. Para volver a estar a salvo.

—Porque quería protegerte. Eso ha sido todo lo que siempre he querido. Porque pensé que si me alejaba, tú estarías bien. Que tendrías tu libertad. Sin embargo, me he dado cuenta de lo equivocado que estaba. Me he dado cuenta de que debí haberte preguntado antes qué era lo que deseabas *tú* con respecto a nosotros. Pero tenía tanto miedo, Fay… Tanto miedo de no ser yo mismo, de haberme convertido en alguien a quien no podía reconocer… A quien no *podías* reconocer.

Quiero decirle que lo sé. Que, en realidad, no lo culpo. Claro que tenía miedo. Claro que estaba asustado. Lo entendí desde el primer momento. Estaba en su derecho. Necesitaba alejarse, y yo tomé *mi decisión* al quedarme. Los dos avanzamos como mejor pudimos, incluso si eso significaba tomar caminos contrarios.

Pero no puedo decirle eso. Y al mismo tiempo, tampoco puedo

mentirle. Puedo engañar a la reina de las hadas, pero no voy a poder engañarlo a él. Por eso sencillamente callo, sin atreverme a mirarlo, esperando que él no se dé cuenta de lo apretados que están mis puños, de lo rápido que me late el corazón.

—Fay. —Mi silencio parece ser para él una grieta en la muralla, y es obvio que va a provecharla para intentar colarse dentro. Para intentar hacerme entrar en razón, o lo que él cree que es lo sensato—. Me importas demasiado para dejarte aquí. Por eso, si lo que realmente quieres es quedarte, estaré a tu lado. No huiré esta vez. Me quedaré detrás de ti, protegiéndote como mejor pueda.

Doy un respingo. No puedo evitar alzar la mirada entonces. Es extraño ver su expresión seria en el rostro siempre dulce de Naim. Sus labios apretados. Su manera de abrir y cerrar las manos.

—No. Incluso si la reina no te descubriese, vamos a la guerra, Svent. Contra seres cuyo poder no podemos ni calcular. Contra seres, de hecho, que te han maldecido, aunque ahora su condena no se vea en tus ojos. Tú ni siquiera sabes levantar una espada. *Por favor*. —Ahora soy yo quien da un paso hacia él—. Si te importo de verdad, me harás caso. Si *alguna vez* te he importado, Svent, cogerás a Itsvan y los dos os marcharéis de aquí. Necesito hacer algo, pero no podré si tengo que preocuparme de que estéis a salvo.

Su mano se alza. Se queda quieta en el aire, a punto de tocarme, pero no llega a entrar en contacto con mi piel. Siento las yemas de sus dedos desprendiendo calor a un suspiro de distancia.

—Si me importas de verdad, ¿cómo podría dejarte ir a la misma guerra de la que tú hablas? Tú tampoco puedes levantar un arma. ¿Qué tienes que hacer que sea más importante que tu propia vida?

Aprieto los dientes, pero no puedo decírselo. Nadie debe saberlo. Tengo que hacerlo sola. Cuando nadie lo espere, cuando nadie piense en mí, cuando la batalla estalle y yo sea demasiado irrelevante, olvidada por todo el mundo. Cuando nadie espera nada de ti es cuando pueden hacerse los cambios más importantes.

—Svent. Por favor. Confía en mí.

Su mano contra mi mejilla. Cálida, un poco áspera. ¿Cuánto tiempo hacía que no sentía una caricia suya? Sigue siendo igual de torpe, tan desacostumbrada…

Espero que eso sea todo. Que claudique. Que vea la decisión en mi rostro, en la penumbra, y acceda a mi petición. Que se marche. Que se olvide de mí, si puede hacerlo, o que aprenda a ignorar mi recuerdo. Pero entonces su rostro se acerca, hasta que solamente nos separan nuestros alientos. Hasta que puedo verme reflejada en esos ojos que no son suyos, con una manera de mirar que no podría ser de ninguna

otra persona.

—Si esto es como quieres que sea, antes tienes que saber una última cosa. —Traga saliva—. Te quiero, Fay.

El corazón me golpea con tanta fuerza que creo que traspasará huesos, músculos y piel. Pero, no sé cómo, consigo mantenerlo dentro de mi pecho. No sé cómo, quizá porque cierro los ojos, consigo que mi frente solo toque la suya, evitando sus labios. Porque sé lo que pasará si no lo hago. Vi cómo mi prima y Seaben rompían un hechizo, justo delante de mí.

Me gustaría decirle que yo también le quiero. Sé que nunca más voy a tener la oportunidad. Pero no puedo arriesgarme a que se agarre a eso. No puedo arriesgarme a que crea que por eso merece la pena quedarse. Prefiero que piense que no le correspondo, si es que mis sentimientos no han llegado hasta él sin palabras. Si eso será lo que lo aleje de este lugar, lo que lo ponga a salvo por si mi plan fracasa, estoy dispuesta a nunca decir las palabras que me queman en los labios.

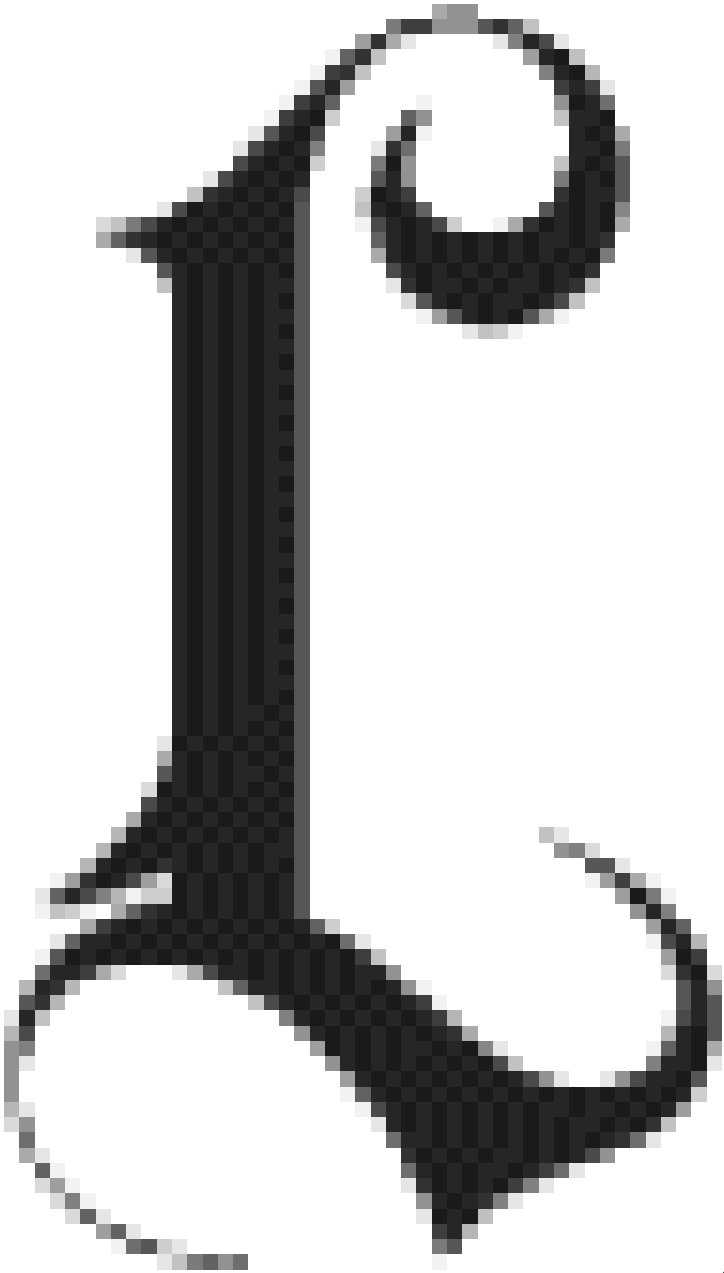
—Vete.

Mis manos se ponen sobre sus hombros y empujan. Solo un poco. Con unas fuerzas que no sé de dónde saco. Doy un paso atrás. Rompo cualquier cercanía y, cuando aprieto los labios y alzo la barbilla, espero que entienda que no seguiré hablando. Que esto es todo.

Svent toma aire. Creo que dirá algo más, pero finalmente su boca se cierra, su mirada cae al suelo, sus manos inquietas dejan de moverse cuando se rinden.

Cuando sale de la tienda, amparándose en la oscuridad, yo me tapo el rostro para que ni siquiera las sombras me vean llorar.

Itsvan



o veo salir solo de la tienda, encorvado, encubierto por la oscuridad de la noche. Yo me despido con tranquilidad de mis nuevos amigos tras esto, por lo que me reúno varios minutos más tarde con Svent, que me espera detrás de la tienda, muy quieto, con el rostro girado hacia el cielo.

—No parece que hayáis tenido un reencuentro muy apasionado. Sigues pareciendo Naim.

Esperaba que él tuviese la decencia de ponerse muy nervioso, pero

no habla y sé que eso no es buena señal.

—¿La has visto? —pregunto. Estuvo bastante tiempo dentro de la tienda, pero tal vez lo hizo con la esperanza de que volviera en cualquier momento. Con la esperanza de verla.

—Me ha pedido que me marche.

No digo nada. Espero a que empiece a hablar por propia voluntad. A que termine su historia. Sé que mi cara se va transformando mientras escucho. Sé que, al final, cuando vuelve a cerrar la boca, solo quiero consolarlo y decirle que tenía que haberla besado. Que, si lo hubiera hecho, sabría exactamente qué piensa. Si lo quiere tanto como él a ella, aunque yo sé que eso no puede ser de otra manera.

—¿Vamos a irnos, entonces? —pregunto, casi con miedo. En voz muy baja. Porque no sé qué esperar, esta vez. No puedo leer su rostro en la penumbra. No puedo sopesar sus palabras intentando encontrar sus sentimientos en ellas.

Svent parece consultar la decisión con las estrellas, que titilan en lo alto. Un gajo de luna muy fino cuelga entre ellas.

—No, claro que no —me responde al fin, tras lo que me parece un siglo—. Vamos a quedarnos aquí. Al fin y al cabo, nos hemos alistado. Huir ahora sería desertar.

Hace que parezca el peor de los delitos, como si nadie lo hubiera hecho antes. Pero si eso le convence para seguir adelante, si esa es su forma de decir que protegeremos a nuestra reina, estoy conforme con ello.

Al fin y al cabo, la familia siempre se ha protegido.

adie se espera un ataque. Está claro que los soldados que hacen guardia están despiertos para evitar problemas *dentro*, pero no a personas de fuera. A veces, cuando hay tanta gente junta en un solo lugar, es inevitable que haya alguna pelea o algún tipo de insubordinación. Pequeños robos, incluso. Que los soldados ociosos jueguen a las cartas y se

apuesten lo que sea que lleven encima tampoco es extraño. Pero nadie espera a un asesino.

Y, sobre todo, nadie espera que el asesino vaya a por la reina.

Dejar fuera de juego a los dos soldados que hacen guardia frente a su puerta es extremadamente sencillo. Al fin y al cabo, están con la guardia baja, así que los dejo inconscientes a través de su mente. Nadie más está alrededor para detenerme y la noche está ahí para cubrir mis pasos. Para hacerme casi invisible. Quizá las estrellas, después de todo, me estén mirando y aguardando impacientes a que les ayude a cumplir una venganza que también es suya. Quizá me han estado viendo incluso durante el día, mientras cabalgaba hasta aquí y observaba cómo los soldados iban avanzando. Cómo sus pasos los llevaban más y más cerca de lo que me parece el fin. Porque ellos solo son mortales. Porque no saben a dónde se dirigen.

De nuevo, Mab se sirve del mundo como si fuera su marioneta.

Y yo estoy aquí para cortar los hilos.

Por eso desenvaino, consciente de que aquí acaba todo. De que será mi espada contra la suya, como hace mucho tiempo, cuando jugaba con sus soldados y nos retaba a que la venciésemos. Creo que encontraba satisfacción en saberse invencible. Y sentía una insaciable curiosidad por aquellos que conseguía sorprenderla. Aquellos que le demostraban que tal vez ella no estuviera tan por encima de los demás como creía.

Aprieto los dedos alrededor de la empuñadura, saboreando amargamente el recuerdo, y aparto la entrada de la tienda.

Mab

l primer día que lo vi estaba en la playa, inconsciente. Tenía la piel roja de estar bajo el sol y la ropa llena de sal y agua de mar, pero me pareció, aun así, una de las visiones más hermosas que había tenido el placer de contemplar hasta el momento. Su cabello parecía la estela de una estrella fugaz y, de alguna manera, él me recordaba a la presencia reconfortante de mi madre. No sabía —nunca lo supe— si realmente pertenecía al pueblo celestial, pero había algo en él que me atraía con la misma fuerza que parece atar nuestros pies al suelo.

Lo *quise*. Lo quise para mí de una manera egoísta, de una manera

que apenas podía comprender. De una manera que ni siquiera Eveque entendía y que, de hecho, creo que llegó a hacerle daño.

Lo quise y, aunque yo era su hogar, su reina, lo único que tenía, el sitio en el que debían empezar y acabar su lealtad y su vida, él se enamoró de Celeste de Anderia.

Lo quise y lo perdí y lo castigué y volví a perderlo.

Pero ahora está de nuevo aquí.

Me levanto de la cama. Mi estoque nunca está lejos, sobre todo en un lugar como este, así que tomo la empuñadura entre mis dedos. Bebo de su imagen contra la tela escarlata de la tienda. Las velas se encargan de iluminar su figura perfectamente y, de hecho, ensalzan los afilados ángulos de su rostro. Sigue exactamente igual que aquel primer día en la playa. Sigue igual que cuando le hice jurarme lealtad. Igual que el día en que rompió su palabra y yo lo torné en lobo, tan blanco como su pelo de luz de estrellas.

—Así que has venido.

Alzo la espada. El filo destella con un fuego que parece clamar por su sangre. Hace mucho que me debe esta batalla. Hace mucho que ansiamos destruirnos. Quizá desde el primer instante en el que abrió los ojos y me vio sonreírle. Quizá desde que se inclinó para besar el borde de mi vestido como parte del juramento.

—Me debes mucho, Mab de Lothaire —gruñe, como si algo del lobo sobreviviera aún en su interior—. Y he venido a cobrármelo todo.

Río. No tiene ni la menor idea de todo lo que todavía puedo quitarle. De lo que estoy *deseando* arrebatarle.

—Tú me debías pleitesía. Y yo con los traidores no tengo piedad.

Su respuesta a la provocación es alzar su arma. Arremeter contra mí con todas sus fuerzas. Sus ojos azules, de cielo despejado, cambian para volverse todo iris. El poder que lleva dentro, esa magia que no puedo comprender del todo, me parece que quiere escaparse de los confines de su cuerpo. Yo, con pies descalzos, soy más rápida. Unos pasos son suficientes para alejarme de él. Lo evito y encuentro su filo con mi filo. El golpe resuena en mis huesos y parece que pudiera hacer temblar la propia tierra.

Nos separamos, cada uno un paso atrás. Como en un baile, giramos el uno al ritmo del otro. No hay música más allá de los latidos de nuestros corazones y nuestras respiraciones agitadas, pero no necesitamos más.

—Me ocultaste que tenía un hijo —sisea—. Me hiciste creer que era tuyo.

—¿Yo? No recuerdo haberte negado nunca que fuera tuyo. —Mis pies siguen los pasos de una danza que conozco bien. A un lado. Al

frente. Atrás. Mi brazo se mueve con la certeza de quien conoce los movimientos de su adversario. Siento que podría estar así durante horas, pero sé que no es verdad—. Y su madre lo *abandonó*.

Chryses rechaza mi estocada con la facilidad de quien aparta a un insecto molesto. Su hierro pasa demasiado cerca de mi brazo, acariciando la manga de mi camisa de dormir y haciendo trizas la fina tela.

—Tu sirvienta lo hizo. Y ya ha pagado por ello. Ahora te toca a ti.

Entorno los ojos. Cuando vuelve a por mí, yo estoy preparada para encontrarlo física y mentalmente. No dejaré que mencione a Eveque en mi presencia. No permitiré que la llame «mi sirvienta». Me defiendo a la vez que ataco, a la vez que entro en su mente y lo distraigo. Sus pensamientos y recuerdos están al alcance de mis dedos. ¿Cuántas veces me planteé que podría hacerle olvidar a Celeste? Paladeo la idea solo un instante, consciente de que este podría ser el momento para hacerlo. Que viva el resto de su existencia con la sensación de que ha perdido algo, pero sin ser capaz de encontrarlo. Sin ser capaz de buscarlo, siquiera, porque ese recuerdo ya no existiría.

Y quizá si Celeste de Anderia dejase de ser pensada terminaría por desaparecer de verdad también…

Hay un jadeo ante mí. Chryses se da cuenta de lo que estoy pensando cuando él mismo hunde sus garras en mi mente y sé que desearía poder hundir también los dientes. Desgarrar mi cabeza, despedazarla, como hicimos Eveque y yo con la cabeza de su amante. Le encantaría poder destruirme desde dentro, para luego seguir por fuera…

Una patada me impulsa hacia atrás, pero yo extiendo mis alas y me elevo, dejando que mis pies solamente rocen el suelo. No podrá ganarme así. No con trucos. Sé que él vale mucho más que eso. Sé que puede hacerlo mucho mejor. Que está, al menos, a mi altura. No estaría luchando con él si no fuera así.

No querría matarlo con mis propias manos si no fuera así.

Atacar desde arriba es más fácil para mí. La gravedad le da un empaque mayor a mi golpe, pero él no me decepciona. Me encuentra como el contrincante que recuerdo, el de la defensa fuerte y la ofensiva apasionada. Lo noto hurgando en mis pensamientos y alzo un muro a mi alrededor que luego intento derribar encima de él. Sus dientes se aprietan, pero aguanta mientras yo ejerzo más presión. Mientras aleteo para acercarme más, hasta que su brazo no pueda soportarlo. Mientras retuerzo su cabeza e intento invadirla.

—Fuiste un buen contrincante, pero me he cansado de este juego,

Chryses.

Lo digo a apenas un palmo de su rostro. Lo distraigo, creo. No ve venir la patada. Tampoco la luz de mis alas, que lo ciegan y le hacen dar un paso atrás. Noto cómo mis defensas caen un momento, en mi mente, pero es un pequeño precio a pagar por hundir mi espada en su pecho. El tirón que da a mis pensamientos es tan contundente que me arrastra de vuelta al suelo, donde caigo de rodillas. Pero no soy la única. Su agarre se desliza lejos de mí, como si hubiera abierto los dedos y me hubiera dejado escapar. Lo veo caer duramente, con la sorpresa congelada en su expresión. Con su corazón intentando latir…

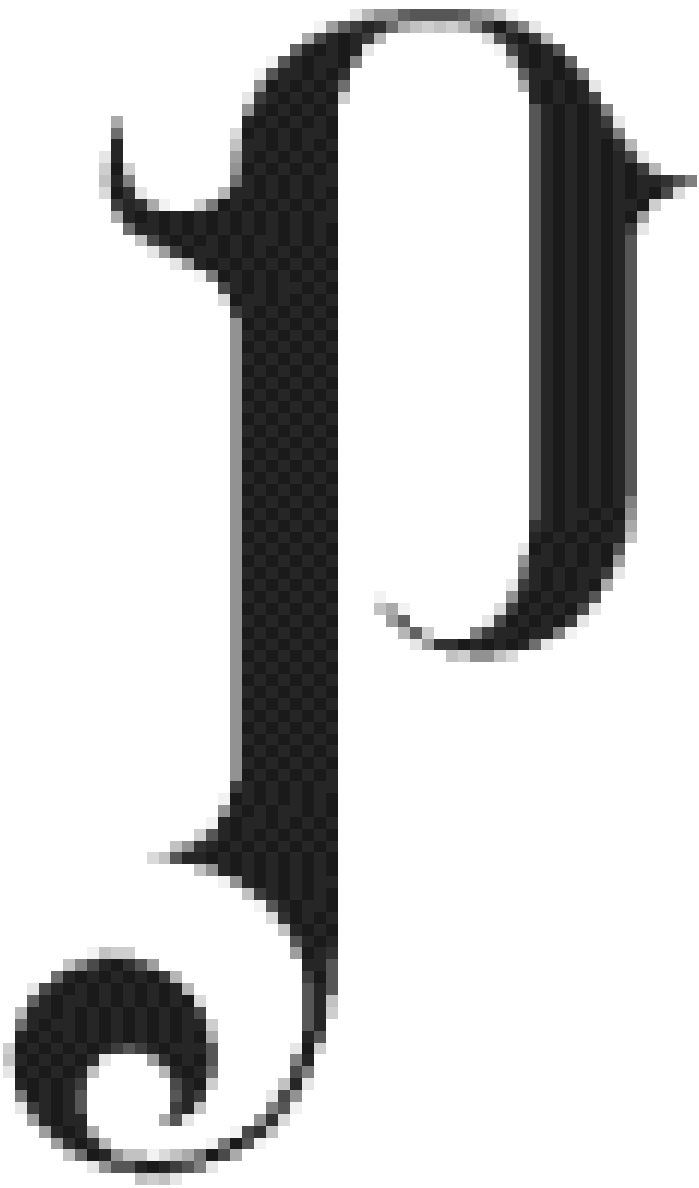
Me incorporo. Él se mantiene erguido a duras penas. Todavía no ha soltado la espada. Todavía tiene las fuerzas necesarias para alzarla. Suspiro, pero cuando la baja, la sujeto con la mano. Si lo que quiere es verme sangrar, que mi sangre se derrame sobre su filo con la certeza de que será la última que podrá robar en su vida.

—Seaben… —susurra, tan bajo que tengo que inclinarme sobre él para escucharlo—. Él te…

—Seaben no es contrincante para mí —lo interrumpo—. Como no lo has sido tú, después de todo.

Le doy un empujón, suave. El que necesita para acabar finalmente en el suelo.

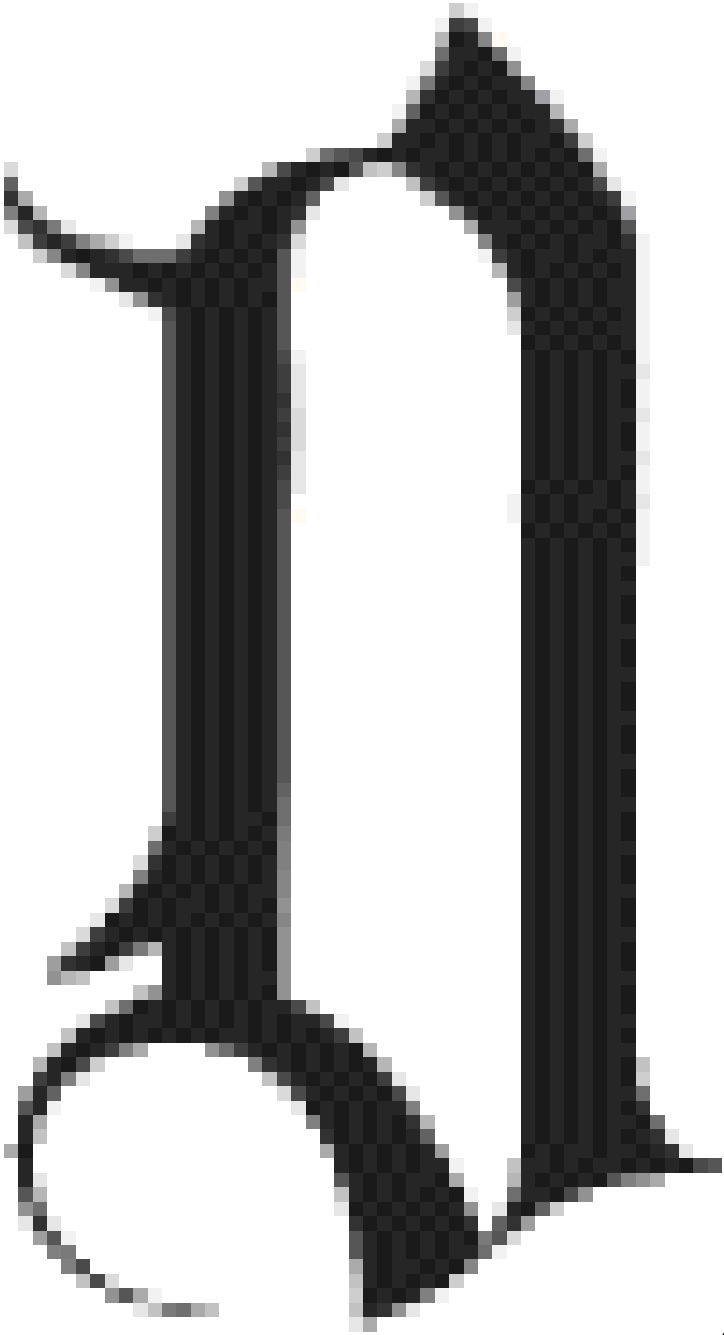
El que necesita para que su mente se apague con un último pensamiento que, incluso entonces, no es para mí.



erdóname,

Celeste».

Eirene



e todas las personas del Consejo, es a Cressida a quien dejo al cargo de todo. Es la única persona que estoy convencida de que mantendrá la calma y la sensatez en todo momento. La única cuya lealtad no pondría jamás en duda. Solo a ella le doy la advertencia de que, si no vuelvo en una luna, el pueblo será el que elija un representante para el nuevo

gobierno. Cualquiera podrá postularse al puesto, excepto, por supuesto, los jefes de cada región; para ello tendrían que renunciar a sus lugares.

Sé que me hará caso. Que velará porque la nueva Nryan nazca y crezca bien. Cressida me ha dicho que esperarán mi vuelta, pero ella no sabe que voy a ver a las estrellas. No sabe que vamos a enfrentarnos, por fin, cara a cara, con Mab de Lothaire.

Mis esperanzas de regresar no pueden ser las mismas que las de ella.

No, sobre todo, cuando llega la siguiente carta.

Cuando llevamos ya dos días de travesía, Chryses nos informa de que mi prima no está ya en palacio. Que se ha marchado. Con Mab. Y no entiendo cómo ha sucedido, por qué ha sucedido. Pero no es la única que se va. Chryses también.

—Va a enfrentarla.

Seaben tiene los puños apretados, con frustración, justo a mi lado. Los dos hemos estado callados durante un tiempo demasiado largo, temiendo cada uno por las personas que han estado siempre a nuestro lado, toda una vida. Chryses podía ser solo una bestia al principio, pero no dejaba de ser él, incluso bajo la forma de lobo. Estuvo siempre cerca de Seaben. Mi prima quizá no sea *mi prima*, pero hemos crecido juntas y eso es más importante que la sangre que podamos compartir o no. No la reconozco. No sé qué pasa por su cabeza. No puede estar apoyando a Mab de verdad.

—Estará bien. —Ojalá mis palabras sonaran más seguras. Ojalá pudiera creerlo sin ninguna duda—. Chryses es fuerte, Seaben. Lo sabes mejor que nadie.

Él me mira, con la mandíbula tensa, y sé todo lo que piensa incluso cuando hemos cerrado nuestras mentes para no angustiar al otro con nuestras ideas. Conozco perfectamente todos sus miedos. Mis manos se alzan para tomar su rostro, acariciando sus ojeras. Si estos días sus pesadillas han vuelto, según nos acercamos a la seguridad de otra guerra, no imagino qué imágenes lo torturarán esta noche.

—¿Y si…?

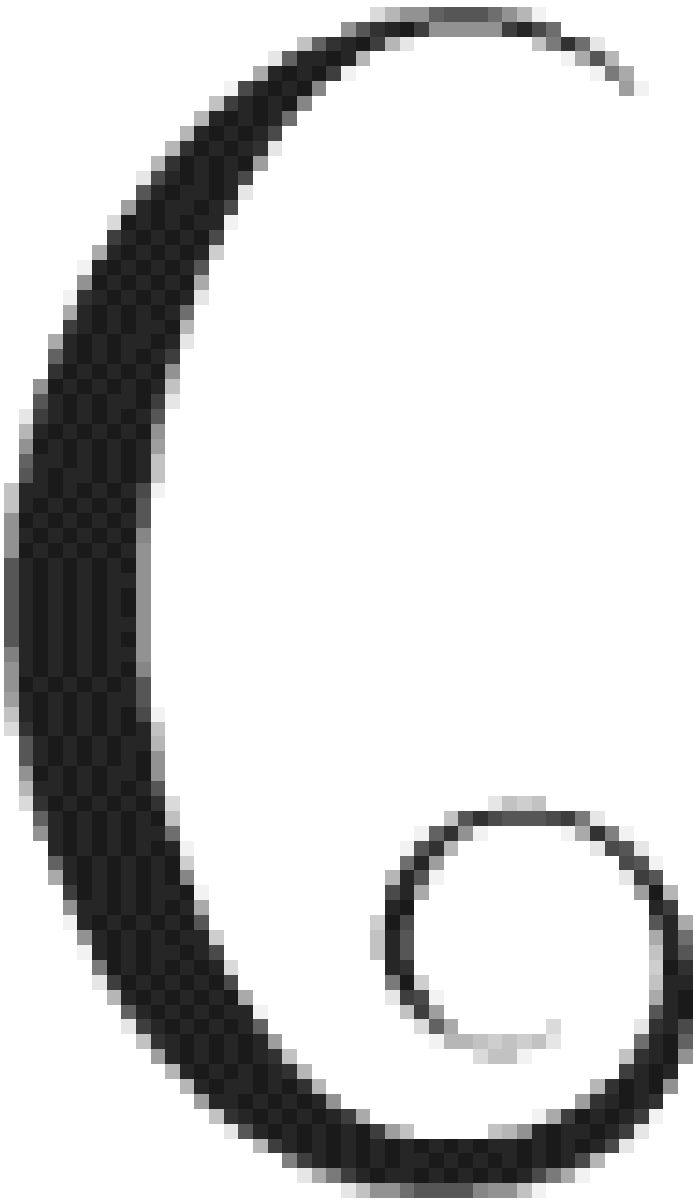
—No vamos a pensar en eso. No puedes hacer nada. No llegaremos a tiempo de impedir su encuentro, tampoco, así que de nada sirve que te fustigues.

Soy consciente de que no es tan sencillo. De que está aterrado, como lo estoy yo. Pero él mantuvo la calma por mí en Nryan, cuando todos mis miedos estaban a punto de aplastarme bajo su peso, y yo siento que le debo lo mismo ahora. Supongo que siempre hemos sido como una balanza, manteniéndonos el uno al otro en equilibrio.

Seaben se abraza a mí, escondiendo su rostro en mi cuello, sus temores contra mi piel.

No rezo a las estrellas por Chryses y mi prima. Ellas no miran hacia nosotros, como sé perfectamente por la historia de Sylvana. Le dieron la espalda a mi madre, al fin y al cabo.

Solo les pido a ellos, en la distancia, en un pensamiento que espero que les alcance de alguna manera, que se cuiden.



uando llegamos a Anderia, el caos ha estallado en la región.

Y, concretamente, frente al castillo.

Alrededor de las murallas se reúnen personas que gritan, que piden explicaciones. Hemos escuchado los rumores mientras veníamos. La historia de que Svent de Anderia es, en realidad, hijo de Mab de Lothaire ha llegado a este lugar y ha florecido y ha traído consigo la discordia. Las posturas son variadas. Hay quienes creen que todo lo ocurrido en los últimos tiempos ha sido una estratagema de Mab desde el principio. *Ahora ha puesto a su hijo al frente de nuestro reino, ella nos controla, por eso se firmó la paz: ¡ya no le hacía falta la guerra para conquistarnos!* Otros creen que el rey coronado es lo mejor que pudo haber pasado, aunque sea hijo de Mab. *¡Al menos trajo la paz, trajo alianzas, y no es un asesino como el príncipe Seaben! ¡Él mataba a los nuestros en el frente! ¡Él fue verdugo de Mab!* Otros solo se sienten engañados. *¡El tratado de paz es inválido! ¡Mab debe caer! ¡La guerra no ha terminado!*

A medida que avanzamos, los argumentos se gritan desde unos bandos y otros. Algunos acaban en peleas a pie de calle. ¡*Todo era una trampa para llevar a nuestros hombres más allá de las montañas*! Las exigencias llenan los rincones. ¡*Que dé la cara el rey*! Algunas demandas van más allá: ¡*Que abandone el trono de inmediato*!

Todo el mundo pide ver al rey. Pero el rey no se muestra desde hace días. Las puertas de palacio no se abren desde hace días. Y mientras eso ocurre, las acusaciones y las quejas llegan también a tocar a mi hermana.

*No se puede consentir una reina elfa en nuestro territorio después de esto*.

¡*Seguro que ella lo sabía todo*!

¡*Fay de Veridian no es reina de Anderia, porque Svent de Lothaire no es el heredero de este lugar*!

Temo por mi hermana. Gadien lo hace también. Por supuesto, en cuanto recibí la carta de Eirene en la que me decía que debía ir a comprobar que Fay estuviera bien, que no respondía, decidí venir y él no me permitió hacerlo solo. Al principio pasamos con los rostros al descubierto, pero hemos decidido cubrirnos con capuchas al ver los ánimos tan caldeados. No sé cómo vamos a conseguir entrar en el castillo para conseguir noticias de mi hermana. Desde luego, esa tarde resulta imposible, con la gran concentración frente a las puertas. Cuando nos hospedamos en una posada, tememos que las monedas élficas no sean bien recibidas. Estamos preparados para salir corriendo, pero no tenemos nada más. No se suponía que fuera a haber problemas tras el tratado. Todo tenía que estar *bien*.

Pese a nuestra tensión, la encargada, una mujer anciana que parece

cansada del negocio y de la vida, solo mira nuestras monedas y agacha la cabeza mientras las guarda.

—Tengan cuidado, viajeros. Son días turbulentos, por más que la paz se haya pactado. Parece que, en realidad, esta nunca llegará.

Sus palabras se repiten en mi cabeza. Lo hacen mientras subimos las escaleras, y siguen ahí cuando Gadien vuelve tras bajar a por algo que comer resguardados en nuestra habitación. Cuando me ofrece algo de pan con queso, sin embargo, yo ni siquiera puedo mirarlo.

—Fui un estúpido.

—¿Ailbhe?

Gadien deja la comida en la mesita que hay entre las dos camas que nos han dado. Su peso hunde el colchón a mi lado. Su mano toca mi rodilla, tentativa, pero siento el gesto como lejano.

—Fui un estúpido. Tú me lo advertiste. Eirene me lo advirtió. No podía ser tan fácil. Quería desesperadamente que lo fuese, Gadien. Solo quería que hubiera paz. Creía que el tratado sería suficiente. Que todo quedaría olvidado. Que si nosotros podíamos perdonar, todo el mundo podría.

Noto cómo él se revuelve. Cuando alzo los ojos, él ha apartado la vista, aunque su mano sigue sobre mi pierna. No sé qué piensa. Quizá él también considera que soy un estúpido, después de todo. Un iluso que solo se preocupó por sí mismo, por su reino. Que olvidó a su hermana. Que ignoró que las rencillas entre Anderia y Lothaire habían echado raíces demasiado hondo.

Un idiota que consideró que las palabras de la reina de las hadas eran de fiar, sin darse cuenta de que todo lo que esa mujer ha construido siempre ha estado basado en las mentiras y en el dolor, y no podía durar…

—Hiciste lo que te pareció correcto. A lo mejor te has equivocado, sí, pero creo que lo importante ahora es que decidas cómo vas a mejorar la situación a la que hemos llegado.

—¿Yo? —Mi risa suena estrangulada. Ridícula. Tal y como me siento—. ¿Y qué puedo hacer yo ahora? Ni siquiera puedo alcanzar a mi hermana. Ni siquiera sé si ella está bien. El día del tratado supe que pasaba algo raro, que *no podía ser* que ella no estuviera allí. Tenía que haber venido entonces. Tenía que haber *hablado con ella* entonces. Incluso si entramos en palacio, incluso si la encontramos allí, no sé si ya es demasiado tarde para alcanzarla en otros sentidos, Gadien.

Mi caballero se vuelve hacia mí, con el ceño fruncido, como si se sintiera decepcionado. Yo ni siquiera puedo culparlo.

—¿Y vas a rendirte incluso antes de intentarlo, Ailbhe?

Suena a acusación. Supongo que lo merezco, por otro lado. Tengo

que apartar la vista, clavándola en mis manos, entrelazadas entre mis piernas. Las aprieto. Fay no me necesita, en realidad. Me lo demostró cuando vine a buscarla a Anderia por primera vez y ella decidió quedarse en este lugar en guerra, a costa de su propia vida, más valiente y honorable de lo que yo he sido jamás. Eirene tampoco me necesita: la única vez que lo hizo, la única vez que me pidió ayuda, yo decidí dársela a su enemiga. A la enemiga de Faesia. Si me ha escrito ahora es solo porque yo podía llegar aquí antes que ella.

Gadien parece enfadado cuando me obliga a mirarlo, tras encontrarse mi silencio como toda respuesta. Por lo general nunca está furioso. No, desde luego, conmigo. Pero ahora creo que, por primera vez, me gritará. Que me soltará y me dejará aquí solo.

—Ailbhe de Veridian, cometiste un error. Pero, como tú, ¿cuántas personas crees que escucharon las mentiras de Mab de Lothaire y se las creyeron? El príncipe Seaben luchó por ella durante años. Y ahora lucha contra ella. Puedo querer a alguien que se equivoca. Pero no a alguien que lo único que hace es lamentarse por haberse equivocado. ¡*Despierta*!

No sé si es por el tono de su voz. No sé si es por el miedo a no ser alguien que merezca al hombre que tengo delante de mí. Pero sé, de pronto, que tiene razón.

Tengo que hacer algo.

Sea como sea, tengo que entrar en ese castillo. Y ayudar a Anderia como tenía que haberlo hecho mucho tiempo atrás.

La cantidad de personas reunidas frente a la puerta de palacio no ha disminuido a la mañana siguiente. Si acaso, ha crecido. Gadien me mantiene cerca cuando avanzamos entre el gentío a duras penas, pero antes de que podamos alcanzar el gran portón, alguien sale de la muralla.

Durante un segundo, hay un gran silencio. Es una quietud casi incrédula, como si el pueblo en ningún caso hubiera pensado que alguien escucharía sus demandas de verdad. La persona que sale, sin embargo, no es el rey Svent. No es, tampoco, mi hermana. Es solo un criado a quien los guardias de palacio se apresuran a cubrir. Antes de que el caos vuelva, cuando el murmullo de incomprensión comienza a convertirse en una nueva queja, el hombre extiende un pergamino. Su voz se alza por encima de todos los presentes:

—¡Por la presente, se informa al pueblo de Anderia de que el rey Svent y la reina Fay han abandonado el palacio! ¡Tras los últimos sucesos conocidos, ha sido decisión de la princesa que estos se alejen

del reino, si bien quedan bajo su protección y la corona los declara inocentes de todos los cargos de fraude y engaño! ¡Se hace saber que la única enemiga de Anderia es Mab de Lothaire, no su reino, no sus súbditos, y no su hijo, a quien nuestra princesa llegó a apreciar como propio!

¿La princesa? Pero eso es imposible. Solo hay una princesa legítima en Anderia, y ella…

—¡La princesa Celeste está loca! ¡Sus palabras no tienen validez!

—¡No creemos lo que dice!

—¡Mab controla su cabeza!

—¿Será ella la reina ahora que el falso rey no está?

—¡Una reina loca!

A todas esas respuestas, el hombre que ha salido no responde. Lo veo recoger su pergamino con manos nerviosas. Los guardias, inquietos, mantienen a la gente alejada de él y de las puertas. Hacen falta varios para contener a todo el mundo.

Ni siquiera Gadien puede detenerme o cubrirme cuando me adelanto, moviéndome entre la gente. Escucho su voz gritando mi nombre, alarmado por que me aleje en este escenario, pero también creo sentir cómo me sigue. El chambelán se dispone a volver a entrar en la muralla. Un guardia me para cuando intento traspasar la barrera humana que trata de contener al pueblo.

Estoy rodeado de gente con miedo. Gente que podría volverse sin dudarlo hacia la única persona que pueden hacer responsable de un tratado que conciben como un engaño.

Debería pensar en ello y en que no es seguro para mí.

Pero ya he pensado demasiado en lo que era seguro *para mí* y no salió bien la última vez.

Por eso me quito la capucha de un tirón y alzo la voz:

—¡Soy el príncipe Ailbhe de Veridian, hermano de Fay de Veridian! ¡Estoy aquí para ver a la princesa Celeste!

El guardia frente a mí abre mucho los ojos, pero su mano va, de manera insegura, hacia su espada. Gadien ya está junto a mí en ese momento. Varias personas se giran para observarme, al principio con sorpresa, luego con mil sentimientos más. Yo aprieto los dientes. El chambelán se ha girado para mirarme, pero parece incrédulo y dudoso.

—¡Por el tratado firmado, la hospitalidad entre reinos debe mantenerse! —le grito—. ¡Permitidme el paso y hablaremos de lo sucedido! ¡Anderia y Veridian jamás debieron ser enemigos!

—¡Ese tratado es falso!

—¡Es el hermano de la reina elfa!

—¡Cogedlo!

—¡También está en el bando de Mab!

—¡Mirad!

Ese grito, y muchos más, muchas voces que exclaman y respiraciones que se contienen abruptamente, consiguen que todo el mundo aparte la vista de mí. Los presentes miran al frente.

Y allí, bajo las puertas, al lado del chambelán, está la mujer.

Es evidentemente adulta y, sin embargo, tiene algo de niña en su expresión. Quizá en el brillo de sus ojos. Quizá en la manera en la que ladea la cabeza. Quizá en la forma en la que, con dulzura y suavidad, tiene entrelazadas sus manos sobre la falda de su vestido. No se acerca demasiado a su gente, por justificados motivos. De hecho, en cuanto la ven aparecer, varios guardias le advierten que debe retroceder.

Pero sus ojos están en los míos.

—Los elfos siempre habéis sido demasiado sacrificados cuando queréis ayudar. —La voz de Celeste de Anderia no es la voz de alguien que no sepa nada del mundo a su alrededor o que esté aislada de él, aunque parece igualmente cándida—. No he conocido a muchos, pero todos los que he conocido tenéis eso en común. Creo, alteza, que tenéis razón: Anderia y Veridian nunca debieron ser enemigos. Y la hospitalidad nunca debe perderse. Guardias, por favor.

Su gente está demasiado sorprendida como para moverse. Los mismos soldados parecen casi titubear, hasta que ella mira al que está frente a mí. Me permite pasar entre su cuerpo y el de su compañero, y lo hacen también con Gadien cuando él mismo descubre su rostro. Parecía imposible que el silencio fuera a llegar, pero ahí está, presente, opresor, porque la princesa loca de Anderia se ha mostrado después de más de una veintena de años sin hacerlo.

Es como un momento fuera del tiempo antes de que todo empiece de nuevo. Con nuevos gritos, que ahora reprochan a la princesa que no sabe lo que está haciendo. Con las acusaciones sobre su locura. Con la idea de que todo es otro engaño de Mab.

Pero todo eso ya no me toca, porque la princesa y yo traspasamos de nuevo la muralla y las puertas se cierran tras nosotros. El clamor se sigue escuchando, por supuesto, pero ya no pueden hacerme nada. Gadien tiene los labios apretados y sé cómo ha temido por mí. Ha sido una imprudencia por mi parte y me lo gritan sus ojos.

Pero creo que también está orgulloso.

—Eso que habéis hecho ha sido peligroso, alteza.

Me giro hacia la voz de la mujer. Ella me está mirando, de esa manera que parece demasiado tranquila y dulce. No me había dado cuenta, pero viste de negro y sin adornos ni joyas, del más estricto

luto. ¿Por su padre, quizá, aunque murió hace ya más de una luna? Quiero pensar que solo es su pérdida la que la princesa pueda lamentar.

—Alteza, es un honor estar en vuestra presencia —murmuro, sin saber qué hacer.

—¿En la presencia de la princesa loca? Nadie lo consideraría especialmente un honor.

Abro la boca, titubeando.

—Lo que habéis hecho no parece algo que habría hecho una persona loca.

—¿De veras? ¿Y cómo son exactamente las personas locas, lord Ailbhe? ¿Sabríais explicármelo? ¿Qué hacen? Debo suponer que son todas iguales, para que podáis considerar si lo estoy o no.

No suena a reto. Suena como si, de verdad, estuviera genuinamente interesada en saber. Como si *no entendiera* cuál es la diferencia entre caer en la locura y no hacerlo. Y pese a todo, me siento incómodo. ¿Qué sé yo de los locos, al fin y al cabo? Puede que ella haya hecho solo una pregunta inocente, pero es cierto que suena improbable que *todas las personas locas* tengan comportamientos idénticos.

Ante mi silencio, la princesa toma sus faldas y echa a andar. Las puertas de palacio no están lejos. Me obligo a seguirla.

—Si venís a buscar a vuestra hermana, debéis saber que *lady* Fay no se encuentra ya en este castillo. Se marchó. Aunque no sé dónde, porque nadie me lo dice, porque nadie le habla a las locas. No puedo ayudaros a encontrarla. Tampoco puedo encontrar al muchacho. Nunca lo vi. Nadie me lo enseñó. ¿No es irónico? Todo lo que sé es porque me lo ha contado un mudo. El único que ha decidido no callar es quien nunca tiene palabras.

¿Un mudo? Cuando miro al frente, hay un muchacho que se remueve en su sitio, a las puertas de palacio. Se retuerce la camisa con manos nerviosas y tiene apretados los labios, los ojos henchidos de preocupación. Tengo que tomar aire cuando lo reconozco. Es uno de los muchachos del monasterio en el que estuvo Fay. El más pequeño. Celeste le sonríe, casi maternal, cuando nos acercamos a él y le pone una mano entre los cabellos.

—Él es el único que queda aquí, junto conmigo y un servicio que tampoco habla.

—¿Estáis… sola?

La princesa Celeste me mira. Creo que hay demasiadas cosas escondidas en sus pupilas. Creo que son un pozo sin fondo, y no creo que lo que llena ese pozo sea nada feliz.

—¿No es así como se quedan siempre las locas? ¿O las locas son locas porque primero se quedaron solas?

Trago saliva. De nuevo, no puedo responder. Siento a Gadien detrás, inseguro de qué hacer.

Pero esta vez, yo lo tengo completamente claro. Cuando me adelanto, lo hago para agachar la cabeza ante ella. Celeste me mira como si no pudiera comprender qué significan las reverencias, porque hace mucho que nadie le hace una. Porque, al fin y al cabo, nadie se toma la molestia de reverenciar a las locas.

—Alteza, permitid que os acompañe. Anderia debe sanar. Y yo quiero ayudar a que eso ocurra.

Drake

l primer paso en tierra después de cinco días en barco es, probablemente, el más difícil. Siento mis piernas como si fueran juncos, incapaces de sostener el peso de mi cuerpo. Los demás consiguen parecer más enteros que yo, aunque Eirene se lleva una mano a la cabeza y se apoya en Seaben. Ambos tienen mala cara y sé que están muertos de preocupación: ella, por la princesa Fay de Veridian; él, por Chryses. Yo también noto el peso de su destino. En Lothaire, me hice amigo del caballero convertido en lobo y, hasta que lo dejamos en Anderia, siempre lo había tenido cerca.

Ahora, sin embargo, podría estar muerto…

Aparto la idea de mi cabeza, negándome a mantenerla entre mis pensamientos más de lo necesario. En vez de eso, cojo aire y cuadro los hombros. No podemos perder el tiempo. Si hay una mínima posibilidad de que consigamos un final feliz para todos, hay que intentarlo.

No perdemos mucho tiempo en la ciudad portuaria. Ahora que las fronteras han vuelto a abrirse, Anderia parece estar recuperando un mercado tiempo atrás perdido: los barcos van y vienen y parece haber mil personas de diferentes clases y procedencias. De diferentes razas, incluso, como el regreso de un tiempo que, probablemente, los humanos ya no recordaban. A mí el ambiente me hace sentir bastante orgullo: por lo que se podría estar forjando, por la prosperidad que podría volver a este reino herido, por los nuevos lazos que el comercio con otros pueblos podrían crear. Estoy dispuesto a ponerme de buen humor, a alimentarme de la esperanza.

Hasta que escuchamos los rumores. Hasta que prestamos atención a las voces disonantes, que no son pocas. Porque hay anderienses furiosos. Las noticias de la historia que Eirene contó a los dirigentes de Nryan, al fin y al cabo, ya han llegado hasta aquí. El pueblo de los humanos sabe ahora que Seaben es su verdadero príncipe. Que Svent, su rey coronado, es el hijo de Mab. Saben que la reina feérica los engañó. Supongo que no saben que la campaña que está cruzando o ha cruzado el país es para luchar contra las estrellas, pero esa solo sería un grano más que lanzar al desierto de mentiras en el que se han ido hundiendo poco a poco.

—Hay cosas que no van a ser fáciles de perdonar —murmura Rayne, a mi lado—. Que quizá no perdonen nunca.

Hemos parado a coger provisiones y caballos frescos que puedan llevarnos hasta la frontera y al otro lado de las montañas y, por alguna razón, cuando me he dado la vuelta, todo el mundo tenía una tarea y mi padre estaba muy cerca. No quiero pensar que me ha tendido una emboscada para hablar solo conmigo, pero eso es exactamente lo que parece.

Aunque en realidad no tenemos nada de lo que conversar. Seguimos siendo dos desconocidos. Lo único que podemos tener en común es mi madre y… tú.

—Conozco el sentimiento, sí —mascullo.

Rayne decide que no va a darse por aludido.

—He estado hablando con Sylvana —comienza—. Sobre lo que va a pasar ahora. Sobre las estrellas y… los nuestros.

Dice «los nuestros» casi con temor, como si esperase que yo me

lanzase a por él por la mención. Como si creyese que le voy a gritar que él y yo jamás perteneceremos a un «nosotros». Que no somos lo mismo.

En realidad, no quiero ser como él.

—Vale —es mi escueta respuesta.

Un silencio. Se frota la nuca.

—Voy a ir. Quiero… hablar con ellos. Decirles lo que va a pasar. Mab siempre consigue lo que desea, de alguna retorcida forma. Y por mucho que odie a Polaris y las suyas, por todo lo que nos hicieron a Sylv y a mí, lo cierto es que nadie se merece lo que la reina planea para ellas. Así que… —Se humedece los labios—. Voy a ir incluso más allá de las estrellas, Drake.

Frunzo el ceño.

—¿Es esto un intento de despedirte de mí, Rayne? —Sería el primero que ha hecho en toda su existencia.

—Es un intento de decirte que quiero que vengas conmigo.

Cierro la boca, que tenía abierta. Bien. Reconozco que esto no me lo esperaba.

—¿Por qué iba a querer…?

—Porque a lo mejor tienes curiosidad. O porque a lo mejor no quieres que tu viejo padre vaya solo.

Esboza una sonrisa dubitativa pero brillante, ante la cual yo prefiero apartar la vista. Se supone que no cualquiera puede entrar en territorio divino. Que ellos, de hecho, no salen de sus tierras, y solo se admite el acceso de sus descendientes. Sé, también, porque Rayne me lo contó, que su experiencia en ese lugar no fue especialmente… hogareña. Que no se sintió parte de nada allí.

No sé si quiero conocer ese sitio, pero sí es cierto que siento un poco de curiosidad. El más leve cosquilleo por saber cómo será. Quise ver el mundo muchas veces, maravillarme de él. Lo deseé con tantas fuerzas que creo que ahora que lo estoy recorriendo, que estoy viendo Faesia desde mil perspectivas diferentes, no puedo terminar de creérmelo.

Ir a ver la ciudad de los dioses sería un deseo hecho realidad.

Por eso, aunque titubeo, termino por asentir. Por la curiosidad. No por ir con él. Nunca por ir con él.

—Está bien. Vayamos más allá de donde viven las estrellas.

Sylvana

stás seguro?

Rayne no se atreve a mirarme. Supongo que soy la única persona que puede conseguir una proeza como esa. Quizá Hayes, como mucho, sea capaz también. Pero no me siento especialmente satisfecha, aunque me tranquiliza que a mí no pueda esconderme nada. Incluso si lo que no puede esconderme son solo dudas y miedos que son más grandes que él.

Como no puede enfrentar mi mirada, sus ojos tan solo van al frente, concentrados en los terrenos áridos que se ven más allá de las montañas. Tiempo atrás, un Rayne y una Sylvana más jóvenes ya

habían visto este paisaje que ha maravillado al resto. El paso desde Anderia, por suerte, no ha sido demasiado complicado para nuestras monturas gracias a un hueco entre las montañas lo suficientemente grande como para que estas pudieran pasar con calma pese al camino empedrado. Supongo que por eso Mab quería subyugar a Anderia: el camino es mucho más sencillo que desde Lothaire, donde habría sido imposible cruzar con un ejército. Rayne y yo tardamos una eternidad a pie en aquella ocasión.

Mañana, con el primer rayo de sol, comenzaremos el descenso, dejando por completo al otro lado Faesia, y adentrándonos en terrenos que no nos son desconocidos.

—Tengo que intentarlo. Y creo que… es mejor que Drake lo vea ahora.

—Por si ha salido demasiado a ti y la curiosidad le vence en otro momento. Uno en el que no puedas ayudarlo.

Rayne no dice nada, pero tampoco hace falta. Soy consciente de que se preocupa por su hijo, aunque este no parezca creérselo. O quizá, sencillamente, Drake prefiera no pensar en que su padre, el que lo abandonó, pueda preocuparse por él, porque así puede seguir a la defensiva y escudado en el desprecio.

—Sabes que no las ayudarán —susurro—. No ellos, de todo el mundo.

—Quizá. O quizá consideren que pueden unirse por una vez en toda su historia, ahora que cuentan con una enemiga común, y decidan eliminarla.

La probabilidad de que eso ocurra es ínfima y ambos lo sabemos. Conocemos muy bien de dónde venimos ambos. Conocemos el poder y la magia, pero también todo el egoísmo y el odio. Cuando pienso en ello, a menudo llego a preguntarme cómo pudimos llegar a enamorarnos Rayne y yo, venidos cada uno de una sangre que parece condenada al odio. Pero eso es una tontería, supongo. La sangre no puede odiar de manera natural, por más que las razas de las que venimos parezcan creer lo contrario.

Cuando me apoyo contra Rayne, él por fin baja la vista para observarme. Veo el miedo. En su cabeza, pero todavía más claramente en sus ojos.

—Podrías volver atrás.

—Quiero proteger a Eirene. Saber si Fay está bien. Y…

—Son las tuyas.

Lo dice casi con fastidio, pero sé que no es hacia mí. Es la amargura de un argumento que sabe que no puede echar abajo. Sonrío un poco, aunque no creo que mi gesto sea feliz, mientras rozo su

mejilla.

—Sí. Fui feliz allí, Rayne, durante muchos años. Polaris nos destrozó, nos hizo un daño irreparable, y no la he perdonado por ello. Pero fue *ella*. Y Celestia es toda una ciudad. No merecen un ataque. No merecen sufrir otra guerra.

—Trataré de llegar a tiempo de alcanzaros.

—En realidad, creo que Drake y tú quizá deberíais manteneros…

—No.

Callo, porque de la misma manera que sé que él no conseguirá evitar que luche por los que quiero, yo no lo convenceré de mantenerse a salvo. Pero una vez ya le odiaron por identificar el rastro de sangre de dios en él. Es probable que le pase lo mismo a Drake, aunque su rastro sea tan, tan ínfimo.

Nos miramos. Con la primera luz, ellos partirán hacia el suroeste, y el resto del grupo iremos hacia el sur. Creo que Seaben tiene la esperanza de llegar antes de que Mab alcance las estrellas, darle muerte y evitar la catástrofe. Pero, aunque no se lo he dicho, dudo que eso ocurra. Es posible que vayamos muchísimo más rápido que el ejército, pero ellos nos llevan al menos una semana de ventaja. Y las estrellas ni siquiera están tan lejos de aquí.

Como mucho, llegaremos a tiempo de ver cómo la guerra estalla.

—Prométeme que no harás ninguna locura, Sylvana. Te exiliaron. No sé si serás bien recibida, por más ayuda que quieras prestarles. Te he recuperado después de cincuenta años; no puedo volver a perderte ahora.

Sus manos acunan mi rostro. Su voz suena un poco desesperada. Es el niño perdido que recuerdo de mucho tiempo atrás, el que se enfrentaba al resto del mundo con burlas y comentarios altivos, pero que en realidad solo estaba deseando que alguien lo mirase como si fuera *normal* y le apreciara de verdad. Casi me parece verlo frente a mí como el niño que conocí en la torre y del que me hice amiga o el adolescente que me ofreció ver el mundo y cuya mano no dudé en coger.

No le prometo nada, sin embargo. Una vez nos prometimos muchas cosas y, al final, el mundo a nuestro alrededor no nos permitió seguir adelante con nuestros juramentos.

—Te quiero.

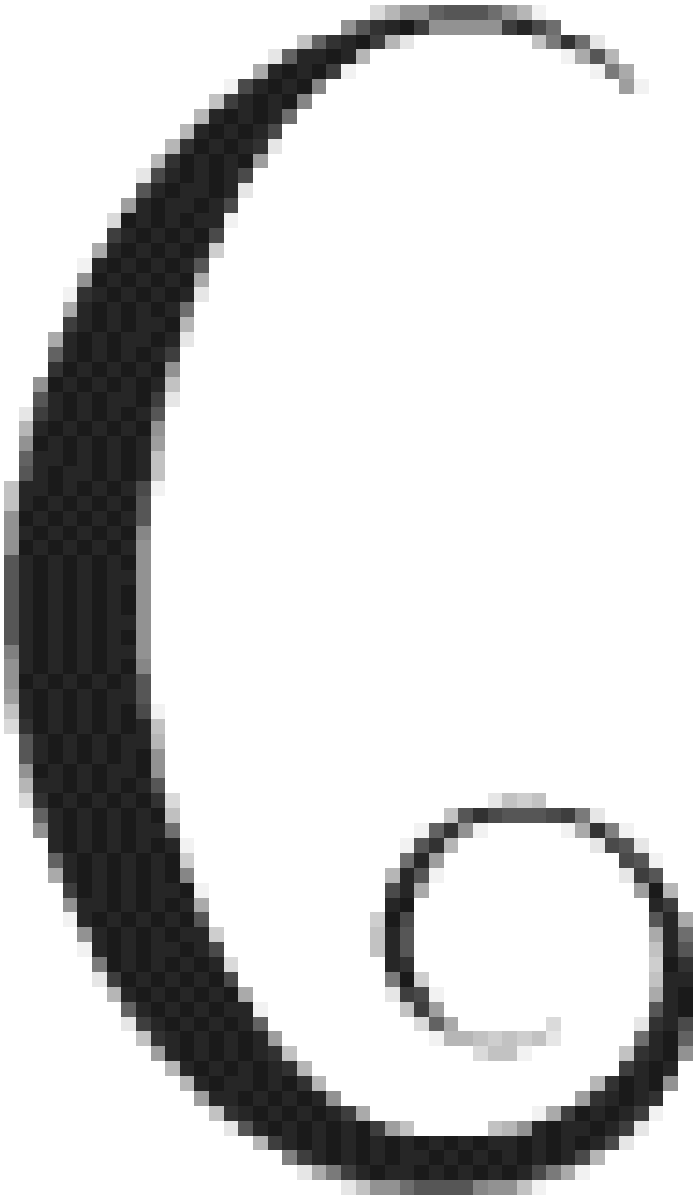
Rayne sabe perfectamente que eso no significa que todo vaya a salir bien. Pero sus párpados caen, cuando yo me acerco a él, mis manos sobre las suyas.

—Te quiero.

Una última noche juntos es la única promesa que podemos

permitirnos ahora mismo.

Drake



abalgamos durante lo que me parecen años. Cabalgamos hasta que nuestras monturas no pueden más y entonces las dejamos descansar un par de horas en las que consigo dormitar interrumpidamente, entre pesadillas en las que soy tragado por la arena y caigo hasta una ciudad coronada por tejados acabados en punta, donde mi cuerpo termina clavándose.

Me despierto empapado en sudor, en medio de una oscuridad rota por las estrellas y una luna cada vez más grande. Los ojos de Rayne parecen traspasarme. Está despierto, mirándome, y daría cualquier cosa por saber qué se le pasa por la cabeza. En qué pensamiento puede

estar tan ensimismado. Te ha cogido entre sus brazos y, aunque no presiona tus cuerdas, parece estar tocándote, como si la melodía de la noche saliera de tu propia voz.

No hablamos mucho. Después de la pesadilla sé que no dormiré más, así que en un acuerdo silencioso, nos levantamos y volvemos al camino. Siento que estoy al límite de mis fuerzas. Siento, también, que estoy en ese estado de cansancio en el que todo parece un sueño. En el que te mueves lentamente, como si te movieras bajo el agua, y las ideas mismas son difíciles de hilar.

En medio de esa sensación, el verde aparece entre las dunas como un espejismo o, acaso, un oasis olvidado por la desertización. Entre las gloriosas copas de los árboles distingo torres doradas como las de un castillo de cuento, en las que el sol se refleja como si hubiera bajado a besar esta tierra de nadie.

Nos detenemos a observar y yo me siento súbitamente consciente de este cuerpo mío, como si me hubieran zarandeado para despertarme.

Rayne, a mi lado, deja escapar un suspiro.

—Ahí la tienes —dice, como si estuviera señalando al cadalso donde nos van a ejecutar.

No respondo. Espoleamos a nuestras monturas por última vez y nos acercamos al lugar de donde provenimos.

Las puertas a la ciudad de los dioses no están guardadas, pero hay alguien esperándonos a nuestra llegada. Una mujer con los cabellos rojos como los de Rayne y los ojos del mismo verde que el del vergel que rodea la ciudad. Lleva un vestido blanco que parece casi transparente y sonríe a mi padre con la certeza de quien ve una cara conocida. Él, por su parte, se tensa. Quiero saber qué piensa y cuál es la historia de sus encuentros con esta mujer, pero por alguna razón, no me animo a separar los labios. La presencia de ella, al fin y al cabo, es una fuerza de la naturaleza. Sé que hay poder en ella, puedo sentirlo como un cosquilleo en la piel de las manos y los brazos, un calor que irradia y que sé que, si quisiera, podría matarme. ¿Es así como se sienten las estrellas, también? ¿Como soles en miniatura? ¿Como si pudiesen cambiar el mundo a su antojo? Pero no son la misma cosa, se supone que esta es la nación que condenó a Celestia a la oscuridad. Así que, ¿qué los diferencia?

—Rayne —dice nuestra anfitriona, con una voz que me recuerda a las melodías más dulces que he escuchado. A la cadencia de la voz de Rayne en armonía con tu música—. Ha pasado mucho tiempo,

hermano.

Mi padre no parpadea, pero yo siento que el mundo se pone del revés. ¿Hermano? ¿Qué significa eso? No parece un saludo casual. Siento que el estómago me da una vuelta. Que mi expresión cambia sin que yo pueda controlarla. Que algo dentro de mí se aprieta con la fuerza de un invisible puño de hierro.

La mano de Rayne cubre mi hombro y me hace dar un paso atrás. Como si quisiera protegerme, aunque la idea me resulta extraña. Todo en esta situación está completamente fuera de lugar, y no puedo evitar preguntarme si es por el agotamiento de los días de viaje o porque *realmente* mi cabeza no puede concebir lo que está pasando.

—Sigrith. He venido para…

—Archel os espera.

Rayne se sobresalta, pero la mujer no se inmuta. Se gira grácilmente sobre sus pies descalzos y echa a caminar delante de nosotros, abriendo la marcha. Su vestido se enreda entorno a sus piernas. La piel de sus brazos desnudos casi parece brillar, como si tuviese incrustados pequeños puntos dorados que destellan según les dé el sol. Lleva tres o cuatro brazaletes en su muñeca derecha que tintinean a cada paso. También me parece ver unas cuantas cadenas en su tobillo izquierdo.

Parecen grilletes, no joyas.

Me giro hacia mi padre, pero él se lleva un dedo a los labios. «Después», parece decirme. Así que yo callo y observo.

Aunque la ciudad está llena de torres, no hay ni un solo castillo. Esperaba grandes construcciones, ricas, con ladrillos de oro y tronos en los que todos los dioses pudiesen sentarse como reyes. Pero el esplendor de los tejados no es más que las hojas de una planta, una hiedra que parece mantener los edificios en pie y darles ese tono dorado que vi desde fuera de las murallas. El empedrado es blanco, con losas de mármol sobre las que repiquetean nuestras botas y sobre las que los pies de Sigrith no parecen hacer ruido alguno. Entre algunas de las baldosas se asoman flores del color de la plata que asienten al ritmo del viento. Más allá, entre las raíces de los árboles que dan sombra y frutos del color de los melocotones, nacen espigas cobrizas alrededor de las que bailan las abejas. El silencio solo parece opresivo porque está cargado de curiosidad hacia nosotros. Algunos de los hombres y mujeres que vemos apartan la vista cuando Rayne pasa. Otros, más comedidos, le sonríen. No veo niños, solo gente adulta, y todos de la edad que aparenta mi padre o un poco más jóvenes.

Después de lo que me parece nuestra exhibición por toda la ciudad, la mujer pelirroja termina nuestro paseo en un pequeño pabellón abierto por un lateral. Agradezco la sombra que ofrece tanto como la de los árboles, aunque el calor se me olvida cuando veo el gran tapiz que cuelga de su pared semicircular, llenándolo todo con la historia de la guerra entre dioses y estrellas, con la victoria final de los primeros.

—Así que realmente eres tú.

Archel, el que supongo que es el soberano de esta ciudad, es un hombre de cabellos y ojos dorados como el trigo en verano. Tiene una sonrisa en los labios para mi padre y los brazos abiertos, como si realmente estuviera dándole la bienvenida. En contraste con el vestido de Sigrid, que es blanco, él lleva una túnica azul como el cielo, ceñida con un cinturón de cuerda dorada que parece hecho con hebras de oro. Aunque tiene la piel tersa, llena de los mismos puntos dorados que la de su compañera, una línea más blanca que su piel empieza en su barbilla y se cuela por debajo de su ropa. No sé qué es hasta que veo la imagen del tapiz a su espalda: Polaris, la más brillante de las estrellas, lo abrió en canal con una daga desde el cuello hasta el corazón.

¿Cómo tiene que ser su poder si incluso entonces sobrevivió…?

—Usó una hoja maldita que puede matarnos incluso a nosotros —dice de pronto el hombre frente a mí, al darse cuenta de que mis ojos están sobre él—. Una hoja capaz de cortar hasta la luz de la luna, según cuentan las historias. Pero cuando se trata de Polaris y las suyas, ¿quién sabe qué es un simple cuento y qué es realidad?

—Vosotros también sois un cuento para muchos.

Su sonrisa se amplía un poco más. También parece un poco más temible, porque enseña los dientes y me doy cuenta de lo afilados que los tiene, como los de un animal salvaje.

—Somos exactamente lo que queremos ser, hermano.

Frunzo el ceño.

—Drake —digo. No sé si me gusta que me llamen de cualquier otra forma.

Mi respuesta hace reír a Sigrith, que se ha sentado en un banco de piedra y toma un mordisco de una de las frutas que he visto preñando los árboles de la ciudad.

—Todos somos hermanos. ¿Acaso no compartimos sangre?

—Una sangre superior —concede Archel—. Incluso tú, con una ínfima parte, eres mejor que cualquier descendiente de la estirpe más pura de hechiceros.

Miro a Rayne, que no dice nada. Se ha quedado muy callado, con

la vista fija en el tapiz. Parece tan ensimismado que pienso que, en realidad, se ha quedado así a propósito. Como si estuviera alzando una muralla dentro de su cabeza. Es, al menos, el mismo tipo de concentración que se requiere para ello.

—No creo ser superior a nadie —murmuro.

—Que tú no lo creas no significa que no lo seas. Has pasado mucho tiempo en el mundo de fuera. No cabe duda de que te han tratado como uno más y por eso simplemente piensas que…

—Hemos venido a hablar de Mab de Lothaire —lo corta Rayne, volviendo sus ojos hacia mis interlocutores—. De eso y nada más.

Sigrith y Archel intercambian una mirada completamente silenciosa durante la cual parecen mantener una conversación. Una a la que ni Rayne ni yo estamos invitados, pero en la que parecen estar censurando su comportamiento.

—Mab de Lothaire —saborea Sigrith, como si el bocado que acaba de tomar le hubiese sabido especialmente amargo—. ¿Qué pasa con ella?

—Quiere destruir Celestia por lo que las estrellas le hicieron a su madre y a su hermana. Se dirige hacia allí con un ejército, y no dudará en hacer lo que esté en su mano para ganar esa batalla. Y después, la guerra.

—Pero no es nuestra guerra. —Archel hace un gesto hacia el tapiz —. Esta lo fue, y salimos victoriosos. La corte de Polaris es la única que está a nuestra altura.

Rayne se humedece los labios.

—¿Y no os preocupa, entonces, que destruyan a las estrellas? ¿A vuestros únicos iguales, según vosotros?

—Si se dejan destruir será culpa suya.

Algo en mí se rebela contra ese comentario. ¿Qué clase de lógica enfermiza es esa? ¿Creen realmente que la culpa de la destrucción es del que *se deja destruir*? ¿Creen acaso que alguien *se dejaría destruir*, si tuviera otra opción? Sigrith toma otro bocado de fruta y la veo masticar, con calma. Me mira a los ojos directamente, sin el más mínimo atisbo de duda, con la certeza de que su compañero tiene toda la razón.

Y yo empiezo a entender un montón de cosas sobre las ansias de Rayne de mantenerse alejado de este lugar.

—¿Y sabéis que una vez acabe con ellas vendrá a por vosotros?

Archel se encoge de hombros.

—Seguirá sin ser nuestra guerra. Pero lucharemos, si hemos de hacerlo, y la aniquilaremos.

—¿Que no es vuestra guerra? —Las palabras salen de mi boca sin

permiso—. Vosotros también rechazasteis a su madre cuando tuvisteis la oportunidad de darle asilo. Le disteis la espalda, a pesar de que sabíais que estaba embarazada de uno de los vuestros.

—Era una estrella —dicen por toda respuesta.

Los ojos de los dioses están vacíos de sentimientos y yo doy un paso hacia atrás, asqueado. El calor empieza a pegárseme a la piel, húmedo. El olor de la fruta es demasiado dulce. La presencia de estos seres hace que me pique la piel. El tapiz tras ellos es un monumento a su ego y a su ignorancia del resto del mundo.

Realmente no les importa nada más que ellos mismos.

—Pensábamos que replantearte venir a vivir con nosotros —dice la mujer a Rayne, tras un silencio demasiado largo. Demasiado incómodo. Tira su fruta a medio comer al suelo y esta se deshace, como un diente de león. De entre la unión de las baldosas nace una flor carmesí que se abre al instante, con su pistilo mirando hacia mí—. Que te lo habrías pensado mejor. Al fin y al cabo, ya has visto mundo. Ya sabes lo… inadecuado que es para ti. Tu hijo también podría venir. Podríais ser nuestros invitados tanto como quisieseis. Resguardaros de la guerra, si es que esta tanto os preocupa.

Doy otro paso atrás, aunque me fijo en la cara de Rayne. Está serio. Incluso parece… enfadado. Creo que si le dan la oportunidad, saltará sobre ellos. Los destrozará con uñas y dientes, incluso si no sirve de nada contra seres inmortales.

—Nunca, durante lo que me queda de vida, volveré a entrar por las puertas de esta ciudad. Y nunca, durante lo que me queda de vida, accederé a quedarme cruzado de brazos mientras haya algo que pueda hacer.

Rayne gira sobre sus talones. Sigrith se levanta. Parece dar un paso hacia mí.

Como si la hubiera sentido, Rayne alza una mano. No necesita darse la vuelta.

—No te atrevas a tocarlo, o descubriréis los problemas que puedo llegar a causar, incluso si no me tomáis realmente por uno de los vuestros.

Ella se queda parada aunque, más que por miedo, parece una reacción que nace de la sorpresa.

Cuando Rayne echa a andar, yo lo sigo sin mirar atrás.

Me despierta tu voz. El dulce sonido de tu canto, que me insta a abrir los ojos. A escuchar, con el cielo nocturno sobre mi cabeza. Con un coro de estrellas apoyando tu melodía. Con el mundo detenido para

escucharte también.

Giro la cabeza. Frente al fuego, Rayne te acuna en sus brazos. Sus dedos se mueven con delicadeza de amante sobre tus cuerdas. Sus ojos están perdidos en el horizonte en el que el azul medianoche se encuentra con las suaves líneas de la tierra. Un manto de terciopelo cubierto de joyas contra el mar de oscuridad más impenetrable.

—No conocen lo que es la humanidad —murmura mi padre, incluso si su mirada no busca la mía. El fuego le llena el rostro de sombras que se adhieren a su piel como una mortaja—. Han vivido tanto tiempo alejados del universo que realmente se creen dioses.

—Se supone que lo son.

—No. Ese es un nombre que otros les dieron. Simplemente son otro tipo de criaturas. Algunos de ellos dicen que son hijos del sol, y que mientras este brille, ellos siempre vivirán. Otros creen que descienden de la luna, y que por eso las estrellas nunca podrán compararse con su brillo. —Se humedece los labios—. Sigrith y Archel son, de todos los que he conocido entre ellos, de los más civilizados. La mayoría me odian. Me creen un ser inferior. Hay quienes dicen que debería ser un esclavo y nada más. Hay quienes insisten, incluso, que soy una aberración y no debería dejárseme…

Calla.

—¿Entrar a la ciudad?

—Vivir —dice, tras una pausa—. Creen que su sangre es demasiado importante para mezclarse.

Nadie dice nada mientras tú lanzas un triste lamento al cielo, como si maldijeras toda esa inmensidad llena de monstruos que se abre sobre nosotros.

—Sabías que no iban a aceptar, ¿verdad? Que no ayudarían. Que no te escucharían.

No intenta mentirse. No intenta mentirme.

—Estaba seguro.

—Entonces, ¿por qué quisiste venir? ¿Por qué no, simplemente…, te olvidaste de ellos? No les debes nada.

Silencio. Tú suspiras una última vez antes de caer en un sueño profundo. Rayne te deja sobre su regazo, como un bebé dormido.

—No lo hice por ellos, sino por ti. Porque quería que conocieras ese lugar, pero no quería que vinieras solo, como yo. Quería que los vieras, que hablaras con ellos, que te hicieras una idea sobre lo que se supone que es nuestro hogar.

—No es *nuestro* hogar —repongo—. Nuestro hogar está en Astrea. Donde la gente es generosa y valora a su vecino. Donde crecimos ambos. Donde están la mayoría de las personas a las que quiero. Por

las que haría cualquier cosa.

Rayne cierra los ojos y no sé si mis palabras le duelen o alivian una herida que tiene abierta desde hace más tiempo del que puede recordar. Quizá por eso, para no quedarme con la duda, me muevo y voy a sentarme a su lado. Quizá por eso, sin que lo espere, echo mis brazos a su alrededor y lo abrazo, con más fuerza de lo que recuerdo haberlo hecho nunca.

Tú hablas en sueños cuando él alza los brazos para devolverme el gesto con, al menos, el mismo cariño.

—Tienes razón —susurra—. Mi hogar, ahora, está junto a vosotros.

Mab

l ejército que me sigue parece confuso por que dé el alto en medio de una vasta nada, pero los hombres también están agradecidos de poder descansar. Tras nosotras, el campamento se asienta y se levantan grandes carpas para proteger a todos del sol. A mi lado, la princesa de Veridian —la reina de Anderia— desmonta de su caballo con los músculos entumecidos de un largo y pesado viaje. Ella no pregunta qué hacemos deteniéndonos en este lugar, como si supiera perfectamente qué es lo que rebelará la caída de la noche un poco más adelante. La brisa ahora solo nos trae el olor a polvo y la arena que se nos enreda en el

pelo, pero pronto la luz lo bañará todo de una manera diferente.

Me fijo en que la princesa mira alrededor cuando se llevan nuestros caballos. Me he dado cuenta de que últimamente siempre lo hace, aunque no me ha costado adivinar por qué: un rápido vistazo en su mente cuando estaba distraída me ha mostrado que, de la misma forma en la que a mí me visitó un fantasma del pasado una noche hace poco, ella también tuvo una aparición.

Podría molestarme que el asesino de Eveque se colara, aunque fuera por poco tiempo, entre mis filas, pero lo cierto es que el descubrimiento quedó empañado por la felicidad de llegar a las montañas. Y ahora, por fin, por la satisfacción de haber llegado hasta el lugar donde se supone que, cada noche, emerge Celestia.

Por la certeza de que, al fin, después de tantos años, mi venganza está a punto de comenzar.

Por eso decido aguardar pacientemente. Saboreo la incertidumbre, sentada en mi tienda, al resguardo del sol. Cuando sea de noche, llevaré a mis tropas hasta las puertas de la muralla y las abriré. Porque la ciudad siempre está preparada para recibir a una de las suyas y, aunque me pese, yo también pertenezco a su línea de sangre. Soy descendiente de una estrella y eso es algo que no me pueden quitar.

Llamo a unos cuantos de los soldados ante mí —de todas las razas, porque sus compañeros preferirán recibir el mensaje en su idioma materno— y les encargo la misión de avisar de que con la primera estrella en el cielo, invadiremos una ciudad. Les hablo de sus grandes riquezas, de las joyas y el oro y de las obras de arte. Les prometo que será rápido y fácil y que las puertas se abrirán para nosotros. Les prometo que volverán a casa con un botín y a ninguno de ellos parece molestarle, de pronto, convertirse en saqueadores.

Cuando noto que la luz empieza a apagarse en el cielo, salgo de mi refugio. El cielo empieza a teñirse de anaranjados y rosados. Yo observo los leves cambios hasta que el último rayo de sol sobre esta parte del mundo se apaga. Hasta que nos quedamos a oscuras, en silencio, y todo el ejército a mis espaldas parece aguantar la respiración. Sé que no terminan de creerme. Sé que piensan que me he vuelto loca o que los estoy conduciendo a su perdición.

Sé que son infieles, pero yo les hago volver a creer.

*La ciudad* les hace volver a creer.

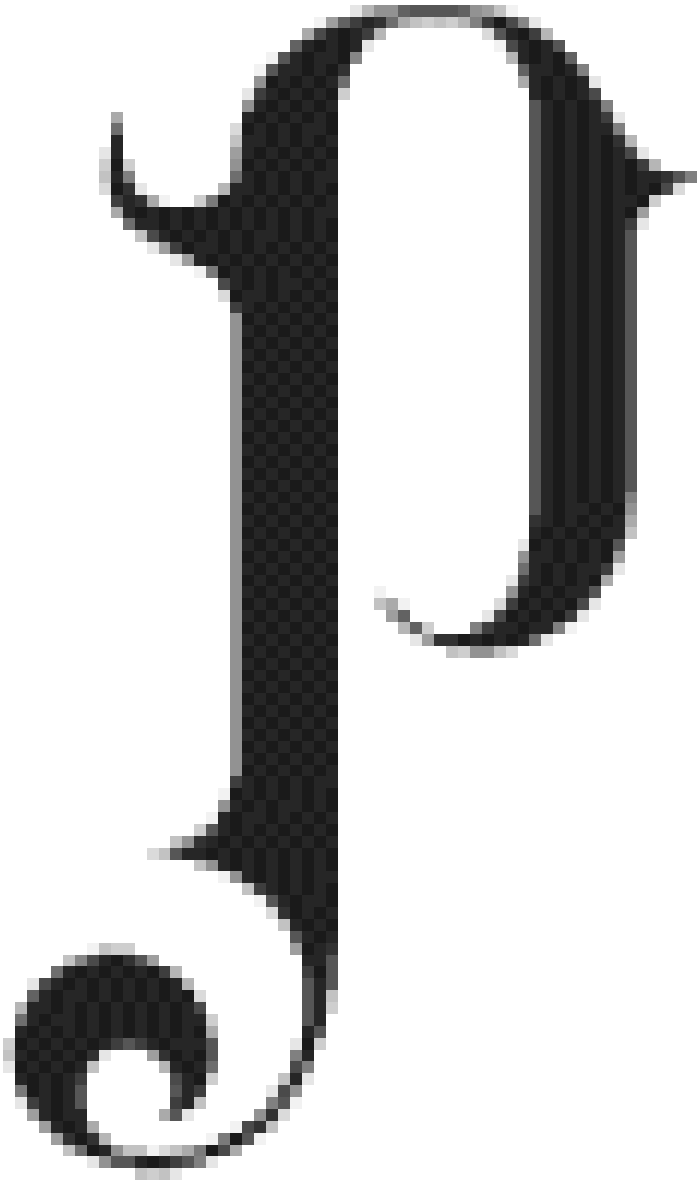
Con la primera estrella que titila, Celestia brilla de vuelta a la vida. De vuelta al mundo al que realmente pertenece, con sus torres y sus cúpulas y sus grandes tesoros olvidados. Con su libro, capaz de cambiar el destino del mundo y aniquilar hasta a los inmortales. Con

la sabiduría de sus seres milenarios que, sin embargo, no evita que a veces se equivoquen.

Como se equivocaron al maldecir a mi madre.

Como se equivocaron al pensar que sus actos no tendrían consecuencias.

Fay



ese a que estoy aquí, pese a que soy perfectamente consciente de la existencia de las estrellas, pese a que había imaginado Celestia muchas veces después de que Eirene me contase la historia de Sylvana cuando nos encontramos en Anderia, una parte de mí seguía pensando en todo esto como un cuento.

Sin embargo, la realidad está aquí. Justo frente a mí, brillante y cegadora.

La reina a mi lado sonríe. Tengo que agarrar con fuerza las bridas de mi caballo cuando veo el gesto en sus labios. El brillo en sus ojos.

La manera en que parece relamerse. Abandona su corcel con un batir de alas que la alzan por encima de todos nosotros. Se olvida de mí. Creo que se olvida, de hecho, de todo lo que no es la gran ciudad frente a ella.

—¡Seguidme!

Su grito llega a todos. Creo que resuena, de hecho, en las mentes de la mayoría. Y ellos, cegados por la avaricia, o por el deseo de poder, o por el miedo a quedarse atrás, o porque no tienen nada que perder, obedecen. Las pocas líneas de caballería siguen sin dudar a la feérica, que va sin montura, solo con la fuerza de sus alas.

Veo cómo las puertas de la muralla se abren sin que nadie pueda evitarlo. Mab me explicó cómo. Mab me dijo que eran idiotas, porque no podían evitar que ninguna de las suyas abriera las puertas, si bien podían exiliarlas si lo consideraban. Maltratarlas si decidían quedarse. Amenazarlas con destrozar sus vidas inmortales. Convertirlas en renegadas…

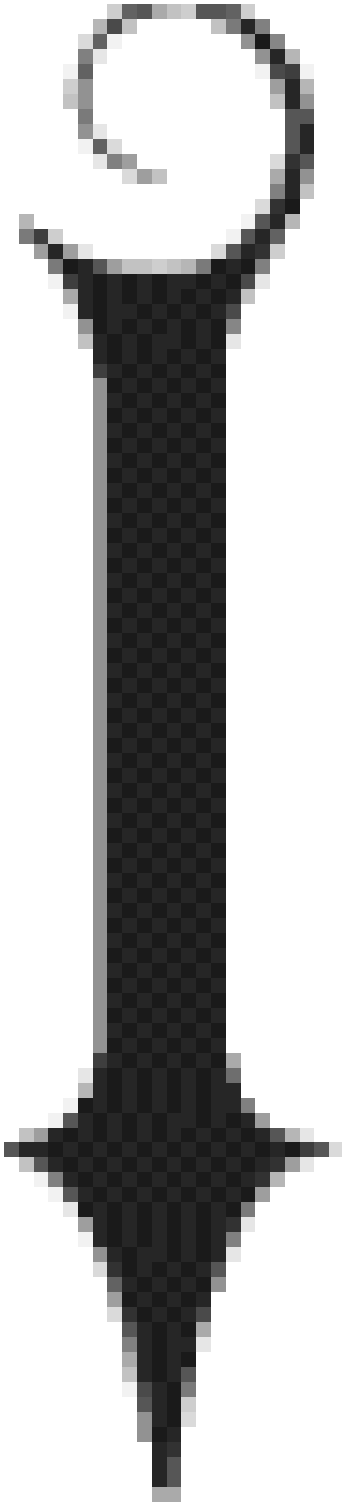
Lo dijo con odio. Con la voz de quien habla desde la experiencia. Deneb quizá pudo haber entrado en la ciudad, pero una vez se la marcó como traidora, nunca habría podido *formar parte* de ella.

Tomo aire. Los caballos pasan a mi alrededor sin dudar, poniendo nerviosa a mi propia montura. Haciendo que esta se pregunte, acaso, qué debe hacer.

Me obligo a reaccionar y espoleo al animal, cuando ya casi toda la caballería ha pasado delante de mí.

Tengo mil guerras que evitar.

Svent



tsvan y yo avanzamos con cautela con los demás. Los dos buscamos lo mismo entre las cabezas del resto. Entre las monturas del resto.

—¡Allí!

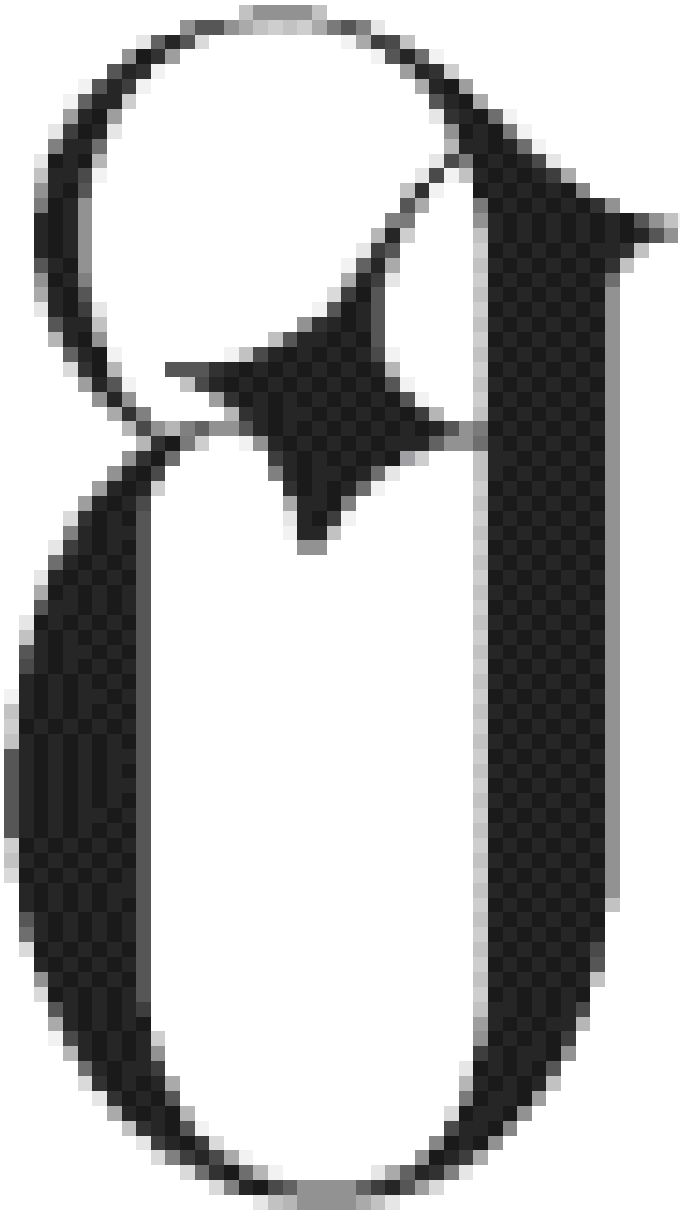
La veo abrirse paso, como si se hubiera quedado rezagada. Así tiene que haber sido, pues la reina de las hadas ha sido la primera en lanzarse al ataque.

«¿Qué pretendes, Fay?».

La seguimos. Dejaremos que luche quien quiera luchar. Dejaremos que desenvainen sus espadas si eso los hace sentir guerreros, si creen que van a conseguir algo de la ciudad de las estrellas.

Nosotros hemos venido aquí con la intención de recuperar algo más preciado que todos los tesoros del cielo.

Seaben



bservamos, desolados, la línea de polvo que es el ejército avanzar hasta la ciudad luminosa que ha abierto sus puertas en este lugar desértico. Con la certeza de que hemos llegado demasiado tarde, vemos a una estrella roja, Mab, cruzar fugazmente la distancia que la separa de Celestia.

—¿Por qué no cierran las puertas? —Mi pregunta se ve ahogada por el temblor del mismo suelo bajo nuestros pies, provocado por el trote de los caballos y los pasos de cientos de hombres corriendo hacia su objetivo.

—No pueden. —La voz de Sylvana es un hilo a punto de romperse

—. La ciudad está por encima de las estrellas y decide que las puertas siempre han de estar abiertas para las suyas. Y Mab tiene la sangre que puede mantener la entrada libre.

Me palpita la cabeza. A mi alrededor, las monturas de mis compañeros se mueven nerviosas, con la certeza de que quizá el primer choque de espada ya se haya dado. O quizá soy yo, que tengo tan grabado en mis recuerdos los sonidos de cada ofensiva que no puedo hacer más que imaginar el tintineo de los metales, los gritos de los hombres, el relinchar de los caballos. La sangre, regando este lugar desolado.

¿Sangran las estrellas de color diferente? ¿Corre sangre por sus venas o solo luz de luna?

—¿Qué vamos a hacer ahora? ¿Cuál es el plan? —inquiere Astrid, con una calma envidiable. Ojalá yo pudiera tener esa frialdad ahora, como la tenía cuando estaba en el frente.

Ojalá dejara de ver a la gente morir.

—Tenemos que ir a la ciudad. Tenemos que detener esta locura. Polaris tiene que hacer algo. Si hay alguien ahí dentro que pueda terminar con esto de manera definitiva es ella.

—¿Y crees que te hará caso, Sylvana? Tú no eres…

Eirene calla antes de poder terminar la frase, pero la escucho de todas formas dentro de mi cabeza. «… bienvenida en Celestia». Cuando la exiliaron, se encargaron de dejárselo claro.

—Tendrá que escucharme. Me lo debe.

Hay una seguridad en su expresión y en su voz que nadie se atreve a contradecir.

—Está bien. —Cojo aire y desenvaino. Espero no tener que usarla, ni contra los míos ni contra cualquier otra persona que no sea Mab, pero prefiero no pensarlo demasiado—. No os separéis: nuestra misión es encontrar a la reina de las estrellas.

Espoleamos nuestros caballos. Si todavía podemos hacer algo para evitar la masacre de cualquiera de los bandos, lo haremos.

Eirene

ntrar en la ciudad es entrar en un campo de gritos y lucha. Las imágenes de la batalla en Astrea vuelven a mi cabeza, pero es peor todavía la mente de Seaben, bullendo de actividad con recuerdos de toda una guerra. Una guerra que no era suya. Una guerra en la que mató más personas de las que puede recordar.

Probablemente entre todos los feéricos que luchan ahora todavía estén muchos de los compañeros con los que combatió en el frente. Los que sobrevivieron a Anderia vienen aquí a morir. ¿Cómo de justo es eso? ¿Cuán poco le importan a Mab las vidas de gente que la sigue?

Las estrellas defienden su ciudad con todas sus fuerzas. Sus vestidos blancos, del mismo color que sus cabellos, se manchan con el color de la tierra en la que caen. En comparación con lo burdo que es el ataque de las tropas de Mab, en las que hay elfos y humanos que poco pueden hacer con sus mentes y atacan con armas, las estrellas se mantienen moviéndose poco, evitando golpes, y haciendo caer a los soldados sin necesidad de heridas físicas. Siento a Seaben ordenándome proteger mi mente y yo trato de alzar barreras más fuertes que nunca. Solo dejo la puerta abierta para él.

La gran mayoría de la gente ni siquiera ha venido aquí a luchar. Solo vienen a por unas riquezas prometidas, así que no es de extrañar que, cuando muchos ven la confrontación, traten de huir en dirección contraria, desertando, bien por instinto de supervivencia o bien porque no están dispuestos a ser monstruos. Busco a Fay entre todas esas personas, con la esperanza de encontrarla antes de que sea demasiado tarde, de saber dónde está y obligarla a ponerse a salvo, pero ninguno de los rostros que corren es el suyo.

—¿Adónde nos dirigimos?

Sylvana levanta la mano hacia uno de los edificios más grandes, céntrico. Parece un palacio. Un palacio hecho de luz, con grandes torreones y cúpulas, con el fulgor de la propia luna incluso.

—Si tantos años aquí me permitieron conocer al menos un poco a esa mujer, estará allí. Guardando el libro.

—¿Guardando *el libro*? ¿No es la jefa de este lugar? ¿Qué hace protegiendo un libro en vez de a las suyas?

Sylvana me mira con los labios apretados.

—El libro es lo más valioso de este lugar. Polaris me convirtió en niña y me exilió para toda mi vida solo por querer salvar una vida. Cualquiera podría lanzarse sobre ese escrito y… cambiarlo todo, con unas pocas palabras. Y Polaris protegerá el Destino pase lo que pase. No le importa si ese Destino es bueno o malo para ellas. En ese libro ya se escribió una vez el exterminio de miles de estrellas por parte de los dioses, pero ella no hizo nada. Si es deseo del Destino que la ciudad vuelva a caer, esta vez a manos de Mab, Polaris dejará que ocurra. Si tienen que morir miles hoy, del bando que sea, lo permitirá.

Me estremezco. Seaben y yo compartimos una mirada antes de volvernos hacia Sylvana.

—Pero eso es horrible. ¿No hará *nada* para evitar la desgracia?

Sylvana no responde. Solo aprieta los labios, pero cuando va a espolear su caballo, para ir más rápido, este no responde. Tampoco lo hacen los de los demás. Se han quedado muy quietos, mirando hacia el suelo, como si fueran a pastar aunque bajo sus patas solo hay arena.

Trato de arrear al mío de nuevo, pero no pasa nada.

Y entonces llega el dolor.

Me atraviesa como una espada cortando mi mente. Me hace caer al suelo desde mi montura. Creo que Seaben grita mi nombre, no sé si desde su mente o con su voz. Cuando alzo la vista, hay tres estrellas frente a nosotros, quietas, mirándonos. No tengo ninguna duda de que son ellas las que evitan que nuestros caballos reaccionen. Todos saltan de sus monturas. Hayes está pronto junto a mí, ayudándome a levantar. Sus dientes también están apretados, su rostro tenso. Astrid se ha puesto justo delante de mí, aunque siento que sus manos, con sus puñales, tiemblan por primera vez. No es propio de ella.

Supongo que los elfos somos los más débiles en este momento. Nuestro poder sobre nuestra propia mente nunca podrá ser tan bueno como el de los feéricos y, desde luego, no a la altura de las estrellas.

—¡No nos hagáis daño! ¡Venimos a ayudaros! —exclama Sylvana —. ¡No somos atacantes!

No hacen caso. Claro que, ¿cómo van a hacerlo? Somos intrusos en su ciudad. Podríamos estar tendiéndoles una trampa. A sus ojos, no somos distintos del resto de gente que ha entrado. Siento que el filo que hay en mi cabeza sigue cortando. Grito, encogiéndome contra el cuerpo de mi padre, que también parece intentar luchar.

—¡Por favor! —pide Sylvana, de nuevo.

Siento los pensamientos de Seaben. No quiere hacerles daño. No quiere volver a entrar en el juego de quitar vidas inocentes. Pero no va a dejar que me maten. Sus manos se cierran alrededor de su espada. Quiero decirle que no. Que no lo haga. Que pare.

Pero no hace falta, porque entonces las estrellas que estaban frente a nosotros son las atacadas. Una de ellas es lanzada hacia atrás. Otra deja escapar un chillido antes de caer al suelo, con los ojos en blanco. La tercera tiene una expresión de sorpresa mientras un filo le atraviesa la piel y nos descubre a todos que las estrellas sangran como todos los demás.

Rayne está detrás de ese filo. Ve caer a la estrella con rostro inexpresivo, demasiado grave, duro. Sylvana lo observa, pálida, y ambos parecen compartir un mundo en una mirada. Supongo que ella piensa que podía haber evitado matarla. Supongo que él cree que no había otra manera.

Supongo que la guerra nunca contenta a nadie y nos destroza, de una u otra manera, a todas las personas presentes. Creo que Drake piensa lo mismo cuando observa a su padre, tragando saliva, y luego a nosotros.

—¿Funcionó? —pregunta Hayes, intentando recuperar el aliento.

—En absoluto —murmura Rayne—. Estamos solos. ¿El plan?

Sylvana se obliga a reaccionar.

—Polaris.

No hace falta que diga nada más. Todos volvemos la vista hacia el edificio donde se esconde el libro de las estrellas.

—¿Y Mab? —pregunta Rayne, tras un segundo de duda.

—Mab también habrá ido a buscar el libro. Y tenemos que llegar antes que ella.

Todos nos giramos hacia Seaben. No necesito ver en su mente lo que quiere decir. Tiene todo el sentido del mundo.

Una frase escrita en ese libro es todo lo que necesitará para ganar todas las guerras que quiera.

Fay

l caos me hace invisible si voy con cuidado. Así es como avanzo. Escondiéndome. Intentando que no me vean. Aprovechándome de ser tan irrelevante como siempre he sido. Es evidente dónde se guarda el tesoro más preciado de esta ciudad: el palacio resalta, brillante y hermoso, como una estrella en medio de la más absoluta oscuridad. Y yo, si bien no he venido a por riquezas, tengo que hacerme con lo que debe de estar protegido en esos muros.

Una frase en el libro de las estrellas es todo lo que necesito para cambiarlo todo.

Svent

tsvan me coge de la manga. Hemos tenido que abandonar nuestras monturas en la refriega, porque aunque es cierto que avanzábamos más deprisa, también sobresalíamos más

entre la multitud. Éramos un blanco fácil.

La herida en mi pierna, a la altura del muslo, me escuece y sangra, pero quiero creer que no es grave. Que no puede hacerme más daño de lo que me ha hecho cruzar un reino entero para acabar en un campo de batalla.

—¡Allí!

Sigo la dirección que me señala. Fay, arropada en su capa como si fueran sombras que la pudieran poner a salvo, se desliza por la puerta abierta del gran palacio cuyas torres se alzan sobre el resto de la ciudad. Parece hecho de luz, de una cálida energía que se derrama sobre el empedrado y que pronto ha devorado a la princesa.

—¿Qué está haciendo? ¿Por qué el palacio?

Durante un instante, yo tampoco lo entiendo. Si quisiera solo asegurarse de que esta es la última batalla, se quedaría al margen. Fay no sabe luchar y, de hecho, se ha puesto en enorme peligro al decidir atravesar la ciudad en medio de todo lo que está pasando. Una estrella podría haber decidido que era peligrosa y romper su mente. Un soldado podría haberse equivocado en la confusión reinante y haberla atacado.

Pero ella se ha puesto en peligro. Ha venido directamente al palacio.

Como si tuviera un claro propósito.

—El libro.

Itsvan me mira sin entender.

—El libro de las estrellas. Ese del que hablan los cuentos.

Me llevo una mano a la cara. Lo he interpretado mal desde el principio. *La* he interpretado mal desde el principio.

«Todo pronto volverá a estar bien», la última línea de su carta, no se refería a que las luchas vayan a terminar. No significa que crea que esta guerra vaya a ponerlo todo en su sitio.

Significa que piensa que puede evitar todo lo que ha ocurrido desde el principio.

Que puede evitar, incluso, que lleguemos a conocernos.

vanzar es como

moverse dentro de una pesadilla: la sangre, los gritos, el dolor. El fuego, incluso, que alguien ha provocado en un edificio y amenaza con extenderse. Las estrellas atacan mentes y toman bajo su control marionetas que sujetan hasta que están rotas o hasta que sus hilos son cortados. Lamentablemente, en la mayoría de los casos, lo primero pasa antes. Yo alzo una barrera alrededor de mi mente, pero aunque eso deje a las estrellas fuera, no puedo hacer nada para espantar todo lo que nos rodea. Todo lo que atravesamos. Todo lo que vemos, lo que sentimos.

Eirene se aferra a mi mano con más fuerza y yo me centro en eso. En que tenemos que seguir adelante, renqueantes, incluso si cada paso se lleva todas las fuerzas que tenemos. En un momento, al mirar atrás, veo que Drake nos sigue, con los ojos entornados por el esfuerzo de bloquear las mentes de las estrellas, pero Hayes y Astrid no. Siento el miedo de Eirene a mi lado, al darse cuenta también. Su preocupación, que es casi palpable.

—Estarán bien —le digo entre dientes, instándola a andar—. No podemos pararnos ahora. Ambos tienen muchos recursos.

La realidad es que deseo volver a por ellos, asegurarme de que están bien, pero temo que si damos la vuelta nunca seamos capaces de llegar hasta el palacio. Polaris tiene que parar esto. Tiene que entrar en razón. Una reina tiene que hacer lo que es mejor para su pueblo. Si tan solo saliera aquí fuera y viera lo que está ocurriendo, lo que les están haciendo a los suyos…

No. Es obvio que *sabe* lo que está pasando. Lo tiene que poner en el libro. Lo tiene que estar leyendo.

Cree tan ciegamente que esto es lo que tiene que ocurrir, que dejará que todo siga adelante, sin intromisiones. Cree que su única misión, la verdadera, es asegurarse de que al libro no le pase nada. Que nadie rompa la única regla de la que nunca ha dudado.

Un destello rojo aparece por delante de nosotros. Hasta Sylvana y Rayne, que abrían la marcha, se detienen.

—¡Es ella! ¡Rápido!

Salimos a la carrera, esquivando armas y cadáveres, estrellas y sangre, mientras vemos cómo Mab sube las escaleras que llevan al palacio, abierto de par en par para ella. Sus alas están orgullosamente extendidas a su espalda. En la mano lleva la espada desnuda, aunque dudo que la haya usado: no la necesita para apartar a la gente de su camino. Un toque de su mente es, probablemente, suficiente.

Pero ¿suficiente contra quién? Hasta ella tiene que tener un límite. No es inmortal, sean quienes sean sus ancestros.

¿Serán sus pensamientos suficientes para acabar conmigo hoy,

también? Porque tengo claro que no dejaré que avance sin luchar. Sin dar todo lo que pueda de mí…

Nos detenemos antes de llegar a la escalinata que da a las puertas de entrada. Hay una estrella caída sobre los escalones, con el vestido blanco manchado de sangre. Mab nos observa, por encima de su hombro, como si nos hubiera visto seguirla. Como si pudiera sentirnos, de alguna manera, aunque sé que no es cierto. Está limpiando la hoja de su espada contra su capa, que está sucia del viaje. Cuando la deja caer al suelo, girándose, la prenda se enreda en sus pies y se empapa de un color carmesí incluso más profundo.

—Así que habéis venido. —Sus ojos pasan por Sylvana y Rayne, por el trovador y mi esposa. Cuando se fija en mí, una sonrisa florece en sus labios, con suavidad—. Seaben.

Alguna vez me sonrió así y yo creí, inocentemente, que era real. Quería su aprobación, pese a su dureza. He hecho muchas cosas reprobables por ella. He hecho muchas cosas, en realidad, de las que me arrepiento profundamente.

Me adelanto, soltando la mano de Eirene. Quedamos frente a frente, con nuestras armas en las manos y la certeza de que el primero que levante la suya estará dispuesto a desatar un caos al menos tan grande como el que suena fuera del castillo.

—Ríndete ahora. Tu plan no te lleva a ninguna parte.

Ella ladea la cabeza, como si no entendiera. Como si no creyera que nosotros podemos conocer realmente lo que se oculta dentro de su cabeza. Sus expectativas. Su misión.

—Oh, Seaben, no he andado este largo camino sobre los cadáveres de mis enemigos para rendirme ahora. —Se humedece los labios—. Pero tú aún estás a tiempo de dar media vuelta. De hacer que las cosas sean diferentes para ti. De no convertirte en uno más de los cuerpos bajo mis pies. A ti, querido, todavía te guardo en estima. Todavía podría ofrecerte una vida mejor…

Aprieto los dedos alrededor de la empuñadura. ¿En estima? ¿Una vida mejor? Si no la tengo es porque ella me la arrebató.

Niego con la cabeza y ella, como si no le hubiera dado otra opción, suspira y da un paso hacia delante.

—No sabes cuánto lamento que tenga que ser así —dice, con una pena que no sé de dónde sale.

Y después, sin más miramientos, se abalanza sobre mí.

Sylvana

uiero ayudar a Seaben, acabar con esa mujer de una vez por todas. Creo que Rayne piensa lo mismo. Que aprieta los dientes y, cuando entrecierra los ojos, trata de alcanzar su mente. Con el primer choque de metal

contra metal, Mab hace una mueca y se fija en nosotros.

—Oh, Rayne, no, querido. No harás eso. O acabaré con ella.

Ni siquiera le cuesta trabajo repeler a Seaben y alejarse de él y, al mismo tiempo, incluso en la distancia, atacarme a mí. Dejo escapar una exclamación. No esperaba el golpe porque, por lo general, mi mente está en guardia todo el tiempo, con barreras bien alzadas que no pueden traspasarse fácilmente. Recuperé el poder sobre ella después de deshacerme de mi hechizo. Pensaba que solo Polaris podía hacerme verdadero daño.

Pero Mab, después de todo, lleva muchos más años con su poder que yo. Fortaleciéndolo. Llevándolo al máximo exponente. Convirtiéndose en alguien lo suficientemente fuerte como para poder romper un poco mi muralla. Solo es un golpe, un roce, un arañazo, pero escuece, y yo me encojo sobre mí misma. Seaben vuelve a arremeter contra la reina de las hadas en cuanto ve lo que hace, para distraer su atención y obligarla a centrar su atención solo en él, Rayne se apresura a rodearme con sus brazos.

—¡Sylv!

—Tenéis que avanzar —me dice Eirene, con los dientes apretados. Su arco ya está entre sus manos y no me cabe duda de que lo usará. De que se quedará aquí, con su esposo, combatiendo a la reina de las hadas como hace mucho que tenían que haber hecho ya—. Eres la única que puede convencer a Polaris. O escribir un final feliz para esta historia, si ella no tiene el valor de hacerlo.

Rayne coge aire. Yo misma dudo. Quizá podríamos ayudarlos. Si nos vamos, ¿serán capaces de acabar con la reina solos? Pero si nos vamos, al mismo tiempo, si conseguimos el libro, si conseguimos que Polaris escriba o actúe, entonces aseguraremos la paz.

—Id. —Es Drake, también, quien se pone serio y asiente con la cabeza a su padre. Sus manos dejan sobre las de mi compañero su bien más preciado. Rayne traga saliva al sentir el peso del laúd—. Cuida esto por mí. Luego me lo devuelves.

Miramos a los jóvenes frente a nosotros, que parecen decididos. Eirene deja solo un beso sobre mi mejilla. Drake ya le ha dado la mayor muestra de cariño que podría a Rayne.

Cuando nos miramos, sabemos que tenemos que hacerles caso. Si alguien puede vencer a Polaris en caso de que sea necesario, somos nosotros.

Echamos a correr escaleras arriba. La voz de Mab lanzando un grito de odio, de negación, de enfado, resuena en las paredes, pero cuando miro atrás, Seaben se ha vuelto a lanzar sobre ella y una flecha se ha clavado en una de sus alas.

No van a dejar que la reina avance.

Fay

l palacio es un laberinto de estancias vacías y, por cada segundo que pasa sin encontrar lo que deseo, lo que *necesito*, me desespero. El lugar, por suerte, está desierto; supongo que porque todas las estrellas están defendiendo la ciudad. No soy tan ilusa para pensar, no obstante, que el tesoro más preciado de Celestia estará sin protección. Por eso, cada vez que abro una puerta, temo. En realidad, no sé cómo voy a conseguir llegar hasta el libro. No sé cómo voy a conseguir vencer a una estrella, si es que hay guardianas custodiando el ejemplar. Cogieron a Sylvana una vez. Sylvana, una de las suyas. Sylvana, que

actuó a espaldas de todo el mundo y sin una batalla asolando la ciudad.

Mi única esperanza es que no quede nadie en el castillo para proteger el objeto.

Cuando abro la siguiente puerta, como con todas las anteriores, contengo la respiración.

Hay alguien dentro de ella.

La sangre se me hiela en las venas. Una náusea se me asienta en el estómago. Un temblor me recorre todo el cuerpo.

Pero cuando gira el rostro hacia mí, no parece que sea una estrella.

No lo es.

Es un elfo. Como yo.

Colgado de su cuello, está la otra mitad del colgante que siempre lleva mi prima.

Entreabro los labios. Sé, de pronto, quién es. También aparecía en la historia de Sylvana.

—Fay de Veridian.

El muchacho se levanta. Estaba sentado en el alfeizar de la ventana, mirando con rostro triste por la ventana, desde donde supongo que se verá la destrucción. Tiene las comisuras de los labios caídas y, pese a que es mucho mayor que yo, parece que se haya quedado para siempre atrapado en un estado incorruptible pero melancólico. Doy un paso atrás por acto reflejo, aunque no parece amenazador. No tiene armas. No quiere hacerme daño.

—Sabía que vendrías. Lo vi. Porque siempre veo todo, también el caos —susurra Lesath, el gemelo que la reina Áine nunca llegó a saber que tenía, el tío de Eirene que se quedó para siempre encerrado en una ciudad de ensueño que hoy se ha tornado pesadilla—. Y sé dónde debo guiarte. Esto tiene que acabar.

Mab

eaben cae duramente al suelo, escaleras abajo, pero no tengo tiempo de acercarme a él. Para entonces, la elfa ha alzado su arco y tengo que esquivar la saeta que va directa a mi corazón. Aunque lo hago, el viento que el hechicero convoca me ciega durante un instante, hasta que aleteo y me pongo a salvo por encima de sus cabezas. El ala derecha me escuece y está algo entumecida, pero sé que no me dificultará los movimientos en la lucha.

—Tres contra una, ¿os parece esto jugar limpio?

Seaben se levanta, con algo de dificultad. Tiene una herida en el brazo izquierdo, pero eso no le impedirá usar la espada. Los rasguños

no son un problema para él, está acostumbrado a los mil golpes que ha recibido en el frente.

—Tú nunca has jugado limpio —sisea.

Eirene está recargando su arco, pero sé que no disparará todavía. No cuando estoy aquí arriba y me resultaría tan fácil abalanzarme sobre ella o cualquiera de sus compañeros. Esperará a que esté distraída, a que me olvide de ella.

Decido seguirles el juego.

—En realidad, Seaben, solo uso todos mis recursos. Al final, solo gana el mejor.

Aprovecho que están alerta, pero no lo esperan, para tomar la mente de Eirene. Ella deja escapar una exclamación. El arco tiembla en su mano. Estoy segura de que puedo convencerla de que lo mueva. De que dispare al hechicero. Estoy segura de que podría acabar con él y dejarla a ella fuera de combate en el proceso. Pero cuando intento moverla, cuando intento hacerla caminar con paso incierto de títere, me doy cuenta de que una muralla se alza ante mí. Doy un paso hacia atrás, sorprendida por el súbito rechazo.

No soy tan tonta como para creer que la princesa puede hacer eso sola: Seaben ha entornado los ojos y ha adoptado una postura de defensa.

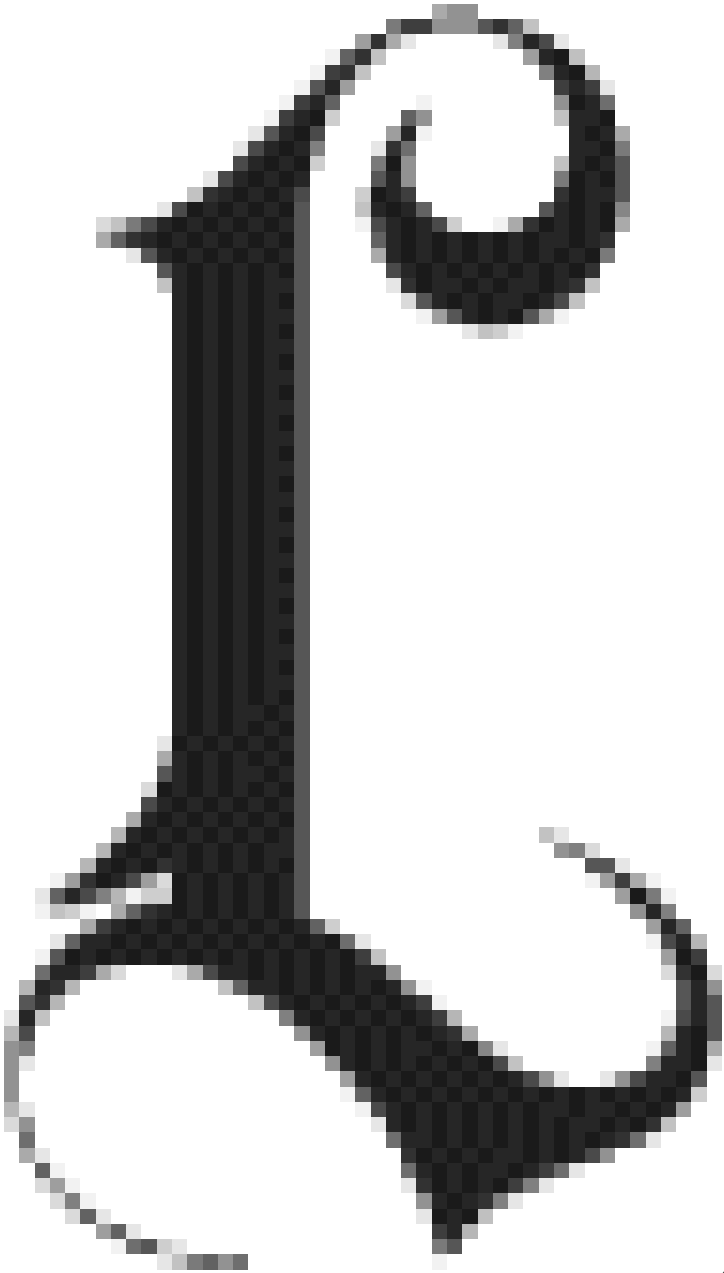
¿Sigues queriendo jugar conmigo, Seaben? ¿Es que no has aprendido nada?

Hundo los talones en la piedra, preparada para el ataque en cuerpo y mente, y cuadro los hombros.

—Tu padre descubrió hace unos días, después de mucho tiempo, que *él* no era el mejor. Ahora os toca a vosotros.

Espero un par de segundos a que la noticia se sumerja en sus mentes, a que entiendan las implicaciones de mis palabras. Ataco.

Seaben



o peor del siguiente ataque de Mab no es su espada contra la mía, sino el eco de sus palabras en mi mente. La forma en la que me dejan sin respiración. Ese instante en el que me doy cuenta de que no miente. De que puede que sea una embustera, pero soy consciente de que Chryses la había ido a buscar y la encontró.

Y de que perdió contra ella.

Su sonrisa es más cruel que nunca, cuando presiona contra mí y

gana espacio. Tengo que dar un paso atrás. Ella me empuja. Con decisión.

—¡Seaben, cuidado!

Eirene me ofrece una imagen de la mano libre de la reina sujetando un cuchillo y yo decido ceder todavía más terreno. No tengo tiempo de descanso, sin embargo, cuando Mab lanza una ofensiva más y me obliga a esquivar un tajo que iba directo a mi cara y una estocada que consigo detener a un suspiro de mi hombro.

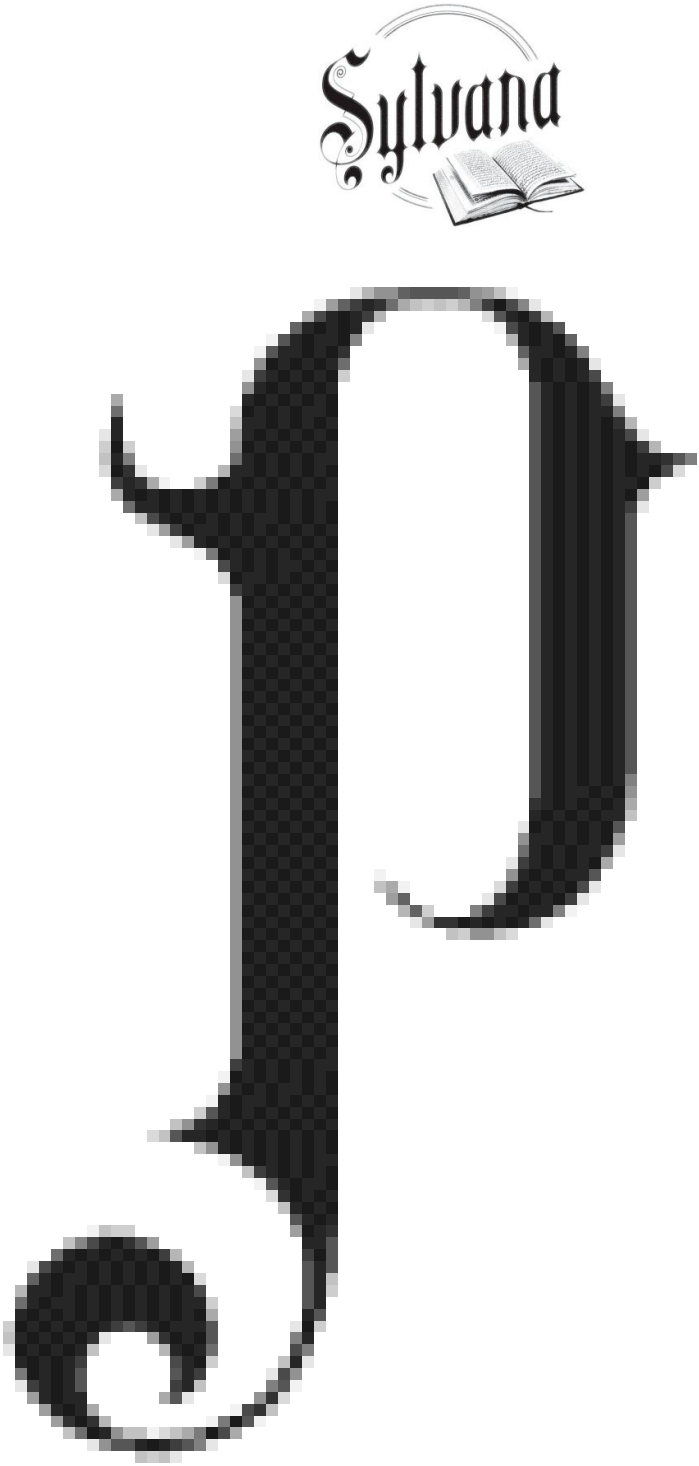
—¿Por qué te haces esto? ¿Por qué quieres acabar como él, solo, en un charco de tu propia sangre, abandonado por mis soldados en un campo cualquiera?

Entorno los ojos, que me pican. Que amenazan con desbordarse, si les doy la oportunidad.

—No —jadeo—. Se te olvida que yo no estoy solo.

El ataque de Drake a su mente hace que abra los ojos, sorprendida, y pierda pie. Empujo contra el filo de su espada. Eirene deja volar una flecha desde su arco.

Y la reina de las hadas, por primera vez, ya no parece tan segura de su victoria.



Sylvana

# 30

ara cualquier

persona ajena al palacio, probablemente estos corredores sean un laberinto. Supongo que desde el principio fue la idea: hacer del castillo un galimatías que, en el centro, solo accesible para las estrellas más sabias, guardase su tesoro más venerado. Rayne parece confuso, pero yo camino por los pasillos con la seguridad de quien los recorrió mil veces. Puede que haya pasado mucho tiempo desde que abandoné este lugar, pero fue mi hogar durante muchos años.

Y por otro lado, ningún condenado olvida nunca el delito por el que terminó siendo prendido y castigado. El mío fue llegar al final de estos pasillos. Alcanzar el libro.

Ser más osada que ninguna.

—Viene alguien.

Nos escondemos al escuchar los pasos. Las voces. Rayne y yo nos apretamos contra una de las paredes y contenemos la respiración. Protegemos bien nuestras mentes, por si incluso ellas hacen demasiado ruido, como si fueran a delantarnos…

—¡Es imposible! No vamos a encontrarla jamás.

—No he venido hasta *aquí* para rendirme ahora. Y no me puedo creer que tú pienses de otra manera.

—¡No quiero rendirme! Pero…

—Escúchame: puedes parar aquí si quieres. Ya has hecho mucho por mí, Itsvan. Más de lo que merezco, en realidad. Yo seguiré buscando a Fay.

¿Fay?

Rayne y yo compartimos una mirada confusa. Cuando me asomo a la esquina, veo a los dos muchachos que discuten: uno parece mucho más joven que el otro, pero no conozco a ninguno. Pero han dicho que estaban buscando a Fay. Parecen… preocupados por ella. El rubio, con los labios apretados, observa al más joven, cuya actitud no encaja con su aspecto de muchacho entrando en la adolescencia.

—Como tú has dicho, no he venido hasta aquí para rendirme ahora.

—¿Estáis buscando a Fay de Veridian?

El chico rubio casi chilla. Su mano, de hecho, alza rápidamente una espada mientras yo doy un par de pasos hacia delante para encontrarme con ellos. El más joven entrecierra los ojos, dando un paso atrás. La manera en que él coge el arma es especialmente torpe, como si ni siquiera tuviera claro cómo se agarra. Soy consciente de que no debo de parecerles alguien en quien confiar, porque mi piel, llamada por la ciudad, centellea.

—¿Quiénes sois? ¿Fay está aquí? ¿En el palacio?

—¿Quién eres tú? —rebate el pequeño—. ¿De qué conoces a Fay?

Rayne comparte una mirada conmigo. Debe de pensar que no hay manera de que estos dos chicos sean peligrosos para nadie. De hecho, creo que se pregunta cómo han conseguido llegar tan lejos en esta situación. Sea como sea, decido que no pierdo nada por decir la verdad:

—Durante mucho tiempo fui su criada. Me llamo Sylvana.

Los chicos entreabren los labios y se miran entre sí. Cuando vuelven a fijarse en mí, el joven se adelanta.

—Soy Svent. Fay ha entrado en este lugar y estamos buscándola, pero no aparece por ningún lado. Creemos que quiere el libro. El de las estrellas.

Siento que me mareo. Lo único que me mantiene en pie, de hecho, es la mano de Rayne sobre mi espalda.

—¿El libro? ¿Fay? ¿Por qué haría eso?

—Porque quiere arreglarlo todo. Creo… Creo que desde el principio.

Tomo aire con una brusca bocanada. Si Fay está buscando el libro, se encontrará con Polaris.

Y si eso ocurre, nadie podrá salvarla.

Echo a correr. No hago caso ni a las exclamaciones de los chicos ni a los pasos de los tres siguiéndome a la carrera, supongo que alertados por mi reacción.

Quizá ya sea demasiado tarde.

Drake

in ti a mi espalda, me siento ligero y torpe al mismo tiempo, como si me hubiese quitado un gran peso de encima, pero me faltara algo que no puede ser sustituido. No tengo más arma que el cuchillo que Astrid me dio hace lo que me parece una eternidad, en el banquete en el palacio de Nryan. Por supuesto, el filo tiene poca o ninguna utilidad entre mis dedos, pero me siento más seguro con la empuñadura en mi mano, incluso si, al mismo tiempo, mi arma más poderosa es mi mente y mi magia. Así ataco a la reina de las hadas, intentando distraerla. Cuando siento que tengo la suficiente energía y que no hay peligro para Seaben, que está demasiado cerca de Mab, lanzo un hechizo para

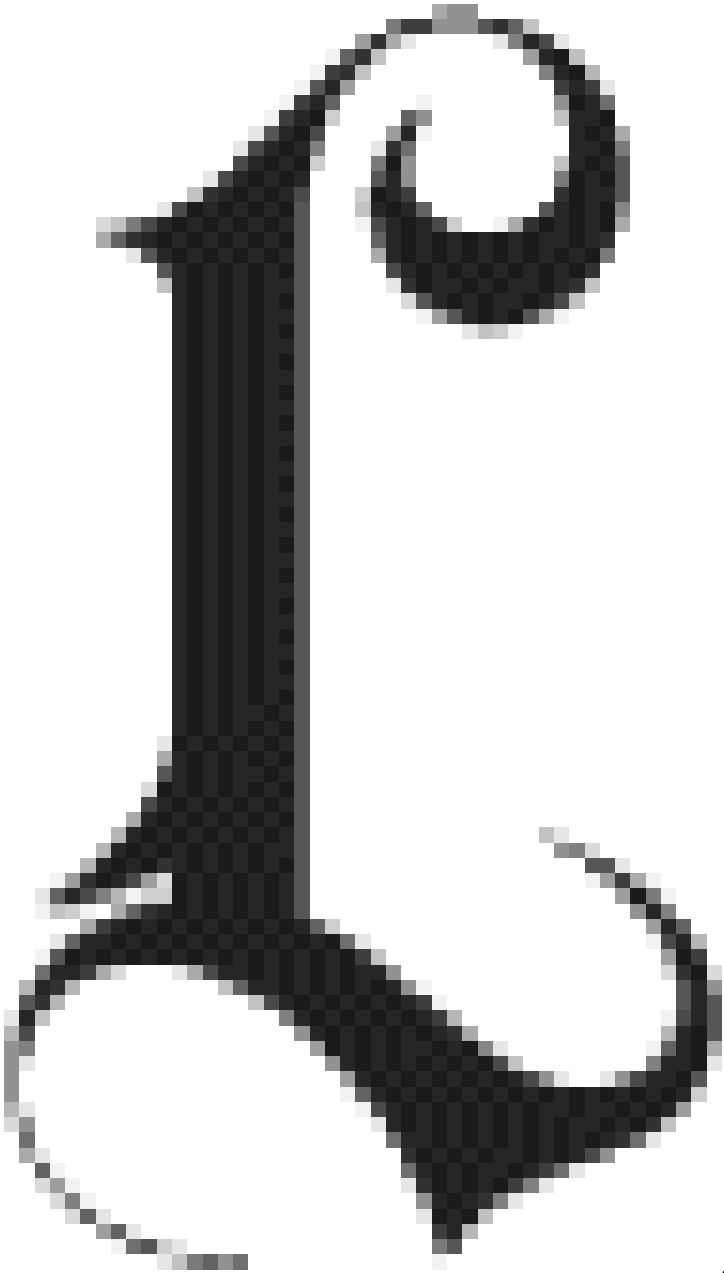
desestabilizarla, para distraer su atención o simplemente para darle tiempo a Eirene para cargar el arco. Ella es la que está más lejos, consciente de que es vulnerable a las estratagemas de la reina. Consciente, también, de que tenemos más enemigos de los que parece. Porque, al fin y al cabo, la batalla a nuestro alrededor no ha acabado. Porque llueven cenizas, traídas por el viento de otra parte de la ciudad, y porque seguimos escuchando los gritos, el sonido de las espadas al entrechocar y las voces. Porque siguen cayendo elfos y humanos y hadas, y también estrellas que, al contrario de lo que dicen los cuentos, no se convierten en polvo y desaparecen. Sus cuerpos se quedan ahí, esperando un entierro. Esperando su quema y volver al cielo impulsados por las llamas de su pira funeraria, o tal vez su reencuentro con la tierra, de donde brotarán flores de pétalos brillantes como la luna llena.

Hago una mueca cuando una flecha de Eirene alcanza a Mab en el brazo izquierdo. Seaben ha retrocedido y se pasa la manga por la cara, limpiándosela de sudor y sangre, que vuelve a caer sin contemplaciones por su mejilla desde la brecha que tiene en la frente. Lo veo parpadear furiosamente, como si estuviera resistiéndose al cansancio. Sé que yo mismo no me desplomo por pura fuerza de voluntad y porque nuestras vidas dependen de ello.

La reina se vuelve hacia Eirene. Tiene en la cara una expresión de furia y dolor que nunca había visto en ella y, lejos de soltar el puñal que tenía en la mano, la veo apretar los dedos a su alrededor. Sé lo que va a hacer incluso antes de que los demás se den cuenta. Sé, también, que solo tengo un instante para actuar.

Cuando cubro a Eirene con mi cuerpo, tengo la certeza de que es la decisión correcta.

Eirene



a sombra de Drake me cubre rápidamente. Caemos al suelo, ambos, enredados, y yo gimo de dolor cuando me golpeo la cabeza. El arco se escurre entre mis dedos y se aleja de mí. Cuando abro los ojos, el hechicero está sobre mi cuerpo, tiene los ojos entrecerrados y jadea.

Me quedo pálida cuando descubro el puñal clavado en su costado, desde atrás. Me obligo a incorporarme con rapidez y lo levanto conmigo, pero él no agradece el movimiento y se encoge sobre sí

mismo. Ambos compartimos una mirada llena de pánico y confusión, mientras mis dedos van hacia la empuñadura.

—Va a doler.

Drake asiente. Aprieta los párpados, preparándose para el tirón. Para el momento exacto en el que le quito el puñal clavado, con toda la fuerza que puedo. Siento a Mab tratando de confundir mis sentidos, pero la repelo como puedo, sacudiendo la cabeza. Sé que Seaben me está ayudando y yo comienzo a pensar si no soy más que una carga que una ayuda en esta batalla.

Cuando el arma sale de la piel, Drake vuelve a gemir. Su cuerpo se desestabiliza entonces y sus ojos se ponen en blanco. Creo que caerá, pero no se lo permito. Lo sostengo como puedo, llena de ansiedad, de miedo por él.

—Drake. Drake, quédate conmigo. Concéntrate en curarte. Puedes hacer eso. Vamos.

—¡Marchaos!

La voz de Seaben suena por encima de nosotros y yo alzo la vista hacia él. Lo observo, con los ojos entrecerrados, pero él no me está mirando. Tiene los dientes apretados y contiene, como puede, un ataque de Mab. Pero ella también parece cansada. Ella también está herida. Sus alas han quedado inútiles después de que mis flechas le dieran alcance en varias ocasiones. Puede caer.

Pero no quiero arriesgarme a que no sea verdad. A que sea Seaben, al final, quien…

«Estaré bien. Aléjate. Preocúpate de Drake: en ese estado, ella acabará con él pronto».

«No quiero dejarte solo ahora. Estamos juntos en esto».

«Estamos juntos en esto. Sé que estás conmigo, incluso si no te quedas a mi lado ahora. Y estaremos juntos toda la vida cuando esto acabe, Eirene».

Tiemblo. Los ojos me escuecen y, cuando lo miro y él me observa de soslayo, en medio de otro ataque, las lágrimas amenazan con salir. Creo que me sonríe. O que lo intenta. Con dificultad, tiro del cuerpo del trovador hacia arriba. Él gime.

—No…

Lo ignoro. No me gusta hacer caso a Seaben, pero necesito alejarlo de este lugar. No solo por él, sino por todos los demás. Ni el príncipe ni yo podremos concentrarnos en Mab si sabemos que él se desangra, demasiado debilitado, demasiado cerca de Mab como para defenderse de un ataque certero en su mente. Lo usará. A estas alturas, sabemos cómo juega la reina de las hadas. Si puede rompernos en pedazos al acabar con un amigo, lo hará, y después terminará con nosotros.

Por eso lo alejo. Sé que Mab intenta matarlo antes de que podamos conseguirlo, porque Drake se encoge más sobre sí mismo y sacude la cabeza. Creo que un nuevo golpe certero de Seaben es lo único que lo salva. Al final, conseguimos alejarnos, incluso si mi mente sigue con el muchacho que se ha quedado atrás, solo, con una amenaza demasiado grande cayendo sobre él.

Drake cae pesadamente al suelo cuando conseguimos encontrar refugio en un callejón y yo me apresuro a mirar su herida. Sangra demasiado. No sé cómo puedo ayudarlo, pese a que miro a todos lados como si fuera a encontrar algún tipo de solución. Hay un cuerpo caído cerca, y aunque no me agrada la idea, al final corto algo de su ropa para volver a acercarme a mi amigo y presionar la tela contra su herida.

—Ei.

—Tranquilo, te pondrás bien.

—Ei, mírame.

Aprieto los dientes, pero alzo la vista hacia él. Drake parpadea, como si no viese demasiado bien, pero hay una sonrisa en su boca.

—Vuelve con Seaben.

—Me ha dicho que me quedara contigo.

—¿Y desde cuándo le haces caso…?

—¿Y por qué debería hacerte caso *a ti*?

—Porque no es hacerme caso a mí: es hacer caso a lo que quieres hacer. No le dejes solo con Mab, Eirene. Jamás te lo perdonarás si no sale de esta.

Las lágrimas me suben a los ojos. Son de ansiedad, pero también de rabia. De cansancio, porque no quiero seguir eligiendo entre uno y otro. Puede que esté enamorada de Seaben, pero los quiero *a los dos* en mi vida.

—¿Y crees que me perdonaré que algo te pase por haberte puesto en medio de un puñal que iba hacia mí?

—Estaré bien, Eirene. Te lo juro.

Vuelvo a mirar su herida, cogiendo aire con precipitación. Quiero creer que es cierto. Pero sangra tanto. No sé si tiene las fuerzas para sanarse tampoco. Tengo miedo de alejarme y de no volver a ver sus ojos abiertos ni escuchar su voz de cuento.

—Eirene.

Las manos de Drake toman mi rostro. Siento que me mancha de sangre, pero no me importa, mientras aprieto una de ellas contra mi mejilla. Sus ojos son francos, tranquilos.

—Ve ayudar a nuestro amigo.

Se me rompe el corazón, pero asiento. Mis labios tocan su frente

antes de separarme de su cuerpo. La expresión del trovador es tranquila cuando lo hago, como si hubiera plantado en su cabeza los sueños más dulces.

Al cuerpo caído a su lado le robo algo más. La espada es pesada en mi mano, pero hay batallas que no pueden librarse a distancia.

Cuando regreso, Seaben jadea, cansado, con la mirada encendida, y Mab avanza hacia él. Mis pies son más rápidos y ligeros de lo que han sido nunca. No me espera. Nadie lo hace. Mi espada para su siguiente estocada cuando me pongo justo delante de Seaben y me guardo la expresión de sorpresa de Mab como una victoria. Escucho cómo el príncipe toma aire con precipitación.

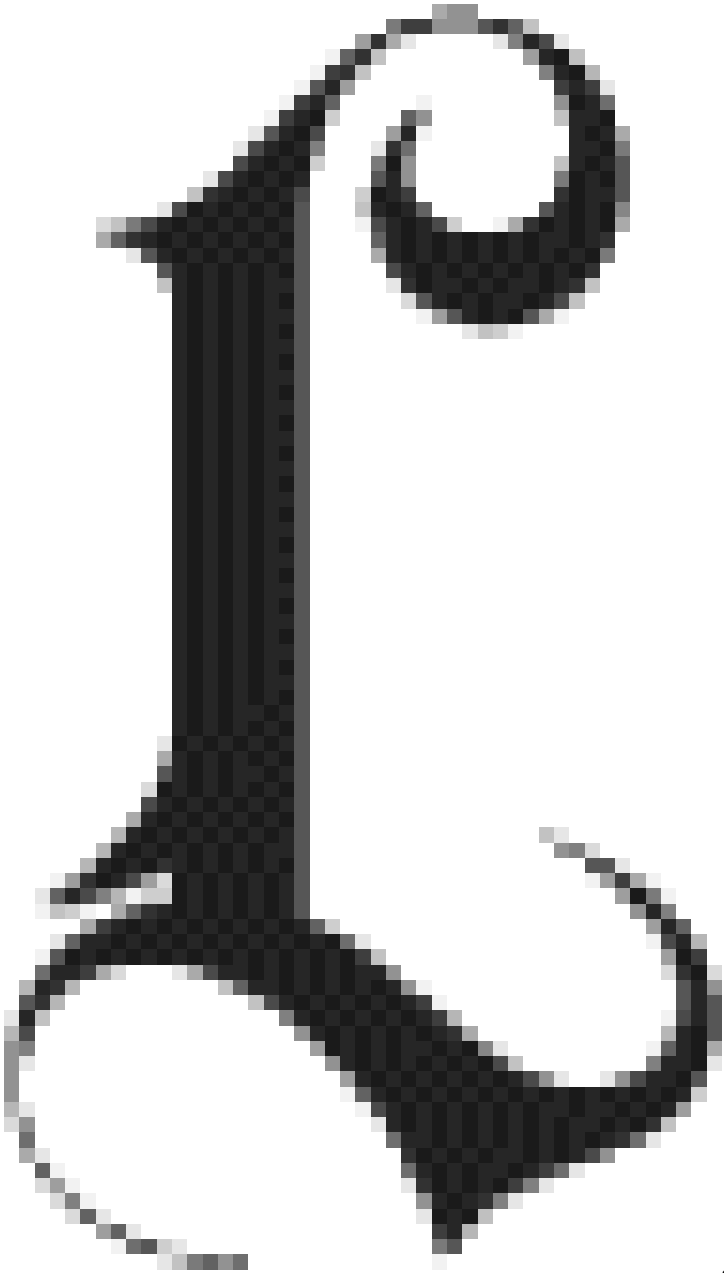
—Eirene.

—Estamos juntos en esto. Hasta el final.

Aunque se lo digo a él, no dejo de mirar a Mab mientras lo hago.

Si quiere matar a Seaben, tendrá que matarnos a los dos.

Sylvana



as puertas del gran salón en el que se esconde el libro se abren con un gran estrépito.

Y allí, inmutable, frente al gran altar, está ella.

—Sylvana. Rayne. Ha pasado mucho tiempo.

Polaris se gira hacia nosotros con una calma que hace que sepa, desde el principio, que será inútil tratar de convencerla de parar esta locura de la manera más fácil. Su rostro sigue siendo el mismo que el día en el que la conocí. Los años no parecen haber pasado por ella,

como si estuviera al margen del propio tiempo. Su vestido, por supuesto, está impecable, sin rastro de sangre o polvo, al contrario de las ropas de las personas que luchan más allá de estos muros. La sonrisa afable es la misma que me convenció de que aquí tendría un hogar. La misma que me dedicaba para consolarme por haber perdido a Rayne, sin decirme que *ella* fue quien lo alejó de mí.

Rayne, junto a mí, aprieta los dientes. Doy un paso hacia delante, antes de que él pueda hacer nada. Antes de que la rabia contra esa mujer, la que los dos sentimos, nos ciegue y olvidemos lo que debemos hacer. Un rápido vistazo a la estancia es suficiente para saber que, al menos, Fay no está aquí. Eso parecen pensar también los muchachos que nos siguen.

—Sinceramente, estaba leyendo el libro con mucho interés. Me preguntaba quién llegaría primero a esta estancia. Esperaba que fuera la princesa de Veridian: lleva obsesionada con ese plan absurdo al menos una luna. Desde que su enamorado la abandonó, aproximadamente… Hola, Svent. Es un placer conocerte. Bienvenido a tu ciudad.

El aludido parece desagradado por la idea de que le ofrezcan este lugar como su hogar. Por supuesto, si es descendiente de Mab, tiene una pequeña parte de sangre de estrella corriendo por sus venas. La misma sangre que lo ha maldecido con ojos rojos, que debe de haber ocultado con magia para pasar desapercibido. Que lo señalan como descendiente de la Estrella Traidora, Deneb de Lothaire.

—¿Dónde está Fay? —Eso parece ser lo único que realmente le importa—. La hemos visto entrar en palacio. En el libro tiene que poner dónde está ahora.

—Oh, viniendo hacia aquí. No tardará en llegar: tiene un guía que ha decidido ayudarla. Lo cual, sinceramente, no es la decisión más brillante de ninguno de los dos. —Polaris suspira, como si lamentase algo, antes de mirarme—. Después de todo lo que hemos cuidado a Lesath, todavía cree que puede ayudar a alguien a manipular el libro. Aparentemente, no escarmentó contigo, Sylvana.

Respiro hondo, pero trato de mantenerme segura.

—Polaris, escribe en el libro. Haz que todo esto termine. Echa de aquí a Mab de Lothaire.

—Eras tan inteligente, Sylvana, y sin embargo parece que no todas las lecciones se quedaron en tu cabeza, ¿verdad? No escribiré en el libro. Podríamos hacerlo, pero nosotras solo observamos, no actuamos. El Destino lo hace, y nosotras lo protegemos.

—No debería ser el destino de nadie morir aquí —gruño—. No cuando tenemos el poder de evitarlo. Hazlo por las buenas, Polaris, o

yo misma te arrebataré el libro de tus manos muertas.

La sonrisa de Polaris mengua entonces. Sus ojos se tornan tan fríos como en realidad siempre debieron ser tras esa fachada de falsa calidez.

—Te doy la oportunidad de salir de aquí, Sylvana, y volver por donde has venido. Todavía podéis salvar a la princesa también. De todos modos, ella no podría escribir jamás: no es una de las nuestras. Le admito la valentía. El ánimo de sacrificio, incluso. La astucia, porque ha llegado aquí sin hacer partícipe a Mab de Lothaire de su plan. Pero solo es una niña ilusa. Como tú, aparentemente, si crees que te permitiré poner un solo dedo encima del libro, muchacha. Sé racional como siempre fuiste, Sylvana: marchaos de aquí. Mab se enfrentará a mí. Y ganará quien tenga que ganar.

Sé que eso es todo lo que voy a conseguir. Sé que la única manera de escribir en el libro, de acabar con todo, no pasa por convencer a Polaris.

Si no por luchar contra ella.

—Estoy justo a tu lado —me susurra Rayne.

Respiro hondo. Su mano se entrelaza con la mía un segundo antes de que nos soltemos.

—No pensaba hacer las cosas así, Polaris. Pero, ya que insistes, de paso nos tomaremos una pequeña venganza. Y, como tú dices, que gane quien tenga que ganar. Espero que tu muerte se escriba de una manera hermosa en el libro.

No hay respuesta. Cuando nuestras mentes chocan es solo el principio. El filo de Rayne silba al ser desenvainado y él se acerca dispuesto a llevar a cabo una ofensiva más directa. Sus ojos se encienden como pocas veces los he visto. Si hay una parte de dios contenida en él siempre, más poderosa de lo habitual, más *letal* de lo habitual, sale en ese momento a relucir, con el grito de rabia que le araña la garganta. Polaris rechaza su ataque cuando la espada de Svent vuela de sus dedos hasta los de ella sin que el muchacho pueda hacer nada por evitarlo.

Ese truco también sé hacerlo yo.

La espada del muchacho rubio sale también disparada desde su mano. Yo no necesito empuñarla: solo necesito moverla lo suficiente, y lo suficientemente rápido, como para que vaya a clavarse en el corazón de Polaris. Acabaremos con esto rápido. Acabaremos *con ella* rápido.

Eso es lo que quiero creer.

Pero entonces Polaris ataca con verdadera fuerza mi cabeza y la espada cae con un repiqueteo al suelo cuando yo dejo de

concentrarme. Me retuerce y hace que caiga sobre mis rodillas. El dolor me atraviesa, demasiado fuerte, demasiado potente, amenazando con romperme.

—¡Sylvana!

La voz de Rayne me alcanza, pero yo sacudo la cabeza. No te preocupes por mí. Sigue. Desármala. Acaba con ella. Ataca su mente. *Acaba con ella*. Siento a Svent y al otro muchacho acercarse rápidamente a mí, intentando ayudarme a levantar. Reconstruyo mis murallas como puedo. Polaris repele otro golpe. No está acostumbrada. Lo suyo es la magia, el conocimiento, la quietud del poder y lo establecido, no las ofensivas directas ni las armas. Con todo, cuando Rayne le gana terreno, ella se aleja de él. Su mano se aprieta alrededor de la empuñadura de la espada y entonces utiliza su magia para moverse a sí misma de la misma manera que yo he movido el arma.

Se acerca a mí a gran velocidad y todo lo que yo puedo hacer es usar mi magia para lanzar hacia la otra punta del cuarto a los muchachos que hasta ahora me ayudaban, porque no quiero que se acerque ni un poco a ellos. Creo que se golpean contra la pared, pero no importa. Las contusiones que eso les haya podido provocar no serán nada en comparación con lo que puede hacerles Polaris. Pero entonces se detiene, con la misma mueca de dolor que tiene que haber en mi propio rostro. Gruñe, girándose hacia Rayne, que también debe de estar usando su mente contra ella. Siento su ataque sobre mí disminuyendo. Su presión dejando de apretar mi mente, parando de retorcerla a su antojo.

—Tú, sucio hijo de dioses. Debí haberte matado cuando tuve oportunidad.

—El sentimiento es mutuo, vieja —gruñe él.

—Pero no voy a perder en esta ocasión. Sigues siendo igual que hace cincuenta años: estúpido, y demasiado preocupado por ella.

Ninguno de los dos lo vemos venir.

Rayne está tan centrado en protegerme que se olvida de sí mismo. Supongo que eso fue lo que pasó también cincuenta años atrás, cuando estaba tan preocupado por lo que a mí me pudiera pasar en el hogar de los dioses que cayó en la trampa de Polaris y decidió que se expondría solo al peligro y después volvería a por mí.

La espada que yo intenté lanzar antes hacia Polaris se ha vuelto a alzar.

Ha vuelto a volar.

Y ahora atraviesa el cuerpo de Rayne.

—¡¡No!!

Rayne mira hacia abajo con incredulidad. Veo su rostro perder color, y sus labios, ganarlo cuando se pintan de carmesí al tratar de hablar una última vez.

Sus rodillas encuentran duramente el suelo.

Su última mirada, antes de que caiga, es para mí.

Su último pensamiento… para Drake.

—¡¡No!! —vuelvo a gritar.

Pero ya no está conmigo.

Polaris sonríe de medio lado, con satisfacción, antes de girarse hacia mí.

—Todavía puedes pensártelo mejor, muchacha. No me gusta matar a las mías. Recapacita, y márchate de aquí.

Me fijo en ella, con el corazón y el alma partidos en dos. En la mujer que creí que sería una madre para mí. A la que admiré durante mucho tiempo, porque tenía todo el conocimiento del mundo entre sus dedos. La que llegué a desear ser.

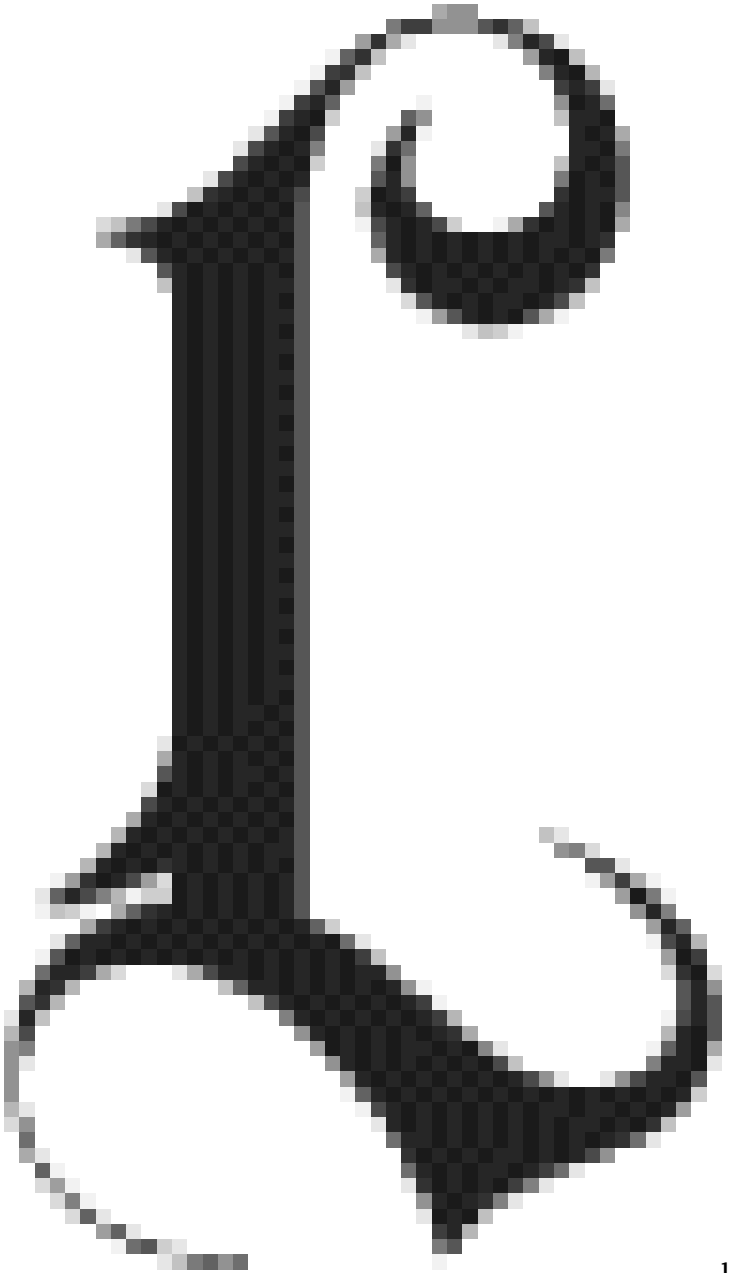
La mujer que me apartó de Rayne durante cincuenta años.

La que me lo ha quitado para siempre.

Cuando vuelvo a gritar, es para atacar su mente con más fuerza de lo que lo he hecho nunca. Con todas las que me quedan. Con más de las que puedo permitirme.

Por mucho que mi piel brille, nada puede librarme de la oscuridad, pero al menos me llevo a Polaris conmigo.

Fay



lego a tiempo de escuchar el grito. Creo que reverbera por cada pared del castillo, en cada rincón. Creo que la propia ciudad tiembla con la voz que se rompe en la sala.

Y la veo caer.

Sylvana.

Es la Sylvana de las noches de luna llena. La que crecía, de golpe, solo una vez al mes. Es la Sylvana de los cuentos, de la luz de astro al

completo, de leyenda antes de dormir y de verdad escondida en un montón de relatos.

No entiendo qué hace aquí.

Y no entiendo por qué cae.

—¿Sylvana?

La muchacha no responde. Su cuerpo, caído en el suelo, al lado del de una estrella que no conozco, no se mueve. Cuando me acerco un paso, temblorosa, el elfo que me acompaña toma mi brazo para detenerme. Parece triste, con un dolor que parece creado por todas las penas del mundo anidando en un solo corazón. Sylvana cuidó de él una temporada, ¿verdad? Igual que cuidó de mí cuando era pequeña. Supongo que está asustado, claro. Llevaba mucho tiempo sin verla también. Trato de sonreírle.

—N-no pasa nada, está bien.

—No lo está. También lo había visto. A ella…, morir.

Río. El sonido sale estrangulado de mi garganta, pero me obligo a hacerlo real mientras sacudo la cabeza.

—No, claro que no ha muerto. —Me suelto de él con un tirón que le sorprende porque no lo espera. Me giro hacia los cuerpos. Doy un paso hacia ellos—. ¿Sylvana? Sylvana, díselo. Sylvana. —Otro paso más, hacia delante—. Sylvana, ha pasado mucho tiempo. Escucha, siento haberme marchado de Lothaire, ¿de acuerdo? Seguro que te decepcioné. Pero no te preocupes. Voy a volver atrás, ¿entiendes? Lo arreglaré. Lo arreglaré todo. ¿Me ayudas, Sylv? Venga. —Otro paso. Me acuclillo ante ella, con las manos temblando. Mis dedos tocan los suyos—. Podemos hacerlo juntas. Vamos, Sylv.

—Fay.

Me tenso. La voz llega clara hasta mí y, cuando alzo la vista, los veo. Itsvan y Svent están en un rincón de la gran estancia. Itsvan parece mareado, apoyado contra la pared, y Svent, bajo la forma de Naim, se acerca a mí con precaución, como si temiera que fuera un animalillo de los que siempre había alrededor del monasterio, demasiado pequeño, demasiado inocente, demasiado asustado.

Pero yo ya no soy ese tipo de animal. Quizá lo fui una vez, pero ya no.

—¿Qué hacéis aquí?

—Estábamos buscándote, Fay. —Svent traga saliva—. Hemos seguido al ejército hasta aquí y hemos visto que entrabas en el palacio. Estábamos perdidos cuando nos encontramos con Sylvana. Ella también estaba preocupada por ti. —Titubea—. Escucha, sé que has venido a por el libro, pero…

Vuelvo a mirar a Sylvana. Sus ojos siguen cerrados, sus párpados

caídos, y cuando aprieto su mano no hay respuesta. Muevo mis dedos, solo un poco más abajo, sin respiración. Con un jadeo, busco su pulso.

El sollozo me rompe la garganta cuando no lo encuentro.

Pero no pasa nada.

No pasa nada, porque puedo arreglarlo.

Mi mirada se alza, con desesperación. Busca. Y encuentra.

El libro está esperándome sobre su altar, y yo suelto a mi amiga para lanzarme hacia él con más desesperación de la que he sentido jamás. No pasa nada. No pasa nada, lo arreglaré. Lo arreglaré todo. Lo cambiaré todo.

Antes de que pueda alcanzar el altar, sin embargo, Svent me coge.

—¡Fay! ¡Fay, para!

—¡No, suéltame! —La voz se me rompe. Intento empujarlo, pero no sé de dónde saca la fuerza para impedírmelo—. ¡Suéltame, te digo! ¡Voy a arreglarlo! ¡Puedo arreglarlo! ¡Voy a…!

No espero su boca contra la mía. Me deja clavada en el sitio, con los ojos demasiado abiertos y la vista nublada por las lágrimas que ruedan por mis mejillas. Hay un tirón en mi estómago y una sensación extraña contra mis labios. Un cambio en el ambiente, incluso, y un rostro que se transforma frente a mí.

Cuando Svent separa *sus* párpados y se aleja de mí, sus ojos vuelven a ser rojos. Están más cerca de los míos que con el cuerpo de Naim, aunque sigue siendo un par de centímetros más bajo que yo. Su frente, sin embargo, alcanza la mía. Su respiración está entrecortada y sus dedos presionan mis hombros.

Cuando otra lágrima rueda por mi mejilla, mientras yo me quedo muy quieta, su caricia aparece para recuperarla.

—Fay —me llama, con voz suave. Sus manos, con delicadeza, como si creyera que me fuera a romper, toman mi rostro—. Lo siento. Siento lo de Sylvana. Siento todo lo que has sufrido. Pero no puedes evitarlo todo. Ya ha pasado. Y ha habido mucho dolor, sí, y… y quizá haya heridas que nunca lleguen a curarse, y personas que no vamos a volver a ver. Pero… Pero tenemos que superarlo. Y cambiarlo todo no es la manera.

—No… No, no lo entiendes. —Trago saliva—. Es culpa mía. Yo hui de la boda. Si no lo hubiera hecho…

—Si no lo hubieras hecho, jamás te habría conocido. Y no quiero no conocerte, Fay de Veridian. No quiero no enamorarme de ti.

Me estremezco. Bajo la vista, temblando, pero vuelvo a negar con la cabeza. No lo entiende. No está analizándolo bien. Conocerme solo le ha traído desgracia.

—Si volviéramos más atrás, incluso podríamos evitar la guerra

entre Anderia y Lothaire.

—Y entonces tampoco habría conocido a Itsvan y Naim. De hecho, es posible que yo jamás naciera.

—¡Se salvaría gente!

—No sabes si se salvarían, Fay. ¿Cuánto más atrás volverías? ¿Qué vas a cambiar? ¿Harás que Aldhara nunca salga de su torre? ¿Evitarás que Deneb traicione a las estrellas? ¿Quién inició la guerra entre los dioses y ellas? ¿Quién cometió el primer error? ¿Y antes, todas las guerras que debió de haber en el mundo? ¿Qué pasará si todo cambia? ¿Cómo sabes que otra persona no cometerá un desliz? ¿Cómo sabes que no habrá otra Deneb, otra Aldhara, otra Mab, otras guerras? ¿Qué pasará entonces? ¿Otra persona vendrá aquí, tomará el libro, y lo cambiará todo otra vez?

Lo miro, perdida. Sin respiración, con los pensamientos embotados y con más miedo del que he tenido nunca. Los iris carmesíes son tristes frente a mí mientras me acuna el rostro. Mientras me limpia las mejillas, que siguen mojándose con el rastro de un llanto que no puedo detener.

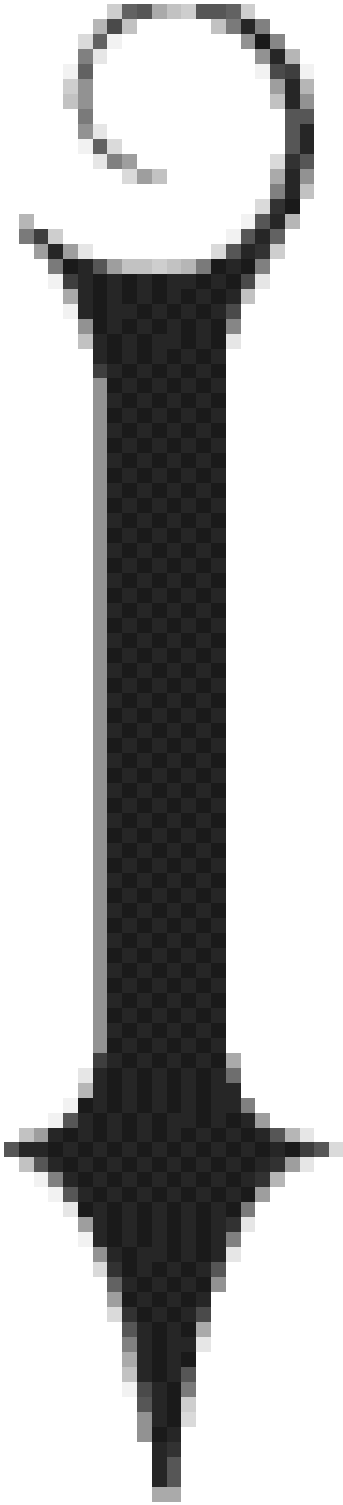
—Estabas tan roto —sollozo. Su mandíbula se tensa. Creo que él también llorará. Sus pupilas, al menos, brillan con lágrimas contenidas —. Te obligaron a matar. Te manipularon. Nos usaron. Y tú te marchaste, porque no podías más, y yo lo entendí, y si no me hubieras conocido… Yo… yo solo quería ayudar. Solo quería…

—Quizá este mundo no sea el mejor, Fay. Quizá esté lleno de tristeza, y dolor, y quizá todos hayamos sufrido muchísimo más de lo que nos merecemos. Pero ha sido precisamente en este mundo en el que he conocido a mi familia. En el que te he conocido a ti. Y no quiero ningún otro. Encontraremos la manera de alumbrar un mundo mejor. Encontraremos la manera de ayudar. Pero no de esta forma. Lo haremos superándolo. Lo haremos viviendo, y construyendo algo mejor.

No sé cómo vamos a hacer eso. No sé si se puede superar tanta pérdida, tanta pena, tantas dudas.

Pero cuando Svent me mira, con entereza y decisión, puedo creer que es posible.

Svent



tsvan abraza a Fay con mucha fuerza, con todo el miedo de perderla condensado en su gesto. No escucho qué le dice, pero puedo ver que le susurra algo y que ella baja la vista y

asiente, muy suavemente. En la puerta, el otro elfo parece algo incómodo. Por su túnica blanca, debe de ser uno más entre las estrellas, aunque no puedo evitar preguntarme si, como yo, también tiene su sangre.

—Svent, Itsvan, este es Lesath. Es… el tío de Eirene.

Mi compañero y yo nos miramos. Otro misterio más, pero yo estoy demasiado agotado para preguntar, así que solamente hago un gesto con la cabeza hacia la puerta.

—Vayámonos de aquí.

Fay duda. Los cuerpos en el suelo no significan nada para mí, pero para ella… La veo quitarse la capa y caminar hasta su amiga, su antigua haya, y agacharse a su lado. La cubre con respeto, como si la arropase, y luego tapa también su cara. Sé lo mucho que le cuesta separarse de ella y lo comprendo. Pongo una mano sobre su hombro.

—Cuando estemos de vuelta en Anderia —susurro—, plantaremos el árbol más hermoso en su honor.

Lo digo sin pensar, porque no sé si Fay volverá a Anderia, pero ella simplemente me mira y luego cabecea con cautela. Su mano se desliza dentro de la mía. No dice nada, aunque tampoco creo que haga falta. Itsvan, por su parte, aprovecha el momento para recuperar su espada y envainarla. Puede que yo no sepa cómo utilizar un arma, pero sé que él se siente más seguro así. Aunque hace ya mucho de sus lecciones de esgrima, de cuando era pequeño y vivía en la mansión de sus padres, sé que podría usar una sin dudar. Esta noche, de hecho, me lo ha demostrado más veces de las que desearía.

Sin embargo, es Itsvan, el primero que parecía dispuesto a salir del cuarto, el que mira el libro. El que se queda parado, pensativo, antes de girarse hacia nosotros.

—¿Deberíamos dejarlo así? Si alguien decidiese escribir…

—Solo los que descienden de estrellas pueden escribir en el libro. Cualquier otra persona no solo fallaría en su intento, sino que moriría.

Fay mira a Lesath, sorprendida, y queda claro que no tenía la menor idea de hasta qué punto el libro se podría defender a sí mismo.

—¿Significa eso que si hubiera intentado escribir en sus páginas…?

—Te hubieras convertido en ceniza.

—¡Pero tú me guiaste hasta aquí! ¡Habría…!

—No —lo interrumpe Lesath—. Sabía que no llegarías a tocarlo. No era tu destino, Fay de Veridian…

Ella se estremece, pero prefiere no decir nada y tira suavemente de mí. Sé lo incómoda que está, porque es consciente de que habría fallado en su misión. Todo habría sido inútil.

—Espera. Itsvan tiene razón. No podemos dejarlo así. —Me suelto

con suavidad de su mano y vuelvo atrás—. Mab de Lothaire, al fin y al cabo, está en la ciudad. Ella podría venir y escribir y… cambiarlo todo a peor. Tenemos que destruirlo.

Subo los dos escalones del altar y me detengo delante del libro, que está sobre un atril de plata labrada con un patrón de estrellas. El volumen está abierto y en una caligrafía diminuta, la página se va escribiendo. La tinta es dorada, como oro líquido. Inevitablemente, me fijo en su belleza. En cómo el pergamino parece hecho de la piel de la propia luna, blanca y brillante, muy fina. En cómo las líneas son todas del mismo tamaño y, en los márgenes en blanco, dibujos de lo que ha pasado se van creando con los colores más vivos: la lucha entre Sylvana y Polaris queda a mi izquierda. Una esplendorosa Mab de Lothaire se perfila sentada sobre una letra capital. Abajo, un muchacho de pelo blanco se inclina sobre el atril del libro en el que se escribe el destino…

—¿Cómo se supone que se destruye algo así? ¿Le prendemos fuego?

Asiento al comentario de Fay, pero lo cierto es que no presto atención del todo. Las letras han llegado al final de la página y yo, intrigado, vuelvo la hoja. En realidad, el libro se escribe y se borra, las líneas van cambiando y, a veces, desaparecen antes de que la frase termine.

Observo, curioso, cómo sigue la historia.

Y leo, esperanzado, la batalla que se desarrolla a las puertas de palacio.

ab nos mira jadeante, con la frente brillante de sudor y las ropas sucias y ajadas. Incluso así, sin embargo, incluso agotada y sangrando, sigue teniendo a su alrededor un aura que nosotros nunca tendremos. El aura de quien ha enviado a hombres y mujeres a su perdición, el aura de quien convence a un ejército para atacar a seres inmortales.

El aura de quien ha sobrevivido a lo indecible, pero se ha corrompido en el proceso.

Eirene y yo intercambiamos una mirada.

«A la vez», le advierto. «No podrá con los dos».

Ella asiente, concentrada.

«Gracias por volver», pienso. Sé que no se lo espera, porque sus ojos se abren un poco más, pero necesito decirlo. «Gracias por seguir a mi lado incluso en esto».

«Deja de hablar como si esto fuera una despedida».

No quiero hacerlo. Claro que no. Pero hasta ella tiene que reconocer que han pasado demasiadas cosas esta noche. Hasta ella tiene que ser consciente de la desolación a nuestro alrededor. De que los gritos se han ido apagando. De que hasta el crepitar de las llamas se ha ido acallando. Es posible que no queden muchas personas vivas, de la raza que sean. Incluso las estrellas, de hecho, habrán acabado sucumbiendo.

No quiero que sea una despedida, claro que no. Quiero pensar que Mab ha empezado a romperse. Quiero pensar que ni siquiera ella puede aguantar eternamente. Aunque no quiera admitirlo, es mortal. Todos lo son, incluso las estrellas y los dioses. Si les cortas la cabeza, hasta sus corazones dejan de latir.

La reina de las hadas sopesa su arma. Nos aguarda. No será ella quien dé el primer paso, y eso significa que está preparada. Pero ¿puede parar dos espadas con la suya y otra de sus dagas…?

Aseguro los muros alrededor de nuestras cabezas.

«¡Ahora!».

Eirene y yo nos lanzamos contra la reina de las hadas. Sus pies se posicionan sobre el último escalón y la veo apretar los dientes. Su espada se estrella contra la mía con una furia que casi me saca el arma de las manos y detiene el golpe de Eirene con su daga. Con los talones bien clavados al suelo, sin embargo, no se conforma con eso: siento su mente arremeter contra mi muralla y me distraigo un instante, solo uno, que ella utiliza para ganar terreno. Es todo lo que necesita para poder alzar la pierna y golpear a Eirene en el abdomen, haciendo que pierda el equilibrio y acabe en el suelo. La escucho estrellarse dolorosamente contra el empedrado, dos escalones más abajo, pero no puedo mirar hacia ella. No puedo apartar la vista del par de ojos rojos que tengo delante, que se entornan en un rostro arrebolado por el esfuerzo.

—No puedes vencerme —me asegura.

«No puedes vencerme», repite en mi mente. La sorpresa es mayúscula, porque creí que estaba a salvo de ella pero, una vez más,

la he subestimado. Como en la más alta torre del castillo de Lothaire. Como en los pasadizos de Astrea.

En el borde del escalón desde el que la he atacado, pierdo pie. Siento que voy a caer. Lanzo la espada hacia delante, en un intento de alcanzarla. Un torpe intento de herirla, pero ella me coge por la muñeca. Escucho algo que se estrella contra el suelo y pienso, en un momento de desconcierto, que suena como una espada. Pero yo no he soltado la mía. Tengo los dedos entumecidos, de hecho, de agarrarla con tanta fuerza.

¿Mab ha soltado su espada para cogerme?

La reina, no hay duda, tira de mí hacia delante, con más fuerza de la necesaria.

—Realmente te quise como a un hijo, Seaben —susurra en mi oído —. Fuiste una de las pocas personas a las que llegué a querer. Lo siento.

¿Lo siente?

Bajo la vista. Veo su expresión convertida en una mueca, como si compartiese mi dolor.

Más abajo. Sus uñas clavándose en mi piel.

Y más abajo aún. Su puñal…

Svent

*n el estómago del príncipe.*

*La reina dejó que el cuerpo cayese de rodillas, a sus pies, mientras contemplaba la sangre manar de la herida.*

No.

Doy un paso hacia atrás, sin creerme lo que estoy leyendo. La historia que se sigue desarrollando, incluso si no me gusta, ante mis ojos. Las líneas se desenvuelven como un carrete de hilo dorado y yo me estremezco, sin comprender. ¿Mab de Lothaire ha ganado? ¿Ha matado al hijo de Chryses y Celeste? ¿Al verdadero príncipe de

Anderia?

—¿Svent?

Me giro. Fay, Itsvan y Lesath me observan con curiosidad y yo no sé qué decirles. Si las cosas siguen como hasta ahora, Mab también matará a Eirene de Nryan. La elfa no tiene nada que hacer ante su poder mental. Incluso si la princesa consiguiese ganarle en un duelo cuerpo a cuerpo, no es posible que pueda resistirse a las garras de Mab en su cabeza. La hará clavarse la espada en su propio corazón, si es necesario. Y luego…

Luego, ¿qué?

La guerra no se acabará aquí. Irá a por los dioses. No. Vendrá aquí y reescribirá la historia. Moldeará el mundo a su placer, a su conveniencia.

—Svent, dinos qué pasa.

La princesa de Veridian está ante mí y pone sus manos en mis hombros. Me zarandea, confundida por mi silencio. Preocupada.

—Lo ha matado. La reina lo ha matado.

En realidad, no he querido leerlo. Puede que no lo haya hecho. *No puede* haberlo hecho, ¿verdad?

—¿A quién? —Itsvan no entiende nada.

—A Seaben de Lothaire —digo.

Lesath permanece impasible. Si acaso, hay la más suave de las tristezas pintada en su cara. La resignación. Como si ya supiese lo que iba a ocurrir. ¿No dijo antes algo parecido? Que *sabía* que Fay no iba a llegar a tocar las páginas del libro. Que se iba a salvar.

—¿Tienes el don de prever el futuro? ¿Sabías que iba a pasar?

—Tengo el don de ver lo que harán las personas en una situación determinada. Lo que yo veo, normalmente, sucede. Pero eso no significa que todo lo que ocurre sea así. El futuro no es… inamovible.

Su atención se vuelve al libro.

No existe nada como el destino. Una persona puede marcar la diferencia sobre lo que va a pasar. Una decisión puede llevar a la paz o a la guerra o a la destrucción más absoluta. Una decisión puede hacerte despertar escriba un día y príncipe el siguiente, con un aro de oro alrededor de tu cabeza y un castillo enorme en el que sentirte, a pesar de su tamaño, un prisionero.

Una decisión puede acercarte a las personas a las que quieres o desvincularte de ellas para siempre.

—¿Cómo se escribe en el libro, Lesath?

—Solo la sangre de una estrella puede hacerlo.

Trago saliva, pero me vuelvo hacia el altar. El volumen sigue allí, esperando.

—¿Qué vas a hacer, Svent?

Acabo de decirle a Fay que no puede reescribir el libro. Sé que está mal. Sé que, después de esto, quizá las estrellas me castiguen. Sé que no debería cargar con esa responsabilidad.

Sé que voy a pasar el resto de mi vida preguntándome qué palabras podría haber escrito. O, tal vez, qué habría pasado si hubiera dejado que el mundo siguiera su curso, como Polaris quería hacer.

Pero, por primera vez en toda mi vida, tengo la certeza de que, si hay cosas que dejo que ocurran cuando podría haber hecho algo, serán solamente mi culpa.

Por eso me acerco a recoger mi arma del suelo. Escucho las exclamaciones de sorpresa de Itsvan y Fay cuando arrastro la espada conmigo hasta el altar. Cuando me abro, sin pensar, la palma al pasar la mano por ella. Al principio no siento nada, pero luego empieza a escocerme, a medida que la sangre empieza a correr en una fina línea.

Vuelvo la vista a la página. La historia se ha ido desenvolviendo por esa y las hojas que siguen, pero yo sigo mi instinto y decido qué tengo que hacer. La última línea que leí sigue ahí.

*La reina dejó que el cuerpo cayese de rodillas, a sus pies, mientras contemplaba la sangre manar de la herida*.

La plumilla para escribir está justo al lado del libro. Me pregunto si realmente Polaris nunca la usó. Si ha estado ahí, intocable, puede que por siglos, y yo seré el primero en usarla y mancillarla con mi sangre. Es sencillo soltar la espada y tomar la pluma, es un gesto que es más propio de mí, que me devuelve a mi vida. Es fácil conseguir tinta de mi herida. El papel comienza a mancharse de carmesí.

*Mab estaba dispuesta a verlo morir, como había visto morir a todo el que alguna vez se había interpuesto en su camino*, escribo, ignorando el escozor del corte abierto. *Un camino largo, tortuoso, que estaba a punto de llegar a…*

Mab

*u fin.*

Seaben me mira desde abajo, con una mano aferrada a mi ropa y la mirada incrédula sobre su herida. Sobre el puñal. Sus dedos se cierran sobre su empuñadura y yo, con ternura de madre, envuelvo mi mano alrededor de la suya. Noto su piel fría, su cuerpo tembloroso, cuando saco el filo de su carne. Sale con facilidad.

Me echo un paso hacia atrás, para contemplar mi obra, y suspiro.

—Mira lo que me has hecho hacer, Seaben…

Me aparto de él. Eirene grita su nombre al verlo caer y coge su espada. Es una muchacha insistente, no me cabe duda, pero a estas alturas no tiene sentido que lo intente. Noto su mente desprotegida, y

es tan sencillo colarme en ella que casi me da pena. Como su esposo, cae al suelo. Al contrario que él, grita.

Bajo el par de escalones que me separan de ella. Veo que intenta levantar la espada, pero las manos le tiemblan tanto que no es capaz. Las fuerzas le fallan y yo piso la hoja para que no tenga más que hacer que rendirse. Aunque me mira con odio, sus ojos están nublados, entornados por el esfuerzo. Mis invisibles ejércitos destrozan los restos de la muralla alrededor de su cabeza y entran, saqueando ideas y recuerdos. Matando toda su esperanza. En ella, que aparece como un estanque transparente, veo todos sus miedos al descubierto, diseccionados para mí. Sus dudas. Me entero del destino del espíritu de su madre y de la decisión de gobierno que ha tomado Nryan tras la muerte de un regente que, tengo que admitirlo, fue una buena marioneta con la que jugar, aunque nada más. Descubro cómo se salvó en Astrea y cómo liberaron al pueblo después…

Sus gritos reverberan en las paredes. Se hacen eco y se alzan hacia el cielo, como si quisieran pedirle ayuda a las estrellas que titilan todavía en el cielo.

—Nadie va a venir en tu ayuda, Eirene. Estás sola.

Ella está llorando. La veo sacudir la cabeza y suspiro, encontrando el centro de su mente. Sus pensamientos más preciados. Sus recuerdos más preciados. Veo a su madre. A su padre, el amante de la reina Áine. Veo a Seaben, a su amigo el trovador. A Fay de Veridian. Veo…

Estoy tan concentrada y tan adentro en su mente que no sé el momento en que las paredes se vuelven a alzar. El instante en el que mi mente, sin quererlo, queda atrapada en la suya. Me debato, con fuerza, súbitamente asustada, pero no soy capaz de salir. No hay ninguna escapatoria. Ella llora y sé, sin lugar a dudas, que no ha podido ser esa niña la que me ha encerrado.

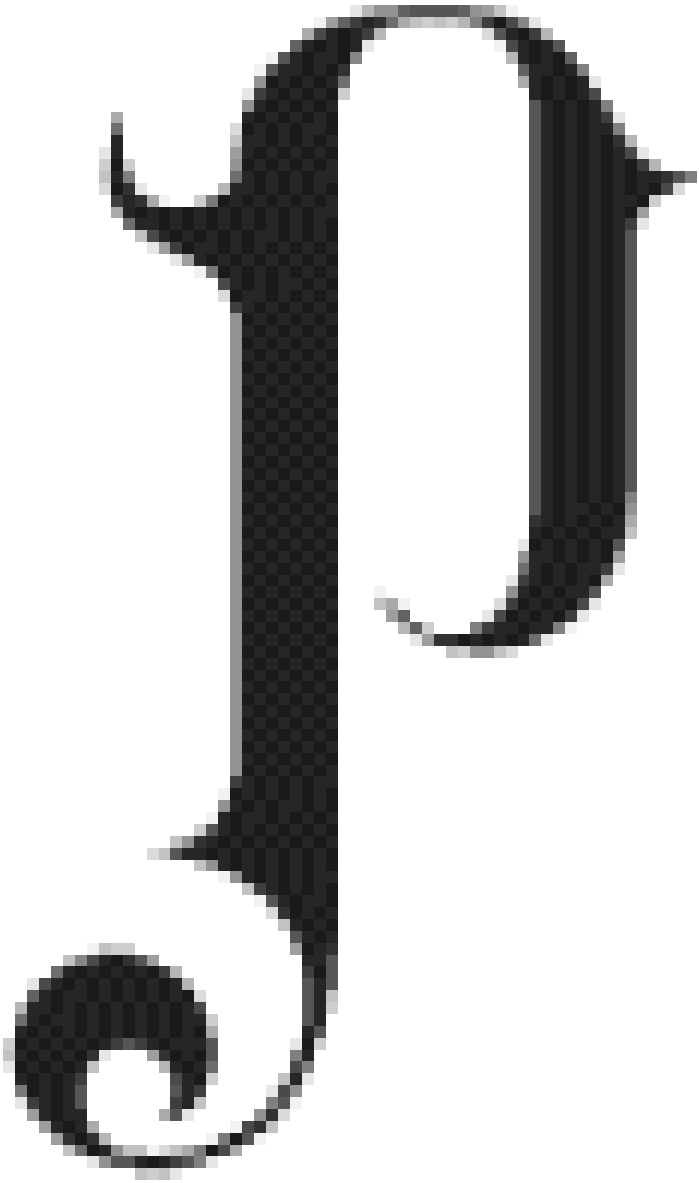
Cuando me doy la vuelta, es demasiado tarde.

Un Seaben fantasmal, blanco como el mármol, incrusta el puñal entre mis costillas.

—Por mis padres —dice.

*Una estrella más se apaga en la ciudad.*

Fay



or encima del hombro de Svent veo cómo él escribe la decisión que condena a Mab de Lothaire. Girarse para acercarse a mi prima, antes de ver cómo Seaben expira su último aliento, es suficiente. El resto lo sigue escribiendo el libro. O las propias vidas de los protagonistas y el libro solo lo reproduce a medida que va pasando. Sea como sea, lo único que quiero hacer es salir corriendo al leer cómo Eirene sufre.

Y después, volver a respirar con la última frase.

*Una estrella más se apaga en la ciudad*.

Mab de Lothaire ha caído.

Svent suelta la pluma, que ha estado sosteniendo hasta ahora, y me mira. Está casi tan blanco como sus cabellos, pero yo no dejo que dude de si ha hecho lo correcto. Probablemente le ha salvado la vida a Seaben. A mi prima. A cada estrella que quede viva en este lugar. A mí misma, al no dejarme acercarme al libro. Me ha seguido hasta aquí, pese a todo lo que nos separaba, pese a todo lo que le dije en la tienda.

Pese a que no respondí a sus sentimientos, cuando me los confesó.

—Te quiero.

Svent entreabre la boca, sorprendido, aunque no sé a qué se debe su expresión. ¿No recuperó su aspecto, al fin y al cabo, cuando sus labios tocaron los míos? Ya lo sabía. Y a mí me avergüenza su mirada, de modo que solo alzo las manos hasta su cara y lo beso. Siento su suspiro contra mi boca. Su mano, dejando caer la pluma al suelo, para apoyarla sobre mi mejilla.

Un carraspeo nos obliga a separarnos. Creo que Svent frunce un poco el ceño, pero Itsvan trata de esbozar una sonrisa inocente.

—Me encanta veros tan cercanos de nuevo, pero íbamos a quemar ese libro, creo recordar.

Me separo un paso de Svent, asintiendo.

—Mi prima y Seaben necesitan ayuda. Sobre todo él.

—Yo puedo ofrecerla.

Todos nos giramos hacia Lesath. Supongo que querrá ayudar a su sobrina. Querrá *conocerla*, aunque será solo por breves minutos. Hasta donde yo sé, él debe quedarse en este lugar, al que su vida está ligada.

Svent toma el libro entre sus brazos y carga con él, pesado como parece. Nadie más se atreve a tocarlo. Todavía me asusta lo que ha dicho el elfo. Si Svent e Itsvan no me hubieran seguido, ahora yo solo sería otra historia perdida en una de esas páginas, por demasiado atrevida.

Mi último vistazo va para el cuerpo que se esconde bajo mi capa. Siento las lágrimas queriendo volver a salir. Lamento, más que nunca, no haberme despedido de ella cuando me marché de Lothaire.

Me cuesta no volver a mirar atrás cuando dejamos el castillo.

eaben cae de rodillas a mi lado, justo después de que lo haga el cuerpo de la reina.

Apenas puedo enfocarlo bien, porque mi mirada nublada no me lo permite. La cabeza nunca me había dolido tanto. Siento que en cualquier momento me romperé en dos, que todos mis recuerdos se han convertido en un gran amasijo, que no podré pensar en nada más nunca.

Y, aun así, necesito alcanzar la mano de Seaben. Sus dedos tocan los míos, en una caricia tan temblorosa como su sonrisa. Yo intento devolverle el gesto de mi boca.

—Juntos.

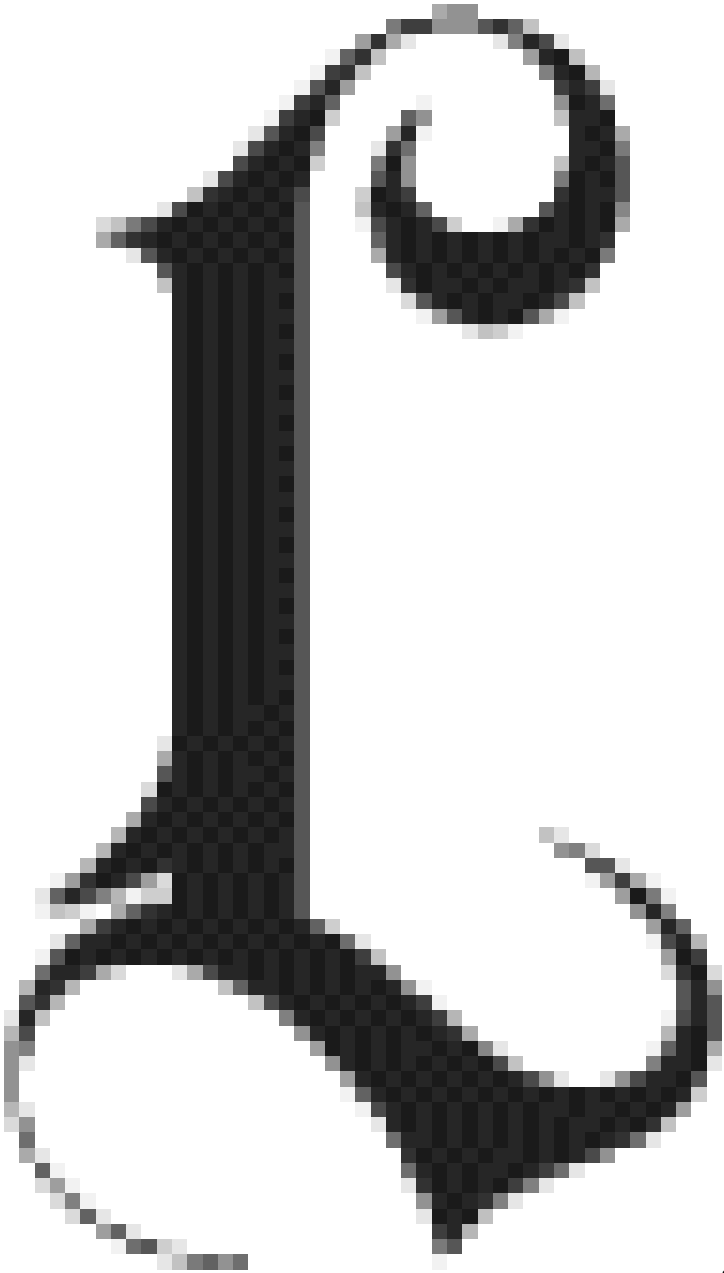
Seaben asiente. Con cuidado, queriendo estar más cerca de mí, o quizá porque sencillamente ni siquiera puede sostenerse sobre sus rodillas, su cuerpo se echa a mi lado. Nuestras manos se entrelazan. Yo siento que mi cabeza no puede más. Que está a punto de rendirse y dejarse ir. Que ya ha sido suficiente.

—Juntos.

Seaben y yo nos miramos, sin decir nada más. Todavía sonreímos, con las pocas fuerzas que nos quedan. Creo que escucho voces, que alguien me llama, pero no me importa, porque nos hemos ganado existir solo nosotros, al menos por unos segundos. Cuando su rostro se mueve y besa mis nudillos, dejando caer sus párpados, yo también me permito cerrar los ojos.

Por fin podemos descansar.

Epílogo



a vida real nunca es como dicen los cuentos, pero hay historias que toman el aspecto de cuentos y superan a los mismos por sus hechos increíbles. Por la incertidumbre de su final o porque mantienen a sus oyentes callados, con la boca abierta, esperando el siguiente giro de los acontecimientos.

Pero para contar una historia, sea esta como sea, hace falta una voz que destile magia y alguien que crea en el cuento más que en la

vida real.

Hubo mil historias que concluyeron en aquella batalla en Celestia. Hubo otras tantas que comenzaron. Hubo algunas que sencillamente sumaron un capítulo más, aunque ya eran bastante largas. Dos primas, que no eran primas en realidad, se encontraron después de demasiado tiempo separadas y lloraron por una amiga perdida. Dos muchachos de ojos rojos se dieron la mano y fue como si los reinos a los que ambos pertenecían se reconciliaran en aquel gesto. Un trovador abandonó su laúd junto al cuerpo de un padre que enterraron en aquel mismo desierto. Un libro que jamás debió ser escrito, o que quizá jamás debió ser leído, ardió en las mismas llamas en las que ardieron demasiados caídos.

Cuando llegó el amanecer, Celestia desapareció de nuevo, y las estrellas volvieron a esconderse entre sus muros. Al fin y al cabo, de todas las personas que allí estaban aquel día solo una podía obligarlas a abrir sus puertas de nuevo. Pero para aquel muchacho una ciudad de estrellas no significaba nada, igual que en su día no había significado nada un glorioso palacio. Para aquel muchacho, el hogar era otra cosa.

Fue una noche de finales.

Fue una noche de principios.

El viaje de regreso fue uno de los que pesan. De los que están cargados de significado, de palabras que no se dicen. Eran un grupo grande, pero cada una de las personas que lo conformaban tenía un destino completamente diferente. No, quizá no fuera eso lo que hizo que el viaje fuera tan extraño, sino el hecho de que todos los que estaban ahí tenían que *decidir* su destino a partir de aquel momento.

El príncipe humano, el que creyó haber sido feérico toda su vida y finalmente se revolvió contra todo lo que había sido, fue quien primero supo qué debía hacer. Aunque no fuera lo que *quería* hacer, porque en realidad estaba muy asustado. Porque temía, como solo puede temerse lo inevitable, que el dolor que ya había pasado no fuera suficiente. La herida en su estómago curaba, pero temía que no lo hiciera el rechazo al que sabía que se arriesgaba si volvía a pisar la tierra contra la que una vez luchó. Aun así, decidió que no podía huir. Que había una mujer a la que debía enfrentar, escondida en una torre, apartada del mundo, protegida de sus propios recuerdos.

Una de las princesas elfas, la que habría preferido siempre no ser princesa y la que por ello dejó de serlo, fue la siguiente en decidir: mandó a su guardiana y a su padre, supervivientes del asedio aunque ella había llegado a temer lo contrario, de vuelta a su tierra y pidió que informaran de que tardaría un poco más en regresar. Fue la que menos dudó: *juntos* era una promesa que ni ella ni el príncipe

romperían jamás, mientras el otro la necesitase.

La otra princesa titubeó más. Como el otro príncipe. Su viaje fue uno lleno de silencios y miradas, de pensamientos y posibilidades. Volverían a la tierra en la que ambos se habían conocido, al menos de primeras, pero qué harían después fue una pregunta que resonó sin llegar a ser pronunciada.

Tras días de viaje llenos del silencio que queda tras la pérdida, todos regresaron a un reino que ya había sido herido de muerte demasiadas veces. Pero que ahora, después de mucho tiempo, parecía alcanzar poco a poco la paz.

Las historias se contaban por las calles. La princesa loca, milagrosamente, había sanado. Con la muerte de Mab de Lothaire, decían otros, su mente volvía a ser clara. Los más atrevidos decían que seguía estando loca, pero que más valía una reina loca que un rey feérico. Había quien suponía que quizá nunca hubiera estado loca, y quizá solo había convenido difundir que así era. Voces desconfiadas susurraban, en los rincones, que la mujer que esperaba a ser coronada como legítima reina de Anderia era tan solo una trampa más, un fraude más.

Todo aquello llenó de nuevos miedos al príncipe. Pero no pudieron con él.

La noche en la que el muchacho se presentó ante la princesa olvidada, la luna estaba llena. Era una noche sin magia y, al mismo tiempo, la más mágica de las noches. Era una noche que a la señora del castillo le recordó a otra que había maldecido mil veces, porque ni la oscuridad había sido benevolente con dos amantes que se habían reunido a escondidas del mundo. Ella pensó al escuchar los golpes en la puerta que se trataba de uno de sus sirvientes, o acaso del príncipe de los elfos, que, en los últimos días, se había ofrecido a ayudarla a redirigir un reino que quería romperse en pedazos tanto como quería sanar. Cuando la puerta se abrió, sin embargo, descubrió a alguien a quien no creía haber visto nunca y, aun así, lo conocía.

—Pasad —dijo la princesa, que no tenía miedo porque ya consideraba que el miedo no le traería ninguna felicidad—. ¿Quién sois y qué os trae a mis aposentos en medio de la noche?

El príncipe le dijo que había venido de muy lejos, de un desierto donde quedaban solamente unas pocas estrellas, y ella, sorprendida, le ofreció una silla y una copa de vino, suponiendo que un viaje tan largo le había dejado cansado y sediento. El muchacho, sin embargo, mantuvo la cabeza bajada y le dijo que no deseaba nada de ella, pero que traía noticias de un valiente caballero que había sacrificado su vida por hacerla feliz. Que había querido ofrecerle el corazón de la

bruja que tanto daño le había hecho.

La princesa, cada vez más asombrada, le dijo que un caballero se había marchado, efectivamente, una luna atrás. Que no había vuelto a saber de él, y que, aún así, no podía dejar de pensar que su enemiga, la reina de las hadas, lo había hecho su esclavo y lo había convertido en lobo.

—Mi señora —susurró—. Me han pedido que no os lo diga, porque creen que podría afectaros, pero el hombre del que habláis os amaba con toda su alma y murió enfrentándose a la mujer que os mantuvo separados durante tanto tiempo. Pensó que hacía lo correcto, sin darse cuenta de que lo adecuado hubiera sido quedarse a vuestro lado por todo el tiempo que permanecisteis separados.

La princesa de Anderia no supo qué responder a eso. Comprendía a su amor, su deseo de acabar con los obstáculos que los habían mantenido lejos, pero también pensaba que, al final, había sido él el que había creado más obstáculos. Pero lo amaba, lo seguía amando, y pronto empezó a derramar amargas lágrimas que cayeron de su rostro sobre la falda de su vestido. Aun así, entre sollozos, dio las gracias al desconocido por ser sincero con ella y le volvió a preguntar quién era y de qué conocía a su amante.

Al ver que no respondía, le pidió ver su rostro, al menos, para poder guardar en sus recuerdos la cara de quien tan amable había sido con ella.

El príncipe dudó. Todos sus miedos volvieron de golpe. Pero, a pesar de ello, al final, en lo que le pareció el acto más valiente que jamás había hecho, el desconocido levantó la vista y le mostró, para sorpresa de ella, unos ojos tan rojos como los que había tenido la reina de las hadas. La anderiense estuvo a punto de gritar, de pedir ayuda, pero entendió al instante qué había venido a hacer aquel hombre a su castillo. Porque no era un desconocido como creía, incluso si solamente lo había visto durante unos minutos. Los primeros de su vida, de hecho, en los que había visto en una pequeña cara estos iris escarlatas.

Porque supo, sin necesidad de que se lo dijera, que aquel era el heredero que jamás había podido coger en brazos.

Cuando se echó a llorar, lo hizo abrazando al hijo que había perdido tiempo atrás.

Quizá fue aquello lo que hizo que el segundo príncipe se decidiera. Quizá, en realidad, ya se había decidido durante el viaje, y solo necesitaba a alguien que le reafirmase en sus ideas. Quizá se había dado cuenta de que huir ya no era una opción, y de que había cosas más grandes, más importantes, que él mismo. Por eso, cuando reunió

a su familia, a la única que de verdad necesitaba, y les comunicó que iría a Lothaire, todos se sorprendieron.

—Pero nunca has estado allí.

—Tú no querías ser rey.

—No sabes si te aceptarán.

Todo aquello era cierto. Aunque también lo era que el reino de las hadas necesitaba un nuevo gobernante, y él tenía el derecho de nacimiento de serlo. Pero, además de eso, tenía algo más valioso: el deseo de crear un nuevo mundo, como le había prometido a la princesa, y a una familia que quizá quisiera ayudarle a conseguirlo.

La princesa ni siquiera tuvo que pensárselo. Quizá, después de todo, el tiempo de su reinado había sido satisfactorio. Quizá solo quería hacer todo lo que estuviese en su mano para evitar que los errores del pasado se volvieran a cometer, ya que no había podido eliminar aquellos cometidos tiempo atrás. O quizá tan solo fue el hecho de que en esa ocasión fue el príncipe, y nadie más, quien le pidió que fuese su reina y ella, y nadie más, quien aceptó.

Respecto al trovador, su decisión fue la más sencilla, y, ya que estáis escuchando esto, quizá ya hayáis adivinado cuál fue. Había perdido mucho y podía haber cambiado demasiado, pero los deseos de aquel muchacho siempre habían sido los mismos, y ni siquiera todo lo visto y vivido haría que cambiasen. Así pues, volvió a su hogar, a una isla llena de magia e historias, y comenzó a contarlo todo. Hizo las canciones más bellas, sobre secretos y batallas, sobre romances y pérdidas. Y durante los siguientes años, viajó. Viajó más allá de los mares que rodeaban su isla, pero también volvió a tierras conocidas. Al reino de las hadas, donde un feérico y una elfa reinaban borrando para siempre la marca de una antigua bruja. Al reino de los humanos, donde la reina loca gobernaba con más sensatez que ningún otro antes que ella.

Aunque sus viajes preferidos eran siempre aquellos que le llevaban a un país de elfos en el que no había reyes ni reinas. Allí, en una cabaña en medio del bosque, solía reunirse con dos viejos amigos y los tres hablaban hasta que la nostalgia o la risa, dependiendo de la situación, se hacía demasiado grande y los vencía.

Allí, en aquella cabaña en medio del bosque, apartados de todo lo demás, con la seguridad de que siempre les quedaría aquel lugar para reencontrarse, solo cabían historias y recuerdos, y ninguna despedida.

# Agradecimientos

Resulta casi imposible condensar en un par de páginas todo el tiempo que ha pasado desde que comenzamos a escribir esta historia. Resulta muy difícil para nosotras hablar de todos los cambios que ha habido en nuestras vidas desde que Eirene, Fay, Seaben, Drake y todos los demás personajes en estas páginas aparecieron por primera vez en nuestras cabezas. Pocos sabíamos, por aquel entonces, que íbamos a tener el honor de ser publicadas o que habría más gente, aparte de nosotras mismas, que se encariñaría con ellos. Que se *emocionaría* con ellos y desarrollaría un vínculo con esta historia tan estrecho como el que tenemos nosotras.

No creemos que haya palabras suficientes para explicaros lo agradecidas que estamos de que hayáis viajado por toda Faesia con nosotras y con este grupo de narradores al que tanto queremos. No hay forma en la que podamos haceros llegar lo felices y satisfechas que estamos de que hayáis reído y llorado con estos personajes y de que hayan llenado vuestros días de sueños y cuentos y secretos.

Aun así, vamos a intentarlo por todos los medios. Porque somos plenamente conscientes de que hay personas sin las que esta historia jamás habría llegado a vuestras manos. Porque sin la confianza de nuestra editora, Helena, habría sido muchísimo más difícil que este libro viese la luz. Porque sin su trabajo y el de nuestra correctora, Miriam, no lo veríais tan pulido. Gracias por la pasión que vertéis en vuestro trabajo. Gracias, en general, a todo el equipo de La Galera Young. Sin soñadores como ellos y ellas, la literatura juvenil en este país no sería lo mismo.

Gracias a quienes han estado ahí para nosotras. A nuestras amigas, a nuestras lectoras betas, a nuestras familias. A toda la gente que nos ha dado ánimos en cualquier etapa del camino.

Gracias a toda esa gente que nos ha servido de inspiración, por supuesto, a la que vemos luchar cada día por alcanzar sus metas. Son esas personas las que nos demuestran que el destino no está escrito. Y que, precisamente por eso, nuestras decisiones pueden cambiarlo todo. Da un poco de vértigo pensarlo, pero si nosotras no hubiéramos

tomado la decisión de escribir juntas no estaríamos hoy escribiendo estos agradecimientos desde nuestra casa de Madrid y viendo nuestros sueños cumplidos.

En definitiva, gracias por acompañarnos hasta aquí. Nosotras dejamos Faesia, pero esperamos que para todo nuestro público lector se convierta en un refugio al que volver cuando así lo queráis. Si creéis en cuentos y en que cambiar el mundo es posible, la luna y las estrellas siempre os darán la bienvenida.

IRIA GIL PARENTE, nacida en Madrid en 1993, es coautora con Selene M. Pascual de varias novelas de fantasía juvenil.

SELENE MORALES PASCUAL, nacida en Vigo en 1989, es licenciada en Filología Inglesa por la Universidad de Vigo y ha realizado un Máster en Documentación en la Universidad Complutense de Madrid, tras haber estado viviendo un año en Inglaterra trabajando como asistente de conversación en un colegio. En 2014, ha sido finalista del II Certamen Literario Divalentis 152 Rosas Blancas.

Es coautora de varias novelas de fantasía juvenil junto con Iria G. Parente.